CRISTINA PRADA

KING



EL MUNDO DEL CRIMEN Y LA MAFIA DE NUEVA YORK
TIENE UN REY... Y SU NOMBRE ES CHRISTIAN HALE.

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Avisos de contenido («trigger warnings»)

Playlist

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

Epílogo

Banda sonora

Biografía

Créditos

KING

Cristina Prada

matchstories

Avisos de contenido (*trigger warnings*)

Este libro trata temas relacionados con el submundo criminal de Nueva York. Este submundo es ficticio, por lo que nos hemos tomado ciertas licencias en pro del espectáculo. Si el ambiente de la mafia o ciertas actitudes violentas (nunca del protagonista hacia la protagonista) te resultan incómodos, tómatelo con calma.

Christian es un bastardo arrogante y posesivo que a veces puede ser frío y despiadado. Tiene la ciudad a sus pies y lo sabe. Si no te gustan este tipo de personajes, este libro no es para ti, aunque también te digo: cuanto más alta es la torre, más divertido es verla caer. ¿Has pensado cómo se comportará un hombre así con la chica a la que quiere?

Hay sexo, del bueno, del bonito, del salvaje y del divertido, porque ¿qué sería de los pobres seres humanos si el corazón no nos latiera muy rápido de vez en cuando?

Y por último, pero no menos importante, lo que acontece en estas páginas ha salido de mi imaginación y yo soy la única responsable. No lo son la editorial ni ninguna de las personas que han trabajado en esta novela.

Gracias y a disfrutar.

Playlist



Alex Warren. «Ordinary»
Katie Garfield. «Tighter to You»
U2. «Where the Streets Have No Name»
Camila Cabello. «Shameless»
Gracie Abrams. «I Love You, I’m Sorry»
Fontaines D.C. «Starburster»
Everybody Loves An Outlaw. «I See Red»
Natalie Taylor. «In the Air Tonight»
James Bay. «Wild Love»
Jessie J. «I Got You (I Feel Good)»
Arctic Monkeys. «I Wanna Be Yours»
Fleurie & Tommee Profitt. «Hurts Like Hell»
Bastille. «An Act of Kindness»
Sam Smith & Kim Petras. «Unholy»
Rihanna. «Sex With Me»
Adele. «Set Fire to the Rain»
Bruno Mars. «Just the Way You Are»
The Kills. «DNA»
Lauv. «I Like Me Better»

Las canciones preferidas de Daisy de los ochenta:

Madonna. «Express Yourself»
The Pointer Sisters. «I’m So Excited»
The Outfield. «Your Love»
Rick Springfield. «Jessie’s Girl»

Prólogo

Dallas

«Toda ciudad tiene un rey». No sé quién lo dijo, si Nietzsche o Gotti, probablemente fuese Gotti. Puede que no se hubiera pasado años y años estudiando el comportamiento humano, pero lo veía de cerca todos los días, el peor, y por eso era capaz de entender en toda su plenitud lo que significaba esa frase.

Nueva York. No sé cuántos jodidos grados al oeste, el puto número que sea de grados al sur. Algunas de las personas más poderosas del mundo viven aquí, trabajan aquí e invierten todo lo que tienen aquí. La Trump Tower, las oficinas centrales de Calvin Klein... por Dios, hasta la torre Stark estaba aquí. Y todos los demás ven esos rascacielos casi infinitos, los coches caros, la ropa a medida, y piensan que el poder está también ahí.

Se equivocan.

Queensboro City. En 1901 Gustav Lindenthal, Henry Hornbostel y Leffert L. Buck empezaron la construcción del puente de Queensboro sobre el East River para unir la isla de Manhattan y Queens. El colosal sueño húmedo de ingeniería levantaba grandes bloques de hormigón enlosado en la 59 Este para sostener la estructura, delimitando a la perfección la zona que nace en el cruce de la Segunda Avenida con esa calle hasta la misma orilla del río.

Cuando el 30 de marzo de 1909 inauguraron el puente, George B. McClellan Jr., el alcalde, explicó orgulloso a la ciudadanía que no solo

estaban ganando una manera de cruzar, sino nuevos metros para la isla de Manhattan, ya que, con el Queensboro, también se estrenaron una serie de calles llenas de locales, la zona subterránea creada por los propios cimientos del puente. Las aberturas producidas por estos garantizaban luz natural y las preciosas vistas del río y Roosevelt Island hacían el resto.

Al principio esos locales fueron ocupados por panaderías, carnicerías, floristerías, incluso una iglesia. Ya sabéis, el Señor todo lo ve. Más de lo mismo que en cualquier otro punto de la ciudad, pero, entonces, llegó la increíble paradoja de la ley seca. Parece que nadie le contó al congresista Andrew Volstead que, cuando prohíbes algo, solo lo haces más interesante. Ni Lindenthal, ni Hornbostel ni Buck, ni siquiera el alcalde, supieron ver el problema y ¿qué pasa cuando un hombre inteligente deja de pensar? Que uno listo lo hace por él.

El hecho de estar físicamente un nivel por debajo de la ciudad, tener salida directa al río y la posibilidad de taponar el paso principal le dieron a la vibrante zona comercial bajo el Queensboro un encantador aire clandestino.

El primer bar abrió en febrero de 1920, solo un mes después de la prohibición. Para finales de verano ya no quedaba un solo negocio de los que inauguraron el área, solo la iglesia. El Señor también necesita una copa de vez en cuando. Los establecimientos se transformaron en clubes nocturnos, casas de apuestas, burdeles y, por supuesto, más bares. Todas las noches se reunían allí mafiosos, ladrones, timadores, políticos, entremezclados con los que buscaban un buen whisky y buena música jazz. Y, casualmente, todas las noches chocaban dos coches justo en la 59 con la Segunda, impidiendo el acceso a la zona a, busquemos al azar, un coche de policía, por ejemplo. Hay quien lo habría considerado un problema,

ellos no; el inspector jefe y director del Departamento de Policía de Nueva York ya estaba allí. Le encantaba apostar y que una chica con una sonrisa grande y poca ropa llamada Mindy le soplara los dados.

Como siempre, cada pedazo de tierra al margen de la ley inventa la suya propia y este lugar se lo disputaron los King y los Liberty, dos de las familias originales que fundaron la primera colonia en la isla de Manhattan a principios del XVII, antes de los holandeses, del duque de York o de las otras familias mafiosas, fuesen de donde fuesen.

Al que ostentaba el poder se lo conocía como «rey» y todos debían inclinar la cabeza ante él.

Y así nació Queensboro City.

Los más ilusos pensarán que eso es algo del pasado, pero no tienen ni idea de cómo funcionan las cosas. En pleno siglo XXI ese lugar no solo sigue existiendo, sino que tiene más fuerza que nunca. Un submundo criminal donde preparar trapicheos, controlar el flujo de apuestas ilegales, el tráfico de drogas y la prostitución. Una zona neutral para que los mafiosos de las distintas familias se reúnan y los políticos, jueces y empresarios se relajen haciendo lo que no quieren que tú sepas.

Por eso, Queensboro City está lleno de secretos, de influencias, de cosas que nadie debería conocer sobre el congresista que sale en televisión hablando de la familia o el empresario que les cuenta a sus inversores que su compañía siempre ha sido honrada.

El verdadero poder no está en los rascacielos, ni en Wall Street, ni siquiera en la casa del gobernador; está aquí y le pertenece al rey de Nueva York. La Bratva, la Triada, la Cosa Nostra, la Yakuza, la mafia albanesa o la nigeriana, todos tienen que bajar la cabeza ante él, todos tienen que obedecer.

Todos lo respetan.

Queensboro City es poder.
Dios salve al rey.

1

Daisy

Yo no lo hice.

2

Daisy

—¡Suéltame! —me quejo forcejeando mientras sus manos me rodean con fuerza la cintura imposibilitándome la huida—. ¡¿No me has oído?! ¡Quiero que me sueltes! ¡Ya!

Pero al hombre vestido con un impoluto traje negro con camisa a juego le da exactamente igual. Lo conozco muy bien. Más de lo que me gustaría, de hecho.

Ignorando mis protestas me lleva hasta el imponente Maybach y poco menos que me lanza a la parte trasera.

—¡No voy a ir a ninguna parte! —le dejo claro revolviéndome, arrastrando mi culo de vuelta a la puerta, pero él la cierra en mi cara impidiéndome salir—. ¡Pero ¿qué demonios?! —suelto muy enfadada.

Justo en el segundo en el que voy a tirar de la manija, los seguros suenan bloqueándose. ¡Genial!

Lo fulmino con la mirada mientras rodea el coche, colocándose bien la chaqueta, en dirección a la puerta del copiloto. Tiene aproximadamente el tamaño de Reacher; el de la serie, no el de las pelis. Era complicado que pudiese escapar de él.

En cuanto ocupa su asiento, el chófer arranca.

—¿A dónde me lleváis? —protesto beligerante más que pregunto.

Ninguna respuesta.

—¿Sabéis que esto es un secuestro? —continúo, pero obviamente nadie contesta—. ¿Alguna vez os paráis a pensar en qué os hace comportaros como criminales? —Los miro esperando remover alguna conciencia, pero obviamente eso tampoco funciona—. Olvidadlo —sentencio tras un resoplido, dejándome caer contra la tapicería de un sofisticado gris claro, cruzándome de brazos—. Maldita sea, ¿qué quiere? —gruño en un susurro para mí.

Lo preguntaría en voz alta, pero soy consciente de que no voy a obtener ningún resultado. Conozco demasiado bien al grandullón. Es uno de los hombres de confianza de mi exmarido.

3

Daisy

El Maybach se detiene frente a la entrada principal. La puerta se abre y yo me bajo observando la fachada de la majestuosa casa que tengo delante. Es imposible que no te llame la atención, ni siquiera cuando estás habituada a verla; denota lujo y elegancia en cada centímetro.

Habría estado bien crecer en este lugar, pero nunca me dieron esa opción y ahora soy yo la que no quiere estar aquí. Llevo exactamente cuatro años sin venir y he sido muy feliz. Para mí pisar este sitio es como ir a un parque de atracciones y montarte en esa que siempre te marea... algo ridículo y muy poco inteligente.

—Su padre la espera en el salón principal —me informa una de las chicas del personal de servicio.

Yo resoplo negando con la cabeza, exhausta incluso antes de empezar. Pienso en largarme, pero estoy en las profundidades de Staten Island, a casi una hora en coche de Manhattan y, ah, no tengo coche; lo que sí tengo es al grandullón pendiente de todos mis movimientos. Vuelvo a resoplar, esta vez mentalmente. Lo mejor para salir de aquí y seguir adelante con mi vida lo antes posible es entrar, escuchar lo que tenga que decirme y responder con un no.

Asiento a la empleada y la sigo al interior. Un minuto después estoy entrando en el enorme salón. Los muebles, las alfombras, la suave decoración, incluso el papel de las paredes, todo está

meticulosamente orquestado para que sepas que las personas que viven aquí son mejores que tú... al menos, eso es lo que ellos creen. Es una lástima que todavía no hayan entendido que el dinero no te hace mejor, solo más rico.

Mi padre, Neil Moore, el prestigioso director de inversiones, está sentado en uno de los sofás ojeando unos documentos.

—Señor Moore —lo avisa la chica del servicio—, la señorita Messina está aquí.

Alza la cabeza y me observa caminar hasta colocarme frente a él al otro lado de la mesita de centro, aunque me pregunto hasta qué punto puede seguir utilizándose el diminutivo con estas cosas cuando he visto coches más pequeños.

—Puedes retirarte —la despide mi «queridísimo» progenitor—. ¿Qué tal estás? —me pregunta cuando nos quedamos solos—. Hace mucho tiempo que no te veo.

Me barre de arriba abajo desaprobando mis botas militares negras, mi vestido y probablemente mi corte de pelo. Por un momento siento una punzada de incomodidad, pero la descarto rápidamente. Puede pensar lo que quiera.

—¿Y acaso te importa? —respondo llena de indiferencia, acelerando la conversación. Cuanto menos tiempo pase aquí, mejor —. ¿Qué quieres?

Mi padre ostenta ese título solo por una cuestión biológica y, por supuesto, cuando de alguna manera ha servido a sus intereses. Mantuvo una relación con mi madre ocultando hábilmente que tenía otra familia. Cuando yo tenía siete años, ella lo descubrió, se le rompió el corazón y lo dejó a pesar de estar enamorada. Es fácil deducir que él no pidió mi custodia; lo que no lo es tanto es que me mantuvo como un secreto incluso mientras iba a visitarlo, diciendo que era hija de una de las criadas y cosas por el estilo. Yo no lo

entendía y me dolía muchísimo, pero aun así seguía queriéndolo. A fin de cuentas, era una niña y él, mi padre. Quería estar a su lado.

Mi madre murió poco después de que cumpliera nueve y él se desentendió de mí, dejándome en manos del sistema estatal de acogida. Estuve en siete casas diferentes hasta que mi abuelo, el padre de mi madre, me encontró con doce.

No supe nada más de Neil hasta que un día me llamó. Hace cuatro años de eso. Yo tenía veinte años.

—Solo estaba tratando de ser amable.

—No es necesario —replico—. ¿Por qué estoy aquí?

Él cambia sutilmente de postura en un acto involuntario que demuestra que esta charla no está yendo como había previsto. No puedo culparlo. Hace cuatro años, las cosas habrían sido muy diferentes, pero es que yo ya no soy la misma persona.

—Tenemos que hablar de algo importante. Podríamos decir que son negocios.

Frunzo el ceño.

—¿A qué te refieres? —pregunto con una mezcla de confusión y la misma indiferencia de antes.

—Se trata de la Empresa. —Por supuesto, la Empresa es lo único que parece importarle—. Han pasado ciertas cosas y, bueno... —da un profundo suspiro antes de soltar lo que realmente me ha traído hasta aquí— necesitamos que vuelvas a casarte con Christian.

¿Qué?

4

Daisy

—Ni de coña —contesto sin dudar, incluso se me escapa una risita de pura incredulidad, algo de desasosiego y el hecho de estar alucinando muchísimo por semejante proposición. Sencillamente no hay NADA sobre la faz de la tierra que me haga volver a casarme con él.

—Daisy...

—¿Te has oído? —lo interrumpo—. ¿En serio crees que puedes pedirme que vuelva a casarme con él?

Neil me mantiene la mirada y finalmente asiente despreocupado, como si no hubiese problema alguno con su petición.

—Estás loco —replico negando con la cabeza.

—Daisy —me reprende con un gélido tono de voz.

Pero no me achanto. Él siempre se ha portado así, exigiendo, ordenando, sin dar nada a cambio. Ni siquiera lo he oído disculparse o, no sé, estar mínimamente arrepentido por haberme abandonado de niña. Y a pesar de todo eso, cuando nos reencontramos hace cuatro años, me comporté de la mejor manera posible. En aquel entonces yo todavía tenía fe en él... en las personas. Pensé que, si le demostraba la buena relación que podríamos haber tenido, él también querría ese nuevo comienzo. Pero me equivoqué, de lleno, al creer que a él le dolía lo que pasó cuando yo solo tenía ¡nueve años!, nuestra perdida relación, todo, y sin darme cuenta entré en

una espiral en la que yo hacía todo lo posible para que Neil me mirara con un poco de cariño y él solo me tiraba las migajas. Es triste y patético, pero solo tenía veinte años, solo dos personas me habían querido de verdad en toda mi vida y él era mi padre. Se supone que los padres quieren a sus hijos, ¿no?

—Daisy, ¿qué? —contesto tomándolo por sorpresa. Ya no soy dócil. Ya no me callo y acepto solo porque sea lo que ellos quieran —. Escúchame bien: es completamente imposible que vuelva a casarme con él. Jamás pasará. Lo siento mucho por ti y por la maldita Empresa... Ay, no, espera —digo cambiando el tono de voz, como si acabase de replanteármelo todo—, no lo siento para nada.

El sarcasmo es mi elemento... y también mi escudo.

Giro sobre mis talones y me dirijo a la salida. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—Alto ahí —me advierte.

Yo me detengo en seco, pero no tiene nada que ver con él, acaba de asaltarme una duda enorme y necesito responderla ahora mismo.

—¿Christian está al tanto? —planteo—. ¿Sabe que le has pedido que ordene a sus hombres que me traigan aquí a la fuerza para esto? Porque juraría que no.

Él odiaría la posibilidad de este matrimonio tanto como yo y sería mucho menos amable descartándola.

Mi progenitor se toma unos segundos para observarme antes de responder con cierto toque de triunfo en la voz.

—Christian lo sabe y está de acuerdo.

Por una décima de segundo mi mente se cortocircuita ante esa idea, pero reacciono rápido. Es tan descabellado que no necesito pensarlo dos veces.

—Eso es imposible —sentencio.

Es ridículo y una estupidez. No hay absolutamente ningún motivo en el universo conocido por el que Christian aceptaría esa boda.

Mi padre esboza una sonrisita condescendiente, cargada con un sutil toque de malicia.

—Si no me crees, puedes preguntarle a él.

Yo niego con la cabeza. Otra vez es solo una posibilidad, pero mi cuerpo reacciona a ella de inmediato. No quiero a Christian cerca. No tiene nada que ver con el rencor ni con el odio, aunque sienta mucho de las dos cosas. De esos sentimientos los hay dos tipos: el que te hace hervir, el que te nubla la razón, y después está el otro, el profundo, el que proviene de una herida tan grande que se queda contigo para siempre. El primero puede cambiarte la vida, el segundo seguro que te cambia a ti.

Ese odio me cambió y ahora, en la superficie, solo queda indiferencia.

Le mantengo la mirada para que le quede claro que no me tiene en sus manos, hasta que, sin molestarme en decir nada más, reemprendo el camino y salgo de la estancia y la mansión.

¿Qué demonios está pasando? No tengo ningún interés ni en la Empresa ni en sus tejemanejes, por mí pueden apuñalarse por la espalda de la manera que sea, pero, si va a afectarme a mí, quiero tener claro qué es lo que ocurre.

El elegante Maybach negro sigue en la entrada de la casa. El chófer está junto a la puerta y a su lado, aunque sin interactuar de ninguna manera, el grandullón, el hombre de confianza de Christian.

Me paro frente a ellos separada por unos pasos.

—¿Podéis llevarme con vuestro jefe? —pregunto tranquila, pero, al mismo tiempo, manteniendo mi brote de sublevación intacto.

Han pasado cuatro años. No van a volver a hacer conmigo lo que quieran. Ninguno de ellos.

—Por supuesto, señorita Messina —contesta el gigantón.

Se hace a un lado, el conductor me abre la puerta trasera y entro.

Sin embargo, cuando apenas nos hemos alejado unos kilómetros de la propiedad Moore, una duda cruza mi mente.

—Ey, Reacher —llamo al guardaespaldas.

Me quedo en silencio porque de manera inconsciente he utilizado el apodo que le puse hace mucho tiempo. No ha sido mi intención, denota una familiaridad y una nostalgia que no me interesan en absoluto, pero algunas costumbres saltan sin que ni siquiera te des cuenta.

—¿Por qué no has llamado a Christian para preguntarle si podía ir a verlo? —reconduzco la conversación.

—No es necesario —responde—. El señor Hale ya nos ordenó que debíamos esperar a que terminara de hablar con su padre para llevarla con él.

Entrecierro los ojos a la vez que un suave resoplido se escapa de mis labios. Christian Hale, el obseso del control. ¿Por qué será que no me sorprende que hubiese contado con la posibilidad de que quisiese verlo? Aunque en esta ocasión no había que ser vidente para saber cuál sería mi próximo paso, todo lo de que nos casemos de nuevo es una maldita locura. Al menos, sé que estaremos de acuerdo en eso.

De todas formas, me molesta que haya dado por hecho cómo me comportaría y haya obrado en consecuencia antes de tener clara mi opinión.

Apenas hemos entrado en la isla de Manhattan cuando me doy cuenta de que hemos cambiado el túnel Brooklyn Battery por la autovía del West Side. Si vamos a las oficinas de la Empresa, un poderoso e inmenso rascacielos en mitad de Park Avenue con más de veinte mil personas trabajando en él, tendríamos que haber

permanecido en el carril izquierdo al dejar el túnel y coger la FDR hasta la salida de la Primera con la 42.

—¿A dónde estamos yendo? —pregunto.

—El señor Hale está trabajando desde casa esta tarde.

Frunzo el ceño, pero es obvio que no me mienten cuando cada vez tengo más claro que nos dirigimos a Hudson Yards.

El Maybach se detiene suavemente en mitad de la Duodécima Avenida, las puertas se abren y reanudamos la marcha. Fuera del coche, miro el imponente y cuidado muro de un leve terracota que rodea la propiedad y, tras él, los enormes árboles que facilitan la sensación de privacidad. Siempre me pregunté cómo consiguió Christian este pedazo de la ciudad. Este barrio es uno de los más exclusivos de Manhattan, los promotores inmobiliarios se pelean por cada centímetro cuadrado de aquí para construir lujosos edificios de apartamentos. Están los mejores restaurantes, las mejores tiendas y la gente más rica, más incluso que en Lennox Hill o South Park Lane. Y, sin embargo, Christian se hizo con quince mil metros cuadrados y ha levantado una mansión con amplios jardines, embarcadero propio y vistas al río Hudson. Supongo que fue y sigue siendo una demostración de lo poderoso que es. Puede conseguir todo lo que quiera.

Miro a mi alrededor. Incluso el aire es diferente aquí, como si hubiese logrado crear su propia bola de cristal en mitad de la ciudad que nunca duerme.

—Señorita Messina —me llama el grandullón sacándome de mi ensoñación, señalándome amablemente la puerta principal de la mansión.

Yo asiento y lo sigo al interior.

Un resoplido incrédulo se me escapa cuando paso tras paso me doy cuenta de que todo es diferente. Los muebles, la decoración,

incluso el color de las paredes. Nada está igual que hace cuatro años. Una sonrisa triste se cuela en mis labios sin permiso y cabeceo con el principio de una acuciante decepción que me niego a que se haga más grande. Era de esperar, ¿no? Seguro que, el mismo día que me fui, llegaron los decoradores para borrar cualquier mínimo detalle que demostrara que un día viví aquí.

El guardaespaldas barra hombre de confianza golpea suavemente la puerta del despacho y los nervios me aplastan el estómago. Eso también lo siento en contra de mi voluntad. Cuatro años. Ese es el tiempo que llevamos sin vernos, debería ser suficiente para que todo esto me fuera indiferente. La noche que me marché llorando guardé todo lo que sentía por él en una caja y, esa caja, en el fondo de mi corazón, y me juré a mí misma que lo olvidaría.

—Adelante.

Su voz.

El grandullón abre.

—Señor, la señorita Messina ya ha llegado.

Un par de segundos de silencio. Un montón de recuerdos se arremolinan dentro de mí.

—Que pase.

Reacher me mira manteniendo la puerta abierta y yo empiezo a caminar. Los recuerdos comienzan a cobrar vida, paseándose a mi alrededor como si hubiera una decena de proyectores acechándome. Todas las risas, las discusiones, las lágrimas; todas las veces que me llevó contra la pared, que grité su nombre sin poder dejar de gemir.

Levanto la cabeza y mis ojos se encuentran con los suyos, infinitamente verdes.

Y ahora vuelvo a tenerlo frente a mí.

5

Daisy

Christian resulta imponente y no solo es cuestión de su presencia, es su ropa, la manera en la que mira, cómo se mueve. Es despiadado, casi violento. Tiene la ciudad a sus pies y ni siquiera se inmuta. Es posesivo, mucho, e inteligente, observador y tenaz. Siempre tiene el control. Frío, reservado, leal y protector, porque con la gente que le importa lo da todo.

Está sentado a su elegante escritorio. Puede que todo haya cambiado en esta casa, pero él sigue igual, un traje italiano a medida de un gris carbón y una impecable camisa blanca, haciendo resaltar su corbata a juego. El pelo castaño peinado como un modelo de anuncio y esos ojos de un verde tan perfecto que parecen creados en Technicolor. Son capaces de hechizarte y el magnetismo salvaje que desprende consigue que hagas lo que quiera.

Siempre ha tenido ese aspecto de haber salido de una fantasía y siempre lo ha sabido. Por eso es tan peligroso.

Christian me observa de arriba abajo sin ningún disimulo, perdiéndose un segundo de más en mi pelo. La última vez que me vio era castaño y me llegaba, suavemente ondulado, hasta los hombros. Las ondas siguen estando ahí, pero ahora son rubias, aunque completamente a propósito se puede ver el tono oscuro debajo, y me lo he cortado a la altura de la mandíbula.

También sé que ha notado que mi estilo de vestir parece el mismo, pero hay pequeños detalles que muestran un cambio.

Se deja caer contra su sillón de ejecutivo sin levantar sus ojos de mí y tengo la sensación de que hemos vuelto a su despacho, en la empresa, conmigo de pie en el centro de una habitación donde no encajaba y el dueño del mundo contemplándome, pensando qué hacer conmigo.

—¿Ahora es señorita Messina? —comenta con una media sonrisa en los labios que le hace parecer más seguro de sí mismo.

—Es mi apellido —contesto con una tranquilidad absoluta—. Es el de mi abuelo.

—¿Y el de tu padre? —plantea.

—¿Ahora sois amigos? —replico yo.

Christian vuelve a tomarse un segundo para observarme. Sé lo que está esperando: que me enfade, que grite, que le pida explicaciones; básicamente, que me comporte como antes, pero yo ya no soy esa persona. Cuatro años dan para mucho, cuatro años difíciles dan para más, y de repente entiendes de qué va el juego, descubres que no merece tu paz mental enfadarte con quien no te quiere y aprendes a distinguir las cosas importantes y las que no, las personas que valen la pena y las que no.

Christian deja que la media sonrisa vuelva a sus labios como única respuesta. Los Hale son la familia más poderosa del país y es Christian quien los ha colocado en esa posición. Siempre se le ha dado muy bien jugar, saber cómo reaccionar, dejarte ver solo lo que él quiere que veas.

—Neil ha hecho que tus hombres me arrastren hasta su casa para decirme que vuelva a casarme contigo —acelero la conversación—. ¿Estabas al tanto?

—Es necesario —sentencia eligiendo muy bien sus palabras.

Una sonrisa fugaz y sarcástica se escapa de mis labios.

—¿De verdad te quedan ganas de repetir la experiencia? —pregunto con un toque de malicia—. Porque puedo asegurarte que, a mí, no.

Christian vuelve a dejar sus ojos sobre los míos. El lateral de su índice acaricia distraído sus labios. Puede que todos se traguen esa pose de absoluta y amenazante calma, pero yo puedo ver que, en realidad, está calibrando demasiadas cosas, demasiado rápido. Cuando va a hablar, tengo claro que, sea lo que sea lo que vaya a decir, no es lo que está pensando o, al menos, no todo. Es muy listo.

—No se trata de eso —responde al fin.

Mientras, yo recuerdo cada día. La primera noche que llegué aquí. Las veces que discutimos en esta misma habitación, todas las lágrimas, las que estaba derramando cuando me besó antes de follarme como un animal contra esa pared para demostrarme que lo sentía.

Cabeceo levemente, deshaciéndome de esos recuerdos. No los quiero.

—Por supuesto que no —contesto—. Es por la Empresa.

La Empresa. Eso es lo único que le importa... Bueno, no es verdad, hay otras cosas, pero en esa lista de prioridades nunca estuve yo. Creo que eso fue lo que más me dolió de todo. Nunca esperé que me jurara amor eterno, aunque yo sí estuviese enamorada de él como una idiota —al fin y al cabo, nuestro matrimonio fue concertado y yo era muy consciente de lo que había—, pero sí me habría gustado saber que le importaba, aunque solo fuese un poco, y digo «saber» porque sentir, lo sentí muchas veces, pero, como quedó claro después, todas me equivoqué.

Christian se levanta y camina con el paso confiado hasta colocarse frente a mí. No se queda cerca, pero mi cuerpo se despierta como si

estos cuatro años acabasen de fusionarse y desaparecer. Sin embargo, me importa menos que nada. Esta vez el sentido común se queda al mando y Christian Hale puede irse al infierno.

—Ha habido cambios en la junta —me explica—. Necesitamos tu doce por ciento para consolidar el cargo del CEO o caerá en manos de un nuevo accionista que ha ido haciéndose con las participaciones de los inversores más pequeños.

—Debería hablar conmigo. Estoy dispuesta a hacerle un buen precio por las mías —contesto con un tono beligerante e irónico a la vez que me cruzo de brazos.

—Sabes que tú no puedes venderlas —me recuerda.

—Tu abuelo pensó en todo, ¿eh?

El gran Ramson Hale, fundador de la Hale Corporation, cuyo poder es tan espectacular que se la conoce como la Empresa. No sé si fue muy listo o es que supo ver el desastre que se avecinaba. En su testamento dejó estipulado que ni los Bolton ni los Moore, ni mucho menos los Hale, pueden vender sus acciones. La única manera de agruparlas es a través de un matrimonio... Ramson, te saliste.

—Te daré lo que quieras —me ofrece.

Una sonrisa amarga se cuela en mis labios a la vez que cabeceo.

—¿Por qué? —lo increpo buscando de nuevo su mirada—. ¿Esta vez voy a tener derecho a opinar acerca de lo que quiero?

—Daisy —me reprende con la voz dura, y pasan dos cosas. La primera, mi cuerpo traidor reconoce ese tono y vibra al recordar las veces que me torturó con él mientras sus manos hacían magia en mi piel. La segunda, si no fuera una locura o yo no lo conociera tan bien, diría que mi frase, de alguna manera, le ha dolido, pero es que sencillamente es imposible, yo nunca signifiqué nada para él.

Como antes, aparto todos esos pensamientos. Lo he enterrado a él y todo lo que viví a su lado.

—¿Acaso estoy mintiendo? La primera vez que me casé contigo fue porque aprovechasteis lo que estaba pasando en mi contra —me autorrespondo sin darle tiempo a que él lo haga—. ¿Y todo para qué?

Por un momento nos mantenemos la mirada. Esos ojos verdes. Hace cuatro años fui incapaz de ver el condenado error que sería, que me haría demasiado daño.

—Solo he venido para decirte que no hay ninguna posibilidad de que vuelva a casarme contigo —le dejo claro—. Ese matrimonio fue el mayor error de mi vida.

Me esfuerzo en seguir calmada, serena, todo eso de no perder mi paz mental por quien no lo merece, pero es que ¡estoy tan enfadada! ¡¿Cómo puede haberse atrevido a pedirme que volvamos a casarnos?! ¡Ya jugó suficiente conmigo! ¡Ya pagué muy caro enamorarme de él!

Me giro para salir, pero, cuando no me he alejado más de un par de pasos, lo siento moverse rápido y, antes de que pueda hacer nada por evitarlo, me coge de las caderas y me aprisiona contra la pared, con su cuerpo inmovilizando el mío y sus manos agarrando mis muñecas pegadas al muro.

Maldita sea, la sensación es brutal, abismal, imposible de ignorar.

—¿Crees que eres la única que odió con todas sus fuerzas todo lo que pasó? —ruge mirándome a los ojos.

Su uno ochenta y seis, a esta distancia, hace que tenga que levantar la cabeza para mantener el contacto. El odio rompe las defensas. Su cuerpo llama al mío como si fuéramos hombres lobo y nos hubiésemos reconocido bajo la luna llena. Sin embargo, la rabia pesa más. Mi corazón se acelera por la rabia y por ella mi respiración se vuelve un caos, y sé que a él le pasa exactamente lo mismo. Nunca vamos a dejar de odiarnos.

—Pues entonces sal de mi vida —le escupo— y no vuelvas jamás. Suéltame —le exijo forcejeando.

Pero él no necesita hacer uso ni de la mitad de su fuerza para mantenerme donde quiere. ¡Eso también lo odio! Recuerdo cómo me hacía sentir cada vez que me tocaba y lo odio, a él, más que a nada.

—Solo hago esto por la Empresa —dice sin un solo resquicio de duda en su voz—. Te odio. —Sabe ser cruel cuando quiere. No le importa serlo—. Más de lo que puedas imaginar y, si de mí dependiera, te mantendría fuera de mi vida sin ni siquiera mirar atrás, exactamente como he hecho estos últimos cuatro años.

Sigue atrapando mi mirada. Tiene la mandíbula tensa. Yo frunzo el ceño apretando los dientes. Ojalá le hubiese hecho tanto daño como él a mí. Ojalá no lo hubiese ayudado con sus problemas con la junta.

—Me da igual por qué lo hagas —replico aún más cabreada—. Suéltame —siseo haciendo hincapié en cada sílaba.

Otra vez no importa cuántas veces intente huir de él, no lo logro y, cada vez que mi vestido se encuentra con su traje italiano, que mi respiración se vuelve más jadeante por el esfuerzo, parecemos estar más cerca.

—No pienso permitir que nadie se quede con lo que es mío y haré lo que tenga que hacer para conseguirlo —gruñe con la voz más ronca, inclinándose más sobre mí.

También odio su voz. Me contengo para no cerrar los ojos mientras sigo luchando por apartarme de él. Su olor me atraviesa como si fuese una combinación perfecta de química moderna y magia ancestral. Trae consigo un millón más de recuerdos, un millón más de gemidos.

Sé que él también lo nota porque su agarre se vuelve más posesivo, casi violento, casi llegando a doler, y el placer asoma la

cabeza, aliándose con la excitación. ¡Maldita sea, no quiero nada de esto!

Christian siempre ha sido así, las dos caras de una moneda demasiado sexy, la sombra oscura, la fuerza, el saber que puede ser despiadado y peligroso y ese magnetismo que lo sacude salvaje y que hace que sea imposible apartar la mirada de él.

—Nadie va a quitarme lo que es mío —repite, y su determinación se hace más patente en cada palabra, como un animal sin domesticar reclamando lo que le pertenece.

Noto el calor que desprende su cuerpo al acariciar el mío. Su mano suelta la mía y por un momento creo que va a bajarla hasta la parte de atrás de mi rodilla para subir por mi muslo despacio, con dureza, hasta hacerme rodear su cadera. Siento el suave salto que daría para que él me encajase en su cintura. Siento la carísima tela de sus pantalones a medida entre mis piernas.

¡Sal de aquí!

Reuniendo todas mis fuerzas, me deshago de su agarre y lo empujo. Christian se aparta y resopla malhumorado.

No soy idiota, sé que me ha concedido la huida, pero pienso aprovecharla.

—Haz lo que te dé la gana, pero lejos de mí —le advierto saliendo de su estudio sin mirar atrás.

Atravieso la casa con un humor de perros y me dirijo a la puerta principal de la propiedad.

—Puedo llevarla, Daisy —me recuerda amable Reacher.

—No, gracias —respondo sin volverme ni detenerme porque no quiero nada de Christian.

6

Daisy

Salgo del reino de Hudson Yards y en la frontera que marca la Octava cojo el metro en dirección al East Side.

—Ufff, vaya cara —comenta Mabel después de abrir la puerta y observarme un solo segundo con la mejilla pegada a la madera del marco.

—He tenido días mejores —sentencio.

—¿Una cerveza? —pregunta tras un momento de silencio, como si no hubiera mejor solución a cualquier tipo de mal.

—Claramente es un sí.

Mi amiga me dedica la sonrisa que siempre me dice que he llegado a casa a la vez que me hace un gesto para que pase y se hace a un lado con la puerta para que pueda entrar en el apartamento de Debbie y Dave.

—¿De dónde vienes? —plantea la anfitriona sentada en uno de los dos sofás, pintándose las uñas de los pies cuando voy flechada a la nevera y saco cuatro Buds heladas sin ni siquiera preguntar. Sé que serán bien recibidas.

—Del mismísimo infierno —contesto pasándole uno de los botellines y entregándole otro a Mabel, que se ha acomodado en el tresillo perpendicular a donde Debbie ocupa un sitio y donde yo me dejo caer.

—Qué melodramática —suelta precisamente Debbie riéndose un poquito de mí.

—Tú no estabas allí —me quejo.

Le tiendo el botellín que quedaba levantando el brazo sin mover ninguna otra parte del cuerpo.

Resoplo. El día había empezado genial...

—Hudson Yards —pronuncio al fin.

Los tres me miran como si hubieran sufrido la misma interferencia mística y hubiesen oído mal. No puedo culparlos.

—¿Has ido a ver a Christian? —indaga Mabel con una mezcla de incredulidad y confusión.

Y eso que ellos ni siquiera lo conocen en persona. Aunque Debbie, Dave y yo tenemos una infancia en común en una de las casas de acogida, no volvimos a encontrarnos, y yo a conocer a Mabel, hasta hace tres años. Poco a poco, conforme el tiempo pasaba y recuperábamos nuestra amistad en un caso y crecía en el otro, fui contándoles mi historia. Las desdichadas y desternillantes aventuras de Daisy Messina en el reino de Hudson Yards.

—Sí, y no ha sido voluntario —aclaro—. Le prestó sus matones a mi padre para que me sacaran a rastras del trabajo y me llevaran a verlo.

—¿A tu padre? —inquiere Dave igual de confundido que Mabel.

Vuelvo a asentir mientras bebo de mi Budweiser.

—Resulta —me explico a punto de la risita nerviosa barra histérica — que ha tenido la brillante idea de ordenarme que vuelva a casarme con Christian.

Mabel, Debbie, Dave y yo somos muchas cosas, muchas de ellas, con toda probabilidad, bastante disfuncionales, pero es bastante complicado dejarnos sin palabras, así que, en una escala del uno al

diez de «Cuánto lo estoy flipando ahora mismo», claramente estamos en un veintiséis porque ninguno de los tres dice nada.

—Pero ¿qué coño? —arranca Debbie por fin.

—¿Por qué? —continúa Mabel.

Yo me encojo de hombros mientras le doy otro trago muy largo a mi cerveza.

—Por la Empresa —resumo, y hay un deje de desprecio en mi voz. ¿Por qué iba a ser si no? Nunca le he importado a Neil, tampoco los últimos cuatro años, y de pronto quiere ir de padre del año—. Le he dicho que eso no iba a pasar ni de coña.

Los tres, de una manera u otra, me dan a entender que he tomado la decisión correcta.

—Me negaba a creer que a Christian le pareciese buena idea y he ido a su casa a contárselo y a exigirle que controlara a mi padre, pero resulta que está de acuerdo —concluyo alucinando muchísimo yo también.

Mis amigos se miran entre sí sin ni siquiera saber qué decir. La confusión se ha entremezclado muy rápido con la preocupación... Tampoco puedo culparlos por eso.

—¿De verdad te ha dicho que quería que volvierais a casaros? —sondea Debbie.

—Literalmente me ha ofrecido lo que quisiera si aceptaba.

Creo que eso es lo que más trabajo me cuesta entender. A fin de cuentas, mi padre no sufrió esa locura y no tendría que sufrirla ahora si me diese un golpe en la cabeza y aceptase ser la señora Hale de nuevo en mitad de una amnesia orquestadora de malas decisiones, pero Christian me odia tanto como yo a él, odia lo que vivimos con la misma intensidad. Él ni siquiera me quiso en su vida, en primer lugar. ¿Por qué repetir experimento?

—Al parecer, necesita mis acciones para controlar a un nuevo inversor que amenaza con quedárselo todo —les doy el resto de la información.

Los cuatro nos quedamos callados, creo que asimilándolo todo.

—Estoy completamente convencida de que, dondequiera que esté, Ramson está tumbado con un bol de palomitas sin perderse un detalle —apunta Mabel—. Sois su plataforma de *streaming* particular.

Debbie asiente.

—A lo mejor le leyó la mano una gitana en los setenta y le advirtió que convertir tu vida en un chiste era la clave para salvar el mundo —apunta Dave muy serio.

Yo lo miro mal, pero a él le importa bastante poco y me sonríe enseñándome todos los dientes. Las chicas rompen a reír. Estoy rodeada de traidores. Pero un segundo después yo también estoy sonriendo y, Dios, qué bien sienta.

—Es que te juro que es una explicación plausible teniendo en cuenta que Christian pretende que os caséis otra vez —sentencia.

La verdad es que es tan surrealista que ya resulta hasta un poco gracioso.

—Tomo nota —contesto ocultando mi sonrisa dándole un estratégico sorbo a mi botellín.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Debbie.

—No sé, buscar a la gitana y maldecirla yo a ella —respondo encogiéndome de hombros. Mabel me señala con una sonrisa—. He valorado la posibilidad de fugarme del país, pero me echaríais demasiado de menos y yo me debo a mis fans.

Dave me tira un cojín por mi motivación para no huir, pero yo lo esquivo sin problemas.

—Además, si lo de la gitana es verdad, fijo que estés donde estés llega un tsunami y te arrasa —interviene Mabel.

—O te devora un oso —continúa el único chico de esta pandilla.

—O empiezas a trabajar de socorrista en un lago lleno de pirañas —añade Debbie.

—Teniendo en cuenta que no sé nadar, lo de las pirañas tampoco me parece un problema.

Todos asentimos y durante el siguiente puñado de segundos otra vez bebemos en un cómodo silencio.

—Ahora en serio —pongo en contexto—. Me he negado y eso es lo único que van a conseguir de mí, el no más grande de la historia.

Mabel me observa leyendo en mí. De todos nosotros es, sin duda alguna, la más reflexiva y desde luego la que tiene más sentido común. En realidad, siempre lo ha sido, incluso de cría. Su superpoder siempre ha sido su madurez, aunque, como les pasa a muchos superhéroes, no es una habilidad que quisiera ni buscara, simplemente a veces toca crecer muy rápido.

—¿Y tú estás bien? —inquiere.

Asiento sin darme tiempo a pensar. No pensé que tendría que volver a ver a Christian. Puede parecer ridículo teniendo en cuenta que los dos vivimos en la misma ciudad, pero, con lo diferentes que son nuestros mundos, no era ninguna idiotez contar con ello. No voy a mentir, hace cuatro años fue muy duro, pero me prometí a mí misma que iba a sacarlo de mi corazón y de mi vida y cumplí. Sobreviví.

—Genial —contesto.

Christian ya no significa nada para mí.

—¿Segura? —plantea Dave.

—Segura.

—¿Segura? —insiste Mabel.

—Segura —repito señalándola— y segura —añado moviendo mi índice en dirección a Debbie cuando intuyo que va a hacerme la

misma pregunta.

—Pues entonces brindemos por las chicas listas que toman buenas decisiones —dice Dave con esa sonrisa traviesa que se le da tan bien poner alzando su Bud.

—Esas somos nosotras —apostilla Debbie imitándolo.

Él frunce el ceño observándola.

—¿Te estás incluyendo? —indaga—. No has tomado una buena decisión desde que te conozco y te conozco desde hace un montón. ¿Has visto ese color de uñas? —la pincha.

Ella se mira los pies aún con el separador de dedos rosa chicle puesto y abre la boca indignadísima.

—El color mola muchísimo —se defiende.

—Sí si eres un pitufo a punto de entrar en rehabilitación —replica Dave sin dudar.

Ella lo asesina con la mirada y le lanza lo que tiene más a mano. Mabel y yo los observamos con una sonrisa mientras ellos siguen dándose caña el uno al otro.

Mi amiga inclina su botellín hacia el mío, yo hago lo mismo y brindamos. Esta vez sé que es por mí, por haber superado esta pequeña batalla intacta y elegir sabiamente no entrar en la guerra.

Paso el resto de la tarde con ellos. Mabel nos prepara la cena y, después de darles una paliza al Cluedo, cruzo el rellano, subo una planta y entro en mi apartamento. Un cuarto sin ascensor de treinta y dos metros cuadrados... pero me gusta. Puedo pagar el alquiler, estoy cerca de mis amigos, que básicamente son mi familia, y me siento muy cómoda.

Al dejar las llaves sobre el pequeño mueble del pequeño vestíbulo sonrío al ver el llavero que acaba de regalarme Debbie: tiene forma de llave y esconde una punta de cerámica. «Si a Christian se le ocurre volver a mandar secuestrarte, rompe la ventanilla y huye».

Ha sido un cuarenta por ciento genuina preocupación de amiga y un sesenta reírse de mí y de mis desgracias... Puede que más un veinte ochenta.

Entro en mi habitación camino del baño, pero antes de que la idea cristalice en mi mente me tiro sobre la cama y acabo clavando mi mirada al techo.

No sé qué habría sido de mí estos últimos años sin Mabel, Debbie y Dave. Han sido mi apoyo, mi red de seguridad y mis personas favoritas, todo a la vez. No puedo evitar pensar que, si hace cuatro años hubiésemos estado ya juntos, quizá no habría cometido el error de casarme con Christian... ¿A quién pretendo engañar? Sí, lo habría hecho. Mi abuelo necesitaba poder quedarse en el hospital, el seguro nos dejó tirados y yo intenté todo lo que estuvo a mi alcance y más. Estaba desesperada. Mi padre supo verlo muy bien y lo aprovechó. Me ofreció, para que Christian pudiera resolver sus problemas de imagen ante una denuncia falsa por malversación y apropiación indebida, algo que aseguraba más poder a los Moore y, si yo aceptaba y hacía lo que me dijeran cuando me lo dijeran, salvarían a mi abuelo. Me gustaría decir que me tomé mi tiempo para pensarlo con calma, analizar pros y contras y esas cosas que una decisión así implica, pero solo estaría mintiendo. No podía abandonar a mi abuelo y mucho menos después de cómo él luchó por mí. No tuve nada que pensar y ellos lo sabían muy bien.

Maldita sea. Tendría que haber sido más lista. Nunca tendría que haberme enamorado de él. Una lágrima resbala por mi mejilla en el más absoluto silencio mientras recuerdo todas las que derramé, pero no es de tristeza, es de rabia y, sobre todo, es un recordatorio para tener clarísimo que siempre debo mantenerme en guardia. Enamorarte de una persona que nunca te quiso es demasiado complicado y duele más que nada. ¿Lo peor de todo? Christian era

capaz de hacerme sentirlo muy cerca y, cuando decidía volver a alejarse, el dolor se hacía insoportable.

Tienen que dejarme en paz. Después de todo lo que pasó me lo he ganado y no pienso permitir que ni Christian ni mi padre ni nadie vuelvan a involucrarme de la manera que sea en lo que quiera que estén pensando por el bien de la Empresa o sus propios intereses.

* * *

Al día siguiente me levanto después de maldecir el despertador y con los ojos aún medio cerrados me meto en la ducha. Eso explica por qué he tropezado con el taburete que está siempre en el mismo sitio y casi me rompo una pierna. Habría sido una situación muy complicada. No habría sabido a quién llamar. Las chicas y Dave están automáticamente descartados, se estarían riendo de mí durante horas.

Desayuno de pie en la cocina, comiendo conforme voy preparando cada cosa y cantando al ritmo de los anuncios de la tele. Se me ha hecho un poco, un poco muy grande, tarde.

Aún estoy tarareando la canción de uno de los *spots* con un trozo de tostada en la boca cuando apago la tele y voy hasta el recibidor. Me cuelgo mi bolso cruzado y cojo las llaves.

—Buenos días, señor Durdell —saludo a mi vecino cuando nos encontramos en las escaleras que separan mi portal de la acera de la 12 Este.

Camino cinco manzanas hasta la parada de Union Square y pillo el metro. Cuatro paradas y un paseo de nueve manzanas después estoy a unos pasos del control de seguridad de South Street Side, el puerto sur de la isla de Manhattan.

—Buenos días, Mei —saludo a la guardia quitándome el bolso y dejándolo sobre la cinta para que puedan verlo por rayos X.

Paso por el detector de metales. Pita. Siempre pita.

Pongo los ojos en blanco divertida y coloco los brazos en cruz para que pueda pasarme la pala. Lleva ocurriendo, literalmente, todos los días de los últimos tres años y dos meses, exactamente el tiempo que llevo trabajando aquí.

—A lo mejor tengo implantado un chip del Gobierno para el control mental —comento pensativa.

Mei sopesa mis palabras un momento.

—Si yo fuera el Gobierno e implantara chips, me aseguraría de que no pitaran en los detectores de metales —replica.

—Bien visto —contesto con una sonrisa, recuperando mi bolso y colocándomelo de nuevo mientras echo a andar hacia el interior del puerto—. Ten un buen día.

—Lo mismo digo.

Mis pies resuenan contra el suelo mojado; aunque no ha llovido, eso es algo de lo más común por aquí. Levanto la vista y sonrío cuando mi mirada se encuentra con la desembocadura del East River. La luz de la mañana aún llena de dorados, como si el sol no se hubiese despertado del todo, incide brillante en sus aguas, creando una increíble sensación repleta de la paz del suave movimiento antes de la locura de un bullicioso día de trabajo. Es una de mis vistas favoritas.

—Daisy, qué bien que ya estás aquí —me saluda el señor Blaine peleándose con la *tablet* que tiene en las manos.

—Veo que me ha echado de menos —bromeo quitándome el bolso, dejándolo sobre la mesa y caminando hasta él.

Él resopla enfrascado en lo que quiera que está intentando encontrar en el iPad y me lo tiende.

—Necesito las facturas de las reparaciones que hicimos para Stan la semana pasada —me dice, aunque hay quien diría, y no se equivocaría, que está farfullando.

Sonrío. El papeleo nunca ha sido lo suyo.

Paseo mi dedo por la pantalla, haciendo los toques necesarios, y menos de un minuto después la impresora protesta justo antes de imprimir una tanda de papeles.

—Ahí las tiene —anuncio con una sonrisa—. Voy a revisar que los chicos estén terminando el trabajo para Riordan —cojo la carpeta, una de esas marrones con un grueso clip plateado en la parte superior— y cuántas horas llevan con lo de Smith.

—Eres una bendición —se despide mi jefe mientras salgo.

Yo vuelvo a sonreír.

—Bueno, no estoy mal —replico divertida.

El señor Blaine me contrató como secretaria, pero poco a poco, sobre todo por el hecho de que detesta el curro de oficina, he acabado encargándome de todo lo administrativo mientras él trabaja con sus muchachos, su pequeña cuadrilla, en las reparaciones de barcos que nos traen. También arreglan motores y hacen cargas y descargas.

—Hola —saludo a Hank, uno de los chicos, que está sentado en las escaleras de acceso a la caseta de obra donde tenemos la oficina mientras yo las bajo con la carpeta sujeta, descansando en mi antebrazo.

—Hola, Dais —responde cuando paso junto a él.

Llego a tierra firme.

—¿Viste el partido de los Giants de anoche? —le pregunto girándome sin dejar de andar para no perderlo de vista.

—Creo que prefiero no hablar de ello —contesta con un resoplido.

Yo sonrío y continúo mi camino.

—No hay que perder la fe —le recuerdo.

—Eso nunca.

—Hola —me saludan Tim y Halid al cruzarnos.

—Hola —respondo—. ¿Qué tal tu cita? —pronuncio con retintín moviendo las caderas de un modo que pretende ser sugerente, pero está más en la línea de una ardilla tratando de hacer girar un *hula hoop*.

El aludido no contesta; sin embargo, esa sonrisa de oreja a oreja que le veo antes de que baje la cabeza y se frote la nuca lo dice todo.

—De escándalo —me confirma Halid señalando a su amigo con la cabeza, enarcando las cejas.

—¡Lo sabía! —exclamo victoriosa. Llevaba un par de meses un poco colado por su vecina y hace tres días por fin se atrevió a pedirle una cita.

Tim quiere seguir manteniendo el tipo, pero, al igual que me ha pasado a mí con mi movimiento sexy, fracasa y rompe a reír, feliz. Desde luego, una manera genial de hacerlo. Me alegro mucho por él.

El señor Blaine es un jefe justo y, aunque el trabajo es duro, consigue que sus chicos se sientan valorados. Por esa razón llevo viendo prácticamente las mismas caras todos estos años. A estas alturas nos conocemos muy bien.

—Daisy —me saluda solemne, levantándose el casco como si estuviésemos en una novela de Jane Austen.

Hablando de conocerse muy bien...

—Dave —respondo contagiada de su humor, fingiendo levantar el bajo de mi vestido y haciendo una reverencia.

Un segundo después los dos nos echamos a reír.

Dave, Debbie y yo coincidimos en la misma casa de acogida. Teníamos nueve años. Ellos ya venían de estar juntos en otras dos.

Se trataban y protegían como si fuesen hermanos y, cuando nos encontramos, nos convertimos en una familia de tres. Desgraciadamente, cuando salimos de aquella casa a mí me enviaron a una diferente y no volvimos a vernos hasta que lo encontré aquí mi primer día de trabajo para el señor Blaine.

—Ey —protesto cayendo en la cuenta de algo—, no te comportes como un caballero. Ayer te pillamos haciendo trampas al Cluedo.

—No hice trampas, solo tergiversé ligeramente las reglas a mi favor —se defiende entrecerrando los ojos.

—Eso es hacer trampas —le recuerdo imitando su mirada.

—O no —replica encogiéndose de hombros.

Yo le dedico mi peor mohín y él me lo devuelve, una batalla cruenta sin duda alguna... hasta que un instante después los dos volvemos a sonreír y reemprendemos cada uno nuestro camino.

—Tengo curro —se despide Dave.

—Lo sé y esfuérzate —le indico.

—Tía, eres una mandona.

—Soy una jefa excelente —contraataco, aunque técnicamente no es verdad. El jefe es el señor Blaine. Yo solo me encargo de que esta pandilla se comporte—. ¿A que tengo razón? —involucro en la conversación a Adonis, que viene andando en mi dirección.

—Absolutamente.

Me ofrece la mano para chocar y yo lo hago sin detenernos.

—¿Me he ganado un café? —pregunta mi cómplice.

—Por supuesto.

Las primeras horas de la mañana se pasan volando. Tenemos bastante trabajo pendiente, así que los chicos no pierden ni un minuto. Mientras, yo, desde mi castillo prefabricado, mando una veintena de *emails*, pierdo la cuenta de las llamadas que hago y,

equipada con una vieja calculadora, reviso una tonelada de facturas. Básicamente, tengo abiertos unos diez frentes a la vez.

El teléfono fijo comienza a sonar. Compruebo el identificador de llamadas. Es la extensión de la garita de seguridad de la entrada.

—Dime, Mei —respondo.

—Daisy, aquí hay un hombre que pregunta por ti. Dice que se llama Neil Moore.

Automáticamente frunzo el ceño.

¿Mi padre? ¿Qué demonios hace aquí? ¿Qué quiere?

Mi primera intención es decirle a Mei que no tengo ni idea de quién es y que no puede pasar, pero lo conozco y sé que no va a rendirse, no si es algo que le acarreará beneficios; si no puede sacar tajada, ni siquiera mueve un dedo, da igual lo que esté en juego para otras personas. Va a insistir, le dirá que es mi padre y finalmente amenazará con armar un escándalo, llamar al jefe del área de seguridad del puerto y hacer que él autorice su entrada. Prefiero ahorrarle todo eso a Mei. Los daños colaterales no me van.

—Que pase —digo—. Gracias, Mei.

—A mandar.

La zona de trabajo de nuestra pequeña empresa no está demasiado lejos de la puerta principal, así que, para cuando doy un par de respiraciones buscando mi yo más zen y salgo de la oficina, un elegante Audi gris claro está deteniéndose a un par de metros.

Al ver a mi padre salir del coche, siento como si un escudo fabricado a base de calma e indiferencia se adhiriera a mi piel.

—¿Qué quieres? —pregunto sin preámbulos.

No tengo ningún interés en tratar de complacerlos, a ninguno de ellos, nunca más, ni en doblegar mi carácter solo para encajar en sus estándares.

—Buenos días, Daisy —pronuncia tratando de sonar cortés, pero es obvio que en el fondo solo está siendo condescendiente.

Me importa menos que nada.

—¿Qué quieres? —repito sin variar un ápice el tono.

Él mira incómodo a su alrededor. Hace cuatro años eso me habría preocupado y habría intentado ser más amable, tragándome lo que me hiciese sentir mal solo para ganarme unas migajas de su cariño.

—¿Podemos pasar a tu oficina?

—No —niego sin dudar—, aunque, si esa es la manera para que digas más rápido lo que sea que tengas que decir y te largues, puedes entrar.

No espero respuesta por su parte, giro sobre mis talones y regreso al interior.

Unos segundos después oigo sus pisadas resonar contra los escalones y finalmente aparece frente a mí.

—¿Qué tal estás?

Yo lo observo y suelto una risita de lo más irónica.

—¿De verdad vas a ir de padre conmigo?

Perdió ese derecho al abandonarme en el sistema estatal de acogida cuando mi madre murió.

—Soy tu padre —sentencia soberbio.

—Eso es discutible —replico cruzándome de brazos.

—La paternidad es un hecho.

—La tuya no, créeme. Si quieres, hablamos de los motivos... —dejo en el aire encogiéndome de hombros y teniendo claro, aunque aún no haya abierto la boca, cuál será su respuesta—. ¿No? Lo imaginaba —suelto mordaz.

—Tienes que casarte con Christian —sentencia dando el tema «Por qué Neil Moore no va a recibir el premio al padre del año» por zanjado.

Yo resoplo, a punto de la sonrisa, y ese rastro de diversión post «Qué broma más buena» hace brillar mis ojos.

—Eres increíble —me quejo usando el peor sentido posible de la palabra—. Ya te dije ayer que eso no iba a pasar. Me da igual lo que esté ocurriendo en la Empresa, lo que necesites tú o lo que necesite él.

—Tienes que reconsiderarlo —me advierte.

—Uau, una amenaza velada, qué clase —pronuncio llena de sarcasmo—. No pienso hacerlo —le dejo claro—. Si esto es por mis acciones, quedaoslas, no las quiero.

Nunca lo hice. El padre de Neil, Clint, era un buen hombre y, cuando descubrió todo lo que había pasado con mi madre y cómo su hijo me había abandonado, me legó esas acciones en vez de a mi padre o a mi hermanastra Evangeline para vengarse de él. No voy a negar que tuvo un punto kármico muy molón... hasta que me convirtieron en el centro de sus estrategias para seguir teniendo poder en la Empresa.

—Sabes muy bien que la única forma de reagrupar las acciones de las tres familias mayoritarias es mediante el matrimonio.

—Christian dirige la Hale Corporation, ¿no?, que cambie las reglas.

—Las cosas no son tan sencillas —me explica condescendiente—. Ramson lo dejó escrito en su testamento...

—No es mi problema —lo interrumpo.

Mi padre mantiene su afilada mirada sobre la mía, provocando que los segundos pasen lentos y pesados.

—¿Y todo esto es tu problema? —plantea con malicia haciendo girar suavemente su mano, como si pretendiese englobar la empresa del señor Blaine por completo—, porque puedo hacer que Alan Blaine lo pierda todo.

Un sudor frío me recorre la columna vertebral.

—No serás capaz —murmuro.

¡Alan no tiene nada que ver! ¡No puede hundirle la vida!

—Ponme a prueba —me amenaza—. Si no te casas y reagrupas tus acciones para impedir que el nuevo inversor se convierta en CEO, me aseguraré de que este *pequeño* —pronuncia con desprecio — negocio acabe en la ruina y que a Alan Blaine no le queden nada más que un montón de deudas.

Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. ¡¿Cómo puede pensar siquiera en hacer algo así?!

—Fuera de aquí —le exijo.

Estoy tan furiosa que no me hace falta gritar para demostrarlo.

Él asiente solo una vez, estudiando mi reacción y satisfecho con el resultado.

—Tienes veinticuatro horas para tomar tu decisión —anuncia justo antes de dar media vuelta y marcharse.

Unos segundos después oigo la puerta del coche y el suave ruido del motor mientras se aleja. En cambio, yo estoy inmóvil, de pie, junto a mi mesa. Esto no puede estar pasando. Mi propio padre no puede haberme amenazado de esa manera... aunque en el fondo no sé de qué me sorprendo. Estamos hablando del mismo hombre que, la única vez que me llevó de vacaciones con su familia, les dijo a sus amigos que yo era la hija de una de las criadas.

Miro a mi alrededor sintiendo cómo el aliento se me escapa de los pulmones. Yo... no puedo dejar que el señor Blaine salga perjudicado, tampoco los chicos. Son buenas personas. Pero es que la otra opción, volver con Christian... Niego con la cabeza antes de que la simple idea cristalice en mi mente. Ya estuvimos casados una vez, ya dolió más que nada. Lo odio. Él me odia a mí. ¿Qué cosa buena iba a salir de ahí?

No puedo.

Pero tampoco puedo abandonar al señor Blaine ni a mis compañeros...

Tengo que encontrar una solución.

7

Daisy

—¿Vas a contarme de una vez qué te pasa? —me pregunta Dave—, porque eso de que estás cansada no se lo cree nadie.

El semáforo del cruce de la calle Whitehall con Stone se abre y echamos a andar. Desde que mi padre se ha marchado, no he podido dejar de darle vueltas al tema, pensando y pensando, imaginando cada vez escenarios más catastróficos que me han hecho sentir más y más culpable. Ahora mismo estoy realmente agobiada.

—Daisy —me llama Dave para que le preste atención y solo entonces me doy cuenta de que no he llegado a contestarle.

¿Y si el señor Blaine lo pierde todo por mi culpa? ¿Y si los chicos no consiguen un nuevo trabajo? Tienen familias que dependen de ellos, críos, hipotecas, alquileres; Hank perderá la residencia si no consigue un nuevo empleo.

—Daisy —insiste.

Los chicos se han dado cuenta de que estaba más pensativa de lo habitual y han mandado a Dave a preguntarme. Yo he escurrido el bulto y he soltado una mentirijilla piadosa, pero es obvio que, para mi amigo, aunque en ese momento me haya dado cuerda y lo haya dejado estar, no ha colado.

Yo me detengo en mitad de Bowling Green con gesto nervioso, casi hemos llegado a la boca de metro.

—Neil ha venido a verme al trabajo —confieso.

—Lo sé —responde, y automáticamente frunzo el ceño. ¿Lo sabe? —. Mei me lo ha dicho —responde a la pregunta que no he llegado a hacer en voz alta—. Por eso te he cubierto con los chicos con lo de que estabas cansada, pero ahora tienes que contarme la verdad.

Yo bajo la cabeza a la vez que resoplo. No pensaba explicárselo a Dave hasta que encontrara una solución. Me siento responsable, su curro también está en juego.

—Me ha amenazado con destruir el negocio del señor Blaine si no acepto casarme con Christian —suelto de un tirón buscando su mirada.

Él me observa boquiabierto. Maldita sea, seguro que ahora está decidiendo qué está, si más confuso o más preocupado.

—Pero ¿qué coño? —gruñe tras un par de segundos, completamente alucinado, y para mal—. ¿Cómo puede amenazarte así?

—Porque obviamente, cuando repartieron a los padres, yo saqué la pajita más corta —me burlo cruzada de brazos y perdiendo mi vista en los coches que pasan unos tras otros—. Tengo que encontrar una solución.

Mi amigo me estudia un momento más.

—Una que no incluya otro matrimonio concertado, no se te dan bien —suelta.

Yo lo miro mal y desconcertada, aunque más con ira homicida; sin embargo, y aunque es lo último que los dos queremos, sonreímos y un instante después rompemos a reír. Es uno de los motivos por los que Debbie, Dave, Mabel y yo nos llevamos tan bien. Somos de los que creen que nunca es mal momento para una broma; en el sesenta por ciento de los casos nos equivocamos, pero, bueno, nos queremos igual.

Niego con la cabeza. Este pequeño *break* me ha servido para poder respirar.

—Me lo ha dejado claro, tengo que casarme con...

De pronto caigo en la cuenta de algo. Lo pienso un instante más para asegurarme de que he tenido la idea más brillante de mi vida y, *voilà*, vuelvo a sonreír.

—Voy a salirme con la mía —sentencio sin que el gesto abandone mis labios—, casi —especifico entrecerrando los ojos—. Conllevará un pequeño sacrificio, pero merecerá la pena.

En el metro termino de contarle mi plan a Dave y después, en el apartamento que comparte con Debbie, hago lo mismo con las chicas. A no ser que la gitana que le leyó la mano a Ramson, y que Mabel está casi segura de que me echó una maldición, haga de las suyas, funcionará.

* * *

A la mañana siguiente me pongo mi vestido favorito, uno blanco y de tirantes, con estampados de pequeñas mariposas naranjas y moradas, y mi chaqueta vaquera. Me está un par de tallas grande y me encanta. Me calzo mis botas y me doy un último vistazo frente al espejo. Siempre llevo mi media melena suelta y el rubio destaca chillón haciéndome sonreír. Apenas me he maquillado, pero sí me he pintado los labios de rojo. Es el toque de la casa. Lo he usado desde que empecé a maquillarme de adolescente y me compré mi primer pintalabios.

—¡Voy! —grito al aire cuando suena el timbre.

Rápida, cojo mi bolso de encima de la cama y voy hasta el recibidor.

Las chicas y Dave insistieron en que me llevara refuerzos para hablar con Neil, así que Debbie me acompañará. No tiene ningún sentido del ridículo, no se achanta con nada y miente diciendo que sabe artes marciales cuando lo más técnico de su repertorio de lucha es que es muy rápida localizando ladrillos y amenazando a criminales con ellos. Historia verídica. Dos veces.

Poco más de media hora después estamos delante del impresionante edificio de cristal y acero que resalta casi mezquino frente a sus competidores en Park Avenue, como si solo con verlo supieses que dentro está el dueño del mundo y su empresa, la Empresa: la Hale Corporation.

Ayer le mandé un mensaje a Neil diciéndole que nos viésemos aquí.

Nos registramos en el mostrador de seguridad y subimos a la planta cuarenta y ocho. Este piso está reservado para la presidencia de la compañía y contiene una enorme sala de reuniones donde se celebran las juntas de accionistas. Hoy no hay una de esas juntas, pero sé que encontraré a los Hale, a mi padre y a los Bolton allí. Con todo el lío con el nuevo inversor, estoy segura de que más que nunca están dejando claro que no son precisamente amigos y se culpan los unos a los otros.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —nos pregunta la secretaria de planta.

Su tono es amable, pero un brillo malicioso en sus ojos me indica que sabe quién soy pero no tiene ningún interés en demostrármelo.

—No, gracias. Podemos apañárnoslas —contesto con una sonrisa insolente.

Christian y yo estuvimos casados solo seis meses, pero siempre fue así, con personas como ella pensando que yo no me merecía estar a su lado y tratándome en consecuencia. Eso en el mejor de

los casos, porque, para la mayoría, yo ni siquiera existía. Christian se encargó de que solo los imprescindibles supiesen de nuestro matrimonio y, salvo los que acudieron a nuestra intimísima boda, jamás conocí a nadie.

Antes todo eso dolía, ahora ya solo siento pena por las personas tan clasistas como ella. En cuanto a mí, el camino que he andado es lo que me ha hecho ser como soy, así que estoy en paz con esa Daisy tan enamorada como para no ver más allá. Sin embargo, también creo que el universo, Dios, Taylor Swift, quien sea que esté al mando del destino, podría habérmelo puesto un pelín más fácil.

—Este sitio es enorme —comenta Debbie impresionada mirando a su alrededor—. Siempre pensé que las empresas así no tenían un único dueño.

Si esto fuera una peli, ahora habría un corte y aparecería un hombre muy guapo de traje, con una mano en el bolsillo y mirando a cámara —¿qué tal Sebastian Stan?, ¿y qué tal sin camiseta?— para explicar lo siguiente: la Empresa fue fundada por Ramson Hale, el abuelo de Christian. Trabajó duro y consiguió que adquiriera mucha relevancia en el panorama empresarial del Nueva York de los años sesenta. A su lado siempre estuvieron sus dos mejores amigos; los tres sirvieron juntos en la guerra de Corea y estaban muy unidos, Phillip Bolton y Clint Moore.

Ramson quiso compensarlos y les cedió a cada uno un diez por ciento de las acciones justo antes de que estas saliesen a bolsa, conservando para sí mismo el cincuenta y un por ciento.

Años después, Brayson, el padre de Christian, se puso al frente de la compañía y la llevó de una manera formidable consolidando su posición. ¿Qué no vio venir? Lo que nadie vio: la crisis económica del 2008. Para paliar las pérdidas, no le quedó otra que diluir parte del accionariado y volver a sacar nuevas opciones a la venta. Jim Bolton,

el hijo de Phillip, y Neil no estuvieron de acuerdo, alegando que no era lo que Ramson hubiera querido, aunque lo que en realidad les preocupaba era que sus porcentajes se reducirían a menos del tres por ciento y compraron nuevas acciones. La Empresa se salvó, pero Brayson, con toda la razón, entendió como una deslealtad que aprovecharan el mal momento para adquirir acciones a sus espaldas y fortalecer sus posiciones y, lógicamente, la relación entre ellos nunca volvió a ser la misma.

Así que ahora tenemos a los Hale, con un treinta por ciento del accionariado, a los Bolton con un veinticinco y a los Moore con un doce, que actualmente está en mi poder, sin dirigirse la palabra y cada uno ideando una manera de quedarse con Hale Corporation solo para él. Desde luego, no es la situación más cómoda del mundo.

Hace seis años Christian asumió el papel de CEO, pero no es el único que lo quiere. Thatcher Bolton, el nieto de Phillip, está al acecho, igual que Evangeline Moore, la hija de Neil y mi hermanastra... mía, no de Sebastian Stan, claro.

—Es como en *Juego de tronos* —comento burlona—, pero con apellidos menos rimbombantes.

Debbie me mira y las dos sonreímos sin dejar de andar.

La planta está perfectamente decorada de una manera minimalista y sofisticada. Diferentes puertas llevan a las antesalas de los diferentes despachos de los directivos y, al fondo, el apellido que conduce a los dominios personales del CEO. Me obligo a no dejar mi vista allí un solo segundo completo y enfilo el camino a la sala de reuniones. Hoy pienso mantener los recuerdos a raya. No los necesito.

Solo unos metros más y frente a nosotras aparece la impresionante sala. Tiene las paredes de cristal y no han activado la

opción de ahumarlo, así que puedo ver quién está dentro. Christian, su padre, el mío y Jim y Thatcher Bolton.

—Espérame aquí —le pido a Debbie señalando dos mullidos sillones azules junto a una elegante mesita.

Ella desvía sus pies hasta el lugar indicado y se deja caer.

—Suerte —me dice con una sonrisa divertida, seguro que recordando mi plan, observando cómo me dirijo decidida hacia mi destino.

Yo giro la cabeza para que entre en mi campo de visión por encima de mi hombro y le guiño un ojo. Pienso pasármelo en grande.

—Buenos días —saludo con una sonrisa irrumpiendo en la sala de reuniones, dejando que la puerta se cierre a mi espalda y andando hasta el centro de la gigantesca estancia.

En cuanto hago mi entrada estelar, los comentarios cesan. Christian, a la cabecera de la mesa de madera californiana, clava sus ojos en mí. El traje negro de corte italiano, como siempre, y a medida, como siempre, acompañado de una perfecta camisa blanca y una corbata a juego, no solo resalta sus armónicos músculos, sino también sus espectaculares ojos verdes. Es imposible no darte cuenta de que, con toda probabilidad, son los ojos más bonitos que verás jamás.

En cuanto nuestras miradas se encuentran, mi cuerpo toma conciencia del suyo y no en el mejor de los sentidos. Lo odio. Esa es la verdad y no hay más.

Christian se humedece el labio inferior y se deja caer sobre su sillón de ejecutivo. Parece un gesto inocente, pero, en realidad, está poseyendo toda la habitación. Es de esas personas que se hacen dueños del suelo que pisan sin ningún esfuerzo, solo con su mera

presencia, y si a quien tiene delante es a una persona a la que detesta, como a mí, todo eso parece multiplicarse por mil.

Yo no me achanto y, como con mi padre, tampoco pienso apretar los dientes y domar lo que tengo dentro solo para encajar en sus expectativas, así que me quedo ahí sin arrepentirme ni siquiera un poco de haber irrumpido sin que nadie me haya invitado.

—Buenos días, cielo —me saluda Brayson, el padre de Christian, rompiendo la beligerancia entre los dos.

En cuanto oigo su voz, mi expresión se suaviza y me giro hacia él con una sonrisa completamente diferente. Es uno de los buenos y me encantaba tenerlo en mi vida.

—Hola, señor Hale.

Él me devuelve una sonrisa llena de ternura y genuina felicidad por verme. Soy consciente de que la teoría dice que solo fue mi suegro en un matrimonio concertado, pero, para mí, y sé que también para él, nos convertimos en familia.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí? —inquiere Neil rompiendo el momento, tratando de parecer amable y educado solo porque tenemos público.

—Hola a ti también, papá. ¿Qué tal estás? —contesto toda ironía, burlándome de sus últimas visitas, en las que estaba «muy interesado» por mí.

Él aprieta los labios en una fina línea, fulminándome con la mirada.

—¿Qué haces aquí? —se parafrasea esforzándose en seguir sonando amistoso.

Tengo que admitir que lo consigue. Siempre ha sido un grandísimo mentiroso. Tiene la técnica muy depurada.

—Tú deberías saberlo —respondo sin dudar—. Al fin y al cabo, fuiste quien me amenazó con destruir el negocio en el que trabajo si

no aceptaba casarme para salvar la Empresa del nuevo accionista.

Mis palabras despiertan todo tipo de reacciones en la sala. Los Bolton se sorprenden de que mi propio padre caiga en tácticas tan despreciables. Brayson, que sí lo conoce, no solo no se sorprende, sino que cabecea molesto porque me haya visto entre la espada y la pared de semejante manera. A la vez, Christian deja escapar un breve y malhumorado resoplido. Supongo que no esperaba que su juego y el de Neil quedaran a la vista tan rápido... Y yo no me arrepiento ni un poco de haber abierto la boca.

—Así que he venido para decirte que ya he tomado una decisión —sentencio consiguiendo que la sala de reuniones de la invencible Hale Corporation caiga en un silencio sepulcral y todos me observen con una mezcla de expectación y cautela.

Juro que saboreo las palabras antes de pronunciarlas.

—Me casaré... con Thatcher.

8

Daisy

—¿Qué? —La partícula interrogativa sale de los labios de mi padre casi en un susurro.

Sin embargo, esa no es la primera reacción que identifica mi cuerpo. Antes, siento su mirada dura, oscurecida y peligrosa. Muevo la cabeza y mis ojos se encuentran con los de Christian. Está enfadado y mucho, hasta resultar intimidante. Yo podría hacer muchas cosas, pero elijo cuadrar los hombros y seguir aquí, de pie, manteniéndole la mirada. Y sin que ninguno de los dos lo pretenda una burbuja se fabrica a nuestro alrededor aislándonos de todos, demostrando que, tratándose de nosotros, el odio puede conseguir las mismas cosas que el amor.

—Os preocupa el nuevo inversor —tardo un segundo de más, pero dejo que mis ojos vuelen al resto de la habitación— y necesitáis mi doce por ciento de las acciones para consolidar la posición del CEO, pero es que eso también ocurriría si me casara con Thatcher. Con mis acciones, los Bolton pasarían a ser los accionistas mayoritarios, lo que haría imposible que el nuevo inversor se hiciera con el poder. Thatcher se convertiría en el nuevo CEO —dejo en el aire con una sonrisita de lo más irritante.

—Daisy... —trata de reprenderme Neil. Ahora le cuesta más trabajo eso de seguir pareciendo un padre cariñoso y sereno.

—Yo solo quería que me dejarais en paz —lo interrumpo clavando mis ojos en los suyos— y tú has vuelto a involucrar a una persona que me importa para presionarme. Tú has provocado todo esto, no yo.

Desde la primera vez que dijeron que debía volver a casarme con Christian, les contesté claramente que eso no iba a pasar y, si lo hubieran dejado estar, yo me habría mantenido al margen. Ellos me han hecho actuar, evidentemente dando por hecho que podrían asustarme lo suficiente como para manipularme, pero eso es otra cosa que no va a volver a pasar.

Mi mirada se encuentra de nuevo con la de Christian. Tiene la mandíbula apretada y su cuerpo ha entrado en una suave guardia. Algo se está escapando a su control y lo detesta.

De pronto una parte de mí siente que lo estoy traicionando y mi corazón se encoge. Sin embargo, igual de rápido llega la rabia y una sonrisa triste y mordaz se me escapa. No para él, sino para mí. Para que Christian se sintiese traicionado tendría que haber sentido algo por mí. No le debo nada.

—¿Qué me dices, Thatcher? —Aparto mi mirada de mi exmarido y la llevo hasta él, forzando una sonrisa grande y traviesa. Lo bueno de las corazas es que, una vez que aprendes a llevarlas, puedes activarlas siempre y yo hace mucho que aprendí a fingir sonrisas—. ¿Me aceptas como tu legítima esposa? —inquiero con un toque de diversión.

Él también está sonriendo, como su padre.

—Claro —responde sin dudar.

Sabía que lo haría. Al fin y al cabo, esta boda supone más poder para él y estar más cerca de robarle el trono a Christian.

—Solo tengo una condición: prométeme que el negocio donde trabajo estará a salvo.

—Cuenta con ello —contesta otra vez sin vacilar.

Yo asiento aliviada. ¿Quería otro matrimonio concertado? Por supuesto que no, pero no podía dejar tirados ni al señor Blaine ni a los chicos. Thatcher siempre me ha parecido un buen tío, al menos uno decente, y, casándome con él, me mantendré lejos de las garras de mi padre y de Christian. Mi sentido arácnido de autopreservación lo tiene claro.

—Pásame tu teléfono —le pido.

Thatcher pilla al vuelo a qué me refiero. Desbloquea su *smartphone* y lo lanza suavemente para que se deslice por la mesa hasta mí.

Yo lo cojo, marco mi número y me llamo para saber el suyo.

—Te tengo —digo al oírlo sonar, coloco su móvil de nuevo en la mesa y se lo lanzo de vuelta.

—Te llamaré esta tarde y nos tomamos un café.

—Nuestra primera cita —replico con voz fantasiosa a la vez que me llevo las dos manos al pecho y aleteo las pestañas un número ridículo de veces.

Thatcher rompe a reír por mi reacción y yo le sonrío de vuelta justo antes de dirigirme otra vez a todos los presentes.

—Pues entonces —añado encogiéndome de hombros—, he terminado con mis negocios aquí. Disfruten de la reunión, caballeros —suelto impertinente.

Giro sobre mis botas y me encamino hacia la salida, pero, cuando solo he avanzado un puñado de pasos, me doy la vuelta de nuevo.

—Otra cosa —digo señalando a Thatcher—, en Navidad, por favor, págale unas vacaciones en un crucero a tu hermana Gillian. No me apetece verla en las comidas familiares.

Gillian Bolton, la persona más despreciable que he conocido jamás.

Thatcher y Jim vuelven a sonreír y yo estoy a punto de reanudar mi camino; sin embargo, caigo en la cuenta y entiendo que hay algo más que debo hacer antes de irme.

—Lo siento, señor Hale —digo deteniéndome frente a él con un tono que no sabría explicar, quizá melancólico, y otra vez estoy siendo sincera al cien por cien. Independientemente de lo que pasara con Christian o cómo me tratara él, siempre querré a su familia porque me hicieron sentir que volvía a tener un hogar.

Él me sonríe suavemente. Sabe todo lo que viví al lado de su hijo y, sobre todo, cómo terminaron las cosas.

—No tienes de qué preocuparte —me asegura acariciándome con cariño el antebrazo—. Está todo bien.

Yo también sonrío, aunque en esa ocasión no me llega a los ojos. Lo cierto es que lo echo de menos, a él, a Noel, a Caleb. Echo de menos las partidas de ajedrez y ver la tele en la cocina mientras comíamos helado. Echo de menos Catskills y es extraño porque también siento que no podría volver a esa casa jamás, como si parte de mis mejores recuerdos estuviesen atrapados en una horrible jaula de oro.

No me doy más tiempo para pensar en ello y salgo definitivamente. Cuando noto la puerta cerrarse tras de mí, me obligo a dejar Catskills en el lugar más profundo de mi corazón, donde lo enterré, y a sonreír de oreja a oreja. He dicho lo que quería decir y, uau, ¡ha sido increíble!

Sin embargo, cuando ya estoy caminando en dirección a Debbie, vuelvo a oír la puerta abrirse y unos pasos rápidos y decididos. No tengo tiempo de girarme cuando noto su mano rodeando mi muñeca y sé que es él. Mi cuerpo lo tiene tan claro como si miras al cielo y comprendes si es de día o de noche. Tira de mí y un segundo

después otra puerta se cierra de golpe, dejándonos en un despacho, solos, frente a frente, a Christian y a mí.

—¿Qué demonios te crees que haces? —ruge dando un peligroso paso en mi dirección y comiéndose la poca distancia que quedaba entre los dos—. No vas a casarte con Thatcher.

Su altura, una vez más, me obliga a alzar la cabeza mientras que él la inclina ligeramente hacia abajo para que podamos seguir desafiándonos con la mirada. Sus ojos verdes se vuelven metálicos, creando su propia versión del color del acero. El enfado de antes en la sala de reuniones parece un juego de niños comparado con la rabia que ahora irradia su cuerpo.

Nada de eso me importa.

—¿Por qué? —respondo haciéndome la inocente. Si está molesto es su problema, no mío—. ¿Porque tú lo has decidido?

—Exactamente —contesta sin arrepentirse—. Es mi empresa y no pienso permitir que nadie me quite lo que me pertenece.

Yo asiento varias veces fingiendo que estoy sopesando sus palabras.

—¿Te preocupa perder lo que te pertenece? —replico ladeando suavemente la cabeza sin apartar mis ojos de los suyos, adornando cada palabra con una fingida preocupación—. Porque, por tu culpa, yo perdí todo lo que me pertenecía a mí: mi familia, mi futuro, mi capacidad para creer que los hombres guapísimos con pinta despiadada pueden esconder un corazón increíble... ¿Sabes? —añado torciendo los labios—, creo que eso es lo que más me dolió de todo —me burlo.

—Daisy —me advierte con la voz ronca, intimidante.

Otra vez esa fuerza casi violenta entremezclada con ese magnetismo salvaje. Me siento como un domador de circo tratando de domesticar a un tigre de Bengala, una tarea complicada. Pero no

me achanto y le mantengo la mirada. Las cosas han cambiado. Yo he cambiado y por mí puede irse al infierno.

—Pienso casarme con Thatcher —sentencio alzando la barbilla.

Es mi decisión, no la suya. Puede gustarle mucho, poco o nada, pero no pienso dejar que otros vuelvan a elegir por mí nunca más.

He terminado aquí, así que giro sobre mis talones para marcharme. Sin embargo, Christian no opina lo mismo. Me agarra del brazo y me hace volverme sin ninguna amabilidad, dejándonos frente a frente de nuevo.

—Atrévete —me desafía con su enfado creciendo más y más.

En cuanto noto sus dedos en mi piel, la rabia me quema esos centímetros y rápida, como la mecha de un cartucho de dinamita, se expande por todo mi cuerpo.

—Y voy a ser muy feliz —recojo el guante—. No vuelvas a tocarme —le exijo soltándome de su agarre.

Christian deja escapar una sonrisa breve y mordaz.

—Gracias por la información, a partir de ahora dormiré mucho más tranquilo.

—Ya lo siento —digo perdiendo la mirada en cualquier otro lugar para dejar claro el gran interés que me despierta esta conversación —. Tiene que ser duro pasarse cuatro años sin ser capaz de conciliar el sueño.

Mis palabras parecen acrecentar su mal humor y su mandíbula se tensa un poco más. Si no fuera imposible, diría que he dado en el clavo, pero obviamente lo es. Christian no me necesita para dormir y apuesto a que ya tiene quien le caliente la cama.

Vuelvo a darme media vuelta, pero, ¡maldita sea!, él vuelve a agarrarme del brazo.

Estoy a punto de gritarle que me suelte cuando en un veloz movimiento él lo hace solo para cogerme de la barbilla, obligándome

a mirarlo, dejándonos de nuevo tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocan.

—Tú solo eres el puto lío del que tuve que encargarme hace cuatro años y del que tengo que volver a ocuparme ahora —sisea lleno de desprecio. El corazón empieza a latirme furioso. Sé lo que significó para él. No necesito volver a oírlo—. No vas a casarte con Thatcher y, si insistes en esa idiotez, las cosas van a ponerse muy feas para ti.

—Estoy deseando verlo —replico todo lo insolente que soy capaz sin echarme atrás—. Y te he dicho que no me toques.

En cuanto pronuncio esas palabras, me suelto de su agarre y me separo de él. Con el movimiento, una de las alas de su chaqueta se mueve lo justo para dejarme ver una pistola sujeta firmemente al costado bajo su axila por una pistolera. ¿Por qué demonios va armado? Es el CEO de la empresa.

Pero ¿a Christian le importa lo que le diga? Por supuesto que no. ¡Es un bastardo!

Me agarra de nuevo de la muñeca, con odio y alevosía, recordando perfectamente que le he dicho dos veces que no lo haga, porque siempre hace lo que quiere. Pero, ya lo he dicho, las cosas han cambiado y le respondo cruzándole la cara de un bofetón.

Él gira el rostro despacio y cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse la suya está llena de rabia y fuego, unas llamaradas violetas que parecen crepitar entre los dos y reflejarse también en mis ojos mientras me hago hiperconsciente de cada pedazo de mi cuerpo.

Nuestras respiraciones se aceleran suavemente y una especie de conexión, que llevaba cuatro años dormida, se despierta como si el odio también la alimentara.

Los dedos de Christian se hacen más posesivos sobre mi piel. El corazón me late cada vez con más fuerza.

La maldita burbuja vuelve a formarse. Sus ojos, los míos. Verde contra azul. Sus labios, los míos y todos los besos que nos dimos incluso cuando no debíamos. Esa conexión. La odio. ¡Lo odio!

—Eres despreciable —le escupo rompiendo el hechizo.

—Lárgate —gruñe como si él también hubiese sentido cómo el mundo se desvanecía a nuestro alrededor y hubiésemos vuelto de golpe a él.

Me suelto de un hostil tirón, lo esquivo y salgo decidida de la habitación.

Con el primer pie que pongo en el pasillo, respiro hondo para calmar mi corazón. No quiero estar cerca de él un segundo más y tampoco tengo por qué. Ni siquiera merece la pena enfadarme con él, pero, no sé cómo, consigue sacarme de mis casillas.

—Nos vamos —le digo a Debbie deteniéndome frente a ella, que sigue sentada en el mismo sillón perdiendo el tiempo con su móvil. Pretendo preguntarlo, pero no uso el tono adecuado... quizá todavía esté muy cabreada. Maldito Christian.

En ese momento noto los mismos pasos cargados de confianza y dureza salir del despacho. Giro la cabeza, algo que ocurre de manera involuntaria antes de que pueda controlarlo. Mi mirada se encuentra de lleno con la suya y el odio vuelve a chisporrotear en mi cuerpo mezclado con la idea de que, lo quiera o no, siempre sabré si está cerca. Christian tampoco aparta la mirada y, si no fuera una locura, diría que él ha sentido lo mismo.

—Claro —responde mi amiga devolviéndome a la conversación y haciendo que centre mi mirada otra vez en ella—. ¿Cómo ha ido? —añade tras bloquear su móvil y abrir su bolso para guardarlo.

—Mejor que bien —contesto enterrando por completo a Christian y los últimos cinco minutos de mi vida—. Thatcher y yo estamos prometidos —anuncio grandilocuente, incluso extiendo las manos para ganar en suntuosidad. La vieja de *Downton Abbey* estaría muy orgullosa de mí.

Debbie se levanta de un salto y se lleva las palmas de las manos al pecho.

—Estoy tan feliz por ti, después de este noviazgo tan largo e intenso y las mil novecientas setenta y dos cartas de amor que os escribisteis, a mano...

—¿A mano? —la interrumpo frunciendo el ceño—. ¿No valen los *emails*?

—Estáis enamorados, por supuesto que no valen —responde indignadísima—. ¿Visualizas a un Bridgerton escribiendo un *email*?

Lo pienso un instante.

—Benedict desde luego que sí —convengo— y Colin claramente tendría sexo telefónico.

Debbie me señala y las dos asentimos. Hay cosas que están fuera de toda duda y que Colin Bridgerton es un perfecto pervertido es una de ellas.

—¿Crees que el vizconde *Anthony* Bridgerton —hace hincapié en su nombre recordándonos que por algo es nuestro preferido. «Eres la cruz de mi existencia y el objeto de todos mis afectos», permitidme suspirar— mandaría un *email* en lugar de una carta?

Me tomo un segundo más para pensarlo, pero Debbie se me adelanta.

—Francamente, en realidad, justo él puede mandarme lo que quiera: señales de humo, telegrafía, estaría dispuesta a aprender código morse por él.

Lo dice tan convencida que no me queda otra que sonreír, casi reír.

—¿Te imaginas tener sexo telegráfico? —me pregunta—. Piii pi pi piii piii pi pi pi —empieza a jadear los «pis» hasta que suelta uno muy largo y, tras él, un suspiro.

Yo la observo divertida.

—Telegrafiaré lo mismo que ella —sentencio imitando la famosa frase de *Cuando Harry encontró a Sally.*

Nos miramos un instante más y las dos rompemos a reír.

9

Christian

Odio tenerla cerca de nuevo.

No la quiero en mi vida. De ninguna manera. No me interesa qué ha sido de ella estos cuatro años y hasta hace tres días ni siquiera sabía si seguía o no en Nueva York. Ahora lo único que me gustaría es sacarla de mi vida para siempre, pero gracias a ese maldito inversor misterioso tendré que seguir lidiando con Daisy.

Aprieto los dientes sintiendo cómo todo mi cuerpo se tensa un poco más, la puta rabia inundando mis venas.

No va a casarse con Thatcher. Sencillamente eso no va a pasar.

Solo lo ha escogido a él para molestarme a mí y, de paso, al inútil de su padre, que además es un completo imbécil. ¿En qué puto momento pensó que sería una buena idea amenazarla?

Joder, solo hace un día que ha vuelto y ya lo está complicando todo.

—Quiero a Meyer en mi despacho ya —aviso a mi secretaria por el intercomunicador digital de mi mesa.

—Sí, señor.

Es más que obvio que Daisy ha reaccionado así para demostrarle a Moore que no tiene por qué obedecerlo.

Me llevo las manos a las caderas. No pienso dejar que esta situación se me vaya de las manos. Las cosas siempre salen como yo quiero que salgan.

—Señor, el señor Meyer está aquí —me anuncia mi secretaria.

—Que pase —respondo.

—Señor —me saluda entrando en mi despacho y cerrando tras él.

Meyer es uno de mis mejores hombres, un exmarine. Si necesito algo, da igual lo que sea, él lo consigue.

—Quiero que averigües dónde está trabajando Daisy —le ordeno —. Tráeme toda la información que encuentres sobre el dueño de la empresa.

—Entendido —responde sin un solo atisbo de duda antes de marcharse con la misma diligencia con la que ha entrado.

En cuanto me quedo solo, sin que pueda controlarlo, aprieto los labios tratando de domesticar el enfado que siento. Mi mente viaja de nuevo al despacho, a la sala de reuniones, a cuando se presentó ayer en mi casa. El cambio físico en ella es más que evidente. El cabello largo y castaño que siempre se recogía con gomillas de colores ahora es de un rubio chillón y se lo ha cortado a la altura de la barbilla. Y su ropa, aunque parece su estilo de antes, no lo es, hay pequeños cambios, como si hubiese crecido y quisiese dejar atrás a la niña buena.

Sin embargo, tengo claro que no es más que una maldita pose. Sigue siendo una cría dependiente y sin ningún sentido de la realidad, exactamente igual que hace cuatro años, y sé que va a ponerme las cosas tan difíciles como entonces.

* * *

Me paso el resto de la mañana trabajando. Hay varios asuntos que requieren mi atención. La compañía está expandiéndose en el Sudeste Asiático y no quiero dejar ningún cabo suelto. Ha de ser un

éxito porque forma parte de una estrategia mucho más amplia y con la que acabaré controlando el comercio marítimo en el Pacífico.

Además, tengo al Departamento de Inversiones analizando toda la actividad actual y pasada del nuevo accionista misterioso. Es muy complicado, ya que siempre actúa a través de empresas pantalla y testaferros, pero pienso encontrarlo de una manera u otra.

Estoy revisando unos archivos en mi ordenador cuando oigo algo de revuelo en la antesala de mi despacho y, antes de que la puerta se abra, pongo los ojos en blanco con un resoplido mitad hastiado, mitad divertido. Sé perfectamente quién está a punto de colarse en mi oficina.

—¿Es cierto que Daisy ha estado aquí? —pregunta Noel, mi primo, aunque, teniendo en cuenta que nos criamos juntos, lo considero tan hermano mío como Caleb.

Yo sigo concentrado en los gráficos.

—Te pago para que trabajes —le recuerdo.

Concretamente, dirigiendo el Departamento de Producción.

—¿Y es verdad que va a casarse con Thatcher? —continúa ignorando mi respuesta y dejándose caer en la silla al otro lado de mi mesa, con la mirada impaciente y burlona.

Yo chasqueo la lengua contra el paladar sin levantar la mirada de la pantalla.

—Claro que no.

Daisy solo se está comportando como la cría que es. Quiere desafiar a su padre y demostrarle que no puede controlarla y blablablá. En un par de horas recapacitará, volverá y dirá que quiere arreglarlo. La conozco demasiado bien y, por mucho que quiera aparentar que ha cambiado, sigue haciendo lo mismo que hace cuatro años.

—Si Daisy y Thatcher realmente lo hacen, Thatcher podría quitarte de en medio y convertirse en el nuevo CEO.

—No va a pasar.

Yo soy el director ejecutivo de Hale Corporation. Punto. Thatcher puede intentar derrocarme las veces que quiera. Siempre va a perder.

—Además de que, bueno, estarían *casados*... —deja en el aire haciendo hincapié en la última palabra, atento a mi reacción.

Yo suelto un suspiro y, despacio, llevo mi mirada hacia él dejándole que busque lo que quiera en ella.

Daisy solo es mi problema gracias a la empresa. Al margen de eso, me importa bastante poco lo que haga con su vida sentimental siempre y cuando sea fuera de mi camino.

—¿De verdad te da igual?

—¿Y por qué tendría que importarme? —pregunto a mi vez volviendo a prestarle atención al trabajo.

Daisy y yo estuvimos casados seis meses hace cuatro años. Acepté el matrimonio concertado para salvar mi imagen y conservar el control de Hale Corporation. Ella también tuvo sus motivos. Fue concertado, no fingido. Nos acostamos, más de una vez. Ella se enamoró, yo no, y después hizo algo que jamás podré perdonarle y actué en consecuencia. Fin de la historia.

—No sé, creo que a mí me importaría y los dos sabemos que no soy ni la mitad de posesivo que tú.

Tiene razón. Nunca me he molestado en ocultar cómo soy, pero Noel también debería saber que Daisy, para mí, no es más que una molestia.

Continúa observándome, empeñado en leer en mí. Yo finjo que ni siquiera está aquí.

—¿No tienes ningún asunto laboral del que ocuparte?

—¿Y cómo vas a impedir esa boda? —plantea a su vez.

—¿En serio no tienes absolutamente nada que hacer?

—Contéstame —gimotea.

—No voy a tener que impedir nada —digo exasperado—. Solo es una pataleta.

—Si lo tienes tan claro... —deja en el aire encogiéndose de hombros.

—Lárgate a trabajar —lo echo de mi despacho.

Él se levanta perezoso y camina hacia la puerta con pies pesados.

—Ya debería ser viernes —se queja—. ¿Una copa después?

—¿Me has escuchado cuando te he dicho que te largaras?

—Eres tan amable que me haces llorar —me increpa justo antes de salir—, pero te quiero igual.

Yo finjo otra vez, en esta ocasión no oírlo, y sigo trabajando.

Más o menos una hora después. Mi móvil suena. Es Meyer.

—Hale —respondo.

—Ya he averiguado lo que quería saber sobre la señorita Messina.

—Habla.

—Trabaja en el puerto de South Side, en una pequeña empresa de reparaciones náuticas, venta de piezas y cargas y descargas. La dirige Alan Blaine, cincuenta y dos años, divorciado, vive en Queens. La señorita Messina está contratada como secretaria, pero, en realidad, se encarga de toda la parte administrativa.

Asiento.

—¿La empresa tiene deudas, créditos?

—Tiene sus cuentas al día, pero sobre ella hay un préstamo de doscientos cincuenta mil en el National Bank.

—¿Y Blaine?

—La casa donde vive era de su madre, pero él la rehipotecó cuando se instaló allí después de su divorcio. Nada serio.

—Está bien. Puedes dejarlo estar.

—Entendido, señor.

Corto la llamada. Es un pequeño negocio. Tiene sentido que Daisy piense que su padre podría acabar con él si quisiera.

* * *

Bajo a comer con Noel al gastropub al que solemos ir a un par de manzanas y vuelvo a la oficina en veinte minutos. Tengo mucho que hacer, incluidas varias reuniones. Cuando salgo de la última, son casi las siete.

—Márchate a casa, Debra —le digo a mi secretaria cuando paso junto a su mesa camino de mi despacho—. Es tarde.

—Como quiera, señor —responde profesional—. Antes déjeme indicarle que ya he agendado las dos reuniones que me pidió para mañana a primera hora.

Asiento sin detenerme.

—También me han informado de seguridad que Daisy Messina ha llegado hace unos cinco minutos. Está esperando en el vestíbulo.

Me detengo un segundo y una media sonrisa se cuela en mis labios antes de reemprender la marcha. Sabía que no había cambiado y sabía que volvería. Todo el tema de la boda con Thatcher solo ha sido una estupidez para llamar mi atención y la de su padre.

—Dile a Meyer que quiero mi coche en la puerta —le ordeno justo antes de entrar en mi oficina.

—Entendido, señor Hale.

Despejo mi mesa rápido y me dirijo hacia los ascensores.

Casarme otra vez con Daisy es lo último que quiero, pero, si es lo que tengo que hacer para mantener Hale Corporation fuera de las

garras de ese puto inversor, lo haré. Aprieto los dientes con la mirada fija en las puertas de acero. No entiendo cómo aún no hemos conseguido averiguar quién es. El entramado de empresas fantasmas nos ha llevado hasta las Islas Vírgenes, un paraíso fiscal, pero a partir de ahí ha sido prácticamente imposible seguirle la pista, aunque no significa, ni por asomo, que vaya a rendirme.

Las puertas se abren en el vestíbulo y salgo con paso decidido. No necesito caminar más de un puñado de metros para encontrar a Daisy. Está de pie, observando el Pollock de gran formato que adorna una de las paredes.

Lleva la misma ropa de esta mañana, con el pelo suelto, agarrando distraídamente con las dos manos el asa del bolso marrón que le cuelga del hombro. Siempre ha sido una monada, el tiempo no ha cambiado eso, ni tampoco la sensación de estar delante de la cosa más dulce sobre la faz de la tierra.

Una imagen, un fogonazo, aparece desde el fondo de mi mente comiéndose todo mi cuerpo. Ella desnuda, debajo de mí, con su cuerpo arqueándose contra el mío, gimiendo mi nombre.

Siento cómo cada uno de mis músculos se tensa, la puta anticipación llenando mis huesos, un motor rugiendo. Pero tan pronto como llega esa sensación me deshago de ella. No es lo que quiero.

—¿Qué haces aquí? —pregunto deteniéndome a unos pasos.

Lo sé, pero quiero oírselo decir.

Daisy se vuelve dejándonos frente a frente y sus ojos buscan los míos al tiempo que esboza una suave sonrisa.

Siempre ha sido dócil, pero también impulsiva, casi temeraria, como si no tuviese ningún tipo de control sobre sus sentimientos y, después de dejarlos estallar, entendiese que no debió comportarse así.

—Imagino que quieres hablar —se lo pongo fácil... no sé por qué. Supongo que porque no me apetece perder más tiempo—. Cenaremos algo y hablaremos.

No vamos a hacerlo aquí. Nunca se sabe quién puede estar escuchando. Mi abuelo lo dejó claro en su testamento: las acciones de los Hale, los Bolton o los Moore —las de Daisy en este caso, ya que su abuelo se las dejó a ella— solo pueden reagruparse por matrimonio y, aunque este puede ser concertado, de lo más común en la alta sociedad, tiene que ser real. De lo contrario, cualquiera de los otros socios, mayoritarios o minoritarios, puede impugnarlo. No me gusta que fisgoneen en mi vida privada, así que prefiero tratar esto con algo de intimidad.

Echo a andar hacia la salida. Meyer me espera al lado de mi coche aparcado junto a la acera. Sin embargo, cuando solo he recorrido unos metros, frunzo el ceño y me vuelvo al darme cuenta de que Daisy no me está siguiendo.

—¿A qué estás esperando? —indago sin esforzarme en sonar amable.

Ella me observa unos segundos en silencio. Su sonrisa se hace un poco más grande con algo muy parecido a la condescendencia.

—No estoy aquí por ti, Christian —contesta disfrutando de cada palabra—. He venido a ver a otra persona.

En ese preciso momento uno de los ascensores suena indicando que las puertas van a abrirse y Thatcher sale del interior.

No puede ser, joder.

10

Daisy

Contemplo el segundo exacto en el que Christian ve a Thatcher salir del ascensor y no voy a negar que lo disfruto un poco.

Ha venido hasta aquí dando por hecho que lo esperaba a él, siendo el mismo bastardo arrogante y presuntuoso que se le da tan bien ser y, en cierto modo, lo entiendo, antes habría tenido razón. Cuando nos casamos, de verdad quise que nuestro matrimonio funcionara y, para qué disfrazar la verdad, también buscaba la aprobación de mi padre, pensando, tonta de mí, que así conseguiría que me quisiera un poco, por lo que hice todo lo humanamente posible para ser la perfecta señora Hale. Incluso cuando Christian me hacía daño o sabía que era yo quien tenía razón, daba mi brazo a torcer, me tragaba mi carácter y lo buscaba para arreglar las cosas, cediendo yo, por supuesto... También lo hacía porque me estaba enamorando de él como una idiota, ¿qué sentido tiene mentir? Y, cada migaja que me daba, me alimentaba.

Pero no pienso volver a acallar cómo soy ni por mi padre ni por él.

Christian atrapa mis ojos azules. Como esta mañana, su cuerpo está tenso, con el inicio de una poderosa rabia bañándolo entero.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —me pregunta Thatcher caminando hacia mí.

Yo dejo de mirar a Christian y me centro en el recién llegado, demostrándole a mi exmarido que ha dejado de existir para mí.

—Solo unos minutos —respondo con una sonrisa completamente diferente—. Nada importante.

Él me devuelve el gesto y asiente. Thatcher no está nada mal. Alto, el pelo castaño en un bonito corte y unos preciosos ojos color miel. Mientras, siento la mirada de Christian sobre mí abrasándome en cada centímetro donde se posa, como si fuese capaz de saber lo que estoy pensando ahora mismo. ¿Quiere quedarse a ver el espectáculo? Por mí, perfecto.

—¿Qué te parece si vamos a cenar?

—Genial —respondo.

Thatcher extiende su brazo para indicarme que pase primero y empezamos a andar. Pasamos junto a Christian. Continuamos avanzando.

—Tú no vas a ir a ninguna parte.

Su voz calmada y amenazante nos detiene en seco. Es imposible no reaccionar a ella de alguna manera. Doy una discreta bocanada de aire, y de nuevo con una suave sonrisa giro levemente la cabeza lo justo para verlo por encima de mi hombro.

Tiene los puños apretados junto a los costados, la furia llena por completo su mirada, pero no me importa absolutamente nada y sencillamente paso página.

—Vámonos —le pido a Thatcher.

Christian no está acostumbrado ni a que le digan que no ni a que lo desafíen.

Mi futuro marido asiente, pero, cuando solo hemos dado un paso más, siento la tormenta antes de oírla. Christian camina decidido hasta mí, me coge de las caderas girándome en el mismo movimiento y me carga sobre su hombro sin que ni siquiera crucemos una palabra más.

—¡¿Qué demonios haces?! —protesto cabreadísima. ¡Lo estoy!—. ¡Suéltame!

Pero es como si ni siquiera me hubiese oído. Tendría que haberlo imaginado... ¡pero es que es imposible imaginar que un adulto haga algo así!

—Christian, ¿te has vuelto loco? —le recrimina Thatcher—. Suéltala.

¿Lo escucha? Por supuesto que no. Lo fulmina con la mirada y se dirige a la salida.

Yo sigo chillando, pataleando.

—¡Eres un capullo! —me quejo golpeándolo en la espalda. Ni siquiera le hago cosquillas. ¡Es frustrante!—. ¡Bájame ahora mismo!

Christian camina hasta su elegante Mercedes AMG GT 63 S de un flipante color metalizado que cabalga entre las tonalidades oscuras del azul y el verde.

Su hombre para todo está junto al coche. Solo necesita una mirada de su jefe para lanzarle las llaves y echarse a un lado. Le pediría ayuda al grandullón, pero sé que no valdría de nada. Los hombres de Christian son algo así como un ejército perfectamente entrenado cuya lealtad es incuestionable. Lo seguirían hasta la muerte.

—¡Suéltame! ¡Ya! —grito por enésima vez.

Christian abre la puerta del copiloto y me deja en el asiento con una suavidad que contrasta con cómo me ha traído hasta aquí. En cuanto lo hace, lanzo las manos hacia delante, golpeándolo en el pecho, tratando de escapar mientras él maniobra para ponerme el cinturón, pero, antes de conseguir mi objetivo, él logra el suyo.

Atrapa mi mirada y yo resoplo mientras nos desafiamos en silencio. Sin que ninguno de los dos lo busque, el momento se alarga

y algo que no sé explicar vuelve a explotar entre los dos al ritmo que lo hacen las cosas pequeñas que marcan destinos.

—No te muevas —me ordena con voz ronca.

Seguimos mirándonos, ese algo sigue creciendo, haciendo volar y girar un centenar de chispas.

Ni siquiera lo entiendo. En mitad de su monumental enfado, él frunce levemente el ceño, apenas una milésima de segundo, y sé que él tampoco lo hace.

—¡Suéltala ahora! —le exige Thatcher rompiendo el hechizo y haciéndonos volver a la realidad de repente.

Christian se incorpora y cierra la puerta. En cuanto lo hace, me arranco el cinturón y tiro de la manilla, pero él es más rápido activando el cierre centralizado.

—¿No me has oído? —continúa increpándolo Thatcher.

Christian lo mira a la vez que empieza a rodear el coche exhalando una ira termonuclear. Solo se molesta en hacerlo un par de segundos. Es el tiempo exacto que piensa desperdiciar en él.

¡Pero yo no pienso quedarme en este maldito coche! Resoplo tratando de encontrar una solución. Miro a mi alrededor. Piensa. Piensa. Piensa. Ya. Ya. Ya. ¡Lo tengo! Abro mi bolso frenética, rebusco aún más rápido y sonrío con malicia cuando lo encuentro.

Lo agarro con fuerza y lo llevo con fuerza contra el cristal. Al primer toque, la ventanilla se resquebraja como si fuera un rayo dibujándose en el cielo, con el segundo se deshace en cristales diminutos. Tengo que agradecerle a Debbie que me regalara el llavero con punta de cerámica.

Me muevo en el asiento para empujar con los pies los últimos cristales y vuelvo a hacerlo para recolocarme y poder salir por la ventanilla de una forma mucho más ágil de lo que me esperaba. Dios, gracias por este momento.

Christian, Thatcher y el grandullón, el hombre para todo de mi ex, me miran alucinados.

Yo dejo escapar un suspiro de satisfacción y me sacudo las manos.

Mi futuro marido sigue alucinando, pero mi ex reacciona rápido, siempre lo hace, y da un paso hacia mí.

—¿Qué coño pasa contigo? —ruge.

Yo observo la ventanilla, o más bien el hueco donde estaba antes.

—Ooops, culpa mía —pronuncio encogiéndome de hombros con el tono más inocente del mundo, que, precisamente por serlo, deja claro que es una farsa—. ¿Nos vamos? —le pregunto a Thatcher con una sonrisa.

Él tarda un segundo de más en dejar atrás la confusión, pero finalmente asiente y me señala un elegante Bentley negro aparcado a unos pasos.

El chófer me abre la puerta y yo me acomodo en la parte de atrás. Lo último que veo es a Christian, todavía frente a su Mercedes, con las manos en las caderas, bajar la cabeza y girarla hacia atrás, peligroso y salvaje, dejando que sus ojos se encuentren con los míos una vez más.

11

Daisy

—¿Estás bien? —me pregunta Thatcher sin saber muy bien cómo abordar el tema. Es obvio que se siente incómodo.

Yo le quito importancia moviendo la mano con una suave sonrisa. Christian solo se ha comportado como el bastardo arrogante que es. La diferencia es que, esta vez, le he dado una respuesta a la altura de las circunstancias.

—No te preocupes, está todo bien —le aseguro.

Thatcher asiente conforme con mi respuesta. Creo que prefiere quedarse al margen de lo que pase entre Christian y yo.

Ha elegido un restaurante en Little Italy, lo que automáticamente significa que la comida será deliciosa y la cuenta, carísima. Thatcher le da su nombre al *maître* y, tras esperar unos quince minutos tomándonos un cóctel en la barra, el empleado nos guía hasta un bonito reservado al fondo del local.

El *maître* me retira la silla. Yo le doy las gracias y me acomodo mientras Thatcher hace lo mismo frente a mí. Sonrío al ver el mantel de cuadros rojos y blancos, un clásico atemporal de la cocina italiana.

—Espero que te guste —dice cuando los dos abrimos las cartas.

—Todo huele a salsa marinara y a pan de ajo. Estoy en el paraíso —contesto con una sonrisa.

—Buenas noches —nos saluda un camarero muy amable—, ¿saben ya qué van a beber?

Thatcher me mira y yo me encojo con una sonrisa, diciéndole que puede elegir.

—Vino.

—¿Desea ver la carta de vinos?

—No —contesta tras un segundo de duda—. Lo dejo en sus manos.

El camarero asiente y se retira.

—¿Sabes lo que no puedo dejar de pensar? —comenta—. Lo poco que hemos coincidido.

—Llevo cuatro años fuera de la familia Hale —le recuerdo.

—Pero antes tampoco es que nos viéramos mucho... —deja en el aire.

Yo suspiro sin levantar la vista de la carta. Sé exactamente a qué se refiere y tiene razón. Me pasé seis meses casada con Christian, pero él nunca se molestó en que se supiese que era su mujer. Sí, obviamente hubo una boda, muy muy íntima, y los Bolton acudieron. El problema es que después, sencillamente, pasé a un segundo plano. Era raro que acudiese a las fiestas o eventos representando a los Hale, ese puesto siempre fue para Gillian, y Christian y yo tampoco es que tuviésemos precisamente vida social juntos. Por Dios, había días enteros en los que ni siquiera lo veía.

Thatcher, como otros, sabía que yo existía, pero también que solo era un accesorio en la vida de Christian Hale.

A todo eso hay que sumar que, a pesar de tener la misma edad y compartir un grupo de amigos, Christian y Thatcher nunca se han llevado especialmente bien.

—En aquella época yo era muy diferente —sentencio.

Igual que con todo lo anterior, también tengo claro que sabe lo que pasó. Hay ciertos rumores que corren como la pólvora, y que Christian echara a su esposa de casa unos días después de que su hermano tuviera un accidente y el mismo en que la mujer de este fue ingresada en el hospital por un aborto traumático fue uno de ellos. No sé qué dijeron de mí, aunque puedo imaginarlo y, la verdad, aunque al principio me llenó de rabia, con el paso del tiempo dejó de preocuparme porque, francamente, no me importa lo que esa gente diga de mí porque no significan nada para mí, ni siquiera me conocen. Tardé en llegar a esa conclusión, pero, cuando lo conseguí, me sentí liberada.

Por eso, y porque no pienso volver a cometer los mismos errores, quiero que Thatcher tenga claro desde el principio que la chica dócil y enamorada que intentaba cumplir con todas las expectativas hace tiempo que se marchó. Christian la echó a patadas.

El camarero regresa con el vino, se lo da a catar a Thatcher y, cuando obtiene su permiso, nos lo sirve mientras pregunta qué deseamos comer. La verdad es que no tengo ni idea, hay muchísimas cosas entre las que elegir y todo tiene una pinta deliciosa.

Thatcher cierra la carta y me observa esperándome. Yo sigo pensando. Seguro que cualquier plato está exquisito, pero nunca los he probado. Hay varios que me llaman la atención. No quiero hacerlos esperar más y acabo decidiendo prácticamente al azar.

—Tomaré *ossobuco al Castello della Sala* y polenta trufada —digo sin mucho convencimiento.

Thatcher sonríe.

—Para mí los ravioli de verduras asadas y tomates secos *del piennolo del Vesuvio* —pide entregándole la carta al empleado; yo hago lo mismo.

El camarero asiente y se retira.

Le doy un sorbo al vino. Está muy bueno. Thatcher me observa durante unos segundos. Intuyo que quiere decirme algo y le mantengo la mirada.

—Lo de casarnos, entonces, ¿va en serio? —plantea al fin.

Yo asiento sin dudar.

—Claro que sí —contesto—. Necesito saber que el negocio en el que trabajo va a estar protegido y eso solo lo conseguiré si me caso contigo. Mi padre no va a dejarme en paz hasta que mis acciones estén reagrupadas y un matrimonio con Christian no es una opción.

Para nada.

—Eres muy sincera.

—Creo que es lo mejor —respondo encogiéndome suavemente de hombros.

—Pues entonces es mi turno —replica—. ¿Nuestro matrimonio será real?

Lo pillo. Los matrimonios concertados a lo campiña inglesa del XIX son de lo más habitual entre las familias poderosas de la ciudad. Pero que sean enlaces preparados no significa que sean fingidos. Si chico guapo y millonario se casa con chica elegante y de dos apellidos unidos por guion, lo hacen de verdad y serán un matrimonio de verdad, con sexo, hijos, amor, si tienen suerte, e infidelidades ocultas, si tienen menos.

Además está todo el tema de las condiciones de Ramson. Para que las acciones puedan cambiar de manos, el matrimonio ha de ser real.

Sin embargo...

—No —contesto sin apartar mi mirada—. Lo siento —añado veloz y sintiéndome un poco mal por él—, pero es que yo ya estuve casada y fue un desastre total. No quiero volver a pasarlo mal, así

que no quiero volver a tener una relación ni a enamorarme. De hecho, estoy bastante segura de que el amor y yo no hacemos buena pareja.

Una sonrisa se me escapa, pero no me llega a los ojos. Thatcher me devuelve el gesto.

—Pero te prometo que seré la mejor amiga que puedas tener —le ofrezco a cambio enérgica—. Haremos un gran equipo y te apoyaré absolutamente en todo. Seré tu animadora personal 24/7 —sentencio sonriendo de nuevo, esta vez de verdad— y, siempre que sea con discreción, puedes seguir con tu vida.

Está claro a lo que me refiero. Le estoy negando una relación, así que lo justo es que él pueda tener sus propias historias. Lo de la discreción va por la prensa. Siempre es mejor mantener un perfil bajo con ellos y ya van a frotarse bastante las manos con lo de «exseñora Hale a punto de convertirse en señora Bolton».

—Por lo de las acciones no te preocupes, porque fingiremos tan bien que ni Colombo podría pillarnos.

Su gesto, como el mío, se ensancha y asiente un par de veces a la vez que pierde la mirada a su izquierda, a ningún sitio en realidad.

—Es una buena oferta —conviene—, rara, pero interesante.

Los dos volvemos a sonreír, prácticamente a reírnos. Thatcher suspira y vuelve a centrar sus ojos en mí.

—Quiero ser el CEO de Hale Corporation, ¿algún problema con eso? —inquiere y, tan pronto como lo hace, niego con la cabeza.

—No.

—Genial.

En un *timing* perfecto, una camarera llega con nuestros platos a la vez que sellamos esta especie de trato.

Seguimos charlando, un poco de todo, mientras damos cuenta del vino y la comida. Han debido de pasar, no sé, veinte minutos desde

que llegamos aquí cuando oigo un pequeño ruido, nada identificable, en realidad. Llevo mi vista hacia la sala principal, de la que estamos separados unos metros para que los reservados resulten más íntimos. El restaurante es precioso, suavemente iluminado, con pequeños detalles que cumplen su misión de hacerte sentir en Italia. Me fijo en el enorme ventanal al otro lado de la sala que deja ver la concurrida calle Baxter. No sé por qué lo hago, quizá por inercia, por instinto...

Otro ruido casi diminuto...

Y, tomando a la veintena de comensales absolutamente por sorpresa, el ventanal estalla en un millón de diminutos pedazos que se derraman con fuerza, perfectamente sincronizados, como si alguien hubiese dejado caer una brillante y pesada manta.

Entonces lo veo, a Christian. Separado solo unos pasos del cristal, observando la escena mientras se acaricia el labio inferior con el lateral del índice, lleno de ese maldito control, de toda la alevosía y esa arrogancia, peligroso y salvaje.

A pesar de la distancia, atrapa mi mirada atónita. El verde de sus ojos está lleno de todos los adjetivos anteriores, pero es la determinación la que brilla con una fuerza casi cegadora, sin levantarlos de mí, sin dejarme escapatoria.

—¿Se ha vuelto completamente loco? —murmura Thatcher sin poder creer lo que está pasando.

12

Daisy

Christian no duda. Ante la sorprendida mirada de comensales y camareros, entra en el restaurante por el acceso que él mismo acaba de crear, haciendo que los pequeños cristales crujan bajo sus pies, y cruza la sala.

Nadie levanta la mirada de él. Solo sacan los móviles, como buenos esclavos del siglo XXI, tratando de grabar todo lo que ha pasado, pero ninguno de ellos consigue hacerlo funcionar. Christian debe de llevar un inhibidor de frecuencia con él. Siempre ha sido muy celoso de su intimidad, y, por supuesto, no iba a permitir que esta situación acabara en los medios. «El hombre más poderoso de Nueva York rompe el ventanal de un restaurante en su tiempo libre y después cruza dicho local como si le perteneciese». Desde luego sería *trending topic* en menos de catorce segundos.

Christian cada vez está más cerca y ese pequeño detalle me hace salir de mi ensoñación. Despiertan la rabia y el odio. ¿No me puedo creer que haya hecho algo así solo para interrumpir nuestra cena? Maldita sea, ¿está loco o qué demonios le pasa?

—Lárgate —lo recibo cuando llega a nuestra mesa con los puños apretados con rabia sobre el romántico mantel a cuadros, fulminándolo con la mirada.

Gracias a Dios, he podido dejar de pensar «¿Por qué precisamente ahora parece más guapo que nunca?» justo a tiempo.

Pero, claro está, le da exactamente igual. Me coge de la muñeca sin ninguna delicadeza y me obliga a ponerme en pie.

—¡Suéltame! —le ordeno forcejeando por soltarme cuando él tira de mí para que empecemos a caminar.

Las personas a nuestro alrededor alucinan aún más.

—Christian, por el amor de Dios —se queja Thatcher levantándose —, no puedes...

Pero, tan pronto como lo hace, dos de los hombres del señor Hale, elegantemente vestidos con trajes y camisas negras y las manos cruzadas delante a lo «Descansen» militar, dan un paso en su dirección.

—Señor Bolton —le dice uno de ellos con una exquisita tranquilidad que sería un error confundir con amabilidad—, le recordamos encarecidamente que este no es asunto suyo.

Thatcher quiere seguir en sus trece e impedir que Christian se salga con la suya. ¡Yo quiero que lo haga! Pero la visión de los dos hombres le hace comprender que es imposible ganar. Deja caer su servilleta con molestia contra la mesa y lleva su vista a un lado a la vez que resopla malhumorado.

Mientras, yo sigo forcejeando, incluso lo golpeo en la espalda, en el brazo, ¡pero es tan frustrante!, ¡ni siquiera creo que le haga cosquillas!

—¡Christian, déjame en paz! —vuelvo a gritar.

Salimos a la calle Baxter y de un tirón me coloca frente a él. Puedo notar lo increíblemente enfadado que está, su cuerpo tenso bajo su traje a medida y la rabia saliendo a borbotones, pero es que me da igual. ¿Está furioso? ¡Genial! ¡Yo también!

Su mirada vuelve a atrapar la mía, da un paso hacia mí, el calor se hace fuego y el fuego, un latir de corazón desenfrenado.

Trato de soltarme furiosa una vez más, pero él reacciona haciendo sus dedos más posesivos sobre mi piel a la vez que tira y nos acerca más, casi tocándonos, lo suficientemente cerca para que ese «casi» sepa a tortura.

Le mantengo la mirada para demostrarle que no me intimida, que no voy a achantarme, pero en algún momento del camino entre mis células nerviosas, el mensaje se desvirtúa y cambia y me da por pensar que esos ojos verdes siempre han sido los más bonitos que he visto, que no entiendo cómo alguien tan guapo puede ser tan despiadado.

Él se inclina sobre mí, sus labios casi rozan el lóbulo de mi oreja y la piel se me eriza.

Su mano pasa de mi muñeca a mi cintura y se estira hasta la parte baja de mi espalda. Mi respiración se acelera. La suya se vuelve pesada. Quiero levantar las mías, apoyar las palmas en su pecho.

El mundo gira tan rápido que asusta. Todo a nuestro alrededor se apaga o brilla hasta fundirse.

Sigo sintiendo su cálido aliento en la piel de mi mejilla.

Todo mi cuerpo se despierta como si llevase cuatro años dormido.

Sentir que te follan como si fueses la única mujer en la faz de la tierra.

Todo eso es Christian.

—Esto es para que te quede claro que si yo digo que no —me advierte con la voz ronca, suave, una amenaza, una provocación alucinante— es que no —sentencia.

Tan pronto como pronuncia la última palabra se separa de mí. Volvemos a mirarnos a los ojos. La rabia arde.

—Llevadla a casa —ordena.

—Vete al infierno —mascullo.

¡Lo odio!

Uno de sus hombres se acerca, pero yo no me muevo. Mi mirada sigue clavada en Christian.

—Eres un bastardo despreciable —le espeto apuntándolo con el índice—. Nadie me dice lo que tengo que hacer.

El gorila me agarra de la cintura levantándome del suelo para llevarme hasta el coche. Yo forcejeo. ¡No quiero! Pero no tengo tiempo de gritarle que me suelte cuando Christian se mueve como un rayo, me aparta de él y lo tumba de un puñetazo.

Observo la escena estupefacta.

—Si vuelves a tocar a mi mujer, estás muerto —lo amenaza con un tono capaz de intimidar al mismísimo diablo.

Yo estoy confusa y sorprendida a partes iguales, y tardo un segundo de más en recuperar la funcionalidad.

—No soy tu mujer —le recuerdo.

Mi tono de voz no me traiciona mostrando el océano embravecido que siento por dentro.

Christian da un paso hacia mí.

—Tú ya eres mi mujer, te guste o no. Siempre.

No duda. No es suave. No se arrepiente.

Yo le mantengo la mirada, pero la verdad es que no sé qué contestar a eso. Él le hace un gesto de cabeza a Reacher, que se coloca a mi lado.

—Señorita Messina, si es tan amable —me pide extendiendo el brazo para indicarme el camino hasta el imponente Maybach negro.

Yo estoy aturdida; miro al hombre al que otro de sus compañeros está ayudando a levantarse con la nariz rota. Frunzo el ceño observando a Christian, tratando de comprenderlo, mientras él me mantiene la mirada sin ningún remordimiento, con las manos en los bolsillos, demostrándole al maldito mundo que está aquí y que, si alguien quiere quitarle la corona, puede probar suerte, solo va a

perder, y, por Dios, ¿por qué eso tiene que hacerlo parecer un condenado sueño?

Niego con la cabeza tratando de escapar de todos esos pensamientos.

Actualmente, dejar que Reacher me lleve a casa me parece el mal menor, así que me subo al Mercedes sin protestar.

* * *

Subo las escaleras tratando de no darle vueltas a todo lo que ha pasado. Ya he conseguido calmarme y veo la situación como es: Christian puede comportarse como un loco las veces que quiera, me da exactamente igual. No es asunto mío. Más fácil, imposible. Las cosas en forma de malas ideas que haya podido pensar han sido fruto de la confusión y del momento en sí y se han quedado en el coche en el instante en el que me he bajado del elegante Maybach.

Aún estoy en el primer piso cuando recibo un mensaje. Miro la pantalla. Es Thatcher.

¿Has llegado bien? ¿Necesitas algo?

Parece preocupado y se lo agradezco, pero lo de no darle importancia va en serio. Christian ha salido de mi vida y si el aludido no es capaz de verlo es su problema.

Que mi edificio tenga ascensor.

Eso es lo único que voy a dejar que me inquiete ahora mismo.

Me falta un tramo para llegar al tercero cuando oigo un ruido, creo que una puerta abrirse. Estoy en los últimos peldaños, bajo la cabeza para buscar mi móvil y sonrío al ver el llavero con punta de cerámica. Ha sido una suerte que...

—¿Qué tal ha ido? —me intercepta Debbie, botellín de Bud en mano.

¡Dios, qué susto! Doy un respingo, me llevo la mano al pecho y maldigo. Todo a la vez.

—¿Qué estás haciendo ahí? —me quejo con el corazón rebotándome contra las costillas—. Además de provocarme una angina de pecho, claro.

—Obtener información —contesta sin arrepentirse ni siquiera un poco.

Le hago un mohín, pero no voy a negar que, si las tornas estuvieran invertidas, yo habría hecho exactamente lo mismo.

—¿Ha llegado ya? —pregunta Mabel saliendo a la puerta e inmediatamente echando a andar hacia nosotras—. ¿Se sabe algo?

Le da un trago a su Budweiser mientras me pasa otra. La cojo, por supuesto.

—Sí —respondo—, que no he muerto de un infarto.

Debbie mueve la mano con una sonrisa quitándole importancia.

—Es muy susceptible a los sustos —comenta autoexculpándose.

—Lo sé —la apoya Dave saliendo de casa y acercándose también, bebiendo de su cerveza—. Una vez se me ocurrió darle un susto de nada y casi tengo que llevarla a Urgencias.

Yo abro la boca completamente indignada.

—Te escondiste, en mi baño, vestido como si fueras a salir a matar gente la noche de *La Purga* —me explico haciendo hincapié en cada detalle—. Casi me da un ataque.

—Era mi disfraz de Halloween, tenía que comprobar su efectividad —contesta como si fuese lo más natural del mundo—. La máscara se iluminaba.

Debbie hace memoria y al segundo sonríe señalándolo.

—Sí, me acuerdo de ese disfraz. Molaba.

Mabel también asiente dándole la razón. Yo los miro mal, pero un segundo después no me queda más remedio que hacer lo mismo, el disfraz era una pasada.

—Bueno, ¿qué? —nos redirige a la conversación anterior Mabel con solo dos palabras—. ¿Qué tal la noche?

Yo entrecierro los ojos buscando cómo sintetizarlo.

—Voy a casarme con Thatcher, el osobuco con polenta no me va y he tenido que usar el llavero de Debbie para romper una ventanilla y escapar de un coche.

Los tres se quedan mirándome sin pillar nada, con más dudas incluso que antes de preguntar.

—Ja, ja —me río como los malos de los dibujos animados—. Mi venganza —añado con voz de ultratumba.

Me acerco a Dave, golpeo mi botellín contra el suyo en el centro, inmediatamente después en la boca y un segundo después se convierte en un volcán de espuma, haciéndole salir de su ensoñación y que tenga que llevárselo rápido a los labios para intentar atrapar la cerveza mientras yo me muero de risa camino ya de su apartamento.

Acomodados en los sofás, hago de mis titulares un breve resumen; lo del osobuco no necesita mucha explicación y, dado que es mi plan y ellos ya estaban al corriente, lo de seguir adelante con la boda con Thatcher, tampoco, así que vamos directos a la tercera parte.

—¿En serio ha roto el ventanal del restaurante? —pregunta Debbie, confusa, incrédula y un pelín admirada, nos conocemos muy bien.

Yo me encojo de hombros, pero en realidad es un claro sí.

—Debía de tener también un llavero con punta de cerámica —contesto con una risilla.

—¿Y estás segura de que no sientes nada por Christian? —insiste mi amiga, sentada en el suelo con los codos apoyados en la mesita de centro—. ¿Tampoco cuando hace esas cosas?

—No las hace por mí —le aclaro—. Las hace por él. No le gusta que le digan que no —añado. Le doy un trago a mi botellín y caigo en la cuenta de algo—. Ni siquiera creo que alguna vez se lo hayan dicho. Christian Hale siempre consigue lo que quiere —pronuncio frunciendo el ceño y agravando la voz.

Mabel, que hasta ese momento había estado pensativa durante la conversación, me pregunta:

—¿Y si sí las hiciera por ti?

Yo la miro un segundo antes de lanzarme sobre la mesita para coger un puñado de patatas fritas.

—Pregunta equivocada —contesto justo antes de metérmelas en la boca—. Christian jamás haría nada por mí —sentencio.

Mabel asiente, pero es obvio que sigue dándole vueltas.

—Entonces, ¿ahora vas a ser Daisy Bolton? —interviene Dave con recochineo. Lo miro mal aguantándome una sonrisa. El muy maldito se está riendo de mí—. Has sido Daisy Aston —el apellido de soltera de mi abuela, que mi madre rescató cuando se marchó de casa de mi abuelo, dolida con él porque no aceptaba su relación con Neil y que me puso a mí porque mi padre no me reconoció. Abuelo, qué bien lo calaste—, Daisy Messina —el de mi abuelo—, Daisy Hale, Messina otra vez y ahora futura señora Daisy Bolton. Has cambiado más veces de apellido que Elizabeth Taylor. Seguro que el del Registro Civil ya te mira mal.

—Eres lo peor —me quejo.

—Al menos ella tiene a alguien con quien casarse, ¿cuándo fue la última vez que una mujer quiso repetir contigo? —lo mortifica Debbie.

Yo rompo a reír jaleando a mi amiga.

—Eso es porque soy muy exigente —se defiende Dave.

—Yo creo que va más en la línea de que ellas lo son —apunta Mabel justo antes de darle un sorbo a su cerveza.

Debbie y yo soltamos silbidos y muchos «uuuhhh» y Dave ocupa mi puesto en cuanto a «Qué indignado estoy, pero, maldita sea, ha tenido gracia» y fulmina a nuestra amiga con la mirada a la vez que contiene una sonrisa.

—Estoy buenísimo —protesta Dave levantándose para que podamos contemplarlo en toda su extensión— y tengo un montón de cualidades increíbles que hacen que las mujeres se derritan por mí.

Nos mira por turnos asintiendo con una sonrisa e invitándonos a hacer lo mismo, convencidísimo de lo que acaba de decir.

—Me remito a mi comentario anterior —suelta Mabel inclinándose para coger una patata.

—Lo mismo digo —añado veloz.

—Igual por aquí —se suma Debbie.

Dave vuelve a asesinarnos a todas con la mirada y finalmente se deja caer de nuevo en uno de los sofás.

—Sois lo peor —protesta.

Las chicas y yo aguantamos el tipo y un melodramático silencio llena la habitación, pero un par de segundos después, sin que podamos contenernos más, todas nos echamos a reír.

—No te enfades —intercedo cuando mis carcajadas todavía no se han calmado—. Es verdad que eres un bombón.

A regañadientes, Dave sonríe.

—Y tienes muchas cualidades, como... —Debbie finge pensarlo— cantas muy bien en la ducha siempre que no sea nada de Aerosmith.

—Es cierto. Con Aerosmith se te va —confirmo asintiendo.

Una mañana, mientras lo daba todo con la canción de la peli *Armageddon*, bajó el vecino de arriba, quejándose de que, ya que iba a estar en un concierto sin su consentimiento, por lo menos lo dejaran elegir las canciones. Para estar tan cabreado, fue muy elocuente.

—Está bien, nada de Aerosmith —concede—. Soy un incomprendido.

—¿Has visto? —lo pincha Mabel—. Te queremos un montón.

—Yo sí que me remito a mi comentario anterior: tú eres lo peor —replica Dave.

Y otra vez nos morimos de risa.

Solo puedo quedarme una hora más. Mañana toca trabajar, así que no puedo trasnochar demasiado.

* * *

A la mañana siguiente, después de una ducha, me pongo un vestido que siempre me hace sonreír, desayuno y camino las cinco manzanas hasta la parada de Union Square, donde pillo el metro.

—Buenos días, Mei —saludo a la guardia portuaria cuando me acerco a la garita de seguridad.

Coloco mi bolso para que pase por el escáner y yo hago lo propio por el detector de metales. Como cada día, pita.

—Quizá seas un robot de aleación de acero con exterior humano y no seas consciente de ello —plantea Mei entrecerrando los ojos y apuntándome con la pala detectora.

—Como en *Terminator Salvation* —digo asintiendo, recogiendo mi bolso y colgándomelo de nuevo—. Si lo soy y la guerra contra las

máquinas estalla —añado echando a andar hacia atrás—, prometo estar del lado de los humanos.

Mei asiente solemne.

—John Connor y yo contamos contigo.

Yo sonrío y me llevo el índice y el anular a la sien en un saludo militar sin detenerme, antes de girarme y continuar mi camino.

Tan pronto como llego a la oficina, me cambio las Converse por unas botas de agua y me pongo el chubasquero. Hoy tengo que ir a fotografiar varios desperfectos antes de que empiecen las reparaciones para incluirlas en el expediente, lo que significa bajar a los muelles. Allí acabar empapada es tan sencillo como respirar. Creo que nunca he visto ese lugar seco, ni siquiera en pleno verano.

Hago lo que tengo que hacer y vuelvo a la oficina. Me siento a mi mesa y, con la *tablet* y la carpeta, empiezo a pasar las fotos y a gestionar otros asuntos, muchos.

Cambio mi silla por el último peldaño de las escaleras de acceso a la caseta de obra y como con los chicos. Cada uno trae su almuerzo de casa, pero Halid siempre debe cargar con dos táperes, uno para él y otro para los demás, porque siempre acabamos robándole comida. ¡No es culpa nuestra! Su mujer, María, es una cocinera alucinante y todo lo que prepara está para chuparse los dedos.

Cuarenta minutos después todos se levantan y reanudan sus tareas. Yo también, pero decido hacerlo sentada en las escaleras, así puedo disfrutar de las vistas.

Todo va genial hasta que oigo unos pasos en mi dirección. No suenan como la goma de unas botas de agua contra el pavimento ni tampoco como unos zapatos de trabajo. Estos son de vestir, caros. Y soy consciente de que es absurdo, pero sé que no es ninguno de los chicos, que no anda como ellos.

Levanto la vista y confirmo todas mis sospechas porque, efectivamente, esos zapatos son de vestir y caros e italianos y quien los lleva camina lleno de esa masculina seguridad, como si estuviese preparado no solo para enfrentarse a cualquier cosa, sino para ganar la batalla.

Yo vuelvo a centrarme en mi *tablet* y suelto una bocanada de aire, hastiada.

—¿Qué haces aquí, Christian?

13

Christian

Meyer detiene suavemente el Maybach y ella entra en mi campo de visión. Está sentada en el primer peldaño de las escaleras que conectan la caseta de obra, que funciona como oficina, y el suelo. Lleva unas botas de agua verde oscuro, las mismas que usan los hombres que trabajan en el puerto, y un chubasquero, pero, bajo él, se intuye un vestido de verano y no puedo evitar fijarme en el contraste del calzado y ese vestido, aunque ella, no tengo ni idea de cómo, consigue parecer aún más dulce gracias a él.

Está muy concentrada en su *tablet* mientras que distintos hombres que llevan monos de trabajo entran y salen de la oficina o se acercan a preguntarle algo. Ella contesta, sonríe, los hace reír. A veces chocan la mano o el puño, a veces se van protestando, pero es más que obvio que ella lleva el control.

Antes de que cristalice en mi mente, una sonrisa se cuela en mis labios. Solo es una cría de veinticuatro años de uno sesenta y tres y lleva con el dedo a una cuadrilla de estibadores de puerto. Tiene su mérito.

Observo un poco más la situación, recordando cada detalle del informe y poniendo cada pieza en su lugar. La gente no se da cuenta de lo importante que es observar, te da ventaja. Después, solo tienes que ser lo suficientemente listo para saber utilizarla.

—Quédate en el coche —le ordeno a Meyer justo antes de abrir la puerta y salir.

Una brisa fría recorre el puerto. Supongo que es lo habitual al estar junto al río y tan cerca de la bahía.

Aún estoy a unos pasos cuando Daisy levanta la cabeza y me ve.

—¿Qué haces aquí, Christian?

Yo me humedezco el labio inferior sin levantar los ojos de ella. Podríamos haber tenido esta conversación ayer, pero le he dado unas horas para que reflexionara y asimilara que no puede largarse con Thatcher. No es una opción.

—Tenemos que hablar —respondo.

Daisy deja escapar un breve resoplido entremezclado con una sonrisa sin levantar la vista de la *tablet* que tiene sobre sus rodillas.

—¿Por qué no te comportas como durante todo nuestro matrimonio y haces como si no existiera? —plantea con ese tono mitad indiferente, mitad insolente.

—¿Dolida? —replico burlón.

—Para nada —sentencia levantando la cabeza por fin, calmada, serena, como si nada de eso le afectase ya—. No quiero tenerte cerca porque me arruinas el buen humor.

—Y antes verme te hacía sonreír —contesto torciendo los labios—. Las cosas pueden cambiar muy rápido.

—Y que lo digas, un día tienes marido, casa y familia y al siguiente —abre la boca con un gesto de sorpresa— maldices a uno y lloras por los otros dos. Obviamente estoy hablando de mí —dice señalándose el pecho— y al que maldecía era a ti —apunta el bolígrafo en mi dirección—. No quiero que te quedes con dudas, te quiten el sueño, te equivoques con un balance y la Empresa se vaya a la ruina. —Se supone que lo dice preocupada, pero en el fondo lo que está haciendo es reírse de mí.

—¿Todavía te preocupas por mí? —le sigo el juego.

—Siempre me has leído como un libro abierto.

Me dedica una sonrisa falsa y tirante y vuelve a prestarle atención a su *tablet*. La comisura de mis labios se eleva en el inicio de una sonrisa. Me gusta que sea tan rápida.

—Ya nos hemos divertido —digo—. Ahora tenemos que hablar.

No he venido aquí a tomar café y rememorar nuestro desastroso matrimonio.

Daisy me ignora estoicamente.

—La paciencia nunca ha sido mi fuerte —le refresco la memoria.

—Ya te dejé claro que no tenemos nada de que hablar. Lárgate —replica sin molestarse en mirarme.

Se lo advertí.

La agarro de la muñeca y tiro de ella haciéndole bajar los escalones a la fuerza. En cuanto sus pies tocan el suelo, la llevo contra la pared de la caseta. Daisy resopla y me fulmina con la mirada mientras yo coloco mis manos a ambos lados de su cabeza, dejándola sin escapatoria.

—Te fuiste con Thatcher.

Ella aprieta los labios haciendo que se frunzan levemente.

—Hice exactamente lo que quería hacer —sentencia.

—Me debes una ventanilla nueva —le recuerdo con una media sonrisa socarrona y maliciosa.

—Prepara una lista porque no va a ser lo único que te rompa si sigues cruzándote en mi camino.

—Olvídate del imbécil de Thatcher, cásate conmigo y me ocuparé de que ni tú ni Blaine tengáis un mísero problema.

Lo digo exclusivamente por la Empresa, pero siento un pulso posesivo en la punta de los dedos e involuntariamente extiendo la palma de la mano.

Daisy deja escapar un bufido sin levantar sus preciosos ojos azules de los míos.

—¿Eres el que amenaza y el ángel salvador? Las cosas no funcionan así, señor Hale. Además, Thatcher me ha prometido exactamente lo mismo. Llegas un pelín —pronuncia poniendo el índice y el pulgar a la altura de sus ojos y marcando una distancia minúscula con ellos— tarde, caballero andante.

Aprieto los dientes. El imbécil de Bolton no pinta nada aquí.

—Si yo quiero destruirte, él no va a poder protegerte.

Mi voz ronca dibuja la amenaza. No sabía que su padre le había dado un ultimátum utilizando este lugar hasta que ella lo mencionó en la sala de reuniones, pero pienso usarlo a mi favor si así consigo mantener Hale Corporation lejos de ese puto inversor misterioso.

Daisy resopla y todo su cuerpo se tensa. Está muy enfadada y muy indignada.

—Eres despreciable —me espeta—. Mantén al señor Blaine fuera de esto —me exige dando un paso hacia mí para demostrarme que yo no la tengo acorralada, que es ella quien elige estar aquí.

El inicio de una media sonrisa se cuela en mis labios. Vaya, parece que por fin le han crecido las agallas.

—Dais —la voz de un hombre se entremezcla con el sonido de varios pasos acercándose con cautela—, ¿va todo bien?

Nos miramos un momento más con odio, desafío y la idea clara de que ninguno de los dos va a rendirse.

Daisy se gira hacia ellos y yo pierdo la mirada en el paisaje tras la espalda de ella, a ningún sitio en realidad, pero haciendo patente con mi actitud que estos tíos sobran, muchísimo.

—No te preocupes, Hank —responde ella.

Vuelvo a centrar mi atención en Daisy y, despacio, desvío la mirada de ella para centrarla en los dos hombres. Llevan mono de

trabajo y casco. Son dos miembros de la cuadrilla de Blaine.

—¿Necesita que nos encarguemos? —insiste.

Una media sonrisa dura y llena de chulería se dibuja en mis labios. Estoy deseando ver cómo venís a «encargaros».

—No —contesta—. No os preocupéis, lo tengo todo controlado.

—¿Segura?

—¿Cuántas veces necesitas que te lo repita? —intervengo yo sin ninguna intención de sonar amable.

Las miradas de los dos hombres bailan de Daisy hasta mí y yo se la mantengo sin ningún problema mientras separo los brazos de la pared, dejando que mi cuerpo mande el mismo mensaje que mi expresión: «No son vuestros putos asuntos y, si os empeñáis en fisgonear, voy a tener que hacer que lo entendáis». Me importa una mierda que sean dos estibadores de puerto.

Daisy se da cuenta.

—Marchaos, chicos. Está todo bien —les pide mientras se mueve para colocarse frente a mí—. Para —me ordena cruzándose de brazos.

Yo no levanto la vista de esos dos tíos hasta que son ellos los que la apartan.

—Tienes que irte —me exige Daisy haciendo que vuelva a prestarle atención—. Ya. No quiero que te comportes como el idiota arrogante que eres, los encares y al final yo tenga que explicar de dónde ha salido toda esa sangre.

—¿Suya o mía? —pregunto, precisamente así, arrogante.

Ella me mantiene la mirada, pero no responde y yo vuelvo a sonreír.

—Ven a Catskills —le ofrezco. No lo busco, pero mi tono se vuelve perezoso, casi divertido—. Mi padre te echa de menos y Noel se alegrará de verte.

—No —contesta sin dudar.

—Pues recoge tus cosas y ven conmigo. Cenamos y hablamos.

—No.

Joder, ¿desde cuándo se ha vuelto así de exasperante? ¿Dónde han quedado las sonrisas y la forma en la que me miraba cada vez que entraba en una habitación?

Doy una brusca bocanada de aire tratando de mantener mi mal humor a raya. Me cuesta. Un puto mundo.

—Thatcher no es una opción.

—Tienes razón. Thatcher es mi opción —me contradice sin achantarse.

—Daisy... —gruño.

—Daisy, ¿qué? —me pone al límite dando un paso hacia mí—. Eres la peor persona que he conocido en mi vida y afortunadamente hace mucho que ya no estás en ella. No hay ninguna posibilidad de que vuelva a casarme contigo. Prefiero encontrar al inversor misterioso y casarme con él. Me da igual si es un monstruo, literalmente, porque incluso recubierto de escamas y habiéndose escapado del fondo de un pantano sigue siendo mejor que tú.

Lo que dice no lo dice en un ataque de furia. No es resentimiento ni tristeza ni decepción ni nada parecido. Está siendo simplemente sincera y no sé por qué jodido motivo eso me enfada hasta un límite insospechado.

—¿Crees que me importa lo que pienses de mí?

Cualquier rastro de diversión desaparece de mi voz y solo queda frialdad. ¿Quiere que seamos sinceros? Pues seámoslo hasta el final. Es ella quien va a salir perdiendo.

—Eres tú el que sigue aquí —remarca lo evidente, alzando la barbilla desafiante.

Me meto las manos en los bolsillos de los pantalones y doy un paso hacia ella a la vez que asiento y llevo un segundo la mirada a un lado; gestos simples llenos de una inocente calma que, en realidad, proyectan exactamente lo contrario. Hay circunstancias en las que no hay nada más amenazante que parecer tranquilo.

—Y tú, la que no se entera de cómo funcionan las cosas —le advierto. Un paso más—. ¿Crees que de repente me he enamorado de ti o que me arrepiento de lo que hice hace cuatro años?

Mis ojos verdes atrapan los suyos azules justo antes de inclinarme sobre ella y que mis labios acaricien el lóbulo de su oreja.

—Deberías empezar a entender que esas acciones son el único motivo por el que Thatcher, yo o *el monstruo del pantano* —repito sus palabras haciendo un deliberado hincapié lleno de malicia— nos fijaríamos en ti. Así que elige bien, porque, una vez que la empresa esté a salvo, ni con suerte alguno te daremos la hora.

Me doy cuenta de cómo su respiración se ha acelerado suavemente, de cómo está apretando los labios o sus puños con rabia junto a sus costados, y esbozo una media sonrisa fría y arrogante. Misión cumplida.

Me separo de ella y echo a andar sin dedicarle una sola mirada más.

—Nos vemos, Daisy —me despido con toda la normalidad del mundo, como si no hubiese dicho nada fuera de lo común.

14

Daisy

Respiro hondo obligando a mi cuerpo a tranquilizarse mientras miro a mi alrededor, a ningún sitio en realidad. No me importa nada de lo que diga o haga. No puede afectarme. Christian Hale está fuera de mi vida. Además, tampoco es que me sorprenda, tengo claro que piensa que no valgo absolutamente nada.

Me encojo de hombros, forzándome a sacudirme cualquier sensación: el enfado, el odio, la decepción y esa pizca de tristeza, y cuando lo tengo controlado, dejo escapar todo el aire de mis pulmones, como el que guarda bajo llave un montón de monstruos. Vuelvo a subir las escaleras, recojo la *tablet* y la carpeta del suelo y entro en la oficina.

Cuando dan las cinco, despejo mi mesa, me despido de los chicos y voy hasta la parada de metro. Dave ha tenido que quedarse haciendo horas extra, así que el camino de vuelta a casa es solo para mí. No lo dudo y hago una de mis cosas favoritas: me pongo mis auriculares de diadema y comienzo a escuchar música. Cualquier cosa de los ochenta me encanta. Mi abuelo siempre se reía de mí diciéndome que cómo era posible que adorase una música que se compuso antes incluso de que yo naciera. Sonrío al recordarlo y mi gesto se hace más grande cuando recuerdo que Caleb solía decirme lo mismo.

Caleb.

De pronto el corazón se me encoge y, aunque estoy en un vagón de metro rodeada de gente, me siento más sola que nunca. ¿Se sentirá él igual? Cabeceo con la mirada demasiado triste. Lo echo de menos. No solo a él, al señor Hale, el padre de Christian, y a Noel también. Me crie sola con mi madre. Era la mejor, pero entonces murió y todo fue un desastre hasta que mi abuelo llegó. Durante mucho tiempo fuimos solos él y yo y estuvo genial, pero, cuando me casé con Christian, pasé a formar parte de la familia Hale. No tiene nada que ver con el dinero o el poder, esas cosas nunca me interesaron, fue por ellos, porque por primera vez supe qué se sentía teniendo una familia de verdad.

Y Caleb fue la mejor parte.

Y yo llevo cuatro años sin verlo.

A la tristeza se suma ahora la culpabilidad, pero tan rápido como llega decido hacer algo con ella. Desbloqueo el teléfono, busco entre mis contactos y, determinada, deslizo el dedo por él. Espero, espero y espero, pero no me importa. No voy a rendirme.

—¿Daisy? —responde sorprendido al otro lado.

Sonrío y sin que pueda controlarlo una lágrima resbala por mi mejilla.

15

Daisy

A la mañana siguiente me levanto más temprano de lo habitual y, en lugar de caminar hasta Union Square para coger el metro, lo hago hasta la parada de autobuses. Ayer hablé con el señor Blaine y le pedí unas horas libres por la mañana. A cambio no saldré hasta las ocho, pero tanto me da.

Cruzamos Manhattan de este a oeste y en la terminal de la 39 Oeste cojo el ferri para cruzar el Hudson en dirección a Jersey. Subo a cubierta, me agarro con las dos manos a la barandilla blanca y dejo que el viento me acaricie la cara. Los barcos no me gustaban especialmente hasta que empecé a trabajar en la empresa del señor Blaine. Ahora estar en ellos, incluso el East River o el Hudson en sí, me recuerdan a mi jefe, a los chicos, y me traen una alucinante sensación de paz. También me hacen ver lo nerviosa que estaba el primer día, casi temblando, cuánto he crecido y hasta dónde he llegado y esa sensación de paz se transforma en alivio y también en un poquito de orgullo.

Después del ferri, un taxi y por fin estoy aquí. Observo los árboles altos y frondosos que parecen extenderse hasta donde alcanza la vista y sonrío. Siempre me pareció muy de cuento que esta casa tuviera su propio bosque.

Apenas llevo un minuto contemplándola cuando distingo a uno de los hombres de seguridad caminar en mi dirección. Lleva traje de

chaqueta y camisa negros y gafas de sol. Son muy fáciles de reconocer.

Las enormes puertas de hierro forjado empiezan a abrirse.

—Señorita Messina —me saluda cuando ya está frente a mí—. Por favor, sígame.

Yo asiento y hago lo que me indica. A unos pasos de la elegante mansión blanca con postigos azul marino, toda la nostalgia que llevo sintiendo desde ayer se hace tan tangible que casi asusta, pero curiosamente en el buen sentido. Una paradoja interesante. Seguro que algún filósofo de principios del siglo XX la estudió.

Me cruzo con los parterres llenos de peonías rosas y dientes de león y sonrío. Estoy segura de que a ella le habrían encantado.

La puerta se abre y mi sonrisa se hace más grande. Sin embargo, en ese mismo momento pienso demasiadas cosas, demasiado rápido. ¿Y si solo ha aceptado que viniera por no ser descortés? Nos vimos en la sala de reuniones en la empresa, pero había más personas. ¿Y si me dijo que viniera para gritarme a la cara que le parezco una persona horrible? ¿Y si me odia como Christian, pero simplemente sabe mantener las formas mejor que él?

—Hola, cielo —me saluda con una sonrisa.

Ha sido amable.

Me ha sonreído.

Me quedo congelada observándolo mientras el maremágnum de pensamientos de hace solo unos segundos, poco a poco, se diluye en el alivio que he sentido al oír sus palabras. Una suave sonrisa se me escapa a trompicones y doy un paso hacia él, hacia el interior de la casa, de Catskills.

—Hola, señor Hale.

Brayson, el padre de Christian, se hace a un lado con la puerta para abrirme el camino y la cierra tras de mí.

—Muchas gracias por permitirme venir.

—Muchas gracias a ti por hacerlo. Da igual lo que pase, esta siempre será tu casa, Daisy —me asegura.

Pienso en asentir y fingir que esa frase no significa nada, no dejar que me afecte, pero todo es un pelín más complicado.

—Señor Hale...

—Y siento profundamente que durante los últimos cuatro años no haya sido así.

Yo le mantengo la mirada y tuerzo los labios en el inicio de una sonrisa. Sé que está siendo sincero, pero también que, como he dicho antes, es más difícil que eso. Christian me echó de la familia Hale sin ni siquiera permitir que me explicase, aunque de haberlo hecho tampoco creo que me hubiese creído. Sé que ni Noel ni Brayson estaban de acuerdo, pero sí lo suficientemente dolidos como para entender que, que desapareciera de sus vidas, era lo correcto. ¿Les guardo rencor? No, porque sé que fue una decisión de Christian, sé que ellos intentaron calmar las cosas y sé que él no los escuchó, y, sobre todo, porque de verdad los consideraba mi familia, pero, precisamente porque lo eran, me hubiese gustado que alguno de ellos en alguno de estos cuatro años hubiese pensado en mí. ¿Lo que acaba de decir significa que lo hicieron? No lo sé.

—Yo también lo siento —es lo único que puedo contestar.

No estoy enfadada ni siquiera decepcionada, estoy triste, pero prefiero guardármelo para mí. Eso también lo aprendí gracias a Christian. No siempre es buena idea mostrar tus sentimientos porque pueden usarlos en tu contra.

Supongo que al final lo que pasó me hizo convertirme en una persona más precavida.

El señor Hale asiente levemente sin levantar sus ojos de mí. Creo que ha sido capaz de entender todo lo que no he dicho.

—He mandado que nos sirvan el café en el jardín —me informa para cambiar de tema—. Estaremos solos —añade, aunque, por la manera en la que sonríe, tengo claro que sabe que lo sé y no se equivoca. Ayer llamé a Thatcher para pedirle que le echara un vistazo al calendario de trabajo de Gillian y sé que estará ocupada con varias reuniones.

Por Christian no pregunté, pero tampoco lo necesito. Tendría que estar muriéndose, literalmente inconsciente, para no presentarse en la oficina. Lo he visto hacerlo con gripe y una fiebre brutal y también con el hombro dislocado, aunque nunca supe qué había pasado para que acabase así.

Sin embargo, cuando Brayson está a punto de iniciar el camino hacia el jardín, yo doy un paso adelante captando inmediatamente su atención.

—Señor Hale, antes... —tengo que armarme de valor. Estoy nerviosa y asustada y esperanzada y sin darme cuenta todo eso se ha reflejado en mi voz—, ¿podría verlo?

Brayson no lo duda.

—Por supuesto —contesta—. Está instalado en la habitación junto a la biblioteca.

Sonrío suavemente, casi un destello de una sonrisa real. Tiene sentido. La biblioteca siempre fue su estancia favorita.

Recuerdo perfectamente esta casa, así que no me cuesta trabajo orientarme. Al llegar al dormitorio, la puerta está entrecerrada. Llamo con delicadeza y la empujo despacio asomando la cabeza.

—Buenos días —me saluda una enfermera con una cálida sonrisa.

—Hola —respondo—. ¿Es un buen momento para verlo?

—Claro que sí —me asegura con energía. Sin duda alguna, es una de esas personas que se levantan con las pilas puestas y la sonrisa preparada—. Las visitas siempre son bienvenidas.

Animada por su entusiasmo entro y camino hacia la ventana. Mis ojos inmediatamente lo buscan a él. Está tumbado en la cama y el sol que se cuela por el cristal dorado y naranja ilumina su cara. Está perfectamente afeitado, tiene el pelo un poco revuelto y buen aspecto. Si no lo supiera, pensaría que Caleb está durmiendo... y no en coma.

16

Daisy

Me siento en la silla junto a su cama y continúo observándolo, sintiendo cómo mi respiración se acelera. Es lo último que quiero, pero imágenes de aquella noche empiezan a proyectarse en bucle en mi mente. Los labios se me curvan hacia abajo, pero desmonto el gesto torciéndolos a la vez que los ojos se me llenan de lágrimas.

—Háblele —me anima la enfermera—. Hay estudios que señalan que los pacientes salen más rápido del coma si sus seres queridos les hablan.

Lo mira con una amable sonrisa y vuelve a prestarme atención a mí.

—Si está aquí, debe de ser importante para él.

Sonrío, pero otra vez el gesto desaparece a la vez que bajo la cabeza y clavo mi vista en mis propios dedos enredándose nerviosos. Caleb era muy importante para mí. Me cuidó, desde el primer día se preocupó de que estuviera a gusto, era como si de pronto hubiese encontrado a mi propio hermano mayor y, maldita sea, lo echo muchísimo de menos y siento muchísimo todo lo que pasó.

—¿Cómo se llama? —me pregunta la enfermera, comprendiendo a la perfección que la situación me está ganando un poco la partida.

—Daisy —contesto volviendo a levantar la cabeza.

Ella asiente.

—Pues ¿qué tal si empieza por ahí? «Hola, Caleb. Soy Daisy y he venido a verte». Creo que suena bastante bien.

Mi sonrisa se hace un poco más grande. Tiene razón, cualquier batalla, por muy grande que sea, se empieza a luchar con el primer paso.

—Los dejaré solos —se despide dirigiéndose con calma hacia la puerta—. Avíseme cuando termine.

—Claro. Muchas gracias.

Sale casi sin hacer ruido y deja la puerta ligeramente entornada. Yo miro a Caleb y decido envalentonarme por fin.

—Hola, Caleb... Soy Daisy y he venido a verte —digo repitiendo las palabras de la enfermera como el lorito mejor adiestrado del mundo. Cuando pronuncio la última palabra, sonrío y sin darme cuenta vuelvo a bajar la cabeza—. No debería ser tan complicado, ¿verdad? —continúo levantándola de nuevo—. Antes podíamos pasarnos horas hablando. Bueno —concreto divertida—, hablando yo y tú escuchando pacientemente.

Caleb tiene ocho años más que yo. Cuando nos conocimos yo era una cría de veinte y él ya formaba parte del consejo directivo de Hale Corporation con veintiocho. Éramos muy diferentes, pero también encajamos muy bien. Al principio no podía entender por qué Christian era el CEO si Caleb era dos años mayor. Normalmente las cuestiones en las empresas familiares suelen ser muy a lo monarquía, y ni siquiera una parlamentaria, una absolutista a lo rey despótico de Francia, pero cuando los conocías a los dos estaba claro por qué. Christian es tenaz, muy inteligente y, sí, despiadado, mientras que Caleb es como un labrador, alguien en quien confiar, al que pedir consejo, alguien que sabes que te cubrirá las espaldas. Christian llevaba la corona y Caleb cuidaba de él.

Intento seguir hablando, pero es demasiado difícil.

—Sé que tendría que haber venido antes... —Pero ni siquiera sé si me habrían dejado y, en realidad, eso no es excusa, después de lo que pasó, tendría que haber estado aquí para él, quisiesen ellos o no —. Lo siento.

Observo la habitación, las máquinas que pitan suavemente dando fe de sus constantes vitales, las otras que esperan ordenadas. Han convertido este lugar en un pedazo del hospital más avanzado de Nueva York, pero también han traído sus cosas, pequeños recuerdos, detalles como los cuadros de su dormitorio o sus libros favoritos, colocados en la estantería que mejor se ve desde la cama. Los he reconocido al instante. Caleb adora leer.

Con esa idea, tengo una especie de revelación. Me levanto, camino hasta la librería de madera y cojo un libro. Sé que no es su preferido, pero también que es el que más puede ayudarlo ahora.

—Como parece que hablar a veces es un poco complicado, he pensado que podría leerte un rato —le explico caminando de vuelta a la silla y acomodándome de nuevo—. Mira —añado levantando el ejemplar a la altura de sus ojos—. *The Indian in the Cupboard* — recito el título de memoria—. Aunque es una novela juvenil, te encantaba releerlo de vez en cuando por todo lo que significaba para ti. Muchas veces entraba en la biblioteca y tú lo habías dejado en la mesita porque lo habías estado leyendo.

Gracias a esos recuerdos, vuelvo a sonreír. Me recoloco sobre la silla, cruzando las piernas como en una clase de yoga, abro el libro y comienzo a leer.

—«No es que Omri no apreciara el regalo de cumpleaños que Patrick le había hecho. Nada de eso. Estaba realmente muy agradecido, más o menos. Era, sin duda alguna, muy amable por parte de Patrick regalarle...».

No soy consciente de cuánto tiempo pasa, tampoco me importa, pero, al echar un vistazo al reloj, me doy cuenta de que debo irme. Tengo muchas cosas pendientes en la oficina y no puedo permitirme estar tanto rato fuera.

—Volveré lo antes que pueda y seguiré leyéndote —le prometo cerrando el libro y dejándolo sobre la mesita. Apoyo los codos sobre la cama y me inclino ligeramente hacia delante—. Tú tienes que prometerme que vas a dejar lo que sea que estés haciendo y vas a volver. Ya te imagino en mitad de un viaje psicodélico, yéndote de juerga con Abraham Lincoln y Picasso. Si puedes, tráete alguna prueba, escribiremos una novela y nos haremos famosos.

Sonrío ampliamente encantada con la idea, pero en ese mismo segundo, despacio, mi sonrisa se va transformando en una más pequeña pero llena de muchísimas cosas sin poder levantar mis ojos de él.

—Molaría muchísimo que te despertaras, amigo —prácticamente susurro.

Sería el mejor regalo que me han hecho nunca.

Torciendo los labios para controlar la expresión triste, me levanto, me inclino y le doy un beso en la mejilla antes de salir.

Dejo la puerta otra vez casi entornada y miro a mi alrededor en busca de la enfermera. No creo que sea buena idea que Caleb esté solo. En cuanto mi mirada se topa con las puertas acristaladas que dan al jardín, la veo en mitad del césped, hablando por teléfono.

—Sí, señor. Aún está aquí... —le oigo decir cuando me acerco para avisarla.

Instintivamente me freno en seco y agudizo el oído aprovechando que ella aún no ha reparado en mí...

—¿Cómo te atreves a poner un pie en esta casa?

Mi primera reacción es apretar los puños con rabia y eso también ocurre por puro instinto. Sin embargo, me obligo a tranquilizarme y simplemente la ignoro.

—Disculpe —llamo a la enfermera acortando la distancia con ella. Acaba de colgar—, ya me marcho.

Creo que la pillo por sorpresa porque me mira un poco espantada y por inercia observa su teléfono, pero un segundo después recupera la normalidad y su sonrisa.

—Gracias, Daisy —dice al fin.

—Estoy hablando contigo, maldita desagradecida —insiste la voz a mi espalda—. Por lo menos ten el valor de mirarme a la cara mientras me digno hacerlo.

Oigo sus palabras, pero bloqueo cualquier reacción ante ellas. No va a volver a conseguir que duela.

—Gracias a usted... —La señalo con una sonrisa invitándola a decirme su nombre.

—Coreen —me aclara amable.

—Coreen —repito—. Muchas gracias por todo y ya nos veremos.

Ella asiente y yo me giro dispuesta a volver al salón en busca de Brayson.

—No des un paso más —me exige agarrándome del brazo y obligándome a volverme.

En cuanto noto sus dedos, algo en mi interior salta como si me hubiesen rociado ese pedazo de piel con la sustancia más corrosiva conocida por el hombre y me libero de su agarre a la vez que me giro.

—No vuelvas a tocarme. Nunca —le exijo con la voz calmada, seria y determinada.

Ella me mira como si no acabara de creerse que no va a intimidarme o que no voy a callarme y aguantar solo para que las

cosas sean más fáciles.

—No tenemos nada que decirnos, así que no tenemos por qué hablar —sentencio.

Mensaje claro y conciso. Echo a andar de nuevo dándole la espalda.

—Ni siquiera soy capaz de entender cómo tienes el valor de aparecer por aquí —insiste con la voz llena de desprecio—. Debería darte vergüenza. Tú eres una vergüenza.

—Si soy tan horrible, no comprendo tu interés en alargar esta conversación —contesto sin girarme ni detenerme.

—Solo sabes hacer daño —continúa a punto de llorar.

Yo pongo los ojos en blanco.

—Deberías bajarte del escenario. Ni Christian ni Caleb están aquí. No tienes público.

—¿Y de quién es la culpa de que Caleb no esté aquí?

Mi corazón se encoge hasta casi desvanecerse hecho pedazos. Me detengo en seco; no obstante, aguanto el tirón y sigo caminando. Pero entonces, como si lo hubiese invocado, Christian aparece caminando decidido hacia nosotras.

Me quedo quieta.

—Daisy... —me llama con sus ojos sobre los míos, pero lo interrumpe.

—Christian —lo llama con el tono entrecortado a mi espalda—, por favor, pídele que se vaya.

Su manera de hablar cambia de arpía malvada, lo que es, a esposa doliente y abnegada, lo que finge ser y muy bien, por cierto.

Christian frunce el ceño y lleva su vista hacia ella. Un par de segundos después me la devuelve. Yo, adelantándome a la escena de culebrón que está a punto de empezar, agito suavemente la mano.

—No te molestes —le digo a Christian—, yo ya me marchaba. Ahí te dejo con su excelencia —añado, en teoría bajito, solo para él, pero lo suficientemente alto para que ella también me oiga, justo antes de reemprender mi camino, pasando junto a él.

Christian me sigue con la mirada.

—Daisy —me llama de nuevo dando un paso hacia mí.

Yo me detengo otra vez, ahora a regañadientes. En realidad, ni siquiera sé por qué lo hago, pero acabo girándome.

—¿Qué? —le pregunto manteniéndole la mirada.

Pero justo en ese momento se oye un sollozo delicado y medido y comienza a llorar. Christian se da la vuelta y avanza hacia ella.

Sonrío burlonamente mientras observo la escena. Supongo que lo que buscaba era comprobar que algunas cosas nunca cambian.

—Vamos, no llores —le pide.

—Es que no puedo dejar de pensar en Caleb —contesta entre sollozos— y a ella ni siquiera le importa.

Me cruzo de brazos e inicio el movimiento para salir de aquí de una vez.

—Es que es imposible que a nadie le importe tanto como a ti —le suelto con toda la naturalidad del mundo—. Te has quedado con toda la pena, Gillian.

—¡Daisy! —me reprende Christian.

Pero me da exactamente igual y por fin llego al vestíbulo de la elegante mansión.

—¿Podría decirle al señor Brayson Hale que he tenido que marcharme? —le pido a una empleada con la que me cruzo justo antes de encarar la puerta principal.

—¡Daisy! —me llama Christian.

Oigo sus pasos rápidos dirigirse hacia mí, pero no me detengo.

—¡Daisy! —vuelve a llamarme.

Salgo y me dirijo hacia la enorme cancela.

—¿Quieres parar? —gruñe agarrándome de la muñeca y obligándome a girarme—. ¿Qué demonios pasa contigo? —me recrimina.

Yo lo miro, pero en el fondo estoy muy lejos de aquí. Todo esto ya es una canción muy vieja. Sé cómo van a ser las cosas, lo poco que le va a importar lo que tenga que decir porque va a creer a Gillian, sin dudar. Antes habría dolido. Ahora me da exactamente igual.

—¿Por qué te comportas así con ella? Lo está pasando muy mal. Es su marido.

Yo asiento fingiendo que lo escucho y, lo que es más divertido, que me importa.

Obviamente, Christian se da cuenta. No es que me esté esforzando mucho en que mi interpretación quede redonda.

—Caleb está en esa cama por tu culpa y a ti no te importa ni siquiera un poco —sisea con sus ojos verdes endurecidos, de nuevo hasta reinventar el color del acero.

Y eso sí duele por muchos motivos, pero, sobre todo, porque sea él quien lo pronuncie. No me conoce. Me gustaría que hubiera sitio para la duda, pero es que no lo hay. Sé que no. Nunca le importé lo suficiente ni siquiera para darse cuenta de que quiero a su hermano como si fuera el mío.

—Seguro —le doy la razón mordaz, escondiendo hábilmente la tristeza que siento.

Inicio el movimiento de girarme, pero él vuelve a detenerme.

—Tenemos que hablar —me recuerda con la voz fría, provocando que suene como una advertencia.

Yo cierro los ojos con fuerza al tiempo que niego con la cabeza. He venido aquí con la mejor de mis intenciones. Ellos dos ni siquiera tendrían que haberse enterado. Solo quería ver a Caleb. Pero está

claro que, cuando se trata de los Hale, da igual lo que yo quiera o desee, nunca lo tendré. ¡Y, maldita sea, es frustrante!

—¿Sabes qué? —replico rápida, con el filo de la rabia asomando—. Adelante —añado extendiendo las dos manos—. Hablemos.

Mi respuesta lo pilla fuera de juego, pero no tarda un segundo completo en recomponerse.

—No puedes casarte con Thatcher.

—¿Por qué? —contesto todavía más veloz que antes, más enfadada, con ese sentimiento de impotencia que siento cada vez que lo tengo cerca haciéndose un poco mayor—. ¿Por qué no puedo casarme con él? ¿Por ti? ¿Porque te debo algo?

Christian aprieta los dientes. Todo su cuerpo se tensa un poco más.

—Sí, exactamente —ruge.

—¿Y qué demonios te debo? —le escupo. La irritación entrecorta mi voz—. Me abandonaste como si no valiese nada. —Una lágrima cae por mi mejilla pero la seco con rabia—. Yo no te debo nada, Christian, y lo último que haría en este mundo sería dejarte volver a entrar en mi vida.

Vuelvo a sentir mi corazón tambaleándose, pero lo peor de todo, o quizá sea lo mejor, ya ni siquiera lo sé, es que soy capaz de ver que él se siente igual. El odio, el amor, el dolor, son emociones demasiado poderosas, nos hacen balancearnos, nos llenan, nos vacían y a veces sencillamente pesan más que nosotros.

Me alejo de Christian, luchando por contener las lágrimas, mi enfado, las ganas de dar media vuelta y quemar esa maldita mansión hasta los cimientos.

—Me debes haber destrozado a mi familia —sentencia.

Yo me detengo en seco. No lo ha dicho para hacerme daño, o sí, eso tampoco lo sé, al final estamos hablando de Christian y, si

quiere, puede ser lo suficientemente despiadado para tirar justo de la cuerda que más te duele, pero esto, Caleb, todo lo que pasó, también es su herida. Es su hermano y entre ellos eso es mucho más que un simple título.

Lo que pasa es que yo también perdí demasiado.

—Pues entonces estamos empatados porque tú destrozaste la mía —digo sin girarme antes de continuar caminando.

Esta vez Christian no me detiene.

17

Christian

La observo alejarse con la rabia serpenteando por todo mi cuerpo. También algo mucho más puntiagudo y complicado: la culpa. Nunca quise casarme, esa es la verdad, y fui frío y distante con ella, pero Daisy, ni siquiera entiendo cómo, logró llegar hasta mí, y sonreía cuando la pillaba cantando alguna canción de los ochenta en el salón, tratando de convencer a Meyer para que le hiciera los coros; conseguía dormir realmente si la abrazaba, y las ganas de tocarla cada vez se hacían más grandes, más impacientes... y bajé la guardia con ella. La dejé entrar. De no haber cometido ese error, no habría hecho lo que hizo y ahora Caleb estaría despierto, disfrutando de su vida y de su pequeño.

Cabeceo. Es culpa mía. Tendría que haberme mantenido alejado de ella y a ella de mi familia.

Doy media vuelta y regreso al interior de la casa. Camino directo hacia su habitación y entro. Al hacerlo, ralentizo los pasos y voy hasta él. Lo observo y, como cada segundo de cada vez, tengo la esperanza secreta de que se despierte.

Algo capta mi atención. Muevo la cabeza y veo *The Indian in the Cupboard* en la mesita. Mi sonrisa se hace un poco más grande. Es mi libro preferido, antes de saber leer le pedía a Caleb que lo hiciera por mí porque, la idea de que hubiese un armarito donde todos los juguetes cobraban vida, me parecía alucinante.

—Probé con todos los armarios de nuestra cocina, ¿recuerdas? —pronuncio con la voz llena de nostalgia y tristeza—. Tú no parabas de asegurarme que era solo un cuento, pero a mí me da igual. Todos los días comprobaba todos los muebles hasta que papá, harto de los lamentos de la cocinera, mandó quitar todas las puertas... y aun así tú encontraste la manera de ayudarme.

Nos escapamos con las bicis y me llevó a SEARS. Probamos todos los muebles de la tienda, pero obviamente ninguno funcionó.

—Yo no quería rendirme y tú me prometiste que nunca dejaríamos de buscar —mi voz se vuelve más ronca y los ojos se me llenan de lágrimas.

¿Por qué no te despiertas? Joder, necesito que te despiertes.

Aprieto los dientes, la rabia se vuelve abismal, la tristeza, la frustración. Lo echo muchísimo de menos.

—Imaginaba que estarías aquí.

La voz de Gillian me hace levantar la cabeza y la veo caminar despacio hacia él, abrazando su propio cuerpo, con la cara llena de lágrimas. Está destrozada. Lleva cuatro años así. ¿Quién podría culparla? Perdió demasiado, demasiado rápido, a la vez.

—Deberías intentar dejar de llorar —le digo con tono suave.

—¿Crees que no lo he intentado? —responde con la pena tejida en sus palabras. Llega hasta la cama y le aparta el flequillo de la frente a Caleb con dulzura—. Cuando pienso en él, no puedo evitarlo, y pienso en él todo el tiempo, así que...

Su voz se pierde cuando sus labios se curvan hacia abajo. Gillian necesita a Caleb. Más que ninguno de nosotros.

—Siento haber discutido con Daisy —se disculpa—. Han pasado cuatro años y la he perdonado, pero, cuando la he visto ahí sentada, jugando con el teléfono sin ni siquiera mirarlo, no he podido evitarlo. No le ha dirigido la palabra, Christian. ¿Por qué ha venido?

Yo niego con la cabeza.

—No le des más vueltas. Es solo una cría. Siempre lo ha sido.

Una cría a la que su abuelo mimó todo lo que pudo y, cuando llegó aquí, consiguió que mi padre, Noel, Caleb... todos hicieran lo mismo.

—Y no tienes por qué perdonarla por lo que pasó —añado.

Yo no lo he hecho. Tampoco a mí mismo.

—Tú lo has dicho, es solo una cría —apunta con una triste sonrisa —. Sé que ni siquiera se disculpó, pero estoy segura de que siente muchísimo lo que hizo.

Tenso la mandíbula. Tiene razón. Ni siquiera fue capaz de disculparse. No lo ha hecho ahora. ¿Qué coño le pasa?

Todavía recuerdo cómo me sentí cuando llamaron del hospital, las palabras exactas del médico cuando apareció en el pasillo con expresión cansada quitándose el gorro, la de Gillian, en el suelo... Estaba aterrorizada.

¿Cómo pudo Daisy hacer algo así?

—Seguro que Caleb conseguiría que recapacitara —dice contemplándolo, apretando cariñosamente su mano—. Se le daba muy bien hacer de hermano mayor.

Esa idea hace que parte de la tensión de mi pecho se transforme.

—Es un hermano mayor increíble.

—Habría hecho cualquier cosa por ti —me recuerda Gillian.

—Y yo haría cualquier cosa por él.

Por eso debo cuidar de Gillian ahora. Es lo que él me pediría si pudiese hablar.

—Te dejaré a solas con él —me despido dejando el libro de nuevo en la mesita.

Al oírme, Gillian levanta la cabeza y me observa.

Antes de apartar la mano, acaricio despacio la portada con la punta de los dedos. De alguna manera me hace sentir más cerca de Caleb.

—¿Me lo pasas? —me pide—. Se lo estaba leyendo.

Yo miro la novela un instante más y se la entrego con una sonrisa.

—Es genial que hayas elegido este libro.

—Simplemente se me ocurrió que podría ayudar —contesta quitándole importancia.

Ella nunca se ha rendido con mi hermano.

Yo asiento y me dirijo hacia la puerta. Antes de salir me giro una última vez.

—Trata de descansar un poco antes de comer —le pido.

Ella, que se ha acomodado en la silla y se ha inclinado hacia Caleb, levanta la cabeza y la mueve afirmativamente sin dejar de prestarle atención a mi hermano.

Yo salgo definitivamente de la habitación y, mientras me alejo, no puedo evitar suspirar demasiado tenso, con la rabia demasiado cortante agujereando mis costillas, con la puta culpa. Caleb. Caleb. Caleb. A veces no puedo pensar en otra cosa, recordar lo que pasó en un bucle continuo.

Me detengo en mitad del vestíbulo sin saber qué hacer. El maldito enfado ya lo ha cegado todo. ¿Qué hacía Daisy aquí? No soy ningún imbécil, claro que pensé que podía presentarse para verlo, por eso di la orden a la enfermera de que me avisara si lo hacía. He salido disparado de la oficina en cuanto he recibido esa llamada. Estaba convencido de que sería una buena oportunidad para hablar con ella y convencerla de que se olvidara de esa estupidez de casarse con Thatcher... Lo que nunca habría imaginado es que solo se presentaría aquí para pasar olímpicamente de Caleb, ¿tan poco le importa?

Mi primer impulso es ir a verla, encararla solo para calmar la condenada rabia, pero ese mismo sentimiento me grita a pleno pulmón que no la quiero cerca de mí.

—Queensboro City —le gruño a Meyer cuando me abre la puerta del coche.

Necesito concentrarme en otra cosa para escapar de ella.

Él asiente profesional y ocupa el asiento del copiloto, indicándole al chófer que se mueva.

En cuanto llegamos, en cuanto me bajo del Maybach, todos reparan en mí. Llevo mi vista al frente mientras me ajusto la chaqueta con un par de tirones. Meyer me pasa la pistola, yo me aseguro de que está cargada y me la guardo en la cintura trasera de los pantalones. Nadie se pierde un detalle y yo barro la multitud con la mirada en un claro desafío. Todos apartan las suyas en señal de respeto. Más les vale hacerlo.

Echo a andar. Mis zapatos de Prada chocan contra el suelo de adoquines cubierto de agua de manera errática. Puede que allí arriba, rodeados de rascacielos, se crean los dueños, pero el poder está aquí abajo, siempre lo ha estado y siempre lo estará.

Huele a pólvora. Suena como dos tíos encarándose a una decena de metros, el ruido de las botellas al caer. Sabe a pecado, a no tener más opciones, el puto Camelot de las almas perdidas.

—Señor King —me saluda el hombre de seguridad de la puerta cuando aún estoy a unos pasos, antes de inclinar la cabeza en señal de respeto, antes de tirar de la agarradera de la imponente puerta de acero pintado de negro.

Yo se lo devuelvo con un leve asentimiento y entro seguido de Meyer y dos más de mis hombres, que se han unido a nosotros en cuanto hemos puesto los pies aquí.

—Señor King —me saluda con obediencia otro de los hombres de seguridad, abriendo una nueva puerta.

Le respondo como he hecho con el anterior y continúo caminando. El local se abre ante mí lleno de rojos y negros. Una enorme barra se extiende a un lado mientras una veintena de mesas se reparten por la sala. A ellas están sentadas las personas más relevantes del mundo de los negocios, la política, cantantes de moda y estrellas de cine.

Todos me miran. Se apartan para abrirme paso. No me detengo.

—Ya estás aquí —me saluda con una sonrisa Dallas, mi mejor amigo, saliendo a mi encuentro.

Él es quien toma el mando cuando yo no estoy.

Yo no digo nada. Cojo la botella de *bourbon* que tiene sobre nuestra mesa, me sirvo un vaso y me lo bebo de un trago, pero ni siquiera así consigo calmarme. No puedo. La rabia sigue ahí. Desde que volvió no puedo sacarme a Daisy de la cabeza un puto momento y estoy empezando a cansarme.

Me dejo caer en mi silla, con las plantas de los pies firmemente clavadas en el suelo y las rodillas separadas, con el codo apoyado en el reposabrazos y el reverso de mis dedos en mis labios.

¿Por qué tiene que seguir comportándose como una cría? ¿Por qué no puede madurar de una puta vez?

«Señor Hale, existen posibilidades de que el coma de su hermano sea irreversible». Las palabras del médico se reproducen una y otra vez en mi cabeza. Cuando lo oyó, Gillian empezó a llorar, a gritar mi nombre exigiéndome que hiciera algo, pero yo ni siquiera la miraba. Mis ojos estaban fijos en Daisy, pegada casi a la pared, inmóvil, sin dejar de mirar a Caleb. Una lágrima resbaló por su mejilla y se estrelló en el suelo y juro por Dios que pude sentir su dolor y algo, una conexión, su cuerpo llamando al mío, me pidió a gritos que la

abrazara con fuerza, que la consolara, que la protegiera de todo, pero, cuando di el primer paso, también recordé por qué mi hermano estaba en esa cama. ¿Cómo pudo pensar que era buena idea llevarlo allí?

Tenso la mandíbula, todo mi cuerpo se llena de un poco más de rabia.

No pienso permitir que se case con Thatcher.

No pienso permitir que le haga más daño a mi familia.

No pienso volver a bajar la guardia con Daisy. Nunca más.

—¿Cómo es que hoy has venido tan temprano? —me pregunta Dallas sentándose frente a mí. No contesto—. Aunque no voy a negar que me viene muy bien, tenemos varias cosas de las que ocuparnos.

Dallas y yo somos amigos desde que nacimos. Nuestros padres también son muy buenos amigos, así que estábamos condenados. Crecimos juntos y estudiamos juntos. Como Noel o Caleb, siempre ha estado a mi lado.

Sus palabras consiguen llamar mi atención. No sé si ha sido casualidad, pero no pienso desaprovecharlo. Me vendrá bien distraerme.

Me sirvo otro *bourbon*. Vuelvo a bebérmelo de un trago.

—Cuanto antes, mejor —respondo levantándome.

Dallas se termina su copa, se pone de pie de un salto y me sigue. Meyer nos cubre las espaldas a los dos.

Uno de nuestros hombres se acerca y, sin que dejemos de caminar, le susurra algo al oído a Dallas. Él lo escucha y asiente.

—King —me llama mi mejor amigo—, una de las chicas de Kristov quiere verte.

—¿Quién? —pregunto.

—Mabel.

Asiento.

—Que empiece el espectáculo.

—Eso es, joder —da una palmada a Dallas entusiasmado—, Dios salve al rey de Nueva York.

18

Christian

Dejo que el chorro de agua caliente me caiga sobre la nuca. Anoche apenas dormí, pero eso no es excusa. Jamás dejaría de lado mis obligaciones en la empresa, nunca lo he hecho, pero en estos últimos días esa posibilidad sencillamente no existe. La expansión, el puto inversor misterioso, la presión de los Bolton, Daisy.

Daisy.

Ahora menos que nunca puedo permitir que algo se escape a mi control.

Salgo de la ducha, me pongo una toalla a la cintura y me seco el pelo con otra. Quince minutos después estoy saliendo por la puerta principal de Hudson Yards. Meyer me abre la puerta del coche.

—Buenos días, señor Hale —me saluda profesional.

Yo le devuelvo un gesto de cabeza y me acomodo en la parte de atrás del Maybach. Otros veinte después estoy atravesando el vestíbulo de la empresa.

Los «Buenos días, señor Hale» se suceden a cada paso que doy. Entro en el ascensor y me dejo caer sobre la pared trasera, con los brazos estirados, agarrando la barra que rodea el cubículo con las manos.

Gente entra, sale. No me interesa. En la planta diecisiete se sube una ejecutiva. En cuanto me ve, sonríe y, tras pronunciar un «señor

Hale» a modo de saludo, se queda en el centro del espacio con la mirada clavada en las puertas de acero.

Los pisos se suceden. Con una sonrisa muy ensayada se gira hacia mí y da un paso en mi dirección. Yo le mantengo la mirada sin hacer el más mínimo gesto, sin revelar absolutamente nada.

—Es un placer que hayamos coincidido —me dice marcando deliberadamente las sílabas con un tono sensual.

Me pregunto si ella se ha planteado que quizá tenga una relación o que simplemente no me apetezca tener ninguna. Me pregunto si se ha planteado si soy un tío decente o una buena elección más allá de ser el dueño de todo esto.

—Podríamos tener una reunión de lo más interesante.

Antes de insinuar que me la folle en el ascensor.

Yo me enderezo. Su sonrisa se ensancha, pero sigue siendo fingida. Doy un paso en su dirección. Un suave pitido indica que las puertas van a abrirse. Mi planta. Y me inclino sobre ella.

—No podría interesarme menos —susurro casi en su oído.

Nunca he querido nada que no sea de verdad y no voy a empezar ahora.

Salgo del ascensor sin mirar atrás. El hecho de que una persona tenga dinero o poder no la hace más valiosa. He visto hombres muy ricos arrugarse al primer contratiempo y mujeres que no tenían nada aguantar el tipo sin pestañear.

No tengo que enamorarme para follar, pero al menos quiero que tengan claro con quién lo hacen y, aun así, quieran hacerlo. Si esa ejecutiva me hubiese visto ayer por la noche, con toda probabilidad habría salido huyendo... o no, porque se habría dado cuenta de que tengo mucho más poder del que cree que tengo y, no, de nuevo no se habría planteado absolutamente nada más allá.

—Buenos días, señor Hale —me saluda mi secretaria, que me esperaba junto al ascensor como cada mañana, caminando a mi ritmo mientras cruzamos la planta.

—Buenos días, Debra.

Me pone al día de novedades y me recuerda que tengo una reunión a primera hora en la sala de conferencias.

—Quiero a Young —el director del Departamento Legal— en mi despacho antes de esa reunión —le ordeno.

Ella asiente.

—Por supuesto, señor.

Entro en mi oficina, reviso varios asuntos que quiero que queden cerrados hoy y hago un par de llamadas. El asunto del Sudeste Asiático tiene que ir más rápido, no quiero perder más tiempo.

No ha pasado ni una hora cuando salgo de nuevo camino de la sala de conferencias. Ya estamos oficialmente dentro de la jornada laboral y el ajetreo de personas y ruido se ha multiplicado por cien.

—Meyer —llamo a mi hombre para todo. Inmediatamente lo tengo a mi lado—, ¿cómo va el asunto de Blaine?

—Como quería, señor. Hemos pagado y cancelado su crédito y hemos asegurado el negocio contra cualquier pérdida.

—Neil —el padre de Daisy—, ¿está controlado?

—Sí, señor. Si pretende atacar el negocio de Blaine, lo sabremos antes siquiera de que pueda acercársele lo suficiente.

Eso era justo lo que quería oír. Lo que le dije a Daisy iba en serio. Voy a proteger a Blaine.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le advierto justo antes de hacerle un gesto para que se vaya.

Meyer asiente y se marcha.

Pero que vaya a protegerlo no significa que no pueda usarlo a mi favor.

Cuando los ejecutivos me ven a unos metros de la enorme estancia, todos entran y ocupan sus asientos.

—Comencemos —digo entrando en la sala y caminando hasta la presidencia de la mesa.

Tomo asiento.

—Señor Murray —llamo al director de una de nuestras constructoras. Él se levanta y sonríe presuntuoso, encantado de ser el centro de atención—, la edificación de viviendas subvencionadas en Harlem se ha retrasado, ¿por qué?

Sé el motivo, pero quiero ver si es capaz de decírmelo a la cara.

—Hemos adquirido dos solares en el Meatpacking District y hemos priorizado la construcción de esos edificios —contesta orgulloso—. Teniendo en cuenta la inversión inicial, las fluctuaciones del mercado y partiendo de un incremento lineal sobre mil dólares el metro cuadrado, nos dará un beneficio de casi el trescientos por ciento más que las viviendas de Harlem.

—El doscientos noventa y siete —especifico tras un rapidísimo cálculo.

—Eso es —responde de nuevo tan feliz de conocerse, levantando miradas de orgullo fingido y envidia real entre otros de los directores de departamento en la reunión.

Yo me dejo caer contra mi sillón de ejecutivo.

—¿Tengo pinta de necesitar ganar más dinero, señor Murray? —pronuncio con un tono calmado, ese que es mucho peor que un grito a pleno pulmón.

En cuanto oye mis palabras, sus ojos se abren más y cualquier rastro de diversión desaparece de su expresión.

—No, señor Hale —me asegura nervioso.

—Entonces, ¿qué le ha hecho creer que daría mi visto bueno a que priorizara la construcción de dos rascacielos sobre las viviendas

subvencionadas?

Los mismos que antes lo jaleaban con la mirada ahora lo contemplan con preocupación fingida y satisfacción real por el compañero caído. Los altos ejecutivos son como putas hienas.

No se trata de que haya dado por hecho que el dinero es más importante que las personas que han confiado en nosotros —que, por supuesto, también—, es la idea de que podía decidir por mí. Nadie, nunca, decide por mí.

—Supongo que me he equivocado.

—Y yo lo despediré si las viviendas de Harlem no están terminadas dos semanas antes del plazo acordado —le advierto sin dejar espacio para dudas, incorporándome de nuevo y abriendo la siguiente carpeta.

Una por rascacielos.

—Pero... —trata de intervenir conmocionado.

—No lo suponga —sentencio sin dar lugar a réplicas.

Asiente un número ridículo de veces sin saber dónde meterse y toma asiento.

—Señor Patterson —llamo al director de I+D+i, que se levanta de inmediato—, ¿cómo va el tema Scaldano?

No bajo el ritmo en ningún momento y, gracias a Dios, la reunión termina rápido.

Mientras estoy de pie, revisando las últimas actualizaciones interdepartamentales en el iPad sobre la mesa, Noel, a mi lado, se levanta con una sonrisita en los labios. Los últimos ejecutivos están saliendo y en cuestión de segundos nos quedamos solos.

—No entiendo como todavía no han aprendido —comenta burlón.

Es obvio que se refiere al incidente con Murray.

Yo deslizo el dedo por la pantalla y me centro en la nota a pie de página del documento. Nunca me han gustado ese tipo de ejecutivos

falsos y déspotas. Son unos pusilánimes prepotentes que parecen haberse escapado de una puta película de los ochenta. Mi abuelo y mi padre tampoco confiaban en ellos, solo que sabían ser más diplomáticos.

—Me hace gracia verlos cavar sus propias tumbas —añade divertido.

Yo alzo la vista para contestar, pero algo al otro lado de la pared de cristal de la sala de conferencias llama mi atención.

Thatcher está hablando precisamente con Murray y con otro ejecutivo exactamente igual que él. Eso me importaría menos que nada, pero Daisy está caminando en su dirección.

En cuanto él repara en su presencia, ella le sonríe y Thatcher le devuelve la sonrisa sorprendido pero encantado de que esté aquí. ¿De qué coño van?

Daisy se acerca, Thatcher le pide un segundo a los hombres con un gesto de mano. Aunque agudizo el oído, desde aquí es imposible escuchar su conversación. Él le pregunta algo. Ella asiente y se muerde el labio inferior sin dejar de mirarlo con una expresión divertida que la hace parecer aún más dulce. Daisy habla. Thatcher responde. Y, sin tener idea de por qué, la rabia va inundándolo todo.

—¿Qué estás mirando? —pregunta Noel confuso, con toda probabilidad ha seguido hablando y yo no lo he escuchado, siguiendo mi mirada con la suya con curiosidad.

Se despiden y parte de esa presión en mis costillas que no entiendo se esfuma, pero, entonces, ella se apoya en su hombro, se pone de puntillas y le da un beso en la mejilla a la vez que mete algo en el bolsillo de su chaqueta. Al separarse, antes de marcharse definitivamente, Daisy le sonríe y, joder, toda la planta se ilumina. Cierro los puños con un enfado monumental recorriéndome de pies a cabeza. No comprendo si ha sido por la sonrisa, el beso o ese

«algo» porque sé exactamente lo que ha sido, incluso si no hubiese podido verlo: un pósit escrito a mano con rotulador permanente negro.

Dejo escapar un resoplido mordaz y arisco.

—No me puedo creer que le haya escrito una nota —gruño.

Como antes me las escribía a mí.

Noel desvía su atención de ellos a mi favor. Thatcher, ajeno a lo que ha colado en su bolsillo, observa cómo Daisy se dirige a los ascensores y desaparece tras las puertas de metal.

—Bueno —comenta Noel todavía con ese rastro de confusión—, tú odiabas que te escribiera notas. Te quejabas de que siempre encontraba la manera de esconder alguna.

Tenso la mandíbula y, sin que pueda controlarlo, mi mente viaja a aquellos días. Metía mi mano en el bolsillo de mi abrigo o de mi pantalón, llegaba a mi estudio y allí estaba, en el centro de mi mesa o pegada al espejo del baño o a mi volante. Un pósit de algún color chillón con un mensaje escrito con permanente negro: «Ten un buen día», «Todo va a ir genial», «Estoy muy orgullosa de ti». Si había tenido un enfrentamiento con mi padre o me había pasado toda la noche trabajando, me prometía que el día siguiente iría mejor... y, maldita sea, funcionaba, incluso aunque no fuese lo que yo quería.

Thatcher se mete la mano en el bolsillo sin ningún motivo en especial. Cuando sus dedos rozan el papel, frunce el ceño y saca la nota.

La lee moviendo los labios e inmediatamente mira hacia el ascensor con su sonrisa haciéndose más grande al darse cuenta de que ha sido obra de Daisy. Tenso la mandíbula apretando los dientes. Suficiente.

—Claro que lo odiaba, joder —siseo obligándome a apartar la mirada, recoger la maldita *tablet* y largarme de una puta vez.

Entro en mi despacho de un humor de perros, pero, cuando tan solo ha pasado un segundo, cabeceo aún más furioso conmigo mismo. ¿Qué coño me importa si de repente se han hecho tan amiguitos? Por mí puede escribirle todas las notas que quiera... pero, antes de que pueda controlarlo, la imagen de Daisy metiendo la nota en el bolsillo de Thatcher como si fuera una carterista profesional de las buenas intenciones aparece en mi mente.

—Déjate de estupideces —me ordeno obligándome a sentarme a la mesa y seguir trabajando.

Tengo mucho que hacer, así que consigo dejar de pensar relativamente rápido.

—Debra —llamo a mi secretaria por el intercomunicador digital de mi escritorio.

Espero un segundo, dos, nunca he sido un hombre paciente, pero entonces recuerdo que ha bajado a comer. Miro el reloj. La documentación que necesito no puede esperar. Descuelgo el teléfono y llamo a Noel.

—Quiero las partidas presupuestarias para los complejos hoteleros de la costa oeste —le ordeno.

—Tío, estoy comiendo —responde. Yo me paso la mano por el pelo. Tiene razón, ha venido hace veinte minutos para pedirme que lo acompañara y se ha pasado otros diez tratando de convencerme cuando le he dicho que no—. No todos podemos alimentarnos de almas humanas como tú.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Cuánto piensas tardar?

—Lo que ordene el sindicato.

—Eres directivo de esta empresa —le recuerdo frunciendo el ceño.

—Pero también trabajo en ella —se defiende.

No va a salir nada bueno de esta conversación. Me separo el teléfono de la oreja.

—Aunque no te lo merezcas, te quiero —le oigo decir justo antes de colgar.

Vale. Sigo necesitando esos documentos y no pienso esperar. Salgo de mi despacho y cruzo la planta en dirección al de Noel. Casi todos han bajado a comer y los pocos que quedan por aquí están muy concentrados intentando terminar lo que sea que estén haciendo para poder ir al gastropub.

Estoy a punto de llegar al Departamento de Producción cuando el despacho de Thatcher entra en mi campo de visión. La puerta está abierta, lo que significa que no está. Paso por delante, miro hacia el interior. Se ha dejado la chaqueta en el respaldo de la silla.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, me cuelo dentro, cojo la chaqueta, rebusco un poco y ahí está, en el bolsillo interior: la nota de Daisy. Aprieto los dientes. No va a casarse con él. No debería molestarse en tener estos detalles.

La giro entre mis manos y leo el mensaje.

Que tengas un día increíble y muchas gracias por lo de ayer.

Frunzo el ceño. ¿Qué es lo de ayer? ¿A qué coño se refiere?

Me guardo la nota en mi bolsillo y salgo del despacho. Ahora estoy de peor humor que antes.

Cojo lo que necesito de la oficina de Noel y regreso a la mía. Ayer Daisy estuvo en Catskills. La rabia que nunca se ha ido del todo vuelve dispuesta a arrasar puentes y ciudades. Es cierto que discutimos, pero ¿qué demonios tiene que ver con él? ¿Acaso ahora se está dedicando a ir de héroe y la consoló? Pero eso significaría que ella lo buscó.

Resoplo irónico y cabreado a la vez que niego con la cabeza. ¿Se trata de eso? ¿Se está dedicando a ir tras él para contarle lo que le pasa?

—Y seguro que él está más que feliz escuchándola y mimándola —gruño entre dientes.

Y, otra vez, ¿a mí qué coño me importa? Nada. Menos que eso. Si es lo que quieren, que se lo cuenten todo, joder.

Abro la carpeta de malos modos y vuelvo a meterme de lleno en el trabajo. No han pasado ni diez minutos cuando mi teléfono suena con un mensaje.

> Kristov está dando problemas de nuevo. ¿Lo de siempre?

Es Dallas.

Pienso en esa escoria y es como si una vocecita dentro de mí me dijera que ya hemos encontrado cómo canalizar toda esta ira. No voy a negarlo, suena francamente bien, pero si algo me enseñó mi abuelo es que mezclar el mundo de arriba y el de abajo es un error y, llevarte tus problemas personales a cualquiera de los dos, uno aún más grande.

Contesto.

> Lo de siempre.

No me preocupa que hablemos por teléfono o nos mandemos mensajes. Me he asegurado de que mi teléfono y los de Dallas y Noel sean inaccesibles. Ni los de Seguridad Nacional podrían pincharlos o *hackearlos*.

Justo en ese momento, la puerta se abre de golpe y veo un torbellino rubio hecho una furia entrar y plantarse en el centro de mi despacho.

—¿Qué demonios pasa contigo? —protesta beligerante cerrando los puños con rabia junto a sus costados y asesinándome con la mirada.

«Genial», farfullo molesto para mí. Es Daisy.

Clava sus ojos en mí, demostrándome lo enfadada que está, y yo le mantengo la mirada sin ningún problema al tiempo que me dejo caer en mi sillón de ejecutivo y una media sonrisa burlona y arrogante se cuelga de mis labios.

—No tengo ni la más remota idea de a qué te refieres —miento con toda la alevosía del mundo. Sé perfectamente lo que he hecho.

—¡El señor Blaine no tiene culpa de nada! ¡No se merece lo que le has hecho! —estalla.

Ahí tiene razón, no voy a negarlo, ha sido un daño colateral necesario y, sobre todo, muy medido. Me he asegurado de que Neil no pueda hacer nada contra Blaine, lo tengo absolutamente cubierto, pero, lo avisé, eso no significa que no vaya a usarlo a mi favor. Por eso Meyer y dos de mis hombres han ido a su oficina. Nada que paciencia y una tarde de trabajo no puedan arreglar. Sé perfectamente hasta dónde puedo llegar.

—¡Le has destrozado la oficina! —me tira a la cara.

Yo finjo meditar sus palabras.

—La he redecorado un poco —la corrijo malicioso moviendo suavemente la cabeza.

Daisy murmura algo entre dientes y, antes de poder pensarlo dos veces, coge lo primero que ve en mi mesa, una réplica en miniatura de *El toro de Wall Street*, y me lo lanza a la cabeza.

19

Daisy

Christian se agacha al tiempo que se cubre la cabeza con el antebrazo y la figura se estrella contra el sillón y cae al suelo, haciéndose añicos. ¡Malditos reflejos!

—¡¿Es que ni siquiera te importa?! —le grito sin poder aguantármelo, con mi enfado escalando más y más mientras él rodea el escritorio y se coloca frente a mí.

¡Soy consciente de todo eso de mantener la calma! ¡De no perder la paz mental por quien no lo merece! ¡Pero es que se ha pasado de la maldita raya!

¡Es un desalmado! Y ni siquiera sé para qué pregunto, ¡porque es obvio que no le preocupa lo más mínimo! Christian Hale siempre consigue lo que quiere y le da exactamente igual cómo afecte a los demás. Es despreciable, es...

—Lo he hecho por ti —sentencia.

Yo lo miro un segundo —ahora, sin la mesa de por medio, estamos mucho más cerca— y al siguiente suelto una carcajada incrédula y malhumorada.

—Primero —digo enseñándole el índice—, tú eres incapaz de hacer nada por mí, y segundo —añado sumando un dedo más—, ¿puedes explicarme en qué momento, que arrases el lugar en el que trabajo, me beneficia? Podría entenderlo si trabajara aquí.

—¿Quieres trabajar aquí? —plantea riéndose otra vez de mí.

—Quiero quemar tu despacho con gasolina para mecheros y un Zippo reluciente —contraataco sin una pizca de diversión en mi expresión.

Sé que piensa que solo soy una cría y sé que cree conocerme, pero no podría estar más equivocado.

Seguimos con nuestras miradas entrelazadas, los dos enfadados, aunque, francamente, no entiendo por qué él lo está. ¡¿Qué demonios le pasa?! ¡Ni siquiera entiendo cómo pude estar tan enamorada de él! ¡Es un bastardo!

—Lo he hecho porque quería que vieras por ti misma que, si yo quiero hacer algo contra Blaine, Thatcher no podrá protegerlo.

¿Qué?

Abro la boca, pero las palabras se niegan a salir. No sé qué estoy, si más alucinada o más indignada... Es que no puede ser verdad.

—Muchas gracias por este escarmiento, de corazón —le aseguro toda ironía, llevándome la mano al pecho para corroborar mi actuación—. ¿De qué vas? —continúo demasiado irritada, dando un paso en su dirección—. Yo ya no soy nada tuyo. No tienes ningún derecho a inmiscuirte en mi vida ni a pensar que, de la manera que sea, vas a influir en mis decisiones —voy levantando la voz mientras me echo adelante con los puños cerrados presa de una furia termonuclear y casi infinita.

—Tienes razón —replica—. Tengo que quedarme aquí a ver los numeritos patéticos que montas con Thatcher. ¿Una nota? ¿En serio? —plantea igual de malhumorado que yo.

Su comentario me pilla fuera de juego y necesito un segundo para entender a qué se refiere.

—Le dejé una nota, ¿y qué?

Sí, lo hice y, sí, sigue sin ser su maldito problema.

De pronto parece caer en la cuenta de algo y sonríe lleno de chulería.

—¿Quieres ponerme celoso? —inquiere con una mezcla de diversión, satisfacción y juraría que ¿alivio?

No entiendo nada.

—¿De qué estás hablando? —pregunto frunciendo el ceño.

Christian da el último paso que nos separa. Su aspecto, su olor, su seguridad, todo desempeña un papel y mi cuerpo se despierta de golpe. Sin embargo, mi sentido común, lo que quiero, también lo hace y mantengo a raya ese pequeño brote revolucionario.

—De que dejes de hacer esas estupideces para ponerme celoso —me advierte—. No va a funcionar.

Acabáramos... ¿Quién se cree que es?

—¿Quién te dice que lo hago por eso? —vuelvo a la carga aún más enfadada que antes. ¡Es el colmo!

—¿Y por qué ibas a hacerlo si no? —contraataca él—. Hacer con Thatcher algo que antes hacías conmigo donde sabes que voy a verte.

—Si no recuerdo mal, tú odiabas que te dejara notas. —Odiaba todo lo que tenía que ver conmigo—. Las tirabas todas.

Christian me mantiene la mirada y siento cómo tensa la mandíbula, cómo el odio brilla en sus ojos verdes endureciéndolos, pero algo me indica que no tiene que ver con esta conversación, o quizá sí, pero no con estas palabras.

—¿Y qué pretendías que hiciera? —replica despiadado—. ¿Que las guardara como si fueran un puto tesoro? —Duele—. ¿Que les diera la misma importancia que tú? Para mí no significaban nada. —No debería doler, pero lo hace.

Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Sin quererlo, recuerdo aquellos momentos, un fogonazo en el centro de

mi mente. Yo solo deseaba hacerlo sentir mejor cuando tenía un día duro o simplemente hacerlo sonreír, pero él las veía como una estupidez y una pérdida de tiempo. No les daba valor porque nunca me lo dio a mí.

—¿Ves? —planteo luchando por aguantar el tirón, esforzándome en que mi voz no refleje la punzada de tristeza que estoy sintiendo —. Por eso he tenido que encontrar a alguien que las merezca. Tú no estabas a la altura —le escupo mirándolo a los ojos.

Christian traga saliva con su cuerpo tensándose más y más. El odio y el amor son igual de complicados, igual de demoledores; ambos te pueden servir para sobrevivir, pero lo peor es que, incluso cuando ya no debería haber ni rastro de ellos, siguen brillando, como brasas. Da igual que no quieras sentir nada por esa persona. Ni él ni yo la queremos, pero en contra de nuestra voluntad sigue habiendo una conexión que nos une, como si, quien fuese el encargado de apagarla cuando la relación estalló por los aires, hubiese pensado que sería divertido dejar ese camino entre los dos para llegar al otro. Odio ese condenado vínculo con todas mis fuerzas, odio que siga existiendo y sé que él siente exactamente igual.

—Tú no eres el centro de mi mundo, Christian —le dejo claro, obligándome a sonar calmada. No estoy hablando desde la rabia ni desde el rencor, aunque tenga mucho de las dos cosas y muy profundo. Simplemente, estoy poniendo sobre la mesa lo que siento, y puede gustarle o no, me da igual—. Le di una nota a Thatcher porque quise hacerlo y no voy a cambiar de opinión respecto a la boda.

Y el problema hoy, claramente, ha sido mío por venir hasta su oficina a tirarle en cara lo que ha hecho cuando tendría que haber

sabido que no significaría nada para él porque para eso tendría que tener conciencia.

Sin dudarlo ni añadir una sola palabra más, giro sobre mis talones y voy hacia la puerta.

—Sigo siendo el centro de tu mundo.

No lo dice, lo sentencia, con el odio y la seguridad inundándolo de pies a cabeza.

Por un momento me quedo clavada en el suelo y, como antes, es el odio, esa conexión que sigue brillando entre nosotros, el dolor, ¡la rabia!

Me vuelvo y lo miro a los ojos otra vez porque quiero que tenga cristalino que no hay ni un solo deje de duda en mí.

—Hace cuatro años habría hecho cualquier cosa por ti —le doy la razón, porque, maldita sea, la tiene—, pero ahora, cada vez que te miro, solo veo a un hombre despreciable al que quiero tener lejos el resto de mi vida.

—¿Pues entonces qué coño haces aquí? —sisea con la voz ronca e intimidante—. ¡Lárgate!

—¡Deja al señor Blaine en paz!

¡No pienso permitir que le haga daño!

—Haré lo que tenga que hacer cuando deba hacerlo —responde sin arrepentirse ni siquiera un poco.

¡Dios, no lo soporto!

—¡No! —asevero—. No pienso dejar que vuelvas a molestarlo.

—¿Y cómo piensas conseguirlo? No vas a casarte con Thatcher. —El rastro burlón de la primera frase desaparece por completo con la segunda mientras da un paso hacia mí.

—Haré lo que haga falta —contesto sin vacilar. ¡Ni siquiera puedo pensar, solo siento rabia!—, y con Thatcher voy a casarme porque es lo que quiero.

Me doy media vuelta para marcharme, pero Christian me agarra del brazo, me obliga a girarme a la vez que tira de mí y, cogiendo mi cara entre sus manos, me besa con ímpetu. No empieza suave, es salvaje desde el primer segundo en que sus labios tocan los míos.

Al principio mi mente se queda en blanco, pero de pronto todas las sirenas, las buenas, las malas, las que dan tanto miedo que asusta, se encienden. Lo aparto de un empujón con todas mis fuerzas y, en cuanto estamos separados, le cruzo la cara de un bofetón.

—No vuelvas a hacerlo nunca —lo advierto apuntándolo con el índice.

Suelta una risa breve y arisca entremezclada con un resoplido.

—Voy a tocarte cada puta vez que quiera —me advierte él, comiéndose la distancia que nos separa—, como quiera —el corazón me late como un loco—, y voy a llegar hasta donde quiera.

Mi pecho cada vez se hincha y se vacía más y más deprisa por la rabia, por el odio, pero, aunque lo deteste, también porque esté así de cerca.

—No puedes huir de mí.

Su voz sabe a tortura. Me pierdo en sus ojos verdes y no debería. Se inclina sobre mí. Su respiración es pesada, la mía ya es un caos. Va a volver a besarme, pero yo levanto la mano para darle otra bofetada.

Sin embargo, antes de que llegue a tocar su piel, me agarra la muñeca impidiéndomelo. Yo resoplo frustrada. Me obliga a bajar la mano. Sus dedos se vuelven más posesivos y yo lo odio más a cada segundo. Trato de soltarme. Forcejeamos. Me coge del cuello y sin que pueda impedirlo vuelve a besarme, aún más salvaje que antes, como si el desafío fuese mayor, como si la tortura lo fuera también.

Algo estalla en mi interior, dos realidades luchando a brazo partido por tomar el control, pero me niego a que gane el deseo y le muerdo el labio con fuerza hasta notar el sabor metálico de la sangre en la punta de la lengua.

Christian me suelta a regañadientes. Mirándonos a los ojos, se limpia la boca con el reverso de su mano, sin domesticar, peligroso hasta decir basta. Solo se oyen nuestras respiraciones jadeantes en mitad de este enorme despacho.

No me ha besado por deseo, lo ha hecho por rencor y me da igual porque es lo único que siento por él.

Irradiando hostilidad, paso por su lado y salgo de la estancia sin volver a mirarlo.

Camino cada vez más rápido hasta que echo a correr. Solo me ha besado para demostrar que tenía razón. Los ojos se me llenan de lágrimas de pura rabia, impotencia y, para qué negarlo, tristeza. Solo está jugando conmigo, solo soy una maldita pieza más.

Lo odio. Más que nunca. Siempre.

20

Christian

El corazón me late como un loco contra las putas costillas mientras la veo alejarse. La he besado porque no va a casarse con Thatcher. No pienso permitirlo.

Cuando me ha dicho que esa estúpida boda era lo que quería, la rabia se ha asentado dentro de mí hasta casi impedirme respirar y, cuando la he visto girarse, la decisión ya estaba tomada.

La odio.

No voy a permitir que nadie se quede con mi empresa, ni un puto inversor misterioso ni Thatcher Bolton, y mucho menos consentiré que ninguna de esas cosas pase por culpa de Daisy.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me doy la vuelta para volver a mi escritorio. La nota que escribió para él me quema en el bolsillo. Me la saco malhumorado justo antes de sentarme en mi sillón. Tiro de la manilla de uno de los cajones de mi mesa y dejo caer el pósit junto a todos los demás. Todos los que me escribió Daisy.

21

Daisy

El despertador suena y lo apago de un manotazo. Sin embargo, por mucho que una parte de mí quiera seguir durmiendo solo para demostrarme a mí misma que no ha pasado nada que me haya quitado el sueño, otra parte sabe que ese barco zarpó hace mucho.

¿Por qué demonios tuvo que besarme...? Sin embargo, antes de embarcarme en otra «interesante» sesión de «¿Por qué ese bastardo malnacido se comporta así?», corto de raíz, respiro hondo y dejo que mis aliadas indiferencia y calma tomen el control. Cuesta, pero lo consigo. Me besó para demostrarme que me odiaba, ¿no? Pues yo lo odio a él. No hay nada que pensar. Las posiciones están claras.

Me levanto, me ducho, me preparo el desayuno y corro por la 14 Este para llegar a tiempo a la estación de Union Square.

—Pitas porque eres una agente de la CIA a la que enviaron a la colonia de Marte para evitar la revolución —me dice Mei muy seria apuntándome con la pala detectora de metales—, pero, una vez que conociste al líder, simpatizaste con la causa y te uniste a ellos. Justo antes de que el Gobierno te atrapara, sabiendo que iban a borrarte la memoria, te implantaste un chip en el cerebro para, en el momento adecuado, recordarlo todo y salvar a la colonia de la esclavitud moderna impuesta por Cohaagen.

Yo abro mucho la boca completamente alucinada.

—Entonces, todo lo que estoy viviendo ahora son recuerdos falsos implantados en mi cabeza por la empresa Memory Call.

—Exacto —afirma asintiendo.

Yo frunzo el ceño.

—Y si lo que estoy viviendo ahora es un sueño, ¿por qué no estoy casada con Tom Hardy?

—Porque siempre has querido que lo vuestro sea real. Él es el líder de la revolución —añade solemne.

Yo me llevo las manos al pecho feliz de que el amor de mi vida me esté esperando... y en ese mismo segundo las dos nos echamos a reír.

—Tú también viste *Desafío total* ayer cuando la pasaron en la NBC —comenta Mei.

—Cada vez que la echan —contesto orgullosa, colocándome mi bolso cruzado y recogiendo mi chaqueta vaquera—. No me la pierdo ni una vez —sentencio ya caminando hacia la oficina del señor Blaine —. Nos vemos después —me despido.

—Nos vemos.

En cuanto accedo a la oficina, me pongo manos a la obra. Hay mucho trabajo que hacer.

—Buenos días, Daisy —me saluda el señor Blaine entrando; lleva una llave inglesa en la mano y la cara un poco manchada de grasa. Debe de estar ayudando a los chicos a reparar el barco de la señora Abruzzo.

—Buenos días, jefe.

Estoy revisando algunas facturas cuando mi móvil suena. Miro la pantalla. Es Thatcher.

—Hola, prometido —lo saludo al descolgar, y me llega la risa de Thatcher desde el otro lado.

En cuanto me oye, el señor Blaine se olvida de sus herramientas y se gira hacia mí. Yo aprieto los labios sin saber qué decir, como si acabasen de pillarme haciendo alguna trastada, y acabo moviendo una mano para restarle importancia mientras tapo el auricular con la otra.

—Es una historia muy larga —le explico casi en un susurro.

Él asiente, pero no parece muy convencido. Estoy segura de que, en cuanto vuelva al barco, pedirá explicaciones a los chicos.

—Tengo algo que proponerte.

Yo asiento, pero al darme cuenta de que no puede verme respondo.

—Soy toda oídos.

—Tu cumpleaños es la semana que viene, ¿verdad?

—Sí, el 26 —concreto.

—¿Qué te parece si te organizo una fiesta para celebrarlo, este sábado?

—¿Quieres decir mañana? —pregunto sorprendida.

Me encanta el día de mi cumpleaños, incluso de cría, en los peores momentos, siempre conseguía que fuese un día especial, aunque tuviese que hacerlo yo misma... hasta que Debbie irrumpió en mi vida y se tomó como algo muy personal que cada día de mi cumpleaños fuese épico. Hacía lo mismo con Dave. Es curioso, pero, cada vez que nosotros hemos intentado celebrar el suyo, de la manera que sea, ella se ha enfadado muchísimo. Ni siquiera le gusta que lo recordemos.

—Sí —responde Thatcher—. Sé que es un poco precipitado, pero no tenemos mucho tiempo para anunciar el compromiso y he pensado que sería una buena idea que los Bolton, como familia, te organizásemos una fiesta. No me mates por lo que voy a decir —se

disculpa por adelantado—, pero sería algo así como tu presentación en sociedad como futura señora Bolton.

—¿Y puedo hacer una entrada normal? ¿O tengo que hacerlo con velo montada en un caballo mientras tu mayordomo vestido de gala me pasea delante de toda la corte? —planteo conteniendo una sonrisa.

En realidad lo entiendo y no me supone ningún problema, pero quiero ver cómo sale de esta.

—No se trata de eso, Daisy —responde veloz—. Es... es...

No tiene ni idea de cómo seguir la conversación y yo ya no puedo más y rompo a reír.

—Te estaba tomando el pelo —confieso.

—Muy graciosa.

—Siempre me esfuerzo —replico.

Guardo la carpeta de las facturas y abro la de los albaranes.

—Entonces, fiesta de gala, el sábado, en la casa familiar de los Bolton. —Frunzo el ceño al caer en la cuenta de algo—. ¿Dónde está?

—En Astoria, pero no se celebrará allí.

—¿En un hotel?

Me encantaría que fuera en el Four Seasons. Voy a decir que es mi hotel favorito, pero realmente nunca he estado allí. Me quedo muy quieta al recordar que nunca he estado en un hotel... ¿Es raro?

—No —me saca Thatcher de mi ensoñación—. El Departamento de Imagen y Relaciones Públicas de la empresa ha pensado que lo mejor, de cara a limar posibles asperezas con todo eso de que la exseñora Hale pronto va a ser una Bolton, es que la celebremos en la mansión de los Hale.

¿En Catskills? Inflo las mejillas tratando de controlar la situación. Preferiría que fuera en cualquier otro lugar, pero también entiendo

por qué quieren que se haga allí. ¿Me gusta? No. ¿Puedo tolerarlo? Supongo que sí. Llegar, sonreír, saludar y convencer a Thatcher para que nos vayamos a comer tarta con helado en cuanto tenga la oportunidad.

—Si creéis que es lo mejor, me apunto.

—Gracias.

Sin embargo, a mi cerebro, que en esta conversación está empeñado en fijarse en pequeños detalles que me llevan a revelaciones pseudomísticas, le surge una duda.

—¿Qué habría pasado si hubiese dicho que no estaba dispuesta a ir a casa de los Hale? —indago.

Thatcher no dice nada durante largos segundos hasta que finalmente resopla.

—La verdad es que no lo sé —admite.

—Al menos, eres sincero.

Pero, la verdad, no era la respuesta que me habría gustado oír.

—He pedido que escojan una selección de vestidos. Les harán fotos y vídeos y te los enviarán a tu teléfono. Elige el que más te guste.

Thatcher no especifica quién lo hará ni de dónde saldrá la ropa porque no lo necesita. Uno de los muchísimos ámbitos en los que la Empresa tiene peso y poder es el mundo de la moda, no en vano tienen varias marcas tanto de alta costura como de *prêt-à-porter*, además de participaciones en compañías de lo más urbanas, como TopShop o Kontoor Brands, esta última propietaria de Lee o Wrangler, la favorita de los vaqueros, como hemos aprendido viendo *Yellowstone*. Por si todo esto no fuera suficiente, recientemente han adquirido Pierre Cardin.

—Lo llevarán mañana por la tarde a mi despacho. Ven y pruébatelo y después podemos ir a tomar algo.

Tuerzo el gesto.

—Te lo agradezco e iré a probármelo, pero mañana por la tarde tengo planes con Debbie.

—Sin problemas. —No lo veo, pero sé que está sonriendo—. Mándame un mensaje cuando estés viniendo para acá.

—Cuenta con ello.

Nos despedimos y cuelgo... Y menos mal, porque algo así como quince segundos después la oficina se llena con todos, repito todos, mis compañeros de trabajo más el señor Blaine.

—¿Qué es eso de que vas a casarte? —prácticamente grita Hank —. No lo conocemos. Queremos conocerlo y hacerle muchas preguntas.

—Y más le vale contestar lo que tiene que contestar —añade Adonis, y todos gruñen en consecuencia.

Esto es lo que pasa cuando eres la única chica del curro y acabas pasando en él el suficiente tiempo: de repente tienes otro padre y cinco hermanos mayores sobreprotectores.

—Vale, en primer lugar, relajaos —les pido alzando suavemente las manos—. Es cierto que voy a casarme, pero no es un matrimonio de verdad, es por algo relacionado con las acciones que me dejó mi abuelo.

Todos me miran entre suspicaces, desconfiados o suspicaces y desconfiados.

—¿Y con quién te casas? —insiste Halid.

—¿No será el tío guapo con pinta de billonario que vino a verte el otro día? —interviene Tim.

Hago memoria, pero en realidad no lo necesito. Se refiere a Christian. Abro la boca, pero no sé qué decir, ese no es mi futuro marido, es mi ex. Los chicos no saben gran cosa de lo que pasó, pero tienen algunas nociones básicas. Al principio de trabajar aquí

todavía era un tema que me ponía muy triste, así que, inevitablemente, alguna vez me encontraron baja de ánimos y preguntaron y, por muy poco que quise contar, algo tuve que explicar... ¡Sabía que el que Christian viniera aquí me traería problemas!

Le lanzo a Dave una mirada de lo más significativa, traducción exacta de «Sácame de esta», pero él me devuelve una a medio camino entre «Es que me lo estoy pasando muy bien» y «A mí tampoco me convence esta boda. Yo también quiero tenerlo controlado».

—¿Cómo se llama? —pregunta el señor Blaine.

—Thatcher.

Me cuesta una media hora convencerlos de que lo tengo todo bajo control y otros diez minutos que no monten un equipo para esperar a Thatcher a la salida de la Empresa y traerlo hasta aquí a hacerle un par de preguntas, pero al final consigo que me escuchen.

* * *

A las cinco del día siguiente salgo de la oficina y cruzo el puerto hasta la caseta de seguridad donde Debbie está hablando con Mei. Nos despedimos de la guardia y recorremos seis manzanas hasta la parada frente al ayuntamiento para pillar la línea cinco en dirección norte.

—Me encanta que vayas a celebrar tu cumpleaños dos veces —comenta Debbie mientras entramos en el 499 de Park Avenue, el cuartel general de la Hale Corporation—. Es muy de la alta aristocracia.

Sonrío.

—No es por no tener dos fiestas —empiezo a decir alargando las últimas letras de la última palabra—, pero sigo pensando que podríais venir también a la de los Bolton.

Ella tuerce los labios divertida.

—Si necesitas apoyo emocional, que te cuenten chistes malos o que nos colemos en los aposentos del señor Christian Hale —pronuncia grandilocuente— y le quememos el chiringuito, iremos encantados, pero, si no, es un «Gracias, pero no, gracias». Son demasiado pijos.

Las dos sonreímos. No le falta razón.

Nos identificamos en el mostrador de seguridad, cogemos el ascensor y subimos hasta la planta cuarenta y ocho.

—Hola, Margaret —saludo a la secretaria de Thatcher.

—Hola, Daisy —responde con una sonrisa—. Siento decirle que el señor Bolton ha tenido que marcharse a una reunión urgente.

—Vaya —suelto justo tras hacer un mohín—, ¿sabe cuándo volverá?

—No ha dicho nada, pero me temo que ese tipo de reuniones suelen ser bastante largas —contesta con empatía.

Yo miro mi reloj de pulsera y rápidamente a Debbie. No quiero obligarla a estar atrapada conmigo durante horas aquí, a lo que tenemos que sumar la idea de que pasar un minuto de más en este edificio tampoco es mi mayor ilusión.

—Quizá usted pueda ayudarme, Margaret —le digo.

A diferencia de las recepcionistas de planta, Debra o Margaret siempre han sido muy amables conmigo. Supongo que tiene algo que ver con el hecho de que las primeras, absolutamente siempre —ni siquiera me guardo el uno por ciento científico de «Por si acaso» que ellos llaman de una manera mucho más inteligente—, le han hecho ojitos a Christian.

—En lo que necesite, Daisy —responde con una sonrisa.

Yo le devuelvo el gesto a modo de agradecimiento.

—Verá, he venido porque tenía que recoger mi vestido para la fiesta de mañana. Thatcher me explicó que haría que lo mandaran a su despacho. ¿Podría decirme si ha llegado ya?

—Me temo que no hemos recibido ningún paquete. —Tan pronto como termina la frase, levanta el dedo para indicarme que espere un segundo—. ¿Sabe desde qué atelier iban a mandarlo?

—Pierre Cardin.

Ella asiente, descuelga el teléfono fijo de su mesa y marca un número. Tiene una discreta conversación y, tras un par de minutos y varias llamadas más, cuelga definitivamente. Parece preocupada y automáticamente eso me hace fruncir suavemente el ceño.

—En el atelier me han confirmado que enviaron su vestido y el de la señora Hale —Gillian, qué bien—, pero me temo que los han dejado los dos en el Departamento de Imagen y Relaciones Públicas —de donde mi queridísima excuñada es directora—. He pedido que le traigan el suyo, pero me han indicado que ha habido algún tipo de problema y será mejor que vaya usted misma.

Tan pronto como oímos las palabras de Margaret, Debbie y yo nos miramos confusas pero con un punto de cautela. Nunca está de más tenerla cuando estás nadando en un tanque lleno de tiburones. ¿Qué demonios está pasando?

—Gracias, Margaret —digo a modo despedida.

—Siento no haber podido serle de más ayuda.

—No se preocupe —la tranquilizo con una sonrisa—. Está todo bien.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Debbie en cuanto salimos de la antesala del despacho de Thatcher.

Yo tuerzo los labios a la vez que me llevo las manos a las caderas, pensando, pero la verdad es que no hay mucha alternativa y, en realidad, tampoco me supone un problema. Quiero decir, ¿ver a Gillian es una situación que intento evitar? Por supuesto. ¿Va a impedirme hacer mi vida normal de la manera que sea? Me niego.

—No necesitamos ningún plan —contesto resuelta—. Vamos, salvamos mi vestido de la bruja malvada y nos largamos a The Burrow —nuestro bar favorito—, como teníamos previsto.

Debbie asiente con una sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti —se ríe, un poquito, mi amiga de mí.

—Por eso vas a pagar tú las cervezas —replico entrecerrando los ojos.

Las dos sonreímos y Debbie me sigue hasta el castillo de la mala de Blancanieves, quiero decir, el Departamento de Imagen y Relaciones Públicas.

Resumiendo: nos preguntan en qué pueden ayudarnos, respondemos, nos miran mal, Debbie me mira poniendo una de las caras de Robert Downey Jr. en los memes y yo me aguanto la risa por no echar más leña al fuego.

Por fin, aparece un chico llamado Paul y nos lleva hasta una pequeña sala de descanso.

Sonrío al ver la caja con la firma de Pierre Cardin serigrafiada en un precioso dorado.

—Ábrelo —me pide Debbie empujándome impaciente—. Me muero por verlo.

Yo sonrío, dejándome hacer. Muevo la caja sobre la mesa para tenerla de frente y la abro. Sin embargo, solo necesito verlo un segundo para saber, sin asomo de dudas, que ese no es mi vestido.

—Creo que debe de haber habido algún tipo de error.

En ese preciso instante oímos alboroto fuera, como si todo el mundo estuviera cuadrándose y dando paso al comandante supremo de un ejército.

—Eso me temo, señorita Messina —contesta el chico visiblemente apurado—. Su vestido llegó junto al de la señora Hale y, cuando su asistente vino a recogerlo hace unas horas, confundió los paquetes.

22

Daisy

Yo me contengo para no poner los ojos en blanco. ¿Cómo no?

—¿Dónde está? —oímos una voz preguntar a lo lejos. Desgraciadamente, no necesito más para distinguir a quién pertenece. Es Christian.

—¿Y dónde está el problema? —interviene Debbie—. Que su asistente traiga el traje de Dais y se lleve el otro.

Paul niega con la cabeza.

—Lo hemos intentado, pero...

Christian irrumpe en la pequeña sala de descanso en ese preciso momento. Con una sola mirada se queda con el ambiente y yo tengo que aguantarme una sonrisa porque parece demasiado grande e importante para una habitación como esta.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

Intenta disimularlo, y con toda probabilidad nadie más sería capaz de verlo, pero yo sí me he dado cuenta de cómo ha fruncido levemente el ceño. No voy a negar que lo entienda. Jamás habría elegido estar en este lugar.

Nos quedamos mirándonos, pero me niego a dirigirle la palabra. Todavía sigo demasiado enfadada con él. Ayer se pasó muchísimo.

Noel también entra en la habitación, como si hubiese estado con Christian cuando se ha enterado de que estaba aquí pero no hubiera conseguido seguirle el ritmo. Una estupidez de hipótesis, ¿verdad?

—Hola, Dais —me saluda con una sonrisa.

Yo se la devuelvo. Lo he echado mucho de menos.

—Hola —respondo.

—La verdad es que este era el último sitio donde esperaba encontrarte —añade sincero y burlón a partes iguales—, pero me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte.

Nuestras sonrisas se llenan de cierta melancolía, como si, a la vez, acabásemos de recordar por qué no hemos sabido nada del otro en estos cuatro años y que no ha sido lo que ninguno de los dos quería.

—Bueno, ¿alguien va a decirme qué pasa?

Su mirada vuela de Christian a mí, a Paul y a Debbie; a él debe de reconocerlo, pero, cuando sus ojos marrones se cruzan con los de mi amiga, frunce el ceño y tarda un segundo de más en apartarlos.

Como nadie abre la boca, la incomodidad es demasiado grande para Paul, que decide tomar la iniciativa.

—La señorita Messina ha venido a recoger su vestido para la fiesta de esta noche, pero el asistente de la señora Hale se lo ha llevado por error...

—Llámenlo y díganle que lo traiga —lo interrumpe Christian incapaz de entender que no lo hayan hecho ya.

—Ese es el problema —contesta nervioso—. Llamamos, pero parece ser que la costurera personal de la señora Hale ya ha empezado los arreglos para adaptárselo y con el nuevo patronaje es imposible que le sirva a la señorita Messina.

No soy Miss Dinamarca ni mucho menos, ni tengo una altura de ensueño ni curvas despampanantes. Soy de estatura media, ejem, bajita, y con un cuerpo de lo más común. Me gusta pensar que Dios me bendijo con una rapidez mental por encima de la media para compensar, aunque el otro día me quedé pillada incapaz de entender

las instrucciones para jugar al Exploding Kittens... En cualquier caso, Gillian y yo no tenemos nada que ver. Ella es más alta, más delgada y rubia, natural. Exactamente como los de Victoria's Secret se empeñaban en decirnos a todas que debíamos ser justo antes de que comprendieran por dónde podían meterse su opinión.

Un resoplido se me escapa mientras niego con la cabeza. ¿En qué universo una persona recibe un traje por error y, en vez de devolverlo, decide ajustárselo?

Sé que Christian también lo piensa porque su mirada se clava en mí, molesto con la situación y con Gillian por gestionarlo así, y tratando de encontrar una manera de solucionar todo esto.

—La señorita Bolton estaba llorando cuando ha hablado con ella —continúa Paul—. No paraba de repetir que el azul era el color favorito de su marido.

Pero cualquier posibilidad de que Christian fuese a reprender a Gillian por esto muere con las palabras de su empleado.

Sigue atrapando mi mirada, pero ahora la suya se llena con la culpa que siente y que su cuñada sabe explotar tan bien, además de rabia y frustración e impotencia, como si estuviera viviendo una batalla interna brutal.

Por un momento, mi corazón se conmueve. Al fin y al cabo, él no ha sido el responsable de que los vestidos acabaran aquí, ni de que el asistente se llevara el mío por error, ni de que Gillian sea una arpía. Resoplo, con mi parte más reivindicativa sin creerse lo que estoy a punto de hacer, pero abro la boca dispuesta a decir que no hay problema y está todo bien y yo conseguiré otro vestido...

Cuando Christian habla primero.

—Hay otro vestido, ¿no? Usa ese.

Sé que lo está diciendo para solucionar un problema, pero yo lo único que puedo ver es que está buscando tapar el desastre de

Gillian, forzándome a mí a conformarme.

Una sonrisa vacía se escapa de mis labios mientras mis ojos siguen en los suyos. Ni siquiera un «Siento lo que ha pasado, Daisy», ya no por parte de Gillian, que es quien debería disculparse y ofrecer una solución, sino por parte de nadie. Todos han decidido que la cría de Daisy tiene que bajar la cabeza, guardarse sus protestas y aceptar. Lo que, en realidad, han hecho desde que los conozco.

Paul, diligente al oír las palabras de Christian, va hasta la caja y la abre extendiendo el vestido para que todos puedan verlo. Es negro con unos gruesos tirantes y el escote en un suave corte de corazón; la tela brilla elegantemente según cómo le da la luz y, aunque es largo hasta arrastrar un poco por el suelo, en la cintura tiene un corte que hace el estómago visible.

Debbie ve lo que yo he visto nada más abrir la caja.

—No vas a ponerte eso —me asegura calmándome y, sin que nadie se percate, entrelazando nuestras manos y dándome un apretón para transmitirme tranquilidad.

La quiero muchísimo.

—No voy a ponerme ese traje —trato de explicarme, guardándome el temor que solo verlo me hace sentir—. No es el que elegí.

—Es su talla —se apresura a explicar Paul—. La costurera privada de la señora Hale también habría tenido que estilizar este.

¿Estilizar? Curiosa palabra. Vale si pasas un vestido de una treinta y ocho a una treinta y cuatro, pero no si lo pasas a una cuarenta y dos.

—¿Has oído? —me insiste Christian—. Es tu talla y del mismo diseñador.

Es mi cumpleaños. Ya sé que toda la fiesta es una especie de excusa para hacer negocios, pero me hacía ilusión llevar el vestido que elegí.

—No voy a usarlo. No es mi vestido —replico intentando no estallar.

—Soy capaz de entender eso, Daisy —contesta Christian, luchando por no perder la poca paciencia que tiene. No estoy segura de que lo esté consiguiendo—, pero no es que te estén ofreciendo un saco de arpillera a cambio.

Antes de que me dé cuenta, un resoplido breve y fugaz mezclado con una sonrisa de lo más irónica se me escapa al tiempo que niego con la cabeza.

—Y tendría que estar agradecida, ¿no?

A nuestro alrededor se está formando una burbuja que nos aísla del mundo, porque en este momento en este pedazo de tierra solo existimos nosotros dos.

—Yo no he dicho eso, joder —se apresura a responder.

—Pero es lo que estás pensando.

Estoy cansada de que me vea como la pobre huerfanita a la que tiene que cuidar para que no acabe muriéndose de hambre en la orilla de un río, y encima se sienta hastiado de tener que hacerlo. Nunca se lo pedí y ahora no lo necesito, así que por mí puede irse al infierno.

—Daisy... —ruge.

—¿Sabes qué? Me da igual. —Estoy demasiado enfadada, decepcionada de nuevo de que por una maldita vez no pueda ver mi punto de vista—. No pienso llevar ese vestido. Pueden enviárselo a la señorita Bolton —porque por mucho que obligue al servicio y a sus empleados a llamarla señora Hale, ese es su apellido; no está

casada con Caleb—, así podrá usarlo en una de las muchas galas a las que acude representando a los Hale.

—Ha sido una confusión —repite apretando los dientes, haciendo hincapié en cada sílaba, como si así fuese a quedarse grabado en nuestros cerebros, dando un paso hacia mí—. No ha habido mala intención. ¿Puedes entender eso?

Yo entrecierro los ojos llena de desdén, dando el mismo paso al frente.

—Y tú, para lo listo que eres, a veces te comportas como el tío más inocente del mundo.

No es mi problema que los árboles no le dejen ver el bosque. Le susurro un «Vámonos» a Debbie y las dos nos dirigimos hacia la puerta.

—Daisy —ruge Christian cuando paso a su lado, girándose para seguir teniéndome de frente, exhalando toda esa seguridad con él.

Pero me importa menos que nada.

—Por cierto —digo girándome, pero sin molestarme en caminar de nuevo hacia él—, el color favorito de Caleb no es el azul, es el rojo y tú también lo sabes.

En un solo instante los ojos de Christian se llenan de desconcierto, pero la sensación dura poco y se esfuma en cuanto él mismo entiende que no me he equivocado respecto a las preferencias de su hermano y lo que eso significa en realidad. Algo parecido al remordimiento se abre paso, pero otra vez me da exactamente igual.

Giro sobre mis talones y salgo definitivamente.

—Daisy —me llama haciendo lo mismo tras de mí.

Yo finjo no oírlo. Debbie y yo cruzamos el pasillo y llegamos de nuevo a la recepción del departamento. Espero que la empleada tras el mostrador no me mire mal ni una sola vez porque, ahora mismo, estoy dispuesta a olvidar lo de «No enfadarte con quien no lo

merece» y apostar más por «Voy a poner en práctica todas las llaves que he aprendido viendo las películas de la Roca».

—¿Quieres parar de una vez? —se queja Christian cogiéndome de la muñeca y obligándome a girarme.

—No me toques —le advierto soltándome.

Inmediatamente su mirada se oscurece hasta volverse casi metálica, odiando la orden que acabo de darle como ha odiado pocas cosas en su vida. Yo recuerdo cómo terminó la última discusión que mantuvimos sobre ese punto y tengo que frenarme a tiempo para no dar un instintivo paso atrás. No quiero que él lo malinterprete creyendo que es miedo cuando lo único que hay aquí es rabia.

—No quieres ponerte el vestido que eligió Gillian, está bien. Ve al atelier de Pierre Cardin, al que quieras de la empresa. Llamaré ahora mismo y les diré que escogerás lo que quieras, cualquier...

—No, gracias —contesto sin dudar interrumpiéndolo.

—¿Por qué no? —replica sin ni siquiera entenderlo—. Necesitas un vestido y yo puedo conseguírtelo, el que desees.

—No, gracias.

—Joder, Daisy —gruñe Christian pasándose la mano por el pelo, casi en el límite de su paciencia, y sé que son esos «gracias», la misma fría educación que tendría con un extraño, los que lo están poniendo más al límite—. No quieres nada que tenga que ver con Hale Corporation, bien. Toma —continúa metiéndose la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacando algo que no logro ver. No es hasta que me lo tiende que comprendo lo que es: su American Express negra—. Ve a la tienda que quieras, al diseñador que te apetezca, y compra todo lo que necesites.

Yo guardo silencio y bajo su atenta mirada me cruzo de brazos por dos motivos. El primero, emanar hostilidad, es una postura ideal

para eso, y el segundo, dejarle cristalinamente claro que no pienso aceptar nada de él, nunca más.

—No seas testadura —tiene el valor de decirme, y yo suelto un resoplido afilado y mordaz.

—No lo estoy siendo.

El problema aquí no soy yo. Lástima que él no sea capaz de verlo.

—Nada de esto es culpa mía, pero estoy intentando arreglarlo.

—No pienso aceptar nada que venga de ti. Nunca más.

No es una frase que pronuncie sin pensar ni siquiera por el calor del momento. Es la pura verdad y, aunque no debería doler, duele y eso lo sabemos los dos.

Christian traga saliva mientras la rabia se entremezcla con algo que no sé distinguir en una combinación brutal que toma sus ojos verdes. No soy tonta. Sé que esta situación lo enfada, lo frustra, pero al otro lado estoy yo. Ya me equivoqué al confiar en él y no voy a volver a darle ese poder. Jamás.

—Necesitas un puto vestido —sigue, pero algo en su voz ronca ha cambiado.

—Me las apañaré —contesto sin dudar—. No te preocupes, no avergonzaré a nadie.

—No he dicho eso y tampoco lo pienso —ruge rápido sin un solo atisbo de duda.

Recuerdo la primera vez que entré en Catskills. No podía dejar de observarla admirada. Me parecía un palacio de cuento de hadas. Yo nunca había estado en un lugar así, ni siquiera había tenido la oportunidad de verlo de cerca. Todos los años que estuve en el sistema estatal de acogida, comer era un lujo que no siempre podía tener. A mi abuelo le costó meses que dejara de hacer cosas como guardar la mitad del pan del almuerzo en mi mochila por si no conseguía otra cosa para cenar. Antes de presentarme a Christian,

Neil obligó a Evangeline, mi hermanastra, a que me llevara de compras para que dejara de parecer, palabras textuales, «tan pobre y tan del Lower East Side».

Nunca le conté nada de eso a Christian, pero había que ser muy estúpido para no darse cuenta. Era tan obvio que yo no pertenecía a un lugar así...

—¿Por qué no respiramos todos hondo y nos relajamos? —sugiere Noel dando un paso al frente cuando el silencio empieza a ser demasiado sofocante para respirar—. Antes que nada, Daisy, siento muchísimo todo este malentendido.

Yo asiento.

—Gracias, Noel —y con él no es una palabra que use para mantener las distancias, la pronuncio porque de verdad le agradezco que se haya disculpado.

En cuanto me oye, Christian clava sus ojos verdes endurecidos hasta parecer casi metálicos en mí porque también ha sido capaz de captar la diferencia y le ha enfadado todavía más, y yo vuelvo a hervir en mi propia rabia.

—Asumamos que la situación es la que es: necesitas un vestido, Dais. —Yo vuelvo a resoplar tratando de contener mi mal humor y dejo de mirar a cualquier lado, concentrada en todas las maneras en las que podría matar a Christian y no ser descubierta, y le presto mi atención, a regañadientes, a Noel—. No quieres un vestido que provenga de la empresa y es más que obvio que no vas a aceptar nada que venga de Christian.

El aludido suelta un «Joder» entre dientes incapaz de entenderlo, ¡lo que resulta casi cómico!

—¿Qué hay de esto? —exactamente como ha hecho su primo hace unos minutos, se mete la mano en el bolsillo interior de su

chaqueta y se saca una tarjeta platino del bolsillo que inmediatamente nos tiende—. Cogedla, comprad lo que necesitéis.

¿De verdad a los tíos les resulta tan difícil de entender?

No quiero nada de esta empresa, me da igual tener acciones en ella y que, literalmente, de alguna manera, también sea «mi» empresa, y tampoco quiero nada de Christian. Lo que Noel me ofrezca va a salir del mismo puñetero sitio. Así que gracias, pero no, gracias. No quiero su caridad.

Viendo que yo no la cojo, se la tiende a Debbie. Ella sonríe de oreja a oreja; él, sorprendido por su gesto, se lo devuelve. Mi amiga extiende el brazo y abre la mano para que Noel deje caer la tarjeta, pero, en cuanto lo hace, Debbie aparta la mano haciendo que acabe en el suelo.

—Oops —dice con una sonrisa llevándose esa misma mano a la boca haciéndose la inocente, pero delatándose e importándole muy poco.

Noel tuerce los labios y la mira mal mientras yo sonrío abiertamente. Esa es mi chica.

—Hora de irse —me dirijo a Debbie.

Las dos reiniciamos la marcha y salimos sin mirar atrás. Siento la mirada de Christian seguirme, calentar mi piel de una manera que ni siquiera entiendo mientras él está quieto, con las manos en las caderas y todo su cuerpo en guardia.

Me gustaría que no me afectara, pero me afecta y por eso no me doy un solo segundo para mirar atrás.

Además, ahora toca pensar qué voy a hacer. No puedo presentarme en esa fiesta con uno de mis vestidos. Da igual que sea precioso, automáticamente me convertiría en la comidilla de todos los asistentes, y no quiero ponerle las cosas difíciles a Thatcher.

—Neil trabaja aquí, ¿verdad? —pregunta Debbie agarrándome del brazo suavemente y deteniéndonos en mitad del vestíbulo de la compañía.

—Sí, claro —contesto confusa—. Es el director del Departamento de Inversiones.

Debbie sonríe, la sonrisa de los planes locos y las noches épicas.

—Sígueme, sé exactamente lo que tenemos que hacer.

Sin esperar respuesta por mi parte, gira sobre sus talones y regresa al ascensor. Yo la sigo, me coloco a su lado y las puertas se cierran. Cuando no dice planta, frunzo el ceño; ella gira la cabeza hasta que nos miramos.

—«Sígueme» era una expresión para darle fuerza a la conversación —me aclara—. No sé dónde tenemos que ir. ¿En qué planta trabaja Neil?

—En la cuarenta y ocho —contesto aún más confusa y suspicaz.

—Amigo —llama a uno de los ejecutivos junto al panel lleno de botones—, ¿nos pulsas la cuarenta y ocho?

Él asiente, sin tener muy claro si le ha gustado o no que Daisy lo haya llamado así.

Yo observo a mi amiga. Mi confianza en su plan está menguando por momentos.

—Este era el único detalle que me faltaba —me explica al darse cuenta de mis objeciones.

Las puertas suenan antes de abrirse y salimos.

—¿Cuántos regalos de cumpleaños, graduaciones y Navidad te debe Neil? —me pregunta sin que dejemos de caminar.

Lo pienso, aunque en realidad no tengo por qué, es muy fácil contar cuando no tienes nada que sumar.

—¿Y no te parece que es un gran momento para que empiece a compensarte?

Sonrío. Me encanta esta idea, pero tiene un obstáculo insalvable: mi padre.

—Neil no va a gastarse un solo céntimo en mí.

—Es que no va a saberlo —replica la mente maestra del mal.

Sonrío de nuevo.

—¿Y cómo piensas conseguirlo?

—Con este increíble encanto —responde señalándose de arriba abajo sin dudar un solo segundo.

Vamos hasta el despacho de mi padre, pero me hace esperar a unos metros. Desde mi «escondrijo», escucho cómo, con su mejor voz de niña buena, le cuenta a la secretaria de Neil que la han mandado llamar a la sala de reuniones de la planta treinta y siete. Todo lo que tiene que hacer para disipar cualquier resquemor de la mujer es mencionar que «el señor Hale parecía muy enfadado». La sombra de Christian es muy alargada por estos lares y todos saben que *a)* no tolera la incompetencia, y *b)* es mejor no cabrearlo.

—No te preocupes, irá todo bien —la anima—. Por cierto, soy Tania.

—Meg —contesta la mujer inquieta antes de marcharse flechada a los ascensores.

—Gracias —responde mi amiga con una sonrisa, asegurándose de que ya no puede oírla.

Las dos observamos cómo la puerta de los ascensores se cierra con ella dentro y me uno a Debbie en la antesala del despacho de Neil. Ella rodea la mesa de su secretaria y descuelga el teléfono fijo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

Debbie me chista muy concentrada.

—¿Cuál es el número de la centralita? —demanda a cambio.

—¿Te crees que estamos en una película de Rock Hudson? —replico frunciendo el ceño.

Ella mece la cabeza de lado a lado por mi falta de cooperación.

—¿Recepción central?

Me encojo de hombros.

—Ni idea. ¿El cero?

Prueba. Espera. Nada.

—En los hoteles siempre es el nueve.

Prueba. Espera. ¡Bingo!

—Pasadme con el atelier de Pierre Cardin, de parte del señor Moore —dice Debbie con seguridad.

Imagino que comprueban el teléfono desde el que se realiza la llamada y le dan curso. Menos de un minuto después los tenemos al otro lado de la línea telefónica.

—Llamaba para informar de que la hija del señor Moore pasará esta tarde por su atelier para elegir un vestido de gala. La acompañará su estilista personal. Cualquier compra que efectúe, cárguenla a la cuenta del señor Moore.

—Por supuesto. ¿La señorita Moore tiene alguna preferencia?

—Que sea extraordinario, debe ser el centro de atención de la celebración y, por favor, que sea de color rojo.

Nos miramos y sonreímos, recordando lo que ha pasado en el Departamento de Imagen y Relaciones Públicas y la excusa de mala de telenovela manipuladora de Gillian. Ese sí que es el color favorito de Caleb.

Debbie cuelga y me mira con un brillo de orgullosa satisfacción en su mirada.

—Me encanta que los planes salgan bien —sentencia imitando al líder del Equipo A— y que los malos empiecen a pagar, todavía más.

—Hannibal estaría completamente de acuerdo —le sigo la broma.

Nos marchamos, pillamos el metro en la 57 con la Tercera y veinte minutos después estamos en el atelier de Pierre Cardin, el diseñador

que inventó la modernidad, en el Upper East Side. Debbie se hace pasar por mi estilista y entre las dos, sabiamente aconsejadas por la encargada, elegimos un vestido increíble, rojo, por supuesto, y con unos Manolo de ensueño a juego.

23

Christian

Un día, con quince años, Caleb tuvo la que él llamó «la mejor idea de su vida». Fuimos hasta la ciudad, compramos lo que necesitaba y nos pusimos manos a la obra. Fue un desastre y, cuando mi madre vio la pared que habíamos pintado en la habitación de mi hermano, casi le da un ataque. Caleb insistía en que quedaba muy bien y que eso significaba estar a la última; yo lo apoyé incondicionalmente, pero por dentro pensaba lo mismo que ella. Era horrible y, cuando se secó, no quedó mucho mejor.

Caleb había decidido pintar la pared principal de su dormitorio de rojo.

Porque el rojo es su color favorito.

Resoplo y me dejo caer en mi sillón de ejecutivo. Solo he querido arreglarlo. La fiesta es esta noche y odiaba que Daisy tuviese que buscar un vestido por su cuenta y, más que nada, complicarse la vida tratando de encontrar la manera de pagarlo. Cuando firmó el divorcio tenía derecho a una pensión, pero la rechazó. Sé que adora trabajar con el señor Blaine, pero no creo que le pague mucho... Joder, ¿por qué tengo la sensación de que lo he empeorado todo mucho más?

Trato de trabajar, pero me cuesta un puto mundo concentrarme. Pienso en llamar al atelier y enviarle una docena de vestidos a su apartamento para que escoja uno para esta noche, pero no soy tan

idiota como para creer que iba a aceptarlos porque es una cría testaruda que no quiere nada de mí. La rabia explota, pero me doy cuenta de que no es con Daisy, es conmigo mismo. Puedo decir lo que quiera, pero la culpa de que no se permita confiar en mí es solo mía.

Aprieto los dientes y odio esta situación un poco más.

Antes de lo que debería, me largo a casa. Si fuera un día cualquiera, iría a Queensboro City y bebería hasta que fuese capaz de dejar de pensar, pero hoy no me lo puedo permitir.

Voy directo a Catskills. La mansión está llena de personas: empleados del Departamento de Imagen y Relaciones Públicas, del *catering*, decoradores y un extra en seguridad. La fiesta es en unas horas y todo tiene que estar listo.

—Su esmoquin está preparado, señor Hale —me informa una de las chicas del servicio—. Lo hemos dejado en su habitación.

Subo las escaleras ignorándolos a todos. No estoy de humor.

Camino por el primer piso hacia mi dormitorio, pero me doy cuenta de que hay algo que debo hacer primero.

—Qué bien que ya estés aquí —dice con una sonrisa—. ¿Qué? —pregunta extendiendo suavemente los brazos—. ¿Qué tal me queda?

Gillian lleva puesto el vestido, pero ni siquiera la miro.

—Lo que ha pasado hoy no puede volver a pasar —le dejo claro.

Ella frunce el ceño, como si no acabase de entenderlo.

—Llevas el vestido de Daisy, Gillian.

Sueno cansado, lo estoy, y ni siquiera entiendo muy bien de qué. Supongo que de que siempre haya algo que tenga que complicarlo todo.

—Yo... lo siento muchísimo, Christian. Fue mi asistente. Yo ni siquiera sabía que había dos vestidos, pero, cuando lo vi, me enamoré —añade con una sonrisa, esperando a que se la devuelva.

No lo hago.

—Me dan igual los detalles —sentencio—. Vas a disculparte con Daisy.

Sé que no fue con mala intención y que no es su persona favorita, pero, al final, Daisy ha acabado pagando las consecuencias en la fiesta de su propio cumpleaños. Es lo mínimo que se merece y Gillian va a disculparse le guste o no.

—Fue un malentendido —me recuerda con voz medida y amable.

—Si tuviera claro que ha sido otra cosa, créeme que no valdría solo con que te disculparas —contesto con el tono casual pero a la vez amenazante porque no hay ni una sola duda de que cumpliré mi palabra, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, en una pose inocente que, precisamente, por parecerlo no lo es en absoluto.

El cuerpo de Gillian se tensa, como si no pudiese creerse lo que he dicho, y yo me doy cuenta de que lo he hecho sin ni siquiera pararme a pensarlo. Ha sido algo instintivo. Sin embargo, no me arrepiento.

La expresión de Gillian vuelve a cambiar, pasa del desconcierto a la familiaridad, simplemente a volver a ser ella.

—Por supuesto, me disculparé con Daisy —me asegura—. Siento que el malentendido haya aguado su cumpleaños.

Yo asiento. Afortunadamente, no ha arruinado nada. Puede que Daisy sea una cría, pero jamás se rinde y no va a dejar que un vestido acabe con ella.

Ya no tengo nada más que añadir, así que me dirijo hacia la puerta para largarme a mi habitación. Puede que no pueda emborracharme en Queensboro City, pero necesito un *bourbon*.

Cuando bajo las escaleras menos de una hora después ajustándome los gemelos, la fiesta ya ha comenzado. Los invitados

han llegado y la música suena desde un pequeño escenario colocado para la ocasión y donde una banda toca suaves y elegantes temas de soul mientras los camareros se pasean con bandejas llenas de copas de *champagne*.

—Jack Daniel's. Solo —le ordeno al primero de ellos con el que me cruzo.

Él sonríe y me ofrece la bandeja.

—¿No prefiere *champagne*, señor Hale? Es un Moët & Chandon Dom Pérignon Rosé Gran Reserva.

¿Tengo pinta de no saber qué quiero beber?

Lo miro francamente mal y él traga saliva.

—Enseguida se lo traigo, señor —murmura.

Acaba de entender que hoy no es el puto día.

Oigo una risita y no necesito volverme para saber que es Noel.

—Eres un tirano —se queja divertido colocándose a mi lado.

Yo finjo no oírlo. No estoy de humor. No es solo por el vestido ni por el hecho de que el puto Thatcher Bolton está en la casa de mi familia haciéndole una fiesta a Daisy, es que ni siquiera se ha preocupado de que ella vaya a sentirse mínimamente cómoda. No ha invitado a uno solo de sus amigos o gente que al menos conozca. Todos son otros empresarios, políticos o personas de la *jet set* neoyorquina, invitados que lo benefician a él, en ningún caso a ella. Lo sé. Sé que antes de casarnos, Daisy no tenía a nadie salvo a su abuelo. Pasaba todo el tiempo entre el trabajo y cuidarlo y me imagino que sigue siendo así, pero ahora tiene a la gente del puerto y a esa chica rubia que la ha acompañado a la oficina hoy y el día que irrumpió en la sala de reuniones.

Por Dios, esta noche ni siquiera es la del día de su cumpleaños, es la semana que viene.

—Su copa, señor —dice el mismo camarero tendiéndome solícito mi *bourbon*.

Noel coge de su bandeja una de las copas de *champagne* y mientras le da un sorbo con una mano en el bolsillo echa un vistazo a su alrededor.

—Veo que estás de muy buen humor. Hazme caso, joder —se queja.

La frase penetra en mi mente y solo entonces me doy cuenta de que ha seguido hablándome, pero yo no le he hecho demasiado caso.

Noel no dice nada más, solo niega con la cabeza, con la sonrisa de tocapelotas; su preferida, por si quedaban dudas.

Precisamente en ese instante Thatcher aparece en el centro del salón.

Está hablando con su padre y con el senador Brown, ahora mismo, encantado de conocerse, y yo tengo ganas de darle una puta paliza. Últimamente tengo la sensación de que ni siquiera necesito una razón específica.

—Christian —me llama Gillian colocando su mano en mi antebrazo.

En cuanto la miro, me aparta suavemente, sacándonos casi de la sala. Yo frunzo el ceño, pero controlo el gesto a tiempo. En primer lugar, porque no muestro mis emociones, nunca, y en segundo, porque entiendo por qué lo hace. Gillian vive con los Hale no solo porque fuese la prometida de Caleb, a todos los efectos su mujer, sino porque, el mismo día que yo me convertí en CEO, Jim Bolton, su padre, la repudió por apoyarme públicamente.

Somos amigos desde críos; ella incluso me salvó la vida, ganándose una enfermedad por ello que la tuvo prácticamente todo el instituto encerrada en casa. Cuando la junta debía decidir quién sería el nuevo director ejecutivo, ella se posicionó a mi lado

asegurando que lo hacía por amistad, pero también porque era lo justo. Delante de todos, Bolton le dijo que, en el mismo instante en el que había elegido a los Hale por encima de su familia, había dejado de existir para ellos, dejándole muy claro que ni siquiera se molestara en volver.

Después de todo eso, ¿cómo iba a darle la espalda? Los Hale la acogimos, Gillian conoció a Caleb y se enamoraron. Fue el puto giro de acontecimientos perfecto. Cuando la denuncia de desfalco y apropiación indebida saltó y con ella mis putos problemas de imagen, decidieron posponer su boda hasta que las cosas se calmaran y después... después todo fue un maldito desastre.

—Solo quería saber si iba todo bien.

No tiene de qué preocuparse. Su departamento lo ha medido todo hasta el más mínimo detalle.

—Y ya me he disculpado con Daisy. La he llamado por teléfono.

Asiento. Es lo justo. Gillian no ha hecho las cosas bien.

Sonríe buscando dar este tema por cerrado y da un paso hacia mí.

—Pareces muy estresado, Christian. Es obvio —continúa estudiándome con la mirada—. La Fundación Mellon ha organizado un casino benéfico en el Rockefeller Center y ha invitado a la familia. Voy sola, representando a los Hale, pero he pensado que podrías acompañarme. Será divertido —añade con tono alegre— y podrás distraerte un poco.

Tan pronto como pronuncia la última palabra, niego con la cabeza sin una sola duda.

—No —contesto sin vacilar—. Tengo que estar en Catskills esta noche.

Gillian abre la boca dispuesta a protestar, pero algo me dice que me haga un favor y lleve mi mirada a la entrada principal del salón. Lo hago. Y, entonces, la veo.

Daisy...

Ella...

Está jodidamente impresionante. El vestido, rojo, sin escote pero con la espalda al aire, de tirantes y arrastrando suavemente unos centímetros sobre el suelo es una puta fantasía.

Nunca me había alegrado más de un malentendido con un vestido en toda mi vida.

Oigo a Gillian llamarme, pero no me interesa y echo a andar hacia Daisy. Ella sonríe, pierde sus maravillosos ojos azules entre la multitud, pero, en un instante, su gesto se hace más grande al encontrarse con los de Thatcher. Él camina hasta ella y yo me detengo en seco, cabreado como lo he estado pocas veces en mis treinta años, con la mandíbula tensa y el cuerpo en guardia, como si mi sentido común estuviese a un segundo de tirar la toalla y dejarme abalanzar sobre él.

—Tranquilízate —me advierte Noel situándose de nuevo junto a mí —. Se supone que esta fiesta es para demostrarle a todo el mundo que los Hale no guardamos rencor a los Bolton por esta boda, no para dejarles claro precisamente lo contrario.

Yo aprieto los dientes. Apenas puedo contener la rabia.

—Hablo en serio, Christian.

Él coloca la mano en su espalda y la guía hasta el grupo de personas con el que hablaba. Ella sonríe un poco tímida y demasiado dulce para ser real y finalmente saluda. Él la presenta como su prometida.

La rabia lo ha incendiado todo hasta los cimientos.

Esa boda no va a celebrarse jamás.

24

Daisy

La fiesta está yendo bastante bien. Es aburrida, muuuchísimo, incluso creo que he racaneado un poco con las úes para captar todo el dramatismo de estar atrapada aquí, fingiendo que es mi cumpleaños, lo que es todavía peor. ¿Me gustaría estar en mi bar favorito con mis amigos cantando canciones de los ochenta y muriéndonos de risa justo después? Por supuesto, pero Thatcher ha tenido el detalle de preparar todo esto para mí y eso, automáticamente, lo convierte en algo maravilloso.

—Gale, Helena, os presento a Daisy Messina, mi prometida. —Yo sonrío y estrecho las manos que me tienden, primero a él y luego a ella.

Todos son muy amables, pero no puedo evitar tener la sensación de que nada es real, como si todos estuviesen haciendo un papel. Ahora entiendo un poco más cómo se sentían Blair, Serena, Chuck y el resto de los protas de *Gossip Girl*. Aun así, esta noche decido quedarme con la amabilidad, fingida o no, y disfrutar.

—Me alegro muchísimo de verte, cielo —me saluda Brayson, el padre de Christian.

Desde que él y yo nos reencontramos, cuando he visto al señor Hale o a Noel, ha habido una especie de incertidumbre por su parte, como si no tuviesen claro cómo iba a reaccionar yo, si querría verlos o hablar con ellos. Entiendo que se sientan así. Al fin y al cabo, lo

que pasó no se puede borrar. Pero al mismo tiempo tengo claro que fue Christian quien tomó la decisión de alejarme de ellos y, por mucho que Noel o el señor Hale no estuviesen de acuerdo, no pudieron hacer nada. ¿Me duele? Sí. ¿Me hubiese gustado que se hubiesen rebelado de alguna manera? Más que nada, pero tampoco puedo dejar atrás el hecho de que Brayson, Noel y Caleb me acogieron como mi familia.

Nada de eso quita que mantengo los escudos en alto, eligiendo protegerme, siempre.

—Yo también me alegro de verlo, señor Hale.

—Feliz cumpleaños —me felicita, pero inmediatamente frunce el ceño—, aunque creo recordar que tu cumpleaños es dentro de una semana.

Asiento.

—Thatcher pensó que hoy era la mejor fecha posible —explico encogiéndome de hombros—. Me lo tomo como un ensayo para mi verdadera e insuperable fiesta —añado guiñándole un ojo y haciéndolo sonreír. Misión cumplida.

Desde el primer momento en que puse los pies en Catskills, el señor Hale me pareció un hombre genial, pero siempre parecía triste, perdido. Fue Noel quien me contó que estaba así desde que Joy, la madre de Christian, murió. Aquella tragedia había ocurrido cuando Christian y Caleb eran pequeños. Brayson se había obligado a seguir adelante. Iba a trabajar, se ocupaba de sus hijos, de su familia, pero todo eso lo hacía con el corazón roto, como si se hubiese transformado en una especie de robot.

Yo sabía lo que se sentía perdiendo a alguien tan importante y cómo esa herida podía seguir doliendo aunque hubiesen pasado años, así que me propuse ayudarlo, recuperando sus *hobbies*,

buscando otros nuevos o simplemente charlando con él y haciéndolo sonreír.

Creo que lo conseguí y, sin que me diera cuenta, él también me ayudó muchísimo a mí, porque me hizo ver lo increíble que es tener un padre, cuando lo es de verdad.

—Ey, Dais —me llama Noel acercándose a nosotros—, feliz no cumpleaños.

Yo tuerzo los labios meditando su respuesta.

—¿Cuándo vamos a celebrar tu no cumpleaños?

—El 8 de febrero —contesta rápido y muy seguro, dando la sensación de que ya lo había pensado—. Siempre me ha gustado esa fecha.

—Me lo apunto —respondo tan convencida como él.

Un segundo después los dos sonreímos. Estar con Noel es como estar con las chicas y Dave.

—Quiero presentarte a alguien —me anuncia—. Ella es mi novia, Mallory.

A la vez que lo dice, orgulloso, entrelaza sus dedos con los de la chica a su lado, vestida con un precioso traje de color amarillo. Yo los observo boquiabierta, alternando mi mirada de una a otro.

Noel rompe a reír avergonzado.

—Deja de hacer eso —protesta— o mi chica va a pensar que, que tenga novia, es un puto hito en la historia de la humanidad.

—Casi —contesto igual de rápido que él antes haciendo reír a Brayson. Misión cumplida otra vez—. Hola —la saludo—. Soy Daisy.

—Lo sé —responde con una sonrisa enorme—. Noel me ha hablado mucho de ti. Es como si ya te conociera.

Yo le devuelvo el gesto.

—Espero que hayan sido cosas buenas, y antes de que se me acuse falsamente, el primero que tuvo la idea de cenar helado en la

cocina fue él.

—Venga ya —se queja el aludido en cuanto pronuncio esas palabras, haciéndome reír.

—Vale, fui yo. Lo confieso —me retracto—. Pero, contadme, quiero saber todos los detalles, ¿cómo os conocisteis?

Unos veinte minutos después, puedo afirmar que no solo conozco su historia, sino que Mallory me ha caído francamente bien. Es muy simpática, una *freak* del K-Pop, la cultura coreana y la inteligencia artificial. Creo que hace muy buena pareja con Noel. Un claro ejemplo de que los polos opuestos se atraen. Él, todo encanto y ropa a medida, moviéndose a la perfección entre la alta sociedad y ella, callada, pero ocultando una explosión de color y chispa. Se conocieron, cómo no, en una fiesta de la Empresa. Mallory es la hija de Ellis Malone, uno de los accionistas minoritarios.

—Daisy —me llama Thatcher acercándose. Saluda a los demás con una sonrisa antes de centrarse en mí—, me gustaría que charlásemos con algunos invitados.

Yo asiento. Cada vez es más obvio que lo de mi cumpleaños solo ha sido una excusa para montar una gigantesca reunión de negocios, pero lo entiendo y tampoco puedo enfadarme. Yo le dejé muy claro la relación que podía ofrecerle y él lo que quería conseguir, convertirse en CEO. Es lógico que aproveche cada oportunidad que tenga para cimentar el camino.

Nos acercamos a un pequeño corrillo de hombres elegantemente vestidos con copas de *champagne* en la mano. Thatcher me los presenta. Son miembros de la junta de la Empresa.

Todo va bien, aburrido, pero bien. Sin embargo, no puedo evitar notar su presencia, como si fuese mi cuerpo, por su cuenta y riesgo, quien lo reconociese. Es una locura. Puedo notar incluso su mirada

sobre mi piel. Es algo físico, tangible... pero aun así hago mi mejor esfuerzo y lo ignoro por completo. Christian no es asunto mío.

Pierdo la cuenta de cuántas manos estrecho y cuántas felicitaciones recibo. Esa suele ser la primera frase de cada conversación que he mantenido; la segunda, inmediatamente, ha sido sobre la empresa.

Una suave sonrisa se cuela en mis labios mientras dejo mi copa de *champagne* vacía en una de las bandejas y rechazo amablemente la llena que me ofrece el camarero. No puedo evitar pensar que a la Daisy de hace unos años se la habrían camelado con una facilidad pasmosa. Habría creído que ella era realmente el motivo de la fiesta y no solo la excusa. En esa época me gustaba pensar que todo el mundo era bueno y que, a quien no lo era, era muy fácil reconocerlo.

Pierdo mi vista entre la multitud a la vez que doy un discreto suspiro y... entonces... pasa. Todo mi cuerpo se congela. El miedo cumpliendo su misión. Los ojos se me llenan de lágrimas antes de que pueda hacer nada por evitarlo.

—Winston... —murmuro aterrorizada.

Es una pesadilla. El aire se me escapa de los pulmones demasiado rápido. Tiene que serlo. El corazón me late angustiado, tenso, tan asustado como yo.

Por favor, que sea una pesadilla.

25

Christian

Apoyo los codos en la barra y me inclino levemente hacia delante. Una de las camareras pone un vaso bajo con *bourbon* delante de mí; me sonríe esperando a que yo haga lo mismo, pero no le presto ni una pizca de atención. Ella lo entiende y se marcha.

Tengo que controlarme lo indecible para quedarme quieto y no volverme y buscar a Daisy y al inútil de Bolton con la mirada. ¿Cuántas veces ha pronunciado la palabra *prometida*? ¿De verdad es necesario que la presente así cada maldita vez? Es como si temiera que alguien fuese a olvidarlo los quince segundos que está sin llamárselo en voz alta.

Me bebo el Jack Daniel's de un trago.

—Está fascinado, joder —gruño para mí.

Necesito distraerme. Eso está claro. Tengo muchos asuntos pendientes en Queensboro City, así que sería una gran idea que me marchara ya. Me enderezo dispuesto a largarme, pero no soy capaz. Algo me dice que tengo que estar aquí, como un puto presentimiento.

Por instinto, levanto la mirada y mis ojos se encuentran con los de Meyer, que controla discretamente una de las salidas de la enorme sala. Lógicamente, tengo hombres en todas, además de perfectamente controlado el perímetro. Nunca podemos bajar la guardia, pero algo me dice que esta noche todavía menos.

Barro de nuevo el salón y me encuentro con caras y caras de más gente que no me interesa lo más mínimo, pero, entonces, la veo.

Daisy.

Está de pie, en mitad del salón, cerca de las enormes puertas acristaladas que conducen al jardín. Pero no está bien. Joder, no lo está para nada. Sus pies parecen clavados al suelo con cemento. Empieza a temblar suavemente con la mirada fija al otro lado de las puertas. Susurra algo... una palabra, y en ese mismo segundo dos lágrimas caen por sus mejillas a la vez que la parte baja de su vestido se humedece. Se ha orinado encima y ha sido por el puto miedo. Está muerta de miedo.

No lo dudo. No pienso. No lo necesito. Camino rápido y determinado hacia ella y, deslizando una mano por su espalda y la otra bajo sus rodillas, la cojo en brazos.

En cuanto lo hago, es como si algo más grande que nosotros mismos nos envolviera. Ella hunde su cara en mi cuello, haciéndose prácticamente un ovillo, y comienza a llorar bajito, de esa manera en la que lo haces cuando estás cargando un dolor casi infinito. El corazón me late con tanta fuerza que va a partirme las malditas costillas.

La estrecho contra mí, tratando de llevarme todo ese dolor, e inclino la cabeza hacia ella, queriendo protegerla del mundo.

No voy a permitir que le pase nada. Jamás.

Mi mirada apunta en la misma dirección en la que lo hacía la suya. Nadie le está prestando atención salvo un tipo con la sonrisa torcida. No deja de mirar a Daisy ni siquiera ahora. No encaja aquí. Me da igual su traje caro. No lo hace. Mi cuerpo se tensa aún más, aún más en guardia, y sé que esa cara se quedará grabada en mi mente hasta el fin de mis días.

Prácticamente un segundo después de que tome a Daisy en brazos, Meyer está a un paso de nosotros.

—La puta fiesta se ha acabado. Deshazte de todos —le ordeno—. Contrólalo.

No necesito especificar. Mi hombre de confianza se ha dado cuenta de a quién miraba.

Yo doy media vuelta y enfilo las escaleras. Algunos invitados empiezan a mirarnos con una mezcla de confusión y sorpresa, pero también afilándose las garras, pensando en qué habrá motivado todo esto.

Yo los fulmino con la mirada. No es su condenado problema y, si no quieren entenderlo, yo me encargaré de que lo hagan. Ellos captan rápido el mensaje y apartan la vista.

Mientras subo las escaleras, oigo a Meyer y a mis hombres pedirles a todos que abandonen la sala. Quiero que todos se larguen ya.

Daisy no deja de llorar y el puto corazón se me rompe cada vez que la oigo sollozar.

—No te preocupes —le digo en un susurro con la voz ronca, luchando porque la idea de que voy a protegerla suene fuerte en cada palabra—. Voy a cuidar de ti.

Me da igual lo que sea que esté ocurriendo, acabaré con ello.

Entramos en mi habitación y, una vez en ella, en mi baño privado. Con cuidado, la dejo de pie en el centro de la estancia. Quiero preguntarle qué ha pasado, quién era ese tipo, pero me trago todas esas preguntas porque soy consciente de que no es lo que Daisy necesita. Quiero quemar el maldito mundo. Me humedezco el labio inferior. Me obligo a calmarme. No es lo que ella necesita, joder, y esa, ahora mismo, es mi prioridad.

Miro a mi alrededor. Tengo que ser práctico. Así la ayudaré. Me aseguro de que se mantendrá en pie y me giro para abrir el grifo de la ducha.

—Voy a traerte ropa limpia —le digo acunando con dulzura su cara entre mis manos.

Ella asiente, apenas un gesto completo. Mis ojos buscan los suyos, pero Daisy es incapaz de levantar la mirada. Está destrozada, está muerta de miedo, está hecha pedazos.

Yo trago saliva obligando a la bola de rabia pura a bajar por mi garganta. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Quién coño era ese imbécil? No puedo pensar en otra cosa.

Voy hasta el vestidor y cojo unos bóxers, unos pantalones de pijama y una camiseta. Sin embargo, cuando vuelvo al baño, Daisy se ha movido hasta el marco de la puerta. Sigue sin mirarme, sin ser capaz de levantar la cabeza.

Le tiendo la ropa. La coge.

—Gracias —pronuncia, pero, joder, lo hace con la voz demasiado triste.

Despacio, con los mismos movimientos que haría un animalito al que acaban de llevar a un refugio, da un paso atrás y cierra la puerta.

Yo me quedo ahí, muy quieto, observando la puerta mientras ruidos convertidos en lejanos rumores llegan desde la planta de abajo, pasos, voces despidiéndose, coches acelerando suavemente sobre la gravilla para encarar el camino de salida de Catskills.

No sé cuánto tiempo pasa, pero, cuando la puerta vuelve a abrirse, la luz dibuja su cuerpo envuelto en mi pijama, que, justo ahora, parece más pequeño, más frágil.

26

Daisy

Está sentado a los pies de la cama, pero, en cuanto me ve, se levanta y camina despacio hasta mí. Yo me quedo muy quieta, a unos pasos del baño. Ni siquiera sé cómo sentirme al margen de que tengo mucho miedo. Los ojos se me llenan de lágrimas otra vez y bajo la cabeza.

Creí que no tendría que volver a verlo nunca, que no tendría que recordar lo que pasó... ¿Qué demonios hacía aquí?

La rabia se entremezcla con la tristeza y quiero que gane y sentirme enfadada, no triste, pero no puedo, es como intentar separar la sal del agua. De pronto me siento como cuando estaba en aquella casa, como cuando el miedo no me dejaba respirar.

—Daisy.

Mi nombre en sus labios es como una especie de salvavidas que atraviesa la neblina y me agarro a él por el terror a volver a ese rincón tan oscuro.

Me acaricia la mejilla, intentando animarme a levantar la barbilla, pero no soy capaz. Quiero dejar de llorar, pero tampoco puedo.

—Será mejor que descanses un poco —dice tratando de que su voz suene reconfortante; lo consigue, incluso si no es consciente de ello.

Sé que tiene razón, pero niego con la cabeza. Si me duermo, solo tendré pesadillas.

—¿Por qué estaba aquí? —pregunto en un murmullo con la voz rota. Me sorprende lo rara que esta suena.

Christian se humedece el labio inferior sin levantar los ojos de mí, lo que hace cada vez que está calibrando una situación, observándola antes de decidir qué hacer.

—No lo sé —responde sincero, y lo creo. Sigue mirándome, estudiándome, antes de añadir—: ¿Quién era ese tío, Daisy?

Me encojo de hombros tratando de preguntarme si por una vez el universo podría aceptar que el negar a una persona automáticamente la borre de tu vida. Creo que, si existiera esa posibilidad, al menos la mitad de la humanidad la habría usado ya: adiós ex horrible, adiós padre de mierda, adiós a lo que duele más.

—Es el dueño de una de las casas de acogida en las que estuve —suelto de un tirón.

El apartamento 504, del 244 de la calle 112 Este, en East Harlem, también conocido como El Barrio. No podré olvidarlo jamás.

—Tenía nueve años. Mi madre acababa de morir. Fue mi primera casa de acogida. Allí conocí a Debbie y a Dave.

Todavía puedo recordarlo todo. Cuando subíamos corriendo después de pasarnos la tarde jugando en el parque Jefferson, el rellano del segundo siempre olía a tostones y bacalaítos y se oía música de Chayanne que la señora Torres cantaba con más tesón que habilidad. Ella solo tenía una hija, Tina, pero siempre cocinaba de más para nosotros. Era muy buena y nos enseñaba palabras en español. Nos encantaba estar allí.

El problema era cuando debíamos volver a casa.

Me siento en el borde de la cama.

Abro la boca dispuesta a hablar, pero soy incapaz de pronunciar su nombre. Winston.

—Se emborrachaba hasta perder la conciencia. En casa casi nunca había comida, solo cerveza. Un día, teníamos tanta hambre que Dave se comió un bote de mayonesa entero. Fue un desastre, no dejaba de vomitar y lo despertó... —El recuerdo es demasiado horrible. Las lágrimas vuelven a bañar mis mejillas. Quiero quedarme callada, con la esperanza de que no ponerlo en voz alta signifique que nunca pasó, pero jamás es así—. Se levantó hecho una furia, arrancó las baldas de la nevera y lo metió dentro. Intentamos sacarlo, pero no nos dejó. No pudimos hacerlo hasta que se durmió. Cuando por fin conseguimos sacarlo, casi no respiraba.

Con cada palabra el cuerpo de Christian se tensa más y más poniéndose más y más en guardia.

—Esa casa era un infierno, pero los tres juntos nos convertimos en una familia. Empezamos a aprender trucos, como esconder algo de la comida que nos daban en el comedor del colegio en la mochila, a esperar en el rellano hasta que lo oíamos tambalearse por el salón y caía redondo en el sofá, a que siempre hubiese cerveza en la nevera porque, si no bebía, tenía más fuerza y los golpes eran mucho peores.

Christian lanza un juramento ininteligible.

—Una noche —esa noche, esa noche, esa noche— estaba bebiendo mientras veía la tele. Ya estábamos en la cama. No deberíamos habernos movido, pero necesitaba ir al baño y, al salir, él estaba allí, frente a la puerta. Me miró de una manera que yo... no... —Mi voz se rompe. Christian aprieta los puños con fuerza junto a sus costados, como si quisiera entrar en mi propio recuerdo, hacerlo pedazos y borrarlo hasta que no quedase nada—. Había estado viendo un espectáculo de magia en la tele. Dijo que él podría ser un mago increíble, que solo necesitaba comprender los trucos. Me agarró del brazo y me llevó hasta la cocina. Rebuscó entre la basura

que había tirada por el suelo hasta que encontró una caja. Me obligó a meterme en ella, pero no cabía y eso lo enfadó. «No pasa nada», dijo hablando demasiado rápido, «lo haremos sin caja, así lo entenderé mejor». Me tumbó en la mesa de la cocina, yo no dejaba de suplicarle que me soltara. Cuando la encendió, el sonido se metió en mis oídos —digo golpeándome las sienes con las palmas de las manos, agarrándome la cabeza, cerrando los ojos tan fuerte que me duelen. ¡No quiero oírlo nunca más!

—Daisy.

Christian se acuclilla frente a mí, me coge de las muñecas con mimo, tratando de apartarme las manos de la cara. Mi nombre en sus labios vuelve a ser mi salvavidas, pero esta vez no soy capaz de agarrarme a él.

Abro los ojos, atrapa mi mirada con la suya. Tiene el ceño fruncido, la expresión triste, enfadada.

—Era una motosierra —pronuncio en un golpe de voz entrecortado.

Está muerto de miedo, como yo.

—Quería saber cómo se cortaba a alguien por la mitad y se conseguía que siguiese moviendo los pies.

—Pero ¿qué coño...? —susurra Christian con la voz ronca.

Recuerdo los gritos de Dave y Debbie, cómo ella trataba de empujarlo mientras Dave corría en busca de la señora Torres. Un sollozo atraviesa el ambiente y rompo a llorar de nuevo. Me agarro el borde de la camiseta del pijama de Christian hasta que mis nudillos se emblanquecen, levanto la prenda dejando al descubierto mi estómago, las tres enormes cicatrices que lo recorren de lado a lado formando una sola.

Christian la ve con los labios entreabiertos y la respiración cada vez más acelerada y estoy segura de que muchas piezas empiezan a

encajar... que nunca me desnudase delante de él; que nunca le dejase acariciarme en esa zona cuando nos acostábamos; que fuese con la luz apagada, y aquella vez, en su despacho, que no le dejase que me subiese el vestido más allá de las caderas; que no quisiese usar el de Gillian esta noche por la abertura que tenía justo en el estómago.

Muerta de miedo, de tristeza, de dolor, de rabia, dejo caer la prenda. Quiero dejar de llorar, pero no puedo. ¡Quiero escapar, pero no puedo!

Christian no lo duda, se deja caer de rodillas y me abraza con fuerza. Yo vuelvo a esconder la cabeza en su cuello. No es justo, nada de lo que vivimos allí lo fue. Éramos unos niños, acabábamos de perderlo todo y ese apartamento viejo y destartalado, ese hombre, acabó llevándose la poca esperanza que nos quedaba.

Debbie lo empujó con tanta fuerza que logró apartarlo, la señora Torres subió con el extintor, lo roció con él y nos sacó de allí. Después llegó la policía y lo detuvieron. La última vez que vi a Debbie y a Dave fue cuando me subieron a la ambulancia y no volvimos a encontrarnos hasta que lo hicimos por casualidad hace poco más de tres años.

Estuve en más casas, algunas buenas, otras malas, pero ninguna así. Sin embargo, nunca sentí que dejaba de huir hasta que mi abuelo me encontró.

Me pierdo en el abrazo, en la calidez de su cuerpo contra el mío, en la sensación de que Christian, poco a poco, latido a latido, está construyendo una fortaleza a nuestro alrededor que puede protegerme de todo, incluso de los recuerdos.

Se separa lentamente, apenas unos centímetros, se inclina sobre mí y me da un beso en la frente. Mi corazón recibe el gesto y la fortaleza se hace invencible.

—Vas a volver a estar bien. Te lo prometo.

Yo asiento y por un momento nos quedamos simplemente así, yo, con la mirada baja y la respiración trabajosa, con mis mejillas llenas de lágrimas; él, con su frente apoyada en la mía, con el corazón latiéndole demasiado rápido.

No sé cuánto tiempo pasa ni cómo consigo sacar fuerzas para separarme de él y moverme por la cama hasta apoyar la cabeza en la almohada.

27

Christian

La veo tumbarse en la cama y me muevo despacio, siguiéndola, hasta sentarme sobre el colchón a su lado.

—Intenta descansar —le pido apartándole el pelo de la cara.

Daisy asiente, pero su mirada sigue perdida. Mientras, mi mente funciona tan rápido que hierve recordando una y otra vez sus palabras, su cicatriz, la cara de ese miserable. No me he equivocado al pensar que jamás podría olvidarla. ¿Cómo pudo hacerle eso, joder? Era solo una niña.

Apaciguo la rabia porque ahora lo más importante es ella.

¿Cómo pude no darme cuenta? Cuando estuvimos casados, nos acostamos, pero no necesito pensarlo para recordar que nunca me dejó acariciarle el estómago. Ella me pidió que no lo hiciera y yo no pregunté, convencido de que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Pero hubo más pistas: solo me dejaba desnudarla por completo si la luz era muy tenue o directamente estábamos a oscuras y después recogía su ropa a toda prisa y se encerraba en el baño. Al salir, ya volvía a estar completamente vestida. Daisy es tan dulce que pensé que le avergonzaba estar desnuda delante de alguien. Esa explicación me encajaba y tampoco le di más vueltas...

Joder.

El puto vestido. Recuerdo perfectamente cuando el empleado del Departamento de Imagen y Relaciones Públicas lo sacó de la caja;

cómo ella lo miró de una forma muy extraña, que ahora no tengo ninguna duda de que era la traducción de intentar enmascarar el miedo; cómo Debbie le aseguró que no tendría que ponérselo. Ese maldito traje tenía una abertura a la altura del estómago. Aunque me empeñase en arreglarlo convenciéndola de llevarlo, ya entendía sus reticencias por usar la ropa que eligió Gillian, pero es que ahora sé que eso es una estupidez en comparación con el verdadero motivo por el que no quería ponérselo.

La observo. Está exhausta. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos y la nariz sonrojada y, aunque es lo último que quiero hacer, sé que es lo que debo.

—Me marcharé para que puedas dormir —me obligo a decir mentalizándome para levantarme.

Pero es que no quiero, joder. No quiero dejarla sola. Quiero cuidar de ella... Pero, precisamente por eso, debe intentar dormir. Además, no se me ha olvidado que no soy su persona favorita. Demasiado me ha tolerado esta noche.

Inicio el movimiento de levantarme, pero Daisy me detiene colocando su mano sobre la palma de la mía.

—¿Podrías quedarte, por favor? —me pide—. Solo hasta que me duerma.

Por fin me deja atrapar sus preciosos ojos azules y justo en ese momento me doy cuenta de que no podría negarle nada que me pidiese. Mis dedos buscan los suyos sin que ni siquiera me lo proponga.

—No voy a ir a ninguna parte —contesto mientras se entrelazan.

A partir de ese instante ninguno de los dos habla. Cierra los ojos y yo me permito estudiar su rostro mientras que poco a poco el peso de lo que siento va acomodándose dentro de mí. Recuerdo la primera vez que la vi, que la toqué. Recuerdo cómo me sentí la

primera vez que me hizo sonreír, cómo se me metió bajo la piel sin que ni siquiera me diese cuenta, como lo está haciendo ahora. Si pudiera, convertiría Catskills en una fortaleza con la que dejar absolutamente todo lo que le haga llorar lejos de aquí.

No pienso permitir que nada vuelva a hacerla llorar.

No me muevo de su lado hasta que me aseguro de que ha cogido el sueño de manera profunda. Le aparto con mimo el pelo de la cara y me quedo mirándola dormir unos segundos más antes de levantarme, con cuidado de no despertarla.

Salgo de la habitación y cierro la puerta con el mismo sigilo. Meyer, que estaba haciendo guardia junto a ella, se separa un paso esperando instrucciones.

—Quédate aquí —le ordeno—. Que nadie moleste a Daisy y, si ella necesita algo, consígueselo, lo que sea. Volveré en un par de horas.

—Por supuesto, señor —contesta profesional.

—¿Tienes la dirección?

—La he enviado a su teléfono.

Bajo las escaleras decidido. Me arranco la pajarita prácticamente de un tirón y me la guardo en el bolsillo de los pantalones para justo después desabrocharme los primeros botones de la camisa blanca.

Chequeo la información en mi móvil. Perfecto. Tengo todo lo que necesito.

—Dos coches, conmigo —le indico a uno de mis hombres sin detenerme mientras cruzo el vestíbulo.

—Entendido, señor.

Se mueven rápido y, en cuanto me acomodo en el asiento trasero de mi Maybach, ocho de mis hombres lo hacen en dos SUV de Mercedes a mi espalda.

Ni en uno solo de los treinta y cinco minutos de camino puedo dejar de pensar en lo que Daisy me ha contado. Sin embargo, en

vez de volverme loco, lo utilizo a mi favor. Vuelve la rabia, tan densa que me inunda entero, focalizándome justo en lo que tengo que hacer. Ahora mismo no existe nada más.

El coche se detiene. Uno de mis hombres me abre la puerta. El aire frío me acaricia la cara mientras cruzo la acera de la 112 Este.

—Está dentro —me informa otro, apostado junto a la puerta del apartamento.

No me molesto en llamar e irrumpo en el piso. Esa escoria pusilánime sentada delante del televisor pega un brinco del sofá cuando oye el ruido. Pero esa es la única reacción que le permito. Mientras me siento cómodamente en una de las sillas de la cocina, mis hombres llenan el diminuto apartamento y sin ninguna delicadeza lo arrastran hasta tenerlo delante de mí.

—¡¿Quién cojones sois?! —grita forcejeando. No le vale absolutamente de nada.

Miro a mi alrededor. Todo, desde los muebles hasta el suelo, está realmente sucio. Platos de Dios sabe cuándo se están pudriendo en el fregadero mientras varias cajas de pizza están apiladas sobre la encimera. Lo que no está a punto de caerse a pedazos está grasiento o directamente tiene un aspecto deleznable y, por lo que puedo intuir, el resto de la casa no está mucho mejor.

—¡Dejadme en paz! —protesta cuando lo lanzan a la silla que tengo enfrente—. ¿Quién coño sois? —me exige saber a mí—. ¿Qué queréis?

Yo le mantengo la mirada con la misma inaccesible calma, con la misma media sonrisa arrogante y fría en los labios. Esta basura se da cuenta de que no va a intimidarme, al menos ha sido listo en eso, y su mirada cambia por completo.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —me pregunta cambiando radicalmente el tono, tratando de levantarse para dirigirse a la

nevera.

En el momento en que lo intenta, uno de mis hombres lo agarra del hombro y lo empuja de nuevo a la silla. No va a moverse de aquí.

Una chispa de pánico brilla en su mirada. También está siendo listo en sentirlo.

—Mire, no sé... no sé qué es lo que quiere, pero, si me lo dice, podré ayudarlo —prácticamente tartamudea.

Yo sigo sin molestarme en responder, con mis ojos clavados en él. Winston cada vez está más nervioso, siente más el agua al cuello.

—Por favor —suplica con la voz entrecortada—. Si es por el dinero que le debo a Kennie, lo pagaré, lo juro.

—¿Cuántos niños de acogida estuvieron en esta casa? —pregunto.

Él frunce el ceño confuso por mi pregunta, tarda un segundo de más en responder y esa es toda la paciencia que pienso tener con él.

Tomándolo por sorpresa, saco la navaja plegable de mi bolsillo, la abro con un golpe de muñeca, la giro lanzándola al aire, la pillo al vuelo e inmediatamente se la clavo en la mano que tiene sobre la mesa, apuntalándolo a la madera como si fuera un tortuoso clavo.

Winston grita de dolor, pero me importa una mierda.

—¿Cuántos niños de acogida estuvieron en esta casa? —rujo la misma pregunta inclinándome hacia delante sin levantarme.

—No... no lo sé —balbucea entre más lamentos.

Respuesta equivocada.

Le saco la navaja de un tirón y vuelvo a clavársela. Más chillidos. Me importan aún menos.

Winston entiende que no puede permitirse el lujo de no contestar a mis preguntas y trata de hacer memoria.

—Unos... unos quince —gimotea.

Daisy ya describió este puto apartamento así. ¿De verdad Servicios Sociales le dejaron tener a quince críos en estas condiciones?

Agarro la navaja sobre su mano, pero no la saco, solo la aprieto moviéndola dolorosamente despacio.

—Ajustemos un poco la memoria —le digo dejando que la rabia pura y brutal empiece a dibujar la serena calma—. ¿Recuerdas a Daisy?

Vuelve a fruncir el ceño, pero rápido entiende lo que va a pasar si no contesta y levanta la otra mano para frenarme.

—Sí, la recuerdo —responde rápido—. La he... la he visto hoy.

Por un par de segundos no hago nada y él suspira aliviado dentro del dolor alucinante que está sintiendo, pero, justo cuando se confía, saco el cuchillo y vuelvo a clavárselo.

—¿Y qué coño hacías en su fiesta? —gruño.

Las ganas de estrangularlo ya con mis propias manos pesan más que nada, lo nublan todo, pero no voy a darle una salida tan fácil al hijo de puta que le hizo eso a Daisy.

—Me invitaron —contesta aún más deprisa, muerto de miedo.

—¿Quién?

—No lo sé.

Esas tres palabras no van a ayudarlo.

Voy a repetir la operación con el cuchillo, pero vuelve a levantar la mano gritando y gimoteando.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —trata de convencerme—. ¡Lo juro por Dios! Encontré la invitación esta mañana en mi buzón y una caja con un esmoquin que parecía muy caro delante de mi puerta. Ni siquiera sé cuándo lo dejaron aquí.

Miro a uno de mis hombres que rápido capta el mensaje y empieza a rebuscar por toda la casa.

—¿Y por qué coño pensaste que sería una buena idea presentarte delante de ella?

—No lo pensé. Di por hecho que habría comida y alcohol gratis.

Es una alimaña de la peor calaña.

Le arranco el cuchillo, me levanto y, sin dudarlo, se lo clavo en el estómago.

—Pues tendrías que haberlo pensado mejor —siseo muy cerca de su oreja, con la voz dura, afilada. ¿Cómo ha sido capaz de presentarse delante de ella? ¿Cómo fue capaz de hacerle lo que le hizo cuando ella era solo una cría?—. Porque ella ha llorado por tu puta culpa, cabrón de mierda, y me las vas a pagar.

No suelto la navaja, no lo dejo moverse.

Me incorporo y me saco la pistola de la espalda.

—¿Te gustaba jugar a los magos? —pregunto.

Él niega con la cabeza sabiendo exactamente a dónde quiero llegar.

—A mí me va más saber si es verdad lo que pasa en las películas —continúo justo antes de pegarle un tiro en la rodilla.

Grita como un cerdo en un maldito matadero, pero me importa una mierda. Esto aún no ha terminado. Para nada. Vuelvo a sentarme y apoyo los codos en las rodillas, con una muñeca sobre otra.

—Por ejemplo, si meto el cañón de una pistola en un agujero de bala —conforme lo voy describiendo, por supuesto, lo voy haciendo —, ¿sufres tanto que te desmayas?

Él grita de dolor mientras el sonido del metal entrando en el orificio, húmedo y caliente, blando y pegajoso, lo inunda todo. Yo lo observo sin ningún tipo de empatía. Al ver que no se desmaya, me encojo de hombros.

—Las películas mienten en eso —sentencio levantándome—, o a lo mejor me he equivocado de rodilla.

—¡No, por favor! —me suplica.

No lo escucho y le disparo en la otra rodilla.

Doy un paso hacia él y le tiro del pelo obligándolo a echar la cabeza hacia atrás para mirarme mientras yo lo hago desde arriba, como si fuera un jodido halcón cercando a su presa.

—Todo esto es por Daisy, maldito hijo de puta —rujo. Antes de que pueda controlarlo, la veo llorando acurrucada en mi cama, muerta de miedo solo con recordar todo lo que este desgraciado le hizo, y la rabia, las ganas de protegerla, de vengarla, se vuelven tan cortantes que es lo único que puedo respirar—. Hiciste que su vida fuese un infierno y vas a pagar por ello.

De pronto el ruido de una motosierra lo asola todo.

El terror que había sentido hasta ahora se multiplica por diez imaginando lo que viene.

Le dedico una media sonrisa jodidamente dura, jodidamente intimidante.

—Que sufra —les ordeno a mis hombres, pero sigo mirándolo a él —. Después matadlo y destrozad este antro, que no quede nada.

No quiero que quede nada que pueda hacerle daño a Daisy.

Winston empieza a gritar como un loco, suplicando por su vida, pidiendo perdón.

Yo me incorporo, me guardo la pistola a mi espalda, me coloco bien la chaqueta de un tirón de las solapas sin apartar la mirada de él y doy media vuelta dispuesto a salir de aquí. Justo en la puerta, uno de mis hombres me entrega la invitación que alguien le envió a esta escoria.

Es exactamente igual que las que mandaron desde el Departamento de Imagen y Relaciones Públicas de Hale Corporation.

¿Es una copia o es auténtica? Y, en cualquier caso, ¿quién está detrás de esto?

—Averigua quién mandó la invitación a Winston Colleman —le ordeno a Meyer en cuanto descuelga—. Tenía una que aparentemente es oficial.

—Ahora mismo, señor.

Los gritos de ese malnacido resuenan por todo el edificio mientras bajo las escaleras. Que lo jodan.

Vuelvo a poner los pies en la 112 y me meto en el coche.

—A Catskills —le ordeno al chófer—. Rápido.

No quiero que Daisy se despierte y se encuentre sola. Cuando la vi muerta de miedo, inmóvil, mirando a ese malnacido, ni siquiera necesité pensarlo. No me pregunté si era buena idea sacarla de allí o cuidarla, no pensé en las consecuencias, pero es que no lo necesité. Puede que ya no estemos casados, que la odie, que ella me odie a mí, pero hay algo mucho más fuerte, sin domesticar y casi primitivo, que nos une.

Por eso no necesito recapacitar sobre lo que he hecho, porque, si se repitiera un millón de veces, un millón de veces volvería a hacer exactamente lo mismo.

—Christian, ¿qué es lo que ha pasado? —me pregunta mi padre en cuanto entro en la mansión—. ¿Por qué la fiesta ha terminado así? ¿Qué le ha ocurrido a Daisy?

No me paro a contestar, ni siquiera lo miro. Tomo las escaleras y subo los peldaños de dos en dos.

—Tío... —me llama Noel intentando detenerme, pero sobra decir que no lo hago.

—¿Se ha despertado? —le pregunto a Meyer.

—Diría que no, señor. No ha salido ni tampoco ha habido ningún ruido.

Yo asiento, giro despacio el pomo y entro cerrando tras de mí. Todo está sumido en una suave oscuridad levemente interrumpida por la luz que proviene del baño.

Camino casi sin hacer ruido hasta la cama y observo a Daisy. Continúa durmiendo. Su expresión se ha relajado un poco, pero es obvio que sigue intranquila, como si los malos recuerdos estuvieran persiguiéndola incluso en sueños.

De pronto empieza a murmurar algo que no logro entender muy bajito y muy rápido. Aprieta los ojos angustiada.

—No. No. No —dice cada vez más claro.

Rápidamente me arrodillo junto a la cama, para que nuestras caras queden a la misma altura, y la zarandeo con dulzura tratando de despertarla.

—Vamos, Daisy, despierta. Estás teniendo una pesadilla.

Ella sigue moviéndose, cada vez de forma más frenética, mientras sigue suplicando hasta que finalmente una lágrima rueda por su mejilla.

El corazón vuelve a retumbarme contra las costillas, lleno de rabia, de tristeza.

—Daisy, despierta —le pido con voz dulce.

Su cuerpo se tensa y se despierta incorporándose de golpe con la respiración jadeante y el cuerpo temblándole. Se gira hacia mí y, en el momento en que nuestras miradas se entrelazan, sale disparada hacia mí y se acurruca en mi regazo.

Yo vuelvo a actuar por instinto, pero también haciendo exactamente lo que quiero, la abrazo con fuerza y la acomodo sobre mí, sentándome en el suelo y apoyando la espalda contra la mesita.

Sigue llorando, casi en silencio, aferrada a mi camisa como si fuese su salvavidas, su manera de mantenerse a flote para no caer otra vez en ese abismo atestado de pesadillas.

—No dejo de oírla —susurra tan bajito que apenas puedo entenderla, pero sus palabras encierran tanto dolor que lo capto a la perfección y sé que se refiere a la puta motosierra—. No dejo de verlo.

Aprieto los dientes. A Winston no lo verá nunca más porque va a pudrirse en el infierno con el ruido de la motosierra clavado en el centro de su cerebro. Me he encargado de ello.

Yo la aprieto con más fuerza. Daisy esconde su preciosa cara en mi cuello. Me giro hacia ella y la beso en la sien. Nos las ingeniamos para acercarnos más, para que el mundo fuera importe aún menos. Mis brazos son su refugio y yo pienso protegerla absolutamente de todo.

—No vas a volver a verlo. Te lo juro —le digo con mis labios rozando su sien.

Su agarre se hace más posesivo sobre mi camisa. No sé si sabe por qué lo digo, si imagina qué ha pasado con Winston, pero sí tengo claro que me cree; que, en este instante, en este lugar, confía en mí.

No sé cuánto tiempo pasa cuando por fin vuelve a quedarse dormida. Quiero que descanse, así que me levanto con Daisy en brazos y vuelvo a tumbarla en la cama, pero, cuando voy a separarme de ella, se agarra de nuevo a mi antebrazo.

Abre sus preciosos ojos azules buscando los míos y no necesita decir nada porque sé que ya no tengo escapatoria, tampoco la quiero.

Me tumbo a su lado y vuelvo a abrazarla, con uno de mis brazos sirviéndole como almohada y el otro rodeando protectoramente su cintura mientras su espalda encaja en mi pecho como si fuéramos las dos partes de una piedra que alguien partió por la mitad.

Otra vez el tiempo se me escapa entre los dedos. No sé cuándo vuelve a quedarse dormida. No sé cuándo, con ella entre mis brazos, con mi pijama mientras yo aún llevo la camisa y el pantalón de mi esmoquin a medida, incluso los zapatos, me quedo dormido también. Los dos. En mi cama.

28

Daisy

Abro los ojos despacio. Intento mantenerlos así, pero el cansancio me vence y vuelvo a cerrarlos. Sin embargo, mi mente ya está encendida, al cien por cien. Los abro de nuevo y siento como si mi mirada estuviese vacía, como si yo estuviese vacía o, lo que es peor, siguiese en el salón principal de esta mansión, inmóvil como si me hubiesen anclado al suelo con clavos oxidados, mirándolo.

El miedo me recorre de pies a cabeza en forma de un escalofrío cortante y doloroso. Aprieto los ojos con fuerza tratando inútilmente de que sean una coraza, pero no funciona. Empiezo a temblar y me tapo la boca con la palma de la mano con fuerza justo antes de sollozar. Las lágrimas bajan calientes por mis mejillas mientras me suplico por calmarme. No quiero que Christian me oiga. No quiero que se despierte. No quiero que siga cuidándome porque eso también me asusta hasta la médula. No puedo dejar de odiarlo. No puedo sacar mi corazón de donde lo encerré hace cuatro años para que estuviese a salvo.

Respiro hondo una vez, dos, me obligo a relajarme y logro frenar el resto de las lágrimas. Bajo lentamente la mano y, con cuidado, me muevo incorporándome a la vez que aparto su brazo de mi cintura.

Christian gruñe algo en sueños cuando me separo de él y yo me freno a mitad de movimiento, quedándome muy quieta, rezando para que no se despierte. Cuando vuelvo a oír su respiración

tranquila, dejo escapar todo el aire, que había contenido casi sin darme cuenta, y me levanto.

Me alejo unos pasos dispuesta a marcharme, pero entonces caigo en la cuenta de que llevo su pijama. No puedo salir así y tampoco quiero cogerle más ropa prestada. Por inercia acaricio la tela de la camiseta con la punta de los dedos. Mi mente se convierte en un proyector fuera de mi control y empiezo a repasar todo lo ocurrido ayer, cómo me trajo en brazos hasta aquí, cómo se levantó cuando me vio salir del baño.

Me besó en la frente.

Me prometió que todo estaría bien.

Me giro y lo observo dormir. Podría pensar que fue extraño, pero... no. Sencillamente, no. No me pregunté si podía confiar en él, si podía dejar que me trajese aquí, las consecuencias. No me importó nada de eso. Yo... anoche... simplemente lo necesitaba.

Y esa es la mayor prueba de que tengo que salir de aquí.

Recupero mi bolso, pero mi vestido no está por ningún sitio e imagino que Christian mandó que lo lavaran. De todas formas, no solo no me apetecería ponérmelo después de todo lo que pasó ayer, sino que tampoco habría sido la vestimenta más adecuada para pasearme un domingo a las siete de la mañana y no esperar que todo el mundo tuviese claro qué estuve haciendo la noche anterior.

Salgo con cuidado de la habitación y cierro a mi paso. Pienso en las posibilidades que tengo y acabo sacando mi móvil del bolso. Lo mejor será que llame a Mabel. Es demasiado temprano para que Debbie o Dave estén despiertos. Ella trabaja como camarera en un club y ha acabado su turno hace unos minutos. Aún debe de estar de camino a casa o incluso esperando el metro.

—¿Por qué me llamas a esta hora? —indaga divertida a modo de saludo—. Preguntaría si ha pasado algo, pero es tan temprano que

es imposible, acaban de poner las calles.

—¿Puedes venir a la terminal de ferris de Days Point y prestarme algo de ropa?

—Estoy a cincuenta minutos, pero tardaré treinta.

Yo me muerdo el interior de la mejilla y asiento.

—Gracias.

Si tienes la suficiente confianza con alguien como para hacerle semejante petición y que te conteste sin dudar que sí es que tienes delante a tu mejor amiga, en mi caso, una de ellas.

Corto la llamada, meto el teléfono de nuevo en mi bolso y me lo cuelgo cruzado. No quiero estar aquí ni un segundo más de lo necesario y arriesgarme a toparme con alguien.

Voy hasta el vestíbulo, caminando prácticamente de puntillas, sigilosa como un gato, y atravieso el jardín descalza. Aún estoy a unos metros de la salida principal cuando veo a Reacher en toda su musculosa dimensión, inamovible, junto a la cancela de hierro forjado.

Vuelvo a repasar mis opciones, que ahora son todavía más pobres que cuando he tenido que afrontar la idea de que no puedo ir por ahí con un pijama de mi exmarido. Puedo fingir que el grandullón no existe y saltar la valla, pero o la cancela es muy alta, e impracticable, o yo estoy en una ridícula forma física. Vamos a mentir, quiero decir, dar por buena la teoría de que el problema es el primero.

Sin poder huir, solo me queda fingir que no hay por qué hacerlo y, *of course*, echarle muchísimo de melodramática dignidad fingida. Puedo inspirarme en Gillian.

—Reacher —saludo muy convencida deteniéndome a su lado, poniéndome los tacones que llevaba ayer. Sí, han sido mi única posibilidad de calzado y, sí, soy consciente de que sigo en pijama—,

¿te importaría abrir la puerta? —añado con la mirada clavada en la salida.

El grandullón me observa de arriba abajo. No puedo culparlo para nada.

Por un momento temo que me vaya a salir con algo tipo «El señor Hale no ha autorizado su salida» o que directamente vaya a llamarlo para informarlo de que voy a marcharme; sin embargo, él asiente y le hace un gesto al hombre de la puerta para que active la apertura automática.

—Puedo llevarla a su apartamento —me ofrece.

—No, gracias —digo negando también con la cabeza.

En tacones y pijama, como una Kardashian en una fiesta de pijamas, salgo de la lujosa propiedad de Catskills y comienzo a caminar hacia la terminal de ferris, que, gracias a Dios, no está demasiado lejos.

Podría haberle pedido a Mabel que viniera hasta aquí, pero no quería pasar ni un minuto más en esta casa o inmediatamente junto a ella.

Sé que estoy siendo injusta, que ayer Christian me ayudó y, por muy surrealista que suene, cuidó de mí, y no se trata de que no sea capaz de entender por qué lo hizo, es precisamente porque sí lo comprendo que no puedo estar cerca de él. Entre nosotros hay algo que tira de los dos desde la primera vez que nos vimos. Al principio era una mezcla de atracción y deseo, ahora el odio infinito y, ayer, la idea de que da igual lo que pase, simplemente no podemos ignorar al otro.

—Me encanta tu *look* —comenta Mabel mientras se acerca a mí, que estoy casi escondida junto a la taquilla de los ferris Circle Line.

—Pienso ponerlo de moda —respondo con una mezcla de alivio con la subsiguiente alegría y las ganas de reírme de mis desgracias

para no darme oportunidad a llorar por ellas—. Ahora soy una *trendsetter*. Es mi nuevo plan de vida.

Mabel sonríe con los labios apretados a la vez que me observa despegarme de la pared con la que pretendía mimetizarme y las dos caminamos hasta el ferri para el que ya tengo comprados los *tickets*, concretamente hasta los baños.

—Me atrevo a insinuar que ese pijama no es tuyo —comenta al otro lado de la puerta.

Yo estoy dentro cambiándome. Por suerte, Mabel llevaba la ropa del trabajo en su bolso.

—¿Lo vendemos? Apuesto a que vale una pasta —replico para seguir en mi línea de «El humor es mi guía frente a los desastrosos acontecimientos que marcan mi existencia». Mi animal espiritual debe de ser un suricato o algo así.

—Mucho más si explicamos que es del arrogante, despiadado y absurdamente guapo CEO Christian Hale —argumenta ella como si estuviera leyendo cada palabra en un enorme cartel.

Yo chasqueo la lengua contra el paladar al mismo tiempo que tuerzo los labios y casi me tropiezo intentando ponerme la ropa que me ha prestado Mabel.

—Me preocupa que alguna chalada lo utilice para pillar su ADN y autoembarazarse.

No faltarían voluntarias. Se me está ocurriendo una en concreto.

—El 2.0 de la técnica Boris Becker. —Yo me aguanto la risa—. ¿Te molestaría que el señor Hale fuese a tener descendencia?

—Más bien me angustiaría —respondo—. El pijama estaba limpio cuando me lo dio, así que sería mi ADN. No quiero tener hijos por ahí concebidos sin mi consentimiento.

—Siempre has sido muy madura para tu edad —me felicita.

—Lavemos antes el pijama y vendámoslo después.

—Y muy práctica.

—Lo necesario.

Las dos sonreímos al punto de reír. Sé que ella también lo está haciendo, aunque no la vea.

—En serio, ¿trabajas en el burdel de una peli de vaqueros? —pregunto saliendo del baño y extendiendo los brazos.

Llevo una minifalda, con una especie de lazo en la cintura de la parte trasera, imitando los vestidos de época tipo *Lo que el viento se llevó*, y cadenitas colgando de lado a lado por la parte delantera, además de un corsé a juego.

—Había unos guantes largos en la mochila, pero no he querido ponérmelos. No me gusta llamar la atención con mi indumentaria —añado muy seria.

—¿El taquillero se ha reído de ti o te ha mirado mal cuando has comprado los billetes? —inquiere levantando la mejilla con una sonrisa perspicaz en los labios.

—Te equivocas —contesto muy satisfecha—. Me ha mirado con miedo, como si me acabase de escapar de un hospital psiquiátrico.

Mabel me observa.

—Estoy tan orgullosa de ti —sentencia.

Ninguna de las dos puede más y rompemos a reír. Dios, cómo necesitaba esto.

—Ven aquí —me llama mientras se quita su abrigo largo y me ayuda a ponérmelo.

Yo protesto, pero se señala el jersey que llevaba debajo.

—Vamos a buscarnos unos cafés —apunta.

Nos acomodamos en una de las cubiertas del barco, cada una con un café para llevar, mientras observamos el ferri navegar tranquilamente sobre el Hudson hacia la isla de Manhattan.

Le cuento todo lo que pasó, desde que de repente vi al malnacido de Winston en mi fiesta de cumpleaños hasta lo que Christian hizo por mí.

Mabel no conoce todos los detalles de lo que Debbie, Dave y yo pasamos en esa casa de acogida. Es complicado encontrarte en el ánimo adecuado para contar algo así, pero sí sabe que fue una pesadilla de principio a fin y que de alguna manera nos cambió a todos, quisiéramos o no.

—Así que tu exmarido cuidó de ti —deja en el aire mi amiga.

La brisa del río cruza la cubierta y me revuelve suavemente el pelo.

—Eso parece —respondo tras darle un sorbo a mi café.

—¿Y cómo te sentiste?

—¿Quieres la verdad o una mentira superinteresante?

Mabel suelta una carcajada.

—La verdad —responde sin dudar—. Teniendo en cuenta vuestra historia, no creo que vayas a poder inventarte nada más interesante que eso.

Las dos sonreímos. Mi gesto se hace más pequeño, aunque se alarga un poco más cuando los rascacielos van dibujándose cada vez más cerca frente a nosotras. Algunos de ellos aún tienen algunos despachos de algunas plantas iluminados, creando una sensación de preciosa melancolía cuando esa luz se mezcla con la de las primeras horas de la mañana, gris y dorada, perezosa y llena de promesas.

¿Christian se habrá despertado ya? ¿Se habrá dado cuenta de que me he marchado?

Doy un profundo suspiro con la mirada todavía en las vistas.

—Me sentí protegida, de verdad —admito, porque no fue un sentimiento superficial ni un malentendido o una presunción de mi

parte—. Sentí que daba igual cuánto nos odiásemos, habría quemado el mundo por mí.

Llevo mis ojos hasta mi amiga y ella tiene una suave sonrisa en los labios.

—Creo que en la vida hay pocas personas con las que puedas sentirte así. No es algo que podamos elegir —continúa encogiéndose de hombros con un resquicio de «Es una putada, lo sé, pero el destino es así»—. Y creo que Christian es esa persona para ti, aunque sea la que más daño te haya hecho.

Yo quiero decir algo supercontundente, lanzarle un «no» con un montón de razones fundamentadas e irrefutables que demuestren que se equivoca... pero no puedo porque sé lo que sentí y por quién lo sentí, aunque hubiese preferido que hubiera sido, literalmente, cualquier otra persona... Bueno, me guardo dos vetos más, hay gente que me cae francamente mal.

Como no puedo responder lo que me gustaría, resoplo, una manera para nada infantil de reconocer que tiene razón, y Mabel rompe a reír.

—La vida es complicada —me recuerda.

Yo aprieto los ojos con una sonrisa fingiendo maldecir mi destino.

—La vida es un asco —sentencio.

—La tuya, sí.

—Eeeyyy —digo a la vez que la miro mal—, ¿qué hay de ti? Si hubieras sido Lady Di, el pueblo británico le habría exigido a Carlos que se divorciara de ti y se casase con Camila.

Ella pierde su vista en el horizonte, pensativa.

—¿Lady Mabel? Suena bien.

—Eso es porque tienes un nombre del período de entreguerras.

—O porque mi madre fue muy previsora.

—No como el Parker que se casó con una Bowles —señalo—. Juntos parecen el nombre de un minigolf del extrarradio de Londres.

Nos miramos, otra vez no podemos más y rompemos a reír. Nuestras carcajadas se extienden hasta que nuestras sonrisas poco a poco las van sustituyendo.

—Sea lo que sea y fuese quien fuese, me alegro de que alguien haya cuidado de ti —me dice.

La miro y asiento.

—Yo también.

Aunque todo habría sido mucho más fácil si no hubiese sido Christian. Mi boda con Thatcher sigue adelante, sacarlo de mi vida sigue adelante y ahora tengo la sensación de que debo darme mucha más prisa en hacer ambas cosas.

* * *

Después del ferri, cogemos el metro, trasbordo incluido, hasta el Lower East Side y andamos un par de manzanas hasta mi edificio en la 12 Este.

Todavía estamos a unos pasos cuando distingo a Thatcher sentado en el grueso pasamanos de piedra que flanquea la pequeña escalera que separa el 521 de la acera. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y sus largas piernas estiradas.

Mabel y yo intercambiamos una mirada. Es justo pensar que estaría aquí. Al fin y al cabo, la fiesta terminó de manera abrupta cuando Christian ordenó al grandullón que los echara a todos, y aunque me imagino que lo intentó, Thatcher no pudo encontrarme. Eso, en el mejor de los casos; en otro mucho menos susceptible de comprensión por su parte, se enteró de que Christian me llevó en

brazos a la planta de arriba, sin más contexto, algo un pelín más complicado de asimilar.

En cuanto me ve, se levanta de un salto y camina decidido hacia mí. Yo me ajusto el abrigo para ocultar mi vestido de cabaretera.

—Daisy —me llama con alivio andando hasta mí. Vale, estamos en el mejor de los casos—, ¿te encuentras bien? ¿Dónde estabas? —añade rápidamente frunciendo el ceño—. Te estuve buscando durante horas.

¿Qué digo? ¿Qué digo? ¿Qué digo?

—Y yo a ti —suelto de pronto sin darme mucho tiempo para pensar o no seré capaz de mentir como una bellaca, *aka* justo como ahora—. Oí que hubo un incidente en la parte de atrás de la casa y seguridad tuvo que intervenir. ¿Crees que es cierto? —cambio rápidamente el foco de la conversación.

Su frente se arruga un poco más y finalmente cabecea con suavidad, mitad confuso, mitad atónito, a la vez que asiente tratando de poner en orden sus sentimientos.

—No lo sé, la verdad, aunque no me extrañaría. Las fiestas así, con tanta gente importante, a veces se convierten en objetivo de robos y esa clase de cosas.

—Pues hay que estar bastante loco para intentar robarle a Christian Hale —añade Mabel otra vez con esa sonrisita a lo señora Fletcher si a la señora Fletcher le diese por escribir una columna de crímenes sexuales a lo Carrie Bradshaw si Carrie Bradshaw decidiese pasarse a los pódcast de *true crime* como Selena Gomez en esa serie de la tele por cable.

Yo la miro con el claro mensaje telepático «No me puedo creer que hayas dicho eso» y las dos fingimos sonreír casi reír para no levantar sospechas. Puede que la asesine luego.

Thatcher vuelve a fruncir el ceño un poco perdido, pero al cabo de un segundo acaba sonriendo también.

—Supongo que sí —confirma al fin—. ¿Cómo regresaste a casa?

—Metro —contesto encogiéndome de hombros.

—Siento no haber podido acompañarte —se disculpa.

—No te preocupes, el metro y yo somos uno. En firme relación desde el 2012 —añado entrelazando mis índices.

Thatcher sonríe de nuevo y creo que por fin se relaja, como si hubiese dado ese tema por cerrado.

Me pregunto cómo habría reaccionado si hubiese estado en el lugar de Christian. Quiero pensar que se habría comportado de la misma manera, pero lo cierto es que no lo sé, y algo me dice que me equivoco, muchísimo, al creerlo.

Cabeceo apartando esos pensamientos, no van a llevarme a ningún sitio.

—¿De dónde vienes?

Tengo que contener el instinto de volver a ajustarme el abrigo antes de contestar.

—De ningún sitio en realidad —respondo restándole toda la importancia del mundo—. Se me había antojado un pretzel para desayunar, pero el puesto del final de la calle no está montado todavía. Mabel viene de trabajar. Nos hemos encontrado a un par de manzanas.

Las dos asentimos. Ha colado perfectamente.

—Siento que no hayas conseguido tu pretzel, pero te puedo llevar a desayunar si quieres —me ofrece con una sonrisa.

Yo asiento.

—Claro —contesto—. Solo dame un momento para que suba y me cambie de ropa. No es por presumir de estilismo —me inclino como

si fuera a contarle un secreto—, pero voy en pijama debajo del abrigo.

—Te encantaría ver el pijama que ha usado esta noche —comenta Mabel con una inocente sonrisa.

Las dos nos miramos y otra vez fingimos romper a reír. En serio, voy a tener que matarla.

—Vale, vale —responde Thatcher sonriendo también—. Te espero aquí.

Yo asiento de nuevo con una nueva sonrisa y, con Mabel, entramos en el edificio.

Arriba, me cambio a la velocidad del rayo. Sin embargo, antes de salir de mi habitación, me descubro con el pijama de Christian entre las manos sin saber muy bien qué hacer. Me encojo de hombros nerviosa. Lo lavo y se lo devuelvo. Lo guardo en el fondo del armario y finjo que no está ahí. Lo uso para hacer vudú y lo quemo... Hay tantas posibilidades con esa última opción.

Resoplo enfadada y acabo tirándolo encima de la cama.

—Solo es un maldito pijama —me gruño riñéndome—. Das risa, Daisy Messina.

* * *

Thatcher me lleva a desayunar a un sitio elegantísimo y lujosísimo. Me tomo lo que presupongo que son las tortitas más caras de la historia y los muy malvados tienen el valor de servirme el zumo de naranja sin colar. Ya no te puedes fiar de ningún garito.

Me acompaña de vuelta a casa y, antes de despedirnos, me pide que vaya mañana a la Empresa. Al parecer hay algo que su abogado necesita tratar conmigo.

Subo los escalones lamentándome como siempre de vivir en un cuarto sin ascensor y cruzo mi rellano. Abro la puerta pensando en ponerme una peli de fondo, tumbarme en el sofá y...

—¡Dios! —grito llevándome la mano al pecho a punto del paro cardiaco—. ¿Qué demonios haces aquí?

29

Daisy

Christian, sentado cómodamente en mi salón, con los codos apoyados en los reposabrazos del sillón y sus largas piernas estiradas con los tobillos cruzados sobre mi mesita de centro, suelta una bocanada de aire sin levantar la mirada de mí.

Desprende tanta seguridad que cualquiera diría que este piso es suyo y no que se ha colado Dios sabe cómo.

De pronto me pica demasiado la curiosidad.

—¿Cómo has entrado? —inquiero mirando si la puerta está forzada, aunque sé que no, acabo de usar la cerradura. Tampoco hay cristales rotos en la ventana del salón, la que da a la escalera de incendios.

—Quería saber cómo estabas —dice con toda la tranquilidad del mundo, incorporándose hasta quedar sentado, echándose ligeramente hacia delante e ignorando por completo mi pregunta.

—Y yo, cómo has entrado —insisto porque no quiero tener que responder. Es demasiado complicado hablar de todo esto con él cuando ni siquiera me atrevo a hablarlo conmigo misma.

—Contéstame —me ordena con esa voz tan autoritaria y, para mi desgracia, tan increíblemente sexy a la vez que se levanta y avanza un par de pasos en mi dirección—. ¿Cómo estás?

—De lujo —respondo señalándome de arriba abajo—. Y ahora, por favor, márchate.

—¿Por qué te has ido esta mañana?

—Porque era lo mejor y tú también lo sabes.

Estoy empezando a ponerme nerviosa y no sé exactamente por qué. Ahora mismo soy como uno de esos gatos de los dibujos con el pelo del lomo erizado. ¡Esto es ridículo! No hay nada entre nosotros más que odio; lo que pasó ayer, simplemente pasó, y no quiero darle más vueltas.

Cabeceo. Se acabó.

—No, no es verdad —replica.

Pero no le doy tiempo a decir nada más, no escucho lo que ya ha dicho y echo a andar hacia mi habitación.

Christian suelta un «Joder» entre dientes, sale tras de mí y me agarra de la muñeca obligándome a girarme para que estemos frente a frente.

—Deja de huir —me advierte, pero hoy no es el día para ir de CEO malhumorado conmigo. ¡Estoy enfadada! Aunque ni siquiera sé si esa es la emoción correcta.

No entiendo qué hacía Winston allí. No puedo quitarme estas ganas picantes y picajosas de ir a buscarlo y hacerle daño, mucho, vengarme, pero, al mismo tiempo, la sola idea de volver a tenerlo delante, de pisar esa casa, esa cocina, me hace morirme de miedo y la tristeza y la inquietud y la rabia, todo vuelve. Todo se hace tan fuerte que temo no poder volver a respirar.

—Déjame en paz —le exijo soltándome.

—¿Crees que no soy capaz de ver cómo te sientes? —continúa agarrándome de nuevo, dejándonos más cerca.

—Tú no me conoces —miento furiosa—. No puedes saber cómo me siento.

—Muy bien, pues entonces dímelo tú —me desafía arrogante—. ¿Cómo estás?

—Ya te lo he dicho. *Estoy bien* —contesto haciendo hincapié en las dos últimas palabras, casi gritando.

—No es verdad —replica con algo a medio camino entre un resoplido y una sonrisa dura, breve y arisca—. ¿Cómo estás?

—¡Ya te lo he dicho!

¡Lo odio!

—¿Cómo estás? —gruñe de nuevo, sin soltarme, sin dejarlo estar. ¡Quiero que lo deje estar!

—¡Estoy hecha polvo! —chillo silenciándonos a los dos.

Y pasa que por fin algo dentro de mí se desenreda. Una lágrima cae por cada una de mis mejillas y me quedo muy quieta. Llevo toda la mañana luchando, yendo a contracorriente, pensando que ignorar cómo me sentía haría que el problema desapareciese, pero eso nunca funciona. Tenía que soltarlo. Tenía que sacarlo fuera. Y necesitaba que alguien me presionara hasta el punto de mirar dentro de mí de verdad.

Christian aprieta los dientes sin levantar sus ojos de los míos. Alza las manos y despacio, con cuidado, me seca las lágrimas.

—Nunca va a dejar de doler —murmuro con la voz rota, perdida, vacía—. Estoy cansada de que duela.

—Te prometo que va a dejar de doler —contesta con la voz ronca —. Te lo prometo —repite justo antes de inclinarse sobre mí y besarme mientras sus manos acunan mi cara.

No sabía qué iba a hacer, pero de alguna manera sí, como si mi cuerpo sintonizara una emisora especial con el suyo. Christian profundiza el beso y yo lo dejo mientras me voy perdiendo en él y al mismo tiempo es mi refugio, mientras me agarro a su camiseta y mi boca sigue la suya danzando, bailando, volando.

Se me olvida absolutamente todo.

Baja sus manos por mis costados, despertando mi piel, rindiéndola a su paso. Las ancla en mi culo, levantándome a pulso. Yo reacciono sin dudar y rodeo su cintura con mis piernas a la vez que mis brazos hacen lo mismo con su cuello.

Es una locura. Lo sé. Pero ahora mismo solo quiero sentirme bien, solo quiero respirar, solo quiero sentir que, de verdad, él reduciría el mundo entero a cenizas solo por mí.

Me lleva hasta mi habitación sin separarnos un solo centímetro, sin dejar de besarnos. Nos deja caer en la cama y nuestras piernas se enredan rápido. Nuestros besos se vuelven salvajes. Siento sus manos en todas partes y me derrito poco a poco sin poder dejar de gemir contra sus labios.

Lo he echado de menos.

He echado de menos esto.

Sentirme como me siento ahora.

Lleva sus manos al bajo de mi camiseta y lo agarra para sacarme la prenda por la cabeza. Automáticamente mi cuerpo se tensa y mi respiración se vuelve aún más errática, con sus labios a escasos centímetros de los míos. Sé que él lo nota porque sus dedos, por una milésima de segundo, se quedan paralizados, pero no se rinde y se deshace de la prenda.

—Christian... —pronuncio en un leve hilo de voz sin saber cómo seguir.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me llevo las manos al estómago en un torpe intento de tapar la cicatriz que lo cruza de lado a lado.

Empiezo a negar con la cabeza sobrepasada, nerviosa, triste. Odio ese pedazo de mi cuerpo. Odio la idea de que cualquiera pueda verlo, que lo haga él, porque ¿cómo alguien podría querer tenerlo delante, acostarse con una chica así?

Me avergüenza.

Me asusta.

Me pone demasiado triste.

—Daisy —me llama Christian agarrándome de la barbilla, obligándome a dejar de pensar y mirar sus increíbles ojos verdes encima de mí.

En cuanto nuestras miradas conectan, las palabras parecen sobrar. Me suelta sabiendo que ya no apartaré mis ojos de los suyos y despacio lleva una de sus manos hasta mi estómago. Las mías se ponen tensas sobre mi piel cuando comprendo que quiere apartarlas, pero no se rinde, pasa sus dedos por mis nudillos, por los míos, antes de agarrar suavemente mi mano y moverla. Hace lo mismo con la otra. Me siento demasiado vulnerable, demasiado rota para que alguien quiera recoger los pedazos.

Sus dedos acarician mi piel lentamente con mimo, con ternura, con dulzura, como si estuviese tocando el más preciado de los tesoros.

—Christian... —vuelvo a murmurar mientras más lágrimas caen.

Su otra mano atrapa la mía y la lleva hasta su erección bajo sus vaqueros, sin dejar de acariciarme.

—¿Lo entiendes ahora? —dice haciendo que mi mano apriete su polla dura como el maldito acero—. Esto es por ti —continúa mirándome a los ojos, sin un solo resquicio de duda—, por tu cuerpo, porque es jodidamente perfecto exactamente como es.

Mi corazón empieza a latir más y más deprisa, desbocado. Mi respiración se vuelve aún más caótica y las lágrimas vuelven, pero ya no son de rabia ni de tristeza. El alivio se conjuga con una emoción a la que no puedo ponerle nombre y algo brilla dentro de mí como si por primera vez por fin hubiese conseguido escapar, de verdad, de esa maldita noche de pesadilla.

—Christian... —repito por tercera vez.

Él se inclina sobre mí, sin dejar de acariciarme.

—Nada va a volver a hacerte daño, te lo juro por Dios.

Lo dice contra mis labios justo antes de volver a besarme, de que nos fundamos hasta borrar cualquier frontera entre los dos.

Me desnuda sin apartarse un centímetro más de lo necesario, sin detenerse, jamás. Yo me deshago de su ropa con dedos torpes.

Christian hunde su boca en mi cuello. Calienta mi piel con su aliento y me muerde, con fuerza.

Gimo.

Dios, arqueo todo mi cuerpo buscando el suyo.

Y entonces me besa calmando la piel que él mismo ha agitado.

Es solo el preludio. Sigue bajando, explorando mi piel con su boca sucia y perfecta. Besándome, chupándome, incendiándome y quedándose, con toda la arrogancia y alevosía del mundo, a ver el color de las llamas.

Tira de mi pezón entre sus dientes mientras sus hábiles dedos se encargan del otro. Mi respiración se transforma en jadeos. Los jadeos en gemidos. ¡Hasta que grito!

El placer y el deseo han tomado el control. La excitación, el calor y las ganas marcan el camino.

Más besos. Más abajo. Christian levanta la mirada sin separarse de mi piel y esos ojos verdes, la manera posesiva y salvaje en la que me mira, me alimentan para que todo lo que pueda querer ahora mismo sea lo que sus manos y su boca quieran darme.

Pasea el índice por encima de mis bragas, la única prenda que aún llevo puesta, presionando lo justo sobre mi sexo, deslizándolo con sabor a tortura.

—Joder —gimo completamente extasiada.

Siento su sonrisa más que la veo.

Se deshace de mis bragas.

Me recoloca a su voluntad.

Y pierde su cabeza entre mis piernas.

—¡Christian!

El primer beso justo en el centro, justo donde lo necesito desesperadamente.

Empieza a moverse tan bien que podría morirme de gusto en cualquier momento. Su boca, sus dedos, sus dientes, su lengua. La manera en la que su brazo me mantiene clavada a la cama para evitar que salga volando.

—Dios, Dios, Dios... —empiezo a gemir bajito mientras el placer lo inunda todo.

Se mueve más rápido. Su lengua convierte mis deseos no dichos en realidad. Un gemido largo y profundo se escapa de mis labios. Acompaso mis caderas a sus movimientos. Es demasiado bueno.

Me embiste con el dedo corazón y lo mueve sin sacarlo al condenado tempo perfecto.

Se incorpora al tiempo que se limpia la boca con el reverso de la otra mano en el movimiento más sexy de todos los tiempos y se inclina, dejando sus labios muy cerca de los míos.

Añade un dedo más y me embiste con los dos, follándome con ellos.

—¡Christian! —grito.

Rápido. Rápido. ¡Más rápido!

Duro. Duro. ¡Más duro!

Una media sonrisa sexy y arrogante se cuela en sus labios porque está disfrutando torturándome.

—¡Christian! —vuelvo a gritar.

Y me besa con fuerza, desmedido e indomable, mientras que el placer me llena por dentro como si fuera una botella de Coca-Cola

llena de Mentos estallando en la reacción química más alucinante.

No deja que el deseo se apague, ni siquiera un poco.

Sigue besándome. Mis dedos se pasean por sus hombros anchos y duros, bajo por su pecho. Disfruto de su boca contra la mía mientras mis dedos se pasean por su estómago duro perfectamente cincelado, como si estuviese delante de una escultura de Ares.

Bajo un poco más. Agarro su polla, que late poderosa contra mi mano.

Christian gime contra mi boca y el sonido me excita aún más, me vuelve avariciosa porque quiero oírlo otra vez.

Muevo de nuevo la mano.

Gime.

Gimo.

El placer sube un escalón más. Todo se vuelve aún más intenso. Sus besos, más salvajes. Sus manos en mis caderas, más posesivas mientras las mías siguen acariciándolo, disfrutando de que ahora la diosa de la provocación y la tortura sea yo.

Pero, tomándome por sorpresa, Christian me coge de la muñeca y la aparta, apresando también la otra y llevándolas contra el colchón por encima de mi cabeza, gloriosamente desnudo encima de mí.

—Dime que tienes un puto condón, Daisy —ruge—, porque voy a volverme loco si no te follo, duro.

Las puertas del éxtasis en las que me encuentro me hacen sonreír involuntariamente sin poder dejar de mirarlo, paladeando que sea así de guapo, de atractivo, de sexy, mientras sus ojos verdes me devoran entera.

—En la mesita de noche —contesto.

—No las muevas —me ordena justo antes de soltarme.

Su voz ronca y autoritaria me hace gemir mientras observo cómo se estira hasta la mesita, rebusca en el cajón y saca un preservativo.

De nuevo sobre mí, rompe el envoltorio con los dientes y se coloca el condón con una habilidad digna de récord.

Pierde la mano entre los dos y acaricia mi entrada con la punta de su polla.

Yo suelto un gemido largo y entregado mientras, sin ni siquiera decidirlo, echo la cabeza hacia atrás y todo mi cuerpo se arquea buscando más. No he sido yo, ha sido mi propio cuerpo persiguiendo el placer.

—¿Con cuántos tíos has estado en estos cuatro años? —me pregunta, y, exactamente como antes, su voz suena ronca y autoritaria.

Yo tengo que concentrarme para abrir los ojos y mirarlo. ¿A qué ha venido eso? ¿Justo ahora? ¿Por qué?

Abro la boca, pero no soy capaz de articular palabra.

Christian vuelve a repetir la misma caricia, alargándola un poco más, dejándome un poco más al borde del abismo. Vuelvo a gemir.

—Contéstame —me ordena.

—No quiero —respondo con la voz llena de jadeos.

—Y yo quiero saberlo —replica sin remordimientos.

Otra caricia con sabor a paraíso, mi cuerpo empieza a temblar suavemente, desesperado por más, pero él vuelve a detenerse.

—Eres un capullo —me quejo exasperada.

Una media sonrisa se cuela en sus labios.

—Puede ser, pero tú te mueres porque esté dentro de ti —realza lo obvio otra vez sin un poquito de arrepentimiento—. ¿Cuántos?

No quiero contestar porque me estaría delatando. Quiero que piense que estos cuatro años han sido una fiesta nivel gran Gatsby y que yo he sido tan feliz, he estado tan bien follada, que me costaba trabajo respirar.

Christian se inclina sobre mí. Sus preciosos ojos verdes me miran desde arriba justo antes de acercarse un poco más, despacio, llenándolo todo de placer anticipado.

Ya puedo sentir su cálido aliento entremezclándose con el mío, los labios me queman de puras ganas.

—¿Cuántos? —repite torturador.

¡Dios!

—¡Dos! —grito enfadada por no ser la mujer de hielo y echarlo de mi cama de una patada.

Él sonríe encantado, deja que el peso de su cuerpo caiga un poco más sobre el mío, atrapándome en la cárcel más maravillosa del mundo.

Me coge de la barbilla otra vez, obligándome a mirarlo. El gesto tiene mucho de orden, pero también de placer, de dureza.

—¿Y con cuántos te corriste?

—Te odio —le escupo.

Su media sonrisa vuelve.

—Con ninguno.

Sonríe triunfal y yo ahora mismo quiero estrangularlo.

—¿Con cuántas mujeres has estado tú? —le reprocho enfadada porque haya utilizado el sexo para salirse con la suya.

Él me mantiene la mirada. No necesita pensarlo. No duda. No se arrepiente.

—Con ninguna.

¿Qué?

Christian vuelve a sonreír por mi reacción, y me embiste con fuerza transportándome al paraíso con un solo envite.

—¡Dios! —grito.

Empieza a moverse duro, castigador. Mi mente se evapora. No la necesito. Ahora mismo solo quiero sentir y nada más.

Sus caderas encajan contra las mías una y otra vez. Cada golpe más profundo, más fuerte, más rápido. ¡Dios! Es como una maldita melodía perfecta, como la mejor de las coreografías.

—¡Joder! —grito con los ojos cerrados.

Siento cómo me posee, cómo me alimenta, cómo me folla, cómo me hace feliz.

—¡Dios, Christian!

Todo mi cuerpo vuelve a arquearse, a perseguir el suyo. Me besa. Se entierra en mí hasta llegar a doler, sale glorioso y yo solo puedo suplicar que vuelva.

—Por favor, no te pares —le ruego derritiéndome despacio.

—Tendrían que matarme para separarme de ti —contesta contra mi boca.

Más besos.

Más embestidas perfectas.

Me siento como una diosa, como si en este momento, en este pedazo del mundo, para él solo existiera yo, solo importara yo.

Solo le valgo yo.

«Ninguna», su voz repite esa palabra en mi cabeza.

—¡Christian! —grito, y me corro con fuerza.

El placer me recorre aún más rápido, me destroza, me reconstruye, me hace volar y me clava en esta cama con tanta fuerza que siento que no pertenezco a ningún otro lugar.

Pero él no se detiene. No ha tenido suficiente de mí y eso me llena más, me hace sentir mejor conmigo misma, me emborracha aún más de la idea de que yo no soy esa cicatriz. No lo soy. No lo soy. No lo soy.

Las brasas se vuelven llamas. La hoguera, infinita. Y vuelvo a saltar al vacío por tercera vez mientras un maravilloso orgasmo me recorre de pies a cabeza.

Christian entra, sale, una vez más, diez, y mordiendo mi cuello se corre dentro de mí.

Los siguientes minutos nos quedamos muy quietos, como si todo este placer y deseo hubiese construido una burbuja a nuestro alrededor. Incluso la ciudad está en silencio. Solo se oyen nuestras respiraciones tranquilizándose lentamente.

Me niego a dejar que mi sentido común tome el mando, pero no puedo estar en este estado de semiconciencia embargada de placer el resto de mi vida... ¿o sí? ¿Voluntarios para comprobar si se puede vivir en la dicha postcoital eternamente? Yo, Daisy Messina. ¿Dónde firmo...?

¿Qué hemos hecho?

Y así, absolutamente en contra de mi voluntad, tres palabras y dos signos de interrogación explotan mi mística sensación de paz.

Me levanto y rápido me envuelvo con la sábana, ya no me parece bien estar desnuda delante de él, mientras busco mi ropa.

—Tienes que irte, Christian.

30

Christian

La observo salir de la cama y envolverse en la sábana. Sé lo que debe de estar pensando ahora mismo. Nos hemos dejado llevar y nos hemos acostado, pero ¿y qué? No hemos cometido ningún crimen y tampoco nos hemos equivocado.

—Daisy —la llamo incorporándome hasta quedar sentado, pero ella ni siquiera me escucha mientras frenéticamente recoge su ropa.

Sé que está nerviosa y sobrepasada y, joder, lo entiendo, pero encerrándose en sí misma no va a solucionar nada. Tenemos que hablar.

—Daisy...

—Déjame en paz, Christian, y márchate —me interrumpe malhumorada.

Me levanto de un salto y me pongo los bóxers y los vaqueros. No lo hago porque lo necesite, sino porque creo que ella se sentirá más cómoda.

—No voy a irme a ninguna parte —le dejo claro desdeñoso.

Ella resopla y va decidida hasta la puerta, yo leo sus intenciones a la perfección y me adelanto taponándole el camino.

—No ha pasado nada malo —le digo con voz serena, tratando de tranquilizarla.

No hace falta ser ningún genio para darse cuenta de que esa cabecita está funcionando a mil por hora.

—Nos hemos acostado —contesta a punto de gritar—. Eso no es un error, es el mayor de ellos. Voy a...

—No vas a casarte con Thatcher —rujo adivinando cuál iba a ser su siguiente frase.

Ella me mantiene la mirada. Es como meternos de lleno en un maldito desafío, así me siento ahora. No soy ningún estúpido, sé que nuestro matrimonio fue un puto desastre; cómo acabó, aún más. Tampoco se me ha olvidado que nos hemos pasado los últimos cuatro años odiándonos, pero las cosas cambian. Puede que no sepa exactamente qué es lo que siento por ella, pero hay algo que no para de gritarme que es mía.

—Precisamente, *justo ahora* —replica furiosa, haciendo hincapié en esas dos palabras—, tengo más claro que nunca que casarme con Thatcher es lo que debo hacer.

Resoplo.

—Lo que ha pasado *justo ahora* es que te he follado duro y te has corrido tres putas veces. Llama a las cosas por su nombre, nena —contesto con la voz fría e intimidante, caminando hacia ella.

Al oírme, las mejillas de Daisy se tiñen de rojo mientras me sigue mirando como si quisiera asesinarme y yo tengo que contenerme lo indecible para no follármela otra vez aquí mismo.

—Te deseo —continúo, y es la pura verdad— y te quiero de vuelta en mi vida, lo que automáticamente significa que quedas completamente fuera del alcance de cualquier otro tío, el primero de la lista: Bolton.

No me arrepiento de una sola palabra.

Daisy se queda atónita, pero apenas dos segundos después sale de su ensoñación y aprieta los dientes todavía más enfadada.

—Me da igual lo que quieras, Christian —gruñe indignada e irritada—. Yo tomo mis propias decisiones. Tú y mi padre me

empujasteis a casarme por culpa de unas acciones que ni siquiera quiero, pero no pienso permitir que volváis a controlarme.

No se acobarda y no deja de mirarme a los ojos. Hace cuatro años también era así, la cosa más dulce del mundo, pero con un carácter fuerte e impulsivo. He comprendido que antes lo aplacaba y acababa cediendo. Ahora está claro que no va a hacerlo y yo todavía no tengo claro si me gusta o no que me plante cara.

—Lo de Blaine fue cosa de tu padre.

—Y a ti te dolió muchísimo tenerte que aprovechar de la situación, ¿verdad? —contesta irónica llevándose la mano al pecho—. Vamos a llamar al Papa para que te canonice.

Tuerzo los labios en una sonrisa burlona.

—Todavía no tengo claro si me gusta que me plantes cara.

—Observo que sigues compartiendo tus preocupaciones como si me interesaran —replica otra vez sardónica, entrecerrando los ojos.

Me encanta su humor y que sea tan rápida.

—No vas a casarte con Thatcher —mi voz suena más ronca, mis ojos vuelven a atrapar los suyos.

Nadie va a tocarla y mucho menos a apartarla de mí.

—Nos hemos acercado demasiado, Christian —contesta exasperada.

—¿Y qué tiene de malo?

Sé que está demasiado inquieta, pero no ha sido ningún error.

—Todo —está a punto de gritar de nuevo—. Tú me odias y yo no quiero volver a estar donde no me quieren.

Esas palabras sacuden algo en mi interior. Yo sí la quería en mi vida. Puede que fuese un matrimonio concertado, que intentara mantenerla alejada de mí, pero de alguna manera Daisy consiguió metérseme bajo la piel. Aunque todo eso da igual porque todo tuvo que acabar de la puta peor manera posible. Recuerdo la última vez

que la vi. Odio pensar que le hice daño, pero ella tampoco me lo puso fácil, joder. Se comportó como una cría impulsiva. Recuerdo su cara llena de lágrimas mientras me pedía que no lo hiciera. Esa noche, esa imagen se me quedó clavada para siempre.

—Daisy...

—Voy a adelantar mi boda con Thatcher —me interrumpe. Una lágrima se escapa por su mejilla, pero se la seca con rabia—. Nos casaremos la semana que viene.

—No —siseo con un humor de perros, con la rabia empezando a inundarlo todo.

—Tú no decides esto —replica cerrando los puños junto a sus costados.

—No vas a hacerlo —rujo.

—¡No puedes impedírmelo!

Sin dudarlo, la cojo de las caderas por encima de la sábana y choco su cuerpo contra el mío con la mirada clavada en sus labios. Su respiración se acelera. El corazón me martillea en los oídos.

—No voy a volver a perderte —le advierto contra su boca.

Desde que volvió todo ha sido una locura, pero, cada vez que la he tenido cerca, aunque la odiase, ha sido el único puto segundo en el que todo ha tenido sentido.

Daisy se muerde el labio inferior sin poder controlarse y yo hundo mis dedos en su piel con más fuerza, más salvaje, controlándome para no volver a meterla en esa cama y no dejarla salir jamás.

Levanta la mirada y busca mis ojos con los suyos, azules e increíbles.

—No puedes perder lo que ya no es tuyo —dice bajito, casi en un jadeo, pero llena de seguridad.

31

Daisy

Pero Christian no me escucha y me besa con fuerza tratando de borrar esas palabras, consiguiéndolo. ¿Por qué tiene que saber tan bien? ¿Por qué tengo que echarlo tanto de menos? ¡No quiero echarlo de menos! ¡No puedo volver a enamorarme de él!

Por favor.

Sacando fuerzas no sé muy bien de dónde, logro aferrarme a mi sentido común y lo empujo con las dos manos separándolo de mí. En cuanto lo hago, le cruzo la cara de una bofetada.

Christian la gira y, cuando devuelve su mirada a la mía, sus ojos verdes parecen de acero en una mezcla brutal de deseo y rabia.

—Te odio —le digo manteniéndole la mirada.

Odio que me pusiera las cosas tan difíciles, que no me dejara quererlo.

—No es cierto —niega con la cabeza.

—Te odio —repito, cogiendo su camiseta y lanzándosela.

Odio que no fuese capaz de ver que no podía contarle la verdad, no que no quisiese.

—No es cierto.

Que fuese capaz de echarme de su vida como si no le importase nada.

—¡Te odio! —grito, y las lágrimas empiezan a bañar mis mejillas.

¡Ya no puedo más! ¡Estoy tan enfadada...! Tan triste, aunque, por una razón que ni siquiera entiendo, solo pueda permitirme sentirme así con él, como si fuera con el único con el que puedo quitarme la coraza. Irónico, ¿verdad?, teniendo en cuenta que tuve que aprender a llevarla por su culpa.

Christian deja escapar todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de mí. A veces tengo la sensación de que es como un tren de mercancías, llegando y arrasando. ¡Él me echó de su vida! ¡¿Por qué no puede largarse ahora que soy yo la que quiere que desaparezca de la mía?!

También creo que él es capaz de ver todo eso porque, en mitad de toda esa rabia, una chispa de dolor brilla en sus ojos.

Sin decir nada más, Christian destruye la distancia que nos separa, se inclina sobre mí y me da un beso en la frente. El gesto se prolonga unos segundos. Yo no dejo de llorar. Ha hecho lo mismo que hizo en su habitación, ayer, después de que yo le contara lo que me había pasado en la casa de acogida y, como en ese momento, ahora consigue que me sienta protegida. ¿Por qué? No es lo que quiero. No es lo que debería querer.

Recoge sus zapatos y se marcha. Yo me quedo observando la puerta, todavía envuelta en la sábana. Tendría que haber huido lejos cuando tuve la oportunidad, lejos de él, de mi padre, de Catskills, de Nueva York.

Supongo que Caleb debió de pensar lo mismo aquella noche. Ya era primavera, pero no dejaba de llover. Yo acababa de ponerme el pijama, estaba acurrucada en el sofá viendo una serie de Netflix, esperando a que Christian llegase de trabajar, cuando él me llamó. Estaba en un bar. Eso me hizo correr a la habitación, vestirme lo más deprisa que pude y coger las llaves del coche.

Caleb era alcohólico.

Me encantaría decir que en aquel momento rehabilitado, pero no sería cierto. Después de dos años con el tema de la bebida controlado, volvió a caer unos meses atrás. Trataba de engañarnos, pero no lo lograba y todos estábamos muy preocupados.

Dos días antes de aquella noche, le había prometido al señor Hale que no bebería más.

Mentí a los hombres de Christian que vigilaban Hudson Yards diciéndoles que había olvidado recoger un regalo para mi marido y que me habían llamado de la tienda. Como deferencia especial hacia los Hale, aunque ya estaban cerrados, un empleado me esperaría para que pudiese recogerlo. No era nada raro que todos en la ciudad quisiesen agradar a Christian Hale, así que me creyeron.

Conduje casi una hora hasta un bar de Passaic, en Jersey.

Caleb estaba en la barra agarrado a su vaso de whisky con la mirada más triste que he visto jamás.

—No me quiere —fue lo primero que me dijo.

Yo torcí los labios. Él pensó que lo hacía porque no sabía a quién se refería, pero, cuando pasaron los segundos y no pregunté de quién hablaba, entendió que mi gesto respondía precisamente a todo lo contrario. Sabía que se trataba de Gillian.

Ella y yo nunca fuimos amigas. Al principio me preguntaba por qué, porque a mí me habría encantado que tuviéramos una buena relación —al fin y al cabo, éramos las únicas chicas en la familia Hale — y, más que nada, porque en las reuniones familiares, si Christian o Caleb andaban cerca, era muy agradable conmigo. Después simplemente dejaba de existir para ella.

Yo tenía veinte años, vivir en una familia que incluyera a más de dos personas era nuevo para mí y era demasiado inocente, así que tardé un poco en entender que Gillian no me quería allí. Cómo se comportaba si había otros cerca era solo parte de su tapadera de

perfección y, lejos de desear tener a otra chica allí para tener algo parecido a una hermana, Gillian buscaba ser la única mujer en la familia Hale.

Sin embargo, una vez que comprendí aquello, todo lo demás fue fácil de ver. Gillian no quería a Caleb de verdad, y esa idea que le encantaba vender de que Christian era su mejor amigo era una farsa porque en realidad estaba enamorada de él.

No fui la única que lo vio. Puede que Christian no se diese cuenta, pero Caleb estaba claro que sí.

—Ya lo sabes, ¿eh? —me preguntó con una media sonrisa que pretendía ser graciosa, pero no le llegaba a los ojos para nada.

Yo me encaramé al taburete a su lado.

—No es difícil de ver si prestas la suficiente atención —contesté sintiéndome muy mal por él.

—Eso es porque eres muy lista, hermanita —respondió dándome un suave tirón de la coleta.

Los dos sonreímos, pero otra vez eran sonrisas sin luz.

—¿Estás bien? —le pregunté, y menuda estupidez. Era obvio que no.

—Es complicado y al mismo tiempo muy sencillo —explicó con la vista en la pared tras la barra, pensativo—. La historia más vieja del mundo: quieres a alguien con todo lo que tienes, pero esa chica está enamorada de tu hermano pequeño.

Volví a torcer los labios con empatía. Me dolía muchísimo verlo así.

—¿Sabes que se ofreció a casarse con él antes de que aparecieses tú?

Yo fruncí el ceño. ¿Iba en serio?

—Nosotros ya estábamos prometidos, pero ella dijo que debía sacrificarse por Christian, que él la necesitaba. Me lo vendió como una acción abnegada y desinteresada, pero a mí solo me sirvió para

confirmar lo que había sospechado siempre pero me había negado a aceptar. Christian rechazó la propuesta, ni siquiera lo dudó, y a ella le dolió tanto... —Un resoplido corto y herido se escapa de sus labios —. Me contó que estaba aliviada de que él se hubiese negado, pero era mentira. No era más que una puta mentira —añade llevándose el pulgar y el índice a las sienes y cerrando los ojos.

—¿Y por qué la aceptaste de nuevo? —planteé, aunque una parte de mí ya conocía la respuesta y es lo que hacía todo aquello aún más injusto.

—Porque la quiero —contestó sin dudar.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Mi futura mujer solo me quiere para ser la señora Hale y —dejó en el aire alzando el índice con una discreta sonrisa, como si fuera la mejor parte— para poder estar cerca de mi hermano. Me muero por ver la cara que pondrá cuando se dé cuenta de que Christian está enamorado de ti —añadió golpeando levemente la barra con la punta de dos dedos para indicarle al camarero que le sirviera otra copa.

Unos segundos después un hombre con chaleco le sirvió otra ginebra, sola.

—¿Te pongo algo? —me preguntó.

—Christian no está enamorado de mí —repliqué negando también con la cabeza.

Yo sí lo estaba de él, absoluta e irremediablemente colada, pero sabía que no era mutuo.

—Una soda —contestó Caleb por mí. Antes de que yo pudiera quejarme, él habló por encima de su vaso—. No tienes veintiuno, no vas a beber y Christian sí está enamorado de ti, solo que no lo sabe. Ten paciencia con él.

Yo quise seguir protestando, pero la posibilidad de que aquello fuese cierto me hizo sonreír y acabé bajando la mirada.

Caleb sonrió a mi lado.

—Supongo que no vamos a comentar que tú también estás un poco enamorada de él —se rio de mí chocando cariñosamente su hombro con el mío.

—Déjame en paz —me quejé empujándolo, pero la verdad es que, por mucho que lo intenté, no pude hacer desaparecer mi sonrisa, solo que se volviera más pequeña. Así era muy difícil mostrarme por encima de las circunstancias.

Caleb se dio cuenta y rompió a reír. Yo seguí protestando, pero solo conseguí divertirlo aún más y acabar riendo yo también.

—Vais a ser muy felices —sentenció cuando nuestras carcajadas se calmaron.

—Gracias —contesté bajito, y puede que me sonrojara un poco—. Tú también puedes serlo, ¿sabes? Solo tienes que hablar con ella y arreglar las cosas. Ser sinceros. Puede que no esté enamorada de ti, pero es obvio que siente algo.

Daisy Messina, Hale en aquel momento, empeñada en pensar que el amor siempre es suficiente.

—Y también sería bueno que dejaras de beber, Caleb —continué, armándome de valor. No sabía hasta qué punto eso era mencionar la soga en la casa del ahorcado y me preocupaba meter la pata hasta el fondo, pero al mismo tiempo no podía quedarme callada. No quería verlo sufrir y tampoco quería que intentara arreglarlo hundiéndose hasta el fondo de una botella de Hendrick’s—. Todos estamos muy preocupados por ti.

Él no dijo nada y yo me lo tomé como una invitación a seguir hablando. Quizá saliera algo bueno de esa noche.

—¿Volviste a beber porque descubriste que Gillian estaba enamorada de Christian?

Noel me había hablado del problema de Caleb. Con la información que acababa de obtener acerca de que confirmó los sentimientos de Gillian hacia Christian cuando ella se ofreció a casarse y Christian la rechazó, las fechas encajaban.

Me molestaba un poco hablar de Gillian y Christian, pero ni siquiera era un pensamiento completo en mi mente porque sabía que Christian la veía como la mujer de su hermano y nada más. Confiaba al mil por mil en él.

Caleb asintió.

—Fue la única manera que encontré de sobrellevar que soy un maldito cobarde.

Fruncí el ceño.

—No lo eres —lo rebatí deprisa—. ¿Por qué lo piensas?

—Porque lo que tendría que haber hecho es descubrirla ante mi hermano, dejarla y que se hubiese marchado, pero en lugar de eso fingí que no pasaba nada para no perderla.

Una lágrima resbaló por su mejilla, pero se la secó con rabia.

De pronto estaba muy enfadada. Caleb es guapísimo, puede que no de esa manera tan salvaje como Christian, pero lo es, como Brayson o Noel. Los Hale tienen algo. Además es bueno, inteligente, divertido y leal hasta la médula, otra cualidad estrella de esa familia. Cualquier chica sentiría que le había tocado la lotería si él se fijara en ella. En ese mismo bar había más de una mujer que no le quitaba ojo y, sin embargo, el destino había decidido que él se hubiera enamorado de alguien que no le correspondía, que no se lo merecía, alguien que solo sabía hacerle daño.

—Se quedó embarazada —soltó de pronto.

—¿Qué? —murmuré tan sorprendida que no fui capaz de decir nada más.

—¿Sabes qué me dijo?

—¿Qué? —repetí, y el corazón se me encogió, temiéndome lo peor.

—Que no pensaba tenerlo porque no iba a tener un hijo de un fracasado como yo. Esta tarde ha abortado.

Dejó escapar todo el aire de sus pulmones otra vez con la vista en ninguna parte y el largo suspiro acabó entrecortándose.

—No te merece —sentencié, y la rabia se entrelazó con mi voz.

—Lo sé. Ojalá nos enamoráramos siempre de la persona que nos merece y nos quiere, pero, desgraciadamente, suele ser al revés.

Se terminó la copa de un trago y volvió a golpear la barra con el índice y el anular para que le sirviesen otra.

—Caleb, no —traté de detenerlo agarrándolo suavemente del brazo.

Él se volvió y ahí estaba de nuevo, la mirada más triste del mundo.

—Hoy lo necesito, hermanita.

Yo le mantuve la mirada con los labios apretados, sintiendo su tristeza y su dolor. Era tan injusto que se sintiese así...

—Está bien —concedí.

Me equivoqué... Me equivoqué muchísimo... Tendría que habérmelo llevado de allí, quitarle esa copa, pero estaba destrozado y todos en algún momento necesitamos que nos den un poco de cuerda. Me prometí a mí misma que esa era la última noche que le dejaría beber, que me convertiría en su sombra si era necesario, pero jamás iba a volver a sentirse así de solo.

—No se lo digas a nadie —me pidió.

Podría haberle preguntado que por qué me había llamado entonces, pero sabía que era porque después de todo, justo ese día, necesitaba a alguien, y yo no pensaba dejarlo solo por nada del mundo.

—No lo haré —le aseguré.

—Gracias.

—Gracias a ti. Nunca había estado en Passaic —bromeé.

Sonreí sin ganas y él hizo lo mismo.

Pasamos dos horas más en aquel bar. Intenté que no bebiera demasiado, pero fue una misión abocada al fracaso desde el principio.

Me las apañé como pude para montarlo en el asiento del copiloto y ponerle el cinturón de seguridad. No paraba de moverse y quejarse, diciendo que él era quien debía conducir, que es lo que hacen los hermanos mayores.

—Por eso te he llamado a ti —explicó de pronto, trabándose con absolutamente todas las palabras.

Estábamos a punto de cruzar el río Hackensack.

Yo aparté un segundo la vista de la carretera y lo miré con el ceño fruncido. A pesar de su nivel de alcohol en sangre, captó que no había pillado lo que quería decir y continuó después de hacer algo parecido a sonreír. La ginebra se lo estaba poniendo complicado.

—Sabía que tú me entenderías y no me echarías la charla sobre que no puedo beber.

—Pienso echártela mañana —le advertí haciéndole un mohín.

—Prométeme que no se lo vas a decir a nadie —me pidió.

Volví a arrugar la frente.

—Ya te lo he prometido en el bar —le recordé—. No voy a contarle nada a nadie.

—Tampoco a Christian.

El corazón se me encogió un poco. Por un lado, no quería mentirle. Confiaba en él y creía que él confiaba en mí, y era su hermano y estaba muy preocupado por él, y, por otro, no bastaba con ocultarle lo que había pasado, sus hombres sabían que había salido, así que tendría que mentirle, que son palabras muy diferentes. Por si fuera poco, puede que la excusa de la tienda y el regalo valiera para sus hombres, pero sabía que no para él. ¡Ah!, y tampoco tenía regalo. Nada pintaba a mi favor.

Pero frente a todas esas cosas estaba Caleb. Lo estaba pasando muy mal y, sí, claro que necesitaba ayuda e iba a asegurarme de que la tuviera, pero dependía de él contar su historia. Era demasiado injusta y dolorosa como para que yo me tomara la libertad de hacerlo en su nombre. Además, involucraba a Gillian y en cierta manera a Christian. Era algo demasiado delicado. No quería ni podía traicionar a Caleb.

—Está bien —acepté—, pero tú tienes que prometerme que a partir de mañana buscaremos ayuda profesional para ti.

Terapia. Puede que incluso una clínica de rehabilitación.

Caleb asintió y parte del peso que tenía en el estómago se evaporó.

—Por tu culpa le debo un regalo a Christian —bromeé.

Al ver que no contestaba volví a apartar la mirada de la carretera una milésima de segundo para llevarla hasta él y sonreí al darme cuenta de que se había quedado dormido.

No podía entender por qué Gillian lo trataba así. De acuerdo que ella no era mi persona favorita en el mundo, pero mis quejas no iban por ahí. ¿Por qué tenía que hacerle daño? Si no lo quería, ¿por qué no lo dejaba? Una vocecita en mi cabeza me dijo que era idiota por preguntar algo que ya sabía. Gillian no dejaba a Caleb porque era su manera retorcida y enfermiza de seguir al lado de Christian

esperando su oportunidad y, de paso, le permitía ser la señora Hale. No me extrañaría nada que se hubiese bordado el título en la ropa interior. Lo más gracioso de todo era que ni siquiera estaban casados todavía. Estaban prometidos, pero ella ya se había dado mucha prisa en referirse a sí misma como la señora Hale. Le encantaba decir que lo hacía por inercia porque todos la llamaban ya así, pero yo la había visto, por supuesto cuando creía que nadie lo hacía, exigirle al servicio de Catskills que la llamaran así en vez de señorita Bolton.

—No lo soy —empezó a murmurar apretando los ojos y moviendo la cabeza de lado a lado con la nuca pegada al asiento. Estaba claro que aún estaba dormido—. No lo soy. No lo soy...

—Caleb, despierta —traté de espabilarlo agitándolo suavemente.

—Déjame en paz. No tienes razón. No lo soy...

—Caleb.

Sus movimientos eran cada vez más frenéticos. Parecía estar metido en una pesadilla horrible.

—Caleb.

—¡No lo soy!

Se despertó de golpe, apartándose del asiento todo lo que el cinturón le permitió.

—No lo soy. No lo soy. No lo soy —dijo muy rápido, demasiado nervioso—. ¡No soy un fracasado! —gritó.

Automáticamente recordé lo que me había contado en el bar. Eso era lo que le había llamado Gillian.

—Caleb —intenté calmarlo, pero creo que de alguna manera seguía soñando.

—¡No soy ningún fracasado! —chilló más furioso de lo que nunca lo había visto.

En un rápido movimiento se quitó el cinturón y se abalanzó sobre el volante.

—¡Caleb, no!

Traté de mantener el control, lo empujé con todas mis fuerzas, pero él dio un volantazo. Frené...

Pero fue demasiado tarde. El coche se salió de la NJ 495 e impactó de lleno contra uno de los muros de los muchos túneles que soterran la autovía para permitir el tráfico sobre ella.

El airbag saltó e impactó de lleno con mis antebrazos, con los que instintivamente me protegí la cara haciéndome quemaduras y moratones, pero ni siquiera me dolió cuando miré por la luna delantera y vi a Caleb tirado sobre el asfalto, justo junto al muro; bajo él había un charco de sangre oscuro y espeso que se iba haciendo más grande por segundos. Había atravesado el parabrisas.

La ambulancia llegó en cuestión de minutos.

Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y ver el techo del hospital, con la luz brillante y el olor a desinfectante copándolo todo.

—Ey —su voz sonó dulce y cansada y, sobre todo, llena de alivio al verme abrir los ojos mientras se levantaba del sillón junto a mi cama y se sentaba en el colchón para tenerme más cerca—, ¿qué tal te encuentras?

Yo me esforcé en mantener los ojos abiertos y los centré en él. Todo lo que había sentido en su voz se veía también en su expresión, en su cuerpo. Aún llevaba la ropa con la que lo había visto la última vez, se había quitado la chaqueta y la corbata y se había desabrochado los primeros botones de la camisa además de remangársela dejando sus antebrazos al descubierto.

Por primera vez desde que lo conocí, su aspecto no parecía perfecto, aunque seguía siendo un sueño hecho realidad, solo que en aquel instante era mi sueño. Christian proyectaba una imagen al exterior dura, arrogante, despiadada, pero, en ese momento, yo

tenía delante simplemente a Christian, a mi marido, y eso me calentó el corazón.

—Me he encontrado mejor, ¿sabes?

Él sonrió sin apartar sus ojos de mí, pero no fue un gesto completo y ese detalle se convirtió en una bola de demolición estallando contra la presa de mi memoria. De pronto todo lo que había pasado cayó sobre mí.

—¿Cómo está Caleb? —pregunté intentando incorporarme.

La última vez que lo había visto estaba tirado en el suelo de la carretera, necesitaba comprobar por mí misma que estaba bien.

—Daisy, no —me ordenó Christian obligándome suavemente a tumbarme de nuevo.

—¿Cómo está?

Christian tragó saliva con la mandíbula tensa. Estaba claro que no quería tener que contestar y eso me preocupó todavía más.

—Está en coma —soltó en un golpe de voz.

¿Qué?

Los ojos se me llenaron de lágrimas demasiado rápido. No podía ser verdad. No podía estar ocurriendo algo así.

—Daisy, ¿qué fue lo que pasó?

Era fácil ver que Christian estaba destrozado y eso me entristeció aún más porque ya con esa pregunta sabía que no podría contarle nada. ¡Se lo prometí a Caleb!

—Yo... no...

Las palabras se negaban a salir porque tampoco sabía qué decir. Podría haber puesto la excusa de que no recordaba nada después de salir de Hudson Yards, pero me parecía ridículo y estaba segura de que me pillarían.

—¿De dónde veníais?

Otra vez pensé en mentir o en fingir una amnesia. ¿Quién es Daisy? ¿Qué hago aquí? Pero Christian no es una persona cualquiera, es Christian Hale, CEO de la empresa más importante del país. Si le decía que no recordaba lo que había pasado, conseguiría las grabaciones de las cámaras de tráfico, por ejemplo, y acabaría averiguando dónde estábamos, de dónde veníamos, todo.

—De Passaic.

Frunció el ceño.

—¿Jersey? —planteó confuso.

Asentí.

—¿Qué hacíais allí?

El corazón empezó a retumbarme en el pecho.

—Estábamos en un bar.

Su mirada cambió en cuanto oyó esas cuatro palabras.

—¿Y qué hacíais en un bar? —continuó. Estaba luchando por seguir sonando calmado, pero su voz lo delató al bajar unos cuantos grados, como su cuerpo, que se colocó en una leve guardia.

Si Christian se enteraba, Brayson, Noel... Caleb me pidió que le guardara el secreto. ¡Tenía que protegerlo!

Y mentí.

—Estaba aburrida y quería tomarme algo. No podía quedarme en la ciudad porque no quería que te enteraras, así que me fui a Jersey. Después me asusté porque nunca había estado en esa ciudad y era tarde, pensé que te enfadarías y llamé a Caleb. Él fue en taxi hasta allí para que pudiéramos volver con mi coche.

La última palabra se evaporó al final de mi propia mentira. Odiaba con todas mis fuerzas tener que hacer algo así.

—¿Llamaste a mi hermano para que fuera contigo a un bar?

Mi corazón ya no latía, galopaba. Separé los labios, pero tardé un segundo de más en responder.

—Sí.

No quería tener que decir que sí.

—Daisy, sabes el problema que Caleb tiene con el alcohol. Estás tan preocupada como yo. ¿Por qué lo hiciste?

¿Qué demonios podía contestar a eso? ¡Tenía razón! Cabeceé pensando que era la última oportunidad que tenía de decir la verdad.

—Pensé que no ocurría nada —pronuncié al fin. Con toda probabilidad, la frase más estúpida de todo el universo, que además me hacía quedar como una cría inconsciente, pero era incapaz de traicionar a Caleb.

Además, pensaba que se despertaría, que era cuestión de días, y lo explicaría todo.

Aparté la mirada. Era muy complicado seguir mirándolo cuando la decepción en sus ojos era cada vez más evidente.

—¿Lo dejaste beber? —noté su voz más ronca mientras mis manos se enredaban nerviosamente la una con la otra y el peso de mi estómago, de mi pecho, casi me impedía respirar.

Otra vez no me quedaba más remedio que mentir. Estábamos en un hospital, era más que obvio que le habrían hecho análisis. Sabrían que había bebido.

—Sí.

—¿Por qué?

Estaba enfadado. Estaba decepcionado. Triste. Herido. Todo conmigo, por mi culpa. El corazón quería escapárseme del pecho.

—Porque estaba demasiado triste —contesté sin pensar.

—¿Por qué?

Sin darme cuenta empecé a llorar sin hacer ningún ruido. Todo se estaba descontrolando y estaba llegando a un callejón sin salida porque otra vez no podía decir la verdad.

—No puedo contártelo —murmuré.

Christian frunció el ceño increíblemente confuso.

—Sí que puedes.

—No —respondí todavía más nerviosa negando con la cabeza.

—¿En serio vas a salirme ahora con eso? —replicó, y su voz sonó intimidante, aunque estoy segura de que no fue su intención, o puede que sí, al fin y al cabo tenía todo el derecho a estar hecho una furia—. Te llevaste a mi hermano que tiene problemas con el alcohol a un bar porque querías beber y ahora me dices que no puedes contarme por qué él necesitaba hacerlo también.

—No es algo mío.

Y no solo eso, era una verdad que tenía demasiadas implicaciones. La relación de Caleb y Gillian estaría en entredicho, pero también la amistad de Christian y Gillian, la posición de ella como señora Hale. Ni siquiera podía volver con los Bolton, ¡la habían repudiado! Si Christian la echaba de casa, ¿qué diablos haría?

—¡Pero es mío! ¡Es mi hermano!

Estaba enfadado, aún más dolido.

—Christian... —traté de llamarlo, pero no supe qué decir y tampoco pude dejar de llorar.

—¿Realmente estaba triste o bebió solo porque estaba en un puto bar?

¿Quería una salida? Ahí la tenía. Se acabarían las preguntas, pero no quería tener que pronunciar esas palabras.

—Porque estaba en un bar —solté al fin.

—Eres una cría inconsciente —sentenció mirándome a los ojos, dejando de hacerlo justo después.

—Christian —traté de agarrarlo, pero él se levantó y se apartó de mí, y el frío que sentí en un solo segundo fue abismal.

Christian se apoyó en la pared con las manos en la espalda y la mirada clavada en algún punto del suelo.

—Lo siento —me disculpé, pero él no volvió a pronunciar una sola palabra.

Nos pasamos las siguientes horas en silencio y esas horas se transformaron en varios días. Christian nunca me dejaba sola. Si quería alcanzar el agua, él se levantaba y me la daba. Si necesitaba ir al baño, estaba a mi lado antes de que me bajara de la cama para llevarme en brazos, pero todo eso daba igual porque me sentía increíblemente sola. El Christian que tenía era como un robot, su cabeza y su corazón estaban muy lejos de allí.

Noel y Brayson venían a verme todos los días. Se comportaban como siempre, preocupados lógicamente y con el ánimo bajo por lo que le estaba pasando a Caleb, pero nunca me reprocharon nada, ni siquiera una pregunta o una mala mirada, lo que me dejó claro que Christian no les había contado nada. No sé si quería protegerme o no quería admitir que nuestro matrimonio era un error y aquellas eran las consecuencias.

Gillian también vino y lo primero que quise fue lanzarla por la ventana del hospital para comprobar si las arpías realmente volaban, pero me contuve. En teoría, no tenía ningún motivo para odiarla como la odiaba.

—Necesito saberlo, Daisy. ¿Qué fue lo que pasó?

Tan rápido como oí esas palabras saliendo de su boca, apreté los dientes, guardándome la contestación que se merecía.

—Daisy, por favor —me presionó cuando mantuve silencio.

Entendía qué era lo que estaba haciendo. Quería comprobar qué sabía y qué no para obrar en consecuencia, pero yo no iba a darle ese gusto. Había tenido que mentirle a Christian, y había dolido. Les mentiría a Noel y a Brayson si era necesario, que sabía que lo sería,

y dolería también, pero a ella, a la culpable de que Caleb pensase que no valía nada, no.

—Es mi marido —me recordó.

—Prometido —la corregí con rabia—. Aún no os habéis casado.

Y esperaba que no lo hicieran nunca.

Gillian se dio cuenta de cómo la miré. Puede que no tuviese claro qué sabía, pero había comprendido que tenía algún tipo de información. ¿Y qué hizo? Lo que aprendí desde aquel instante que hacía mejor que nadie, usar la culpa y la lástima a su favor.

—Lo sé —contestó con lágrimas en los ojos— y puede que ya nunca lo sea. ¿No te parece gracioso? —añadió para sí misma—. Nunca tendría que haber pospuesto nuestra boda para ayudar a Christian, pero sentí que era lo que tenía que hacer.

—Probablemente —respondí sin poder aguantarme, y ella empezó a llorar desconsolada.

—Daisy —me llamó al orden Christian, incorporándose del mueble donde estaba apoyado con los brazos cruzados, extendiéndolos junto a sus costados.

Solo fue una palabra, pero, ¡Dios!, ¡me puse furiosa! Entendía a Christian, maldita sea. Gillian lo había salvado de adolescentes ganándose una enfermedad cardiaca como recompensa que la tuvo encerrada en casa durante años. Había antepuesto a Christian a su familia al apoyarlo en su nuevo puesto de CEO. Iba a casarse con Caleb, una de las personas que Christian más quería en la faz de la tierra. Él la veía como alguien que siempre lo había antepuesto a sí misma y que pasaba a ser su responsabilidad hasta que Caleb se despertara porque era lo mínimo que podía hacer por su hermano. Y, con cualquier otra persona, me habría parecido genial, yo misma la habría convertido también en mi prioridad, pero Gillian era una persona horrible. ¿Por qué él no podía verlo? Y aquí venía la peor

parte de todas, ¿por qué Christian no fue capaz de ver que le había mentido respecto a llevarme a Caleb a un bar aunque yo hubiese elegido engañarlo?

—Estoy mareada, creo que necesito descansar —les dije a los dos, pero mi mirada seguía unida a la de Christian.

Gillian suspiró suavemente, intentando reclamar su atención, pero él siguió mirándome a mí.

—Será mejor que me marche —dijo antes de dirigirse hacia la puerta.

Respiré aliviada cuando se fue.

Esa misma tarde, aprovechando que Christian estaba haciendo unas llamadas de trabajo que no podía posponer más, usando la silla de ruedas, estaba demasiado débil para caminar, fui hasta la habitación de Caleb.

Cuando lo vi en la cama, rodeado de cables y tubos y todas esas máquinas que pitaban rítmicamente, los ojos se me llenaron de lágrimas. Tenía la cara llena de pequeñas heridas, no había duda de que se las había hecho al atravesar la luna del coche, y un moratón muy oscuro en la barbilla. Yo forcé a mi mente a no registrar ninguno de esos detalles y verlo simplemente dormido, tan guapo como siempre, pero no fui capaz.

Me acerqué tanto que la silla chocó contra la cama y levanté las manos. Solo entonces me di cuenta de que no dejaban de temblarme. Me dolía el corazón, literalmente. Las primeras lágrimas empezaron a caer. Necesitaba saber que se iba a poner bien, que alguien además de mi optimismo me lo dijera. Quería un estudio, un papel. Quería que Dios se personara en esa habitación y me asegurara que Caleb iba a salir de esa.

Todo era culpa mía. No debí dejar que se quedara en el bar ni que bebiera más, pero solo quería que le dejara de doler.

—Lo siento —murmuré sintiendo cómo se me mojaban los labios por las lágrimas.

Tendría que haber sido más fuerte.

Tendría que haber conducido mejor.

Tendría que haber reaccionado antes, haber llamado antes a la ambulancia.

—Lo siento —repetí bajando la cabeza hasta descansar mi frente en el reverso de su mano.

Un momento después, noté unos brazos levantarme de la silla, uno bajo mis rodillas y el otro tras mi espalda, y estrecharme con fuerza.

Me acurruqué en el regazo de Christian y hundí la cabeza en su cuello sin poder dejar de llorar.

Él me besó en la sien. En aquel momento me sentí tan protegida que dolía, como si Christian tuviese la habilidad de protegerme del mundo sin importar qué pasara, a veces creo que solo con estar allí.

Esa misma tarde me dieron el alta y Christian me llevó a Catskills. La casa que una vez me había parecido la más bonita que pudiera imaginarse de repente era un poco más triste, un poco más oscura, dentro te sentías un poco más solo.

Se suponía que nos quedaríamos allí para que yo estuviese acompañada en todo momento por si necesitaba algo mientras Christian estaba en la oficina o en el hospital discutiendo con los médicos el mejor tratamiento para Caleb.

Brayson y Noel querían saber lo que había pasado con Caleb, pero Christian los mantenía al margen tratando de protegerme, aunque no había que ser muy listo para entender que no se cansarían de preguntar.

Fue Gillian. Ella se encargó de organizarme una especie de emboscada la primera mañana que Christian se marchó unas horas a

la empresa. Jugó su papel de esposa doliente delante de los Hale y no me quedó otra que repetir las mismas mentiras delante de ellos para proteger a Caleb.

Supe que algo se había roto en el momento en el que Brayson me miró. Tuve claro que se habían acabado las partidas de ajedrez, las cenas de helado en la cocina y las flores del jardín.

Desde aquel instante, apenas me hablaban. Me ayudaban si necesitaba algo y contestaban si les preguntaba, pero apenas les sacaba monosílabos. De todos modos, ya era más que con Christian, que ni siquiera me dirigía la palabra a no ser que fuese estrictamente necesario.

Desde luego, Gillian consiguió lo que quería.

Habían pasado tres días. Ya me había recuperado más o menos, tenía fuerzas y solo me quedaban las heridas más grandes, en los brazos. Estaba subiendo a mi habitación cuando en mitad de las escaleras me crucé con ella.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —me soltó haciendo que me detuviera en seco.

Yo me giré hacia ella atónita. ¿En serio iba a jugar a ese juego?

—¿Cómo pudiste hacerlo tú? —le recriminé—. ¿Cómo puedes seguir haciéndolo?

—Era alcohólico —insistió con lágrimas en los ojos. ¡Qué gran interpretación!—, ¿cómo pudiste llevarlo a un bar?

—Y Christian es el hermano de tu prometido, ¿cómo puedes estar enamorada de él?

Y además estaba casado. ¡Claro que me molestaba, y mucho, y también estaba celosa aunque Christian no le correspondiera! Pero no lo puse en palabras porque nada de eso era por mí, era por Caleb, porque no se merecía que la persona que supuestamente más debía quererlo lo tratase así.

Jamás diría una sola palabra de lo que sabía delante de Brayson, Noel o el propio Christian, pero con la princesa de hielo era una historia completamente diferente.

Gillian me miró boquiabierta de pura indignación.

—No vuelvas a decir algo así —me amenazó sin dudar.

—¿O qué? —le planté cara—. Y por cierto, si vas a ir de viuda doliente, deberías cortarte un poco y no hablar de Caleb en pasado. Lo hace todo muy evidente.

Ella me fulminó con la mirada.

—No he dicho nada por Caleb, pero francamente espero que, cuando él despierte, porque que te quede claro, va a despertar, te ponga en tu sitio.

Aquellos días, que utilizara lo que le estaba pasando a Caleb para sacar beneficio, acercándose más a los Hale en general y a Christian en particular, explotando la pena, me hacía sentir náuseas. Ya sabía que Gillian no era la mejor persona de la historia, pero, después de todo lo que estaba sucediendo, estaba claro que ni siquiera era una buena.

Ella me escuchó y después, como una mala digna de serie de los ochenta, dio un paso hacia mí y me susurró con una sonrisa taimada.

—Te queda tan poco en esta casa... ¡¿Cómo pudiste hacer algo así?! —gritó volviendo a sonar triste y dolida. Yo fruncí el ceño absolutamente perdida. ¿A qué venía todo eso?—. ¡¿Cómo es posible que ni siquiera te importe?! ¡Caleb te quiere como a una hermana!

Me agarró los brazos ejerciendo mucha presión, yo forcejeé por puro instinto y, aprovechando el movimiento, se dejó caer hacia atrás con un chillido desgarrador.

En el mismo segundo en el que aterrizó en el suelo, Christian y Noel llegaron desde el salón. La escena que se encontraron: yo, en

mitad de las escaleras, absolutamente alucinada, sin ni siquiera saber qué decir, y Gillian en el suelo, llorando mientras se llevaba la mano al vientre.

—Christian, por favor, estoy embarazada. Mi bebé —suplicó—. No puedo perder a mi bebé.

Él la miró a ella, después a mí y lo que vi en sus ojos verdes no lo olvidaré jamás: estaba sorprendido, en el peor de los sentidos, lleno de rabia, de tristeza y decepcionado más que nunca.

Cogió a Gillian en brazos y, seguido de Noel, se marcharon al hospital.

Yo me dejé caer hasta sentarme en un escalón sin ser capaz de entender qué estaba pasando. Era como si estuviese viendo una película. ¿Quién finge una caída por las escaleras en el mundo real? Me quedé allí sentada sin saber qué otra cosa hacer. Nerviosa, preocupada, triste, enfadada, era como si mi corazón se hubiese transformado en una maraña difícil de gestionar.

Esa misma noche Christian regresó a Catskills. No paraba de llover.

Entró con el pelo húmedo de la lluvia echado hacia atrás con las manos y el traje casi calado, como si se hubiese quedado en la puerta o donde fuera, empapándose despacio sin saber qué paso dar. Es raro imaginarse a Christian, que siempre tiene claro lo que quiere, así, pero esa era la fotografía que transmitía.

—Christian... —murmuré levantándome por fin, bajando las escaleras.

—Gillian ha perdido al bebé —dijo con un tono neutro para enmascarar que estaba herido, decepcionado.

Un atónito «¿Qué?» se escapó de mis labios. Él lo malinterpretó por culpabilidad, pero no se trataba de eso. Era asombro por cómo Gillian podía levantar semejante mentira e imaginé que sobornar a

algún médico para que la respaldara, ya que había abortado de manera voluntaria días antes.

—Eso no es verdad —alcancé a decir, y mi voz iba sonando cada vez más trabajosa. ¡Estaba tan enfadada!

—Tú ni siquiera estabas allí —respondió Christian a punto de gritar, su máscara de calma resquebrajándose—. ¿Cómo sabes lo que ha pasado? ¿Cómo puedes atreverte a hablar así de lo que ha pasado? ¡Era el hijo de Caleb!

La rabia fue haciéndose más grande con cada pregunta, al final solo fue capaz de gritar furioso.

—Él te quiere como si fueras su hermana —dijo completamente decepcionado.

—Y yo lo quiero a él —respondí veloz, notando cómo las lágrimas volvían a bañar mis mejillas.

Christian se quedó mirándome, dio un paso hacia mí, incluso alzó la mano dispuesto a consolarme, pero en el último segundo todo lo que estaba pasando pesó más y la apartó. El gesto no me pasó desapercibido, fue como una señal. Lo estaba perdiendo. ¡Tenía que hacer algo!

—Gillian te está mintiendo.

—No, Daisy, no hagas esto. Ella está destrozada en una cama de hospital. Es la víctima.

—¡No, no lo es!

—¡La tiraste por las putas escaleras porque te echó en cara que llevaras a Caleb a un bar! —dijo con rabia.

—¡No! —Los labios me temblaron—. ¡No es verdad!

Christian volvió a atrapar mis ojos azules; otra vez tuve la sensación de que quería llevarme lejos, protegerme de todo. Su mirada se llenó de algo que no supe identificar, pero, justo un momento después, ese sentimiento, fuese el que fuese, se esfumó y

los ojos verdes más bonitos del mundo se llenaron con una mezcla de determinación y desahucio.

—Firma —dijo con la voz desprovista de toda emoción, sacándose unos papeles doblados del bolsillo interior de su chaqueta mientras caminaba hasta la mesa redonda que había en el centro del distribuidor.

Yo me obligué a andar hasta allí, pero era como si mi corazón me pidiese que no lo hiciera, como si él ya supiese qué iba a encontrarme.

A la vez que apoyé la mano en la pulida madera lo vi, escrito en letras negras en la parte superior del documento: «Acuerdo de divorcio».

—No —musité—. Christian, por favor, no lo hagas.

—Es lo mejor para los dos —argumentó monótono, como si él mismo hubiese estado convenciéndose con esas palabras.

—No, no lo es —lo interrumpí con más lágrimas.

—Tendrás una pensión de cien mil dólares al mes y te compraré la casa que quieras —continuó, parecía que estaba tratando las cláusulas de un acuerdo comercial.

No. Las cosas no podían terminar así. Tenía que contárselo todo. Caleb lo entendería.

—Vamos a hablar, por favor —le supliqué.

Él me miró a los ojos y, por primera vez desde que lo conocí, el desahucio y la vulnerabilidad brillaron en ellos.

—Por favor...

La lluvia repiqueteaba rítmica contra los cristales, creando nuestra propia banda sonora.

—No hay nada de que hablar —sentenció.

Y algo sencillamente se rompió.

Mi corazón cayó destrozado a mis pies. En ese mismo momento lo recogí, guardé los pedazos y todo se quedó vacío.

Cogí el boli que él había dejado junto a los papeles y pasé las hojas hasta llegar a la que necesitaba mi firma.

—No quiero la pensión ni la casa —dije con voz firme.

Ya no quería nada de él.

—Es tu decisión.

Firmé, dejé el boli, que no hizo ningún ruido sobre el papel, giré sobre mis talones y me fui hacia la puerta. No me sorprendí al ver mi maleta y una caja de cartón con mis cosas junto a la entrada.

—¿A dónde debo llevarla? —preguntó Reacher.

Yo abrí la boca dispuesta a responder, pero una voz a mi espalda se me adelantó.

—No es necesario —contestó Christian por mí—. La señorita Aston se las apañará sola.

Ya había firmado el divorcio, así que ya no era Daisy Hale y Christian se refirió a mí por mi apellido de soltera, el que mi madre adoptó para que mi abuelo no la encontrara y evitase que estuviese con Neil. Fue en aquel instante, al oírselo pronunciar, cuando decidí que a partir de ese momento sería Daisy Messina, el apellido de mi abuelo, la única persona que me quedaba que me quería de verdad.

Agarré el asa de mi maleta con una mano y la caja con la otra y empecé a caminar hacia la enorme verja de hierro forjado.

—Daisy.

Mi nombre me hizo volverme. La luz cálida y brillante que provenía del salón dibujaba su cuerpo y la idea se amoldaba a toda la situación, como si la hubiesen diseñado a propósito: dejaba la calidez de Catskills, el pensar que por fin había encontrado a mi familia, para adentrarme en el frío, en el volver a ser solo... yo.

—¿Qué? —dije al fin.

—No quiero volver a verte nunca y no te quiero cerca de nadie de mi familia.

Frío.

Arrogante.

Despiadado.

Sabía que Christian podía ser todas esas cosas, pero nunca lo había tenido tan claro como en ese momento.

Caminé hasta la cancela, salí de Catskills; para Christian, desaparecí.

Han pasado cuatro años, estoy en el salón de mi apartamento y todavía puedo sentir aquella lluvia.

Sin darme un segundo más para pensarlo, cojo mi teléfono y trasteo en él hasta llevármelo a la oreja. Un tono. Dos...

—Hola, prometida. ¿Todo bien?

La voz de Thatcher me produce un inesperado alivio, como cuando decides que no vas a montarte en la montaña rusa y te vas a quedar en tierra firme. Estarás segura, pero no sentirás nada, y, después de todo lo que ha pasado hoy, es lo que quiero.

—¿Podemos adelantar la boda? —planteo a bocajarro.

Un segundo de silencio y oigo la risa de Thatcher, confusa y sorprendida.

—¿Estás impaciente? —bromea—. Me siento halagado.

—Estoy hablando en serio.

El silencio otra vez se come la línea telefónica.

—¿Ha pasado algo, Daisy? —pregunta cambiando inmediatamente su tono a uno preocupado.

—No —contesto rápida, pero todo lo que sí ha pasado me traiciona y tengo que llevarme la palma de la mano a la boca para contener un sollozo.

—Supongo que sí. ¿Qué tal la semana que viene?

—¿Qué tal a finales de esta?

Necesito que Thatcher sea una barrera entre los dos.

—Como quieras —contesta finalmente, pero puedo notar la duda en su voz—. Podemos anunciarlo mañana.

—Genial.

Thatcher cuelga sin darle más vueltas a nada y yo se lo agradezco. Necesito hacer esto. Necesito parar en seco la posibilidad de que Christian vuelva a marcar la diferencia en mi vida.

Es un error que no me puedo permitir volver a cometer.

32

Christian

Salgo de su apartamento, del edificio y me monto en el coche. Todo es mecánico, normal, lo que tantas veces he hecho, pero, cuando agarro el volante, desde la primera milésima de segundo mis manos lo aprietan con tanta fuerza que los nudillos se me emblanquecen.

Me ha dicho que lo que ha pasado entre nosotros es un error y tendría que darme igual, pero no me da. Me ha dicho que me odia y tendría que darme igual, pero no me da. ¡Me ha dicho que piensa casarse con Thatcher, que ya no es nada mío!

La rabia lo llena todo hasta que solo veo rojo.

Acelero y salgo disparado por la 12 Este. Conduzco como un gilipollas hasta llegar a Queensboro City. Me bajo del Maybach dejando que todo ese enfado arrincone al puto desahucio y la tristeza que odio sentir pero que no puedo evitar cada vez que quiero estirar la mano y no puedo tocar a Daisy.

Dejo que la arrogancia construya mi coraza, que lo salvaje la haga impenetrable. Soy el puto rey de Nueva York y las cosas salen exactamente como quiero, aunque sé que, con lo que quiero de verdad, es solo una mentira.

Dos de mis hombres me cubren las espaldas en cuanto salgo del coche y camino con el paso sereno pero determinado hasta el club Sin House, nuestro cuartel general.

—Ey, King —me llama Dallas saludándome con un vaso de *bourbon* en alto—. ¡Larga vida al rey! —grita con una media sonrisa, llamando la atención de todos.

Algunos lo imitan levantando sus copas y después me buscan con la mirada, otros tratan de encontrarme primero y alzan su trago al hacerlo y todos gritan «¡Larga vida al rey!» antes de terminarse la bebida de un trago.

Normalmente esta bienvenida me calmaría, aunque fuese un poco, pero hoy no.

Voy directo hasta nuestra mesa, me siento y me bebo el Jack Daniel's que me tiende. Aún está bajando ardiente por mi garganta cuando mi mente elude el cálido adormecimiento del alcohol para recordarme cómo los ojos se le han llenado de lágrimas, la manera en la que me ha mirado cuando le he demostrado cómo su cuerpo despertaba el mío.

Es una puta tortura. Y mi condena. Y la he echado tanto de menos que llevaba cuatro años doliendo.

—Llámalas —gruño dejándome caer contra el respaldo de mi silla.

Dallas me mira; sabe que me ha pasado algo, pero también que ahora no es un buen momento para preguntar, como tampoco lo es hacerme esperar cuando quiero verlas.

Mi amigo y mi mano derecha aquí le hace una seña a la camarera de la barra y asiente. Dos minutos después las puertas laterales de la sala se abren y ellas aparecen. Todas vestidas igual, peinadas igual, mirándome y sonriendo.

Siempre funciona.

Quiero que funcione como lleva funcionando cuatro años.

Pero hoy el universo parece más que dispuesto a llevarme la contraria.

Y da igual lo que vea, mi corazón sabe que no es de verdad. Daisy. Daisy. Daisy. Cómo gemía debajo de mí, cómo susurraba mi nombre como si fuera su maldita oración, cómo me ha mirado. Tiene los ojos más bonitos del mundo, despiertos y curiosos, dulces y alegres y también un poco vulnerables, como si pudiese crear la combinación perfecta.

Tengo que recuperar el puto control.

—¿Hay algo de lo que tengamos que ocuparnos? —pregunto arisco.

Mi abuelo siempre decía que traerse los problemas aquí abajo era un error. Quería a ese viejo con todo mi corazón y lo admiraba más que a nadie, pero hoy me importa bastante poco. Necesito dejar de pensar en que la estoy perdiendo otra vez. Ya.

—Una de las chicas de Kristov ha pedido verte.

—Que entre.

Dallas asiente y se levanta, directo a uno de nuestros hombres a unos pasos. De camino, viendo que no estoy de humor, Dallas ordena a las chicas que se retiren.

Mi hombre se va y unos minutos después vuelve con una chica. Es morena, con el pelo por los hombros y cara de muñequita. Tiene los ojos negros y afilados y va vestida como las chicas de Kristov, con minifalda, corsé y unos guantes largos. A ese idiota le encanta pensar que dirige un burdel del lejano Oeste.

—¿Qué? —pregunto sin mayor ceremonia.

Si normalmente no soy amable ni paciente, aquí lo soy mucho menos. Esto es Queensboro City y cómo te comportes repercute directamente en cómo los demás se comportan contigo y la amabilidad es entendida como una debilidad. Yo creo que es una puta estupidez, pero sí tengo claro que tienes que guardarte tus

cartas para ti y ser frío e impasible es una excelente manera de hacerlo.

—Es Kristov —contesta—. Se está pasando muchísimo con una de las chicas nuevas.

—No es mi problema —respondo.

En realidad, sí lo es, pero no soy el padre de nadie y quiero ver hasta dónde llega la situación antes de meterme en ella.

—Nadie acaba aquí por gusto, eso lo sabe, ¿verdad, Rey?

Dallas la fulmina con la mirada.

—Vigila esa boca —le advierte.

Yo la miro con una media sonrisa. Es obvio que es lista. Mucho.

—Tienes toda la razón —contesto con una fría calma—, pero todos están aquí por decisión propia.

—Ella no.

Le mantengo la mirada. Esa acusación es muy seria. Este lugar tiene unas reglas muy claras y que los secuestros y la puta trata de blancas están prohibidos es una de las más antiguas. Acierte o falle, todo el mundo tiene derecho a elegir su destino.

—Piensa tu respuesta —la amenazo claramente—, ¿me estás diciendo que Kristov tiene a esa chica en su local en contra de su voluntad?

—Sí —pronuncia sin inmutarse—. Vino por decisión propia, es cierto, pero ayer mismo le dijo que quería marcharse y él no se lo permitió. Esta mañana la ha encerrado en su despacho y no la deja salir.

—¿Es la misma chica sobre la que le advertimos a la escoria de tu jefe que no podía maltratarla?

Ella asiente.

Me levanto. Cojo la pistola que Dallas me tiende, compruebo que está cargada y me la llevo a la espalda junto a la que ya llevo allí.

—Meyer, tres —le ordeno.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto a la chica.

—Mabel, Rey.

—Vienes con nosotros —le ordeno—. Si lo que me has dicho es cierto, Kristov está muerto. Pero, si me has mentido, la que pagará las consecuencias serás tú.

Ella me mantiene la mirada y asiente. Tiene agallas. De alguna manera me recuerda a Daisy. No sé por qué, me da la sensación de que se llevarían muy bien.

—No le quites el ojo de encima —le digo a Meyer echando a andar.

Dallas camina conmigo y Mabel y mis hombres me siguen.

Salimos a la calle principal de Queensboro City y caminamos las dos manzanas que nos separan del local de Kristov. El portero cambia su pose a la de «Descansen» militar y baja la cabeza cuando paso a su lado.

Con el primer pie que pongo en el local, lo escaneo. Tengo claro quién está aquí y quién falta.

—Traedme a Kristov —les ordeno a mis hombres—. No os confiéis, su perro rabioso —su matón predilecto— no está a la vista.

Dos de ellos asienten y se marchan. El jefe del Departamento de Policía levanta su copa a modo de saludo desde una de las mesas. Un minuto después llegan los gritos.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Dallas frunciendo el ceño con la mirada clavada en los pasillos que conducen al despacho de Kristov.

—Eso es Amery —responde Mabel dejando que cada palabra lleve el peso que tiene.

Se oyen ruidos, gritos en susurros y uno de mis hombres saca a empujones a Kristov hasta que se detiene a unos pasos de mí. Lanza un juramento entre dientes mirándolo, pero, en cuanto lleva su vista

en mi dirección, aprieta la mandíbula y se calla. Sé lo que quiere hacer: decirme que me vaya al infierno, encararme, pero sabe lo que pasará si lo hace. Yo le mantengo la mirada desafiándolo a que continúe por ese camino. Nueva York es mi territorio y este lugar es mi Camelot y no tengo miedo. Jamás. Él lo sabe y, por eso, acaba bajando la cabeza.

—Rey —me saluda presentando sus respetos.

—¿Qué pasa con Amery? —le pregunto sin andarme con paños calientes.

—Amery trabaja para mí.

—Amery tiene que querer trabajar para ti —le recuerdo, y lo amenazo siendo todo lo arrogante que sé ser.

Kristov sabe exactamente a qué me refiero y mira a su alrededor buscando una manera de salir de esta. Su mirada se topa con Mabel.

—Has sido tú, perra —la encara pretendiendo meterle el miedo en el cuerpo, dando un paso hacia ella.

Pero pasan tres cosas a la vez: yo me saco una de las pistolas de la espalda y le apunto a la puta cabeza, Meyer coloca a Mabel detrás de él, y ella, sin asustarse lo más mínimo, sale del escondite y le mantiene la mirada.

—Ha sido ella porque aquí el que decide cómo se hacen las cosas soy yo, no tú —le dejo claro inmisericorde—. Tráeme a esa chica ahora mismo y te juro por Dios que, como tenga un solo arañazo, voy a torturarte hasta que me supliques piedad y, entonces, voy a hacerte todo lo que tú le hayas hecho a ella multiplicado por mil.

—Esa chica me debe dinero. Tiene que trabajar para mí hasta que me lo devuelva —se defiende.

—Eso es mentira —replica a punto de gritar Mabel.

—Cállate —le ordeno.

Ella se cruza de brazos emanando hostilidad, manteniéndome la mirada, pero, apretando los labios, guarda silencio.

—¿De qué te debe dinero?

Si es por trabajar aquí, por recuperar su pasaporte o mierdas de esas, está muerto.

—Me pidió un préstamo —responde con una sonrisa taimada.

Tenso la mandíbula. Si realmente ha pasado eso, es un asunto entre ellos. No puedo intervenir y Kristov lo sabe. Pienso rápido.

—Dallas, trae a la chica.

Él asiente diligente y se dirige hacia el pasillo sin dudar.

La vida en el club continúa. La música sigue sonando, las chicas siguen paseándose y haciendo sonreír a los clientes.

Unos minutos después Dallas aparece con Amery. Puede que no tenga una sola herida, pero está muerta de miedo y la manera en la que se agarra al brazo de mi amigo es buena prueba de ello.

—Rey —me llama aliviada, arrodillándose delante de mí e inclinando la cabeza.

Yo tuerzo el gesto.

—Levántate. Esto no es necesario.

—Sí lo es porque necesito su ayuda —dice con un suave acento de los Balcanes—. Necesito marcharme. Necesito su ayuda —repite desesperada.

—¿Le pediste un préstamo a Kristov?

—Sí, mi madre está enferma y lo necesitaba para curar en mi país. Yo pensaba trabajar aquí hasta devolverlo todo, pero Kristov empezó a decir a mí que los intereses habían subido y que la única manera de pagarlos era trabajar solo para él.

Con ese «solo» está más que claro a qué se refiere.

—Es mi dinero, ¿no? —interviene Kristov—. Puedo gestionar los préstamos como yo decida.

Aprieto los dientes manteniéndole la mirada. Es un hijo de puta.

—Puede que sea tu dinero, pero este sitio me pertenece y no pienso consentir que encierres a nadie ni que mucho menos la obligues a trabajar *solo* —digo con un claro retintín— para ti.

—¿Y cómo piensa arreglarlo, Rey?

Sé por qué lo dice. Si Queensboro City lleva en pie desde la ley seca es porque, aquí, nuestras leyes se cumplen y él no ha incumplido ninguna.

No dejo de mirarlo y de pronto lo cabreado que estoy porque Daisy me odie, porque siga empeñada en casarse con Thatcher, porque piense que ya no me pertenece, sube a la superficie cegando cualquier otra sensación.

—Foso —rujo.

En cuanto pronuncio esa única palabra, Dallas da una sonora palmada con una sonrisa en los labios.

—¡Queensboro City, el rey ha dicho foso! —grita, y los primeros murmullos de sorpresa cuando me han oído a mí se multiplican y se convierten en vítores, silbidos y gritos. Les motiva muchísimo un buen espectáculo.

—¿Algún problema? —le digo a Kristov dando un paso hacia él, y la voz me sabe a desafío.

—Para nada —gruñe.

En cuestión de minutos, la noticia corre como la pólvora y, diez después, todos están en el centro del antiguo establo. Las viejas vallas de madera sirven para delimitar algo parecido a un ring. Todos se amontonan tras ellas o subidos a las antiguas estructuras. Los corredores de apuestas gritan ofreciendo números mientras cogen billetes a velocidad de vértigo y apuntan en sus móviles aún más rápido quién a qué.

—¿Estáis listos? —grita el fiscal general del Estado a modo de árbitro en el centro del cuadrilátero. Tiene un punto extrañamente cómico, o extrañamente adecuado, que justo él sea el juez.

Me llevo la mano a la espalda y me quito la camiseta. Le entrego las pistolas a Dallas justo antes de que me vende las manos con fuerza. No es la primera vez que hacemos esto. El foso es lo más parecido que tenemos a un juzgado. Si alguien en Queensboro City tiene un problema con otro y las leyes no pueden aportar una clara solución, venimos aquí. Hay pelea y, quien gana, decide. No puede ser más simple.

Pero ahora mismo yo no estoy pensando en Amery, ni siquiera en Kristov, solo quiero dejar la mente en blanco, dejar de ver sus ojos llenos de lágrimas, y lo que tenga que hacer para conseguirlo me da igual.

—Sí —respondo sin dudar.

El fiscal asiente y se dirige a Kristov.

—Vigila los golpes bajos. Es más viejo que tú pero está en forma y a saber lo que tuvo que pasar en Bulgaria antes de llegar aquí —me dice Dallas.

Yo tengo la mirada clavada en ese hijo de puta.

—Christian... ¡Christian! —Por la manera en la que Dallas me llama me doy cuenta de que no es la primera vez que lo hacía.

Yo muevo mi mirada hacia él. La rabia sigue ahí, el desahucio, la tristeza.

—¿Qué coño te pasa? —me pregunta olvidándose de mis manos y encarándome.

No contesto. No es su puto problema.

Mi mejor amigo me mantiene la mirada estudiándome con ella. Nos conocemos demasiado bien como para no saber lo que le pasa al otro aunque no haya palabras.

—No lo hagas —me pide y suena preocupado. La diversión por una noche de foso acaba de evaporarse en él—. No sé qué te ocurre, pero tratar de luchar contra los problemas de arriba aquí abajo nunca es buena idea.

—¡¿Listos?! —grita el fiscal alzando las manos, dirigiéndose al público enardecido.

Los presentes vociferan, silban. Todo sabe a caos, a pelea, a pan y circo romano.

Kristov camina hacia el centro del ring.

—No me digas lo que tengo que hacer —le advierto a Dallas dirigiéndome al encuentro de mi rival.

En cuanto el fiscal da la señal, la pelea empieza, suelto el primer puñetazo y la gente rompe a gritar encantada con el espectáculo.

No pierdo un segundo en pegarle otro, pero la rabia no se va. ¡Joder, la rabia se hace más grande! Hace cuatro años tuve que renunciar a ella y lo odié. ¡Maldita sea, todavía odio ese condenado día!

Suelto otro derechazo. Kristov lo esquiva y me golpea directo en la mejilla. Por un instante bajo la cabeza, el oído me pita y cualquier sonido se apacigua, pero entonces cabeceo con fuerza, haciendo que el flequillo húmedo me caiga sobre la frente. El pitido se va, cada sentido vuelve a su sitio y me limpio la sangre del labio con el reverso de la mano.

Una media sonrisa. Ha sido una puta caricia.

—Aquí no eres el señor King —me recuerda Kristov—, aquí no eres el rey y vas a pagar.

Me lanza otro puñetazo que me da de lleno en el costado, pero cuando pretende soltarme otro en la cara lo esquivo y se lo devuelvo justo en el estómago, haciéndolo toser.

Quiero concentrarme en el dolor físico, pero el que no puede verse es demasiado pesado. Aquella noche, cuando me monté en el coche para volver a casa, llevaba una cajita blanca y azul de Tiffany en el bolsillo. Nos habíamos quedado atrapados en el tráfico justo frente a la tienda de la Sexta y, por casualidad, vi en el escaparate un colgante con una pequeña luciérnaga. Daisy decía que las odiaba, pero después no podía evitar quedarse embobada cuando las veía, incluso las garabateaba muchas veces de manera inconsciente. Sonreí y ni siquiera lo pensé. Salí y lo compré.

Durante todo el día me di un montón de motivos por los que lo había hecho, todos jodidas excusas. Le había comprado un regalo porque había querido.

Uno de mis hombres me llamó para decirme que Daisy había salido a recoger un regalo para mí, habían pasado horas y todavía no había regresado.

La puta preocupación se estrelló contra el techo en un solo segundo. Ordené a Meyer que la rastrearan, que la buscaran en cada maldito rincón. Yo sabía que tenía que calmarme, seguramente se habría entretenido en la tienda o se habría quedado charlando con los dependientes, agradeciéndoles que le dejaran estar en la tienda a pesar de estar cerrada. Pero el sentido común no estaba al mando y algo dentro de mí, mi parte más posesiva, no paraba de gritarme que algo estaba pasando.

La siguiente vez que la vi estaba en la cama de un puto hospital inconsciente y yo, por primera vez en toda mi vida adulta, sentí cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla.

Ese recuerdo hace el desahucio demasiado cortante, demasiado afilado, y le lanzo otro puñetazo a Kristov y otro y otro y otro.

Se llevó a Caleb a un bar sabiendo que tenía un problema con el alcohol.

No quiso contarme por qué.

Y yo, como un jodido idiota, no le dije nada a nadie, ni a mi padre ni a Noel, porque, a pesar de todo, solo podía pensar en protegerla.

El fiscal nos separa para darle un poco de aire a Kristov cuando lo tenía arrinconado.

Se mueve rápido. Me golpea. Hago lo mismo. Noto el sabor metálico de la sangre en la boca. Escupo.

Estaba enfadado con ella, pero ni quería ni podía apartarme de su lado. Cuando la vi llorando en el cuarto de Caleb, pidiéndole perdón, casi no pude respirar. No sabía qué sentía por ella, pero verla sufrir me destrozaba de una manera diferente, grande, nueva, peor que cualquier problema de la empresa, que con cualquier problema aquí, que cuando murió mi madre, mi abuelo.

El dolor se vuelve inabarcable y trato de combatirlo con un puñetazo, dos, tres.

Le grité a Gillian que se metiera en sus asuntos y le advertí que, si algo así volvía a pasar, se largaría de Catskills cuando descubrí que la había presionado para que le contara lo que había pasado delante de mi padre y de Noel.

Quería a Caleb con todo lo que tenía... pero es que ella era Daisy.

Los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas y por un momento me siento muy vulnerable y no tiene nada que ver con estar partiéndome la cara con otro tío.

Oí los gritos de Gillian. Salí y la vi tirada en el suelo, a Daisy en lo alto de las escaleras. La cogí en brazos y la llevé al hospital, pero incluso eso lo estaba haciendo para proteger a Daisy. Necesitaba que Gillian estuviera bien para que el problema no pasara a mayores.

Pero entonces perdió al bebé. Al bebé de mi hermano. Entré en su habitación. Él seguía en la cama lleno de cables. Caleb no podía

luchar por las personas que le importaban, así que era mi trabajo pelear por él. Yo le debía tanto... Llevaba cuidando de mí desde el día que nací, incluso cuando yo no le dejaba hacerlo. Gillian era su corazón. No podía olvidarlo. Tenía que hacer lo que era justo. Y lo odié. Lo odié. ¡Lo odié!

Y sin darme cuenta la odié a ella y me odié a mí.

La rabia y la tristeza que me han traído aquí se vuelven como las de aquellos días, otra vez no me dejan respirar. Encaro a Kristov y lo golpeo con todas mis fuerzas.

Con los ojos llenos de lágrimas me pidió que no lo hiciera.

Me suplicó que la escuchara.

Pero yo estaba demasiado enfadado.

Otro puñetazo. Otro. ¡Otro!

—¡Christian, contrólate de una jodida vez! —me grita Dallas encaramado a una de las vallas de madera, siendo lo único que le impide correr hasta mí.

Pero no le escucho. Necesito purgar este dolor. Necesito que deje de doler. Necesito poder cerrar los ojos y no ver los suyos tristes y decepcionados.

Lo tiro al suelo. Me arrodillo sobre él y sigo golpeándolo, los nudillos se me llenan de sangre, me salpica el abdomen.

—¡Christian, por el amor de Dios!

¡Llevo echándola de menos cuatro años y lleva doliendo cuatro putos años!

—¡Christian, joder, Daisy no querría esto!

Su nombre me frena en seco y por fin miro a mi alrededor; el maldito establo ha enmudecido mientras todos me observan. Yo llevo mi vista hasta Kristov debajo de mí, apenas respira.

Es un hijo de perra, pero esto no tiene nada que ver con él, tiene que ver conmigo y, por primera vez en los seis años que llevo

comandando Queensboro City, me pregunto lo que alguien pensaría de mí si me viese ahora... Daisy, lo que pensaría Daisy.

Es evidente que me odiaría y yo nunca he tenido tan claro como ahora que ella merece algo mejor que yo.

Me levanto y con la respiración trabajosa me alejo un par de pasos para que todos oigan lo que voy a decir.

—Amery queda libre de su deuda —ordeno. De reojo veo cómo se abraza con Mabel llena de alivio—. Dejarás que se marche y le darás diez de los grandes para que pueda regresar con su madre si eso es lo que quiere.

Kristov trata de moverse, pero es incapaz y solo tose antes de asentir con dificultad.

—A partir de ahora Mabel trabaja para mí —le advierto—. Será mis ojos en tu local de mierda y, si vuelvo a enterarme de que le has hecho daño a alguna de las chicas, ni el foso te salvará: iré y te pegaré un tiro entre las cejas.

La miro y ella asiente. Sabía que estaría de acuerdo y que tiene las agallas suficientes para enfrentarse a Kristov. Al fin y al cabo, ya lo ha hecho.

El fiscal me mira esperando a que asienta y, en cuanto lo hago, grita:

—¡Declaro al rey ganador del combate!

El público, que hasta ahora había permanecido en completo silencio atento a lo que estaba pasando en el ring, estalla en aplausos y vítores y los afortunados van directos a los corredores de apuestas para cobrar.

Yo camino hacia la salida, llevándome la mano a la boca para arrancarme el principio de la venda y después seguir con las manos. Dallas no tarda un segundo completo en colocarse a mi lado, justo después mis hombres nos escoltan.

—¿Vamos a hablar de lo que ha pasado? —me pregunta mitad preocupado, mitad molesto.

—No ha pasado nada —rujo sin ni siquiera mirarlo, acelerando el paso.

No voy a quedarme y a hablar de lo que siento, eso nunca arregla nada y mucho menos el hecho de que pronunciar su nombre haya sido el camino para llegar hasta mí.

—Sé que no te gusta hablar, pero esta noche casi matas a ese tío a golpes por lo que sea que te está pasando, que no hace falta ser un genio para darse cuenta de que tiene que ver con el hecho de que Daisy vaya a casarse con Thatcher.

Al oírlo, me detengo en seco y me giro despacio, amenazante, con la misma rabia bañándome de pies a cabeza.

—No te interesa seguir por ahí —le advierto con la voz baja e intimidante.

—Has parado cuando he dicho su nombre —me recuerda y la ira de nuevo se vuelve sobrehumana—. Ha sido la única manera de llegar hasta ti —añade aún más preocupado recalcando lo obvio—. Y todas esas chicas, hasta los putos coleteros de colores. Christian...

Lo fulmino con la mirada y mi amigo se calla el resto de la frase con un resoplido.

Dallas niega con la cabeza.

—Mira —continúa con otro enfoque—, siempre has tenido un carácter difícil, pero desde que ella anunció que iba a casarse con Thatcher es una locura —yo aprieto los dientes, quiero que deje de pronunciar el nombre de ese imbécil y hablar de esa boda— y ahora, encima, intentas resolver tus problemas de allí arriba aquí abajo. ¿Ya no te acuerdas de lo que nos decía siempre tu abuelo?

—Basta —rujo mirándolo a los ojos. Esta estupidez de conversación se acabó—. Deja de imaginarte lo que crees que pasa,

te equivocas. Y métete en tus putos asuntos.

Le mantengo la mirada desafiándolo a que diga algo más, pero Dallas no lo hace porque sabe que va a obtener la misma respuesta. Puede que haya mentido al decir que se equivoca, pero es mi problema y en ningún caso pienso sentarme a hablar de él como si estuviésemos en una maldita serie de Netflix.

Daisy es cosa mía y, joder, de nadie más.

33

Christian

Por la noche apenas consigo dormir. Da igual que me pase hasta las cuatro de la mañana en Queensboro City. A las siete ya estoy cansado de dar vueltas en la cama como un imbécil y me levanto.

—Buenos días, señor Hale —me saluda Debra, mi secretaria, sumándose a mi paso en cuanto pongo un pie fuera del ascensor—. El señor Johnson y el señor Guzmán han enviado las demos sobre el cruce de inversiones con Tech International.

Asiento. No es un tema prioritario, pero tampoco quiero dejarlo estancado. Dormirse en los laureles siempre es un error que se paga muy caro.

—Los informes de rendimiento y personal de la cadena hotelera que adquirió la semana pasada han sido actualizados. También han llegado —consulta un momento su *tablet*— los contratos de compraventa de la segunda tanda de terrenos en Las Vegas. Estamos a la espera de que el Departamento de Arquitectura y Diseño envíe el *planning* de desarrollo del hotel que levantará allí.

Los empleados me observan mientras cruzo la planta. Por un momento me siento como en Queensboro City. Son las dos caras, pero la moneda es la misma. El poder se consigue así, peleando por él, arrancándoselo a quien lo tuviera antes que tú y después siendo lo suficientemente inteligente para mantenerlo. No es sencillo, es

cruel y tienes que ser despiadado para ganar. Esa regla funciona tanto aquí como abajo.

—Lo esperan en la sala de conferencias para la reunión interdepartamental.

—Tráeme el plan de desarrollo del hotel en cuanto llegue.

—Sí, señor.

Oigo su respuesta mientras me desvío hacia dicha sala. Tengo un puto mal presentimiento con esa maldita reunión. Tengo controlados a todos los accionistas, por pequeñas que sean sus participaciones, pero el inversor misterioso sigue sin dejarse ver. Necesito averiguar quién es ya. Las cuentas en paraísos fiscales solo nos llevaron a empresas fantasmas y testaferros corporativos. He de reconocer que es un tío listo y sabe esconderse, pero yo lo soy más y averiguaré dónde está.

Estoy a unos pasos de la enorme estancia con paredes y puerta de cristal cuando todos los ejecutivos se dan prisa en tomar asiento. Al entrar, todo está en silencio.

¿Quién es ese tío?

Frunzo el ceño, aunque no permito que el gesto dure un segundo completo mientras clavo la mirada en el tipo trajeado de unos cincuenta, con el pelo plateado y un anillo de la Universidad de Princeton.

No es ninguno de los accionistas ni tampoco el abogado de ninguno de ellos; incluso si hubiesen cambiado de bufete esta misma mañana, lo sabría.

Avanzo con paso decidido hasta la presidencia de la mesa, aparto la silla y me quedo de pie a la vez que levanto la mirada y lo observo directamente. El «¿Quién coño eres?» más claro y brutal del planeta.

El hombre sonríe encantado de conocerse y se toma todo el tiempo del mundo para darle un sorbo a su café, pensando que así

logra intimidarme. Se equivoca y esos dos gestos dicen mucho más de él que de mí. Uno, quiere causar una impresión, y dos, quiere que lo tema. Sin embargo, la experiencia me ha enseñado que, cuando alguien pretende que lo temas sin haber hecho nada para merecerlo, es, con toda probabilidad, el más cobarde de la sala.

—Soy Bryan Lane —se presenta— y estoy aquí en calidad de representante legal de uno de los accionistas.

El puto inversor misterioso.

—Y supongo que no va a decirnos quién es ese accionista —apunto.

—A mi cliente le gustaría permanecer un poco más en el anonimato.

Le mantengo la mirada. ¿Quiere jugar? Juguemos. No tengo ningún problema.

—Señor Katsaros —llamo al jefe de los astilleros de la empresa. Él se levanta inmediatamente al tiempo que yo tomo asiento—, ¿estado de los envíos a Hamburgo?

Uno a uno, todos los directores de departamento me informan de cómo van los diferentes proyectos. Los accionistas, aunque pueden, normalmente no acuden a este tipo de reuniones; ni Moore ni Bolton, por ejemplo, lo han hecho nunca. Si este tío ha mandado a su abogado no es porque le interese cómo se está desarrollando nada en Hale Corporation, es única y exclusivamente para marcar territorio.

La puerta se abre y mi secretaria me observa desde allí con una carpeta en la mano, esperando a que le indique que puede pasar. Yo asiento suavemente mientras McAdam, director del Departamento Editorial, continúa hablando. Debra cruza rápida la sala, deja la carpeta frente a mí y se marcha igual de discreta que ha entrado.

Abro el dosier sobre la mesa. Es el proyecto de construcción de nuestro hotel en Las Vegas.

Aprieto los dientes. «Joder», gruño mentalmente.

Nos hemos hecho con una parcela increíble en el Strip y tenemos que hacer un hotel a la altura. Sin embargo, solo necesito un primer vistazo al *planning* de trabajo para darme cuenta de que algo no cuadra.

No obstante, no se me olvida que ese gilipollas de Lane está aquí y que lo está por el inversor misterioso, así que no dejo que vea nada y acelero el ritmo de la reunión, me importa una mierda que la mayoría de ellos no puedan mantenerlo, para terminar cuanto antes y poder centrarme en el problema.

Menos de una hora después, doy la reunión por finalizada y todos comienzan a recoger sus cosas y salir.

—Noel, quédate —le ordeno a mi hermano.

Él asiente y camina hasta colocarse a mi lado. Yo estoy de pie, observando cómo Lane apaga su *tablet* y se levanta.

—Una muy buena reunión, señor Hale —me felicita cuando se incorpora.

Yo no digo nada, solo le mantengo la mirada amenazante. No pienso caer en su trampa ni rogarle por información. Encontraré por mi cuenta a ese inversor misterioso, me da igual lo difícil que me lo ponga, y lo destruiré.

Lane sonríe a modo de despedida y echa a andar, pero, cuando solo se ha alejado unos pasos, se vuelve de nuevo.

—Espero que consiga solucionar el problema del proyecto del hotel de Las Vegas. Esos fallos son ciertamente alarmantes.

Mi cuerpo se pone de golpe en guardia. ¿Cómo demonios lo sabe? Le mantengo la mirada sin dar una sola muestra de lo que siento.

Nada se escapa de mi control y no voy a dejar que este imbécil sea lo primero.

Lane asiente y se marcha definitivamente.

—¿A qué se refería? —pregunta Noel frunciendo el ceño.

—Quiero a Delaview, Jones y Kim —le ordeno— y al inútil de Bolton, joder.

Thatcher está al cargo del Departamento de Arquitectura e Ingeniería. Los proyectos de construcción salieron de allí.

Aprieto los dientes. Es un puto inútil.

Noel descuelga y hace las llamadas oportunas. Mientras, se inclina sobre la mesa y gira la carpeta antes de abrirla y apoyarse hasta casi sentarse en el borde de la madera para leer los documentos que contiene.

Yo me llevo las manos a las caderas a la vez que dejo asomar la lengua entre mis dientes y avanzo hasta los ventanales para perder la vista en Nueva York. La imagen de los rascacielos y la maraña de taxis amarillos suele funcionar y normalmente me calma. Sin embargo, hoy, ni el Chrysler puede apaciguarme. No soy ningún estúpido. Soy consciente de que no estoy así solo porque una pandilla de ineptos no haya sabido hacer bien su trabajo, esto es más profundo y más cortante, pero me niego a pensarlo.

—Es inviable —conviene Noel todavía con la mirada en el prospecto de construcción—. Han calculado mal los coeficientes de producción, tiempo y dinero.

Un puto completo.

—¿Qué vamos a hacer? —plantea.

Arreglarlo. Si puedes solucionarlo, soluciónalo, y si no puedes, piensa mejor y haz algo de una maldita vez.

Menos de dos minutos después llegan los ejecutivos que necesitamos y empezamos a trabajar. La reunión se alarga casi dos

horas. La situación es muy complicada. Ya no solo se trata de rehacer un *planning* fallido, tenemos que reconducir las partidas presupuestarias, la asignación de personal, de maquinaria, pero tanto los obreros como la maquinaria, incluso los materiales, ya están comprometidos con otros trabajos. Si la empresa ha crecido tanto es porque funcionamos muy bien, pero también rápido, y todo está medido al milímetro. Si una parte falla, el efecto dominó puede arrastrar demasiadas cosas.

Yo debería estar ocupándome de otros asuntos, pero no puedo largarme de esta reunión por nada del mundo. Lo demás tendrá que esperar. Ese hotel es demasiado importante.

—¿Y si hacemos que Ríos envíe gente desde su departamento? —propone Noel.

—Es personal altamente cualificado —responde Delaview—. Su tiempo es mucho más caro, además de no estar familiarizados con ese tipo de maquinaria.

—Deberíamos contratar personal externo —interviene Thatcher.

No ha tenido una idea decente desde que ha llegado.

Mi móvil vibra en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Esa es la solución fácil —se queja Noel—. El presupuesto se dispararía. ¿De dónde vamos a sacar todo el dinero extra? Por no hablar de que, cuando llevasen tres semanas trabajando, dejaría de ser necesario.

Lo saco y miro la pantalla. Es un mensaje de Meyer. Daisy acaba de entrar en el edificio.

Pierdo mi mirada en la pantalla, en el mensaje, aunque en realidad no lo estoy leyendo, es como si solo siguiera el contorno de las líneas porque mi mente está yendo demasiado rápido a la vez que aprieto con fuerza el teléfono. ¿Qué hace aquí?

—Contratémoslos como personal de apoyo —apunta Kim—. Según el convenio, eso reduce su salario a la mitad. Añadamos algún tipo de cláusula advirtiendo que están en período de prueba por un mes; cuando pasen las tres semanas solo habrá que despedirlos por no haber alcanzado las expectativas.

En cuanto pronuncia esas palabras, la sala cae en un silencio sepulcral. Kim es nuevo. Absorbimos su compañía hace poco más de un mes y Recursos Humanos advirtió de que sería un buen directivo... pero es obvio que no nos conoce ni a mí ni a esta empresa. Mi hermano pone los ojos en blanco, diciendo sin palabras «Este tío no tiene ni idea de dónde se ha metido» mientras las miradas de Delaview y Jones se alternan entre Kim y yo. Jones, incluso con el susto metido en el cuerpo.

Clavo mis ojos en él intimidante y él traga saliva por puro instinto.

—Aquí no hacemos las cosas así —le advierto— y no vamos a empezar ahora porque algún imbécil en su despacho haya sido incapaz de sumar bien. —Thatcher me fulmina con la mirada dándose por aludido. Oh, ¿lo he ofendido? Porque me importa una mierda—. Si necesitáis más obreros, los tendréis, pero con el contrato justo por el dinero justo. ¿He sido lo suficientemente claro? —pregunto con la voz calmada, mucho peor que un grito, dejándole cristalino que no hay dudas de cómo hacemos las cosas aquí y que no voy a tolerar que nadie intente el camino fácil a costa de mis empleados.

Kim asiente un número ridículo de veces y finalmente suelta un «Sí, señor». Espero que le haya quedado patente cómo funcionamos porque no tendrá más oportunidades.

—¿Por qué coño no podemos retrasar el tema Robinson? —insiste Noel.

Thatcher saca su móvil y sonríe como un idiota leyendo un mensaje. Seguro que ha sido Daisy.

Automáticamente pienso en todo lo que pasó ayer y la rabia que llevo sintiendo toda la maldita mañana encuentra algo con lo que encajar.

—Porque perderíamos demasiado dinero —contesta Jones—. La penalización por un posible retraso es demasiado alta.

—Salgo un momento —anuncia Thatcher levantándose.

Yo aprieto los dientes siguiéndolo con la mirada.

—Tú no vas a moverte de aquí —rujo con la voz endurecida—. Estamos en este lío por tu culpa. No vas a ir a ninguna parte.

Y mucho menos con ella.

Otra vez la habitación cae en un tenso silencio.

—¿A qué viene esto, Christian? —pregunta Thatcher intentando que no se note que le está flaqueando el valor.

Yo le mantengo la mirada. La respuesta instintiva es que no voy a dejar que se acerque a ella, pero, cuando estoy a punto de pronunciarla, mi autocontrol me ata en corto.

—A que no pienso permitir que nos sigas haciendo perder el tiempo. Si no estás a la altura, lárgate, pero no voy a dejar que nadie más tenga que cargar con tu incompetencia.

Quiere protestar, pero es consciente de que no tiene nada con lo que justificarse y simplemente suelta un breve resoplido antes de teclear algo en su teléfono y volver a ocupar su asiento.

Cuando mi mirada se encuentra con la de Noel, mi hermano frunce el ceño en el clásico «Ey, ¿qué coño ha sido eso?», pero yo finjo que ni siquiera lo veo. Estamos hablando de trabajo. Nada más.

—Jones —reconduzco la reunión—, ¿a qué proyectos están destinadas las cuadrillas del complejo de San Diego?

El director de una de nuestras constructoras consulta su *tablet* y tras unos segundos va a contestar, pero el pitido del intercomunicador digital lo interrumpe.

—Señor —me llama Debra.

Yo me contengo para no poner los ojos en blanco, estoy empezando a cansarme de interrupciones, y me inclino sobre la mesa.

—¿Qué? —respondo.

—La señorita Messina está aquí. Necesita hablar con el señor Bolton.

¿Cómo no?

Thatcher me mira con un estúpido deje de satisfacción, como si hubiese ganado la batalla. Yo se la mantengo, recordándole al imbécil que no sabe ni en qué guerra está luchando.

—Que pase —digo sin apartar los ojos de él.

Un segundo después llaman a la puerta. Thatcher se levanta con una sonrisa de oreja a oreja dispuesto a abrirla, pero, antes de que llegue, le doy paso.

—Adelante —pronuncio disfrutándolo solo por estar fastidiándolo.

Bolton me fulmina con la mirada por haberle quitado la posibilidad de ir de caballero andante, pero yo ni siquiera me molesto en devolverle la mirada.

—Hola —saluda entrando—. Siento la interrupción —añade con una tímida sonrisa a modo de disculpa.

Sus ojos azules barren la habitación y, como si estuviésemos guiados por el imán más potente del mundo, se encuentran con los míos. Ninguno de los dos dice nada, pero tampoco hace falta. Sé que recuerda tan bien como yo lo que pasó ayer.

Thatcher termina de dar los pasos que lo separan de ella, reclamando su atención. Daisy tarda un segundo de más, pero

finalmente lleva su vista hasta él y le sonríe. La rabia vuelve y el corazón empieza a latirme como un loco. ¿En serio? ¿Tanto le alegra verlo? Ahogo un resoplido breve y fugaz en una mordaz sonrisa ganándome que ahora los dos me observen.

En el primer segundo me siento incómodo, lo estoy, joder, pero sin dudarlo les mantengo la mirada sin el más mínimo arrepentimiento.

Daisy frunce el ceño y acaba negando con la cabeza y tengo claro que piensa que no quiero que esté aquí, cuando, en realidad, lo que odio con todas mis fuerzas es que esté aquí por Thatcher. Odio que esté cerca de él.

—Siento interrumpirte —le dice en un susurro a Bolton—. Dijiste que tu abogado necesitaba hablar conmigo, pero no sé dónde encontrarlo.

¿Por qué necesita hablar con ella?

No hago ningún gesto que ni siquiera indique que estoy prestando atención a la conversación y recupero el teléfono de mi mesa.

Averigua por qué el abogado
de Thatcher ha citado a Daisy
en su despacho.

—Hola, Dais —la saluda mi hermano acercándose.

Después de lo que pasó, le prohibí a Noel que respondiera sus llamadas o intentara el contacto por su cuenta. Para asegurarme, le ordené al jefe del Departamento Informático que bloqueara a Daisy de todas las formas posibles tanto en el móvil de mi padre como en el de mi hermano. A ninguno de los dos les gustó, pero acabaron aceptándolo.

Sé que han vuelto a hablar, por ejemplo, en el cumpleaños de Daisy, pero todo todavía es un poco complicado.

—Hola. Me alegro de verte —le dice sincera, pero también manteniendo las distancias. Eso es algo que antes nunca habría

hecho. Hace cuatro años era como una especie de terremoto sin dejar de sonreír o decir lo que pensaba. Incluso cuando estaba en silencio, sonreía o tarareaba alguna canción.

—¿Eso es todo lo que piensas decirme? —pregunta él divertido.

Ella lo mira sin saber cómo reaccionar, pero entonces Noel da un paso al frente y la abraza levantándola del suelo, haciéndola girar y sonreír de nuevo, esta vez de verdad.

Sin darme cuenta, yo también sonrío, pero controlo el gesto antes de que nadie pueda verme. Además, ¿hace falta que sea tan efusivo, joder?

Mi móvil vibra en mi mano. Abro el mensaje.

> Quieren que Daisy firme un acuerdo prematrimonial.

Algo no me gusta.

Consígueme el acuerdo.

Le ordeno.

—¿Qué tal estás? —le pregunta Noel.

—Estoy bien —responde Daisy sincera.

—No te lo dije en tu cumpleaños, pero mola tu pelo.

Ella sonríe.

—Necesitaba un cambio de *look*.

Me pregunto cuándo lo hizo. Si fue justo después de marcharse o esperó más tiempo; si tuvo que ver con el divorcio o fue algo que simplemente surgió. Ya nunca se recoge el pelo. Todavía puedo recordar esas gomillas de colores repartidas por el lavabo. Le encantaban. De pronto me sorprendo haciendo memoria y sé que no me equivoco. Todas las veces que nos hemos visto desde que su

padre le dijo que debíamos volver a casarnos ha llevado el pelo suelto.

El móvil de mi hermano empieza a sonar sacándome de mi ensoñación.

—Tengo que cogerlo —se disculpa con Daisy señalando su *smartphone*.

—Claro —responde ella amable.

Noel le sonríe de nuevo y se aleja unos pasos al tiempo que responde la llamada.

—Será mejor que me vaya y te deje terminar la reunión —le dice Daisy a Thatcher.

—¿Comemos juntos? —le propone él.

Ella asiente y le sonríe.

Esa comida no va a pasar.

Me llega un nuevo mensaje de Meyer. Es un PDF. El acuerdo prenupcial.

—Dame un momento —le dice Noel a quien sea con quien esté hablando, y deja la llamada en espera.

—Es Richmond —me informa. Yo tardo un segundo de más en levantar mi vista del acuerdo prenupcial, pero lo hago—. Puede que haya una solución si conseguimos convencer a los de Horizon Corp. de que retrasen la venta.

Asiento. No es la mejor solución, pero nos conviene tenerla como as en la manga. Además, tengo controlados a Richmond y al CEO de Horizon, les encanta apostar dinero en uno de los locales de Queensboro City. Será muy fácil que hagan exactamente lo que quiero.

—Apriétalos hasta que bajen a cinco —le ordeno a Noel.

Él capta el mensaje y reanuda la llamada.

Daisy se despide de Thatcher agitando suavemente la mano y camina hacia la salida. Yo lo observo con la rabia cada vez más líquida y caliente carcomiendo todo a su paso.

Cuando la puerta se cierra a su espalda, me siento aliviado de que ya no esté cerca de Thatcher, pero al mismo tiempo esa ira sigue ahí, tomando putas posiciones, incansable.

—Quiero una reestructuración completa del *planning*. Richmond no es la solución ideal, así que hay que seguir pensando.

Jones y Delaview asienten, mandan el *planning* a la pantalla frente a nosotros y empiezan a comentarlo punto por punto.

Las explicaciones que están dando son de parvulario, por lo que puedo permitirme hacer dos cosas a la vez. Saco el móvil y comienzo a revisar el acuerdo prenupcial. Parece algo muy estándar, lo tuyo es tuyo, lo mío es mío y, cuando esta broma se acabe, nadie le quitará nada al otro, pero, entonces, llego hasta la última página y lo encuentro. La cláusula 22 B. Habla de las acciones de la Hale Corporation, especificando que, una vez que sean reagrupadas y si el matrimonio dura más de un año, como exige el testamento del abuelo, las acciones formarán parte del mismo bloque, aunque haya un divorcio.

Me humedezco el labio inferior, controlándome por no darle una maldita paliza a Thatcher aquí mismo. Teniendo en cuenta que se reagrupan hacia los Bolton, que son los que tienen más, lo que le están dando a firmar es una manera legal de quedarse con las acciones de Daisy sin pagar nada por ellas.

No va a firmar esto.

Este acuerdo no va a ser. Métele el miedo en el cuerpo a Thompson. Usa lo que tenemos contra él. Sin piedad.

Entendido, señor.

Thompson es el abogado de los Bolton y hoy va a ser su puto día de suerte.

Genial. Ahora estoy de peor humor y lo único en lo que puedo pensar es en abalanzarme sobre Thatcher.

Han pasado unos minutos cuando su secretaria viene a buscarlo para, precisamente, recordarle la cita con su abogado. Me interesa que esa reunión se celebre, así que asiento y lo dejo escapar. Tampoco es que estuviese aportando mucho.

Seguimos trabajando en el *planning*. No tengo tiempo para estupideces y aumento el nivel.

Sin embargo, por muy claro que tenga que debo estar concentrado al doscientos por cien, mi mente se encarga de recordarme que Daisy está ahora mismo en un despacho con el gilipollas de Thatcher.

En serio, ¿en qué puto universo le ha parecido buena idea casarse con él? Es un imbécil que todavía se esconde tras su padre y no ha tomado una decisión de verdad en su vida. ¡Daisy se merece algo mejor!

De pronto esa frase se queda flotando en el ambiente y yo siento que no soy capaz de respirar... pero no me arrepiento. Es la verdad. Daisy es preciosa y puede alegrarte el maldito día solo con sonreír. Puede que todo se jodiera entre nosotros, pero eso no cambia que ella sea increíble.

Aprieto los dientes y de repente mi cabeza, mi cuerpo, mi puto corazón... siento como si los tres tiraran de mí en direcciones diferentes y recuerdo a Caleb, aunque no quiero; recuerdo a Gillian gritando desesperada, ¡aunque no quiero!

—Señor Hale... —me llama Delaview, pero yo ni siquiera lo escucho—. Señor Hale...

Su voz por fin llega hasta mí y siento como si me hubiesen devuelto a la realidad de una patada. Todos me están observando, así que es obvio que están esperando mi respuesta. Observo la pantalla, pienso. Rápido. Lo tengo.

—Tenemos que hacer las proyecciones de nuevo con una tasa de sinergias a un porcentaje del sesenta por ciento.

Eso nos daría unos sesenta millones de beneficios antes incluso de que el hotel estuviera abierto.

—Pero con una tasa de sinergia a ese porcentaje, el beneficio sería prácticamente nulo —replica Kim.

Todos se miran entre ellos, sopesando sus palabras y siendo tan imbéciles de pensar que tiene razón.

—Precisamente porque son sinergias, el ahorro en gastos secundarios y terciarios rondaría los doscientos catorce millones de dólares por encima del presupuesto anterior. —Se oyen murmullos de aprobación y Kim me mira sin saber dónde meterse—. Fuera —añado sin dudar.

Esta no es la reunión para hacerme perder el tiempo.

La mirada de Kim cambia a incredulidad absoluta, pero, cuando se la mantengo sin ningún problema, se da cuenta de que lo mejor que puede hacer es salir de esta sala.

Noel me observa, como ha hecho antes, tratando de averiguar por qué estoy de peor humor de lo habitual, pero otra vez finjo que ni siquiera está aquí. Tiene que dejar de meterse en mi vida.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo y desbloqueo la pantalla. Es un mensaje de Meyer.

> Daisy se ha negado a firmar el acuerdo.

Sonrío. Esa es mi chica.

Thompson la apoya, pero Jim Bolton la está presionando para firmar y Thatcher no la está defendiendo como debería.

En cuanto leo esas palabras, una sola idea indeleble e inamovible se fija en el centro de mi mente.

Me levanto y me dirijo a la salida con paso decidido.

—La reunión ha terminado —sentencio.

No les doy oportunidad a decir nada y me largo.

Atravieso la planta cuarenta y ocho más jodidamente cabreado a cada puto paso que doy. Jim Bolton tiene que meterse en sus malditos asuntos y el soplapollas de Thatcher tiene que comportarse como un hombre de verdad de una jodida vez. No la merece. No la merece. De pronto con quien estoy más cabreado es conmigo mismo. ¿Cómo pude pensar que él le cubriría las espaldas? He aprendido, sé, que Daisy puede enfrentarse sola a cualquier cosa, pero que sea capaz no significa que tenga que hacerlo y mientras esté yo, joder, no va a tener que hacerlo.

En cuanto irrumpo en el despacho de Bolton, todos se giran hacia mí. Thompson, su abogado, aliviado; Thatcher, odiándome por presentarme aquí, y su padre, haciéndolo todavía más porque sabe que es imposible que permita que Daisy firme.

Mientras, ella me observa confusa, sin esconderse. Tras un par de segundos frunce el ceño y entiendo que piensa que estoy aquí para boicotear esta reunión de alguna manera. Es la verdad, pero no por los motivos que ella cree.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al fin.

—No vas a firmar ese puto acuerdo.

Sé que podría haber sido más paciente, buscar la manera de convencerla, pero no puedo esperar un solo segundo cuando se trata de protegerla.

—No es asunto tuyo —interviene Thatcher.

—¿Por qué? ¿Vas a echarle valor y a defenderla tú? —le respondo dejándole claro que no tengo ninguna duda de que es un cobarde de mierda.

—Es un acuerdo prematrimonial estándar —interviene Jim Bolton, dirigiéndose a Daisy, tratando de volver a presionarla.

No va a pasar.

—¿Desde cuándo un acuerdo que dice que las acciones de la esposa seguirán siendo del marido a pesar del divorcio es estándar? —replico sin ninguna intención de sonar amable.

—¿Cómo sabes tú eso? —plantea Daisy.

—Es documentación privada —prácticamente me grita Thatcher.

—No te imaginas lo poco que me importa —sentencio.

—Los matrimonios de este nivel exigen concesiones —me responde Jim Bolton.

—¿Y por qué esas concesiones no son a favor de Daisy?

—Ella también va a ganar con esta boda.

—No tanto como tu familia —replico dando un paso hacia él, controlándome lo jodidamente indecible para no tumbarlo en el suelo de un puñetazo—. No va a firmar.

—No depende de ti.

—Otra vez te equivocas.

Si afecta a Daisy es mi puto problema. Siempre.

Le mantengo la mirada a Jim Bolton, desafiándolo con ella. No pienso permitir que se aprovechen de Daisy de la manera que sea ni que piensen que el hecho de que Neil no se preocupe por ella la deja desprotegida. No lo necesita. Me tiene a mí.

—Es mi decisión, Christian.

Su voz atraviesa la neblina de rabia, determinación y arrogancia y llega hasta mí como si solo Daisy conociese el camino. Me giro hacia

ella y nuestras miradas conectan en una sola décima de segundo. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué es así? Como si desde el primer segundo, mi cuerpo, por su cuenta y riesgo, hubiese decidido que no le valía nadie más.

—No —gruño.

—No voy a firmar esto —dice, y sus preciosos ojos azules siguen en los míos cuando lo hace—. Thatcher —al pronunciar su nombre, su atención se centra en él y la puta rabia se vuelve lava. Voy a matarlo—. Tu padre tiene razón, este matrimonio fue idea mía, pero tú también saldrás ganando.

Thatcher le mantiene la mirada un instante, pero acaba apartándola incapaz de seguir haciéndolo porque sabe que Daisy tiene razón.

—¿Realmente quieres quedarte con esas acciones? —vuelve a la carga Jim Bolton—. Todos en esta habitación sabemos que no te han traído más que problemas.

Por un momento todos guardan silencio y en lo único en que puedo pensar es en cogerla de la mano y sacarla de aquí.

La última palabra sigue flotando en el aire, pero, sobre todo, entre Daisy y yo, como si fuese un maldito recordatorio de cuando nos casamos y todo lo que salió mal. Una rabia nueva y vieja a la vez, más incendiaria, más cortante, me arrasa de pies a cabeza, y lo que la provoca, el pensar que le hice daño, se hace más fuerte, más insoportable.

Se acabó.

Atravieso el despacho dispuesto a llevármela, pero ella empieza a hablar antes de que la alcance, deteniéndome.

—Tiene razón, señor Bolton, pero mi abuelo no me dejó esas acciones para que se las regalara a los Bolton y no es lo que Ramson hubiese querido.

34

Daisy

Mi mirada vuelve a encontrarse con la de Christian. A veces me pregunto si no voy a aprender nunca, si estoy condenada, pero es que sencillamente no depende de mí. Debería querer esto, deshacerme de mis acciones, regalárselas a los Bolton y que las usen contra Christian, que sea lo que lo haga sufrir, que me vengue, pero no puedo porque, a pesar de todo, sé que es verdad lo que he dicho, no es lo que mi abuelo hubiese querido y no es lo que Ramson hubiese deseado cuando hace tantos años decidió compartir lo que tenía con sus mejores amigos.

También hay otro motivo por el que no puedo jugársela así y odio, como pocas cosas en mi vida, que lo haya.

De todas formas, no me arrepiento. Es cierto que esas acciones solo me han traído problemas, pero, como pasa con los superhéroes, también son mi responsabilidad... Si la cosa va a ir así, podría tocarme la parte buena y ser millonaria como Batman o una espía ultrasecreta como la Viuda Negra, seguro que el sueldo tampoco estaría mal y viajaría muchísimo.

Vuelve a la realidad, Daisy Messina.

Me obligo a dejar de mirar a Christian para centrar mi atención en Thatcher.

—Si aún estás de acuerdo —le digo—, nos casaremos y votaré a tu favor cuando lo necesites, pero no voy a cederte mis acciones

para siempre. Espero que lo entiendas.

Resoplo internamente, pero aguanto el tipo sin dejar que nadie lo vea. Tengo que conseguir casarme con Thatcher para asegurarme de que el señor Blaine estará a salvo. La vez anterior fallé cuidando a las personas que me importan, no puedo dejar que eso vuelva a pasar.

Thatcher me observa sopesando la situación mientras siento los ojos verdes de Christian sobre mí. No necesito mirarlo para saber que está demasiado enfadado. Sé que estaba en una reunión muy importante y la ha dejado para presentarse aquí e impedirme firmar el acuerdo prenupcial. Me preguntaría por qué lo ha hecho, pero, en realidad, ya lo sé. Odia esta boda, lo ha dejado claro muchas veces, y ahora puede fingir estar preocupado por mí, puede estarlo de verdad, pero no me importa. Si es el motivo número uno, puede irse al infierno, y si es el segundo, francamente, llega demasiado tarde.

Furiosa, busco de nuevo su mirada para demostrarle que no me importa nada de lo que haga, pero el choque es brutal, en más de un sentido, en todos, porque sus ojos son como una tormenta y yo me siento como si fuera un capitán de barco luchando por mantener el timón.

Corazones yendo demasiado deprisa.

Es ese algo que hay entre nosotros, aunque ninguno de los dos lo busquemos, ni siquiera lo queramos, pero sigue ahí, latiendo con la fuerza de un maldito campeón de Fórmula 1.

—Estoy de acuerdo —contesta Thatcher rompiendo la burbuja que se había creado entre Christian y yo—. Thompson, redacta de nuevo el documento excluyendo las acciones.

Antes de asentir, el abogado mira discretamente a Christian y él mueve la cabeza afirmativamente en un gesto pequeño y duro. Frunzo el ceño observando este intercambio del que solo yo he sido

testigo. Es el abogado de los Bolton, ¿por qué ha esperado su autorización?

Cabeceo olvidándome de eso. Sea lo que sea, no es mi problema. En cambio, cómo me he sentido cuando lo he visto entrar, antes en su despacho, AYER, sí lo es y tengo que solucionarlo.

—Ahora que estamos todos —empiezo a decir— y que ya se ha resuelto este problema, tenéis que saber que Thatcher y yo vamos a casarnos este viernes.

El silencio se hace con la habitación en el mismo momento en el que pronuncio la última palabra.

Mi prometido sonríe con suficiencia, pero el gesto le dura muy poco. Christian no duda. Se come la distancia que nos separa, me agarra de la muñeca y, antes de que pueda mandarlo al infierno, tira de mí, echando a caminar al mismo tiempo, obligándome a hacerlo tras él y sacándome del despacho ante la atónita mirada de los tres hombres.

—¡Suéltame! —grito cabreadísima.

¡No puede comportarse así, maldita sea! ¡No puede tratarme como si le perteneciese!

Pero él ni siquiera me escucha, solo aprieta tanto los dientes que va a desencajársele la mandíbula.

Abre la puerta de otro de los despachos de malos modos, nos mete dentro y cierra de un soberano portazo.

—No vas a casarte con él —me advierte.

—Voy a hacer lo que me dé la gana —replico aún más enfadada.

Por Dios, tengo la sensación de que hemos tenido esta conversación ¡un millón de veces!

Voy a gritarle por dónde puede meterse su opinión. Sus dedos se hacen más posesivos sobre mi muñeca. El corazón me late con

fuerza y rabia y algo más que no entiendo o, la verdad, no quiero entender, cuando su teléfono empieza a sonar.

Christian lanza un juramento entre dientes al tiempo que, sin soltarme, se saca el *smartphone* del bolsillo interior de su chaqueta. Sin embargo, cuando ve el número su expresión cambia. Por inercia yo también observo la pantalla. Es Catskills.

Nos miramos a los ojos pensando exactamente lo mismo y los dos perdemos un latido a la vez.

Caleb.

—¿Qué? —contesta sin mostrar nada de lo que está sintiendo.

Aunque agudizo el oído, no consigo escuchar lo que dicen al otro lado. Solo distingo una voz nerviosa de mujer hablando demasiado rápido. Christian presta atención a la llamada mientras su respiración se acelera más y más.

—Voy para allá —sentencia, y finalmente cuelga.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sin poder contenerme más.

—Es Caleb —responde, y sus ojos verdes se iluminan de la manera más bonita del mundo—. Se ha despertado.

35

Daisy

¿Qué?

Una suave sonrisa, y otra vez es la cosa más maravillosa que he visto jamás, se cuela en sus labios mientras despacio, en contraste con lo rápido que me late el corazón, se va copiando en los míos.

¡Dios, se ha despertado! Los ojos se me llenan de lágrimas y una se me escapa de pura alegría a la vez que sonrío, casi río, bajo su atenta mirada y de pronto los dos rompemos a reír. ¡Estoy feliz! ¡Se ha despertado! ¡Caleb se ha despertado!

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero, cuando por fin reaccionamos, Christian tira de mí y salimos de la habitación. Esta vez no me coge de la muñeca, ahora nuestros dedos están entrelazados.

Bajamos hacia el garaje del edificio sin dejar de sonreír, emocionados. Christian llama a Noel y a Dallas. Ninguno de los dos tarda un segundo completo en responder que van hacia el hospital. Atravesamos el parking hasta su imponente Mercedes. Todo, sin soltarnos de la mano.

Me abre la puerta del copiloto, me deslizo dentro y él cierra. Lo observo rodear el coche con el paso acelerado. No puedo evitar pensar en la ventanilla. Romperla fue francamente reconfortante.

Lo cierto es que estoy aliviada de que este momento haya llegado por fin. En primer lugar y por encima de cualquier otra cosa, por

Caleb, pero también por mí. Con él despierto, por fin saldrá a la luz todo lo que pasó aquella noche. Caleb jamás dejará que Christian o cualquiera piense que lo llevé a un bar. También caerá la careta de Gillian. No veo el momento de que termine con el rollo de doliente viuda solo para poder continuar siendo la señora Hale.

Estamos a un par de manzanas del Presbyterian cuando la mirada de Christian cambia. Yo frunzo el ceño. ¿Qué le ocurre?

—¿Estás nerviosa? —me pregunta pillándome por sorpresa.

—No —contesto—. Estoy emocionada por ver a Caleb.

Christian asiente sin apartar la vista de la carretera, pero es más que obvio que sigue con la cabeza en lo que sea que esté pensando.

Por fin llegamos al aparcamiento del hospital y detiene lentamente el Mercedes. Yo me quito el cinturón a toda prisa y me giro para salir, pero, al notar que él no está haciendo lo mismo, me giro confusa. Christian sigue con la mirada al frente, agarrando el volante con tanta fuerza que sus nudillos se emblanquecen.

—Hablaré con él —dice lleno de seguridad—. Le explicaré lo mal que lo pasaste. Estoy seguro de que te entenderá. Yo me encargo. Te lo prometo.

Y entonces lo entiendo todo. Se refiere a Caleb y a lo que cree que pasó aquella noche. Mi respuesta instintiva es una mezcla de rabia y satisfacción futura, rollo *Karma is back*. Yo no hice nada y muy pronto se sabrá. Pero una vocecita me pide que sea justa y mire más allá. Christian ha elegido protegerme incluso creyendo que soy la responsable de lo que le ocurrió a su hermano.

Doy un largo suspiro dándole vueltas a qué contestar, siquiera si debería hacerlo. Me sigue creyendo capaz de ser tan inconsciente, pero él... ahora... está cuidando de mí, como aquella noche en el hospital... ¡yo qué sé!

Resoplo mentalmente y al final asiento. No sé qué otra cosa hacer.

Prácticamente vamos corriendo hasta el interior del Presbyterian.

—¿Dónde estáis? —pregunta Christian en cuanto descuelgan.

Han traído a Caleb a este hospital, el mejor del estado, enseguida, para empezar con las pruebas y comprobar su estado inmediatamente.

—Habitación 214... —responden, y esta vez sí reconozco la voz. Es Brayson. Señalo un cartel que indica la dirección en la que se encuentra nuestro destino y giramos—, pero las cosas no están yendo bien.

—¿Qué ha pasado? —inquiere.

Es capaz de enmascararlo, pero sé que su preocupación está a punto de estrellarse contra el techo.

—Christian... —pronuncia su padre, pero guarda silencio como si no fuese capaz de continuar—, el estado de Caleb no ha cambiado.

—¿Qué? —murmura, y en esa única palabra hay tantas cosas porque ha salido de muy hondo, ha dolido demasiado. Está confuso, frustrado, enfadado, triste.

Alcanzamos el pasillo, distinguimos al señor Hale a unos metros. Él también nos ve a nosotros y da un profundo suspiro sin apartar los ojos de su hijo. Él también está sufriendo, también hay una parte de él en esa cama.

¿Qué está ocurriendo? ¿Qué está pasando con Caleb?

En ese mismo segundo la puerta se abre de golpe y un sollozo desgarrador sirve de antesala a unos pasos acelerados.

—¡Christian! —llora Gillian antes de lanzarse en sus brazos.

Él la sostiene por inercia mientras ella lo abraza desesperada, agarrándose a él como si eso significase aferrarse a su propia vida.

—¡Lo he visto moverse! —continúa sin dejar de llorar—. ¡Te juro que he visto cómo movía la mano!

Yo lo observo todo sintiendo cómo un nudo en mi estómago va haciéndose más y más grande. De verdad he creído que Caleb se había despertado, que volvería a estar bien y sería feliz y, Dios, egoístamente, que todo se acabaría.

Christian trata de consolar a Gillian, le pide que se calme y yo no quiero, pero la escena se me clava muy adentro. Estoy cansada de que ella use un dolor que en el fondo no sufre para acercarse a Christian. Estoy muy cansada de que explote la culpa que él siente, su arrepentimiento.

En ese preciso segundo, Christian mueve su mirada, nuestros ojos se encuentran y la rabia se despliega como un maldito ejército dentro de mí. ¿Por qué no es capaz de ver cómo es Gillian? ¡Odio que ella tenga ese poder!

—¿Estás bien? —me pregunta Mallory.

No la había oído llegar.

La miro descolocada sin saber qué contestar. Ahora mismo estoy demasiado furiosa para contestar que sí. Todo es demasiado complicado.

—Trabajo en el hospital como trabajadora social —me explica—. Noel me ha llamado. He sido la primera en llegar.

El llanto histérico de Gillian inunda la sala, que, paradójicamente, parece caer en un silencio sepulcral justo antes de que se desmaye o, francamente, finja hacerlo. Christian la recoloca entre sus brazos y la coge entre ellos para llevarla hasta una camilla siguiendo las indicaciones de las enfermeras.

Mi mente me juega la peor de las pasadas y me recuerda la otra vez que Christian la cogió entre sus brazos cuando ella consiguió que todos creyesen que yo la había empujado por las escaleras.

He tenido suficiente.

—Tengo que irme —le digo a Mallory sintiendo los ojos de Christian aún sobre mí, pero yo ya no lo miro a él. Solo quiero salir de aquí.

Fuerzo una sonrisa para la novia de Noel y me marcho bullendo en mi propia rabia. Recorro el enorme y estéril pasillo. Ni siquiera espero el ascensor y escapo por las escaleras. Bajo el primer tramo acelerada, el segundo como si siguiese huyendo y al mismo tiempo buscase el aire que necesito para respirar. Me detengo en uno de los rellanos intentando tranquilizarme, pero sin darme cuenta empiezo a dar pequeños y cortos paseos demasiado furiosa.

¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué tiene que afectarme la relación que tengan Christian y Gillian? ¡¿Por qué cualquier cosa relacionada con él tiene que doler?! ¡Odio que duela!

Por impulso saco mi teléfono, deslizo un par de veces el pulgar por la pantalla y, tras dos tonos, contestan.

—¿Por qué tiene que ser así? —planteo sin poder controlar las palabras.

—¿Te refieres a por qué Chris Evans se ha casado sin tener en cuenta cuánto me afectaría? —replica sin dudar.

Su comentario me pilla totalmente fuera de juego y sin quererlo sonrío, torciendo los labios para contener el gesto.

—Ni siquiera te llamó para que te enteraras por él —le recuerdo.

—Ni le dio mi teléfono a Tom Hiddleston para que pudiera rehacer mi vida.

Soy consciente de que Debbie no sabe lo que ha pasado, pero sí que imagina por quién estoy así y, siguiendo las leyes de la amistad, quiere que encuentre un segundo de alivio en mitad del huracán y, de paso, conociendo a Debbie, que me ría un poco.

—¿Me cuentas lo que te ha pasado por teléfono o vienes aquí, le robamos las cervezas a Dave y criticamos a todos los que nos caigan

mal?

Sonrío y siento ese mismo alivio sacudirme despacio, cálido y calmado.

—Voy para allá.

—Sabia decisión.

Salgo del hospital, pillo el metro y exactamente cuarenta y dos minutos después estoy en el apartamento de mis amigos.

Me río, me bebo un par de Buds y por un momento consigo olvidarme de lo que ha ocurrido, pero mi historia con Christian, con los Hale, es como una telaraña y es demasiado difícil huir de ella, aunque lo intente con todas mis fuerzas.

Aun así, no me rindo. Una vez oí que el cerebro no puede concentrarse en dos sentimientos a la vez, así que elijo estar contenta y seguir riéndome y hacer trampas al Uno porque claramente me merezco una victoria.

Tengo que decir que funciona... o casi, porque, cuando salgo del piso de Debbie y Dave y estoy subiendo camino del mío, los pensamientos de los que llevo escondiéndome durante horas aparecen y lo llenan todo, como las risas enlatadas en una serie de televisión.

¿Cómo estarán Brayson y Noel? Caleb... él... ¿de verdad no va a despertar? Me detengo en seco en mitad de las escaleras. Toca ser sincera, ¿no? Podría seguir hablando de ellos porque me importan muchísimo, pero no son la persona en la que no he podido dejar de pensar un solo segundo en todo el día.

Christian debe de estar volviéndose loco. Adora a su hermano y ha creído que se había despertado. Ha recibido un golpe brutal cuando no ha sido así. Es completa y absolutamente imposible que esté bien.

No puede estarlo.

Además, nunca quiere hablar de cómo se siente, por lo que se lo habrá tragado todo, enfadado con el mundo y sobre todo consigo mismo porque pensará que no ha sido capaz de cuidar de su hermano. Lo peor de todo: que el único capaz de hacerlo hablar es Caleb.

Cabeceo obligándome a deshacerme de todo eso y sigo subiendo, pero entonces un recuerdo concreto irrumpe en mi mente: estaba en Catskills y me desperté en mitad de la noche. Era uno de esos momentos en los que no sabes si es muy tarde o ya muy temprano. Christian no estaba en la cama. Su lado estaba sin deshacer. Era obvio que ni siquiera había llegado a acostarse. Tenía sed, así que, después de restregarme las palmas de las manos por la cara, salí de la cama.

Estaba a punto de alcanzar las escaleras cuando oí sus voces. Estaban sentados en los primeros peldaños. Caleb en pijama, pero Christian todavía llevaba el traje, acababa de volver de la empresa. Resultaba evidente que estaba agotado, pero también me pareció guapísimo, riendo desenfadado. Me sentí como si estuviese contemplando el espectáculo más precioso y raro del mundo.

Christian soporta día a día una presión enorme. Es el líder de la mayor compañía del país y, siguiendo la tradición de los Hale, en el momento en el que asumió ese cargo, también se convirtió en el cabeza de familia. Caleb lo entendía y lo cuidaba de la manera más bonita inimaginable, no solo cubriéndole las espaldas, sino consiguiendo que se relajase; que, por un momento, en una charla en las escaleras de madrugada, se olvidase de todo para ser simplemente él.

Y hoy ha creído que iba a recuperarlo solo para perderlo de nuevo.

Dejo escapar un profundo suspiro.

—Maldita sea —mascullo para mí.

Cambio la dirección y empiezo a bajar.

Quiero pasar de esto, olvidarme de todo. Puedo hacerlo. Tengo derecho. ¡Él me echó de su vida!

Me giro y subo de nuevo, pero no he avanzado más de dos escalones cuando me detengo otra vez.

Me pongo los ojos en blanco a mí misma.

—Eres lo peor. Eres lo peor —refunfuño, y, finalmente, hago lo que quiero hacer: bajar.

Podría ir a Hudson Yards, pero sé que Christian no estará allí. Recorro seis manzanas, pillo el metro y, tras dos paradas en dirección Woodlawn, la línea cuatro me deja a unos pasos del 499 de Park Avenue, la Empresa.

—Buenas noches —saludo al guardia del turno de noche.

Al principio, me mira confuso. Yo doy un paso dispuesta a presentarme, pero entonces me reconoce, nervioso se cuadra de hombros y se pone en pie.

—Buenas noches, señora Hale... quiero decir Bolton, quiero decir señora, señorita... Messina.

Nota mental: No contarle este momento a Dave jamás. Disfrutaría demasiado.

—Puedes llamarme Daisy —le aclaro con una sonrisa, diciéndole de otro modo que no se preocupe.

Él asiente aliviado.

—¿El señor Hale sigue en su despacho? —le pregunto, pero ya sé la respuesta.

—Sí, el señor Hale llegó alrededor de las cuatro de la tarde y aún no ha abandonado el edificio.

Y apuesto a que tampoco ha salido de su oficina.

—Gracias.

Tomo uno de los ascensores y subo hasta la planta cuarenta y ocho. Todo está sumido en un suave y sereno silencio, incluso la mayoría de las luces están apagadas. Solo las suelas de mis Converse crean un tenue susurro mientras recorro la planta.

Una parte de mí aún se pregunta qué demonios hago aquí; de hecho, está en pie de guerra por estar aquí; pero la otra no es capaz de respirar si sabe que Christian no puede hacerlo. Es así de complicado y de cruel.

Me detengo a unos pasos de la puerta de su despacho entreabierta.

—Si vas a marcharte, esta es tu última oportunidad —murmuro.

36

Daisy

Pero no lo hago y llamo levemente.

El sonido se engulle rápido en el silencio. Pasa un segundo, dos, tres... Nadie responde. Frunzo el ceño. Estoy a punto de volver a llamar, pero entonces oigo su voz.

—Adelante.

Doy una bocanada de aire y, despacio, empujo la madera. En cuanto el despacho entra en mi campo de visión, lo hace él, de pie, apoyado, casi sentado, en el borde de la mesa de cara al enorme ventanal que ahora mismo enmarca el Empire State iluminado. Se ha quitado la chaqueta y la corbata y tiene un vaso bajo con un líquido anaranjado en la mano. Sé que es *bourbon*.

No se gira, pero también sé que es consciente de que soy yo. Las conexiones son como las corazas, funcionan a su propio ritmo y velocidad.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con la voz ronca antes de llevarse el vaso a los labios.

—Quería saber cómo estabas —respondo sin esconderme—. Lo de Caleb ha tenido que ser muy difícil para ti.

—Y para ti —replica sin dudar, sin mirarme todavía.

Yo bajo la cabeza. Tiene razón. Por un momento pensé que esta pesadilla de cuatro años por fin iba a acabarse, pero me equivoqué, y fue como el peor jarro de agua fría del mundo.

—Ha sido muy duro.

—¿Alguna vez piensas en lo que habría pasado si Caleb estuviera despierto?

Un millón de veces. Cada día.

—Muchas —confieso.

Me gustaría mentir, pero, sobre esto, no soy capaz.

Los dos nos quedamos callados, sumidos en nuestros propios pensamientos. Si las cosas no hubiesen sucedido como lo hicieron, quizá aún estaríamos juntos, quizá yo no habría perdido todo lo que perdí.

—Caleb era mi peor pesadilla —suelta de pronto con una sonrisa que, sin embargo, no le llega a los ojos—. Le encantaba meterse en mi vida.

Yo también sonrío, aunque tampoco está completa.

—Noel también lo hace —le recuerdo, y, sin pretenderlo, mi voz suena divertida.

—Y Dallas —continúa—. Tengo muchas pesadillas.

Los dos volvemos a sonreír, pero es más que obvio que ninguno de los dos son gestos felices. Cuando una persona a la que quieres está sufriendo, tú también sufres, y eso vale para lo que sentimos por Caleb, pero entre Christian y yo es mucho más complicado. Hace cuatro años, lo que hubo entre nosotros nos golpeó de más maneras de las que podemos explicar y aunque se acabó, disolviéndose por completo, dejó un rastro de miguitas de pan que siempre nos hará saber lo que siente el otro, sin dudar.

Y Christian está sufriendo. Lo sé.

—Caleb va a volver a estar bien —le digo dando un paso hacia él porque necesito que lo sepa, necesito que ahora mismo lo crea.

Él sabe por qué lo hago, la conexión es un camino de ida y vuelta, pero no funciona. Baja la cabeza y niega con ella a la vez que

resopla. Ha intentado hablar, pero no ha sido capaz porque el dolor está haciendo de las suyas dentro de él. Sin embargo, no me dice que me odia ni me culpa.

No lo dice.

Ni yo digo que lo odio a él, que ni siquiera me escuchó, que pensó que era capaz de ser tan inconsciente.

No lo digo.

Y es una burbuja perfecta, un salvavidas en mitad de un mar tan agitado que asusta.

Christian levanta la cabeza despacio hasta que sus ojos encuentran los míos, con la respiración agitada porque está dejándose llevar. Está asustado. Siento sus manos rodear mi cintura, atraerme hacia él. Las corazas están abajo. Me aprieta con fuerza. Yo alzo mis brazos y rodeo su cuello, hundiendo mi cara en ellos. Sus manos se deslizan por mi espalda hasta que se encuentran, estrechándome contra él. Nos abrazamos, necesitándonos, suplicando porque el dolor se vaya, pero aliviados a la vez porque sabemos que, para bien o para mal, el otro es el mejor remedio para mandar todo lo que duele muy lejos de aquí.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero, cuando somos conscientes de que debemos separarnos, nuestros cuerpos parecen negarse, ralentizando nuestros movimientos a la vez que nuestras respiraciones se aceleran más y más.

Corazón contra sentido común.

Nos quedamos el uno frente al otro con nuestras frentes casi tocándose.

Mantenerse a salvo contra saltar al vacío y vivir y sentir y ser feliz.

Nuestras bocas muy muy cerca.

La cabeza me va demasiado rápido. Quería consolarlo y lo he hecho. ¡Tengo que salir de aquí! ¡Lárgate! ¡Fuera! Pero hay algo más

poderoso que no me deja moverme y, uno a uno, segundo a segundo, va quemando todos los puentes.

Nos miramos a los ojos. Deseo. Recuerdos. Sonrisas. Sus manos en mi piel es la mejor sensación imaginable. Los suyos vuelan a mis labios, los míos se pierden en los suyos. Niego con la cabeza.

—No podemos hacer esto —murmuro, pero no me aparto. No quiero.

—No —me da la razón Christian.

El corazón me late tan deprisa que temo que él pueda oírlo.

Sacando fuerzas de flaqueza conseguimos separarnos, pero entonces cometemos el error de entrelazar nuestras miradas otra vez y todo estalla por los aires.

Mi piel arde.

Christian se come la distancia que nos separa y, tomando mi cara entre sus manos, me besa desesperado, exactamente como yo lo recibo. Da igual todo, el mundo, que sea un error, todos los que ya cometimos, porque ahora lo echo de menos de una manera casi temeraria, porque sus manos en mi piel me dicen que él se siente exactamente igual, que estos cuatro años han sido un infierno en el que hemos pensado en el otro cada día, cada segundo, SIEMPRE.

Christian me coge a peso haciéndome rodear su cintura con mis piernas y, sin dejar de besarnos, me lleva contra la pared. Las paredes y nosotros tenemos una historia.

Juega con mi boca, a besarme, a morderme, a dejarme con ganas de más y apartarse apenas unos centímetros para que tenga que perseguirlo, a negármelo, a mirarme como si fuera el mayor tesoro del mundo, con los ojos rebosantes de una mezcla sexy y dominante.

—Di mi nombre —me ordena con la voz ronca, calentando absolutamente todos los rincones de mi cuerpo.

Lo miro a los ojos. Me pierdo en ellos.

—Christian.

Sonríe, con la respiración agitada. Se acerca un poco más. Me tortura un poco más.

—Di que me deseas.

Sus manos bajan por mis costados hasta anclarse en mis caderas, apretando en el lugar exacto para ponerme demasiado complicado pensar con claridad.

—Te deseo —consigo pronunciar con voz jadeante.

—Dime que me echas de menos.

Y sigue provocándome, dominándome, pero ahora también está siendo vulnerable, y es una orden, pero también una súplica, y él sigue teniendo el poder, pero acaba de colocarlo en una bandeja de plata y entregármelo a mí.

Yo podría decir muchas cosas, aprovechar el momento para recrear mi venganza perfecta, pero no quiero. Solo necesito ser sincera.

—Sí —respondo, y no importa que sea solo una palabra porque Christian ha entendido todo lo que significa.

Sonríe de verdad y estrella su boca contra la mía, haciéndolo saber a paraíso.

—Yo también te he echado de menos. Cada puto día, nena.

Su gesto se contagia en mis labios y esta locura perfecta se llena de magia y sonrisas y estar en los brazos de la única persona con la que quieres estar.

Más besos. Mi boca. Mi mandíbula. Mi cuello. Maldita sea, mis pechos.

Necesito que vaya rápido, pero él me provoca una y otra vez yendo lento, paseando su boca por encima de mi ropa, calentando mi piel con su aliento hasta hacerme gemir.

Me quita la camiseta.

Me aparta el sujetador con los dientes.

Atrapa mis ojos con los suyos mientras sus labios hacen magia con mis pezones.

—Christian —gimo llevándome la mano a la frente.

Por Dios, va a hacer que me corra solo con esto.

Vuelve a besarme, lo muerdo hasta que una gota de sangre escapa de su labio inferior. La lamo avariciosa y él sonríe con los ojos llenos de pasión, de hambre, de sexo húmedo, salvaje y loco.

Noto su cuerpo contra el mío, el mío deslizándose por la pared mientras me embiste acariciando mis bragas de algodón con su increíble polla detrás de sus pantalones a medida.

Nos desnudamos despacio, sumergiéndonos en el mar de caricias más bonito del mundo.

Es sexo en mayúsculas, primitivo y salvaje, pero también es fabricar la manera de llegar hasta el otro, de que tu corazón esté calentito haciéndose más y más grande en el centro de tu pecho mientras tu cuerpo solo puede gemir.

Me lleva hasta su mesa, arrasa con todo lo que hay en ella sin importarle dónde acaba y me tumba sobre la carísima madera californiana.

Abre los cajones sin ningún miramiento, buscando un condón. Lo encuentra, abre el envoltorio con la boca, se acaricia un par de veces mientras lo hace y la visión me vuelve loca, haciéndome echar la cabeza hacia atrás a punto de arder por combustión espontánea.

Apoya las palmas de las manos a ambos lados de mi cara y se inclina sobre mí.

—¿Te gusta verme? —susurra torturador en mi oído, con sus labios casi tocando la piel bajo mi oreja.

Se separa, ordenándome sin compasión que le dé una respuesta y yo asiento. Es lo único que mi mente ahora mismo está capacitada para hacer.

Christian sonríe. La sonrisa que sabe a pecado, a gritar su nombre, a follar.

—A mí me encanta mirarte a ti e imaginarme todo lo que pienso hacerte. Cada vez que te veo, pienso en cien maneras diferentes de hacer que te corras, que me supliques por más, de tenerte de rodillas, Daisy, delante de mí.

Cada palabra me hace subir un escalón. Necesito tenerlo dentro de mí. Necesito que cumpla cada frase que ha dicho.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué?

—Lo que quieras —respondo entregada, cerrando los ojos para conseguir mantener el ritmo de mi respiración.

Lo último que veo antes de quedarme a oscuras son sus ojos verdes y su sonrisa.

—Te voy a follar tan bien que vas a pensar en mí todas las noches antes de dormirte —me advierte incorporándose.

Se recoloca entre mis piernas.

Me embiste.

Grito.

Una mecha se prende entre mis piernas y hace estallar fuegos artificiales en cada una de mis terminaciones nerviosas.

—¡Christian!

El ritmo es constante, brutal, rápido, hasta el final cada vez, hasta hacerme gemir cada vez.

Yo rodeo su cintura con mis piernas, él vuelve a apoyar las palmas de las manos flanqueándome. La postura nos acerca más en todos

los sentidos. Se inclina sobre mí. Nos miramos a los ojos mientras nuestras bocas están tan cerca que alimentan la una a la otra.

Sus caderas encajan contra las mías sin descanso, llegando donde solo él puede llegar, haciéndome tocar estrellas, lunas y planetas.

Hace cada movimiento impasible.

Duro.

Maravilloso.

Y el sexo se transforma en amor para volver a ser ganas y deseo, para unirnos de nuevo, para ser salvaje, para tocarnos el alma, como un prisma que no deja de inventar colores nuevos cada vez que lo giras.

Acuno su cara entre mis manos, el flequillo castaño le cae rebelde y libre sobre la frente.

Estamos cerca.

Somos uno.

Follamos como si la vida nos fuera en ello.

Y nos corremos entre gritos que saben a susurros, entre murmullos con la fuerza de hacerse oír en todo el continente.

37

Christian

Ha sido diferente.

Diferente a cada vez que nos acostamos hace cuatro años. A cuando lo hicimos en su casa.

Ha sido como si los dos hubiésemos permitido que el otro nos viese exactamente como somos, con lo que nos hace feliz, con lo que nos da miedo tatuado en la piel.

¿Y ahora qué?

Me separo aturdido, con mi cuerpo gritando que no sea tan gilipollas de moverme, con mi corazón suplicándome que le pida que me deje tocarla otra vez. La miro. Daisy se levanta con la expresión confusa y la mente funcionándole demasiado rápido.

Recoge su ropa deprisa mientras yo me abrocho los pantalones. Parece que ambos necesitamos algún tipo de barrera entre nosotros.

No soy ningún estúpido, sé por qué ha venido. Me ha concedido una especie de tregua porque lo de Caleb nos ha dejado hechos polvo a los dos, pero después... todo... ha sido más íntimo, más increíble, más nuestro, como si una vocecita no parase de repetirme que jamás me sentiré con nadie como me siento estando con ella, que mi alma ya le pertenece.

Daisy se viste a la velocidad del rayo y con las Converse en la mano se dirige a la puerta sin ni siquiera mirarme.

—Daisy... —la llamo.

Ella se detiene en seco y se queda así un par de segundos antes de girarse despacio. Sin embargo, cuando atrapo su mirada, no sé qué decir.

Trago saliva y ella baja la cabeza. Ha sido demasiado diferente para los dos.

—Tengo que irme —pronuncia al fin, y, sin esperar respuesta, prácticamente echa a correr.

—Sí —murmuro completamente perdido.

Va a casarse en cuatro putos días.

Un sentimiento posesivo me estrangula el corazón, todo el maldito cuerpo, pero es que siento algo más, mucho mayor. No solo la deseo, no solo es mía. Hay más, joder.

La quiero de vuelta.

Pero a la vez que ese pensamiento llegan un millón más y, francamente, no sé cómo gestionarlo. Me paso la mano por el pelo. Parece un puto chiste. Puedo llevar adelante operaciones de miles de millones, controlar una maldita ciudad entera sin inmutarme, pero, cuando se trata de Daisy, el jodido control parece estallar por los aires... o simplemente pertenecerle a ella.

Y va a casarse. Thatcher. Thatcher. Thatcher. Quiero matarlo. Es lo único en lo que puedo pensar ahora mismo. Irrumpir en la mansión de los Bolton y destrozarlo con mis propias manos.

Lanzo un juramento ininteligible entre dientes, cojo la chaqueta prácticamente arrancándola del perchero y salgo de mi oficina.

Mi móvil comienza a sonar y de pronto me descubro esperanzado de que sea Daisy. Una sonrisa amarga se cuela en mis labios cuando observo la pantalla. Es Dallas.

—¿Dónde estás? —me pregunta en cuanto contesto—. Sería genial que vinieras para acá. Hay problemas.

—Voy —rujo.

El trayecto hasta Queensboro City se me hace interminable a pesar de que no son más de cinco condenadas manzanas, pero otra vez no tiene nada que ver con la llamada de mi amigo. Estoy buscando esos problemas para tener una manera de desahogarme. Desde luego, lo estoy haciendo todo genial. Si mi abuelo me viese, mandaría que me dieran una paliza por estar comportándome como un gilipollas.

Llego. La rabia, la arrogancia, la seguridad, todo en alto, todo para enmascarar que, lo único que quiero de verdad, no puedo tenerlo.

Me bajo del Mercedes sintiendo, como cada vez, las miradas sobre mí, solo que hoy parecen más expectantes, con más ganas de un buen espectáculo.

—Señor —me saluda el guardia bajando la cabeza a la vez que me abre la puerta del club.

En cuanto accedo al interior barro las mesas con la mirada para saber quién está y quién no. Me llaman la atención un par de mesas con gente que no conozco, sobre todo, los dos tipos que están sentados con el imbécil de Kristov.

Dallas camina decidido hasta mí. Tiene la expresión preocupada.

—Lo de los problemas iba en serio —me explica en un susurro—. El viejo que está sentado con Kristov es Dimitri Georgiev, el jefe de la mafia búlgara, en la puta Bulgaria —concreta haciendo hincapié en esto último— y el otro...

—Permítame que le presente a mis amigos, Rey —lo interrumpe Kristov, hablándome en teoría a mí, pero el imbécil lo que está haciendo es de maestro de ceremonias para caldear el ambiente.

Yo lo observo a él, la situación, atando todos los cabos posibles de la forma más rápida mientras le mantengo la mirada sin dejar que vea nada de lo que estoy pensando.

—Él es... —continúa señalando la mesa en la que estaba sentado.

—Dimitri Georgiev —contesto como si no fuese nadie importante y, en realidad, para mí no lo es. Puede ser lo que quiera en Bulgaria, pero ahora está en Nueva York y este es mi territorio—. ¿Algo más que decir? —lo presiono.

Georgiev, que ronda los sesenta, sonríe satisfecho, como si cómo me comporto casase con lo que le habían contado de mí.

—Sí. También me gustaría que conociera a mi otro amigo —añade con retintín y una taimada sonrisa.

Miro al otro tipo. No tengo tiempo para gilipolleces. Hoy menos que nunca.

—¿Podemos acabar con esta estupidez? —le pregunto mirándolo directamente a él—. No me gusta que me hagan perder el tiempo.

—En eso estamos de acuerdo, señor King.

—Para ti, es el rey de Queensboro City —le recuerda Dallas a mi lado sin ninguna intención de sonar amable—, ¿es que no conoces las putas leyes que tenemos aquí?

—Tan bien como él —y esas cuatro palabras saben a desafío—. Soy Jared Liberty.

No puede ser, joder.

38

Daisy

Estoy nerviosa; es una verdad objetiva, y tratar de fingir lo contrario, algo bastante estúpido.

Miro mi vestido de novia sobre el elegante maniquí de torso negro, junto a los ventanales del dormitorio de la *suite* del ático del Langham, el hotel más lujoso y elegante de la ciudad. Menudo estreno como huésped de hoteles neoyorquinos.

Estoy haciendo lo que debo. No solo por el señor Blaine y los chicos, que, por supuesto, son mi primera razón, sino también por mí. Necesito pasar página con esta especie de *revival* con Christian y la mejor manera es poner una barrera entre los dos. Una vez que me case, mis acciones se unirán a las de los Bolton, Christian dejará de verme como un objetivo y yo, simplemente, me dedicaré a mi vida, mis amigos, mi trabajo y mi matrimonio falso. Doy una enorme bocanada de aire que casi me marea un poco, me he pasado un pelín de efusiva y, sin darme cuenta, empiezo a toser como si mi cuerpo se negase a aceptar un aire que sella el acuerdo «Olvidémonos de Christian». Maldito cuerpo traidor.

—¿Qué pasa? —me pregunta Mabel sentada a mi lado.

Había olvidado que estaba aquí y muy guapa, por cierto, con un vestido precioso de Dolce & Gabbana. La organizadora de bodas ha hecho un trabajo increíble con nuestros *looks*.

Yo tuerzo los labios a modo de negativa y me retoco suavemente con la brocha del colorete.

—No me pasa nada —sentencio.

—Eso, quizá, colaría con alguien que no te conociese tan bien.

—No estoy mintiendo.

—Otra mentira.

—Para nada.

—Así que —apunta encogiéndose de hombros— estás bien.

—De escándalo.

—¿Ningún problema?

—Cero absoluto.

—Perfecto.

—*Superb* —respondo haciendo un «pop» con mis labios al final.

—¿Y qué tal con Christian?

La pregunta me pilla fuera de juego, como en uno de esos absurdos test de la verdad que, al parecer, no son tan absurdos porque durante dos segundos no sé qué contestar.

—Como siempre —digo al fin, pero, obviamente, *no-cuela-para-nada.*

—Has vuelto a acostarte con él, ¿verdad?

Yo resoplo indignadísima, pero digamos que me es un poco complicado seguir con ese sentimiento en alto y acabo negando con la cabeza y soltando una risita aspirante a irónica y molesta que solo me hace parecer más culpable.

Mabel me mira enarcando las dos cejas preguntando silenciosamente si ya he terminado.

—Dos veces —confieso al fin—, pero no va a volver a pasar —aclaro rapidísima, como un gato ninja.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—Porque es un error —contesto como la obviedad que es. ¡¿Es que ella no lo ve?!

—Puede ser, y probablemente tengas razón, pero yo creo que no es de eso de lo que tendríamos que estar hablando.

—Nada que objetar, deberíamos estar hablando de que hace cuatro años *fue* un error —replico resaltando el tiempo pasado del verbo—, ahora sería un desastre única y exclusivamente culpa mía porque habría que ser idiota para caer otra vez en esa trampa.

—Me estás dando la razón —afirma con un convencimiento total.

La miro. Me he perdido.

—¿Qué?

—No haces más que repetirte que cometerías un error, lo que crees que sería, pero yo no quiero saber eso, quiero saber qué sientes y creo que tú también necesitas hacerlo. Tienes que preguntarte honestamente si quieres estar con Christian o no.

La miro mal, muy mal.

—Eres la peor dama de honor de la historia —afirmo—. Deberías estar robando copas de *champagne* con fresas y haciendo comentarios muy poco apropiados sobre lo bueno que crees que estaría mi futuro marido sin camiseta. No... esto —sentencio señalando con las manos hacia delante.

—No me has contestado.

Bufo y procedo a ignorarla estoicamente. ¿Qué espera que le conteste? ¿Qué espera que me plantee? ¿Cómo sería volver con Christian, volver a estar juntos, dormir abrazados, las notas, la confianza, tocarnos todos los días...? Vuelvo a resoplar. Mi corazón brinca contento por las posibilidades, pero ese mismo pedazo de mí también está demasiado triste.

Pierdo mi mirada al frente pensativa y sin darme cuenta me mordisqueo el labio inferior.

—Podría perdonarle lo que pasó hace cuatro años, ¿sabes? —confieso en voz muy baja—. Lo de que no confiara en mí y me creyese capaz de todo aquello, incluso que me echara de su vida de esa manera. —Sí, así de tonta soy—. Pero jamás podría perdonarle lo que perdí por su culpa.

Eso sigue doliendo todos los días, como si fuese una herida a flor de piel que no va a cerrarse nunca.

—Y tampoco es solo eso, hay más.

Mabel me mira con ternura y asiente, sabiendo perfectamente a qué me refiero.

—Thatcher me cae genial —añado—. Es cierto que dejó que su padre me presionara e incomodara con lo del acuerdo prematrimonial y que, bueno, no es precisamente un hombre de carácter, pero puede que eso sea una ventaja, ¿no?

Christian es un hombre dominante. Llega, toma el control; dependiendo de lo que sea, te encanta, o puede hacer que discutáis como si no hubiera un mañana, pero nunca pasa de puntillas y esa determinación siempre me ha parecido como un sueño sexy y húmedo... y también me pone de los nervios, sobre todo, cuando no me escucha o el muy maldito no quiere ceder o pretende arreglarlo todo con un beso o acorralándome contra la pared... Resoplo frenándome a mí misma. Esa línea de pensamientos no va a llevarme a ningún buen puerto. Dejémoslo en que, que sea como es, tiene sus pros y sus contras.

—Necesito poner una barrera entre Christian y yo —llego al quid de la cuestión, encogiéndome de hombros.

Mabel me observa estudiándome en silencio. Siempre lo hace. Normalmente no me pone nerviosa y la dejo hacer hasta que termina de psicoanalizarme mentalmente dispuesta a escuchar el

veredicto, pero hoy lo siento diferente, como si una parte de mí ya supiese que no va a gustarme lo que voy a oír.

—Daisy —pronuncia mi nombre con todo el amor del mundo—, no puedes casarte con Thatcher solo porque con Christian dé demasiado miedo.

Su frase cae como una losa sobre mi estómago, pero me doy prisa en negar con la cabeza.

—No lo hago por eso. ¿No me has escuchado? Hay cosas que no puedo perdonarle.

Perdí demasiado. Fue demasiado duro.

—Pues yo creo que sí te casas por eso y, francamente, pienso que es tu manera de huir porque estás volviendo a sentir algo por él.

—No niego que esté sintiendo algo por él —contesto casi gritando, sin darme cuenta de que mi tono de voz suena desesperado porque ¡maldita sea, no se equivoca en eso! Sí, vuelvo a sentir algo por él y, sí, vuelve a doler—, pero el problema es que por su culpa ya no tengo algo que echo de menos todos los días, Mabel. No me creyó, me apartó de su lado, vale, pero no tenía ningún derecho a hacer lo que hizo al día siguiente. Ni siquiera esperó a pensarlo con frialdad —añado triste, decepcionada, con un enfado que va a quedarse conmigo siempre—. No le importó.

Resoplo con fuerza para contener el llanto e intento enjugarme los ojos con cuidado para que no se me escape ninguna lágrima y estropearme el maquillaje, todo bajo su atenta mirada. Sé que ahora mismo se está debatiendo entre decir lo que le gustaría decir o hacer lo que sabe que quiero hacer yo: dejar este tema y a Christian atrás.

—Anda, déjame —pronuncia finalmente, obligándome a girarme para tenerla de frente—. Tenemos que arreglar este maquillaje o a Vernice —la organizadora de bodas— va a darle un ataque.

Lo hace sonriendo para transmitirme que no me preocupe, que está todo bien y ella siempre va a cuidar mi espalda, y yo sonrío dándole las gracias.

Las estilistas vuelven y me ayudan a ponerme el vestido. Me propongo olvidar todas las dudas y disfrutar de este momento, aunque sea la antesala de una boda falsa. Debbie no deja de hacer fotos con el móvil y las tres nos reímos muchísimo con las anécdotas de siempre, pero también con todas las nuevas inspiradas por este enlace.

—Voy a ir a buscar a Vernice para que sepa que ya está todo listo —me explica Debbie, absolutamente increíble en su vestido.

Yo asiento. Ella sonríe y se va. Mabel ha ido a avisar a Dave, será el encargado de acompañarme al altar, y las estilistas se han marchado, así que por un momento, desde esta mañana, estoy sola.

Respiro hondo observando mi reflejo en el espejo, este vestido es como un sueño y...

¡No!

Noto un brazo retenerme rodeando mis hombros. Una mano colocar un trapo húmedo sobre mi nariz y mi boca. Forcejeo. ¡Grito! Miro desesperada la puerta en busca de ayuda... y todo se vuelve negro.

39

Daisy

Abro los ojos torpemente, tratando de enfocar lo que tengo delante. Me cuesta muchísimo trabajo. Se me cierran de nuevo, como si los párpados me pesaran toneladas. Me esfuerzo todo lo que puedo. Vuelvo a abrirlos, veo un... techo, pero no lo reconozco.

¿Dónde estoy?

El miedo a no poder contestar esa pregunta me hace levantarme de golpe.

—Aaahhh —me quejo en un resoplido.

Me duele horrores la cabeza y estoy algo mareada.

Trato de llevarme las palmas de las manos a las sienes para encontrar algo de alivio, pero entonces me doy cuenta de que tengo las manos sujetas por las muñecas con bridas. No lo había notado porque no están apretadas, como si hubiesen tenido mucho cuidado de no hacerme daño.

De pronto recuerdo que alguien me tapó la boca y la nariz con un trapo húmedo. Debieron drogarme con cloroformo o algo así. Miro a mi alrededor aún más inquieta.

—¿Dónde estoy? —gruño.

Procuro ponerme en pie, pero sigo con el vestido de boda y, entre eso y las manos atadas, me es francamente complicado.

—Vale —admito con voz trabajosa—. Tengo que soltarme.

«¿Cómo era?», pienso entusiasmada al recordar uno de esos vídeos de defensa personal en los que te enseñaban a liberarte de las bridas. Ponías las palmas juntas, levantabas los brazos y los bajabas de golpe a la vez que intentabas separarlas... Voy haciendo realidad cada movimiento, pero no funciona. Tenía que levantar más las manos y... los brazos... no era así... era en diagonal.

Nada.

Resoplo. Me esfuerzo en levantarme otra vez... ¡y lo consigo! Corro hacia las ventanas para mirar y pedir ayuda, o, al menos, obtener una pista acerca de dónde estoy. Pero entonces oigo pasos acercándose a la puerta, el picaporte suena girándose. Miro a mi alrededor buscando algo con lo que defenderme... una pequeña estatua de un hombre de cuerpo entero, rollo arte griego, con pinta de cara y pesada. ¡Bingo!

La cojo como puedo entre las dos manos y me coloco en posición recordando lo poco que sé sobre atacar y defenderse. ¿Por qué los vídeos de gatos con voces humanas son tan graciosos? Me quitan mucho tiempo para ver cosas realmente útiles...

La puerta empieza a abrirse.

¡Concéntrate! Pies bien clavados en el suelo. Alza el arma.

La madera se desliza del todo.

Y lo veo.

Él.

—Pero ¿qué demonios, Christian?

40

Daisy

Lo miro sin poder creerme que esté aquí, con un traje negro italiano y a medida increíblemente elegante, una camisa blanca y una corbata alucinante negra con líneas plateadas. Seguro que fue así a mi boda... ¡para secuestrarme!

¡No me lo puedo creer!

—¡¿De qué vas?! —me quejo y, sin pensarlo un segundo más, le lanzo la estatuilla directa a la cabeza.

Por desgracia, tiene buenos reflejos y la esquiva agachándose al tiempo que se cubre la cabeza con un antebrazo.

—¡Me has secuestrado!

—Sí —contesta arrogante, sin ningún remordimiento y, por supuesto, sin nada parecido al arrepentimiento, simplemente siendo Christian.

—¡¿Y lo dices tan tranquilo?!

¡Dios, quiero poder mover las manos! ¡Y tirarle algo a la cabeza otra vez!

Él sonríe observándome bullir en mi propia rabia.

—¿Algún problema, nena?

—Para empezar no me llames así —lo corrijo a la velocidad del rayo. Quiero señalarlo amenazantemente, pero, atada, el gesto pierde mucha efectividad—. ¡Suéltame! —le exijo.

Christian se encoge de hombros sopesando mi única palabra.

—Tal vez si me lo pides amablemente... —deja en el aire conteniéndose por no sonreír y haciéndolo de nuevo, vamos, que no se ha esforzado para nada.

—Estás loco —le recrimino—. Y suéltame. Ya. Ahora, Christian.

Él vuelve a dedicarme esa sonrisa de bajabragas, que juro le borraré de la cara a puñetazos, y camina hasta mí.

En cualquier otra circunstancia me afectaría que estuviese tan cerca, pero ahora mismo estoy tan cabreada que solo puedo pensar en cometer asesinato.

Sin dejar de mirarme, Christian se saca una navaja del bolsillo, la abre con un golpe de muñeca y, con una delicadeza que, la verdad, me impresiona, sobre todo, tratándose de lo que se trata, corta las bridas, liberándome.

¿Por qué tiene una navaja? De pronto recuerdo cuando anuncié que me casaría con Thatcher y me llevó al despacho; entonces le vi una pistola bajo la chaqueta. ¿Por qué va armado? Es el CEO de una compañía, no un narcotraficante. ¿Acaso está en peligro? Cabeceo. Me niego a pensarlo. Me da exactamente igual.

Abro la boca dispuesta a llamarlo de todo y a empujarlo con fuerza, pero él se me adelanta.

—Me entran ganas de hacerte de todo cuando te enfadas —me susurra con la voz ronca, inclinándose suavemente sobre mí.

Lo que dice, cómo lo dice, por un momento me deja fuera de juego, como si hubiese sido el disparo de inicio de una carrera en la que mi cuerpo está participando sin mi consentimiento y acaba de alcanzar la primera posición. Siento fuego.

Vuelvo a cabecear, obligándome a centrarme. Quiero decirle de todo, pero, básicamente, si lo hago es como si le siguiera el rollo, así que me fuerzo a calmarme y entorno los ojos sobre los suyos. Ojalá

fuese literal eso de que hay miradas que matan. Adiós, Christian Hale, bailaré sobre tu tumba.

—Estás loco —repito.

—Te dije que no ibas a casarte con Thatcher.

—¿Y por eso me secuestras? —me quejo alzando los brazos. Dios, qué gusto.

—No has querido entenderlo por las buenas...

—Y tampoco pienso entenderlo por las malas —le dejo claro—. Esta tontería va a acabarse aquí. Vas a dejarme salir y yo voy a hacer lo que me dé la gana.

Pero ¿le importa lo que digo? Menos que nada. Me coge de la cintura y, tomándome por sorpresa, me deja caer sobre la cama, dejándome sentada sobre ella e inclinándose sobre mí para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—No vas a salir de aquí —me advierte atrapando mi mirada.

Sus manos viajan por mi cuerpo y se anclan en mi cintura. El fuego vuelve ingobernable, pero no me importa.

—No puedes retenerme en contra de mi voluntad —lo amenazo yo.

—El problema son las palabras que usamos, ¿sabes?

Se pierden en mi vestido, bajo él, con una habilidad pasmosa. Sus manos suben por el interior de mis muslos, llegan hasta mis bragas.

Mi respiración se acelera, pero la calmo. Mi cuerpo intenta arquearse, pero lo atrapo. No dejo de mirarlo y no voy a dejarle ver ningún signo por mínimo que sea de que va a hacerme flaquear.

Su mano se desliza bajo mis bragas. Cuela dos dedos dentro de mí mientras su pulgar se posa en el centro de todo lo que importa.

Intento mantener el control, pero es imposible. Un gemido escapa de mis labios y mi cuerpo consigue ser libre y se curva.

—En contra de tu voluntad no suena demasiado acertado —continúa diciendo, observando cómo me derrito despacio mientras no deja de mover los dedos.

—Déjame en paz —le ordeno, pero mi voz no suena ni firme ni convincente.

Cierro los ojos. El fuego se transforma en la llamarada más brillante del universo.

—Te odio —dice mi sentido común.

Y ahora mismo también odia a mi cuerpo traidor por estar cayendo de semejante manera, pero es que es tan bueno, tan salvaje, tan delicioso.

Suma un dedo más a sus embestidas. Aumenta el ritmo. Se inclina un poco más sobre mí.

—Dame las gracias —me ordena.

Al oírlo, abro los ojos sin dejar de jadear. ¡Ni de coña! Antes prefiero no volver a pronunciar palabra.

Christian sonríe, coloca sus labios muy cerca de los míos. El ritmo, por Dios... El ritmo lo es todo.

—Dame las gracias —repite.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —lo desafío mirándolo a los ojos. Son tan verdes, tan feroces, tan increíbles.

—Por hacer que te corras.

Me empuja haciéndome caer en la cama, clava una rodilla sobre el colchón, recolocándose sobre mí, sus dedos hacen magia y un gemido largo, avaricioso, descontrolado, se escapa de mis labios.

—Dilo —me advierte mientras yo solo puedo gemir, gemir y gemir.

Y sé que parará si no lo hago y no quiero que pare por nada del mundo y me excita que me lo pida, libera algo dentro de mí oscuro, sexy y húmedo que me hace disfrutar del sexo sin medida, querer más; que el deseo, las ganas, marquen el camino que importa; que

sienta que solo importo yo; que no me están follando, me están venerando; que no va a hacer que me corra, que va a llevarme al maldito paraíso.

—¡Gracias! —grito.

Christian se mueve más, mejor, y un orgasmo lo arrasa todo dentro de mí de la manera más maravillosa, alucinante y deliciosamente sensual de la historia.

Sigue acariciándome, alargándolo, haciéndome temblar, que el placer se vuelva mi alimento, mi religión, todo en lo que puedo pensar, ahora, siempre.

¡Si es con él, siempre!

Mi respiración va serenándose suavemente mientras mi cuerpo entra en una mezcla perfecta de felicidad y calma.

Cuando abro los ojos, los más bonitos que he visto nunca ya me están esperando y yo me sumerjo en ellos.

—Ningún tío va a volver a tocarte, jamás —me deja claro—, y todos ellos, cuando te miren, van a saber que eres mía.

Lo miro sin saber qué hacer, qué contestar. Estoy confusa y al mismo tiempo tengo la sensación de que estoy en mitad de una claridad mental infinita. Me ha gustado lo que ha dicho, ha excitado mi cuerpo y mi corazón, pero ¿por qué tengo que sentirme así justo con él? ¿Por qué tiene que parárseme el corazón cada vez que sonríe? ¿Por qué el deseo y las ganas tienen que atizarlo todo con esta fuerza?

—Te espero en mi despacho en quince minutos —añade.

Sin más, se levanta y sale de la habitación.

Yo me quedo mirando el techo. Es una locura. No soy suya. No puede gustarme ser suya. Ya tuvo esa oportunidad y me destrozó. ¿Por qué demonios mi corazón se está planteando jugar de nuevo?

Me levanto y salgo del dormitorio dispuesta a acabar con esto. Al decir «mi despacho», no me queda ninguna duda de que estamos en Hudson Yards.

En cuanto pongo un pie fuera de la estancia, Reacher, que esperaba junto a la puerta, se coloca a mi espalda, escoltándome.

—Cuando acabe con tu jefe, tú y yo vamos a hablar, grandullón —le advierto echando a andar.

No puede permitirle hacer todo lo que se le pase por la cabeza. «¿Vamos a secuestrarla?», pienso con la voz ronca. «No, señor —respondo cambiando la voz a otra un poco menos ronca—. Es ilegal y una muy mala idea».

De reojo lo veo sonreír. Prefiero pensar que es porque le resulto muy amenazante y es una sonrisa nerviosa.

Recorro gran parte de la casa, lo que se me hace muy extraño teniendo en cuenta que lo hago con un vestido de novia, y, por fin, llego a su estudio.

De pronto caigo en la cuenta de algo y me siento fatal por no haberlo pensado antes. Thatcher tiene que estar preocupadísimo y las chicas y Dave. No sé cuánto tiempo he pasado inconsciente, pero seguro que deben estar buscándome como locos.

Christian me las va a pagar.

No llamo. No espero a que me dé paso e irrumpo. Y de repente volvemos a estar el uno frente al otro, separados por una veintena de metros que parecen transformarse en nada.

41

Christian

No me he vuelto loco. Todo lo que hago tiene un motivo. También he sido sincero. No iba a permitir que se casara con Thatcher. La mera idea de que eso hubiera pasado, de que en este momento Daisy fuese la señora Bolton, de que él pudiese tocarla, hace que mi autocontrol tenga que atarme en corto para no buscarlo y darle una jodida paliza.

Me hubiese gustado que Daisy lo hubiese entendido por las buenas, pero no ha sido así.

Lo único que me importa ahora es que ella está aquí. Cuando hace unos minutos la he tenido gimiendo debajo de mí, sí que he creído que iba a volverme loco. Es la cosa más sexy y preciosa que he visto nunca y me pone de los nervios, sí, también, pero solo puedo pensar en tocarla hasta que esa boca deje de protestar y solo pueda pronunciar mi nombre.

La puerta suena de golpe y me giro con cara de pocos amigos y el cuerpo en guardia hasta que la veo y, joder... Ya me ha costado un mundo no follármela cuando he entrado en el dormitorio. Es ese vestido, es ella con ese vestido. Parece un puto sueño.

Recuerdo nuestra boda. Lo nerviosa que estaba, pero también emocionada y feliz, con la timidez poniéndoselo complicado. Yo no quería ese matrimonio, detestaba haber tenido que consentir para terminar con un problema de imagen por unas acusaciones falsas,

pero, incluso entonces, me pareció adorable y tuve ganas de follármela. La maldita rueda de mi vida desde que Daisy entró en ella. Desearla hasta perder el control, saber que es un error y darme peligrosamente igual.

Como ahora.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —me pregunta más enfadada que antes.

Yo frunzo el ceño, aunque lo disimulo rápido. ¿A qué viene esto?

—Un par de horas —respondo.

—Dame mi móvil —me exige extendiendo la mano—. Necesito llamar a Thatcher. Tiene que estar muy preocupado.

Cualquier rastro de diversión que me provocase su enfado se esfuma cuando pronuncia su nombre.

—Thatcher no es tu problema.

—Iba a casarme con él —replica a punto de gritar— y ahora ni siquiera sabe dónde estoy.

Yo le mantengo la mirada al tiempo que me humedezco el labio inferior.

Daisy suma dos y dos.

—Porque no lo sabe, ¿verdad, Christian?

—Le mandé un mensaje a Debbie desde tu móvil haciéndome pasar por ti. Le dije que no podías casarte, que necesitabas estar sola y pensar, y que, por favor, te dieran unas horas, que la llamarías cuando estuvieses preparada para hablar. Contestó que no te preocuparas, que ella se encargaría de Thatcher y que no te metieras en ningún lío.

¿Me arrepiento? Para nada.

Daisy tuerce los labios hasta que acaba resoplando.

—Estás loco. Hablo en serio —añade asintiendo. Yo me apoyo hasta casi sentarme en el borde de mi escritorio con mis manos

agarrando suavemente la madera a ambos lados de mi cintura. Levanto la mirada y vuelvo a atrapar la suya—. No cuentes con que vaya a visitarte a la prisión federal donde te encierren, pero no te preocupes, apuesto a que habrá una larguísima cola de mujeres a las que les ponen los presidiarios para tener vis a vis contigo. Podrías cobrar y levantar otro imperio.

Me fulmina con la mirada y yo le doy un par de segundos por si quiere decir algo más.

—Vamos a casarnos.

Esos alucinantes ojos azules se zambullen en la sorpresa más absoluta.

—¿Qué? —pronuncia en un hilo de voz, inclinándose levemente hacia delante.

—Tú y yo. Ahora. El juez de paz está esperando.

—No —se apresura a contestar—. ¿Todo esto es por las acciones?

—No. No es solo por las acciones.

Daisy me mantiene la mirada tratando de leer en la mía y yo le doy todo el tiempo que necesite porque no estoy mintiendo. Las acciones son solo un añadido. Se trata de nosotros.

—Porque recuerdo muy bien que dijiste que, si no fuera por ellas, ni el monstruo del pantano me querría, mucho menos tú.

Yo me muerdo la punta de la lengua, observándola. Es cierto que lo dije y también que me comporté como un imbécil porque estaba celoso.

—Eso fue una estupidez y me comporté como un gilipollas.

—Me alegro de que al menos coincidamos en algo.

Tan pronto como lo dice vuelve a dar una bocanada de aire tratando de controlar su enfado.

—No voy a casarme contigo.

—Hazlo por el señor Blaine. Si te casas conmigo, te prometo que nadie podrá tocarlo.

Daisy me mantiene la mirada y en un segundo puedo ver la tristeza llenarla. Algo se despierta incómodo dentro de mí por el hecho de que, sea lo que sea lo que esté recordando, la ponga demasiado triste, como si eso mismo que solo puede pensar en tocarla, al verla así, estuviera dispuesto a quemar el puto mundo por ella.

—No confío en ti —sentencia al fin, y no lo está haciendo para molestarme, es la pura verdad.

Aguanto el tirón. Duele. Mucho más de lo que pensé que dolería, pero sería estúpido pensar que nuestra historia ha cambiado. Hace cuatro años todo estalló por los aires y eso incluye la confianza.

«No lo hagas, por favor»; oigo su voz, veo su cara llena de lágrimas y tengo que tragar saliva para arrinconar el desahucio cortante y frío que estoy sintiendo por dentro.

Me giro hacia mi escritorio buscando ser práctico. Cojo un papel en blanco y firmo en la parte inferior, además de escribir mi nombre completo, mi número de la Seguridad Social y la fecha de hoy.

—Tienes un papel en blanco con mi firma —le explico tendiéndoselo—. Pon lo que quieras sobre cómo debo asegurar que ni el señor Blaine ni su negocio tendrán ningún problema. En realidad, escribe lo que quieras cuando quieras. Así no tendrás que confiar en mí.

Ella me estudia desconfiada y finalmente, despacio y con cautela, camina hasta estar lo suficientemente cerca para coger la hoja.

La observa y resopla.

—Lo usaré —me advierte.

—Cuento con ello.

Sé que es una locura, que podría escribir lo que quisiese ahí, pero me da igual porque, por muy extraño que suene teniendo en cuenta nuestra historia, yo sí confío en ella.

—En cuanto ya no sea necesario que estemos casados, nos divorciaremos —me pone como condición.

La miro y lentamente una sonrisa va dibujándose en mis labios. Esa frase tiene muchas lecturas y una de ellas es «mientras los dos lo necesitemos» y eso puede llevarnos toda la vida, así que no tengo ningún problema en aceptar.

Me saco el teléfono del bolsillo y marco un número sin apartar los ojos de ella, sin que esa media sonrisa engreída me abandone.

—Ya —es lo único que pronuncio en cuanto descuelgan, antes de colgar yo.

A los pocos segundos la puerta se abre y Meyer entra seguido del juez de paz.

42

Daisy

—Buenos días, señor Hale —saluda el funcionario a Christian.

Él asiente casi imperceptiblemente a modo de respuesta, pero sus ojos siguen en mí, estudiándome y también desafiándome. Yo estoy nerviosa, no voy a negarlo, y a punto de atizarme a mí misma a ver si con un poco de suerte recupero el juicio.

¡Es una locura! Pero igual que esta mañana con Thatcher, no lo hago por mí, lo hago por el señor Blaine. Él me ayudó, me dio un empleo y me dejó entrar en la familia que forma con los chicos. Gracias a eso, me reencontré con Dave y las chicas. Le debo muchísimo y no pienso dejarlo en la estacada.

Asiento, recuperando todo el valor que me da saber que estoy luchando por la gente que me importa y, agarrándome el bajo del vestido, camino hasta el centro de la estancia, donde se ha colocado el juez de paz.

Christian se incorpora despacio lleno de toda esa seguridad. No quiero, pero otra vez me fijo en lo condenadamente bien que le queda el traje, en el pelo castaño peinado como un actor de Hollywood, en esos ojos verdes que siempre, y hoy no iba a ser menos, son la causa de todos mis problemas.

Se sitúa a mi lado y el funcionario con un grueso bigote oscuro salpicado de canas empieza a hablar.

Mi mente vuela libre y, de nuevo, antes de que pueda controlarlo, aterriza en la primera vez que nos casamos, en lo rápido que me latía el corazón. Solo había visto a Christian una vez antes de aquel día, pero me atraía de un modo que nunca había experimentado, como una polilla flechada hacia la luz...

Vuelvo al presente, a mi cuerpo sublevado solo porque el suyo está cerca. Cada vez que nos acostamos, que me toca, nuestra conexión se hace brutal. Nuestra conexión es tan fuerte que nos arrastra hacia el otro sin compasión.

—Daisy Messina, ¿aceptas a Christian Hale como tu legítimo esposo para serle fiel, honrarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Si quiero tener alguna posibilidad de controlar esta situación, tengo que ser lista, porque no voy a permitir que Christian Hale vuelva a hacerme daño de nuevo.

—Sí, acepto.

Esta vez no soy la estúpida cría enamorada.

—Christian Hale, ¿aceptas a Daisy Messina como tu legítima esposa para serle fiel, honrarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, acepto.

Dos palabras y el corazón me late desbocado. Volvemos a ser marido y mujer.

—¿Los anillos? —pregunta el juez.

Christian se mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña caja roja... de Cartier. No es que distinga las cajas de las marcas antes de abrirlas, es que reconozco esa caja en particular. Son nuestros anillos, los de nuestra primera boda.

Christian desliza el mío en mi anular y yo hago lo mismo en el suyo sin poder dejar de pensar que los guardó. Siempre di por

hecho que se deshizo de ellos.

—Pues, por el poder que me otorga el estado de Nueva York, yo les declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —añade con una sonrisa.

Yo sonrío nerviosa y niego con la cabeza. Un formalismo completamente innecesario, pero entonces noto su mano rodear mi muñeca, obligándome a girarme y, en el mismo momento que lo tengo de frente, acuna mi cara y me besa con fuerza.

Mi instinto de supervivencia lucha contra el deseo loco y gana. Lo empujo y, sin pensarlo dos veces, le cruzo la cara de una bofetada. Me importa bastante poco que el juez de paz, ahora bastante atónito, aún siga aquí.

Christian me dedica su media sonrisa mientras se acaricia la mejilla y sin dudarlo, maldita sea, él nunca duda, da un paso al frente para volver a besarme.

—Te daré otra bofetada —le advierto.

—Merecerá la pena —sentencia.

En el momento en el que las palabras salen de sus labios tocando mi corazón, toma mi cara entre sus manos de nuevo y vuelve a besarme, aún más intenso, más salvaje que antes. Su lengua juega con mis labios entreabriéndolos para él. Juega conmigo, me saborea, me derrite despacio.

No es un beso, es más que eso, es una declaración de intenciones mientras su frase sigue dando vueltas en mi cabeza, mareándome porque algo me dice que no se refería solo a la bofetada, como si fuera una canción cantándome bajito «Haría cualquier cosa por ti».

Niego suavemente con la cabeza y me separo buscando oxígeno y volver a pensar las cosas fríamente. Cuando lo hago, el corazón me late como un poseso en el pecho mientras todo mi cuerpo me suplica que no me aparte de él.

—Me gustaría beber un poco de agua —decido de pronto— y marcharme a mi habitación.

Me doy cuenta de que tengo la cabeza baja. Me riño porque no puede ser, porque tengo que plantarle cara siempre y vuelvo a levantarla.

Christian asiente.

—Lo que necesites.

—Quiero mi móvil —añado—. Tengo que hablar con las chicas para que sepan que estoy bien y aquí.

En esta ocasión no dice nada. Solo se mete la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y me tiende mi *smartphone*.

Yo lo cojo y lo aprieto con fuerza tratando de controlar los nervios, los buenos y los malos, que he sentido por ese beso y que todavía hacen que me tiemblen las rodillas.

Sin volver a hablar, giro sobre mis talones, descalzos, por cierto, y salgo del despacho. Solo he recorrido medio pasillo cuando me topo con una de las chicas del servicio, que me sonríe con una bandeja con una botella de agua San Pellegrino sin gas y un vaso, además de un platito con *macarons* de chocolate, mi dulce favorito... ¿Christian se acuerda?

—Acompáñeme, por favor —me pide.

Yo asiento y la sigo, pensando que me llevará a una de las habitaciones de invitados, pero, cuando entro, me doy cuenta de que es el dormitorio de Christian, lo que antes era nuestro dormitorio.

—Debe de haber un error... —empiezo a decir, pero comprendo que esa no es la manera correcta de enfocar esto—. Por favor, ¿podría prepararme una de las habitaciones de invitados? La que sea estará bien.

La empleada, que acaba de dejar la bandeja en la mesita junto al enorme ventanal, frunce el ceño confusa, pero no dice nada. Solo sonríe y mueve la cabeza afirmativamente.

—Por supuesto, señora Hale.

—Llámeme Daisy —le pido.

Ella vuelve a asentir y se marcha.

Yo resoplo.

—Por Dios —me lamento llevándome la mano a la frente solo para constatar que estoy hecha un flan. Demasiadas emociones.

Me siento en la silla, me niego a hacerlo en la cama, y llamo a las chicas y a Dave. No puedo soltarles de sopetón que me he casado con Christian ni que el muy maldito me secuestró para impedir mi boda con Thatcher, así que les pido que nos veamos mañana para desayunar juntos y prometo contárselo todo. No los convenzo para nada.

—¿De verdad pretendes que esperemos hasta mañana? —inquiere incrédula Mabel.

—No son ni veinticuatro horas —me quejo.

—Dijo la mujer que llamó a Dave en mitad de una cita a ciegas para saber cómo iba.

Se me escapa una risilla.

—Eso lo hice para molestar un poco —confieso.

—No —replica Dave llevándose la mano al pecho con melodramatismo al otro lado de la videollamada.

—¿Y dónde estás? —pregunta Debbie.

Me callo como si la cosa no fuera conmigo, incluso miro a un lado. Tengo una maestría brutal evitando preguntas.

—¿Me hablas a mí? —me hago la inocente.

—Más te vale no tener que cruzar nunca drogas por una frontera o te espera un futuro más duro que a los de *Beauty in Black* —me

augura Mabel.

—Mañana os explicaré también dónde estoy, ¿vale? —Los tres me miran mal y muy poco convencidos—. ¿Cómo está Thatcher?

Lo pregunto para cambiar de tema, pero, una vez que las palabras salen de mis labios, me siento francamente mal. No lo he hecho a propósito, pero lo cierto es que lo he dejado tirado en el altar, peor aún, me he casado con Christian. ¿Cómo demonios voy a contárselo?

—Al principio estaba muy preocupado, después llegó tu mensaje y bueno...

—¿Se enfadó?

Los tres asienten. Ni siquiera tenía que haberlo preguntado, era obvio que la respuesta era un gigantesco sí.

—No se quedó mucho. La organizadora de bodas y la gente de Relaciones Públicas de la Hale Corporation enseguida se hicieron cargo de la situación.

Eso me alivia. Tenía la imagen clavada de Thatcher teniendo que dar explicaciones delante de todos los invitados y la prensa. Me alegra que no haya sido así.

—Entonces, ¿tú estás bien? —vuelve a la carga Dave.

—Me siento fatal por Thatcher, al fin y al cabo, fui yo la que lo metí en este lío, pero estoy bien.

—¿Segura? —toma el relevo Debbie.

—Segura —contesto, y rápidamente los señalo cortando los futuros «¿Segura?», los conozco demasiado bien—. Estoy bien.

—¿Esto no será uno de esos rollos en los que tienes enfrente a un tío apuntándote con una ametralladora, con un cartel donde está escrito lo que tienes que decir? —plantea Dave.

Yo me aguanto una sonrisa al tiempo que lo miro muy mal.

—Lo digo porque, si es el caso, puedes decirle que se ahorre la llamada de mañana pidiéndonos cien mil dólares por tu rescate —añade—. Estamos tiesos.

—Por cien mil dólares te secuestraría yo —apunta Debbie—. Tranquila —añade extendiendo las manos con una sonrisa—, te trataría superbién.

Ahora me toca aguantarme el chiste de que no sería la primera vez que me secuestraran hoy y que también me han tratado bastante bien.

—Los Bolton ya no pagarían tu rescate —continúa Mabel—, pero los Hale puede que sí —canturrea.

Me niego a seguir teniendo esta conversación.

—Si me secuestrasen, obviamente le pediría a Brad Pitt que pagara mi rescate porque le he entregado veinticuatro años de mi vida y me lo merezco, y él los pagaría porque me adora y lleva protegiéndome en secreto toda mi vida. Y ahora voy a colgar.

Los tres empiezan a abuchearme y, un par de segundos después, todos rompemos a reír y nos despedimos tirándonos besos.

Me dejo caer en la silla a la vez que cojo uno de los *macarons*. Por inercia miro por la ventana y me quedo embobada con el cuidado y extenso jardín que sirve de antesala a una decena de rascacielos... Hudson Yards. ¿Cómo he podido acabar otra vez aquí? Observo el anillo.

—He vuelto a ser la señora Hale —murmuro, y resoplo.

Es una locura. Lo único bueno que tiene es que a Gillian le dará un ataque. Me muero por ver la cara que pone, me pregunto si podría apañármelas para grabarla con el móvil. Los recuerdos imborrables merecen ser conservados.

Trato de recolocarme en la silla, pero el vestido de novia me lo pone un poco complicado. Sería genial poder cambiarme de ropa.

El vestidor entra en mi campo de visión. Christian es un obseso del control, seguro que le molesta que le coja algo prestado.

Entro y sonrío al ver la hilera de perchas con camisas blancas prácticamente a la misma distancia unas de otras, lo que confirma mis sospechas de que va a molestarle, muchísimo.

Deambulo un poco por la estancia. Mis dedos se pasean por los trajes y sonrío otra vez al observarlos, aunque ahora no tiene nada que ver con el gesto anterior. Christian en traje es una visión abrumadora y no es algo que exclusivamente opine yo, solo hay que fijarse en cómo las mujeres de la Empresa, desde recepcionistas a altas ejecutivas, se quedan embobadas con él.

Sigo caminando, como si fuera un explorador recorriendo El Dorado.

Finalmente, más que nada cuando me doy cuenta de que no podría decir cuánto tiempo llevo aquí, le robo un pantalón de chándal gris, una camiseta y una sudadera del mismo color. Todo me está enorme, pero me tendrá que valer.

Lo mejor será que me vaya a dormir; con un poco de suerte, me despertaré y lo habré soñado todo; con la peor de ellas, lo haré de nuevo la mañana de mi boda a lo *Atrapado en el tiempo* y reviviré mi particular día de la marmota una y otra vez. Eso significaría que volvería a sentir lo que Christian me ha hecho en la habitación con sus dedos una y otra vez. Sonrío como una idiota, eso estaría mejor que bien. Automáticamente, me ruborizo. Por Dios...

En serio, vete ya a dormir, Daisy, no paras de pensar tonterías.

Me acerco al primer cuarto de invitados con el que me topo, esta casa tiene al menos tres. La chica del servicio no ha vuelto; con toda probabilidad debe estar liadísima y no quiero darle más trabajo. Además, me vale cualquiera, solo necesito una cama. Sin embargo,

cuando intento abrir, frunzo el ceño al darme cuenta de que la puerta está cerrada con llave.

—¿Desde cuándo cierran los dormitorios con llave aquí? —murmuro para mí.

Supongo que es una casualidad, pero entonces busco el siguiente y, como el anterior, está cerrado. El tercero, para sorpresa de nadie, también.

—Maldito loco controlador, arrogante, hijo de perra —farfullo girando sobre mis talones y saliendo en su busca.

Lo encuentro en su habitación, dejando su chaqueta sobre la silla donde ya descansa su corbata. Tiene los primeros botones de la camisa desabrochados y se la ha remangado dejando a la vista sus antebrazos. Puede que me quede embobada un segundo, pero me recupero superrápido.

—¿Por qué el resto de los cuartos están cerrados con llave? —exijo saber cruzándome de brazos.

Una media sonrisa se cuela en sus labios, pero no me mira, está muy concentrado en tocarme la moral mientras se desabotona la camisa.

Pasan tres segundos enteros cuando se digna mirarme y entonces pasa, se da cuenta de que llevo su ropa. Sus ojos me recorren de arriba abajo a la vez que algo brilla en ellos con una mezcla de ganas y satisfacción.

Tampoco dejo que esa mirada me afecte... aunque es muy complicado.

—Estamos casados, ¿ya lo has olvidado? —replica tecleando algo en el móvil y guardándoselo en el bolsillo de los pantalones para a continuación deshacerse de la camisa. Yo me niego a mirarlo, pero que yo no quiera hacerlo no significa que esos abdominales de

escándalo vayan a ponérmelo fácil—. Dormimos juntos. Así lo hacíamos antes.

Tiene razón. Hace cuatro años era así y me encantaba porque era el único momento del día en el que él parecía dejarse llevar y olvidarse de que estábamos en aquel matrimonio obligados.

—Pero ahora no es como *antes* —replico haciendo hincapié en la última palabra.

—Tienes razón —contesta sin dudar con una media sonrisa—, no lo es.

Su respuesta me deja fuera de juego y por un segundo me quedo observándolo... pero me da igual. No voy a caer en su trampa y dejar correr esto.

—Los ricos sois muy de habitaciones separadas, como en *Lo que el viento se llevó* —concreto—. Honremos las tradiciones.

¿Le importa? Menos que nada. ¿Qué hace? Deshacerse de los zapatos, los calcetines y los pantalones y quedarse en bóxers, blancos, caros.

—No soy muy de honrar tradiciones —me advierte.

Y lo siguiente que veo es que se abalanza sobre mí. Por suerte, reacciono rápido y a la vez que suelto un gritito salgo corriendo, pero él me sigue. Me subo a la cama para saltarla, Christian se lanza para atraparme y ¡ha estado muy cerca! Con la adrenalina del momento, rompo a reír sin dejar de correr, esquivando muebles.

—Señor Hale, pensaba que estaría más en forma —me burlo.

Pero, una decena de metros más adelante, me atrapa, acorralándome contra la pared.

—¿Decías? —se ríe de mí inclinando suavemente la cabeza a un lado.

Yo le dedico mi sonrisa más insolente.

—Lo mantengo —respondo desafiante y divertida.

—Tú lo has querido —me advierte.

Se inclina. Me coge de la cintura.

—No, no, no —me quejo entre risas sabiendo lo que está a punto de hacer.

Lo último que veo antes de que me cargue al hombro es su sonrisa. Yo rompo a reír otra vez por la sorpresa y así me lleva hasta la cama, tirándome de tal manera que me hace rebotar y multiplicando mis carcajadas.

—¿Segura de que no prefieres algo más ligero para dormir? —me ofrece.

Yo niego con la cabeza mientras me muevo por la cama hasta la cabecera. Diligente, dejo una almohada para cada uno y uso las demás para crear una barrera entre los dos justo antes de dejarme caer en el lado derecho.

—¿Puedo saber qué es esto? —pregunta tumbándose en el izquierdo.

—Me gusta verlo como un cinturón de castidad moderno —contesto con un aura pensativa y científica—, aunque entre nosotros es más un «Si tengo que dormir aquí porque estás chalado, lo haré, pero para mí va a ser como si durmiera en una amplia cama individual» —termino de decir justo cuando termino de taparme—. Si no te gusta, siempre puedes dormir en la bañera.

Christian se acomoda sobre el colchón, levanta el brazo derecho y lo flexiona colocando el antebrazo sobre la almohada por encima de su cabeza.

—Ningún problema.

—Apaga la luz —le pido.

Christian lo hace y, obviamente, de golpe todo se sume en la oscuridad. Doy una bocanada de aire con la mirada clavada en el techo y poco a poco, segundo a segundo, la negrura absoluta va

volviéndose un poco más azul oscuro, gracias a la tenue luz que llega desde el jardín a través del ventanal.

Es raro, ¿verdad? Es muy raro. Volvemos a estar aquí, en esta habitación, en esta cama... Mentiría si dijera que no lo he pensado en algún momento de estos cuatro años, pero jamás como algo plausible, no después de todo lo que pasó.

—¿Por qué sigues durmiendo en este dormitorio? —pregunto llena de curiosidad.

Todo está cambiado en el resto de la casa, el color de las paredes, los muebles, pero este cuarto sigue igual y él sigue en él.

43

Christian

—¿Por qué sigues durmiendo en este dormitorio? —pregunta de pronto.

Yo sigo mirando al techo aparentemente tranquilo, pero, por dentro, el corazón empieza a latirme con fuerza. No es que no sepa la respuesta; también sé por qué me lo ha planteado. Después de que se marchara, estaba tan cabreado, tan dolido, que decidí que necesitaba deshacerme de todo lo que me recordara a ella y resultó que todo lo hacía, así que cambié los muebles y mandé pintar las paredes.

Esa debería haber sido la puta primera pista para entender que Daisy significaba para mí mucho más de lo que me empeñaba en admitir.

Pero entonces llegamos a este dormitorio. La interiorista me preguntó si quería conservar algo; iba a decir que no, pero entonces la recordé, de rodillas en el borde de la cama, sonriéndome con las manos cogidas en el regazo.

Moví la mirada con un humor de perros por no poder sacármela de la cabeza y fue como saltar de la sartén para caer en las brasas, porque la entrada del vestidor apareció en mi campo de visión y la vi salir a ella con un conjunto de lencería increíble, mordiéndose el labio inferior nerviosa. Inmediatamente, se riñó porque quería parecer segura para resultarme sexy y estaba fracasando; lo que no

sabía era que ya me parecía jodidamente sexy y jodidamente preciosa. Aquella noche no fui capaz de quitarle las manos de encima. Y las gomillas de colores en el baño y ella cantando por todas partes y las notas en el espejo. No quería deshacerme de nada, joder, y quería que ella volviese, pero eso era algo que pensé que no me podía permitir.

Qué imbécil fui.

Si la hubiese buscado, si no hubiese firmado el divorcio, quizá lo habríamos arreglado. Estoy seguro, sé, que Daisy no quería hacerle daño a Caleb y sé que él la habría perdonado y me resulta obvio y lo tengo claro ahora, pero en aquel momento fui incapaz de verlo y la perdí.

—Es mi habitación —contesto a falta de algo mejor.

Me pongo los ojos en blanco.

—Pero está igual —remarca lo evidente.

—Me gusta.

—¿Y el resto de la casa no lo hacía?

Doy una bocanada de aire. ¿Qué puedo decir? Mi chica nunca se rinde.

Lo pienso y no sé si es la oscuridad o que volvamos a estar aquí, pero no quiero seguir mintiendo ni fingir que no me importa. Me pasé cuatro años fingiendo que ella no me importaba y me pasé cuatro años equivocado.

—No quise deshacerme de este cuarto ni de lo que contenía porque estaba lleno de recuerdos. No fui capaz.

Pasan un puñado de segundos y no dice nada. Me enfada muchísimo pensar que, quizá, la estoy presionando. Voy a disculparme, pero, cuando ya ha pasado casi un minuto, Daisy habla al fin.

—Esta también era mi habitación preferida de la casa —confiesa.

Y el motor del centro de mi pecho se enciende con un rugido.

—¿Y sabes cuál más? —añade.

—¿Cuál? —pregunto porque no quiero que deje de hablar.

—Tu despacho. Me encantaba ir allí y asomarme mientras estabas trabajando para observar cómo dirigías el mundo. —Sé que tiene una suave sonrisa en los labios—. Siempre intentaba encontrar alguna excusa para ir a verte. —Guarda un segundo de silencio—. Después tú me mirabas y me decías que dejara de molestarte y me marchase —aunque se esfuerza en ocultarlo con un toque de ironía, su voz se tiñe con una chispa de tristeza y otra de decepción.

Joder.

El silencio se come otra vez el espacio entre los dos y un golpe de dolor amenaza con parar el motor.

—Me encantaba cuando ibas a verme.

—¿Qué? —murmura incrédula.

—Yo estaba metido de cabeza en el trabajo, la empresa, las acciones, y entonces levantaba la vista y te veía allí y me alegrabas el día.

Oigo algo parecido a una risa triste.

—Pues déjame decirte que lo disimulabas muy bien.

—Era un imbécil.

No tengo excusa. No la hay.

—Eso es quedarse muy corto, pero lo acepto. Ahora voy a dormir. Ha sido un día muy largo.

La oigo moverse, buscando la postura adecuada.

—Daisy —la llamo antes de que el pensamiento cristalice en mi mente.

44

Daisy

—¿Qué? —respondo.

La tensión sube un nuevo escalón, que nuestra conexión ilumina como si estuviese creando su propio camino de baldosas amarillas. Esta vez la burbuja entre los dos ha abarcado la cama, esta habitación llena de un millón de recuerdos que hoy acabo de aprender que no son solo míos porque Christian también piensa en ellos.

—Siento no haberte escuchado cuando pasó el accidente con Gillian. Sé que no sirve como excusa, pero estaba demasiado asustado y cabreado y me convencí de que estaba haciendo lo que era justo por mucho que lo odiase.

Quiero hablar, pero no sé qué responder. Es la primera vez que Christian llama «accidente» a lo que pasó con Gillian y ha dicho que odió tener que hacerlo. Los ojos se me llenan de lágrimas. Se ha disculpado y el corazón se me calienta en el centro del pecho, como si llevase cuatro años muerto de frío y alguien le hubiese echado encima la manta más cálida del mundo.

Resoplo. Me gustaría poder creer que eso es todo lo que necesito para perdonarlo todo y olvidarlo, pero no es verdad. Necesito que se sepa que yo no hice nada, que no llevé a Caleb a un bar, que no empujé a nadie por las escaleras, que Gillian es la culpable de todo.

Pero ahora, por muchas ganas que tenga, no es el momento de decir nada. No creo que Christian me creyese y al final solo traicionaría la confianza de Caleb para nada. Ni siquiera está despierto para poder explicar por qué hizo lo que hizo, por qué se sentía así.

Además, esto va solo de estar en paz con los que te rodean. Christian y yo no vamos a volver, no voy a cometer de nuevo el error de enamorarme de él y, cuando deje de ser necesario, este matrimonio terminará. Yo ya pasé página, a lo Taylor Swift, sin perdonar a nadie y esperando a que el karma le dé una enorme patada en el culo a quien corresponda, pero lo hice.

Así que respondo lo único que siento que quiero y puedo.

—No quiero hablar de eso.

Noto cómo asiente levemente en la oscuridad.

Ninguno de los dos dice nada más y, aunque me cuesta, el cansancio acaba venciéndome y me quedo dormida.

* * *

La luz me molesta. Me llevo las palmas de las manos a los ojos para frotármelos suavemente y vuelvo a acurrucarme. Estoy muy cómoda y calentita y me encanta.

Sonrío satisfecha por poder seguir durmiendo.

Me encanta dormir abrazada a Christian...

¡¿Qué?!

Abro los ojos de golpe y me incorporo casi de un salto mientras observo la prueba del delito. Los cojines están esparcidos por el colchón y por el suelo y yo he rodado hasta su lado. Hasta hace dos segundos mi cabeza descansaba en su pecho mientras su mano rodeaba mi cintura.

Miro hacia mi cadera despacio para comprobar que su mano sigue ahí... ¡NO!

Me levanto y me llevo las manos a la cintura observando la cama, las almohadas que ya no están y su torso desnudo. Me muerdo el labio inferior cuando veo esa imitación perfecta del *David* de Miguel Ángel y paso a esa cara digna de portada de revista.

—Qué bueno está —me lamento en un murmullo.

«Al menos he cabalgado semejante espectáculo», me digo obligándome a ir hasta el baño. Sí, decido con una sonrisa malévola a lo prota de anime, «tratémoslo como a un hombre objeto cosificándolo mentalmente»; eso me hace sentir mucho mejor.

Hago pis, me lavo las manos y la cara y me peino mi media melenita con los dedos como buenamente puedo. Justo cuando pongo un pie de nuevo en la habitación, llaman a la puerta. Christian, que acaba de despertarse, se incorpora sobre el codo, con el pelo revuelto y los ojos adormilados.

—Me parece que es para ti —dice.

Frunzo el ceño. ¿Para mí? Nadie sabe que estoy aquí. Voy a preguntar, pero obtendré la codiciada información más rápido si abro. Camino, lo hago y observo lo que tengo delante aún más confusa.

—Buenos días —me saluda una chica con una sonrisa radiante—. Usted debe ser la señora Hale. ¿Nos permite pasar?

Yo asiento sin entender muy bien qué está pasando y esa misma chica entra empujando un perchero lleno de ropa, seguida de otras tres más que también traen sus propios burros. Sonrío de oreja a oreja al comprobar que lo que llevan son vestidos, ¡de mis tiendas favoritas! También hay vaqueros, camisetas, pijamas, ¡y un montón de zapatos!

—¿Qué es esto? —planteo sin dejar de sonreír (y de alucinar), girándome hacia Christian.

—Bueno —responde levantándose de la cama, gloriosamente desnudo a excepción de los bóxers—, todavía no tienes ropa aquí y di por hecho que la necesitarías.

—¿Es para mí? —pregunto.

¡Di que sí! ¡Di que sí!

—Las pillas al vuelo, nena —se ríe de mí, pero ahora mismo puedo perdonárselo mientras se dirige hacia el vestidor, ruborizando a todas las chicas a su paso que no pueden apartar la mirada de semejante espectáculo.

Yo devuelvo mi vista a la ropa. No sé por dónde empezar. ¡Todo es precioso!

A los segundos, Christian reaparece con un pantalón de pijama que le cae deliciosamente sexy sobre las caderas.

—Vamos a desayunar —me ordena deteniéndose bajo el umbral de la puerta y volviéndose hacia mí.

Yo asiento y lo sigo, pero, antes de salir, vuelvo a mirar los percheros. ¡Es genial!

—Buenos días, señora Hale —me saluda la cocinera de Hudson Yards—. Bienvenida de nuevo.

La miro y sigo sonriendo, aunque tengo que reconocer que lo de «señora Hale» sigue sonándome demasiado raro.

—Buenos días, señora Dunphy —la saludo de vuelta— y muchas gracias, pero recuerde que puede llamarme Daisy.

Ella asiente sin que el suave gesto abandone sus labios. Es una mujer fantástica.

—Por supuesto.

Nos acomodamos en la isla de la cocina y menos de un minuto después estamos disfrutando de un delicioso desayuno a base de

tortitas, beicon, fresas y café. No hablamos, pero me sorprende lo cómodo que me resulta estar en silencio a su lado. Antes no habría sido así, el corazón me habría latido como un loco solo porque él estaba cerca y, aunque no lo hubiese pretendido, habría estado atenta a cualquier pequeño gesto por su parte.

Después, regreso a la habitación a ducharme mientras Christian va al despacho a resolver algunos asuntos y hacer algunas llamadas.

Estoy en el vestidor cuando él llega y ocupa mi puesto en el baño.

Elijo un vestido chulísimo. Me calzo unas deportivas increíbles llenas de colores y ya estoy lista para funcionar. Lo de la ropa ha sido una pasada, pero lo ha sido aún más que haya mandado traer ropa que me gusta, de mi estilo, de las tiendas en las que me encanta comprar. No me puedo creer que haya recordado todo eso.

Para cuando salgo del baño después de peinarme, él lo hace del vestidor listo para dominar el mundo con un traje azul oscuro, a medida e italiano como siempre, camisa blanca y corbata a juego.

Ay, debería estar prohibido que los trajes le quedasen así de bien, pero no me regodeo. He pasado página.

—¿Te importa dejarme en el puerto antes de ir a la Empresa? —le pido tras echarle un vistazo al reloj de su mesita. Llegaré tarde si voy en metro y ni siquiera tengo mi abono transporte aquí—. Prometo que será solo hoy.

Christian no contesta, así que me giro hacia él. Me está observando serio.

—¿Piensas ir a trabajar? —me pregunta.

—Sí, claro, al puerto, como siempre.

Pasa un solo segundo antes de que todos los buques de combate marquen «guerra» con esas banderitas de colores.

—No —contesta arrogante, como si fuera el dueño de cada centímetro de Nueva York y todos los demás pobres mortales que

habitamos en él—. No vas a volver allí.

¿Qué?

45

Christian

—¿Y exactamente en qué momento tú has dado por hecho que me importa tu opinión? —replica con esa extraña habilidad de estar mandándome al diablo con la voz más dulce del mundo.

—En el momento en el que pienso protegerte. Has vuelto a ser la señora Hale, eso te convierte en objetivo de un montón de pirados. —Daisy resopla llena de ironía—. No voy a dejar que te pongas en peligro.

Puede gustarle mucho o poco, o francamente nada, pero no voy a consentir que se ponga en peligro, le ocurra algo y yo después tenga que quemar la puta ciudad porque, francamente otra vez, es lo que pasaría.

—No puedes controlarme, Christian —me deja claro apuntándome con el índice—. Voy a seguir trabajando porque me gusta hacerlo y lo necesito.

—No lo necesitas —la contradigo a punto de resoplar yo ahora—. Somos ricos.

—No, tú lo eres.

Yo tuerzo los labios fingiendo estar delante de un drama grandísimo.

—Te casaste conmigo, te toca sufrir las durísimas consecuencias de que sea billonario. Acostúmbrate.

Ella me hace un mohín para que no vea que está sonriendo.

—Pienso seguir trabajando —me asegura cruzándose de brazos.

—¿Por qué eres tan testadura? —protesto exasperado. La paciencia nunca ha sido mi fuerte—. A cualquier persona le encantaría que le dijesen que no tiene que trabajar.

—¿Y tú por qué eres tan capullo? —me rebate—. Cualquier persona entendería cuándo le están diciendo «Métete tus buenas intenciones donde no te da el sol».

Enarco las cejas ante semejante frase y ella me mantiene la mirada sin ningún remordimiento. En serio, es exasperante e insolente y me está poniendo como una puta moto, lo que claramente indica que tengo algún tipo de problema.

—¿Quieres trabajar? Bien —cedo. ¿Por qué? No lo sé. Es por culpa de esos ojos azules—, pero lo harás en la empresa. Elige lo que quieres hacer y en qué departamento.

Daisy niega con la cabeza, aún más molesta.

—¡Quiero trabajar donde ya lo hago, Christian!

—Pues lo siento, nena, pero no va a ser.

Se acabó.

Giro sobre mis talones y salgo del dormitorio mientras ella me observa boquiabierta, furiosa e indignada a partes iguales. Dos segundos después sale flechada tras de mí.

—Tú no decides cuándo se termina la conversación —masculla.

Tengo que reconocer que una sonrisa se cuela en mis labios por su reacción y por estar fastidiándola. Por supuesto, como siempre hay que hacer con tus cartas, la disimulo antes de que ella pueda verme.

—Meyer —llamo a mi hombre de confianza, que está apostado junto a la puerta principal, deteniéndome frente a él justo cuando Daisy lo hace a mi lado —, la señorita Hale no puede salir de Hudson Yards.

—¿Qué? —pronuncia alucinada—. He quedado con las chicas para desayunar.

—Tráele lo que necesite, lo que sea —añado, aunque en el fondo no es necesario. Sé que mis hombres tienen claro que cualquier orden de Daisy tiene el mismo valor que una mía.

—Eres gilipollas —sisea entrecerrando los ojos.

Pero lejos de amedrentarme, y claramente debería, tomándola por sorpresa me inclino a la vez que la cojo suavemente del cuello y le robo un beso, esforzándome en que vaya a pensar en él el resto de la mañana. La cosa está a punto de írseme de las manos y tengo que controlarme un puto mundo para no llevarla contra la pared, pero consigo atarme en corto.

Cuando me separo, ella tarda un segundo de más en abrir los ojos y yo sonrío triunfal. Esa es justo la reacción que quería.

—Nos vemos después, nena.

Daisy no dice nada y yo me marcho sintiéndome como un campeón, pero, entonces, la oigo moverse rápido y no sé cómo consigo agacharme a tiempo, protegiéndome con el antebrazo y evitando que la figura de Anish Kapoor que acaba de estrellarse contra la puerta me diese en la cabeza.

¡Me ha tirado una escultura a la cabeza!

—¿Estás loca? —protesto.

—Donde las dan, las toman, Hale —replica apretando los puños con rabia junto a los costados antes de dar media vuelta y largarse exhalando un enfado termonuclear.

Yo la observo sin poder creerlo, pero entonces, antes de que pueda controlarlo, de que sea un pensamiento, es un puto instinto, joder, doy el primer paso para salir tras ella para follármela y después conseguir que me perdone y que lo entienda y después follármela otra vez.

¿Qué puedo decir?, los próximos cincuenta años van a ser muy divertidos.

Me obligo a salir de la casa y meterme en el coche. Mi cuerpo me llama imbécil mientras mi polla me suplica que me quede. Gana mi autocontrol, por muy poco.

Me paso los veinte minutos de camino hasta la Empresa fantaseando con Daisy, lo que claramente no me ayuda en nada. Tengo un montón de trabajo. Debería estar concentrado en eso, no en cómo sería tomarme el día libre, volver a casa y follármela contra los azulejos de la ducha mientras el agua nos moja a los dos y ella se agarra a mi cuello deslizándose por la pared cada vez que la embisto, gimiendo mi nombre, pidiéndome que no pare nunca, que no me separe nunca de ella...

Basta.

En serio.

Me paso una mano por el pelo y acabo pasándomela por la boca. Por Dios, quiero hacerle de todo.

—Señor —me llama el chófer.

Yo lo miro, frunciendo el ceño. Ni siquiera caigo en la cuenta de que estoy gesticulando.

—¿Qué?

Él me devuelve la mirada aún más perdido que yo por mi reacción, a través del espejo retrovisor.

—Ya hemos llegado.

Echo un vistazo por la ventanilla y me doy cuenta de que, en efecto, estamos delante del edificio de la Hale Corporation.

¿Acabo de perder la maldita noción del tiempo?

Genial.

Por suerte, cuando las puertas del ascensor se abren en la planta cuarenta y ocho, he recuperado el control.

—Buenos días, señor Hale —me saluda Debra uniéndose a mi paso como cada mañana—. Ya le he enviado el orden del día a su móvil con las rectificaciones en las reuniones de las nueve y cuarto y de las once y media.

La planta está en plena ebullición, con su propia armonía creada a base de tecleo de ordenadores, teléfonos y el murmullo de personas hablando.

—Los prospectos del Departamento de Inversiones y las demos del de Inteligencia Artificial están sobre su mesa. Cassandra James ha llamado para confirmar que el primer dosier de trabajo para la adquisición de Silver Point Nation estará listo a las dos...

—Los quiero a las doce —la interrumpo.

—Por supuesto. Llamaré ahora mismo para advertirles del cambio de horario —responde mientras lo anota diligente.

Llegamos a la antesala de mi despacho, pasamos junto a su mesa.

—Ha habido un problema con los envíos desde Busán.

Empujo la puerta de mi oficina.

—¿Cuál?

—La documentación no estaba completa. Aunque se pagaron las tasas correspondientes, algún tipo de problema en el gobierno local cuando el dosier se trasladó de Seúl a Busán hizo que los sellos no llegasen a tiempo y se malinterpretó como un fallo por nuestra parte.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. ¿De verdad es tan difícil que cada persona haga bien su puto trabajo?

—Llama a Noel. Que deje todo lo que está haciendo. Esto tiene prioridad.

Debra asiente y vuelve a su mesa.

No han pasado cinco minutos cuando Noel llega. Mi secretaria lo ha puesto al tanto, así que no tenemos que perder un solo segundo

con explicaciones y empezamos a trabajar. Esos envíos son cruciales. No podemos permitir que se queden estancados en el puerto una sola hora más.

—Han encontrado los documentos y se ha confirmado el pago de todos los impuestos necesarios —anuncia Noel con el teléfono en la mano y la llamada en espera—, pero dicen que la mercancía debe pasar otra revisión al haber transcurrido más de veinticuatro horas desde la anterior. Eso significa que no saldrá hasta al menos dentro de dos días.

—No me interesa —contesto—. Diles que ese barco va a salir en una hora y que, si quieren llevar a cabo otra revisión, muevan el culo y la hagan ya.

Noel asiente y recupera la llamada.

Tras un par de minutos hablando, asiente y sé que ya hemos conseguido lo que queríamos. La mercancía tiene que llegar lo antes posible.

—Dallas me ha contado lo de Liberty —dice Noel después de colgar—. ¿Va a ser un problema?

—No —respondo sin dudar.

Pero lo cierto es que no lo sé. En Queensboro City, como en el mundo de los negocios, como en cualquier puto lugar en general, el poder no se regala, se roba, y las consecuencias de esa idea son impredecibles.

En ese preciso instante oímos ruidos, pasos acelerados, gritos en la antesala de mi despacho y la puerta se abre de golpe estrellándose contra la pared.

—Eres un hijo de perra —sisea mirándome a los ojos.

46

Christian

Una media sonrisa se cuela en mis labios mientras lo veo perdiendo los putos papeles.

Pretende intimidarme, pero está tan lejos de esa posibilidad que resulta incluso gracioso.

—¿Qué coño quieres, Bolton? —pregunto echándome hacia atrás en mi sillón de ejecutivo, observándolo con la misma media sonrisa en los labios.

—Te la llevaste —me recrimina—, el día de nuestra boda. ¿En serio piensas que voy a permitir algo de esto?

Yo lo miro y mi sonrisa se ensancha hasta casi reír. Ni siquiera me molesto en responderle.

—¿Lo encuentras divertido? —me exige saber aún más cabreado.

—La verdad es que sí —contesto sin arrepentirme ni siquiera un poco—, porque me parece una jodida broma que desde ayer sospeches que otro tío se llevó a tu prometida y hayas esperado hasta ahora para pedirle explicaciones.

Su expresión cambia por completo y Thatcher me mira sin saber qué decir. Si hubiese sido al revés, a estas alturas habría derruido cada maldito edificio hasta sus cimientos hasta salvarla.

—Eres un cobarde —sentencio despreciándolo un poco más.

Ha esperado a que estemos aquí para que el enfrentamiento de alguna manera sea público y poder tener medidas las consecuencias.

Bolton aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea y niega con la cabeza. Sabe que no puede responder porque tengo razón y sabe que lo sé.

—No puedes llevarte a Daisy así —reconduce la conversación—. ¿Dónde la tienes escondida? ¿Acaso ella quiere estar ahí?

—Daisy es mi mujer —le dejo claro.

Thatcher resopla sin tomarme en serio, pero Noel, que me conoce mucho mejor, dirige su mirada hacia mí con expresión atónita. Yo le sonrío triunfal, saboreando el puto momento.

—Os divorciasteis hace cuatro años, Christian. Supéralo de...

—Nos casamos ayer —digo apoyando el codo izquierdo en el brazo de la silla y extendiendo la mano para que pueda ver mi alianza en el anular.

—Pero ¿qué demonios? —interviene Noel levantándose de un salto —. ¿Por qué no he sido informado antes? Llevo dos horas aquí. ¿Y por qué no me invitasteis?

Yo le mantengo la mirada a modo de respuesta. La idea es transmitir un «Métete en tus putos asuntos», pero acabo sonriendo, aunque intento disimularlo y también fracaso un poco, así que el mensaje no llega muy claro.

—Eso es imposible —me escupe Thatcher dando un paso adelante. Vaya, parece que ahora sí que lo he enfadado realmente —. Daisy nunca se casaría contigo.

—No hables de Daisy como si la conocieras —le advierto levantándome y rodeando la mesa despacio, amenazante, hasta colocarme frente a él—. No hables de ella jamás.

Bolton me dedica una falsa sonrisa.

—Claro que la conozco —responde vanagloriándose—. De hecho, hice muchas más cosas además de conocerla —añade pronunciando

deliberadamente cada palabra para que tengan el sentido que él pretende.

Yo no pierdo un solo segundo. Lo cojo de la camisa y lo estampo contra la pared.

—¿Piensas que voy a creer una sola palabra de lo que digas? —pronuncio mirándolo a los ojos. No quiero que le quede una mísera duda—, ¿que me incomoda o va a darme que pensar? Confío en Daisy —continúo aún más cabreado porque se haya permitido mentir sobre ella— y sé que no ha dejado que ni siquiera te acerques. Nunca.

Thatcher suelta una carcajada todavía más irritante.

—Tienes razón, ¿y sabes por qué ni siquiera dejó que me acercase? Por ti, imbécil de mierda. Le hiciste tanto daño hace cuatro años que ni siquiera cree que pueda volver a tener una relación de verdad.

Sus palabras me tocan donde más duele y se alían con la rabia que no puedo dejar de sentir, con el maldito arrepentimiento por tratarla así, y simplemente dejo de pensar. Lo tumbo de un puñetazo y, cuando lo tengo donde quiero, le piso la puta mejilla, clavándole la otra contra el suelo.

Al oír a Thatcher, Noel se levanta de golpe. Cualquiera podría pensar que por mí, pero lo ha hecho por él, para asegurarse de que no lo destrozo a golpes. Sabía cómo reaccionaría.

—Te he advertido de que no volvieras a hablar de ella —rujo, conteniéndome para no apretar más el puto pie.

—Christian, para —me pide Noel—. Solo ha dicho una estupidez.

Pero yo solo puedo ver la cara de Daisy llena de lágrimas aquella noche, pidiéndome que no lo hiciera.

—Solo vas a joderle la vida —masculla Thatcher desde el suelo.

Y estoy tan cabreado que es como asomarme a un maldito abismo. Sin embargo, toda esa rabia no es con él, es conmigo. Fui yo quien le hizo daño. Fui yo quien ni siquiera la escuchó.

—Christian, hostias.

Noel trata de empujarme, pero yo no me muevo.

—No es lo que Daisy querría.

Como pasó con Dallas en el foso, esa idea, el decepcionarla, me hace recuperar el control. Con el siguiente empujón, Noel logra apartarme y Thatcher se revuelve en el suelo y se levanta.

—¿De qué vas? —se queja.

—Es mi mujer —sentencio dando un paso en su dirección— y pienso hacer lo que sea para protegerla. Si vuelves a hacerte el gallito a costa de ella, lo que acabo de hacerte va a parecerte una puta caricia en comparación con cómo pienso destrozarte.

Bolton me mira con una mezcla de estar alucinado y tener el miedo en el cuerpo; más le vale, porque no pienso volver a repetírselo.

Sin decir una sola palabra sale de mi despacho. Yo me coloco bien la chaqueta de un par de tirones y vuelvo a bordear la mesa. Noel sigue mirándome, también con una mezcla, en este caso la misma sorpresa y el estudiarme como si fuese un experimento científico. Al principio lo ignoro, pero, cuando un puñado de segundos después continúa en silencio haciendo exactamente lo mismo, gruño:

—¿Se puede saber qué coño haces?

Me está poniendo de los nervios.

Él entrecierra los ojos sobre mí un momento más.

—Estoy pensando la mejor manera de enfocar una conversación que no quieres tener.

Pongo los ojos en blanco. Es un maldito incordio.

—¿Sientes algo por Daisy?

—No es tu puto problema.

No sé qué siento por ella. La deseo como un loco, con una fuerza capaz de arrasarlo todo a su paso, pero por encima de las ganas está la necesidad de protegerla, de asegurarme de que está a salvo y feliz. Me pone de los nervios, pero también quiero follármela y asegurarme de que nunca deje de sonreír.

—Pero te has casado con ella —prosigue el interrogatorio.

—Sí —contesto a punto de perder la paciencia.

—¿Por qué?

—Métete en tus asuntos.

—Contéstame.

—Lárgate.

—¡Hazlo!

—¡Porque es mía! —respondo sin pensar, sin racionalizar. Me ha salido desde detrás de las putas costillas.

La expresión de Noel cambia. Sigue mirándome, pero ya no hay sorpresa ni nada de eso, ahora solo veo preocupación y sé de sobra que no es por mí.

—No puedes volver a hacerle daño, Christian —me recuerda.

—No necesito que tú me lo digas.

Lo tengo clarísimo.

Está a punto de añadir algo más, pero no le doy la oportunidad.

—Lárgate —le ordeno.

Noel me mantiene la mirada un poco más, preocupado por ella, y se va. Yo resoplo al tiempo que me paso las dos manos por el pelo. Tiene razón, joder, igual que la tenía Thatcher y me merezco oírlo. Lo que no voy a consentir es que nadie venga a decirme que va a salir mal porque se equivocan.

* * *

Aún faltan un par de horas para las cinco y que todos empiecen a marcharse a casa cuando mi móvil suena. Miro la pantalla. Es Meyer.

—¿Qué?

—Señor, se trata de la señora Hale. Debería regresar ya a Hudson Yards.

Automáticamente me pongo en guardia. Me levanto, cojo la chaqueta y me dirijo hacia la puerta.

—Voy para allá —respondo antes de colgar, saliendo de mi despacho.

47

Christian

—¿Qué coño ha pasado? —pregunto bajándome del Maybach y cerrando la puerta con fuerza y la mirada clavada en Meyer, caminando hacia él.

—La señora Hale pidió un paquete por mensajería urgente y llegó a última hora de la mañana —empieza a explicarme mientras nos dirigimos a la casa. Lo miro sin entender dónde está el maldito problema. Daisy puede comprar lo que quiera cuando quiera.

—¿Dónde está?

—En el dormitorio principal. No ha salido de allí en todo el día.

Entramos.

—Ahora sabemos que lo que había en ese paquete era un móvil, suponemos que prepago.

¿Un móvil prepago? ¿Para qué demonios lo quiere?

Enfilo el camino hacia la habitación. Mis hombres me miran con una mezcla de expectación y cautela. Nunca me habían mirado así. Todo mi cuerpo se tensa un poco más. ¿Qué está ocurriendo?

De pronto un gemido corta el aire. Mi cuerpo reacciona por su cuenta y se me pone dura al reconocer la voz de Daisy. Otro más. Y otro. Me como los pocos pasos que me quedan hasta el cuarto.

—Creemos que ha montado un teléfono erótico —me avisa Meyer.

—Pero ¿qué cojones...?

48

Daisy

Noto el picaporte moverse, pero he sido previsora y he cerrado con llave. Espero los «Daisy, ábreme, ahora mismo», pero no llegan. Frunzo el ceño. ¿Va a dejarlo pasar? Eso es imposible. Pero entonces, dándome la razón, oigo un fuerte golpe, otro más y, al tercero, la puerta se abre estrellándose contra la pared. Christian la ha tirado abajo con el hombro.

Barre la habitación con la mirada llena de algo, una mezcla perfecta entre rabia, celos y algo más que se me escapa, pero que mi cuerpo siente como la guinda del pastel.

Yo estoy sentada en uno de los sillones junto a la ventana, con el teléfono pegado a la oreja y, en cuanto nuestros ojos conectan, sonrío, por supuesto, a mi interlocutor, mientras me enrosco un mechón de pelo en el dedo.

—Me encanta todo lo que me haces, amor —susurro con voz melosa siguiendo con mi conversación telefónica.

Los ojos verdes de Christian se oscurecen hasta volverse casi metálicos y ni siquiera tarda un segundo completo en reaccionar. Camina hacia mí rápido y decidido, me arranca el teléfono de la mano y lo lanza contra la pared de enfrente sin importarle dónde acabe siempre que termine hecho pedazos. Por eso me he comprado un prepago.

Yo le dedico un mohín, irritante e impertinente a partes iguales.

—Ey, estaba en una llamada importante —me quejo en absoluto impresionada por su reacción. De hecho, estoy consiguiendo exactamente lo que quiero. Tocarle los...

—¿Se puede saber qué coño haces? —me pregunta con la voz amenazadoramente calmada, apoyando las dos manos en los reposabrazos del sillón e inclinándose sobre mí.

La chaqueta se le abre por la postura y su camisa blanca reluce bajo su corbata azul. Está deliciosamente sexy, enfadado, celoso y con un traje a medida.

—Solo estoy haciendo lo que me dijiste —contesto encogiéndome de hombros, haciéndome la inocente y, precisamente por eso, no pareciéndolo en absoluto—. No quieres que trabaje en el puerto por mi seguridad y prefieres que esté aquí, así que he dado por hecho que teletrabajar era la mejor opción.

—¿En una línea caliente?

Yo tuerzo los labios fingiendo meditar su pregunta.

—El horario no está mal y me gusta ser mi propia jefa. ¿Quién sabe? —añado con la sonrisa más insolente del mundo—. A lo mejor yo también me hago billonaria, como tú.

Christian me mantiene la mirada, hirviendo en su propia rabia.

—Vas a parar con esta estupidez ahora mismo —me ordena.

Pero yo, ahora mismo, estoy en otra onda y decido echarle un poco más de leña al fuego.

—¿Por qué? ¿No crees que se me dé bien? —inquiero esforzándome en que mi voz suene dulce.

Suelto un suave gemido a la vez que me recoloco en el sillón hasta quedar de rodillas y lo agarro delicadamente de la corbata. Gimo de nuevo, un poco más largo esta vez.

Christian no se mueve y la nueva postura nos deja muy cerca.

—Haces que me sienta tan bien —susurro con voz jadeante. Lo miro a los ojos. Los suyos siguen clavados en los míos. Toda la rabia sigue ahí, pero el deseo se la está comiendo a bocados—. Solo puedo pensar en ti, en tus manos.

De reojo veo cómo aprieta con tanta fuerza los brazos del sillón que temo que vaya a romperlos en cualquier momento. Su erección se despierta grande y dura bajo sus pantalones.

Más gemidos. Más rápido. Más alto.

Sin soltarlo, me enderezo sobre mis rodillas, Christian se mueve a la vez como si formásemos parte de una coreografía con el único objetivo de no separarnos jamás.

Mi cuerpo se calienta, olvidándose de que es una venganza, porque siente la llamada del suyo.

—Ojalá pudiese tenerte todo el día encima de mí —murmuro bajando la mirada de sus ojos a sus labios—. Ojalá pudiese tenerte ahora.

Nunca una plegaria fue tan cierta.

Pero justo cuando va a abalanzarse sobre mí, recupero mi sed de *vendetta*, me separo levantándome y escapo de él.

Me detengo en el centro de la habitación y cierro un segundo los ojos atando en corto al deseo antes de girarme triunfal.

—Yo creo que se me da bastante bien —digo volviendo a mi tono de «Chúpate esa, señor Hale», llevándome las manos a las caderas —, pero, si crees que no tengo suficiente talento, siempre puedo volver a trabajar con el señor Blaine.

Christian me mira como el león a punto de saltar sobre una gacela y yo sonrío mordiéndome el labio inferior. No lo hago a propósito. Lo juro. Es mi cuerpo, las ganas, todo lo que siento cada vez que me besa, que me toca, que, oh, por Dios, sí, lo tengo encima de mí.

—Me marcho —suelto despreocupada—. Veo que tienes un problema con el que lidiar —comento señalando su entrepierna— y no quiero molestarte.

No me doy un segundo más y, por supuesto, no se lo doy a él y salgo de la estancia.

En el salón, una sonrisa, casi risa, se me escapa. Es una mezcla de «Disfrútalo, señor Hale», ha estado genial devolvérsela, y «Qué calor tan maravilloso hacía ahí dentro».

* * *

Me he pasado toda la mañana teletrabajando porque, por supuesto, pienso seguir currando con el señor Blaine. Lo he llamado y le he explicado que durante unos días tendrá que ser así porque he pillado la gripe. La historia real implicaría que tendría a los chicos y al propio señor Blaine, con las herramientas, esperando a que Christian saliera para darle una paliza y no quiero usar esa carta... de momento.

También he tenido que posponer el desayuno con las chicas y Dave. Para que dejaran de amenazarme con llamar a los de *Ley y orden* para que me localizasen, he tenido que confesar que estoy temporalmente en casa de Christian. Las reacciones han sido múltiples y muy diversas, pero me quedo con la de Debbie aullando, no sé si en plan «Gózalo» o llamando al resto de las mujeres lobas para cercar a Christian y lanzarlo a una hoguera una noche de luna llena.

Me he ofrecido a ayudar a la señora Dunphy con la cena, pero me ha echado de la cocina de una manera muy amable, así que me he venido a la biblioteca a buscar algo que me entretenga. Sonrío contemplando las estanterías repletas de libros. Siempre me ha

encantado este lugar, se respira la magia de todas las historias que esconden estas páginas.

Christian está licenciado con honores en Económicas y Comercio Internacional por la Universidad de Columbia, así que me salto las dos estanterías que contienen ese tipo de obras y voy directa a los de aventuras. Tengo ganas de algo tipo *Tras el corazón verde*. Romance, aventuras y unos diálogos con los que te partas de risa.

Doy un paso hacia delante y, poniéndome de puntillas, empiezo a leer los títulos de los libros pasando delicadamente el índice por los lomos. No he avanzado más de tres cuando oigo pasos acercarse.

El corazón se me acelera despacio y caliente, como si en este mundo las paradojas hubiesen desaparecido porque todo es posible, incluso distinguir a alguien sin verlo, solo porque sabes que es el único capaz de hacerte sentir así.

49

Daisy

Se detiene a mi espalda y su olor me envuelve intoxicando mis neuronas y mi sentido común. Siempre me he preguntado si es verdad todo eso de las feromonas y, francamente, tengo que decir que sí, porque es imposible que alguien huela tan bien que te entren ganas de bajarte las bragas y la química no tenga nada que decir ahí.

Un paso más y mi respiración se acelera con suavidad. Mi cuerpo está sublevado porque, por mucho que cantara victoria, yo también me he quedado a medias antes.

Se inclina sobre mí, su aliento me hace cosquillas en la piel bajo mi oreja.

—Estaba buscándote —susurra con la voz ronca—. Tendría que haber imaginado que estarías aquí.

Cierro los ojos, dejando que su voz se infiltre dentro de mí, despacio, muy despacio.

—Solo estaba eligiendo algo para leer —me obligo a pronunciar, sin dejar que las ganas traicionen mi voz.

—Querías robarme un libro —reinterpreta mis palabras con un toque provocador, torturador, sensual. Niega con la cabeza a la vez que chasquea suavemente su lengua contra el paladar. Mi mente, rápida como un jaguar, me regala la sensación de esa misma parte

de su cuerpo acariciando mis labios—. Eso no está bien, nena. Te has ganado un castigo.

El aire se evapora de mi garganta y de pronto tengo la boca seca, como si acabase de descubrir, justo en este instante, mi promesa favorita.

Sin separarse de mí, Christian levanta la vista y sus ojos se fijan en el libro que apunta la mano que aún tengo en la estantería. Alza su brazo, provocando que la tela de su camisa, remangada hasta su antebrazo, roce con la piel desnuda de mi hombro.

Deliberadamente, sus dedos acarician los míos antes de sacar el libro. La caricia es pequeña, casi efímera, pero manda toneladas de destellos, de chispas perfectas que recorren mi cuerpo con la fuerza de un maldito tsunami.

Saca la novela. *Las minas del rey Salomón*, de Henry Rider Haggard.

—En la habitación has dicho que te encanta tenerme encima de ti —empieza a decir, y solo sirve para obtener la imagen perfecta de sus brazos clavados en la cama, flanqueando mi cabeza, aguantando el peso de su cuerpo justo así, encima de mí.

Coloca la punta de sus dedos en mi costado a la altura de mis pechos y la baja lentamente, provocando un incendio, colocando sus soldados en mi territorio, centímetro a centímetro, uno a uno.

—No puedo pensar en otra cosa —sentencia.

Aprieta mi cadera. Gimo. Fuego.

—En follarte tan despacio que pierdas la maldita cabeza. —Me estrecha contra él haciendo desaparecer el aire entre los dos—. En hacerlo tan rápido y tan fuerte que te duela.

Pasea el libro por mi estómago.

—Que, sea como sea, supliques para que no pare nunca.

Lo baja un poco más y el canto se encuentra con el lugar entre mis muslos.

Aprieta un poco más. Gimo. Lo mueve. Vuelvo a gemir.

Nunca había hecho algo así, pero me encanta. Christian es Allan Quatermain, el aventurero de la novela, y está explorando mi cuerpo, descubriendo todos los caminos que hacen que mi excitación suba escalón a escalón hasta el mejor mundo de fantasía.

—Cada vez que te toco estás lista para mí, ¿te haces una idea de cómo me pone eso? ¿De las ganas que tengo de embestirte una y otra vez hasta dejarte sin aliento? Duro, muy duro, nena.

Sigue moviendo el libro. Sigue regalándome nuestra versión del paraíso. Su mano baja, levanta mi vestido conservándolo entre sus dedos, cerrando el puño y arrugando la tela porque el hambre no solo marca mis venas, también dibuja las suyas.

Ya solo está la tela de mis bragas entre el libro y yo.

—Di mi nombre —me ordena.

—Christian —gimo.

—Otra vez.

Allan Quatermain era inmortal y ahora lo soy yo.

—Christian.

Un grito se me escapa.

—Eres perfecta, joder.

Cierro los ojos. Echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en su hombro. Su polla palpita contra mi trasero al otro lado de sus pantalones.

—¿Lo sientes, nena? —me tortura.

Sí, maldita sea, lo siento todo.

Me muerde el cuello.

—Contéstame —me ordena.

—Sí.

—¿Ves? —dice deteniéndose de golpe, separando el libro y enderezándose—. Sabía que yo también podría dedicarme profesionalmente a un teléfono erótico.

Yo me giro hacia él y lo miro absolutamente alucinada, muy cabreada y, por el amor de todos los santos del cielo, ¡muy caliente!

Pero Christian ni siquiera se inmuta. Coloca la novela en su lugar en la estantería y simplemente me mira. Mi mente vuela rápido y me da un anticipo de lo que viene ahora, un beso salvaje, su cuerpo contra el mío y mi espalda contra la estantería mientras me folla como el animal que sabe ser tan maravillosamente bien... Pero él me dedica su sonrisa más engreída, irritante e insolente y se va. ¡Se va!

Lo observo boquiabierta, literalmente.

—La cena estará lista en veinte minutos —me avisa sin girarse, saliendo de la biblioteca con las manos en los bolsillos, encantado de conocerse, el muy maldito.

Yo trato de pensar, pero ahora mismo es imposible que pueda concentrarme. ¡Dios! ¡No me cae nada nada bien ahora mismo!

Por supuesto, a los veinte minutos clavados, estoy en la cocina, faltaría más. No estoy dispuesta a dejar que piense que su juego sucio me ha afectado.

—¿Todo bien? —me pregunta burlón cuando me ve aparecer.

Está abriendo una botella de vino, una de esas con etiqueta en francés y pinta de ser carísima.

Yo me encojo de hombros, fingiendo que estoy por encima de las circunstancias. Lo hago superbién.

—¿Por qué no iba a estar bien? —planteo a mi vez, tomando asiento en la mesa frente a uno de los manteles individuales, donde descansa un plato con salmón al horno, verduras de verano y láminas de parmesano.

—No sé —responde haciéndose el inocente, y no siéndolo en absoluto, sirviendo el vino en las elegantes copas—, por si te has quedado con ganas de algo.

Hijo de puta.

Observo cómo toma asiento.

Cojo la servilleta prestándole toda mi atención al trozo de tela y la dejo en mi regazo.

—Para nada —contesto.

—¿Nada?

—Nada de nada. —Pero esta vez respondo demasiado rápido y puede que un pelín enfadada, lo que lo hace sonreír—. ¿Podemos comer? —añado como si no hubiese pasado nada.

Christian tuerce los labios engreído.

—Por supuesto.

Solo con el primer bocado ya veo el cielo culinario. La comida de la señora Dunphy sigue siendo tan increíble como la recordaba.

—Esto está buenísimo —digo concentrada en preparar mi siguiente bocado.

De reojo veo cómo Christian sonríe, pero no es la misma sonrisa de antes, esta es distinta. No tiene ese aire travieso, pero siento que es más de verdad y, sin darme cuenta, también la siento un poco más mía.

Seguimos comiendo en silencio y, como ha pasado en el desayuno, es raro y sencillo a la vez lo fácil que nos resulta estar juntos.

—¿Has decidido ya en qué departamento de la empresa quieres trabajar? —me pregunta.

Lo miro. No está jugando. Está hablando completamente en serio. ¿Acaso cree que ha ganado?

Yo sonrío de oreja a oreja y asiento encantada. Una media sonrisa se pinta en sus labios.

Iluso.

—Con el señor Blaine, donde ya trabajo —contesto levantándome, plato y copa en mano.

La expresión de Christian cambia de golpe y yo sonrío encantada camino del fregadero.

—¿Así que la guerra aún no ha acabado? —plantea desafiante, siguiéndome con su parte de la vajilla.

Yo me giro junto a la pila para poder mantenerle la mirada.

—¿Cuándo te he dado esa impresión? —inquiero divertida, aceptando el desafío y entrecerrando los ojos.

—No lo sé, cuando me has mirado a punto de suplicarme que te follara contra la estantería.

Yo abro la boca indignada, ¡y él me guiña un ojo en absoluto arrepentido! antes de regresar a la mesa por las cosas que quedan.

—Qué poca clase, Hale —me quejo fingidamente ofendida.

—Y cuánto te gusta.

Guardo las sobras en un envase hermético y Christian abre el lavaplatos.

—Elige departamento y no te dejaré dormir en toda la noche.

Yo suelto una carcajada incrédula a la vez que cierro la nevera después de guardar los táperes en ella.

—¿Por qué? ¿Vas a contarme historias de miedo?

—No sabía que te iba ese rollo, pero tengo la mente abierta.

Cierra el lavavajillas después de cargarlo, se enjuaga las manos y se las seca en un trapo blanco mientras viene hacia mí... todo bajo mi atenta mirada, que lo espero de pie junto a la isla.

La cocina está iluminada de una manera muy agradable, con el resto de la casa a oscuras, lo que da una suave sensación de

intimidad, como si estuviéramos en nuestro rinconcito privado del mundo.

—Eres un descarado —le suelto cuando llega hasta mí.

—No es lo peor que me han llamado hoy —responde dejando caer el trapo sobre el mueble negro.

—¿Un día duro? —pregunto en broma, pero también en serio. La posición de Christian no es fácil; el estrés, la presión, que todo dependa de él...

Me mantiene la mirada entendiendo por qué lo pregunto. Nuestra conexión está haciendo otra vez de las suyas.

—Ha merecido la pena —contesta sin dejar de atrapar mis ojos azules con los suyos verdes y tengo la sensación de que quiere decir que el trabajo, nuestros juegos aquí, todo le ha compensado... por mí.

Doy una bocanada de aire porque me asusta lo fácil que es estar aquí, mirarlo, sonreír, sentir que le importo.

—Tengo que irme al estudio —me explica, pero su voz sigue relajada, él lo está y, si no fuera una locura, diría que también feliz —. Aún no he terminado con el trabajo.

Yo asiento.

—Voy a ver una peli —apunto yo.

Christian me mantiene la mirada con el inicio de una sonrisa en los labios, el mismo gesto que tienen los míos.

Empezamos a caminar en direcciones opuestas. Yo, hacia el salón; él, con las manos en los bolsillos, hacia su despacho.

—Diviértete —me despido sin detenerme, girándome y caminando hacia atrás para poder verlo, balanceando los brazos antes de que mis manos se encuentren en una pequeña palmada.

Christian mueve la cabeza hasta que sus ojos me encuentran por encima de su hombro.

—Lo mismo digo.

Es tan fácil que empieza a ser complicado mantener mi corazón al margen.

Cumplo mi palabra y, sentada en el sofá sobre una de mis piernas, flexionada, enciendo la tele y Netflix. Después de echar un vistazo, elijo el último *true crime*, los demás ya los he visto. Tengo que reconocer que estoy un poco enganchada a ese tipo de documentales.

Empiezo a verlo... pero la verdad es que no consigo concentrarme demasiado. Mi mente no deja de volver una y otra vez a todo lo que ha pasado hoy, a la charla que hemos tenido en la cocina, a lo cómoda que me he sentido. Sé por qué estoy aquí y nada de eso va a cambiar, pero pensé que vivir juntos de nuevo iba a parecerse más a nuestro matrimonio, con él manteniéndose frío y distante, tratando de mantenerme alejada de él.

Suspiro.

¿Qué habría pasado si hace cuatro años hubiese sido como esta noche? Más relajado, más comunicativo, haciéndome sentir que quería que estuviese aquí. Quizá él habría sido capaz de entender que no tenía más opción que mentirle con lo de Caleb, que jamás lo habría llevado a un bar; quizá así habría evitado lo que después pasó con Gillian... Niego con la cabeza. Los «quizá» son solo una estupidez.

Trato de centrarme en el documental. Es muy interesante y muy instructivo. Va de una mujer que, cansada de su exmarido, le roba todo lo que tiene y finge su propia muerte para que lo culpen a él. Tomo nota.

Sigo mirando la tele y pensando.

Podría contarle a Christian la verdad ahora.

De pronto esa idea se queda flotando en mi mente. ¿Y si me levanto, voy hasta su despacho y le explico lo que pasó realmente aquella noche, que fue Caleb quien me llamó a mí, el porqué estaba en el bar? Estaría traicionando su confianza, pero creo que lo entendería. Él habría sido el primero que no habría querido que nada de lo que pasó sucediese. Entonces entendería lo de Gillian, que fingió el aborto traumático porque ya había abortado voluntariamente, que quiso culparme de todo para separarnos porque está absurdamente enamorada de él y lleva explotando su culpa y su arrepentimiento cuatro malditos años.

De repente, estoy muy enfadada. Me levanto de un salto y enfilo el camino hacia el estudio de Christian. Gillian es una arpía, una maldita víbora que no deja a Christian respirar fuera de la piscina de culpa y dolor que la situación que ella misma provocó tratando a Caleb de esa manera creó, que prefiere que se ahogue ahí antes que dejarlo ser feliz. No es justo que lo haya hecho sentir así día tras día, ¡durante cuatro malditos años! ¡Que lo siga haciendo! Bruja desagradecida... Pero también es su cuñada, su amiga, la chica que lo salvó de críos ganándose una enfermedad cardiaca por ello.

Me detengo en seco a unos pasos de la puerta de su despacho. Christian no me creería, se pondría de su lado y, francamente, yo no querría verlo. Ya dolió demasiado la primera vez.

Niego con la cabeza. Será mejor que me vaya... Pero cuando estoy girando sobre mis talones, distingo la voz de Christian desde el interior de la habitación. Está hablando con alguien, imagino que por videollamada.

—He dicho que no —pronuncia inamovible.

50

Daisy

—Pero, señor Hale —trata de hacerle comprender su interlocutor. Reconozco esa voz, es Gavin Young, el director del Departamento Jurídico de la Empresa y abogado personal de la familia Hale—, es tremendamente arriesgado. Si ella no firma, permítame ser pájaro de mal agüero, pero para eso me paga entre otras cosas, y se divorcian, la señora Hale podría exigirle la mitad de todo. Debe convencerla de que lo firme con carácter retroactivo.

¡Están hablando de mí y obviamente del acuerdo prematrimonial!

—No voy a convencerla de nada —sentencia Christian sin una sola duda—. No necesito ningún acuerdo prenupcial y, escúchame, nadie, y me refiero a absolutamente nadie, va a molestar a Daisy con este asunto. ¿He sido lo suficientemente claro? —pregunta amenazante.

Yo observo la puerta atónita con el corazón latiéndome a mil. No lo ha dudado ni un segundo. No quiero, pero mi mente me recuerda esta misma situación con Thatcher; cómo, independientemente de lo que él pensase, dejó que su padre me presionara y me incomodara para que firmara un acuerdo prematrimonial injusto. El único que estuvo de mi lado en esa habitación, aunque la verdad es que no lo entiendo, fue Thompson, su abogado. «Hasta que Christian llegó», me recuerda la voz de mi conciencia.

Hasta que Christian llegó.

—Por supuesto, señor Hale.

Vale, es el momento de irme. No debería haber escuchado esta conversación. Además, lo último que me apetece es que alguien me pille in fraganti y tener que fingir que soy sonámbula o que tengo amnesia... Un día, jugando a Gladiadores americanos, Mabel me empujó con tanta fuerza que me tiró por detrás de la espalda del sofá. No me dolió tanto como esperaba, pero el ruido que se produjo auguró que habría que llamar a una ambulancia. Mi amiga vino corriendo, preocupadísima; yo abrí los ojos, llevándome la mano a la cabeza, y cuando ella me preguntó si estaba bien, yo contesté «No lo sé, ¿dónde estoy?, ¿quién eres?». A Mabel le cambió la cara y los quince segundos en los que coló fueron divertidísimos. Me descubrí yo misma cuando no pude aguantarme más el ataque de risa.

Volviendo al aquí y al ahora, es el momento de largarse.

—¿Y cómo va el tema de Blaine? —le pregunta Christian.

Yo, que ya había iniciado el movimiento, vuelvo a detenerme y a acercarme un sigiloso paso más hacia la puerta.

—¿Lo blindaste? —continúa.

¿Qué?

—Sí, señor Hale —contesta el abogado—. Hemos cubierto cualquier posibilidad y contingencia. Nadie podrá hacer nada contra el señor Blaine, incluido el señor Moore.

Yo frunzo el ceño. Entonces, ¿es verdad? Christian nunca intentó nada contra mi jefe, fue exclusivamente cosa de mi padre.

—Perfecto, entonces.

Oigo la silla arrastrarse por el suelo y me muevo rápido alejándome de la puerta. Cuando alcanzo el salón de nuevo, después de una pequeña carrera, miro el pasillo por el que he venido como si pudiera seguir observando la puerta del despacho de Christian, a él.

Ha cumplido su palabra. El señor Blaine está a salvo y no he tenido que utilizar el papel en blanco que firmó. Francamente, ahora mismo no sé cómo sentirme. Estoy feliz, por supuesto, y aliviada de que mi jefe y los chicos estén a salvo, pero ha sido por Christian. Literalmente, hasta hace dos minutos, pensé que él era parte del problema.

—Me equivoqué —murmuro para mí pensativa.

Me dejo caer de nuevo en el sofá y continúo viendo la tele, aunque decir que dejo de pensar sería una mentira de las gordas.

Me voy a la cama relativamente pronto. Pruebo las habitaciones de invitados, pero, cómo no, siguen cerradas con llave.

—Maldito loco, controlador, arrogante, bastardo —farfullo para mí.

Agradezco que Christian fuera tan previsor de incluir pijamas en la ropa que mandó comprar, pero, aunque pillo un pantalón del pijama, sigo usando su sudadera. Me gusta y no pienso darle más vueltas a eso tampoco.

Estoy a punto de dormirme, ya con los ojos cerrados, cuando oigo pasos acercándose. Christian entra en el dormitorio y cierra con cuidado. Camina hacia el vestidor, pero se detiene a unos pasos de la cama y me gustaría decir que no sé qué hace, pero solo estaría mintiendo porque noto mi piel despertarse en cada centímetro donde él posa sus increíbles ojos verdes. Puedo sentir el deseo en ellos, en mi piel, incendiándolo todo. Me pregunto si alguna vez dejará de ser así, si mi cuerpo dejará de reconocer el suyo y de arder solo porque él diga «fuego».

Me esfuerzo en dormir a pesar de que mi respiración se está acelerando suavemente y él se obliga a ir de una vez al vestidor. Cuando regresa, mi mente no pierde un segundo en recordarme que ahora solo lleva uno de sus bóxers blancos de esa marca suiza tan absurdamente cara y que le quedan tan bien.

Qué pésima idea lo de compartir habitación y cómo se están tensando los músculos de mi vientre.

Christian observa la barrera de almohadas que he vuelto a construir entre los dos y con un resoplido en los labios ocupa su lado de la cama.

Yo finjo que sigo dormida, pero con él cerca, con el calor que irradia, con su olor, es mucho más complicado y todas las partes de mi cuerpo me piden que me acerque, que me acurruque a su lado, que le pida que termine lo que empezó en la librería.

Sin embargo, me niego a ser la primera en caer y, más importante, me niego a caer así en general.

No me dejo abrir los ojos ni una milésima de segundo y, al final, como ayer, el cansancio del día me gana la partida y acabo quedándome dormida.

* * *

Me despierto, pero me niego a abrir los ojos. Siento la claridad inundar la estancia a través del enorme ventanal. No se oye nada, salvo a los pájaros, a lo lejos, en la copa de uno de los enormes árboles del jardín, y Nueva York, como una suave sinfonía, ajetreada más allá de los muros de Hudson Yards.

Estoy tan a gusto, tan calentita, tan cómoda.

La realidad me invade como si alguien me lanzara un cubo de agua helada y entendiendo a la perfección a qué, o mejor dicho a quién, pertenecen esos tres «tan».

Abro los ojos para comprobar que estoy acurrucada contra su pecho mientras uno de sus brazos me sirve de almohada y el otro descansa posesivo en mi cintura. Su respiración relajada y pesada es la prueba de que él sigue durmiendo.

Soy consciente de que tengo que levantarme de un salto, alejarme de él, y prometo que lo haré, pero quiero un minuto más de esta realidad.

Yo no siempre he sido como soy ahora. Antes era dulce y confiada; me habían pasado tantas cosas malas de pequeña que pensaba que todo el mundo que me quedaba por conocer sería bueno.

Cuando lo perdí todo hace cuatro años tuve que aprender a ser fuerte, independiente, a que la ironía fuese mi escudo para poder sobrevivir. Estaba rota emocionalmente, no tenía un céntimo y sí problemas demasiado grandes, no sabía qué hacer... Me tuve que obligar a dar un paso hacia delante, a ser mi propio caballero andante de brillante armadura, a salvarme a mí misma. El problema de aprender a ser algo es que, por mucho que lo necesitemos, muy en el fondo, incluso si casi lo hemos olvidado, sabemos cómo somos verdaderamente, cómo nos gustaría ser, pero las circunstancias no nos dejan.

Pero ahora, en este minuto, en esta realidad, yo puedo ser como soy, sin corazas, sin miedos. Puedo dejar de estar alerta porque me siento lo suficientemente protegida para volver a ser solo yo.

Otra vez la vida y sus paradojas, ¿eh? Porque, de entre los ocho mil ciento cuarenta y dos millones de personas que hay en el planeta, jamás pensé que sería Christian quien me hiciese volver a sentir así.

Lo oigo soltar un gruñidito y moverse y yo lo hago rápido, separándome de él y levantándome. La *happy hour* ha terminado.

Ya de pie, con las manos en las caderas, observo los cojines otra vez desperdigados por la cama y por el suelo y de nuevo me pregunto quién de los dos los habrá tirado para poder estar juntos. Quizá haya sido esa conexión que sigue luchando contra viento y

marea por nosotros. Cuando nos dormimos, toma el control y nosotros solo nos dejamos llevar.

Tuerzo los labios para ocultar una sonrisa ante esa idea y me voy al baño. Cuando salgo, Christian ya no está. Frunzo el ceño, pero no me da tiempo a plantearme nada cuando vuelve a entrar, vestido con unos vaqueros y una camiseta gris azulada. Da la sensación de que es lo primero que ha pillado del vestidor. Está descalzo y despeinado.

—Ya lo he comprobado —dice hablando por teléfono y escuchando lo que sea que la otra persona responde—. No quiero que nos pille desprevenidos —advierte a su interlocutor—. Pon más hombres a trabajar en esto. Ya.

Cuelga y lanza el *smartphone* sobre la cama.

—La señora Dunphy ya tiene listo el desayuno —comenta.

Parece tranquilo, pero Christian es un experto en ocultar cómo se siente, y puede que con el resto del mundo le funcione, pero yo lo conozco demasiado bien y sé que ahora mismo hay algo que le preocupa.

—Ey —lo llamo dando un paso hacia él y agarrando dulcemente su mano antes de que el pensamiento cristalice en mi mente. Cuando lo hace, siento una mezcla de sorpresa, alivio y una chispa de incomodidad, pero no la aparto—, ¿estás bien?

Christian se humedece el labio inferior con el inicio de una media sonrisa sin levantar sus ojos de los míos. Sus dedos se mueven hábiles y acarician la palma de mi mano antes de entrelazarse con los míos.

—Sí —contesta llevándose el dorso de mi mano a los labios y dejando un suave beso en él—, ahora sí. Además, soy el rey de Nueva York, ¿recuerdas? No hay ningún problema que no pueda resolver.

Lo miro torciendo los labios.

—Es un título un poco exagerado, ¿no? Te lo tienes demasiado creído —lo pincho.

—Puede ser —admite comenzando a caminar hacia atrás y tirando de mí para que lo siga—, pero siempre he pensado que me quedaría bien —responde haciéndose el interesante, como si conociese el mejor secreto de la historia.

Yo entrecierro los ojos sobre él. ¿Qué no me estás contando, Hale? Pero él, ¿qué hace? Dejar que la misma media sonrisa brille en sus labios mientras me guiña un ojo y se gira sin detenerse y sin soltarme la mano.

—¿Hoy podrás dejarme en el puerto camino del trabajo? —pregunto poniendo mi sonrisa más deslumbrante mientras estamos sentados a la isla de la cocina disfrutando del delicioso desayuno de la señora Dunphy; esta mañana: tostadas francesas con canela y moras salvajes.

—Muy buena —responde Christian desmantelando mi plan justo antes de llevarse a los labios su taza de café.

Yo le hago un mohín y él finge ignorarme, aunque puedo ver cómo la comisura de sus labios se eleva en el inicio de una sonrisa.

—¿En qué departamento has escogido trabajar? —me pregunta a mí.

—Donde pueda quemar tu despacho con gasolina y un mechero —contesto con total naturalidad.

—¿Recursos Humanos, entonces? —replica igual que yo, pero suena tan convencido que no puedo evitar echarme a reír.

Christian sonríe encantado por mi reacción.

—Idiota —me meto con él golpeándolo en el hombro cuando nuestras carcajadas se calman.

Hummm... Parece que estamos en un *impasse*, lo que claramente no me beneficia porque significa que me tendrá otro día aquí. Daisy a la parte malévola de mi cerebro: idea un plan.

Sonrío. Estrategia elaborada.

—Tengo que hacer una llamada —anuncio cogiendo mi móvil de la encimera, poniéndome de pie de un salto y desapareciendo por el pasillo sin añadir una palabra.

Llego a su despacho, me aseguro de que está vacío y me coloco junto a la puerta.

Gimo. Fuerte.

Espero un segundo, dos y, al tercero, oigo a lo lejos uno de los taburetes de la cocina arrastrarse por el suelo, el sonido de alguien levantándose. Me tapo la boca con la palma de la mano aguantándome la risa y, cuando la tengo controlada, vuelvo a gemir, más largo esta vez.

—Sí, sí, sí —susurro con voz trabajosa, pero lo suficientemente alto para que él pueda oírme.

Capto pasos en mi dirección.

¡Sí!

Sin cerrar la puerta, me tumbo en el sofá del estudio y vuelvo a gemir a la vez que deslizo la mano bajo los pantalones del pijama fingiendo que me estoy acariciando.

—Sí, Dios, sí.

Los pasos se vuelven más determinados, más acelerados, y Christian aparece en el despacho.

Me mira con los ojos oscurecidos por el deseo incluso antes de saber qué estoy haciendo, como si el hecho de que fuese yo fuera todo lo que necesita para que las ganas lo dominen por completo.

Y yo ardo.

No lo pienso y lo que era un juego se transforma en realidad. Muevo la mano y me acaricio por encima de las bragas. El siguiente gemido es real.

Christian se queda de pie, a unos pasos del sofá, con las piernas un poco separadas y las manos junto a sus costados, con los puños cerrados con fuerza. La cabeza ladeada, los ojos verdes repletos de hambre, los labios entreabiertos, sexy a rabiar.

Me acaricio más rápido mientras lo observo de arriba abajo disfrutándolo así, imaginándolo desnudo, en uno de sus maravillosos trajes, de esmoquin, sudado después de entrenar, deliciosamente perfecto cada vez.

Sorteo mis bragas. Me cuelo dentro. Mi respiración se transforma en una hilera de gemidos mientras Christian no puede levantar sus ojos de mí. Está hechizado y yo me siento como la protagonista del mayor espectáculo del mundo.

Me imagino su boca sucia. Su voz. Sus manos en mi cuerpo.

Entro dentro de mí. Mi espalda se arquea.

—Christian —gimo.

Y sé que era un juego, mi estrategia, pero creo que también pierdo el control. Me siento sexy, una especie de diosa que lo tiene a su merced porque mi placer ahora mismo guía su cuerpo, lo posee, aunque él no me toque, aunque yo no lo toque a él.

El placer me hace cerrar los ojos, pero vuelvo a abrirlos mientras mis gemidos se transforman en una plegaria inaudible.

Mis dedos entran, salen. Me acaricio donde lo necesito, me humedezco más, más y más. Mi excitación sube más, más y más. El placer moldea mis dedos, las plantas de mis pies deslizándose por el sofá. Mi espalda curvándose de nuevo.

Quiero que esté aquí, encima de mí, que sea él quien me acaricie, quien me embista, quien me bese, pero al mismo tiempo también lo

quiero allí, mirándome, porque su deseo alimenta el mío, me emborracha, joder, su deseo es lo mejor de todo.

Gimo. ¡Grito!

—Santo cielo —me derrito.

Lo miro, por Dios, es el hombre más guapo que he visto jamás, y un orgasmo me baña de pies a cabeza rápido y lento a la vez, brillante, cegador, dejándome a oscuras para que solo importemos Christian y yo, destruyéndome, construyéndome, perdiéndome, para que vuelva a encontrarme en el maldito paraíso.

Ha sido alucinante.

Saco mi mano de mis pantalones y la dejo sobre mi estómago mientras mi respiración se calma poco a poco.

Christian sigue ahí, sin poder levantar sus ojos de mí, con su cuerpo en guardia, el león rugiendo con una fuerza desmedida.

Yo tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no pedirle que venga conmigo a este sofá y me levanto con una sonrisa.

—Gracias por prestarme el sofá. No quería usar el dormitorio por si querías cambiarte y, como has cerrado todos los cuartos de invitados, no me ha quedado más remedio que buscar otro sitio *privado* —pronuncio la última palabra deliberadamente baja.

El plan termina aquí, pero mi cuerpo no está de acuerdo. Me coloco frente a él, muy cerca. Su calidez es una trampa y ya ni siquiera estoy segura de qué pensaba hacer.

—Has sido muy amable, *gracias* —otra vez la última palabra es la protagonista.

Me pongo de puntillas y lo beso en la mejilla, a un centímetro de sus labios, alargando el gesto más de lo necesario.

Cuando me separo, ya ni siquiera puedo pensar, solo mirarlo a los ojos, solo sentir cómo él me mira a mí.

51

Daisy

Su boca está tan cerca que solo tendría que dar un paso y podría besarlo... Pero aguanto lo suficiente para jugar otro día.

Sin embargo, cuando voy a girarme para marcharme, su mano rodea mi muñeca posesiva, dejándonos al borde del precipicio de un solo tirón. Nuestros cuerpos pegados, respirando el mismo aire envenenado.

La tensión es palpable, intensa, sofocante. Todos los músculos de mi cuerpo se tensan pidiendo piedad y placer, su piedad y su placer.

Él tiene la respiración hecha un caos y estoy segura de que, si me parase a escucharlo, podría oír su corazón retumbando contra sus costillas.

—Podría soltarme, por favor, señor Hale —le pido moviendo la mano—. Tengo muchas cosas que hacer.

Nos desafiamos con la mirada. El trato es muy sencillo: el primero que suplique por sexo, pierde, y yo no pienso perder si lo que he apostado es seguir trabajando con el señor Blaine.

Christian también sabe de qué va este reto. La determinación vuelve a sus ojos y una media sonrisa se cuela en sus labios a la vez que me suelta la muñeca. Acaba de recuperar el control.

—Como quiera, señora Hale.

Le devuelvo la sonrisa y salgo del despacho. En cuanto estoy lo suficientemente lejos, me dejo caer de espaldas contra la pared, con

la cabeza contra esta, y doy una larga bocanada de aire sintiendo mis piernas de plastilina, el corazón latiendo como un loco y todo mi cuerpo gimiendo su nombre.

—Eso ha sido intenso —murmuro.

Decido, por razones obvias, que una ducha me vendrá bien, así que regreso a la habitación, entro en el baño y, tras un par de minutos, estoy debajo del chorro de agua caliente; nunca he podido soportar el agua fría.

Estoy relajándome bajo el agua cuando veo girarse el picaporte de la puerta del baño. ¿Qué demonios? Me giro deprisa, tapándome como puedo, buscando la toalla con la mirada. Las puertas de la ducha son de cristal y quien sea que esté entrando podría verme... pero, entonces, lo veo a él.

Christian entra en el baño irradiando seguridad. Cierra a su paso y atraviesa el baño como si cada centímetro de mármol italiano, la ciudad entera, le perteneciese. Sin levantar los ojos de mí, se lleva las manos a la espalda y se quita la camiseta, se sienta de un salto sobre el mueble que rodea el lavabo y así, apoyado contra el espejo, destilando confianza y la idea de que el mundo le sobra porque está a sus pies, se desabrocha los vaqueros haciendo que el sonido de cada botón pasando por la tela de Levi's Strauss resuene en el baño, sin apartar sus increíbles ojos verdes de mí y consiguiendo que me olvide de todo lo que no sea él.

Su erección se libera grande y dura, deliciosamente arqueada. Se lame la palma de la mano en el gesto más sensual que he visto en mi condenada vida y, sin más, comienza a acariciarse.

El miedo inicial se diluye sin ni siquiera saber por qué. Yo quiero decir algo, mandarlo al infierno, pedirle que entre en esta ducha, pero me quedo sin palabras absorbida por la escena que tengo delante, como si el chico malo del instituto del que llevas todo el

curso enamorada por fin te hiciera caso y te mirara, solo a ti; como si tu actor favorito apareciese en la puerta de tu casa y te besase como se besan en las películas; como si tu marido mandara al infierno todo lo que está sobre la mesa del salón para tumbarte encima y follarte como la maldita diosa que eres.

Así es exactamente cómo me siento ahora mismo. Hechizada, adorada, caliente y tratando de memorizar cada segundo de la fantasía que tengo delante.

Bombea su espectacular polla dentro de su mano, gimiendo con la voz ronca, salvaje, sin domesticar, duro y torturador al mismo tiempo, porque no se me olvida que eso es lo que está haciendo: torturándome despacio, derritiéndome deliberadamente lento.

Me muerdo el labio inferior y sin darme cuenta aprieto los muslos tratando de buscar algo de alivio.

Siento cada gota de agua posarse sobre mi piel hipersensible, como si cada una de ellas fuera una de sus caricias.

No levanta sus ojos de mí, cada vez más oscurecidos con un peligroso deseo navegando en ellos.

Aprieta la mano y gruñe un «Joder» entre dientes que hace que mi excitación se estrelle contra el techo.

Esta tensión, definitivamente, no puede ser buena para mi salud.

Mi cuerpo me pide que vaya hasta allí, que le pida que me haga lo que quiera porque sea lo que sea voy a disfrutar hasta perder la razón.

Entonces se baja de un salto. Más que nunca, el león mirando a su presa en una jaula.

—Ven —me ordena.

El deseo ha tomado los mandos de esta nave, la excitación es su timonel y mi libido el vigía, navegando en este mar de placer.

Por intuición, camino con pasos torpes, las piernas me tiemblan y casi no puedo mantenerme en pie. Me coloco frente a él, desnuda, pero no me importa si es con él. Mi cuerpo no quiere esconderse si es con él.

Christian sonríe y algo me dice que, en mitad de las ganas locas, en este preciso instante, está muy orgulloso de mí.

Pero de golpe, de un solo movimiento, me agarra del cuello obligándome a levantar la cabeza a la vez que da el paso que nos separaba y se inclina sobre mí. Gimo por la sorpresa mientras mi respiración se transforma en una cascada de jadeos. La suya también es un caos. Estamos tan cerca que duele.

—De rodillas —me ordena contra mis labios.

La diosa que tengo dentro se relame y le leo los labios llenos de deseo.

El placer tensa mi vientre caliente, húmedo y perezoso. Quiero. Esto. Y despacio me dejo caer de rodillas delante de él.

Christian sigue embistiendo su mano, más rápido, dominando mi mirada, controlándome con la suya.

—Abre la puta boca.

Siento lo que quiere que haga, mi propia humedad, mis pezones tensándose, mis muslos suspirando porque sus vaqueros los arañen mientras se mueve con fuerza sobre mí.

Sus piernas entreabiertas se tensan, pero, cuando está a punto de correrse en mi boca, cierra su mano alrededor de su polla, terminando en ella.

Yo lo observo sin entender nada, con el corazón a mil. Christian me coge de la barbilla con la mano libre y se inclina sobre mí.

—No te lo has ganado —me dice sin arrepentirse, sin remordimientos, con toda la alevosía del mundo.

Sin más, recupera su camiseta y sale del baño y yo me quedo allí con cara de idiota y más excitada que nunca.

Me pongo en pie, miro a mi alrededor casi desorientada. Cojo lo que necesito del lavabo.

—Qué hijo de puta —gruño a punto de gritar para mí cuando recupero toda mi actividad cerebral.

Christian debe de oírme porque lo oigo romper a reír desde la habitación, encantado por mi reacción.

52

Christian

Desde el principio, Queensboro City se la disputaron dos de las familias más antiguas de Nueva York. Fue una lucha de bandas sin cuartel. Ha habido muchas historias sobre aquellos días, leyendas que han ido tergiversándose, adaptándolas a otras zonas de Nueva York, con la guerra de azules contra rojos en Five Points, cambiándolas de ciudad a San Francisco, incluso de protagonistas, los chinos contra los irlandeses, los inmigrantes procedentes de Europa contra los hijos de los primeros estadounidenses. Todo mentira.

Siempre fuimos los King contra los Liberty.

Por eso Jared Liberty se presentó en el Sin House el otro día. Quiere Queensboro City, pero no se lo pienso permitir.

—¿Qué tienes? —le pregunto a Dallas en cuanto descuelgo.

Hace un par de horas que he llegado a la Empresa. Me gustaría decir que he estado todo lo concentrado que debería, pero, francamente, ¿a quién pretendo engañar? No he podido sacarme la imagen de Daisy en el sofá de mi despacho gimiendo mientras me miraba con esos preciosos ojos azules, cuando estaba en el baño de rodillas delante de mí. Joder, esa imagen va a quedarse conmigo el resto de mi vida.

—Liberty está moviendo ficha. Ya cuenta con el apoyo de los búlgaros. Parece ser que Kristov ha sido quien ha instigado todo

esto.

—Ese hijo de puta me las va a pagar —gruño entre dientes.

—Los demás te son leales, Christian, pero, al final, nada de eso va a importar. Si hay una guerra, una vez que acabe inclinarán la cabeza ante el rey, seas tú o Liberty.

—Tenemos que impedir esa guerra.

No es el puto momento. El inversor misterioso puede estar a la vuelta de la esquina, dispuesto a atacar. Ahora tengo las acciones de Daisy, pero las cosas pueden ponerse complicadas si sigue haciéndose con más participaciones, o si convence a los Bolton de que dejen de respetar el trato de las familias y se pongan de su lado. Sin olvidar que podría lanzar una maldita opa. La Hale Corporation es la empresa más importante de Estados Unidos, pero no sé a quién me estoy enfrentando, podría ser un oligarca ruso o un dictador loco hasta arriba de diamantes.

—Una manera sería cargarnos a Liberty —apunta Dallas—. Ya sabes lo que dicen, muerto el perro se acabó la rabia.

—No te creas que no lo he pensado.

Él me mataría a mí si tuviese la oportunidad; de hecho, es por eso por lo que ha vuelto. Estoy seguro. Si pudiese, pondría mi cabeza en una pica como Enrique VIII.

—Tenlo controlado —ordeno finalmente—. Quiero saberlo todo, dónde está, cómo se mueve, si habla con alguien.

Queensboro City pertenece a los King y así va a seguir siendo.

—Entendido, Rey.

Cuelgo y sigo trabajando. En media hora tengo una reunión en el Departamento de Marketing y después otra con Producción. Sin embargo, no ha pasado un minuto completo cuando mi móvil vuelve a sonar. Doy por hecho que es Dallas otra vez, pero, cuando miro la pantalla, una media sonrisa se cuela en mis labios porque es Daisy.

Espero que haya elegido ya departamento porque no puedo esperar a follármela hasta que pierda el conocimiento.

—¿A qué debo la llamada, señora Hale? —respondo dejándome caer contra mi sillón.

Aunque no voy a negar que este jueguecito me pone. Mucho.

—A nada. Es solo que estaba aburrida, teletrabajando. Normalmente hago muchas más cosas que estar sentada delante del ordenador y quería preguntarte cómo consigues no morirte de aburrimiento en tu despacho.

Yo tuerzo los labios. Parece la cosa más dulce del mundo, pero en el fondo solo se está riendo de mí.

—Concentrándome en lo que tengo delante, aunque a veces me permito el lujo de recordar otras cosas que me ponen de buen humor... por ejemplo —finjo buscar al azar—, las carreras de coches.

Apuesto a que acaba de fruncir el ceño.

—¿Te gustan las carreras de coches? —pregunta confusa.

—Exacto.

—¿Por la velocidad y todo eso?

—Más bien por la idea de la competición. El podio, los trofeos, el hecho de que cada uno recibe lo que se ha ganado.

Con mis últimas palabras se hace el silencio en la línea y yo me muerdo la punta de la lengua con una sonrisa.

—Entonces he hecho bien en llamar —suelta de pronto.

Yo entrecierro los ojos suavemente con una sonrisa expectante en los labios al tiempo que vuelvo a enderezarme en el asiento.

¿Qué tienes que decirme, nena?

—No voy a negar que antes, en el baño —dice marcando delicadamente las pausas—, puede que me quedara con ganas de más.

Mi sonrisa se ensancha.

—Una lástima —contesto saboreando esto, el placer anticipado, las ganas de jugar, de ella—, porque te habría dado todo lo que hubieras querido si me lo hubieses pedido.

—¿Qué me habrías hecho?

Su voz cambia, se vuelve más cálida, todavía más dulce, jodidamente perfecta.

—¿Qué habrías querido que te hiciera?

Ella suspira, casi un gemido, y todo se diluye a mi alrededor.

—Hubiera querido que me besaras, con fuerza. Me encanta cuando me besas como si el mundo fuese a acabarse al segundo siguiente, Christian. Es alucinante —añade, e inmediatamente sonríe, casi ríe—. No me puedo creer que esté haciendo esto.

Estoy seguro de que acaba de ruborizarse y, por Dios, acaba de ponérseme dura de golpe.

—Me encanta besarte así, sin guardarme nada.

—No quiero que te guardes nada, nunca, por favor.

Dejo escapar una larga bocanada de aire. Joder, ¿por qué no está aquí?

—No paro de imaginar que me sentabas en el lavabo, te abrías paso entre mis piernas y me follabas casi sin bajarte los vaqueros y la tela me arañaba el interior de los muslos.

—Daisy —gruño.

Le está echando un bote de gasolina a un puto incendio.

—Que me follabas muy fuerte, entrando hasta el final, agarrándome de las caderas, marcando un ritmo increíble.

Mi respiración se vuelve pesada.

—Y después me bajabas, me dabas la vuelta entre tus brazos y me ordenabas que agarrara el mueble. Nos veía en el espejo mientras me embestías una y otra vez, una y otra vez.

Empieza a gemir y yo pierdo la poca cordura que me queda.

—¿Dónde coño estás? —le pregunto levantándome.

—En Hudson Yards, en tu habitación, en tu cama.

—Escúchame muy bien porque vas a hacer exactamente lo que te diga —mi voz suena ronca, engreída. No hay un puto gramo de duda en ella porque no he tenido más claro en toda mi vida lo que quiero —: vas a mover la mano muy despacio por tu cuello —voy hasta la puerta y corro el pestillo. No pienso dejar que nadie me estropee este momento—, la línea entre tus pechos, tu estómago.

Gime.

—Para —le ordeno—. No te he dado permiso para que sigas bajando. Tu cuerpo me pertenece, tú me perteneces. Dime que lo entiendes.

—Sí —susurra con la voz trabajosa.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor.

Empieza a jadear, pero sé que no está moviendo las manos. Es esto, joder, y que le excite tanto como a mí es lo mejor de todo.

—¿Recuerdas cuando te tenía de rodillas en el baño?

—Sí.

—Quiero que pienses en eso mientras te acaricias por encima de las bragas, en las ganas que tenías de que me corriera en tu boca. Me vuelve loco cuando me miras así. ¿Estás mojada?

—Sí, estoy muy mojada.

—Desliza los dedos debajo de tus bragas.

—Christian —gime.

—No los muevas —le ordeno torturándola.

El corazón me late cada vez más deprisa. La sangre me martillea en los oídos. El motor, el león, todos están pendientes de cada maldito sonido que hace.

—Lo necesito, Christian.

—Y yo te necesito a ti, nena, tumbada en la mesa de mi despacho, dejándome que te haga lo que quiera. Muévelos —rujo.

Daisy empieza a gemir cada vez más descontroladamente, más largo, más alto.

—Métete el índice y frótate el clítoris con el pulgar.

—Dios...

—Sube la otra mano hasta tus pechos, pellízcate el pezón.

—Dios...

—Más fuerte.

—Christian —gime.

—Más fuerte —gruño.

—¡Christian! —grita.

—Si estuviera contigo me tumbaría encima de ti y te follaría entrando hasta el fondo cada vez, saliendo entero cada vez. Notando cómo me aprietas. Me encanta tu coño húmedo y estrecho. Es el mejor lugar del puto mundo, nena.

Más gemidos rápidos y codiciosos.

—Quiero follarte hasta que me pidas que pare porque sientes que vas a partirte en dos y entonces ponerte de rodillas.

—¡Dios! —grita.

—Y correrme en tu boca mientras me miras a los ojos y te lo tragas todo.

—¡Dios! —repite más fuerte, y sé que acaba de correrse.

Sigue gimiendo hasta que se queda en un suave silencio y empieza a decir pequeñas frases casi sin darse cuenta sobre lo mucho que le gusta lo que le hago, que le hable así. Me dice que me echa de menos y ya no puedo más.

—No cuelgues el jodido teléfono —le ordeno justo antes de salir disparado hacia la puerta.

—Me largo a casa —le digo a Debra cuando paso junto a su mesa sin detenerme—. No me llaméis a no ser que sea una emergencia.

—Señor, la reunión con... —me recuerda atónita, levantándose, pero me importa una mierda.

—Cancélalas.

Los minutos que el ascensor tarda en bajar hasta el garaje se me hacen eternos. Voy hasta el coche y conduzco como un gilipollas mucho más rápido de lo que debería hasta llegar a Hudson Yards.

Daisy siempre tuvo este poder sobre mí, pero hace cuatro años conseguía disimularlo muy bien. Cada vez que la miraba, quería follármela; cada vez que me sonreía, quería poner el puto mundo a sus pies.

Detengo el Mercedes de cualquier manera junto a la puerta y ni siquiera me molesto en apagar el motor. Irrumpo en la casa y voy como alma que lleva el diablo hasta el dormitorio.

—Christian —oigo su voz dulce llamarme al otro lado de la línea—, ¿estás aquí?

—Abre la puerta —le digo con la voz acelerada, y puede que parezca una orden, pero en el fondo es una súplica.

La oigo caminar hasta la puerta. Abre.

La veo.

Joder, veo todo lo que quiero y la beso con fuerza.

53

Daisy

Está aquí, es lo único que puedo pensar, que quiero pensar. El plan ha funcionado, pero es que ya ni siquiera me importa, solo que él está aquí. Está aquí. Está aquí.

Christian nos hace caminar hasta el interior de la habitación sin dejar de besarnos, sin apartar sus manos de mi cara y, cuando lo hace, es para estrecharme aún más contra él, con una de ellas al final de mi espalda y la otra en mi nuca.

—Podré seguir trabajando con el señor Blaine —le digo contra sus labios antes de perder por completo la capacidad mental de pensar.

—Podrás hacer lo que quieras, te lo juro por Dios.

Sonrío. Vuelve a estrellar sus labios contra los míos. Lo *s-a-b-o-r-e-o.*

Christian me lleva contra la pared, se deshace de mi vestido, de mi sujetador y con su deliciosa boca marca un camino de besos y aliento caliente desde mis labios, mi cuello, mis hombros, hasta mis pechos.

Echo la cabeza hacia atrás, hasta chocarla contra la pared rota de placer cuando empieza a besarme, a acariciarme. Agarra mi pezón entre sus dientes y tira de él. La punzada de placer atraviesa mi cuerpo como un maldito rayo.

Gimo.

Gimo con fuerza.

Me pellizca, me chupa, me muerde y usa su lengua hasta casi hacerme perder la razón.

—Christian... —jadeo completamente perdida.

Baja. Mis costillas. Mi estómago. Mi vientre. Mi pelvis.

—Oh, Dios, sí —susurro con la respiración entrecortada, hundiendo mis manos en su pelo castaño.

Desliza los dedos entre la cintura de mis bragas y mi piel y despacio me las baja, arañando delicadamente mi piel a su paso, sublevándola, llamándola a la rebelión.

Atrapa mi mirada, de rodillas frente a mí, y sonríe con malicia antes de darme el primer beso en el centro de mi sexo, sin apartar sus ojos de los míos, ordenándome en silencio que no lo haga yo.

Sus manos se anclan a mis caderas y la fantasía se hace realidad porque empieza a devorarme despacio, disfrutándome, haciendo que el placer se arremoline dentro de mí como una bola de demolición dispuesta a arrasarlo todo.

—Christian —gimo.

—Me encanta cómo hueles, nena, cómo sabes.

El placer se hace más intenso. Me besa, me muerde y su lengua se transforma en mi nueva cosa favorita en el mundo.

—Dios —mi espalda me arquea y temo que las piernas no vayan a sostenerme, pero Christian se encarga de eso, de cogerme de la mano para que yo pueda volar.

Tira suavemente de mi clítoris, lo lame después, baja un poco más.

—¡Dios!

Desliza dos dedos dentro de mí y todo se vuelve una neblina de placer y euforia. Me chupa. Me embiste. Me come.

—¡Christian! —Y yo me corro cabalgando su boca.

Mi respiración acelerada llena la habitación. Christian se separa de mí y se limpia la boca con el antebrazo en un gesto sexy y masculino que me calentará el resto de noches de invierno.

Se levanta y, con toda esa seguridad, me da la espalda y echa a andar hacia la mesita junto a la ventana. Sin detenerse, gira la cabeza por encima de su hombro y, cuando nuestros ojos se encuentran, los suyos están pintados de sensualidad pura. Es una maldita visión.

Se deja caer en el sillón con la espalda apoyada en el mueble, con un codo haciendo lo mismo sobre el reposabrazos y los dedos acariciándole los labios. Su cuerpo largo y elegante, enfundado en un traje negro de tres piezas del que ya no hay rastro de la chaqueta ni de la corbata, se estira hasta sus piernas separadas y los pies plantados firmemente en el suelo. Lleva el chaleco desabrochado, como los primeros botones de la camisa que además tiene remangada. Es un sueño. La portada de una revista. Magnético. Peligroso. Atractivo. Salvaje.

Doy un paso hacia él, pero Christian niega con la cabeza.

—Gateando —me ordena.

Un gemido se escapa de mis labios sin poder dejar de mirarlo, con algo parecido al *shock*, que va transformándose en sorpresa, en deseo, en pura y cruel excitación.

Nunca he hecho algo así, pero sé que quiero hacerlo.

Mi cuerpo baja hasta que mis rodillas tocan despacio el suelo, estiro las manos hacia delante y mi espalda se curva hacia abajo. El deseo crece en sus ojos verdes, oscureciéndolos hasta hacerlos parecer negros.

El deseo crece en los míos hasta despertar absolutamente todos los rincones de mi cuerpo, transformando cada minúscula brasa de mi orgasmo anterior en una maldita hoguera.

Me muevo. Sin dejar de mirarlo. Sé que es lo que él quiere que haga.

Mi respiración se acelera y una sonrisa se cuela sin permiso mientras me muerdo el labio inferior. Una media sonrisa se cuela en los suyos, dura, engreída, provocadora.

Aún me queda un poco para llegar hasta Christian, pero ya no puede más. Me coge de los antebrazos, tira de mí y me sienta a horcajadas sobre él. Mi sexo húmedo se encuentra con su polla detrás de su ropa y mi gemido se pierde en su boca estrellándose contra la mía.

¡Santo cielo!

Christian empieza a moverse, embistiéndome, haciéndome resbalar sobre sus pantalones a medida.

—Podría pasarme toda la vida follándote, Daisy. Así de loco me vuelves, joder.

Vuelve a besarme mientras se mueve para desabrocharse rápido y hábil los pantalones y yo me agarro a sus hombros para mantener el equilibrio.

Saca un condón de uno de los bolsillos y lo lleva hasta mi boca para que abra el envoltorio con los dientes. Obedezco y él me dedica su sonrisa de chico malo.

—Buena chica —susurra, y mi excitación sube un poco más.

Me coge de una cadera, levantándome mientras pierde la mano entre los dos.

Me baja.

Me inserta en él.

—¡Joder! —grito.

Es demasiado grande. Demasiado bueno. ¡Es increíble!

Christian empieza a moverse hasta el final, sin detenerse, sin perder un solo segundo. Entrando, conquistando, dominando,

volviéndome un poco más adicta a esto.

Yo me echo hacia delante, agarrándome al sillón, y la postura nos acerca más. Tiene la cabeza apoyada al final del respaldo del sillón y yo lo miro desde arriba mientras mi pelo rubio le acaricia la cara.

De pronto todo se vuelve más íntimo, nos acerca más mientras me folla con fuerza, como un animal que ni siquiera conoce lo que significa la palabra *domesticar*.

Mi cuerpo empieza a temblar suavemente, a perlarse de sudor mientras él sigue vestido. La excitación cabalga con más fuerza, el deseo se vuelve más intenso. La pasión lo desborda todo.

Gimo.

Gimo.

—¡Christian! —grito.

Y el orgasmo llega derribándolo todo a su paso, transformando en placer puro cada una de mis terminaciones nerviosas.

Él no deja de moverse. El corazón me late desbocado. Mi cuerpo se arquea y me corro por segunda vez aún con más fuerza, como una maldita tormenta, un huracán, un tsunami. Soy el maldito diluvio universal.

Pero Christian no ha tenido suficiente. Se levanta conmigo en brazos sin salir de mí y me lleva contra el enorme ventanal. Yo rodeo su cintura con mis piernas. Siento el cristal frío contra mi espalda y es la dicotomía más deliciosa y poderosa del mundo. Me muero de calor contra el frío. Me muero de placer delante de Nueva York.

—Llevaba toda la puta mañana pensando en ti, en cuando te has tocado en mi despacho, en tu precioso cuerpo bajo el agua de la ducha, y has llamado y tu voz me ha vuelto loco. Eres mi condena, Daisy —ruge empujando más y más fuerte—. Eres mi puta condena.

Estrella su boca contra la mía y sus palabras recorren cada pedazo de mi piel, calentándome aún más, intrincando el placer con el

deseo, con la excitación, con lo rápido que ahora mismo me late el corazón.

No puedo dejar de gemir.

No puedo dejar de jadear.

Salgo al encuentro de sus embistes, rodeo su cuello con mis brazos. Lo beso. Lo siento y me muero de gusto.

—No puedo más —digo con voz lastimera sintiendo cómo el placer se hace más grande que yo.

Siento mariposas. Chispas. Canciones. Fuegos artificiales. ¡Lo siento todo!

—Sí que puedes, nena, porque quiero verlo otra vez antes de correrme dentro de ti.

Su boca sucia es como la guinda del mejor pastel. Sigue entrando, sigue saliendo. Me dejo llevar. El deseo estalla y cada mariposa se transforma en una bandada, cada chispa en una corriente eléctrica, cada canción en un maldito concierto y me corro mejor que en toda mi vida.

—¡Dios! —grito.

Justo después, Christian sigue mi mismo camino. Hunde la cara en mi cuello, me muerde con fuerza y se pierde dentro de mí.

Ha sido alucinante.

Otra vez el ambiente se cubre con el sonido de nuestras respiraciones aceleradas. Christian y yo nos quedamos muy quietos, mirándonos a los ojos. Ya no hay hechizo y hechizado, ahora solo estamos los dos y la conexión que nos une vibrando, latiendo, aislándonos de todo lo que no seamos nosotros.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta en un ronco susurro, acariciando mi mejilla con la punta de los dedos.

—No lo sé —respondo, y es la verdad. Tengo la sensación de que todo lo que tenía claro se está hundiendo peligrosamente, hasta los

cimientos—, pero no me hagas daño —añado antes de siquiera pensarlo, como si hubiese sido una súplica de todo lo que encerré en esa caja al fondo de mi corazón.

—Te lo prometo —contesta sin dudar.

* * *

Comemos juntos. Después de darme una ducha, me visto y, a regañadientes, tras pasarse todo el camino refunfuñando como un adolescente, Christian me deja en el puerto. Lo de mi seguridad iba en serio, así que ordena a Meyer que se quede conmigo. No es el sueño de mi vida tener al grandullón siguiéndome a todas partes, pero para Christian parece importante y supongo que puedo ceder un poquito en esto. Por eso, poniendo los ojos en blanco para fastidiarlo, acepto.

No hemos hablado de lo que ha pasado ni de lo que significa. Disuelto el *shock* inicial, he comprendido que lo mejor que puedo hacer es fingir que no ha ocurrido. Este matrimonio tiene un objetivo y una fecha de caducidad y así va a seguir siendo. Solo que antes estaba más inclinada hacia el celibato y ahora puede que lo esté más hacia el divertido y delicioso concubinato concupiscente.

En la garita de seguridad del puerto paso el control y, como siempre, pito. El grandullón a mi espalda frunce el ceño, pensando cuál puede ser el motivo.

—Mei —llamo a la guardia mirándola muy seria—, ha llegado la hora de que sepas que soy una superheroína. —Me llevo las manos a la cintura y miro al infinito como Superman siempre hace en los pósteres de las pelis—. Lo que pita es el vibranium con el que revistieron mis huesos en S.H.I.E.L.D.

Mi amiga entrecierra los ojos, asintiendo solemne a mis palabras.

—¿Y él? —pregunta mirando al gigantón.

—Es mi leal compañero. Somos como Batman y Robin versión *woke*. Yo mando y él ayuda y juntos luchamos contra el crimen, obviamente cuando no estoy trabajando aquí.

—¿Y cómo es tu batseñal?

—La crea Zendaya levantando un bote de colonia cara en lo alto de una colina. Ya te he dicho que somos muy *woke*.

Ella asiente.

—Suerte luchando contra el crimen.

—Gracias —contesto inclinando la cabeza.

Meyer también pasa por el detector, Mei comprueba que su permiso de armas esté en regla y nos deja pasar.

—Ya sabes lo que dicen, Dais —me dice mi amiga mientras caminamos hacia el interior del puerto—, un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

—¿Sabes que la tía de Peter Parker también se llamaba Mei? —replico girándome y caminando de espaldas.

—Un nombre alucinante —sentencia ella.

Cuando llego a la oficina del señor Blaine, tengo que dar una o dos explicaciones acerca de por qué Reacher está aquí, pero al final, más o menos, todos se quedan tranquilos. Claro está, todos menos Dave, que me mira explicándome telepáticamente que se apunta todas sus preguntas para cuando quedemos después con las chicas.

* * *

—Que te has ¿qué? —recapitula Debbie con voz aguda.

—Se ha casado, se ha casado —repite Dave sin poder creérselo.

—Si hasta tienes a un tío que se parece a Jack Reacher ahí abajo —confirma Mabel asomándose por la ventana—, porque claramente

te ha puesto un guardaespaldas.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no nos lo has contado antes?

—¿Se te ha ido la pinza?

Una nueva ronda de preguntas sin que nadie me deje contestar las primeras. Voy a tener que contratar a una taquígrafa que después me lea la sesión para poder responder.

Yo los miro, inquiriendo en silencio si ya me toca.

—Obviamente —apunta Debbie de mal humor.

—Mi matrimonio con Christian es meramente profesional. Son solo negocios. Yo lo hago por el señor Blaine y él, por las acciones.

—Él te secuestró —me recuerda Dave molesto.

—A él vamos a tener que darle una paliza —confirma Mabel cabreada.

Yo extiendo las manos suavemente para intentar calmar los ánimos.

—Ahí tenéis razón y me vengaré en el momento adecuado. Le raparé las cejas el día antes de una conferencia de prensa o algo así.

—Buen plan —conviene Debbie entusiasmada, y Mabel le da un codazo recordándole que no están contentos con esto.

—El caso es que ya he confirmado que el señor Blaine está protegido, de verdad. Nadie podrá hacerle nada y Christian me está tratando bien.

—¿Tú no odiabas a Christian? —plantea Dave confuso.

—Tú no te enteras de nada —se burla Mabel.

—Vale, estás bien, lo pillamos, pero ¿por qué no nos lo dijiste? —continúa Debbie.

Tuerzo los labios. Tienen razón y yo no tengo excusa. Dave, Mabel, Debbie y yo somos una familia y a la familia no se la deja al margen.

—Lo siento —digo sincera—, debí habéroslo contado antes de que pasase. Hubiese molado muchísimo que estuvieseis allí. Ni Noel ni Dallas ni el señor Hale lo hicieron tampoco. —No quiero que piensen que a ellos no los avisé, pero me fui de farra con los Hale—. Sé que no es excusa, pero todo pasó muy rápido.

Los tres se miran y siento cómo la tensión poco a poco se va diluyendo hasta desaparecer.

—¿Te vas a quedar a vivir en Hudson Yards? —pregunta Mabel mientras Dave se levanta y va hasta la cocina.

—Sí, pero voy a seguir pagando el alquiler de mi piso. Es temporal —repito.

Cuando el tema con el inversor misterioso se resuelva, nos divorciaremos y regresaré a mi apartamento y a mi vida.

Siento una pequeña punzada ante esa idea, pero me deshago de ella hasta tener tiempo para analizarla.

—¿Y cómo funciona? ¿Ahora tenemos que hacerte una reverencia cuando nos veamos, vendrás con mayordomo...? —deja Debbie en el aire riéndose de mí, cogiendo la cerveza helada que Dave le tiende.

—Ja, ja —finjo reírme irónica—, muy graciosa —añado cogiendo mi Bud—. Las cosas no funcionan así porque mientras sea *muchimillonaria* obviamente pienso dejar de hablaros.

Ella me hace un mohín, yo se lo devuelvo y las dos rompemos a reír.

—Lo bueno es que tenemos excusa para correrno s una juerga de las que hacen historia —apunta Dave, y las tres asentimos pensativas.

Debbie levanta las manos y se queda muy quieta, sonriendo como si acabase de tener la mejor idea de su vida.

—Pídele a Christian que te regale el estadio de los Yankees y montamos la mayor fiesta de la espuma de la historia.

Yo la miro frunciendo los labios, sopesando su propuesta, y ella me devuelve la mirada enarcando las cejas.

—Una idea increíble —sentencio al fin.

—Lo sé —contesta orgullosa.

—Mejor vámonos a Las Vegas —propone Dave—. Total, ya estás casada. No hay peligro de que metas la pata.

—Pero tú sí la puedes meter. Chicas —continúo imitándolo—, os presento a Cherry Lee, mi mujer, jugadora de póquer profesional y *stripper*.

—Podría ser jugadora de *strip poker* profesional —comenta Mabel.

Yo niego con la cabeza dándole un trago a mi cerveza.

—A Cherry Lee no le gusta encasillarse profesionalmente.

—Por eso me casé con ella —sentencia Dave, y todos rompemos a reír otra vez.

Christian me manda un mensaje diciéndome que deberá quedarse en la oficina un par de horas más, así que me quedo a cenar con los chicos.

Cuando vuelvo a Hudson Yards no hay rastro de Christian, así que voy directa al dormitorio, me cambio y me meto en la cama. Dejo la luz del vestidor encendida para que no se encuentre la habitación a oscuras.

No han pasado más de un par de minutos cuando oigo algunos ruidos, murmullos de personas hablando y, unos segundos después, Christian entra en la estancia. Aún lleva el traje, aunque la corbata ha desaparecido y se ha desabrochado los primeros botones de la camisa blanca. Sigue guapísimo, pero también parece cansado. Son más de las doce y ni siquiera creo que haya parado para cenar.

—Buenas noches, señor Hale.

Al oírme, los labios de Christian se curvan en una media sonrisa.

—¿Despierta todavía, señora Hale?

—¿Un día largo?

Christian se encoge de hombros, quitándole importancia mientras se desviste.

—¿No lo son todos?

Yo ladeo la cabeza pensativa.

—Supongo que depende de a quién le preguntes —contesto al fin divertida.

—¿Qué tal el tuyo?

En bóxers, como siempre, se mete en su lado de la cama.

—No puedo quejarme —contesto de lado sobre el colchón, con las manos bajo la almohada. Él se tumba, levanta el brazo flexionándolo sobre la cabeza y la gira para que podamos vernos—. He disfrutado muchísimo de mi trabajo —comento con una sonrisita para fastidiarle un poco— y después he estado con las chicas y Dave.

Christian frunce levemente el ceño, pero lo disimula rápido.

—¿No has montado la Gran Muralla de Almohadas?

Yo tuerzo los labios con una fingida expresión de derrota.

—Después de lo que ha pasado esta mañana, en esta misma habitación, me parece que como intento de cinturón de castidad ya no tiene mucho sentido.

Christian se humedece el labio inferior conteniendo una sonrisa y asiente dándome la razón.

—Siempre he pensado que los cinturones de castidad provocan más que ayudan.

—Qué interesante. Ya te imagino en plena Edad Media, en algún pueblo perdido de Inglaterra, armado con una ganzúa, liberando el deseo de Manestanhire —me invento un nombre de villa inglés que,

no es por nada, me queda hiperrealista—. He elegido Inglaterra para que no cayeras en las manos de la Santa Inquisición española.

Él niega con la cabeza.

—No me preocupa, podría con ellos —contesta sin dudar.

—Y el lenguaje del amor es universal.

—Qué cosas más bonitas me dices —se burla de mí.

Yo lo miro mal y lo golpeo en el hombro y él sonríe encantado por mi reacción.

—Volviendo a la Gran Muralla de las Almohadas —reconduzco la conversación—, tampoco es que estuviese cumpliendo mucho su misión. Las dos mañanas me he despertado abra...

En cuanto me doy cuenta de lo que estaba a punto de decir, lo que en realidad ya he dicho porque Christian no es ningún estúpido, me callo de golpe.

—Olvídalo —añado rápido, colocándome bocarriba y clavando mi vista en el techo para crear algo de distancia, la que sea. ¿Cómo he podido acabar confesándole que me he despertado abrazada a él dos malditas mañanas? Me quiero morir del bochorno.

—Háblame de las chicas y Dave —me pide Christian pillándome absolutamente por sorpresa.

Yo frunzo el ceño y lo miro mientras él gira el cuerpo hacia mí, apoya el codo en la almohada y la sien en su puño.

—¿Quieres que te hable de mis amigos? —pregunto confusa.

—Sí —contesta convencido—. ¿Dónde os conocisteis?

Sonrío porque francamente no me lo esperaba para nada. Asiento, sintiéndome mucho más relajada, vuelvo a girarme hacia él y empiezo a hablar.

Nos pasamos toda la noche haciéndolo, mis amigos, mi trabajo, canciones de los ochenta. Él me habla de su padre, de su abuelo, de las cosas que pretende conseguir con la empresa.

Por primera vez, siento que Christian nos está dando la oportunidad de conocernos mejor, sin barreras, sin corazas. Sin miedos.

* * *

Me despierta un olor delicioso. Sonrío con los ojos cerrados. Mi cerebro, aún en fuera de juego, no capta ninguna información relevante más allá de que huele de maravilla. Un segundo de aroma alucinante, dos... huele a tarta de chocolate casera.

Mi estómago gruñe contento y mi sonrisa se ensancha.

Por un momento me preocupa abrir los ojos y encontrarme acurrucada contra Christian, es un poco la versión sexy del gato de Schrödinger, pero no puedo quedarme en esta cama para siempre, así que toca enfrentar las posibles consecuencias.

Valor, Dais.

Sin embargo, cuando por fin lo hago, me quedo con la duda de qué habría pasado porque estoy sola en la cama. Si estaba abrazada a alguien, ese alguien se ha despertado antes que yo... lo que automáticamente implica que, si le estaba babeando el torso de dios griego mientras teníamos las piernas entrelazadas, él lo sabe y yo no. Complejo... Necesito un trozo de tarta de chocolate para pensar este tema con claridad.

—Buenos días, señora Dunphy —saludo a la cocinera encaramándome al taburete junto a Christian, que me mira de reojo con una sonrisa mientras se bebe su café y echa un vistazo al *New York Times.*

—Buenos días, señor Hale —lo saludo solemne.

—Buenos días, nena —responde.

Yo lo miro fingidamente ofendida.

—¿A qué vienen esas confianzas tan temprano? —me quejo justo antes de sonreírle a la señora Dunphy, que deja un zumo de naranja recién exprimido delante de mí.

—No lo sé —contesta pasando con elegancia la página del periódico—, pensé que podría tomármelas.

Maldita sea, lo sabía. Se ha despertado conmigo acurrucada a su lado como una ardillita. Solo te queda una opción, Daisy: una combinación brutal entre hacerte la tonta y hacerte la digna. Piensa en Timothée Chalamet cada vez que Kylie Jenner le pregunta por qué no le pide matrimonio. Y... ¡acción!

—No entiendo a qué te refieres —respondo sin ni siquiera mirarlo, echándome azúcar en el café.

—Suponía que dirías eso.

—¿Por? —pregunto siguiendo mi plan, girándome hacia él.

—Porque se ajusta mucho a la situación actual —responde, girándose también hacia mí con esa irritante sonrisa, haciendo que de pronto estemos mucho más cerca.

—No sé qué es lo que crees que ha pasado, pero uno no es consciente de cómo se mueve cuando está durmiendo...

—Y es adorable que hables en sueños —me interrumpe.

¿Qué?

—¿Qué? —murmuro con la voz aguda.

Christian se muerde la punta de la lengua con una sonrisa espectacular y se gira de nuevo hacia su desayuno prestándole otra vez toda su atención a su café y dejándome en un peligroso estado de «Oh, oh, claramente hemos subestimado el problema». ¿Qué demonios he dicho?

Estoy a punto de preguntarlo cuando oímos ruidos provenientes de la puerta principal y, apenas un par de segundos después, Noel

irrumpe en la cocina. Hoy es festivo federal, así que la Empresa ha dado el día libre a sus trabajadores.

—Buenos días —saluda cantarín.

Camina directo hacia mí y enarca las cejas a la vez que su sonrisa se ensancha.

—Vuelves a ser mi cuñada —afirma contentísimo.

Tomándome por sorpresa, se abalanza sobre mí y me da un abrazo de oso en toda regla, a punto de tirarme del taburete.

De reojo veo cómo Christian lo fulmina con la mirada y Noel se aparta alzando las manos en señal de rendición.

—Lo siento, es que estoy muy feliz.

Yo sonrío. Su energía es contagiosa.

—Gracias, pero este matrimonio es solo... ya sabes, un acuerdo —digo a falta de una palabra mejor.

Christian levanta la mirada del periódico y noto sus ojos sobre mí. Yo me giro hacia él y por un momento nos quedamos así, enganchados. Tengo la sensación de que quiere decir algo, pero también que no va a hacerlo. Trato de estudiarlo con la mirada.

—Como en *Los Bridgerton*, lo pillo —responde Noel señalándome, sacándome de nuestra burbuja.

Mi cerebro tarda un segundo de más en registrar la información, pero, cuando lo hace, me vuelvo hacia el primo de Christian con una sonrisa curiosa.

—¿Desde cuándo ves tú *Los Bridgerton*? —le pregunto.

—¿Y por qué no iba a verlos? —contesta casi ofendido—. No me limites.

Yo me aguanto la risa y asiento dándole la razón.

—¿Tu Bridgerton favorito?

—La duda ofende, Penélope. Si esa mujer viviese ahora, la prensa escrita no estaría a punto de desaparecer.

—Ni que lo digas —sentencio con una sonrisa, y, de reojo, puedo ver cómo las comisuras de los labios de Christian se elevan en otra.

Es imposible ser inmune a Noel.

—Bueno, ahora lo importante: toca comida familiar. El tío Brayson me ha enviado para que os lleve a Catskills.

Mi sonrisa se desvanece despacio, aunque no es algo planeado, simplemente pasa. Catskills, una comida familiar... Francamente, no quiero hacerlo. No quiero estar en la misma habitación que Gillian, ni verla intentando llamar la atención de Christian constantemente, ni... La última parte me niego a pensarla, pero sé que está ahí y no va a desaparecer por mucho que sea lo que quiero: no quiero ver cómo Christian reacciona, no quiero verlo siendo amable con ella, consolándola. No quiero estar allí para averiguar si le dice si nos hemos casado o me guarda como su pequeño sucio secreto. De pronto tampoco me apetece estar aquí.

—Divertíos —digo saltando del taburete, sin mirar a ninguno de los dos mientras pongo rumbo al dormitorio—. Aprovecharé para adelantar trabajo de la semana que viene.

—Ey, Dais —me llama Noel. Yo maldigo interiormente. No puedo ignorarlo de una manera tan clara, así que no me queda otra que detenerme y girarme de nuevo—, tienes que venir. ¿Crees que esta comida es por mí o por este? —añade señalando a Christian—. El tío Brayson está deseando verte a ti. Ha mandado que preparen tus platos favoritos y el congelador está lleno de helado —especifica con una sonrisa.

Yo se la devuelvo, pero no es un gesto de verdad para nada.

Christian se levanta e, ignorando a su primo, camina hasta mí.

—Daisy —me llama—, si no quieres una comida familiar, no pasa nada, hablaré con mi padre, lo entenderá...

—No se trata de eso —lo interrumpo.

Quiero muchísimo a Brayson y a Noel.

—¿Es por Catskills? Porque podemos organizarla aquí.

—No me importa ir a Catskills.

De hecho, he estado haciéndolo regularmente para ver a Caleb. Siempre cuando sé que Gillian se ha marchado y, por supuesto, haciéndolo yo antes de que vuelva.

Christian entrecierra los ojos suavemente sobre mí y me observa tratando de estudiarme mientras yo me siento cada vez peor. Él está intentando ponerme las cosas fáciles y yo lo que quiero es gritar «A quien no quiero ver es a la arpía de Gillian». Estaría dispuesta a contratar una de esas avionetas con pancarta.

—¿Es por Caleb? —plantea con cautela.

—¿Qué? No —contesto prácticamente gritando—. Caleb no es un problema para mí. Nunca lo sería —le dejo cristalinamente claro.

Y de pronto me doy cuenta de que, incluso sin estar aquí, estoy dejando que Gillian me manipule otra vez, haciéndome quedar como una cría que solo busca que la mimen mientras ella es la viuda doliente, madura y desinteresada. Ella me odia a muerte, a las pruebas me remito, pero, si le preguntaran si quiere comer conmigo, contestaría con voz de pena «Claro que sí. Ella era muy importante para Caleb y, a pesar de que él ya no pueda hacer este tipo de cosas —por supuesto, aquí dejaría caer una lagrimita—, sé que le gustaría que Daisy y yo estuviéramos unidas. Puede que no lo entendáis, pero yo ya la he perdonado. Lo hice hace mucho».

Conclusión, no voy a dejar que vuelva a apartarme de la gente que me importa como hizo hace cuatro años. Quiero estar con Brayson, con Noel, con Caleb, y quiero hacerlo en Catskills.

—Olvídalo —le digo a Christian con la seguridad renovada—. Solo estaba un poco nerviosa, me ha pillado desprevenida —añado con una sonrisa para imprimirle un poco de humor al asunto y que la

tensión desaparezca—, pero me encantará comer con tu padre en su casa. Dame media hora y estaré lista.

Christian me mantiene la mirada, como si intuyera que hay algo que no le estoy contando (maldita conexión), pero finalmente asiente suspicaz.

—Tómate el tiempo que necesites —pronuncia al fin.

Yo le devuelvo el gesto afirmativo y me dirijo a la habitación.

54

Christian

Hay algo que no está bien, joder. No sé qué es, pero está ahí.

—Dile a papá que se olvide de la comida —le ordeno a Noel—. Tendremos esa reunión familiar más adelante o no —sentencio sin ningún tipo de remordimiento. Si Daisy no está preparada para volver a esa casa de esa manera, no voy a presionarla.

—El tío Brayson quiere muchísimo a Daisy. Ahora ella vuelve a formar parte de la familia y él quiere tenerla cerca. Además, ya la has oído, quiere ir.

—Llámalo y cancélalo —exijo echando a andar hacia el dormitorio.

Al entrar en la habitación principal, el ruido del agua corriendo en la ducha me recibe. Veo mi sudadera, la que ella llevaba para dormir, sobre la cama y sonrío y así, sin ni siquiera verlo venir, lo que he sentido antes se asienta inamovible: no voy a dejar que nadie la haga sentir incómoda y eso incluye a mi padre.

Me siento en el borde de la cama, con las manos entrelazadas entre las rodillas y el cuerpo ligeramente echado hacia delante, y espero a que salga. No tarda más de unos minutos en hacerlo envuelta en una toalla.

Al verme, abre mucho los ojos y da un pequeño respingo. Está claro que no me esperaba y vuelvo a sonreír por haberla asustado, aunque haya sido sin proponérmelo. Pero de pronto, la sorpresa se transforma en algo parecido al miedo y vuelve corriendo al baño.

Yo frunzo el ceño. ¿Qué coño pasa?

—Daisy —la llamo levantándome.

En un primer momento no contesta y yo doy un paso hacia el baño preocupado, pero entonces sale.

—Eres lo peor —se queja en cuanto vuelve a tenerme delante—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Por qué has vuelto al baño? —inquiero incapaz de entenderlo.

No ha estado más de cinco segundos ahí dentro.

Ella me mira muy digna y se dirige hacia el vestidor.

—Una mujer tiene secretos, Christian Hale —contesta fingiéndose melodramática, como si de repente estuviésemos en una obra de Tennessee Williams.

Sé que me está ocultando algo, pero decido dejarlo pasar para centrarme en lo importante.

—No vamos a ir —le digo entrando en el vestidor.

—¿Por qué? —pregunta frunciendo el ceño, pasando sus vestidos para decidir cuál ponerse—. ¿Se ha cancelado?

Yo me quedo mirándola, observando su ropa entremezclada con la mía. No me había dado cuenta de cuánto me gusta que sus cosas vuelvan a estar aquí, en todas partes, que Hudson Yards vuelva a ser su casa.

Daisy me mira arqueando las cejas, esperando una respuesta. Yo vuelvo al aquí y al ahora. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevaba perdido en mis pensamientos.

—No se ha cancelado.

Ella arruga la frente aún más confusa.

—No lo entiendo... —deja en el aire.

—Daisy, es obvio que no quieres ir.

—Sí, quiero —replica rápido descolgando uno de sus vestidos. En el mismo instante en que lo veo, pienso en cómo le quedará y lo

imagino tirado en el suelo de la habitación después de habérselo quitado con la...

Concéntrate, gilipollas.

—Entonces, ¿por qué tu primera respuesta ha sido no?

Ella pone los ojos en blanco mientras va hacia uno de los muebles, abre uno de los cajones y saca unas bragas y un sujetador de algodón. Yo siento cómo mi mirada se oscurece sobre las prendas. Por Dios, quiero hacerle de todo.

Daisy se da cuenta de que algo en mis ojos ha cambiado. Por inercia lleva su atención hasta la ropa interior y es como si algo dentro de ella se encendiese al comprender lo que mi cuerpo está pensando, deseando. Se muerde el labio inferior un segundo y el gesto viaja por el aire como un maldito mensaje codificado, como si tuviéramos nuestro propio satélite, haciendo que las manos me ardan por las ganas de tocarla.

Pero entonces Daisy cabecea suavemente, devolviéndonos a los dos a la realidad, y se mueve hacia otra parte del vestidor para coger sus zapatos.

—Ya te lo he dicho —me recuerda—, estaba nerviosa. ¿Cuál es el problema? ¿No puedo cambiar de opinión?

Dejo escapar un leve suspiro sin levantar los ojos de ella. Sabe perfectamente que la cosa no va por ahí.

—Yo no he dicho eso.

—Pues, entonces, no hay nada más que hablar.

—Me alegra que estemos de acuerdo en eso. No vamos a ir.

Daisy deja todo lo que llevaba entre las manos en uno de los estantes y camina enfadada hasta colocarse frente a mí.

—¿De qué vas?

Resoplo. ¡Es exasperante!

—Me estoy preocupando por ti —trato de que entienda de una condenada vez—. Solo vas para contentar a mi padre o a Noel o a mí.

—Meec —hace el mismo sonido de fallo que en los concursos de la tele cuando oye mi nombre—, respuesta equivocada.

Yo la reprendo con la mirada.

—Va en serio.

—Genial, porque yo también —contesta rápida—. Voy a ir y, sí, es por tu padre, pero porque tengo muchas ganas de verlo y pasar el rato con él, también con Noel y con Caleb. Así que, venga, lárgate, necesito vestirme.

Me empuja con las dos manos en el pecho, yo aprovecho para cogerla de la muñeca y tirar de ella hasta que nuestros cuerpos chocan.

—Solo quiero que estés bien —sentencio, y quiero que lo tenga claro, sin dudas. No es solo con esta comida, es con todo. No voy a dejar que crea que tiene que cambiar para encajar aquí. Ya cometí ese error una vez.

—Lo sé y, sin que sirva de precedente... —toma aire como si fuera a hacer algo complicadísimo—, gracias —pronuncia riéndose claramente de mí.

Yo me contengo para no poner los ojos en blanco, y sonreír, aunque esa parte ella no tiene por qué saberla, y la suelto antes de meterme las manos en los bolsillos y dirigirme hacia la salida.

—Oye —me llama y yo me giro—, mola que te preocupes por mí —dice con una sonrisita traviesa que, aunque no quiero porque seguro que está a punto de añadir alguna maldad, dibuja otra en mis labios—. Estás mejorando mucho como marido. Me alegra saber que te estoy entrenando bien y la próxima afortunada será muy feliz.

—Eres idiota —suelto, e intento parecer ofendido, pero el trasfondo divertido de mi voz me traiciona a la vez que doy los primeros pasos hacia atrás, antes de girarme y salir definitivamente.

—Me dices unas cosas tan bonitas que creo que voy a llorar —continúa con esa vocecita dulce e impertinente.

No sé cómo lo consigue. Es adorable y exasperante. Ahora mismo no sé si quiero comérmela a besos para que se calle o porque no puedo aguantar más sin tocarla.

* * *

Noel me recibe con una sonrisita de tocapelotas cuando bajamos los dos y entiende que esa comida sí va a celebrarse.

Tanto Hudson Yards como Catskills tienen su propio embarcadero, así que podemos elegir entre coger los coches y la 495 para cruzar el río por el túnel Lincoln o directamente utilizar las lanchas rápidas. Daisy elige la segunda opción.

—Buenos días, Daisy —le saluda mi padre abriendo los brazos, en la entrada principal de la mansión.

Ella no duda, acelera el paso dejándonos atrás a Noel y a mí, que la flanqueábamos, y se abrazan.

—Buenos días, señor Hale.

Yo sonrío. Nunca lo admití, pero siempre me gustó que Daisy se hiciese un hueco en el corazón de mi padre, de mis hermanos.

—Y también debería decir felicidades, supongo —comenta enarcando las cejas cuando se separan.

Ella sonríe, sonrojándose un poco, y otra vez quiero cargarla sobre mi hombro y llevarla a nuestra habitación, aquí, en Catskills.

—¿Y tú qué? —me pincha a mí—. ¿Te pareció que no estaba de moda invitar a tu viejo a tu boda?

—Fue algo muy... íntimo —contesto a falta de una explicación mejor.

—¿Habrá una celebración para la junta, algo íntimo también?

Como nuestra primera boda. Hace cuatro años me casé obligado por las circunstancias, esa es la verdad. Quise mantener un perfil bajo respecto a nuestro enlace y nuestro matrimonio porque estaba demasiado cabreado, y metí la puta pata hasta el fondo porque la idea que quedó fue que no quería que nadie supiese que me había casado con Daisy. Tendría que haberlo arreglado entonces y no lo hice, pero ahora sí tengo la oportunidad.

—No hará falta. Ayer di la orden al Departamento de Imagen y Relaciones Públicas para que hiciera un comunicado sobre nuestro matrimonio y anunciando que Daisy es la nueva señora Hale para todos los accionistas, las otras grandes empresas y, por supuesto, nuestros empleados y la prensa. —Al oír la última parte, ella levanta la cabeza y busca mi mirada sorprendida.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. Sé que quiere controlarla, pero no es capaz y eso hace que una media se cuele en los míos.

—Si nos apetece, tendremos la celebración que queramos —continúo diciendo, pero estas palabras son solo para Daisy.

Su sonrisa se ensancha, resopla divertida y aparta la vista a un lado para que no pueda seguir viéndola.

—La celebración no puede ser pequeña y aburrida —gimotea Noel —. Hagamos algo enorme. Compremos el estadio de los Yankees y hagamos la fiesta de la espuma más grande de la historia —se explica levantando las manos mientras camina hacia el interior de la casa.

Daisy lo señala, colocándose a su lado.

—¿Sabes que no eres la primera persona que me propone eso? —le explica mientras entran los dos.

—Porque es una idea genial.

Mi padre me mira orgulloso, coloca su mano sobre mi hombro y me lo aprieta con cariño.

—Bien hecho, hijo.

No sé si se refiere a que haya hecho público nuestro matrimonio, a que haya vuelto a casarme, o a que haya traído a Daisy de regreso a casa. Puede que sea por las tres.

—Voy a ver a Caleb —anuncia Daisy.

Yo asiento y ella se pierde en el interior de la casa.

Charlo un poco con mi padre y Noel y voy en busca de Daisy.

—Buenos días, señor Hale —me saluda Coreen a unos pasos de la habitación, con un pequeño barreño lleno de agua y espuma y una cuchilla.

—Buenos días. ¿Acaba de afeitar a Caleb? Podría haberlo hecho yo...

—En realidad, ha sido Daisy —me interrumpe.

¿Qué?

—Desde hace algún tiempo ella se encarga de esas cosas: afeitarlo, cortarle el pelo... Siempre le habla como si solo estuviese dormido, ¿me entiende? —añade con una suave sonrisa—. Y creo que eso le hace mucho bien a su hermano. Hay estudios que demuestran que, de hecho, esa clase de cosas intervienen directamente en la recuperación de pacientes en coma.

No puede ser.

—Pero ¿cuándo viene?

Coreen me mira confusa, como si no entendiese por qué no lo sé.

—Todos los días. Bueno, excepto ayer y anteayer; al parecer tuvo algún problema con el teletrabajo. Llamó para avisar.

El corazón comienza a latirme con fuerza en el centro del pecho.

—¿Todos los días desde cuándo? —inquiero acelerado tratando de entenderlo.

55

Christian

—Desde el día en que lo avisé de que ella estaba aquí y, bueno, discutió con la señora Hale. Casi siempre viene a la hora de la comida, cuando sabe que la prometida de Caleb no va a estar. Me ayuda con su aseo y después come con él mientras le cuenta cosas o le canta, canciones de los ochenta —especifica con una sonrisa—. Oh, también le lee. El libro favorito de su hermano, *The Indian in the Cupboard*.

«The Indian in the Cupboard», pronuncio mentalmente a la vez que ella. Niego suavemente con la cabeza. No puede ser. Recuerdo perfectamente ese día. Daisy y Gillian discutieron. Gillian dijo que Daisy ni siquiera se había molestado en hablar con Caleb, que era ella quien le leía.

—¿Por qué no me informó de que Daisy había seguido viniendo?

Coreen suspira levemente.

—Ella me pidió que no lo hiciera —contesta con cautela—. Se lo consulté a su padre y él me dijo que se lo explicaría a usted, ¿no lo ha hecho? ¿He cometido un error?

—No —respondo con la mirada clavada en la puerta entreabierta —. Daisy puede venir siempre que quiera.

Coreen sonríe aliviada.

—Tengo que ir a tirar esto —me indica moviendo su mirada hasta el barreño.

Yo asiento, pero en el fondo ya no le estoy prestando ninguna atención. Daisy ha estado viniendo cada día, cuidando de Caleb, ¿por qué no me lo ha contado?

Empujo despacio la madera y entro en la habitación. Daisy está de pie junto a él peinándolo mientras le explica algo, creo que el argumento de una película.

—Y al final todos se reúnen. Me pasé todo el tiempo sufriendo, pensando que iba a morir por salvar a la humanidad, pero fue más listo. Ethan Hunt siempre es más listo —añade con una sonrisa orgullosa por el agente secreto.

—Daisy —la llamo cuando llego hasta la cama.

Ella hace un ruidito, el típico para indicar que me está escuchando. Sin levantar la vista de mi hermano.

Yo quiero decirle muchas cosas, pero ni siquiera sé por dónde empezar. La cabeza me va a mil por hora, con demasiados pensamientos, en demasiadas direcciones.

—¿Por qué no me contaste que venías a ver a Caleb todos los días? —le pregunto intentando entender cómo me siento.

Ella guarda un segundo de silencio.

—Porque no quería que me lo prohibieras —contesta sin dudar.

—Nunca te habría prohibido ver a Caleb.

Daisy levanta la cabeza y nuestras miradas por fin se encuentran. Tuerce los labios suavemente y puedo ver cómo la expresión de sus ojos cambia. No se llena de odio ni de condescendencia, es mucho peor, porque lo que inunda esos preciosos iris azules es tristeza y decepción.

—Bueno, ya lo hiciste una vez, ¿no?

Yo quiero contestar que no es cierto, lo quiero con todas mis fuerzas, pero solo estaría mintiendo, porque nos recuerdo a la perfección en la entrada de esta misma casa, bajo la lluvia cuando le

dije exactamente eso. «No quiero volver a verte nunca y no te quiero cerca de nadie de mi familia». Odié tener que hacerlo, llevo odiándolo cuatro años, pero es que ahora no puedo deshacerme de la pegajosa sensación de que cometí el mayor error de mi vida.

—No te preocupes, siempre vengo cuando sé que Gillian estará en la oficina. No quiero causar problemas.

—Daisy... —la interrumpo otra vez con la acuciante necesidad de decir algo, pero no sé el qué. No sé qué coño decir que sirva de algo teniendo en cuenta cómo me he comportado con ella. Quiero seguir hablando, explicarle que no causa ningún problema, que puede venir a ver a Caleb las veces que quiera, cuando quiera, sin preocuparse de nada más, y, a quien no le guste, que le jodan, pero sé que ella no quiere escucharme y, francamente, tampoco va a creerme.

—¿Por qué le lees *The Indian in the Cupboard*?

En realidad, ese no es su libro favorito.

—Ya sé que su libro preferido es *La conjura de los necios* —responde contestando también a lo que he pensado pero no he pronunciado en voz alta—, pero *The Indian in the Cupboard* le encanta porque le recuerda a ti, a cuando los dos erais pequeños. Pensé que si algo puede hacerlo despertar es cuánto te quiere a ti, por eso lo escogí.

Yo me quedo mirándola sintiendo cómo el puto oxígeno se está evaporando porque el corazón me late tan deprisa que es imposible ir a su ritmo y, maldita sea, late así por ella. Daisy es exactamente como parece que es, como adoro que sea, y yo solo he sido un estúpido que lleva cuatro años perdido sin ni siquiera darse cuenta de que lo que echaba de menos era su hogar. Ella lo es.

Sin dudarlo, rodeo la cama y me coloco a su lado. Ella levanta la cabeza sorprendida con una sonrisa.

—¿Qué? —me pregunta divertida.

Tengo tantas cosas que decir que las palabras se agolpan en mi garganta.

—Gracias —pronuncio al fin.

—¿Por qué?

—Por cuidar de mi hermano.

Ella me mantiene la mirada.

—No lo hago por ti —contesta, y otra vez no lo está haciendo para causarme daño, solo está siendo sincera.

—Lo sé, y gracias por eso también.

Yo la eché de mi vida pensando que era lo justo, aunque esa jodida línea cada vez parezca más y más borrosa. Daisy me odió a mí, pero jamás lo ha pagado con Noel, con mi padre o con Caleb.

Doy un paso más, ahora mismo necesito tenerla más cerca. Muevo las manos y agarro sus caderas apretando con fuerza, los dos con las cabezas bajas, con nuestros ojos perdidos en ese pedazo de su cuerpo cubierto por mis manos.

Un jadeo se escapa de sus labios y todo mi maldito cuerpo arde. Me repito un puto millón de veces que no puedo hacer nada con ella ni aquí ni ahora, pero no sirve en absoluto.

Me inclino para besarla, sus ojos se clavan en mis labios, su respiración se acelera.

—No, Christian —me pide, me suplica, pero no se aparta ni un solo milímetro, como si ella también tuviese claro que no podemos hacerlo, pero tuviese la misma poca fuerza de voluntad que yo si la recompensa es los labios del otro.

—Lo sé —sentencio tragando saliva, dejando caer mi frente contra la suya.

Finalmente, no sé cómo lo conseguimos, pero Daisy me empuja y yo me dejo apartar. Ella aprovecha la huida y camina alejándose de mí. Se cruza de brazos tratando de recuperar su respiración mientras

yo tengo que obligarme a apartar la mirada y las manos de ella. Me cuesta un condenado mundo.

Justo en ese momento la puerta se abre y Noel entra.

—Dais, el tío Brayson te está esperando en su despacho. Creo que quiere torturarte con una partida de ajedrez —comenta con una sonrisita.

Ella suspira aliviada de poder escapar de aquí y acepta con una sonrisa.

Vuelve hasta la cama y le da un beso a Caleb en la mejilla.

—Te echo de menos, hermanito —susurra con la voz dulce, y yo no puedo dejar de mirarla.

Se aparta y, sin volver a reparar en mí, sigue a Noel.

Yo debería estar aliviado también, joder, pero no es así. No quería que Noel nos interrumpiese, quería llevármela a Hudson Yards, encerrarnos en nuestra habitación y pasarnos allí las próximas tres semanas. Resoplo. Parece que tenga quince putos años.

Cuando por fin consigo recuperar el control, me despido de Caleb y salgo de la habitación.

Al entrar en el despacho de mi padre no necesito más de un segundo para localizar a Daisy, sentada en uno de los sofás. En el sillón casi frente a ella está mi padre y, entre los dos, la mesita de centro con el ajedrez que mis padres trajeron de su luna de miel en Italia. Lo compraron en un pequeño pueblecito de Bari; está hecho a mano y es realmente bonito. Todavía recuerdo la cara de Daisy la primera vez que lo vio.

—¿Tu abuelo te enseñó a jugar? —le pregunta Noel.

—No la distraigas —lo riñe mi padre.

—En realidad me enseñó mi madre —contesta Daisy de todas formas, muy concentrada, sin levantar la vista del tablero—, pero a

ella le enseñó mi abuelo, así que todo queda en casa. Él aprendió en el Ejército.

Me encanta cómo habla de su abuelo. De pronto caigo en la cuenta de algo: debería ir a verlo y hablar con él. Mi boda con su nieta estará en todas partes y, después de lo que pasó, lo justo es que dé la cara y todas las explicaciones que él me pida. Freddo es un buen hombre y es la única familia de verdad de Daisy. Tengo que hacer las cosas bien y mostrarle mi respeto.

La partida avanza. Yo me cruzo de brazos y me apoyo hasta casi sentarme en la mesa redonda a unos metros de ellos, a la que Noel está sentado observándolos también. Está preciosa, centrada en las piezas, en la partida.

Mi hermano y yo cruzamos la mirada. Él sonríe satisfecho y yo pongo los ojos en blanco. He sabido leer a la perfección su «¿Ves, idiota? Te encanta tener a Daisy cerca».

Volvemos a concentrarnos en la partida, ella está justamente eso, muy concentrada, tanto que no se da cuenta de que se mete un mechón de pelo detrás de la oreja.

Noel y yo volvemos a mirarnos, pero esta vez ninguno de los dos sonríe. Yo me pongo de pie despacio y doy un paso hacia Daisy. Ahora entiendo por qué ya nunca se recoge el pelo, por qué ha vuelto al baño esta mañana cuando la he asustado al salir de la ducha.

—Daisy —la llamo, y mi voz suena diferente, como si una parte de mí ya supiese la historia detrás de esa pregunta—, ¿llevas un audífono?

56

Christian

Al oírme se queda muy quieta, pero de inmediato comprende cómo me he dado cuenta y vuelve a cubrirse la oreja con el pelo. Tengo la sensación de que lo único que quiere hacer ahora es echar a correr.

Nuestras miradas se encuentran. Está triste. Está demasiado triste y me duele el puto corazón solo con verla así. ¿Qué fue lo que pasó?

—Sí —susurra—, tengo una pérdida de audición de casi el noventa y seis por ciento en ambos oídos.

Yo trago saliva sin poder levantar mis ojos de ella. Ya ahora mi cuerpo interpreta a la perfección el suyo, o quizá sea ese vínculo que nos une, no lo sé, pero sí que es algo que le duele demasiado, como si le hubiesen robado un pedazo de sí misma.

—¿Qué pasó? —pregunta mi padre.

Ella tarda un segundo de más en apartar los ojos de los míos y, cuando lo hace, cuando vuelve a la realidad, se encoge de hombros tratando de quitarle toda la importancia del mundo.

—Fue un accidente, hará unos tres años y medio —concreta—. Trabajaba de limpiadora en una planta de químicos al sur de la ciudad. Una noche, una grieta en uno de los tanques provocó una explosión y yo estaba muy cerca. Afortunadamente, el edificio no colapsó y no me quemé ni nada parecido, pero la explosión me causó daños graves en el tímpano, el oído interno y los nervios auditivos.

Siento que me falta el puto aire mientras mi cuerpo se va llenando de rabia, del peor desahucio que he sentido jamás. Podría haber muerto, joder.

—¿Y los médicos no pudieron hacer nada? —plantea Noel con cautela.

Daisy sonríe triste, demasiado triste.

—En realidad, sí. El médico que me trató mientras estuve en el hospital me dijo que había una cirugía que podía ayudarme. Tenía más de un ochenta por ciento de éxito y podría volver a oír, pero no tenía cómo pagarla. Me correspondía una indemnización por el accidente, pero estaba trabajando sin contrato, ni siquiera tenía forma de demostrar que estaba allí por eso. Me dieron un cheque de dos mil dólares y se desentendieron de mí. Eso no cubría ni una décima parte de la intervención.

—¿Y por qué no me llamaste? —salto sin poder controlarme. Estoy enfadado y triste y asustado, joder, estoy muerto de miedo porque ella sufriera así—. Yo te habría ayudado. No habría dejado que tú... yo... Dios, Daisy, ¿por qué no me llamaste?

Sí, fui un cabrón y la alejé, pero nunca le hubiera dado de lado en una situación así y sé que ella también me odiaba, que me lo merecía, pero no tendría que haber sido tan orgullosa.

—Llamé.

¿Qué?

—Estaba tan asustada y me sentía tan sola que me tragué mi orgullo y llamé, os llamé a los tres.

No puede ser verdad.

—Los móviles nunca me daban señal, como si los hubieseis desactivado o hubieseis cambiado de número. —La culpa empieza a inundarlo todo. Fui yo quien se aseguró de que, si llamaba, ni mi padre ni Noel pudieran contestar—. También probé en la Empresa,

pero nunca conseguía pasar de recepción, así que telefoneé aquí. La primera vez, una chica del servicio me pidió amablemente que no volviera a llamar, pero yo no podía dejarlo pasar, no sabía qué otra cosa hacer. Al intentarlo de nuevo, me dejaron claro que, si volvía a insistir, lo pondrían en conocimiento de la policía.

No. No. No. ¡No puede ser, joder!

—Estaba desesperada. No tenía nada. No conocía a nadie más que pudiera ayudarme, y me presenté en la Empresa. Sabía que no me dejarían pasar, así que me quedé en la acera de enfrente esperando a veros a alguno de los tres. Aquella mañana llovía muchísimo. Yo estaba calada hasta los huesos, llevaba horas allí, pero por fin te vi salir —dice llevando sus preciosos ojos azules hasta mí—. Grité tu nombre, pero tú no me oíste por culpa del tráfico y la lluvia y te metiste en el Maybach antes de que pudiera llegar hasta ti. Yo no me rendí y salí corriendo detrás del coche. Aguanté todo lo que pude hasta que me resbalé y me caí. ¿No es lo más patético que habéis oído nunca? —añade con una sonrisa que no le llega a los ojos solo para disimular que una lágrima, que se seca rápida con la mano, acaba de resbalar por su mejilla.

El desahucio se vuelve frío, cortante, y algo se hunde en el fondo de mi pecho.

—Lo siento muchísimo, Daisy —se disculpa mi padre.

Ella asiente veloz.

—No os preocupéis, estoy bien —responde esforzándose en que su voz suene alegre—. Me he acostumbrado y he aprendido a vivir con ello. Al menos tengo una solución para poder oír. Al principio llevaba unos audífonos del banco de donaciones del hospital, pero no eran precisamente modernos y fallaban mucho. El señor Blaine me compró estos cuando comencé a trabajar para él y me dejó que

le fuera devolviendo el dinero poco a poco. No me conocía de nada e hizo algo así. Es un hombre increíble.

Por eso no soportaba la idea de que él o su negocio estuviesen en peligro. El señor Blaine cuidó de ella. Se convirtió en su familia cuando no había nadie más. Sé que su abuelo nunca la abandonaría, pero en aquella época estaba muy enfermo y estoy seguro de que ella ni siquiera se lo dijo para no preocuparlo.

—De verdad que todo eso quedó atrás —dice.

Pero es mentira, lo sé. ¿Cómo puedes dejar atrás el saber que tuviste una oportunidad de volver a estar sana y que se te escapó entre los dedos? Daisy es la persona más dulce del mundo, pero eso da igual, es imposible que eso no te marque, que no te cambie.

Que no te haga odiar a quien te puso en esa posición.

A mí.

Puede que yo no provocara esa explosión, pero sí la puse en esa situación, joder.

Siento mis ojos vidriosos sin poder dejar de mirarla mientras mi corazón cae hecho pedazos a sus pies.

—Daisy —la llamo dando un paso hacia ella.

Necesito decirle que lo siento, prometerle que voy a intentar arreglarlo. Hablaré con los mejores especialistas, los mejores hospitales, lo que sea. Si una vez hubo una solución, puede haberla ahora. Han pasado más de tres años y la ciencia siempre avanza.

Pero ella no me deja atrapar su mirada y se levanta.

—Si no os importa, voy a salir a tomar un poco el aire.

La veo alejarse y me muevo dispuesto a cogerla del brazo y pedirle que hablemos, pero Noel, leyendo mis intenciones perfectamente, me agarra a mí.

Lo fulmino con la mirada en el «¿Qué coño haces?» más claro de la historia.

—Ahora necesita estar sola —pronuncia haciendo hincapié en cada palabra para que atraviesen el maldito huracán de rabia que lo está arrasando todo dentro de mí—. Dale cinco minutos, Christian. Se lo debes.

Esas tres últimas palabras son como un tiro, pero tiene razón en pronunciarlas y yo me lo merezco. Tendría que haberla buscado después de lo que pasó, preocuparme por cómo estaba. Quise hacerlo, pero me convencí a mí mismo de que si no sabía nada de Daisy era porque estaba haciendo su vida. Fui un imbécil de mierda.

Yo aparto la mirada, perdiéndola en cualquier lugar a mi derecha, en ninguno en realidad, y asiento.

Me suelto de Noel y salgo del despacho. Al principio no sé a dónde ir, pero solo necesito un puto segundo para tenerlo más claro que nunca.

Cuando irrumpo en la cocina, el personal de servicio se queda mirándome con una mezcla de sorpresa y resquemor. Hacen bien. Busco con la mirada hasta dar con la señora Jett, la cocinera y jefa de servicio de la mansión.

—Hace unos tres años y medio —empiezo diciendo, y soy consciente de que sueno acelerado, que ha pasado demasiado tiempo para que pueda recordarlo, pero sé que lo hará. Daisy no se metió solo a mi familia en el bolsillo, también a ellos; la adoran, así que no hay forma de que no recuerde esa puta llamada—, Daisy trató de ponerse en contacto con nosotros, pero quien contestó al teléfono le dijo que no le estaba permitido llamar y que, si volvía a hacerlo, se avisaría a la policía.

Solo con pensarlo la rabia me vuelve loco. Ella necesitaba ayuda, se sentía sola, estaba muerta de miedo, tendría que haber estado ahí para ella, joder. ¡Tendría que llevar cuatro putos años cuidando de ella!

—¿Por qué coño le dijeron algo así?

Ese gilipollas me las va a pagar.

La señora Jett me observa con la misma serenidad.

—No sé quién respondió esas llamadas en concreto, señor, pero solo dijo lo que usted nos ordenó.

—¿Qué?

El maldito mundo se hace añicos a mi alrededor.

—Sus directrices fueron claras: si la señorita Messina llamaba, debíamos decirle que no era bien recibida y, si insistía, ponerlo en conocimiento de las autoridades.

Niego con la cabeza. No. Eso es imposible... Yo... No pude... Pero entonces lo recuerdo todo como si mi mente fuese mi peor enemiga. Odiaba haber tenido que echarla de mi lado, la odiaba a ella por haberme puesto en esa posición y la rabia se hizo abismal. Estaba demasiado dolido y dejé que mi enfado hablara por mí. Quería borrarla de mi vida pensando que así dejaría de doler, que dejaría de echarla de menos, así que me aseguré de no poder volver a encontrármela. También le prohibí el acceso a la Empresa.

Salgo de la cocina, otra vez sin tener ni idea de a dónde ir. Es como si quisiera escapar pero tuviese claro que, por mucho que corriera, no tendría lugar donde esconderme. Me paso las manos por el pelo desesperado.

Fue culpa mía. Es culpa mía que Daisy ya no pueda oír.

En mitad de todo, mi teléfono suena. No pienso cogerlo. Pero, cuando veo el nombre de Meyer iluminarse en la pantalla por tercera vez, empiezo a pensar que puede ser un problema con la seguridad y descuelgo.

—¿Qué? —gruño.

—Se trata de la señora Hale —responde, y mi cuerpo vuelve a ponerse en guardia—. Viene directa a la salida principal de Catskills.

Parece disgustada.

57

Daisy

Salgo de la casa y me obligo a ralentizar el paso. Sin darme cuenta he estado a punto de echar a correr. No quería que lo supiera y, desde luego, de entre todas las maneras posibles, jamás habría elegido esta.

Cabeceo, odiando recordar aquellos días. Nunca me había sentido tan sola. Ni siquiera cuando era cría. Necesitaba pagar las deudas del tratamiento de mi abuelo y aceptaba cualquier empleo que me ofreciesen si podía reunir un poco de dinero. Estaba desesperada.

Odiaba el trabajo en la planta química, el olor era irrespirable y estar sola en aquellas instalaciones, de noche, me daba un pánico terrible, pero aguanté día tras día, pensando que, con un poco de suerte, el siguiente sería mejor, hasta que llegó la explosión y perdí para siempre una parte de mí.

Resoplo tratando de contener las lágrimas, no van a ayudarme en nada, pero, maldita sea, me está costando horrores mantenerlas a raya. La manera en la que me han mirado Noel, el señor Hale, pero, sobre todo, Christian... Él ha parecido odiar cada palabra con todas sus fuerzas y al mismo tiempo estar triste, asustado como yo.

Odio estar asustada.

Contemplo la parte del jardín donde he llegado por inercia. Es donde el señor Hale y yo plantamos las flores. Yo solo buscaba una manera de animarlo. Descubrí que a su mujer le encantaba la

jardinería —de hecho, este enorme jardín era para ella— y pensé que, si encontraba la manera de unirlo a él, se sentiría más cerca de ella.

No sé cómo lo conseguí, pero lo convencí de que no podíamos dejar que el lugar favorito de Joy, la madre de Christian, se convirtiera en un sitio como todos los demás. La primera vez que intentamos plantar algo fue un desastre, pero día a día fuimos mejorando y al final logramos llenarlo de flores. Cada día también, Brayson fue hablando un poco más, sonriendo un poco más, y soy consciente de que suena estúpido, pero, aunque sé que nunca dejará de echar de menos a Joy, creo que consiguió curar su corazón.

Llenamos esta parte de peonías rosas y dientes de león. Ya no están. Supongo que Christian tampoco quería que el jardín le recordara a mí.

—Buenos días, Daisy —me saludan desde atrás y yo ya sé que el día acaba de empeorar.

—Buenos días, Gillian —respondo girándome—. Si no te importa, me gustaría estar sola. Christian está dentro.

En el momento en el que pronuncio esas palabras, las odio. ¡No quiero que esté cerca de él! Me vuelvo dándole la espalda y me descubro cerrando los puños junto a los costados. Después de todo lo que ha pasado, me siento con las emociones a flor de piel. Lo último que necesito es lidiar con ella.

—Antes quería darte la enhorabuena.

A cualquiera que no la conozca podría parecerle que está siendo amable, pero yo la conozco demasiado bien y sé que solo se está afilando las garras.

—Gracias.

—No has parado hasta que has vuelto a conseguirlo.

—No sé de qué me estás hablando.

Obviamente sí lo sé, pero no voy a darle el gusto de entrar en su juego.

—¿No eres consciente de que esta vez va a acabar aún peor?

Me giro hacia ella.

—¿Te he dicho ya que no sé de qué estás hablando?

Cualquiera que no me conozca a mí podría pensar que realmente no sé a qué se refiere, pero ella me conoce y sabe que solo estoy siendo impertinente. ¿Me preocupa su opinión? Menos que nada.

—Disfruta mientras puedas porque Christian va a cansarse de ti antes de que puedas verlo venir.

Yo aprieto los labios. En cualquier otro momento de mi vida no me habría importado, pero hoy estoy demasiado triste. Rememorar esa parte de lo que pasó, la cara de Christian mientras lo oía... Quiero seguir odiándolo, ¡hoy más que nunca!, pero parecía que le estaba doliendo y eso ha encendido en mí la peligrosa esperanza de que él habría cuidado de mí, que se arrepiente de lo que pasó, que también le duele, pero no puedo permitirme que las cosas vayan por ese camino. He vuelto a casarme con él y he vuelto a acostarme con él, no puedo volver a enamorarme de él, ¡da demasiado miedo!

—¿Y esta vez vas a dejar que realmente se canse o también te vas a encargar tú de que nos alejemos mintiendo y haciéndote la víctima? —No lo digo enfadada y me guardo la tristeza para mí, así que solo queda la sinceridad de saber exactamente cómo pasaron las cosas.

Gillian abre la boca indignada, incapaz de creer que haya dicho eso, pero no entiendo por qué. Fue ella quien se tiró por las escaleras para culparme a mí de hacerlo y la que después convenció a todo el mundo de que había perdido a su bebé por ese motivo.

—Pequeña cazafortunas codiciosa —se burla—, es dura la vida ahí fuera sin los Hale, ¿no es cierto?

—¿Acaso tú sabes lo dura que es la vida sin los Hale? —replico—. ¿Has probado a hacer algo, alguna vez, que no sea gracias a la caridad de Christian?

Gillian me fulmina con la mirada y da un paso hacia mí.

—Lo que Christian siente por mí es algo muy diferente a la caridad —sentencia mirándome a los ojos—. Yo soy su prioridad. ¿Sabes lo que significa eso? ¿Alguna vez lo has sido para alguien? Puedo asegurarte que para él no lo fuiste, nunca. Solo tuvo que verme mal un mísero instante para decidir deshacerse de ti. ¿Crees que eso cambiaría ahora?

Quiero contestar que sí, que las cosas son diferentes, pero no lo sé y, lo que es peor, siento un miedo terrible a que no lo sean. Gillian tiene razón. Solo necesitó que la situación jugara a su favor para que Christian se deshiciera de mí.

—No lo hizo por ti —le rebato sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas que no pienso derramar delante de ella—. Lo hizo por Caleb.

Por la responsabilidad que sentía por su hermano.

Gillian me dedica una sonrisa llena de malicia antes de dar un paso más en mi dirección.

—Christian se ha pasado los últimos cuatro años tratándome entre algodones, dándome todos los caprichos, cualquier cosa que se me antojara, haciéndome feliz.

Le mantengo la mirada sintiendo cómo una mezcla brutal de rabia y tristeza me golpea desde dentro, a todos lados. Está mintiendo. No es verdad. No es verdad. No es verdad.

—Mientras, tú estabas sola, buscando la manera de pagar un lugar donde vivir, un triste trozo de pan que llevarte a la boca. —

Duele—. No pensó en ti una sola vez. —Duele demasiado—. No le importabas y no le importas ahora. Nunca vas a importarle más allá de tus acciones en la Empresa. La constante en su vida soy yo.

Porque, por mucho que duela, tiene razón.

—Pues disfrútalo —obligo a las palabras a pasar el nudo de mi garganta.

Sin quedarme a escuchar qué tiene que decir, giro sobre mis talones y me marcho. No tendría que haber venido. Los seres humanos tenemos instinto de supervivencia por algún motivo y yo debería aprender a escuchar el mío.

Tampoco debería haber aceptado casarme con él.

Tampoco debería haber dejado que me tocase.

Porque ahora todo es mucho más difícil. Odiarlo era mi puerto seguro y nunca debí salir de él.

—Quiero salir, por favor —le digo a Reacher cuando llego a la puerta principal, pero él no se aparta de mi camino.

—Lo siento, señora Hale, pero debe esperar al señor Hale. Ya viene hacia aquí.

—¡Maldita sea, grandullón, quítate de en medio! —No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que me noto las mejillas mojadas—. Él es tu jefe, pero yo soy un ser humano y no me merezco que nadie me obligue a quedarme aquí y sentirme miserable.

—¿Te sientes miserable?

Su voz llega a unos pasos de distancia a mi espalda. Hoy nada está saliendo como esperaba, pero es que tampoco estoy mintiendo.

Me vuelvo hacia Christian.

—¿De verdad tienes que preguntármelo?

Mi respuesta le duele, lo sé, y yo me siento culpable y una persona horrible por pronunciarla, como si hubiese explotado su

burbuja, pero es que, tarde o temprano, habría sido él quien la habría hecho pedazos y habría decidido que sobro en su vida.

—Daisy, ¿estás bien? —pregunta Gillian acercándose, y yo tengo ganas de gritar—. Acabo de felicitarla por vuestro matrimonio, pero ha empezado a llorar y se ha marchado.

No aguanto más.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? —respondo antes de que Christian, que se había girado hacia ella, pueda hacerlo—. O métete en los míos, no me importa, pero al menos sé sincera y no una bruja manipuladora.

—¡Daisy! —me reprende Christian.

—¿Qué? —replico casi en un chillido sin poder contenerme.

Trato de tranquilizarme. Estoy haciendo exactamente lo que ella quiere, pero es que estoy demasiado triste y enfadada y muerta de miedo.

Una nueva lágrima vuelve a caer por mi mejilla, pero me la seco a la vez que aparto la mirada. Ya sé lo que viene ahora. Ella desplegará su táctica estrella de madre Teresa de Calcuta mezclada con un «Oh, cuánto sufro», Christian caerá, se sentirá culpable y me culpará de ser una cría inconsciente. Hace cuatro años yo me habría marchado, pero habría regresado a las pocas horas pidiendo perdón a pesar de saber que no estaba equivocada para encajar con lo que creía que Christian quería. Ahora me marcharía, pero no regresaría y, Dios, eso es lo que más miedo me da de todo porque no quiero tener que volver a separarme de él, no así, no hoy. Necesito que no sea hoy, por favor.

Christian me observa con el cuerpo en guardia. Alza la mano dispuesto a secarme las lágrimas, pero, justo antes de tocar mi piel, la baja y mi corazón se hace un millón de pedazos porque sé que ya he perdido. A su espalda Gillian sonríe triunfal.

—Gillian, márchate —le ordena Christian con una seguridad plena, sin levantar su mirada de mí.

Al oírlo, levanto inmediatamente la cabeza para buscar sus ojos verdes.

La expresión de Gillian se cae por completo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta absolutamente atónita—. Christian, soy yo —añade casi indignada.

Christian se gira hacia ella, dejándome a su espalda, protegiéndome.

—Y ella es mi mujer. Si algo le hace daño, ese algo desaparece.

Mi corazón revive y se hace un poco más grande.

Gillian suelta un fugaz y sardónico resoplido.

—¿Te desharías de mí? —lo pone a prueba—. ¿Me sacarías de tu vida?

—Sí.

—¿Y qué hay de Caleb?

Los músculos de la espalda de Christian, sus hombros, se tensan con esas cinco palabras, como si la carga que soporta se hiciera más grande. No es justo y no pienso consentirlo.

Agarro su mano y entrelazo nuestros dedos. Christian gira la cabeza por encima de su hombro, observándome, y puedo notar el alivio que siente, nuestra conexión diciéndome que parte del peso se ha evaporado, y mi corazón se agita contento por haberlo podido proteger como él me protege a mí.

—Caleb querría que su hermano fuese feliz —digo saliendo de mi refugio y colocándome a su lado— y que no se sintiese constantemente culpable por lo que le pasó.

Gillian observa nuestras manos y esboza el inicio de una sonrisa condescendiente, taimada, antes de llevar su vista hasta mí.

—Tienes razón —contesta—. Eres tú quien tendría que sentirse así.

Yo le mantengo la mirada. Esta vez no voy a caer. Yo no llevé a Caleb a ese bar, y quizá no pueda decirlo en voz alta, pero las dos sabemos que esa es la verdad.

Pero Christian sí habla.

—Lo que pasó fue un accidente. No fue culpa de nadie.

Es curioso. La primera vez que lo oí llamar a lo que pasó «accidente» me sentí aliviada, pero ahora ya no me cura, me hace más daño porque da igual todo lo que estemos viviendo, me sigue viendo tan inconsciente como para hacer algo así. No confía en mí y sé que es complicado porque tuve que mentirle, pero, cuando conoces a una persona, la conoces incluso si todo parece estar en su contra. Confías en ella.

Gillian también lo ve y, como la gran mala de telenovela que es, aprovecha esa rendija para desplegar todo su melodrama.

—Ella lo llevó a un bar.

—Se equivocó.

Cierro los ojos solo un segundo y no sé si es por inercia o por instinto, pero aparto mi mano de la suya. Christian frunce el ceño apenas un segundo y mueve sus dedos siguiendo la estela de los míos, tratando de alcanzarlos.

Gillian se da cuenta.

—¿Y mi bebé?

Christian se detiene en seco. Esa frase, para él, es la traducción de que le falló a Caleb, de que no pudo cuidar de la familia de su hermano cuando Caleb no era capaz.

—Lo siento muchísimo, Gillian —gruñe, porque emocionalmente todo parece haber subido un escalón—, pero eso también fue un accidente.

—Pues tú metiste a ese accidente en nuestras vidas —sentencia.

Se lleva la mano a los labios como si estuviera a punto de sollozar y, sin esperar a que ninguno de los dos le contestemos, se marcha.

Christian y yo nos quedamos muy quietos el uno junto al otro. Los dos pensativos. Los dos sintiendo cómo el corazón va a escapársenos del pecho.

—Sigues pensando que soy capaz de hacer algo así —digo casi en un murmullo.

Me hubiera gustado preguntarlo, pero es que no hay espacio para la duda.

—¿Y qué quieres que piense?

Que no habría sido capaz de llevar a una persona que me importa que tiene problemas con el alcohol a un bar solo por capricho, que tuve que tener algún motivo para mentirte. Dios, ¿por qué no me escuchaste cuando traté de explicártelo todo?

—Nada —contesto cansada de todo esto—, pero, quizá, si me hubieses escuchado cuando te pedí que habláramos, las cosas habrían sido diferentes.

—Pues hablemos ahora —contesta exasperado, colocándose frente a mí—. Cuéntame qué coño fue lo que pasó.

—Una lástima, Christian —replico encogiéndome de hombros, sintiendo más lágrimas caer—, pero yo ya no quiero hablar.

Hay cosas que, cuando se rompen, ya no se pueden arreglar. Por eso sería un error pensar que este matrimonio no tiene fecha de caducidad.

Con la última palabra, me vuelvo y camino los pocos pasos que me separan de la puerta. Reacher sigue ahí, pero esta vez, tras una mirada de Christian, se aparta dejándome vía libre.

—Puedo llevarla donde desee, señora Hale.

—No, gracias.

No digo nada más y simplemente comienzo a caminar alejándome de Catskills y de Christian.

Tardo más de una hora en llegar a mi calle, pero no me importa, me apetecía dar un paseo, pillar un poco de aire fresco, pensar o, mejor aún, tratar de dejar de hacerlo. Desde luego, el día no ha ido para nada como esperaba que fuese.

Cierro la puerta de mi apartamento a mi paso y me voy directa a mi habitación. Me tiro bocabajo sobre la cama y simplemente me quedo ahí. No quería que las cosas fueran así. No tenía planeado contarle a Christian nada de lo que pasó durante estos cuatro años. Solo pretendía estar casada el tiempo que fuese estrictamente necesario y después que cada uno volviese a salir de la vida del otro. Sin embargo, está claro que el universo, chistoso como siempre, tenía otros planes para mí.

No sé cuándo me animo a salir de la cama y a ir a prepararme algo de comer. No es que me muera de hambre, pero es lo que toca. Cuando paso por la ventana del salón, algo llama mi atención. Me asomo y veo a Reacher haciendo guardia junto al coche. Resoplo. Debí haber supuesto que Christian no me dejaría a mi aire y mandaría al grandullón para asegurarse de que estaba bien.

Decido ignorarlo. Al fin y al cabo, no está en mi mano hacer que se marche y no voy a empezar una discusión infinita con Christian por teléfono para conseguirlo. No estoy de humor y, la verdad, tampoco quiero oír su voz. ¡Sigue pensando que me llevé a Caleb a un bar porque sí, que empujé a Gillian por las malditas escaleras y maté a su bebé!

—No me conoce ni siquiera un poco —murmuro para mí, abriendo uno de los armaritos de mi cocina para sacar el pan de molde.

Inmediatamente las palabras de Gillian se hacen un hueco en mi cabeza. No se ha molestado en conocerme porque en el fondo no le

importo ni siquiera un poco, ni ahora ni hace cuatro años.

Las gotas empiezan a repiquetear contra las ventanas y, casi en el mismo segundo, un relámpago ilumina el cielo de la ciudad seguido de un trueno ensordecedor. Los tres teloneros de una lluvia brutal.

Pongo mi sándwich de queso fundido en un plato y me voy al sofá. Enciendo la tele, activo Netflix y empiezo a buscar algo que ver. Al final, me termino el sándwich sin haber encontrado nada y me dejo caer contra el respaldo del sofá aún con el mando en la mano y los labios torcidos: tampoco es que me muera de ganas de ver la tele de todas formas. ¡Dios, estoy tan cabreada!... y triste, es como la peor mezcla del mundo.

En ese momento llaman al portero automático. Ya se ha hecho de noche y sigue lloviendo. Frunzo el ceño, aunque rápidamente caigo en la cuenta. Dave habrá vuelto a olvidar las llaves.

—¿Quién es? —pregunto pulsando el botón del viejo telefonillo junto a la puerta principal.

Un segundo de silencio.

—Soy Christian, Daisy. Ábreme.

Observo el pequeño altavoz demasiado sorprendida. Jamás habría anticipado que sería él.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Quiero hablar —contesta sin dudar, pero también acelerado. La clase de sentimiento que arrastras cuando no quieres que algo siga siendo como es—. Déjame pasar.

Yo lo pienso un segundo. El día ya ha sido lo suficientemente largo, ¿por qué hacerlo aún más?

—Es tarde, Christian —contesto negando también con la cabeza—. Vuelve a Hudson Yards. Hablaremos mañana.

Pero los dos sabemos que eso es la frase universal para retrasarlo *sine die*.

—Daisy, tenemos que hablar ahora. Si no quieres que suba, baja tú.

—Christian, está diluviando —me quejo.

—Serán solo cinco minutos.

Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea y, tras soltar un juramento entre dientes, vuelvo a pulsar el botón.

—Está bien, bajaré.

Es la manera más rápida de que se largue.

Me pongo un rebecón, lo primero que pillo del armario, sobre el vestido y bajo. Cuando estoy recorriendo el último tramo y a pesar de que aún tengo que cruzar el portal, el ruido de la lluvia cayendo impasible contra la calle me recibe. Por un momento me siento mal por tener a Christian esperando fuera, pero me obligo a recordar todo lo que ha pasado y ese sentimiento se esfuma.

A unos metros, ya puedo verlo, al otro lado de la pesada puerta de madera y cristal, con los tejanos y la camiseta que llevaba esta mañana completamente empapados y el pelo mojado echado hacia atrás con las manos. ¿Me afecta? Lucho porque no. ¿Parece la fantasía erótica de una marca de vaqueros? Ya te digo.

Abro la puerta y, sin salir del portal, me cruzo de brazos, mirándolo para que empiece a hablar de una vez. Trato de resultar todo lo hostil que puedo, pero, en realidad, creo que simplemente he activado todos mis mecanismos de defensa.

En cuanto me ve, Christian avanza hacia mí, otra vez con toda esa impaciencia, como si no soportara un segundo más la situación en la que nos encontramos.

—¿Estás bien?

—¿Eso es lo que tenías que decirme con tanta urgencia? —replico con voz seria.

Christian deja escapar un chasquido.

—Claro que no —responde molesto—, pero me importa. Te fuiste de Catskills sin decirme por qué.

—Sabes muy bien por qué —prácticamente lo interrumpo, pero es que no quiero hablar de eso.

—Le dije a Gillian que se marchara.

—Y significó mucho que lo hicieras, pero me sigues creyendo un monstruo capaz de empujar a una persona por las escaleras —suelto exasperada, a punto de gritar.

—Sé que no lo hiciste a propósito —responde, y su enfado se hace un poco mayor, aunque sé que no es conmigo, es con la maldita situación en la que estamos—. Estabas triste por lo que le había pasado a Caleb y asustada por lo que yo... —se calla y traga saliva apartando la mirada a un lado, a ningún lugar en realidad, golpeando el marco de la puerta levemente con la palma de la mano antes de decir—: pudiera hacer.

Por un momento, los dos nos quedamos en silencio evaluando el peso de las palabras que ha dicho y, sobre todo, de las que no. Claro que estaba triste y, sí, estaba asustada porque en aquel momento Christian ni siquiera me hablaba y Noel y Brayson no querían tenerme cerca. Sentía que estaba perdiendo a la familia que por fin había encontrado y, más que nada, sentía que lo estaba perdiendo a él... y no me equivoqué.

Una lágrima se me escapa y me la seco rápida a la vez que también aparto la vista para que Christian no pueda verla. Sí lo hace.

—Mira —me llama mirándome de nuevo. Su tono de voz ha cambiado, buscando consolarme no solo por esta conversación, sino por todo, incluso por aquellos días—, creo que fue un error, una mala decisión que tomaste sin pensar...

—¡No! —grito con rabia frenándolo, estirando los brazos junto a mis costados—. ¡Yo no hice nada! ¡No la empujé!

Christian me mantiene la mirada; no dice nada, pero sé que no me cree y, ¡Dios!, ¡me siento exactamente igual que hace cuatro malditos años!, con una persona frente a mí, pero sintiéndome más sola que nunca.

Niego con la cabeza suavemente a la vez que aparto la vista, aunque sé que él me sigue mirando a mí.

No quiero volver a pasar por eso.

—No quiero seguir hablando —pronuncio sonando mucho más serena—. Buenas noches —añado a la vez que me giro.

—Si tú no lo hiciste, cuéntame lo que pasó —me pide, me ordena, no lo sé, pero no me detengo.

—Déjame en paz, Christian —contesto sin volverme.

—No, Daisy —replica enfadado, cogiéndome del brazo y obligándome a girarme, tirando de mí hasta colocarme frente a él, dejándonos bajo la lluvia, a los dos.

Trato de soltarme, pero no me lo permite. ¡Estoy cansada de todo esto! ¡Quiero irme! ¡Quiero alejarme de él!

—Las cosas no funcionan así, maldita sea —replica Christian, entendiendo a la perfección que solo quiero largarme—. No la empujaste, ¿entonces qué fue lo que pasó?

Me quedo callada con la rabia y la tristeza inundándolo todo. No puedo contárselo, pero es que, aunque pudiese, no lo haría. No se lo merece.

—El momento para escucharme fue hace cuatro años, antes de decidir que no valía nada para ti.

—Eso no es cierto, joder —contesta sin dudar, enfadado como lo estoy yo—. Tú me importabas.

—¡No! —respondo, y yo también sé que no me estoy equivocando —. ¡No tratas así a una persona que te importa! Y si eres tan cabrón de hacerlo, después la buscas, tratas de averiguar si está bien incluso si ella no te deja ¡porque te importa! —contesto con la cara llena de lágrimas, demasiado dolida, ¡demasiado todo!—. Dime, ¿alguna vez lo hiciste?, ¿alguna vez pensaste en cómo estaría la pobre e ingenua Daisy? —añado furiosa.

Christian aprieta los dientes sin liberar mi mirada, pero eso no me vale. ¡Quería hablar, pues que hable!

—¡Contéstame!

—¡No! ¡No lo hice! —responde al fin.

Debería estar contenta por ganar esta especie de combate, pero lo que siento es que mi corazón acaba de hacerse pedazos.

—Pero eso no significa que tú no me importaras.

—¡Tú me odiabas! —lo corrijo.

¡Quiero que deje de doler!

—¡Y tú me odiabas a mí!

—¡Me quedé sorda, Christian! ¿Sabes cómo me sentí cuando desperté en la cama de aquel hospital? Estaba sola —añado, y un sollozo infla mi pecho—, ni siquiera podía entender qué pasaba. Lo único que quería era que tú me abrazases.

—Daisy —pronuncia aún más furioso, pero otra vez sé que no es conmigo, que vuelve a ser con él, con lo que pasó.

Los ojos se me llenan de lágrimas y puedo sentir su corazón acelerándose como el mío, tratando de latir más rápido para que podamos olvidar más deprisa.

—Pero al mismo tiempo sabía que, aunque te hubiera llamado y tú, por un milagro, hubieses respondido, no habrías venido.

—No es verdad —me interrumpe con una seguridad capaz de cegar toda la lluvia—, habría ido y habría cuidado de ti.

Yo vuelvo a negar con la cabeza. Las palabras de Gillian pesan demasiado y detesto darle ese poder, pero es así, él me lo ha confirmado, nunca me buscó.

—No puedo cambiar el pasado, pero puedo cuidar de ti ahora —continúa—. Llevo todo el día haciendo llamadas. Los mejores especialistas en ORL, del país e internacionales, van a venir. Encontraremos una solución, Daisy. También he hablado con la mejor empresa de microingeniería. Van a hacerte unos audífonos personalizados y adaptados a tus necesidades con la tecnología más avanzada.

—Ya es demasiado tarde. No voy a volver a oír.

—¿Por qué te estás rindiendo sin ni siquiera intentarlo?

—Porque estoy cansada de tener que luchar por todo, Christian.

Siempre, desde que era una niña; luchar porque mi padre me quisiese, la muerte de mi madre, las casas de acogida, allí, literalmente, luchar por sobrevivir, ver cómo mi abuelo enfermaba, luchar por él, casarme y tener que seguir luchando por encajar, por el cariño de mi padre, por el amor de Christian. ¿Ha habido momentos felices? MUCHÍSIMOS, pero siento como si, desde que nací, hubiese estado en una carrera corriendo, corriendo y corriendo y no hubiera parado de hacerlo nunca.

Hago el ademán de girarme de nuevo, pero Christian vuelve a agarrarme desesperado. La lluvia sigue cayendo.

—Seguro que tu abuelo estaría de acuerdo conmigo. Seguro que él no quiere que te rindas.

—Mi abuelo está muerto.

—¿Qué?

—Y tú lo mataste.

58

Daisy

La primera vez que me casé con Christian lo hice por mi abuelo. Eso fue lo que mi padre tuvo para presionarme. Mi abuelo estaba muy mal, una enfermedad pulmonar obstructiva grave que acabó provocándole un colapso renal.

Alguien de la propia Hale Corporation había denunciado a Christian por desfalco y apropiación indebida. Necesitaba darle un giro radical a su imagen, no tanto de cara a la prensa, ya que la denuncia era falsa y más tarde o más temprano acabarían encontrando al culpable, sino ante la junta. La guerra de poder entre los Hale y los Bolton era un hecho y Christian necesitaba a los accionistas a su favor. Su equipo de Relaciones Públicas pensó que un matrimonio lo haría parecer más estable y confiable.

Así que el trato fue simple y justo: él se hacía cargo de todos los gastos médicos de mi abuelo, proporcionándole la mejor atención médica imaginable, y yo me convertía en su esposa, mantenía el perfil bajo y trataba de ser la perfecta señora Hale.

Desde el primer minuto en que mis ojos se cruzaron con los de Christian, siempre pensé que daría igual lo que pasase entre nosotros, él mantendría su palabra respecto a mi abuelo.

Me equivoqué.

—¿Qué pensabas que pasaría? —replico furiosa, decepcionada, recordando por qué me he pasado los últimos cuatro años de mi

vida odiándolo—. El día después de que me echaras de tu vida, ordenaste dejar de cubrir los gastos médicos de mi abuelo.

Su expresión cambia de golpe.

—Yo no hice eso.

—¿Y quién fue si no? —le escupo más enfadada que nunca—. Tú eras el único que podía hacerlo.

—Daisy, te juro por Dios que no fui yo —sentencia necesitando que lo crea, pero yo niego con la cabeza.

—¡Nos echaron del hospital, Christian! —grito echándome a llorar, pero no es solo de tristeza, es de impotencia, de rabia—. Intenté encargarme yo misma de las facturas, vendí la casa, los muebles, todas mis cosas, pero no conseguí el dinero suficiente y ellos no quisieron darme más tiempo.

Christian frunce el ceño y por primera vez no se preocupa en ocultarlo.

—¿Vendiste la casa? —pregunta con la respiración agitada—. ¿Y dónde vivías?

No quiero contestar.

—Déjame en paz —respondo echando a andar hacia delante sin ningún rumbo fijo, solo tratando de escapar, de que esta conversación termine porque duele demasiado.

—No, Daisy, contéstame —me pide atrapándome y obligándome a girarme de nuevo.

—¡En un albergue! ¡No tenía casa, no tenía nada! ¡Estaba en la calle!

Por un momento solo se oye el agua caer porque mis palabras nos silencian a los dos.

—Al principio me quedaba en el hospital con mi abuelo —empiezo a explicarme, y ya no hay gritos, pero mi voz está impregnada de una herida que creo que no va a cerrarse nunca— y solo salía para

trabajar. A veces dos o tres empleos al mismo tiempo. Pero dio igual porque el dinero que reuní se acabó, no pude conseguir más y tuve que llevármelo a otra clínica más barata. Allí podía visitarlo, pero no podía quedarme. El dinero lo necesitaba para las facturas médicas, así que no podía alquilarme un piso y acabé en un albergue para personas sin hogar.

Recuerdo aquellos días, fueron raros. Estaba tan concentrada en intentar salvar a mi abuelo que no me importaba haber terminado en la calle, pero entonces llegaba la noche y tenía que ir a aquel lugar y era como si entrara en mi propia película de terror. Nunca nadie me hizo nada, pero el miedo a dormir rodeada de desconocidos, a llevar lo poco que posees en una mochila que debes proteger con todas tus fuerzas, a saber que no tienes otra opción, me ponía complicado incluso respirar. Había noches enteras en las que ni siquiera conseguía dormir.

Christian me mira y no se da cuenta de que dos lágrimas resbalan por sus mejillas. Su cuerpo está tenso, pero es algo más profundo y más oscuro. En este instante su aspecto es salvaje, peligroso, como si mentalmente se estuviese preparando para acabar con cada persona que me haya hecho daño, reducir el mundo a cenizas, pero entre nosotros todo es mucho más complicado, porque la persona que más daño me ha hecho ha sido él.

—Murió por una insuficiencia renal severa —continúo—. Después de pagar las últimas facturas, pude permitirme alquilar una habitación. Todo mejoró cuando encontré al señor Blaine —una suave sonrisa se dibuja en mis labios al pronunciar su nombre—. Allí trabajaba Dave, así que pude reunirme con Debbie y conocer a Mabel.

»De pequeña, mi abuelo nunca se rindió conmigo y me buscó día y noche hasta que me encontró en aquella casa de acogida. Peleó

sin parar, sin importar el obstáculo que tuviese en el camino —a cada palabra que pronuncio estoy más y más enfadada—, y yo tuve que mirarlo a los ojos y decirle adiós porque no fui capaz de conseguir el dinero suficiente. ¡Tú y yo teníamos un trato! ¡Fue culpa tuya! —estallo.

De pronto todo lo que puedo pensar es en aquella mañana cuando llegué al hospital, la expresión de empatía de la enfermera cuando me dijo que el señor Hale había decidido no ocuparse más de mi abuelo. La expresión de él cuando le dije que encontraría una solución que no fui capaz de encontrar.

—¡Fue culpa tuya!

«No te preocupes, mi niña. Voy a estar bien».

Le golpeo el pecho con los ojos cerrados, sin poder dejar de llorar, sin poder dejar de pensar en mi abuelo.

—¡Fue culpa tuya!

Lo echo de menos todos los días.

Christian acepta los golpes sin decir nada, hasta que me rindo y la tristeza pesa más que la rabia y me derrumbo sobre su pecho sin poder dejar de llorar mientras él me abraza con fuerza bajo la lluvia.

—Tú me lo quitaste todo —susurro con la voz entrecortada.

—Lo siento, Daisy.

Su voz suena rara, con dos palabras que nunca antes le había oído pronunciar, y suena triste, con el tipo de enfado que quieras o no se queda contigo para siempre. Nuestra conexión vuelve a brillar y sé que su corazón se rompe, pero es que el mío ya está hecho pedazos. Sin embargo, en mitad de todo eso, algo parecido al alivio se abre paso despacio, en voz baja, porque, rotos o no, nuestros corazones se reconocerían siempre y, por mucho que llueva, Christian siempre será mi luz.

De todos modos, ya no debería querer sentir eso. ¡No después de haber tenido que poner en voz alta todo lo que pasó!

¿Por qué la única persona capaz de hacerme sentir que todo puede volver a estar bien es la que más daño me ha hecho? ¡No es justo!

Me separo y camino con paso acelerado, casi corriendo, hacia el interior de mi edificio. Desoigo todas las veces que Christian me llama y subo las escaleras todo lo deprisa que soy capaz. Soy consciente de que mi huida será corta e inútil, pero necesito hacerlo.

Entro en mi apartamento y vuelvo a la cama. Me tumbo y me acurruco tratando de dejar de pensar, pero es imposible; de dejar que duela, pero es aún más difícil. El llanto desesperado ha sido sustituido por uno con el que casi no hago ruido, pero con el que cada lágrima parece pesar mucho más mientras mi ropa calada empapa mi colcha de Ikea.

Noto la puerta abrirse despacio, ni siquiera la había cerrado, y sus pasos. Su seguridad indeleble sigue ahí, pero también más cosas. Christian llega al dormitorio. No dice nada. Solo se tumba junto a mí, rodea mi cintura con sus brazos y, encajando mi espalda en su pecho, me abraza con fuerza mientras yo me hago más pequeña, las corazas se convierten en papel mojado y quedo solo yo.

—Lo echo de menos —susurro sin poder dejar de llorar.

Christian me abraza más fuerte y, aunque es lo último que quiero, es lo que más necesito, y sin palabras construye un refugio para los dos.

59

Christian

Le beso suavemente el pelo y me levanto con cuidado de no despertarla. La convencí para que se cambiara de ropa y, mientras lo hacía, yo me encargué de deshacerme de la colcha mojada. Hace solo un par de horas que por fin ha conseguido dejar de llorar y se ha quedado dormida. No he querido hacer ningún movimiento hasta ahora por miedo a despertarla. Después del día de ayer, necesita descansar.

De pie, junto a su cama, la veo dormir y los ojos vuelven a llenárseme de lágrimas. No solo se quedó sorda, perdió a su abuelo. Vivió un maldito infierno y todo por mi culpa.

Ella lo dijo y tiene razón. Yo jamás di orden de cortar el tratamiento de Freddo, pero es verdad que nunca fui a verlo o me molesté en saber cómo seguía. Asumí que no querría tenerme delante por cómo habían acabado las cosas con su nieta y simplemente me desentendí. ¡Fui un completo imbécil, joder!

Daisy me importaba, aunque la odiase; aunque no quisiese reconocerlo, pensaba en ella todos los putos días. Tendría que haberme asegurado de que estaba bien, de que tenía una buena vida, pero, cada vez que estaba a punto de ir a buscarla o hacer cosas como llamarla solo para oír su voz, la maldita culpa por lo que les había pasado a Caleb y a su bebé lo inundaba todo.

Doy el paso que me separa de la cama y me inclino sobre ella.

—Voy a arreglarlo. Te lo juro —susurro justo antes de darle un suave beso en la frente.

Salgo al salón a la vez que me llevo las manos al pelo y acabo pasándomelas por la cara. La dejé sola cuando más me necesitaba y eso nunca me lo voy a perdonar.

La impotencia, la rabia, el desahucio, la tristeza se intrincan y mutan en un enfado que me cubre entero. Voy a encontrar a quien dio esa puta orden por mí y va a arder en el infierno.

Mi móvil vibra en el bolsillo de mis vaqueros con un mensaje y voy hasta la puerta. Al abrir, me encuentro a Debbie, la amiga de Daisy, con el pijama y un desastroso moño en lo alto de la cabeza, cruzada de brazos.

—¿Dónde está Daisy? —pregunta emanando hostilidad, pasando por mi lado y chocando contra mi hombro sin importarle lo más mínimo—. Si le has hecho algo, cabr...

—Está durmiendo —la freno—. Así que más te vale no hacer un solo ruido para despertarla.

Ella mira inmediatamente hacia el dormitorio y después vuelve a prestarme su atención a mí. Aprieta los labios, observándome.

—¿Qué ha pasado?

—No es tu puto problema.

Teniendo en cuenta lo unidas que están, imagino que Daisy se lo habrá contado, pero lo cierto es que no lo sé y no pienso exponer algo tan íntimo, a nadie, nunca.

—Lo único que necesitas saber es que no lo pasó bien anoche y no quiero que se despierte sola mañana. Yo tengo que resolver algo urgente.

Ella suelta una carcajada de lo más irónica.

—¿Y crees que después de saber que lo ha pasado mal iba a dejarla contigo aunque pudieras quedarte? —plantea—. Lárgate —

sentencia dirigiéndose al dormitorio.

Yo la fulmino con la mirada mientras se aleja. Por Dios, es una auténtica tocapelotas, aunque tengo que reconocer que me gusta saber que Daisy tiene a alguien así preocupándose por ella.

Salgo sin hacer ruido y, en cuanto lo hago, mi puta expresión cambia. La rabia se ha asentado dentro de mí y ha tomado los mandos. Voy a encontrar al gilipollas que provocó todo esto dando una orden en mi nombre y voy a matarlo con mis propias manos.

Camino de Hudson Yards, hago todas las llamadas que necesito para tener la situación controlada. Me habría presentado con la ropa que llevo en el hospital, pero si algo he aprendido es que, para que te empiecen a temer desde que te ven, te tienen que ver vestido para la guerra, y en Nueva York las guerras se disputan con trajes a medida y corbatas de Stefano Ricci.

Salgo del vestidor colocándome bien los gemelos y atravieso de nuevo la casa de vuelta a la puerta principal. Mi teléfono suena. Es Debra.

—¿Qué? —respondo lacónico.

—Señor Hale, uno de los miembros de la junta ha pedido una reunión extraordinaria para esta mañana.

—¿Quién? —rujo.

No es el puto momento.

—Bryan Lane. —El abogado del inversor misterioso.

Si ese imbécil quiere jugar, por mí, perfecto, pero se ha equivocado de día y me las va a pagar.

Me meto en el coche y miro al chófer para indicarle que arranque. Ya. Uno de mis hombres va en el asiento del copiloto. He dejado a Meyer con Daisy.

No puedo dejar de pensar en todo lo que pasó ayer, en cada puta palabra. Ella, joder, estaba destrozada. Fui a su casa porque quería

decirle que había conseguido a los mejores especialistas del mundo y acabé escuchando que su abuelo murió.

Yo jamás di esa puta orden. Estaba enfadado con Daisy y la odiaba y la echaba de menos y cada maldito día era como estar en carne viva, pero, independientemente de todo eso, Freddo era un ser humano, jamás habría jugado así con él ni tampoco habría sido capaz de causarle ese dolor a Daisy.

—Señor, hemos llegado —me informa el conductor deteniéndose frente al edificio principal del Presbyterian Hospital.

Así que he venido a ajustar cuentas.

Atravieso el vestíbulo y un par de amplios pasillos hasta la zona administrativa y, desde allí, a la última planta, al despacho del director del complejo hospitalario.

—Señor Hale —me saluda solícito saliendo a mi encuentro en la antesala de su oficina. Mi secretaria ha avisado de que venía y apuesto a que lleva esperándome aquí desde entonces—, estamos encantados de recibir su visita.

—Necesito información —me explico tosco, ignorando su gesto para que pasemos a su despacho.

La fundación de la Hale Corporation dona millones de dólares a este hospital. Ya sé que está encantado de verme. Normalmente me interesaría poco, hoy mucho menos.

El hombre frunce el ceño confuso por un segundo, pero enseguida vuelve a sonreír.

—Por supuesto, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Alfredo Messina, estuvo ingresado en este hospital hace cuatro años. Yo costeaba sus gastos médicos.

El director asiente y mira a su secretaria, que capta la orden y enseguida empieza a teclear.

Yo echo la vista a un lado impacientándome. No estoy de humor. Quiero saber lo que pasó ya.

También quiero pensar que van a darme toda la información sin hacer ni una pregunta porque yo costeaba las facturas y tenía relación directa con el paciente, no por el dinero que tengo. Aunque con esta gente es imposible estar seguro, son como hienas.

Al cabo de un par de minutos la secretaria le pasa una *tablet* a su jefe y él desliza el dedo sobre ella.

—Sí, Alfredo Messina —lee en el informe—, ingresó el 7 de marzo del 2021 por una enfermedad pulmonar obstructiva grave que había desembocado en una insuficiencia renal. Estuvo hospitalizado en nuestra área vip. Se trajeron diversos profesionales de la Clínica Mayo, el Centro Médico Virginia Mason de Seattle y el Saint Thomas de Londres. Estaba en lista de espera para un trasplante de riñón.

—¿Quién les dijo que yo dejaría de encargarme de sus facturas? —rujo.

A cada segundo que pasa estoy más cabreado. ¿Cómo pudo pasar algo así? ¡Murió! ¡Freddo murió! Deberían haberlo comprobado antes de deshacerse de él como si nada, joder.

El director sigue leyendo el informe, desliza el dedo un par de veces en la pantalla y finalmente asiente.

—Nos llegó un *email* de su oficina en el que se nos comunicaba que usted, Christian Hale, dejaba de correr con los gastos del señor Messina.

Gira la *tablet* para que pueda ver el *email*. A simple vista parece salido de la Empresa, del área de dirección, con mi firma digital y alfanumérica, pero es sencillamente imposible porque yo nunca di esa orden.

—Al mismo tiempo se retiró el dinero en depósito y se abonaron las últimas facturas pendientes.

Aprieto los dientes. ¿Quién coño fue? No se trata de una puta confusión. Alguien quiso que ocurriese esto.

—¿Qué pasó con el señor Messina?

—A principios de septiembre fue trasladado a una habitación común. Su nieta, Daisy Messina, procuró hacerse cargo de los gastos. Al parecer, lo consiguió durante algún tiempo, pero después de tres semanas y una operación, fue trasladado a una clínica al sur de la ciudad, ya que ella no pudo hacer frente a la nueva factura. Los pacientes como el señor Messina, en ese tipo de clínicas, solo reciben cuidados paliativos, así que debió de morir muy poco tiempo después.

Niego con la cabeza y tengo que tragar para bajar la bola de rabia y angustia que siento. Daisy tuvo que sufrir muchísimo. Por el amor de Dios, vivía en la calle mientras intentaba hacer frente a todo esto, sola.

—Reenvíeme el informe, el *email*, las facturas, toda la información que tengan —le ordeno saliendo de la oficina.

Pienso encontrar al puto culpable y voy a hacer de su vida un infierno.

—Tío —se queja Dallas con la voz ronca por el sueño.

Nunca hablamos tan temprano a no ser que sea estrictamente necesario. Queensboro City suele tenernos en pie hasta bien entrada la madrugada.

—Necesito que encuentres algo. Presiona a quien sea y cóbrate los favores que haga falta.

En cuanto oye mi tono, se da cuenta de que esto va en serio.

—Claro —contesta alto y claro después de carraspear.

Le paso toda la información que acabo de recibir del director del hospital y le ordeno que rastree cada dato, lo que sea necesario,

hasta encontrar quién dio la orden, retiró el depósito y pagó las últimas facturas.

Prácticamente en el mismo segundo en el que cuelgo, el *smartphone* vuelve a sonar en mi mano con una llamada entrante.

—¿Lo tienes? —respondo.

—Sí, señor Hale —contesta Sanderson, el director del Departamento Inmobiliario, con un deje de orgullo en su voz—. Al final del día tendrá toda la documentación en su despacho.

Cuelgo. Salgo del hospital y me meto en el coche, pero, justo antes de hacerlo, vuelvo a mirar el edificio. ¿Cómo fueron los últimos días de Freddo? ¿Estaba despierto, sufrió, pudo despedirse de Daisy? Por Dios, solo espero que el tiempo que le quedó fuese bueno y que tuviesen la oportunidad de hablar por última vez.

De camino a la Empresa pienso en llamarla. Quiero saber cómo está. La pura verdad es que quiero oír su voz. Sin embargo, con el teléfono ya en la mano, me contengo. Debe de estar agotada y con un poco de suerte seguirá durmiendo. No quiero molestarla.

Desde que pongo un pie en la Hale Corporation el ambiente está tenso, como esa extraña calma que siempre precede a una tormenta. Debra me pone al día de los asuntos pendientes camino de la sala de reuniones.

En cuanto me ven llegar, los accionistas se dirigen al interior. Cuando entro en la sala, ya todos han tomado asiento. Todos salvo uno. Solo necesito un rápido vistazo para darme cuenta de que no hay rastro de Bryan Lane. ¿Convoca una junta extraordinaria y después decide no aparecer? No tiene ningún sentido.

Alcanzo la presidencia de la mesa. Noel, que ocupa el asiento a mi derecha, me guiña un ojo para recordarme que, sea lo que sea, estamos juntos.

Observo la estancia. No sé qué coño es, pero algo va mal. Tengo un puto presentimiento.

—Empecemos —anuncio ocupando mi asiento.

—Pero no hay rastro del señor Lane y él es quien ha convocado esta reunión —comenta Sherwood, uno de los accionistas—. ¿No deberíamos esperarlo?

—No es mi problema —respondo firme y todo lo arrogante que sé ser.

La puerta suena en ese instante y Bryan Lane hace su aparición estelar.

—¿Ni siquiera ofrece cinco minutos de cortesía? —bromea caminando hacia la mesa.

—No tengo por qué —respondo sin variar un átomo mi tono de voz.

—Bueno, creo que esta vez le interesará hacer una excepción.

Me dedica una falsa sonrisa de anuncio de pasta de dientes y mira hacia la puerta. Esta vuelve a abrirse y él aparece en mi puta sala de reuniones.

—Porque les presento al inversor misterioso —dice con sorna usando nuestro propio apelativo—: el señor Jared Liberty.

60

Christian

Ese gilipollas se mueve por mi sala de reuniones como si le perteneciese. No sabe hasta qué jodido punto se equivoca.

—¿Qué quieres? —pregunto sin paños calientes. No voy a dejar que utilice una junta de la Empresa para sus malditos trucos de circo.

—Buenos días a ti también, Christian. —Mira a su alrededor—. A todos ustedes, damas y caballeros, en realidad.

Sonríe y yo quiero partirle la cara.

—¿Qué quieres? —repito.

Liberty me mira sabiendo que no voy a permitir ninguna de sus estupideces y cambia su expresión, como si entendiera que, si sigue con los jueguecitos, va a acabar perdiendo.

—He convocado la junta porque creo que ha llegado el momento de que todos me conozcan, el señor Hale ya lo hace. —Los primeros murmullos nerviosos toman la sala. Yo esbozo el principio de una media sonrisa demostrando lo poco que me importa esa afirmación. ¿Quiere mencionar Queensboro City?, que lo haga. Yo no me avergüenzo de lo que hago y Dios sabe que tampoco me arrepiento —. Además, me gustaría informarlos de mi deseo de ser el nuevo CEO de Hale Corporation —confiesa al fin.

Tampoco reacciono, simplemente me dejo caer contra mi sillón, observándolo. Sé lo que busca, desestabilizarme con esta especie de

número, pero no lo va a conseguir.

—No tiene el porcentaje de acciones suficiente —interviene Thatcher.

Tiene razón, con las de Daisy, sumo un cuarenta y dos por ciento del accionariado; teniendo en cuenta que los Bolton nunca votarían a favor de nadie que no fueran ellos mismos, solo queda libre un treinta y tres por ciento, pero apuesto a que esas cuentas Liberty ya las sabe. ¿Por qué está aquí entonces?

—Es cierto. Estoy aquí porque quiero que tú, Christian Hale, votes a mi favor.

—¿Y por qué haría algo así?

—Porque soy la mejor opción.

Le mantengo la mirada. Ha venido a desafiarme, a decirme sin palabras que quiere quitármelo todo.

—Hay quien cree que el poder no se pide, se roba —continúa, y sé que esa frase es por mí, por cómo hago las cosas. Conozco a los tipos como Liberty, refinados y suaves, como un ladrón de guante blanco. Son los más peligrosos porque debajo de esa fachada suele esconderse un puto psicópata—. Yo creo que están equivocados. Todo es mucho más sutil. El poder sí se pide y se te otorga cuando eres lo suficientemente inteligente.

Espera una respuesta, pero no me molesto en dársela.

La rabia se está acomodando en su lugar, la arrogancia está comandando las naves.

Liberty da unos pequeños golpecitos sobre la mesa con la yema del índice y el corazón.

—Llámame cuando estés preparado —se despide—. A los demás, me gustaría que supieran que estoy dispuesto a comprar sus acciones por el doble del precio de mercado. La oferta caduca en veinticuatro horas.

Los murmullos vuelven a reanudarse y todos lo contemplan salir de la sala seguido de Lane. Solo necesito observarlos un segundo ahora para saber quién acabará vendiendo.

—¿Qué haces, Christian? —me increpa Thatcher levantándose de golpe mientras su padre sigue sentado a su lado—. ¿No deberías hacer la misma oferta a los accionistas? Mejórala. Tienes dinero suficiente.

—No lo necesito. Puede gastar inútilmente su dinero todo lo que quiera. Aunque comprara todas las acciones al margen de las de los socios principales, solo tendría el treinta y tres por ciento. Yo tengo el cuarenta y dos. Además, puedo asegurarte que no todos van a vender.

Sé cómo piensan y a cuántos de ellos les importa la empresa y sus empleados de verdad y a quiénes solo les mueve tener más dinero.

Me levanto, me coloco bien la chaqueta de un tirón de las solapas y echo a andar hacia la puerta. Menos de un segundo después, Noel está a mi lado.

—Es arriesgado. Puedes perder el control de la empresa —replica Thatcher.

—No voy a perder absolutamente nada.

Nadie va a arrancarme de esa silla sin pelear igual que nadie va a quitarme la puta corona de Queensboro City. Pueden intentarlo todo lo que quieran.

* * *

Me paso el resto del día trabajando, pensando en cómo acabar con Liberty, recibiendo los *updates* de todas las cosas que tengo entre manos ahora mismo.

Me he contenido lo indecible para no llamar a Daisy y darle su espacio, pero me está costando un maldito mundo no presentarme allí. He hecho que le envíen el almuerzo de su cafetería favorita y tarta de chocolate recién hecha del Ladurée, la pastelería estrella de Manhattan. Lo único que me tranquiliza es saber que la dejé con Debbie y que Meyer está con ellas.

Intento concentrarme en todo lo que tengo que hacer y me gustaría decir que está siendo un éxito, pero no es verdad.

Decido esperar a que lleguen los documentos y ver a Daisy en Hudson Yards. Solo puedo pensar en la cara que pondrá cuando se los enseñe. De pronto estoy jodidamente impaciente, como un crío la noche antes de Navidad.

Cuando falta poco para que den las seis y me descubro a mí mismo mirando el reloj en intervalos de dos minutos, me pongo los ojos en blanco y me doy por imposible.

Afortunadamente, unos minutos después, Debra entra en mi despacho con el dosier del Departamento Inmobiliario.

—Puedes marcharte a casa —le digo cogiéndolo.

—Gracias, señor Hale —responde saliendo y cerrando a su paso.

Sin dudarlo, me levanto y me pongo la chaqueta. Estoy a punto de salir cuando mi móvil vibra en el bolsillo de mis pantalones. Miro la pantalla. Es un mensaje. De Daisy.

> Esta noche me quedo en mi apartamento.
> Volveré a Hudson
> Yards mañana.

Observo la pantalla y el corazón me late con rabia contra las costillas. Ni siquiera quiere verme. Otra vez no dudo, deslizo el pulgar un par de veces por la pantalla y la llamo. Ya sé que tendría que esperar, darle su tiempo y tomarme también yo el mío para pensar las cosas, pero es que no quiero, joder.

—¿De verdad no vas a venir a casa? —pregunto en cuanto descuelga.

Hay un momento de silencio.

—Christian, ahora no quiero hablar contigo.

—Espera —le pido porque tengo claro que va a colgarme—, esta mañana te he dejado con Debbie porque tenía que ir al hospital para averiguar qué había pasado con tu abuelo. Yo no di esa orden.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —pregunta incrédula.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo.

El silencio se come la línea de nuevo.

—Como quieras —responde al fin.

—¿No quieres saber quién está detrás de todo? —replico acelerado, sintiendo cómo mi enfado crece más y más, pero lo cierto es que es solo una manera de enmascarar el miedo que siento de que ella nunca vuelva a confiar en mí por culpa de esto.

—Yo ya sé quién fue.

No. No. No.

—¿Por qué no puedes confiar en mí?

—¿Igual que lo hiciste tú en mí hace cuatro años?

Joder. ¡Tiene razón! No confié en ella hace cuatro años, la cagué, pero tiene que dejarme intentar arreglarlo.

—Ahora lo hago —sentencio haciendo hincapié en cada palabra para que no le queden dudas.

—No es verdad.

—Daisy —gruño.

Quiero decirle que confío en ella porque, maldita sea, lo hago, pero ayer volvió a decirme que no empujó a Gillian y yo quiero creerla, pero es que estaba allí, las oí discutir, vi a Gillian tirada en el suelo, a Daisy en lo alto de las escaleras.

El quedarnos callados esta vez pesa más y significa muchas más cosas.

Lo daría todo por haberlo hecho todo de manera diferente hace cuatro años porque eso significaría que ahora nada sería así. Me arranco la corbata, me desabrocho los primeros botones de la camisa de mala gana y me dejo caer en el suelo, con la espalda contra el enorme ventanal y la ciudad de Nueva York. Ya casi ha anochecido y la mezcla de dorados y violetas de los últimos rayos del sol está siendo sustituida por los amarillos brillantes y los naranjas de las luces de la ciudad mientras el cielo se está volviendo azul oscuro.

—Siento todo lo que pasó —digo, y mi voz suena más ronca, como si el peso de todo aquello justo ahora fuese más grande porque me está apartando de ella.

—¿Sabes? Hace cuatro años yo estaba enamorada de ti como una idiota —la siento sonreír y, joder, solo quiero estar con ella para poder verla—, verte entrar en la habitación era lo único que necesitaba para ser feliz.

—Recuerdo aquellos días. —Y ahora una sonrisa se cuela en los míos porque, maldita sea, era feliz y ni siquiera me daba cuenta—. Siempre estabas sonriendo, revoloteando a mi alrededor. Yo te decía que odiaba que te comportaras así, era frío y desconsiderado porque quería mantenerte alejada de mí.

Dios, qué imbécil fui.

—Pero eran putas mentiras. He tardado demasiado tiempo, pero por fin he comprendido que, en realidad, lo que pasaba es que tenía miedo de que, si estabas demasiado cerca, no podría controlarme y al final el maldito matrimonio que odiaba porque me vi obligado a él sería real en todos los sentidos.

Me encantaba verla sonreír, encajar con mi familia, solo conseguía dormir si la tenía entre mis brazos y tocarla me volvía loco.

Fui un estúpido porque dejé que se me escapase entre los dedos lo mejor que me había pasado en la vida.

—¿Hay alguna posibilidad de que vuelvas a confiar en mí? —le pregunto, pero algo dentro de mí ya sabe la respuesta.

—No —contesta, y no está hablando desde el enfado ni la tristeza, no es algo visceral—. No pienso volver a cometer el mismo error, Christian. Si alguna vez vuelvo a tener una relación, quiero que sea de verdad, porque queramos estar juntos. Quiero saber qué se siente siendo la prioridad de alguien.

Yo asiento varias veces tratando de domar la maldita rabia, la tristeza, y acabo chocando la cabeza contra el cristal. No quiero que esté con nadie más. No quiero que le sonría a otro, que le escriba notas a otro, que lo mire de la forma en la que me miraba a mí.

Pero es mi puta culpa.

Y quiero decirle que sí es mi prioridad, pero ella no me creería y eso también es culpa mía.

—He recuperado la casa de tu abuelo. Solo tienes que firmar los papeles y será tuya.

—Christian...

—Sé que una casa no va a devolvértelo —freno lo que sé que iba a decir porque tiene razón, una casa no es una persona ni los recuerdos que hubiese en ella—, pero estoy seguro de que él querría que la tuvieras tú. Ojalá no hubiera sido tan imbécil hace cuatro años. Ojalá hubieses conseguido hablar conmigo. Ojalá llevase todo ese tiempo cuidando de ti y de tu abuelo y pudierais ser felices. Eso es lo único que quiero, que pudieras abrazarlo una vez más.

No espero a que conteste, cuelgo y lanzo el teléfono sin importarme cómo acaba mientras me quedo ahí, sentado en el

suelo, conteniendo las lágrimas, pensando en el futuro que otra vez se me está escapando entre los dedos, y da igual que esta vez sí sea consciente de ello porque ya no puedo evitarlo.

—Ojalá me hubiese dado cuenta hace cuatro años de que ya estaba enamorado de ti, nena.

61

Christian

No sé cuánto tiempo me quedo en la oficina, antes de dejar la botella de *bourbon*, levantarme del suelo y salir de mi despacho.

El coche me esperaba abajo, pero cuando el chófer está a punto de incorporarse al tráfico le pido que me lleve a Catskills. No quiero estar en Hudson Yards. Soy consciente de que me estoy comportando como un crío, pero no quiero estar allí si sé que Daisy no va a hacerlo.

Atravieso el salón rezando para que nadie esté despierto. No me apetece hablar. He esquivado las llamadas de mi padre toda la mañana y los intentos de Noel de que fuéramos a comer. Ahora que lo pienso, tendría que haberme quedado en un hotel. Es muy probable que Noel esté haciendo guardia delante de mi habitación.

Sin embargo, para mi sorpresa, no hay rastro de ellos. Aliviado, abro la puerta de mi dormitorio, pero, con el primer paso que doy dentro, comprendo que no voy a tener tanta suerte.

—¿Qué quieres, Gillian? —digo cansado avanzando muy poco más y metiéndome las manos en los bolsillos.

Dejo la puerta abierta a propósito y sé que ella, sentada en uno de los sillones junto a la pequeña mesita de centro, hecha un ovillo bajo la manta que lleva a los hombros, se da cuenta.

—Solo quería que habláramos.

—Ahora no estoy de humor —contesto sincero, y, la verdad, de todas las personas que viven en esta casa, ella es la última a la que quiero ver. Es la hostia de confuso porque jamás me había sentido así con Gillian y sigue siendo mi responsabilidad porque es la mujer de Caleb, pero no puedo, ni quiero, olvidar cómo hace sentir a Daisy cada vez que está cerca.

—Lo entiendo —pronuncia con voz suave y edulcorada—. Sé que ayer fue un día complicado y, por tu aspecto y la hora que es, imagino que hoy también.

—Sí, es tarde —escojo lo más impersonal de lo que ha dicho—. Deberías regresar a tu cuarto e intentar descansar.

Paro de prestarle atención, voy hasta la cómoda y dejo sobre ella el dinero y el teléfono y me quito el reloj, esperando a que cace la indirecta.

Gillian suspira levemente.

—Hoy he tenido un día horrible en la oficina. He venido a casa y he empezado a caminar decidida hacia su habitación... Solo podía pensar en contarle a Caleb lo que me había pasado —al oír su nombre siento una punzada en el pecho—, te juro que pude sentir incluso su abrazo llenándome de alivio, pero entonces entré en su cuarto y lo vi y recordé que él ya no puede hacer esas cosas y me he sentido tan sola, Christian.

La culpabilidad se alía con la rabia como cada vez.

—Entonces —continúa entre sollozos—, he empezado a pensar que, si las cosas hubiesen sido de otra manera, al menos podría tener a mi niño conmigo y ya no me sentiría tan sola. No puedo dejar de imaginármelo, cada día, con los ojos de Caleb y su pelo oscuro. Seguro que te adoraría.

No quiero, pero vuelvo a pensar en ese puto accidente, en Daisy, y casi sin darme cuenta mi mente vuelve a ayer, en esta misma

casa, cuando nos contó cómo se había quedado sorda. Estuvo sola en ese hospital sin saber si volvería a oír, sin nadie que le diera un poco de consuelo. Bajo la cabeza. Más recuerdos, ella llorando entre mis brazos, en su cama, los dos empapados por la lluvia.

No me doy cuenta de la fuerza con la que estoy agarrando la cómoda hasta que el mueble cruje suavemente. Me duele el maldito corazón.

—Gillian, márchate —le ordeno volviéndome.

—¿Qué? —pregunta atónita.

—Y no vuelvas a esperarme en esta habitación.

—Antes no te importaba que lo hiciera.

—Ahora es diferente. Estoy casado con Daisy y esta es nuestra habitación. No tienes ningún derecho a estar aquí.

Ella no se sentiría cómoda con esto y yo no pienso faltarle al respeto jamás.

Gillian se levanta y da un par de pasos en mi dirección, cabeceando.

—No entiendo nada, Christian. Te estoy contando que hay algo que me duele.

—Y yo lo siento muchísimo, pero desgraciadamente no puedo hacer nada.

Ella me mantiene la mirada con los ojos llenos de lágrimas y se lleva una mano al pecho. Yo no digo nada. No me muevo. Me siento mal por Caleb y por ella, muchísimo, sigo pensando que debo cuidarla hasta que mi hermano despierte, pero por primera vez en cuatro años hay un sufrimiento que me duele mucho más y es el de Daisy.

—Márchate —repito procurando que mi voz no suene demasiado dura.

—Está bien.

Sé que quiere decir algo más, pero no lo hace y por fin sale de la estancia. Cuando la veo alejarse, me siento extrañamente aliviado, pero he vuelto a pensar en Daisy, exactamente lo que llevo toda la condenada noche intentando no hacer.

—Genial —gruño antes de quitarme la chaqueta pagando mi rabia con la prenda.

* * *

Apenas consigo dormir, pero a las seis me canso de dar vueltas en la cama como un idiota y me levanto. Me doy una ducha y bajo dispuesto a irme a la oficina.

—Buenos días, hijo —me saluda mi padre leyendo el periódico en uno de los sofás del salón, deteniéndome en mitad de las escaleras —. No sabía que tenías pensado pasar la noche aquí.

Yo no contesto nada y reanudo la marcha. Parece que esta mañana no voy a tener la suerte de anoche respecto a mi padre y Noel.

—¿Qué tal está Daisy? —inquiere y yo cierro los ojos al oír su nombre.

—Debo irme a la oficina. Tengo mucho trabajo —respondo evitando su pregunta, fijando la mirada en la salida de la elegante habitación.

—Christian —me llama mi padre levantándose.

Otra vez hace que me detenga cuando estaba a punto de alcanzar la salida. Aprieto los dientes. No me vuelvo.

—¿Va todo bien? —insiste.

—Papá, he de marcharme ya.

Mi padre duda pensativo y yo siento que los segundos se me hacen eternos. No quiero hablar de ella ni de lo que ha pasado. Solo

quiero arreglarlo, joder.

—Me marcho —repito yo porque siento que estoy a punto de ahogarme.

Avanzo los primeros pasos.

—No le hagas daño, Christian. Ella no se lo merece y tú no te lo vas a perdonar, como pasó hace cuatro años.

Sus palabras me frenan en seco porque son ciertas, son jodidamente ciertas, y siento mucho miedo de estar haciendo justamente eso sin ni siquiera proponérmelo.

Tengo más claro que nunca que debería alejarme de ella y dejarla ser feliz, pero es que no soy capaz y diría que ahora, pero creo que nunca lo he sido.

No digo nada más y salgo de Catskills.

62

Daisy

Me he pasado toda la noche llorando. No he podido dejar de hacerlo desde que Christian colgó el teléfono. He querido llamarlo un millón de veces, pedirle que viniera a abrazarme, que me llevara a casa, pero eso son los errores que ya no puedo permitirme cometer.

El martes por la mañana me levanto, me doy una ducha y, después de obligarme a desayunar un bol de cereales, sigo con el estómago cerrado a cal y canto, bajo dispuesta a irme a trabajar.

—Buenos días, señora Hale —me saluda en cuanto salgo del portal y pongo un pie en el primer peldaño de los cinco que me separan de la acera.

Reacher sigue inquebrantable en su puesto, a los pies de mi edificio.

—Buenos días, grandullón —respondo bajando—. ¿Me llevas al trabajo?

Él asiente profesional y se hace a un lado para abrirme la puerta. Cuando la cierra, una vez que entro, juraría que veo el inicio de una sonrisa en sus labios.

En mi vida he pasado por mucho y he aprendido que cada vez, tardes más o menos, duela más o menos, al final siempre puedes levantarte y seguir adelante, y eso es lo que estoy haciendo ahora. Las cartas ya están puestas sobre la mesa. Christian y yo ya somos conscientes de que nuestro matrimonio tiene fecha de caducidad y,

cuando eso pase una vez que mis acciones ya no sean necesarias, todo terminará y saldremos de la vida del otro.

Y se acabará.

Doy una bocanada de aire porque duele, pero también sé que seré capaz de aguantar el tirón.

Reacher deja el elegante Maybach negro en el parking de empleados del puerto de South Side y me sigue hasta el control de seguridad.

Yo quiero dejar los recuerdos al margen, pero me golpean como una especie de balón prisionero de una decena de jugadores contra ti, todos lanzándote a la vez. Ha recuperado la casa de mi abuelo para mí, no deja de repetir que él no dio esa orden, me abrazó hasta que me quedé dormida y llamó a Debbie para que no me despertara sola. Sin embargo, también llegan los malos, todas las lágrimas, todo lo que perdí.

Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rabia.

—Ha vuelto a pitar, señorita Messina. ¿Hay alguna explicación para eso? —pregunta Mei divertida, llevándose las manos a las caderas.

—Son los audífonos, Mei —contesto, y sigo caminando.

Ella me mira y automáticamente tuerce los labios con empatía. Llevo trabajando tres años y dos meses aquí y cada día hemos inventado una excusa, desde la primera vez que tuve que pasar el control y comprendió cuánto me avergoncé al tener que enseñarle los enormes y viejos audífonos del banco de donaciones del hospital.

Hacía poco más de un par de meses del accidente y no conseguía acostumbrarme. Los audífonos fallaban muchísimo, pero eso no era lo peor. Un día, mientras me peinaba delante del espejo, empecé a recogerme el pelo en una coleta prácticamente por inercia. Era verano, hacía calor y no me apetecía llevarlo suelto. Pero cuando estaba en ello, mis ojos se centraron en el reflejo de mis orejas y

automáticamente bajé las manos, dispuesta a olvidarme de ese peinado para que el pelo pudiera cubrírmelas.

Sin embargo, en el segundo siguiente tuve una revelación. No tenía por qué esconder lo que me pasaba, ser sorda no me convertía en peor persona ni en una menos válida, y finalmente me hice la cola. Todo fue bien hasta que, en un supermercado de la 14 Este, me crucé con unos chicos que se rieron de mí. Los otros clientes me miraron con pena. Un empleado intentó defenderme y uno de los chicos contestó aún riéndose «Vamos, ¿cómo puede llevar esas cosas ahí? Es horrendo».

Nunca más volví a recogerme el pelo.

Nunca le dije a nadie lo que me pasaba a no ser que fuera estrictamente necesario o lo descubriera.

Aquella primera vez con Mei sucedió una semana después de lo que ocurrió en aquel supermercado.

Mi optimismo y las ganas de ser feliz eran las encargadas de inventar las excusas.

Ayer no vine a trabajar, así que tengo mucho que hacer. Una vez que he terminado con el trabajo de oficina, he de ir donde los chicos a hacer fotos de las diferentes reparaciones y rellenar algunas plantillas con datos técnicos. Me pongo el chubasquero encima del vestido, me calzo las botas y cojo mi carpeta con el clip marrón en la parte superior y la pequeña cámara de fotos digital, sin duda alguna un clásico de coleccionista (casi tanto como la carpeta).

—¿Quieres un chubasquero? —le pregunto al grandullón.

Él niega con la cabeza y me sigue a unos pasos de distancia.

—Mira a quién tenemos aquí —se ríe un poquito Dave de mí cuando lo encuentro camino del muelle—, a lady Aston, Messina, Hale, ya no más Bolton. Deberías unirlos todos con un guion.

Yo tuerzo los labios. Cualquiera podría pensar que, que bromee justo sobre eso justo en este momento, es una pésima idea, pero no me conocen. Eso es justo lo que necesito, volver a la normalidad, y mi amigo lo sabe.

—Yo ni siquiera recuerdo cómo te apellidas tú —replico—. Soy como el cantante de la *boyband* demoniaca de la peli de las guerreras K-Pop, abandoné a mi madre y a mi hermana por un futuro mejor, solo que aquí tú eres mi madre y hermana y eres mucho más llorica.

Él asiente impresionado.

—Veo que estás en plena forma.

—Nah —suelto restándole importancia—, es que meterse contigo es muy fácil.

Los dos sonreímos.

—Para lo que necesites —dice ofreciéndome su puño para chocarlo.

—Para lo que necesites.

—¿Quién es ese tiarrón? —pregunta Halid cuando me acerco al barco; claramente se refiere al grandullón.

—Es mi Reacher personal —contesto haciéndole una foto al calado del barco—, el de la serie, no el de la peli.

—El de la peli daba más miedo —comenta Tim cambiando de herramienta.

—Yo, si tuviera que tener un guardaespaldas —interviene Adonis —, querría a alguien tipo Beetlejuice.

Todos, incluido el grandullón, lo miramos confusos.

Subo al barco y, observando el motor, marco lo que necesito en el formulario que llevo sujeto en la carpeta.

—¿El Reacher de la peli o el de la serie podría protegeros del fantasma de una novia psicópata el día de su terrorífica boda?

Halid y Tim lo miran pensativos, pero yo lo tengo claro.

—El mío sí —contesto sin dudar, bajándome del barco de un salto — y te recuerdo que a quien buscaba la novia psicópata era a Beetlejuice —añado alejándome.

—Hostias, es verdad —cae en la cuenta Adonis.

Sabía que Reacher no traería nada para comer ni querría dejarme sola, aunque estuviera literalmente rodeada de trabajadores de puerto, así que hice comida suficiente para los dos. Me cuesta mucho convencerlo, pero al final acepta sentarse en las escaleras con nosotros a la hora de almorzar. Creo que lo que lo ayuda a decidirse de verdad es que Halid abre su táper de comida. Eso huele a cielo culinario.

Tengo ganas de llamar a Christian unas siete veces por hora, pero me contengo todas. Habituarme aún más a tenerlo cerca, a oír su voz cada vez que lo eche de menos, no va a ayudarme en nada.

Estoy ordenando unos albaranes cuando mi móvil empieza a sonar. Me acerco a la mesa y miro la pantalla. Es Debbie.

—Hola —descuelgo con una sonrisa.

—Favor. Importante. De esos por los que en tu lecho de muerte puedes pedirme que no descanse hasta vengarte.

—Pensé que eso ya lo harías —contesto haciéndome la dolida.

—Te prometería que lo haría para que descansaras en paz, pero le daría a la misión dos meses como mucho. Si me haces este favor, no descansaré hasta que el dueño del aserradero que os mató a ti y a tu familia para construir la presa en tus tierras —dice haciendo referencia, al menos, al argumento de tres pelis de los noventa— muerda el polvo.

Lo medito un instante.

—Me parece justo. ¿Qué tengo que hacer?

—Keith me ha conseguido un curro de camarera para esta noche, pero mi jefe me ha pedido que me quede a ayudarlo con una reunión muy importante que tiene mañana a primera hora y no puedo ir. Necesito que me cubras.

Debbie trabaja como asistente legal en un bufete, pero es pequeño y no cobra mucho, así que lo complementa con otros curros como camarera siempre que tiene la oportunidad.

Keith tiene una agencia de trabajo temporal y nos consigue ese tipo de trabajos haciendo sustituciones puntuales y cosas así. No es un mal tío, pero sí bastante rencoroso y, si te consigue un curro y no te presentas, no volverá a llamarte hasta que realmente no tenga a nadie más, y siempre tiene a gente, o hasta que se le pase, más o menos, unos seis meses.

—Cuenta conmigo. ¿Cuándo y dónde tengo que ir?

—Tienes que estar a las nueve en punto en Queensboro City.

63

Daisy

Tan pronto como cuelgo, Reacher entra en mi campo de visión y me doy cuenta de que hay otro asunto del que tengo que encargarme. No puedo dejar que me acompañe. El grandullón llama mucho la atención y ¿qué clase de camarera va a trabajar con un guardaespaldas? Suena a oxímoron total.

Cojo mi móvil de nuevo y llamo a Christian. Solo lo hago por esto y por nada más.

«Mentirosa», me contradice la voz de mi conciencia mal disimulándolo con una tos.

—Daisy —me llama y solo su voz ronca pronunciando mi nombre derrite todos mis circuitos neuronales.

Resoplo mentalmente y me obligo a centrarme.

—Debbie me ha pedido un favor, debo sustituirla en el trabajo, pero no puedo llevarme a Reacher. Es como camarera y llamaría mucho la atención, además de resultar un poco incómodo.

—Meyer está contigo por tu seguridad.

—No va a pasarme nada —trato de hacerle entender—. Ni siquiera utilizaré mi nombre: para cualquiera que esté siguiendo los pasos de la señora Hale, ella ni siquiera estará allí.

—Daisy, no... —gruñe.

—Christian, voy a hacerlo.

Si hubiésemos tenido esta conversación hace dos días, habría terminado en una discusión monumental. Él se habría comportado como el bastardo insufrible que es, yo le habría tirado algo a la cabeza y, quién sabe, hasta puede que hubiese habido un poco de sexo salvaje... Cierro los ojos y vuelvo a resoplar. Está claro que esta línea de pensamientos no me ayuda. Pero ahora estamos en el punto en el que estamos y... bueno... es diferente.

—Está bien —cede claramente a regañadientes—, pero Meyer te dejará allí y yo te recogeré. No te moverás de allí hasta que llegue, Daisy. Hablo en serio.

Yo pongo los ojos en blanco. No soy de cristal. No voy a romperme.

—De acuerdo.

—¿Qué local es?

Daisy, piensa rápido. Es un loco controlador, así que sí o sí va a investigar la cafetería en cuestión. Si le contara que voy a trabajar en un club llamado Sin House en pleno Queensboro City, sería capaz de volver a secuestrarme con tal de impedírmelo.

—Es una cafetería, en la 62 con la Tercera. Se llama Daniel's Coffee.

—Te recogeré cuando termines el turno —se parafrasea.

—Gracias.

Ahora, en teoría, ya no hay nada más que decir; sin embargo, la tensión sigue envolviéndonos, no sé si para bien o para mal. Christian da una bocanada de aire y yo de pronto me sorprendo deseando que vuelva a hablar solo para oír su voz.

El corazón empieza a latirme muy deprisa.

Y eso no puede ser por demasiados motivos.

—Nos vemos después —cuelgo sin darle oportunidad a decir nada más.

Ya con el móvil sobre la mesa, suelto un profundo suspiro. ¿Por qué mantenerme alejada de él me está costando mucho más de lo que debería?

* * *

A las seis despejo mi mesa y me preparo para marcharme. Debbie me ha explicado por mensaje que allí me darán el uniforme, así que no tengo que preparar nada.

Veinte minutos después, Reacher detiene el Maybach negro frente a la cafetería.

—Gracias, grandullón —digo cuando bajo del coche.

Sin dudarlo entro en el local y me acerco a la barra.

—Me gustaría comer algo —le digo a la chica.

—Podemos atenderla en mesa.

—No te preocupes, te lo pido a ti directamente.

Es imposible que Reacher, que sé que no se ha marchado, oiga mi conversación, pero sí parecerá que me estoy presentando con la encargada para empezar mi turno.

Cuela. Porque un par de minutos después el grandullón se marcha. Yo suspiro aliviada, pido mi comida y me siento en una de las mesitas del interior, de las que no se pueden ver desde las ventanas o la puerta, por si mi guardaespaldas da una vuelta de control antes de irse.

Me quedo teletrabajando un poco y, a las nueve menos cuarto, salgo del Daniel's Coffee rumbo a Queensboro City.

La verdad es que nunca he estado en esta parte de la ciudad, aunque cualquiera que vive en Nueva York la conoce. Las leyendas sobre ella son, cuando menos, sorprendentes. Cuentan que los jefes de la mafia se reúnen aquí cuando tienen que hacer un trato, como

si fuera un lugar neutral. También que desde este lugar se controla todo el flujo de apuestas ilegales del estado, ¡lo que ya es mucho decir! Es como una especie de Suiza criminal, con sus propias leyes y gobierno, y todo está en manos del heredero de la familia King, al que llaman rey de Nueva York.

Una vez lo busqué en Google, por curiosidad, y no encontré absolutamente nada sobre él, ni siquiera una de esas fotos que hace la policía en blanco y negro con un teleobjetivo y en las que el escurridizo gángster solo sale de perfil. El señor King, si existe, sabe cuidar muy bien de su intimidad.

—Me recuerda a otro loco controlador que conozco —murmuro en un susurro, claramente refiriéndome a Christian.

Uso la única entrada a la ciudad subterránea, en la 59 con la Segunda, y un minuto después estoy oficialmente en Queensboro City. Mi abuelo me contó que vino una vez, aunque nunca me explicó por qué.

Accedo por fin a la calle principal y la verdad es que por un segundo no puedo evitar contener la respiración mientras miro a mi alrededor. La zona está sumida en una suave penumbra y todo está envuelto en un halo de peligro, como si de pronto nos hubiéramos trasladado al mundo de *Peaky Blinders*, un trozo de principios del siglo XX en mitad del XXI.

Las calles están salpicadas de charcos debido a la proximidad del East River. La sensación me gusta, me recuerda al puerto.

Hay muchas más personas de las que me imaginaba, hombres y mujeres, muchos de ellos con pinta de criminales, no voy a negarlo. La música jazz que sale de uno de los bares inunda la calle y, mire donde mire, encuentro a gente hablando; entrecierro los ojos divertida, ¿hablando o negociando?

Hay coches muy caros aparcados junto a los locales. Espera, ¿eso es una matrícula diplomática? Mis ojos se agrandan. Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

—Perdona —llamo la atención de una de las chicas con las que me cruzo—. Estoy buscando el Sin House.

Ella sonríe y me señala lo que calculo es el centro de la calle.

—El local con el neón rojo —contesta con una media sonrisa—. No tiene pérdida, encanto.

—Gracias.

Continúo caminando y, a cada paso que doy, noto que esa sensación de estar en un lugar peligroso se va multiplicando poco a poco, como si estuviese a punto de entrar en el corazón de Queensboro City.

Avanzo un par de metros y lo veo. La chica tenía razón. No había pérdida posible. Las paredes y la gruesa puerta del local están pintados de negro y sobre ella un escueto neón rojo donde puede leerse «Sin House».

Todavía no he entrado, pero sospecho que el nombre le va que ni pintado.

Debbie me ha explicado en su mensaje que entre por la puerta lateral. Un rápido vistazo me sirve para ver un pequeño callejón que bordea ese lado del club. Tiene que ser ahí.

Un hombre que debe de medir aproximadamente dos metros por dos metros y tiene cara de muy pocos amigos me mantiene la mirada sin decir una palabra, custodiando la puerta que necesito usar. Estar rodeada de gigantones es el destino que me ha tocado.

—Hola —lo saludo. Cero respuestas—. Me han llamado para trabajar aquí. Me llamo Debbie Carver.

El tipo me estudia un poco más manteniéndose imperturbable. ¿Ha sido buena idea mentirle? No sé hasta qué punto, pero ahora no

puedo echarme atrás.

—Pasa —dice al fin abriendo la puerta—. Pregunta por Dione.

—Gracias.

Entro y, cuando la puerta se cierra a mi espalda, suelto todo el aire que sin darme cuenta había contenido.

Otros dos hombres de seguridad de tamaño y actitud similares custodian la puerta por dentro.

—Soy Debbie Carver. Tengo que encontrar a Dione.

Uno de ellos asiente, el otro ni siquiera me mira, con los ojos fijos en la salida. El primero abre una puerta a su espalda y me indica con un golpe de cabeza que pase.

—Sigue el pasillo —me explica—. La habitación del fondo.

Yo asiento y hago lo que me dice. El pasillo en cuestión no tiene nada que ver con la oscuridad y la tensión que se respiraba en el pequeño vestíbulo. Parece el pasillo de una casa o un edificio normal; desde una de las habitaciones se oye música, algo suave, y gente hablando y riendo. Al pasar junto a la puerta, me doy cuenta de que es una especie de sala de descanso, con una mesa redonda de madera y sillas que no hacen juego entre sí. Hay una pequeña cocina con un frigorífico enorme, una televisión y un sofá con pinta de ser algo viejo y muy cómodo.

Seis personas de distintas edades están dentro, pero ninguna me presta atención, concentradas en la conversación o en el partido de la televisión. La atmósfera que se respira ahí dentro parece realmente acogedora.

Sonrío. Me ha dado buen rollo. Imagino que trabajan aquí y parecen llevarse muy bien, compartiendo el descanso.

Justo cuando voy a llegar a la puerta del fondo, una mujer negra sale de ella. Va vestida de una manera moderna y sofisticada y lleva el pelo afro recogido en un moño en lo alto de la cabeza, dejando

ver un pinganillo en su oído derecho. Lo confirmo cuando veo un *walkie* enganchado a su cinturón.

Me mira de arriba abajo y sonríe.

—Tú debes de ser Debbie —dice señalándome con lo que creo que es un lápiz de ojos.

Asiento.

—¿Dione? —pregunto.

—Llámame Di.

—Claro.

Me gusta la energía que desprende.

—Tienes que pasar a la sala del fondo, cambiarte y maquillarte. Las chicas te ayudarán. Yo vuelvo enseguida.

—De acuerdo.

Camino los pasos que me separan de donde me ha señalado y al fin entro en la habitación. Hay al menos una decena de chicas y, aunque es cierto que van todas vestidas igual, lo que llevan no se parece en nada al uniforme habitual de una camarera. Llevan vestiditos de verano, todos blancos de tirantes con diminutos estampados. No voy a negar que me gustan muchísimo. Podría ser perfectamente una de las prendas de mi armario.

También me llama la atención que algunas llevan peluca, la misma, larga, castaña y suavemente ondulada, lo que claramente significa que es parte del vestuario.

—Perdona —digo acercándome a una de ellas—, es la primera vez que trabajo aquí. Di me ha explicado que debo cambiarme y maquillarme aquí, pero no sé qué...

Ella asiente entendiéndome a la perfección.

—No te preocupes. Ven. —Me hace un gesto para que la siga.

Lo hago hasta un armario bastante grande. Ella lo abre y me mira fijamente, imagino que evaluando mi talla.

—Una M —le facilito la tarea.

—Lo había pillado —responde con una sonrisa orgullosa, girándose de nuevo hacia el mueble y pasando perchas hasta sacar un vestido igual a los de las demás y de mi talla.

Me sorprende que todo lo que haya en el armario sean vestidos de verano de tirantes de diferentes colores y estampados.

Me pide que la siga de nuevo, esta vez hasta los espejos rodeados de gruesas bombillas, como los que hay en los camerinos de las estrellas de cine.

La mayoría de las chicas están en esa zona, algunas charlando, otras maquillándose o peinándose.

—MJ —llama a una de las chicas que se está maquillando sentada frente al espejo, con una malla en la cabeza para cubrir y retener su pelo y poder ponerse después la peluca sin problemas.

—¿Qué? —responde sin dejar de prestar atención a lo que está haciendo.

—Es la chica nueva. Se llama... —Me mira invitándome a decir mi nombre.

—Debbie.

—Debbie —repite—. ¿Te encargas de maquillarla?

Al oírla, la aludida la mira a través del espejo un poco mal.

—¿Por qué siempre tengo que ocuparme de las nuevas?

—Porque eres la que más tiempo lleva haciendo esto.

—Tres años de mi vida —se lamenta, pero es obvio que hay un trasfondo divertido.

—Y también la mejor.

—No me hagas la pelota.

—Puedo ser desagradable si lo prefieres, pero ¿a dónde iba a llevarnos eso?

La otra chica tuerce los labios en señal de desaprobación, pero acaba aceptando.

—Está bien, está bien —responde haciendo aspavientos con una mano mientras con la otra cambia de brocha—, pero me debes una.

—Lo apuntaré en el bloc —contesta la primera marchándose.

—Más te vale. —Da un sonoro suspiro—. Debbie, ¿no? —dice ahora mirándome a mí, siempre a través del espejo—. Cámbiate primero. Puedes dejar tus cosas en la tercera taquilla contando desde la izquierda. Está libre.

—Claro —contesto moviéndome.

—Y date prisa —me azuza.

—Sí.

Regreso un par de minutos después con el vestido puesto. Llevándolo me parece aún más bonito. MJ me está esperando apoyada en el sillón en el que antes estaba sentada. Ya se ha pintado, pero aún no lleva la peluca.

—Siempre lo dejo para el final —me explica entendiendo qué estaba pensando—. Me da demasiado calor. Siéntate —me pide girando el sillón para que quede frente a ella.

—Nuestro trabajo es muy sencillo —comenta mientras empieza a maquillarme—. Si nos llaman, hay veces que no lo hacen, tenemos que salir a la sala principal y simplemente pasearnos.

Frunzo el ceño.

—Creí que era un trabajo como camarera.

—No, bueno, sí —se autocorrige—, pero solo servimos al rey.

—¿Al rey?

—Al rey de Nueva York —responde como si fuera obvio—, el señor King.

Yo la miro sorprendida. Entonces, la leyenda es real. Es cierto que existe un rey de Nueva York que comanda Queensboro City y, desde

aquí, toda la ciudad.

—Importante —me avisa—. No hables con ningún cliente y tampoco con él. Puede que el rey te pregunte algo, tú limítate a sonreír y punto. Hablo en serio, no pienses que, porque estamos aquí para él, puedes pillar ventaja de eso e intentar ligártelo. Mandará que te despidan sin dudarlo.

Parece que con él lo de inaccesible se queda corto.

—Solo bebe Jack Daniel's sin hielo —continúa—, pero no te preocupes, las camareras de la barra lo saben. Tú solo sé simpática, sonríele cuando te mire; también puedes guiñarle un ojo y cosas así, gestos dulces y divertidos.

Pillo toda la información, aunque la verdad es que no entiendo muy bien el fin del trabajo. Supongo que mantener al rey contento... Eso suena muy medieval.

Caigo en la cuenta de algo.

—Has dicho que solo salimos si nos llaman.

Ahora es el turno de MJ para asentir mientras me pinta los labios.

—Sí, a veces no tenemos que salir —me explica llevando un labio contra otro para que haga lo mismo—. Solo lo hacemos si el rey quiere. Normalmente es porque está de mal humor o ha tenido un día duro, somos su manera de dejar de pensar. No hará falta que te pongas la malla, tienes el pelo corto, con que te lo recojamos con un par de clips valdrá.

MJ sigue contándome cómo funcionan las cosas, como que cobramos igual aunque no salgamos, y vuelve a hacer hincapié en lo de que no me acerque a ningún otro cliente y mucho menos hable con él.

—Aunque, bueno, ninguno va a llamarte ni hablarte —continúa terminando de ajustarme la peluca—. Todos tienen muy bien aprendida la lección. Ya puedes mirarte.

Me giro con una sonrisa y, la verdad, con un poco de curiosidad, pero lo que veo en el espejo me deja sin palabras. Soy yo. Quiero decir, eso es obvio, pero me refiero a que soy yo. Estoy disfrazada de mí misma, de la yo de antes. Tenía así el pelo, me maquillaba así, muy discreta pero con los labios rojo *pin-up*, y desde luego usaba estos vestidos. ¿Qué está pasando?

—Muy importante —me indica MJ tendiéndome algo—. Usa una de estas, da igual el color. Si no te apetece recogerte el pelo, no hay problema, pero entonces llévala en la muñeca.

Miro ese «algo», pero una parte de mí ya sabe lo que es. Son gomillas de colores, como las que usaba antes.

—Oye, ¿esto es algún tipo de broma? —le digo sin entender absolutamente nada. Seguro que se le ocurrió a Dave y Mabel y Debbie aceptaron encantadas para vengarse de mí por no haberlos invitado a mi boda.

MJ frunce el ceño sin entenderme, pero justo cuando voy a pedirle que se deje de historias y que la he pillado, Di entra en la sala.

—Todas listas, el rey nos quiere fuera —avisa dando un par de palmadas.

Todas las chicas corren poniéndose en fila.

—Quítate los zapatos —me avisa MJ.

Me fijo en que todas van descalzas. Rápida, me quito las Converse y las dejo junto a una de las sillas.

De verdad que no estoy comprendiendo nada. ¿Es una coincidencia? Pero es que es una demasiado grande, el pelo, el vestido, incluso las gomillas de colores.

Cruzamos el pasillo y alcanzamos otro, más oscuro y un pelín más sombrío. La música que flota en el aire cambia y solo se oye la que proviene de la sala principal. Es como si, paso a paso, estuviésemos

bajando a una versión del infierno moderna y sofisticada. Sin House, la casa del pecado. El nombre lo dice todo.

La puerta se abre.

La canción «Unholy» se hace con el ambiente.

Pasamos a la sala, dominada por los colores negro y rojo y suavemente iluminada. Hay una barra enorme a un lado y frente a ella se desperdigan las mesas, todas muy íntimas. No quiero fijarme en los clientes, pero solo una pasada te sirve para saber que son personas influyentes; llevan trajes caros, relojes caros. Aquí se respira poder y dinero.

Las chicas empiezan a salir de la fila moviéndose por el espacio. Yo las imito con una extraña sensación de inquietud, pero también de querer estar aquí, aunque ni siquiera sepa por qué, como si fuera a ser peligroso y excitante a la vez.

Pero da igual, porque nada me prepara para lo que veo.

64

Daisy

Al fondo de la sala, presidiéndola, hay algo así como una tarima con una mesa más grande con varias sillas y la que queda de frente a todos es una especie de trono moderno, y sentado en él está Christian.

Está acomodado en ese trono como si le perteneciera, escorado hacia un lado, con una de las piernas flexionada, la rodilla sobre el brazo de la poltrona y la planta de su zapato en el canto de la mesa, mientras que el otro pie lo mantiene firmemente plantado en el suelo. Uno de sus antebrazos descansa encima de esa rodilla y su otro codo está apoyado en el brazo opuesto, con el lateral de su índice sobre sus labios en ese gesto tan suyo.

Lleva los mismos pantalones a medida con los que seguro que ha ido a la oficina esta mañana, la camisa blanca e impoluta, que se ha remangado dejando a la vista sus antebrazos y de la que se ha desabrochado los primeros botones del cuello, los elegantes zapatos... pero no lleva solo eso. Puedo distinguir el cinturón de una pistolera en sus caderas y las pistolas que guarda, una a cada lado, como en la versión más oscura de un vaquero del salvaje Oeste.

Esa postura, cómo charla con Dallas, sentado a su derecha, incluso cómo mira la estancia, hablan de control, de dominio absoluto. Esta sala, este local, esta tierra y todos los que habitan en ella le pertenecen porque él es el rey de Nueva York.

La respiración se me acelera desordenada cuando esta revelación impacta contra mí. Ahora entiendo el poder que siempre ha manejado, los hombres que trabajan para él como si fueran un pequeño ejército, que sea tan celoso de su intimidad y tan insistente con la seguridad.

Sigo moviéndome. No quiero que me reconozca, quiero averiguar más cosas de este lugar. Aunque ahora que lo pienso, ¿cómo iba a darse cuenta de quién soy en realidad? Literalmente estoy con otras quince yo, mi yo hace cuatro años. ¿Por qué lo hace?

Me fijo en cómo una de las chicas se acerca a llevarle un vaso de *bourbon*, él la mira con adoración en los ojos, pero al mismo tiempo no la está mirando a ella, está mirando un recuerdo. Christian levanta la mano y con el índice, asegurándose de no tocar otra parte de su cuerpo, acaricia la gomilla verde que lleva en la muñeca.

El corazón me late tan deprisa que francamente temo que alguien vaya a oírlo.

¿Cuánto tiempo hace que estas chicas u otras chicas hacen esto? MJ ha dicho que llevaba tres años en este trabajo. ¡Por Dios, tengo un millón de preguntas y la curiosidad por las nubes! Y no sé qué demonios hacer.

Maldita sea, no puedo dejar de mirarlo. Es como si lo peligroso que parece ahí sentado, lo temerario, también se tradujese en una parte sensual, aún más magnética, aún más salvaje. ¡Es el puto rey de Nueva York! Y cada vez que lo pienso siento la tentación de apretar los muslos.

Christian me mira.

Sonrío como me ha indicado MJ mientras el corazón está a punto de salírseme del pecho. No debería estar nerviosa. Lo tengo controlado. Solo tengo que ser yo.

Pero él no me observa un segundo completo antes de fruncir el ceño y levantarse. Dallas a su lado lo contempla confuso hasta que lleva su vista hasta lo que Christian está mirando fijamente, hasta mí.

Yo tendría que moverme, huir, pero no soy capaz y me quedo clavada en el suelo como si mis pies estuviesen hundidos en cemento.

Dallas dice algo, pero Christian no lo escucha y camina decidido en mi dirección. Yo contengo la respiración errática. Llega hasta mí, bajo la cabeza, pero nada de eso importa porque me coge de la muñeca y tira de mí sacándonos de la sala sin ni siquiera mirar atrás.

Me ha reconocido. En un mar de chicas vestidas como yo, actuando como yo, él ha sabido que solo yo era real.

Atravesamos un laberíntico entramado de pasillos y Christian abre una puerta revelando un despacho. Cierra a nuestro paso y nos deja en mitad de la habitación, frente a frente, con un millón de sentimientos a flor de piel y la sensación, completamente testada, de que podría encontrarme en un estadio lleno de gente.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—¿Crees que esa es la pregunta más urgente en este momento? —respondo sin poder controlarme.

—Contéstame —me ordena sin piedad.

—Este es el trabajo de camarera en el que tenía que cubrir a Debbie. Te mentí diciéndote que era en el Daniel's Coffee porque pensé que no me dejarías venir a Queensboro City sin protección.

—¿Te haces una idea de lo peligroso que es este lugar?

Por inercia miro las pistolas de sus caderas. De pronto recuerdo cuando descubrí la que llevaba bajo su chaqueta cuando discutimos

en un despacho de la Empresa. Me pareció raro que un CEO fuese armado, pero es que Christian es mucho más que eso.

—Eres el rey de Nueva York —pretendo que sea una pregunta, pero no la entono de manera adecuada.

—¿Me lo estás preguntando o solo querías saber cómo suena en voz alta? —replica burlón.

—Estoy hablando en serio —pronuncio, y mi voz se tiñe de preocupación mientras me pierdo en los ojos más verdes del mundo.

Si esta leyenda en particular es cierta, tengo que pensar que las demás también lo son. Las que hablan de capos de la mafia, apuestas ilegales, tráfico de drogas y prostitución. Cosas fuera de la ley y muy peligrosas.

—Esto es muy peligroso —le digo sin darme cuenta de que lo estoy parafraseando.

Sus labios se elevan en el inicio de una media sonrisa.

—Sé lo que hago.

—¿Y por qué lo haces?

—Porque el poder de verdad está aquí —contesta sin arrepentirse — y es todo mío.

¿Por qué tiene que parecerme sexy que se comporte como un bastardo arrogante? ¡Quiero gritar de pura frustración!

—Tú no eres un King —trato de atar todos los cabos.

Los King, una de las familias originales de Nueva York.

—En realidad, sí. Mi madre era una King, la única hija de Victor King, el anterior rey de Nueva York. Así que aquí abajo soy Christian King.

Le mantengo la mirada.

—El rey de los rascacielos de día, el rey del submundo criminal de noche.

Una tensión nueva, más innegable, más sofocante, imposible de evitar, va colándose entre los dos llenando cada átomo de aire de este despacho.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque es peligroso —responde dando un paso hacia mí, haciendo que yo lo dé hacia atrás.

Todavía tengo más preguntas.

—Puedo aguantarlo.

—¿Y por qué querrías que lo hubiera hecho? —Otro paso más, suyo y mío.

—No lo sé, pero querría haberlo sabido.

Noto cómo mi culo choca con el borde de la mesa. Christian da el paso que nos separa mientras se pasea el pulgar por el labio inferior sin levantar los ojos de mí, decidiendo qué hará conmigo.

—¿Por qué haces que esas chicas se vistan como yo? —indago porque sé que es cuestión de tiempo que mi cuerpo rinda todas las naves.

Christian me coge de las caderas. Me sienta sobre la mesa. Se abre paso entre mis piernas.

—Porque tú eres lo único capaz de calmarme.

Estoy a punto de sonreír, una de esas sonrisas que te parten la cara en dos.

—Christian...

—Porque necesito poder fingir que todavía sigues sonriéndome como hace cuatro años —las puntas de sus dedos suben por mi muslo—, mirándome así —sigue subiendo, y mi respiración se evapora cuando una caricia fugaz seduce mi pelvis—, que aún estás enamorada de mí.

Y aprieta posesivo mi cadera.

Un gemido se escapa de mis labios.

Mi corazón se hincha en el centro de mi pecho.

—Alguna vez... —dejo en el aire la pregunta incapaz de plantear si alguna vez las ha tocado, si se ha acostado con ellas. Ni siquiera quiero imaginarlo.

—Jamás —contesta con una seguridad absoluta, acariciando mi nariz con la suya.

—Pero ellas...

—Solo he necesitado un segundo para reconocerte porque ninguna de ellas eres tú.

Me besa con fuerza y yo no necesito nada más para dejarme llevar. Rodeo su cuello con mis brazos. Los besos suben de intensidad en cuestión de segundos, de décimas de ellos. No hay nadie en este club, en el mundo, que no seamos nosotros. Los demás sobran. No nos importan. Pueden irse al infierno.

Rodeo su cintura con mis piernas, Christian me estrecha contra él. Más besos. Más gemidos contra sus labios, más de su respiración caótica, que me está excitando más que nada.

Me coge del cuello y me besa regodeándose, torturándome, provocándome, haciendo que el placer se despliegue perezoso por mi vientre. Me separa unos centímetros que no quiero para mirarme a los ojos. Yo intento volver a acercarme, pero Christian me mantiene exactamente donde desea.

Sus ojos dominan los míos y siento cómo la temperatura sube dentro y fuera de mi cuerpo, poniéndome muy complicado pensar en otra cosa que no sea él.

—Me has mentido —me advierte con la voz ronca.

Yo le mantengo la mirada sintiendo cómo el deseo va creciendo aunque ni siquiera entienda por qué, como si su voz estuviese conectada directamente con mis ganas.

—¿Crees que voy a dejarlo pasar? —me tortura.

No, por favor, no lo hagas.

La excitación se dispara contra el techo, lo destroza y sigue subiendo y subiendo mientras siento el calor y la rebelión de todas las células de mi piel.

—Bájate de la mesa y date la vuelta —me ordena.

Una sonrisa acelerada y llena de placer anticipado se dibuja en mis labios mientras Christian se aparta un paso de mí. No tengo el espacio suficiente para hacer lo que me ha pedido sin que mi cuerpo se roce con el suyo una y otra vez, pero a ninguno de los dos nos importa.

Obedezco. Christian vuelve a deshacerse de la distancia que nos separa. Se inclina sobre mí y, antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, yo ladeo la cara hacia mi hombro para estar más cerca de él.

—¿De quién eres? —me pregunta con esa voz que podría rendir a cualquier mujer.

Trago saliva. Siento su polla grande y dura pegarse a mi culo. Me contengo para no gemir.

—Soy tuya.

—Soy tuya, ¿qué? —me tortura.

—Soy tuya, señor.

Tan pronto como lo digo, empuja mis hombros y me tumba sobre la mesa, con mi mejilla descansando encima de la madera.

Despacio, me sube el vestido hasta las caderas sin regalarme las caricias de sus dedos, haciendo que el vendaval que tengo dentro de mí alcance el rango de huracán.

Descubre mis bragas.

Me las rompe de un tirón.

Mi respiración se vuelve un caos.

Christian me acaricia el culo sin delicadeza, no la quiero. Se separa un segundo de mí y entonces lo siento, un azote, con fuerza.

Gimo por la sorpresa y el fino hilo de dolor se deshace en una oleada de placer.

—¿Otro? —pregunta.

No pienso. Solo respondo lo que quiero responder.

—Por favor.

Siento su media sonrisa antes de volver a azotarme.

Otro gemido, todavía más lleno de una excitación sin límites.

—¿Otro?

—Sí.

Y ya no pregunta más. Sigue azotándome sin que pueda dejar de gemir, demasiado excitada para intentar entender lo que le pasa a mi cuerpo, pasándolo demasiado bien como para pararme a preguntar «¿Por qué?». Solo quiero disfrutar.

Y entonces, tomándome por sorpresa, Christian me embiste con fuerza. Estoy tan mojada que su enorme erección entra con una facilidad casi ridícula.

—¡Christian! —grito.

—Joder —sisea agarrándome con fuerza de las caderas. Su apoyo para marcar un ritmo de escándalo.

Lo siguiente sabe al mejor castigo del mundo.

Empieza a moverse rápido, duro, haciéndome sentir toda su longitud cada vez que entra, cada vez que sale, cada vez que me domina por completo, haciendo que mi placer se vuelva infinito.

Cambia el punto de apoyo inclinándose sobre la mesa y clavando las palmas de sus manos en la madera flanqueando mi cara.

Llega aún más adentro.

Me vuelve aún más loca.

—¡Dios!

—Podría pasarme el resto de mi maldita vida haciendo esto, Daisy —ruge—. No quiero dejar de follarte nunca.

Me revuelvo en la mesa tratando de digerir el placer, me pongo de cara a la madera buscando desesperadamente algo a lo que agarrarme.

Pero entonces tira de mí sujetándome de los antebrazos y pega mi espalda a su torso. Dejo caer la cabeza contra su hombro, perdiendo la cara en su cuello mientras él sigue embistiéndome con una fuerza atronadora.

—Christian, Christian, Christian... —empiezo a murmurar con los ojos cerrados, como si fuera mi mantra del sexo alucinante.

Uno de sus brazos se desliza por mi estómago, manteniéndome exactamente donde me quiere. Su otra mano se pierde entre mis muslos y, sin frenar sus envites, me acaricia justo en el centro de mi sexo, exactamente como lo necesito.

—¡Christian! —grito echándome hacia delante buscando alguna manera de digerir el placer.

¡Es demasiado intenso! ¡Es demasiado grande! ¡Está llegando demasiado adentro!

Pero él no tiene piedad.

Sus dedos, su polla, su boca clavándose en mi cuello.

—¡Joder!

Y me corro más fuerte que en ningún otro momento de mi vida mientras me folla el rey de Nueva York.

Christian no ha acabado conmigo.

Vuelve a girarme entre sus brazos. Me sienta en la mesa, me abre las piernas, se sitúa entre ellas y me las separa aún más, guiando una de ellas con la mano hasta presionarla contra la mesa, abriéndome para él.

Se coge la polla con la mano que tiene libre, pero no entra y empieza a deslizar la punta por mi sexo húmedo y caliente.

Gimo, echando la cabeza hacia atrás, entregándome al placer sin condiciones.

Una, dos, tres veces. Pierdo la cuenta. Solo puedo gemir.

Y me embiste.

Y el placer estalla.

Y vuelvo a correrme mientras él no baja el ritmo ¡un maldito segundo!, multiplicando las oleadas de placer absoluto. Más rápido. Más dentro. ¡Mejor!

—¡Christian! —empiezo a temblar sin poder dejar de gemir.

Sigue follándome. Me coge del cuello. Aprieta suavemente. Me besa. Y me corro por increíble, deliciosa y maravillosa tercera vez.

Christian me besa con más fuerza, más tosco, y se vacía dentro de mí con mi nombre en sus labios.

Cuando nos miramos con los labios entreabiertos por nuestras respiraciones aceleradas, con su mano sosteniendo mi nuca, simplemente no puedo hacer nada más. Le pertenezco. Es así de honesto, de cruel.

—Buena chica —dice con una sonrisa sexy y preciosa en los labios.

Nos separamos despacio y solo entonces me doy cuenta de que lleva condón; ha debido de enfundárselo mientras estaba contra la mesa y lo agradezco. Yo ni siquiera había pensado en eso.

Me pone su camisa, lo que me hace sonreír porque huele a él, e incluso me la abotona mientras, sosteniendo el teléfono entre su mejilla y su hombro, ordena a alguien que traiga mi ropa de la taquilla.

Nos marchamos a Hudson Yards juntos solo para seguir haciendo lo que hemos hecho en ese despacho toda la noche.

Un sexo salvaje, alucinante e imposible de olvidar, como si se te hubiera quedado marcado a fuego en la piel.

No me deja dormir hasta las cinco de la mañana, pero me da completamente igual.

* * *

Cuando el despertador suena dos horas después, me arrepiento un poco, pero pienso en lo bien que lo he pasado y se me pasa.

Me giro, cojo los audífonos de la mesita y me los coloco en un gesto rápido y familiar. Ahora que ya no tengo que esconder mi sordera, no hay razón para dormir con ellos, algo que era francamente incómodo.

—Estoy muerta de sueño —me quejo refregando mi nariz contra su pecho.

Estaba dormida justamente así, sobre su pecho, con el brazo de Christian envolviendo mis hombros.

—Dime algo que no sepa —responde bostezando.

Me mentalizo de que tengo que levantarme, la vida es así de dura, o ni siquiera me dará tiempo a ducharme y robar una tostada a algún pobre incauto.

Me estiro, me incorporo, odio mi vida, pero, cuando ya he hecho lo más difícil y estoy a punto de salir de la cama, noto sus dedos rodear mi antebrazo y arrastrarme de nuevo a la cama, dejándome de rodillas sobre el colchón. Yo me quejo entre risas, pero la verdad es que no presento lo que se dice una oposición implacable.

Él también se ha incorporado y nos deja muy cerca, casi frente a frente, casi tocándonos. Tiene una de las manos apoyadas en el colchón, con el brazo estirado, lo que hace que los músculos de su torso y sus hombros se tensen deliciosamente. La sábana le llega

hasta la cintura, dejando ver esos abdominales increíbles y, por si fuera poco, sé que bajo la tela de algodón egipcio está completamente desnudo. ¿Vamos a jugar a eso de intentar concentrarme lo suficiente para mantener una conversación? No, creo que no.

Sus dedos acarician suavemente mi antebrazo sin llegar a soltarme del todo. La luz incide por todas partes, pero ¿mi favorita? Su pelo castaño revuelto y sus ojos verdes.

—Tengo que ir a trabajar —le recuerdo.

—En realidad, no —me recuerda él a mí—, pero tengo que reconocer que me pareces una monada sentada en las escaleras de la oficina con tu *tablet* sobre las rodillas. Haces que me entren más ganas de follarte —sentencia contra mis labios bajando la voz y volviéndola más ronca— y tengo ganas de follarte todo el puto tiempo, imagínate cómo es mi vida por tu culpa.

Yo quiero hacerme la dura, pero no puedo más y sonrío, casi río.

Él asiente mirándome, fingiéndose indignado.

—¿Te hace gracia? —pregunta haciéndose el amenazante.

Yo me pierdo en sus ojos, porque yo también tengo ganas de tenerlo todo el día encima de mí.

—¿Vas a volver a castigarme si digo que sí? —El valor se esfuma después de haber sido capaz de preguntar algo así y acabo bajando la cabeza mientras me muerdo el labio inferior y noto cómo me sonrojo hasta las orejas.

—Joder —gruñe Christian entre dientes antes de arrodillarse, abalanzarse sobre mí y estrellar sus labios contra los míos, pillándome por sorpresa, aunque, no os preocupéis, reacciono rápido y me uno al beso.

—¿Ves lo difícil que me lo pones? —me pregunta mirándome a los ojos, a esta distancia tan pequeña, otra vez contra mi boca, los dos

sin aliento.

Yo vuelvo a sonreír sin poder creerme todavía eso de que un hombre que podría tener a la mujer que quisiese me haya elegido a mí, y soy consciente de que el amor propio es algo que debe depender de nosotras y de nadie más; sin embargo, he de reconocer que, que me mire así, es la mayor inyección de autoestima del mundo.

—Quiero que volvamos a intentarlo, Daisy —dice sin dejar de atrapar mis ojos azules—. Esta vez de verdad. Quiero que funcione para los dos, no por un acuerdo ni por las acciones. Solo nosotros.

65

Daisy

Yo le mantengo la mirada. El corazón está a punto de estallarme en el pecho de pura felicidad, he soñado tantas veces con oírle decir algo así. Hace cuatro años, cada día, y después también, aunque no quisiera reconocerlo, y ojalá pudiera saltar en sus brazos y ya está, pero es que está todo lo demás. Lo que ya he sufrido, perder a mi abuelo por su culpa, que me crea capaz de empujar a alguien por las escaleras, y soy consciente de que él podría decir lo mismo de mí porque jura y perjura que no dio la orden de dejar de pagar las facturas al hospital. Sencillamente, no confiamos el uno en el otro. Es triste y duele más que nada, pero también es cierto. ¿Qué futuro nos espera así?

Esa es la parte metódica y racional. Sin embargo, mi corazón quiere lo que quiere y me odio por no poder dárselo y de pronto estoy enfadada y triste y frustrada y nerviosa y me levanto de un salto porque necesito alejarme de él.

—No puedo —digo poniéndome el vestido a toda velocidad.

—Daisy —me llama Christian levantándose también, colocándose los vaqueros—. Espera. Tenemos que hablar.

—No, no hay nada de que hablar —contesto aún más inquieta, alzando suavemente las manos.

—Claro que tenemos que hablar —replica acelerado—. Sé que hace cuatro años me equivoqué...

—¡Hace cuatro años me destrozaste! —grito sin poder controlarlo, y siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas.

—Lo sé —contesta otra vez sin vacilar, ni siquiera un poco—. Me comporté como un gilipollas y te hice daño, pero quiero arreglarlo, compensarte y demostrarte que puedo ser el marido que tú te mereces.

Niego con la cabeza sobrepasada.

—Lo haces parecer fácil, pero no lo es. Yo estaba enamorada de ti, Christian. Nunca había tenido una relación, tú fuiste el primero en todo para mí, ¡y a ti ni siquiera te importaba!

—¡Claro que me importabas! ¡Tú me importabas! —contesta necesitando desesperadamente que lo crea.

—¡No es verdad!

¡No tratas así a alguien que te importa! ¡No lo echas de tu vida!

—Daisy, me volvías loco —replica dando un paso hacia mí—. Eras dulce y divertida y tenías un corazón enorme. Sigues siendo todo eso, joder, y sigues siendo preciosa. —Coge mi cara entre sus manos —. Desde que te fuiste no he podido tocar a una sola mujer porque no he sido capaz de dejar de pensar en ti en estos cuatro años.

Yo vuelvo a negar con la cabeza apartándome de sus manos y, maldita sea, me duele el corazón.

—No puedo.

Ya no soy capaz de contener más las lágrimas y bajo la cabeza tratando de ocultarlas.

—Sí puedes —intenta reconfortarme—. Sé que asusta, pero puede funcionar.

—¿No lo entiendes? Yo no estoy asustada —sentencio con rabia, recordando cómo me sentí cuando me echó de su casa, cuando no me dejó hablar, ¡cuando no me creyó!—. ¡Estoy muerta de miedo de que vuelvas a hacerme daño!

—¡Te juro que no lo haré! —salta él también.

—¡¿Y por qué tendría que creerte?! —le escupo aún más enfadada.

—¡Porque te quiero!

Esas tres palabras nos dejan callados a los dos. Conozco lo suficiente a Christian como para saber que odia haberlo soltado así, en un arrebato y no cuando él hubiese decidido decirlo, pero también que no se arrepiente.

Mientras, yo siento como si pudiese volar y al mismo tiempo no quisiese ir a ningún sitio porque ya estoy delante de mi hogar.

Y ojalá ser feliz fuese suficiente, pero es que tengo demasiado miedo porque ya jugué esa carta, ya lo hice con él y acabé perdiéndolo todo.

Más lágrimas caen.

—Yo también te quiero, pero esto no va a funcionar y yo no quiero volver a sufrir. Ni siquiera sé si esta vez sobreviviría.

Es la primera vez que nos decimos «te quiero».

—Daisy —me llama casi en una súplica.

Sé que él también está sufriendo, que también odia todo esto.

—Lo siento —susurro echando a andar rápido, recogiendo mi bolso de la silla y las Converse junto a ella y dirigiéndome hacia la puerta.

—Daisy.

—Lo siento mucho —me parafraseo antes de marcharme definitivamente.

Me calzo en el vestíbulo, me cuelgo el bolso cruzado y salgo disparada.

—Llévame a casa, por favor —le pido a Reacher metiéndome en el coche sin esperar a que nadie me abra la puerta.

A los segundos se sienta tras el volante y me saca de Hudson Yards. En cuanto las ruedas comienzan a rodar, yo no puedo soportarlo más y rompo a llorar. Es Christian. Me ha dicho que me quiere y yo ni siquiera he tenido el valor de quedarme.

* * *

En mi apartamento, me doy una ducha, me pongo ropa limpia y vuelvo a bajar. Me he pasado todo el camino hasta el East Side llorando y me da miedo que, si me doy un solo segundo de pausa, volveré a hacerlo cuando tengo perfectamente claro que eso nunca soluciona nada. Toca aguantar el tirón y seguir adelante, pero, maldita sea, cómo duele.

Pienso en pedirle a Reacher que se vaya e irme al puerto en metro, pero es más fácil así. No puedo arriesgarme a que llame a Christian y tener que hablar con él.

No estoy precisamente animada y los chicos se dan cuenta, pero consigo despistarlos. Un par de bromas, un par de sonrisas y contestar «Estoy bien» unas diecisiete veces. Soy una ninja emocional.

A eso de las cinco, cuando estoy despejando mi mesa para marcharme a casa, caigo en la cuenta de que hoy no he ido a ver a Caleb a la hora del almuerzo y ayer tampoco lo hice. Me mordisqueo el labio inferior y tomo una decisión. Lo primero es asegurarme de que Lady Víctima no estará, así que uso el procedimiento habitual.

Uso el fijo y espero hasta que descuelgan.

—Hale Corporation.

—Buenas tardes, llamo de Lightspeed Express Delivery Systems para saber si la señorita Gillian Bolton —por mucho que le pese ese es su apellido— sigue en el edificio. Acaba de entrarnos un sobre

para el Departamento de Imagen y Relaciones Públicas a su atención.

La recepcionista teclea durante unos segundos en el ordenador mientras me gano una suspicaz mirada por parte de Reacher, aunque por supuesto no dice nada.

—Sí, aún se encuentra en su oficina.

—Gracias.

Cuelgo, termino de recoger mis cosas en un par de minutos y me dirijo a la salida.

—¿Puedes llevarme a Catskills? —le pregunto.

—Por supuesto, señora Hale —contesta sin dudar.

Sé que aun así me la estoy jugando, ya que podría decidir marcharse de la oficina en cualquier momento y encontrarme allí, pero francamente no me importa. No pienso permitir que nadie vuelva a alejarme de Caleb.

El señor Hale me da un abrazo cuando me ve y me acompaña hasta la habitación de su hijo. Me disculpo con Coreen por no haber estado aquí al mediodía y no haber avisado y me siento a su lado.

Cuando llevo un par de minutos aquí, me doy cuenta de que hoy no sé de qué hablar con él, así que decido leerle. No sé por qué, eso me tranquiliza... bueno, en realidad sí lo sé, es porque ese libro siempre me recordará a Christian.

Llevo unas dos horas aquí cuando decido marcharme. Toca volver a Hudson Yards. Resoplo. Una parte de mí quiere seguir escondida en mi apartamento, pero sé que no es una opción y no tiene nada que ver con que hiciésemos un trato y este matrimonio tenga que parecer real ante la junta; va de que soy capaz de afrontar cualquier cosa y eso incluye al dueño de los ojos más bonitos del mundo.

—¡Daisy! —oigo una voz risueña que me llama.

Tardo un segundo de más en reconocerla, pero lo hago. Es Mallory, la novia de Noel.

—Mallory, ¿qué tal estás? —pregunto volviéndome.

Estamos en el elegante distribuidor de la mansión.

—La verdad, eso va a depender de cómo contestes a la pregunta que voy a hacerte.

Yo arrugo la frente aún más confusa, pero no puedo evitar sonreír. Mallory es muy simpática y transmite buen rollo al instante.

—¿Qué pasa?

—Verás —empieza solemne—, yo tenía mis planes, pero Noel me ha insistido para que cenemos y pasemos la noche aquí y no he podido negarme. Entonces me ha dicho que tú también estabas en la mansión y he pensado «Genial, ya tengo una compinche».

Yo dudo. Christian y yo no hemos hablado desde esta mañana, no sé en qué punto estamos y, francamente, no quiero descubrirlo aquí. Además, las dos últimas veces que he intentado comer en este lugar han sido un desastre.

Sin embargo, Mallory se me adelanta.

—Sé que el otro día la cosa no acabó muy bien —habla sin tapujos del elefante rosa de la habitación—, pero ya sabes lo que dicen: la tirita es mejor quitársela de un tirón, así que repitamos cuando el trauma aún está fresco, como una terapia de choque.

La miro y vuelvo a sonreír, esta vez casi reír. ¡Es imposible no hacerlo! Y, ya puestos, también estoy teniendo bastantes problemas para decirle que no.

—A Brayson le encantaría —me tienta— y así —añade estirando suavemente las vocales al tiempo que baja la voz y entrelaza su brazo con el mío para que ganemos intimidad— no estaría sola en el frente anti-Gillian. Cada cena con ella es como si estuviese sentada con una villana de una ópera de Puccini en el funeral de un Kennedy.

Trato de aguantarme la risa, pero ahora sí que no soy capaz. Es que es imposible expresarlo mejor.

—Está bien —resoplo—. Si a Christian le parece bien, por mí estupendo.

Tenemos que seguir casados por las acciones, lo que significa que no puedo huir de él y, además, tampoco es lo que deseo. Yo quiero que sigamos hablando y riéndonos y tocándonos y seguir fingiendo que no significa nada, lo que automáticamente hace que me sienta como una persona horrible. Dios, es tan frustrante...

Mallory acepta y me hace caminar hasta la cocina.

—¡Noel! —lo riñe cuando entra. Lo ha pillado en pleno robo de galletitas saladas—. ¡La cena ya casi está lista! La señora Jett lleva horas preparando ragú de cordero.

Él le pone un pucherito, sin soltar las galletas, aclaro, y ella cede con un gesto de mano mientras pone los ojos en blanco.

—Eres imposible —se lamenta.

Los tres sonreímos. Me gusta la pareja que hacen.

—Llama a Christian y convéncelo de que se queden aquí esta noche. Yo ya he convencido a Daisy.

Noel me mira y yo asiento.

—Necesitaba una compinche —me explico.

Su novio frunce el ceño en un «¿Qué?» silencioso y ella se encoge de hombros, haciéndome sonreír otra vez.

Noel llama a Christian y ya es definitivo, pasaremos la noche aquí.

Noel, Mallory y yo nos trasladamos al salón donde Brayson no tarda en unirse a nosotros. Empezamos a charlar y antes de darnos cuenta estamos riéndonos por algo que ha contado Noel. Siempre me sorprende, pero es increíble lo rápido que logro sentirme cómoda aquí, como si con los Hale estuviera mi lugar en el mundo.

Todo va así de genial hasta que aparece Gillian.

—¿Celebramos algo? —pregunta tomando asiento en uno de los sofás con una estudiada sonrisa.

—Nada en especial —contesta Brayson—. Solo estábamos pasando un tiempo en familia.

No puedo evitar una sonrisa cuando lo oigo. Brayson se da cuenta y me devuelve el gesto.

—El día en la oficina ha sido agotador —toma rápidamente el relevo de la conversación—. Hemos tenido al menos tres reuniones de alta prioridad...

Sigue hablando, pero yo sencillamente desconecto.

La señora Jett entra en la preciosa sala de estar llevando una bandeja con cinco vasos elegantemente tallados con un líquido rojo lleno de rodajas de naranja.

—Los he visto tan animados que me ha parecido un momento ideal para prepararles un cóctel —se explica caminando hacia nosotros.

Todos la recibimos con sonrisas. Nota a pie de página: La única que no es sincera es la de Gillian. Seguro que lo ve como una toma de confianza inapropiada por parte de un miembro del servicio. Sí, es una esnob de manual.

—Son negronis —anuncia la cocinera—, mi especialidad.

La señora Jett nos tiende la bandeja y vamos cogiendo nuestro vaso mientras ella pone con delicadeza un posavasos sobre la elegante mesita de centro.

—Tengo uno reservado para el señor Hale en la cocina —me dice en un susurro refiriéndose a Christian.

—Gracias, señora Jett —respondo con una sonrisa.

Cuando llega hasta Gillian, ella le hace un gesto con la mano para que retire la bandeja sin coger su vaso.

—Sabes que no soporto el Campari —le recuerda refiriéndose a uno de los ingredientes de la bebida.

La cocinera se lleva la mano al pecho muy afectada, lo que me hace pensar que no lo está en absoluto.

—Lo siento muchísimo, señorita Bolton —contesta haciendo un casi imperceptible hincapié en las dos últimas palabras.

Gillian la fulmina con la mirada, ¿qué falta de respeto es esta? Ella es la única e indiscutible señora Hale, pero tiene que morderse la lengua porque también es la abnegada, grande de espíritu y corazón Gillian. Pobrecita.

—No te preocupes —responde a regañadientes.

La señora Jett se gira para retirarse, pero justo antes de hacerlo me guiña un ojo, lo que me demuestra que lo ha hecho todo absolutamente a propósito y yo, por supuesto, le sonrío agradeciéndoselo.

La conversación continúa a pesar de los intentos de Gillian por monopolizarla hablando de su trabajo.

—Está siendo muy duro, pero no pienso rendirme —comenta—. Christian insiste en que contratemos a más personal, le preocupa que trabaje demasiado, pero yo sé que no es necesario. Puedo encargarme de todo.

Yo me contengo para no poner los ojos en blanco. Solo dice esa clase de cosas buscando una reacción en mí, pero no va a conseguirla.

En ese momento la puerta suena y un puñado de segundos después Christian aparece en el salón. En el preciso instante en el que lo hace, sus ojos barren la habitación buscándome y, cuando nuestras miradas se encuentran, por Dios siento que puedo volver a respirar.

¡Maldita sea! Todo es tan confuso. Estoy furiosa con él, estoy dolida con él, y a pesar de todo quiero que esté aquí. Supongo que por eso una parte de mí quería regresar a mi apartamento, no porque fuese débil y no quisiese enfrentar esto, sino porque no era tan temeraria como el resto de mi cuerpo y sabe lo peligroso que puede ser que vuelva a enamorarme de él.

—Buenas noches a todos —dice en voz alta—. Hola —añade en un susurro que es casi imposible oír solo para mí.

—Hola —respondo de la misma manera.

Christian se sienta a mi lado, pero mantenemos las distancias, lo que es raro y me cuesta muchísimo, como si nuestra conexión se hubiese transformado en el juego de imanes más potente del mundo y nos empujara el uno contra el otro, sin descanso.

Sé que él también lo siente porque puedo notar su cuerpo tenso y no sabe qué hacer con sus manos, como si, al no poder ponerlas sobre mi cuerpo, ninguna otra cosa fuese suficiente.

Suspiro mental. Lo necesito.

—La cena está servida —nos avisa la cocinera.

Gracias a Dios.

—Gracias, señora Jett —responde Brayson—. Pasemos al comedor, chicos —nos pide levantándose.

Todos lo imitamos. Estoy a punto de seguir a Mallory cuando noto una mano rodear mi muñeca. El corazón me da un vuelco y doy una suave bocanada de aire con los ojos cerrados, reuniendo el valor suficiente para no caer, justo antes de girarme.

—¿Cómo estás? —me pregunta en cuanto estamos frente a frente. Los demás ya han salido de la sala de estar.

Otro latido de más. No soy ninguna idiota. Soy capaz de ver que se preocupa por mí, pero es que no puedo dejar de pensar que todo llega demasiado tarde.

—Estoy bien.

—¿Estás segura de que quieres estar aquí? Podemos marcharnos a casa y...

—Quiero estar aquí —lo interrumpo.

Él me estudia con la mirada, buscando algo que le indique que no estoy siendo sincera.

—Vale —contesta.

Tengo la sensación de que quiere decir más cosas, pero también de que no va a hacerlo.

Yo asiento y, sin mirar atrás, echo a andar hacia el comedor.

La cena se me hace interminable. Christian está a mi lado y, cada vez que lo miro, siento como si el corazón se me hiciese más grande y las mariposas de mi estómago me llamasen «Idiota» a coro con mi libido, que está peligrosamente cerca de amotinarse. En fin, lo que se conoce como un humor ideal.

Encima tengo que soportar todos los intentos de Gillian por llamar su atención.

En cuanto tengo oportunidad, lanzo el universal «Estoy cansada. Ha sido un día muy largo y mañana tengo que madrugar» y subo al dormitorio de Christian.

Sé que él tiene que discutir algo con Dallas por teléfono, así que podré tener un ratito de calma para mí.

Lo mejor será una ducha relajante. Antes de entrar en el baño, me quito los audífonos y los dejo sobre la cómoda. Hasta hoy, cuando me los quitaba, siempre me había molestado en esconderlos para que Christian no los encontrara, pero ya es un hábito del que me puedo deshacer.

Un par de segundos después estoy debajo del chorro de agua del baño en *suite* y, sí, señor, sienta muy bien.

Cuando termino, me envuelvo en una toalla y lo primero que hago tras secarme el pelo un poco con una más pequeña es salir de nuevo a por mis audífonos. No me importa estar sin ellos cuando estoy sola, pero me siento muy indefensa si no los llevo y hay gente alrededor; es como si, de alguna manera, el mundo continuara girando y yo no tuviera permiso para subirme en él.

Sin embargo, cuando llego hasta la cómoda, no están. NO ESTÁN. La inquietud me aprisiona el estómago de golpe y siento un sudor frío recorrerme la columna vertebral.

Me agacho y miro en el suelo, bajo el mueble, bajo la cama. Me levanto y corro hasta el baño por si, sin darme cuenta, los hubiera llevado hasta allí, pero no están y yo ya lo sabía porque recuerdo perfectamente que los he dejado sobre la cómoda.

Los ojos se me llenan de lágrimas y me llevo la palma de la mano a la boca de puro miedo.

Me quito la toalla. Rápida abro la maleta que Christian ha mandado que nos traigan desde Hudson Yards y me pongo el pijama, el primero que veo, de Christian, no me importa. No me he secado y mi piel mojada me pone un poco complicado ponerme las prendas, pero me da igual.

Descalza, salgo disparada escaleras abajo. Están en el salón. Irrumpo allí e inmediatamente capto la atención de todos, que me miran confusos y sorprendidos a partes iguales. Quiero hablar, pero no puedo. Nunca lo he hecho sin audífonos. No puedo.

El corazón me late como un loco demasiado asustado.

En cuanto me ve, Christian se levanta y corre hasta mí. Me coge suavemente del cuello con las dos manos tratando de calmarme. Me habla, pero no puedo oírlo. Intento concentrarme en leerle los labios, pero nunca se me ha dado demasiado bien y estoy demasiado nerviosa.

Estoy agobiada, inquieta, enfadada, triste. Una lágrima cae por mi mejilla.

No sé si es por la forma en la que lo miro, pero Christian lo entiende. Despacio, me mete el pelo mojado detrás de la oreja, me ladea la cabeza y confirma lo que ha sabido sin ni siquiera entender cómo.

Busca de nuevo mi mirada y yo asiento. Las manos me tiemblan. La mirada de Christian se intensifica llenándose de preocupación y entonces lo hace, aparta sus manos de mi piel y las mueve delante de mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta en lenguaje de signos.

Yo lo miro sin poder creerme lo que está pasando, pero aliviada de que esté pasando.

Una sonrisa destartalada se escapa de mis labios.

—¿Cuándo has aprendido a hablar por lenguaje de signos? —pregunto moviendo las manos rápido.

Él lee mis dedos y una sonrisa se cuela en sus labios.

—Lo *estar* aprendiendo. Así que hazlo lento, por favor.

Yo sonrío, pero tengo las mejillas llenas de lágrimas y eso lo hace todo un poco raro y no puedo evitar volver a sonreír justo por eso.

—¿Por qué lo has hecho? —vuelvo a preguntar.

—Por ti.

Y el corazón nunca me había latido tan rápido.

66

Christian

Me mira con esos grandes ojos, azules y preciosos, con la cara llena de lágrimas y sonriendo a la vez y creo que me enamoro un poco más de ella.

Daisy no lo duda, da el paso que nos separa y, poniéndose de puntillas, rodea mi cuello con sus brazos, abrazándome con fuerza, hundiendo su cara en ellos. Yo tampoco dudo, joder, no lo haría por nada ni nadie, y mis brazos estrechan su cintura contra mí al tiempo que hundo mi nariz en su pelo.

El domingo fue un día largo y difícil, pero tomé muchas decisiones. Las dos primeras: que mandaría construir los mejores audífonos imaginables para ella y que aprendería el lenguaje de signos porque, si por el motivo que fuera, no los tenía, no quería que se sintiera sola ni un solo segundo.

No esperaba tener que ponerlo en práctica tan pronto, pero ha merecido la pena.

Todos nos observan, pero no me importa. Haría cualquier cosa por protegerla.

Intuyo la suave sonrisa de mi padre cuando dice:

—Dejémoslos solos.

Y oigo las pisadas de todos mientras se marchan.

Ni siquiera sé cuánto tiempo pasamos así hasta que nos separamos despacio. Tengo que apartar mis manos de su cuerpo y

me cuesta un puto mundo, pero no me queda otra.

—¿Dónde están tus...? —No sé cómo se dice «audífonos», así que termino la frase señalándole la oreja.

Ella me entiende y asiente.

—Los dejé en la habitación y ya no están.

Frunzo el ceño. ¿Qué coño ha pasado? La cojo de la mano y la llevo de vuelta a nuestro dormitorio. Daisy me señala la cómoda, indicándome con la palma dónde los dejó. Revisamos el mueble, incluso lo separo de la pared, los cajones, el suelo, nada.

No quiero pensar en la peor posibilidad y francamente me parece una locura, pero alguien ha tenido que llevárselos.

Traduzco esa última parte.

—¿Quién? —inquiere Daisy frustrada, levantando las dos manos.

Yo trato de pensar. Diría que ha sido alguien del servicio, pero no tiene ningún sentido... la señora Jett adora a Daisy y la mayoría de las empleadas también. ¿Alguien de mi equipo de seguridad? Pongo mi vida en sus manos cada día, confío en ellos.

—No te preocupes —le pido tratando de ser práctico. Encontraré a la persona que le ha hecho esta putada a Daisy, pero ahora mismo lo único que importa es ella—. Mandé que te fabricaran unos audífonos nuevos...

No sé cómo se dice «recuerdas», así que me golpeo la sien con la yema del índice. Mi chica es la más lista del mundo y lo pilla al vuelo asintiendo.

—Hablaré con ellos. Conseguiré que mañana a primera hora estén aquí.

Daisy me mantiene la mirada; sé que tiene sus reticencias, ese tipo de tecnología es complicada y lleva su tiempo.

—Confía en mí —le pido—. No voy a dejar que esto te duela un solo día.

Ella me mira, también sé que tiene sus reservas frente a esas tres palabras, que me las he ganado a pulso, pero finalmente asiente y de alguna manera siento que puedo volver a respirar.

Le indico que me dé un minuto y saco el teléfono. No quiero que se sienta incómoda viéndome y no oyéndome, así que salgo al pasillo.

Al primer tono, Meyer responde.

—Señor.

—Quiero que encuentres al CEO de Microingenierías Talbot —rujo —. Le encargué unos audífonos para Daisy y necesito que estén listos antes de las siete de la mañana de mañana. Dile que triplicaré el precio. Cuando acepte, preséntate en su empresa y no te vayas hasta que no los tengas. En cuanto pase, tráemelos.

—Entendido, señor.

Cuelgo y vuelvo a la habitación. Daisy está sentada en el borde de la cama, con las piernas cruzadas como en una clase de yoga. Me acuclillo frente a ella y me tomo un momento para observarla. Lleva puesto mi pijama, con el pelo aún húmedo. Parece más frágil, más inocente, y ese algo dentro de mí que solo quiere protegerla, el puto motor, gruñe y ruge con fuerza porque sé que ahora mismo estoy en el único lugar en el que quiero estar.

Coloco el reverso del índice bajo su barbilla y la obligo a levantar la cabeza.

—Cuéntame algo —le pido en lenguaje de signos.

Ella frunce el ceño confusa, pero también divertida.

—¿Te parece el mejor momento para hablar?

—Me parece un momento alucinante —contesto sin dudar.

Ella lee mis manos, rompe a reír y el sonido me calienta por dentro, haciéndome sonreír encantado por su reacción.

Enérgico, me levanto y, sentándome sobre una de mis piernas flexionadas, me acomodo en la cama mientras ella se gira para tenerme de frente.

—La primera pregunta es fácil —le digo—, ¿a que lo hago genial?

Mi comentario la pilla por sorpresa, pero tuerce los labios conteniendo una sonrisa justo a tiempo.

—No está mal —responde.

—Soy increíble —anuncio engreído solo para hacerla sonreír otra vez.

Daisy ladea la cabeza risueña, sin levantar los ojos de los míos.

—No me obligues a mover las manos más rápido para dejarte en ridículo.

Yo arrugo la nariz en ese gesto que sé que le resulta sexy.

—Me encanta cuando me dices guarradas.

Rompe a reír. Misión cumplida.

Tengo que pedirle que vaya un poco más lento. Hace poco que he aprendido el lenguaje de signos y a veces tengo que ayudarme con el móvil para recordar cómo se dicen algunas palabras o directamente, el uno frente al otro, escribiendo en nuestros *smartphones*, seguimos hablando absolutamente de todo. Daisy controla el lenguaje a la perfección y, cuando se emociona con algo, como hablando de los documentales de crímenes reales que le encanta ver en Netflix, entre risas, tengo que pedirle que vaya un poco más lento.

Charlamos hasta que el sueño la vence y se queda dormida acurrucada a mi lado. Yo podría hacer muchas cosas, pero, antes siquiera que piense en las posibilidades, me quedo viéndola dormir y desde el primer segundo sé que estoy perdido.

No quiero que este matrimonio se acabe.

Quiero que funcione.

Sé que ella está asustada, pero también que esta noche ha cambiado las cosas porque ha confiado, está confiando en mí.

Están a punto de dar las seis cuando llaman suavemente a la puerta del dormitorio. Antes he recibido un mensaje poniéndome al día, así que sé que es Meyer.

Abro, aunque me aseguro de no hacerlo demasiado. Me molesta que pueda ver a Daisy. Ahora está relajada, en un momento íntimo y vulnerable, nadie tiene por qué verla así.

—Aquí tiene, señor —dice entregándome una pequeña caja de metal blanco—. El señor Talbot le ha mandado un *email* con algunas recomendaciones de uso y también un recordatorio de la cita de la señora Hale a las diez de la mañana para terminar de hacer los ajustes necesarios y completar la personalización, aunque puede usarlos desde ahora mismo sin problemas.

—Averigua qué fue lo que pasó con los otros audífonos —le ordeno—. Alguien se los llevó de esta puta habitación.

—Sí, señor.

Cierro la puerta y camino hasta Daisy con una sonrisa y la caja en la mano. Tendría que esperar a que se despertara, pero es que estoy deseando que los vea.

—Nena —la llamo moviéndola con mimo.

Ella suelta un gruñidito que me hace volver a sonreír. Es adorable, joder.

—Nena —vuelvo a llamarla.

Le acaricio la punta de la nariz con el índice. Daisy farfulla algo con el ceño fruncido y acaba abriendo los ojos.

Va a hablar, pero, justo antes de hacerlo, se contiene y una punzada de preocupación atraviesa sus ojos azules. Yo siento la misma rabia de ayer recorrerme de pies a cabeza. Pienso encontrar

al cabrón que ha hecho esto y matarlo con mis propias manos, pero antes hay algo más importante que debo hacer.

—Tengo algo para ti —digo en lenguaje de signos.

Daisy frunce de nuevo el ceño y hace la seña de «¿Qué?» marcando una diagonal con el índice de la mano derecha sobre la palma de la izquierda.

Yo le tiendo la caja. Se le ilumina la mirada, sospechando lo que es, y se incorpora de golpe, olvidándose del sueño que tiene. La abre con cuidado y ahí están, dos juegos de audífonos de última generación, fabricados especialmente para ella.

—Hay dos —gesticula emocionada.

Yo asiento.

—Pensé que sería buena idea tener uno de repuesto —le explico.

Ella me devuelve el gesto afirmativo encantada y se prueba uno de los pares. En cuanto los tiene puestos, su expresión cambia por completo de la manera más sutil y preciosa que he visto jamás. Sonrío observándola, sintiendo una punzada de orgullo.

Daisy se levanta de un salto y corre hasta la ventana, estoy seguro de que para oír los pájaros de los árboles.

—Los oigo —dice girándose hacia mí con una sonrisa nerviosa y feliz.

—Me alegro muchísimo —contesto.

Mi voz hace que Daisy vuelva a mirarme. Sus maravillosos ojos azules se llenan de un montón de cosas bonitas y otra vez solo puedo sonreír.

—Y te oigo a ti —dice, y su sonrisa se hace un poco más grande y, joder, ilumina toda la habitación.

Sin dudarlo, corre hasta mí y, rodeando mi cuello con sus brazos, exactamente como hizo ayer, me abraza con fuerza, escondiendo su cara en mi cuello.

Yo no dudo, no lo haría por nada del mundo, rodeo su cintura con mis brazos y la estrecho contra mí.

Su olor me sacude, a flores y a vainilla, y simplemente siento que todo está en paz.

—Gracias, Christian —susurra.

—Haría cualquier cosa por ti.

Siento su sonrisa ensancharse y, cuando se separa, obtengo la recompensa de poder verla. Nos quedamos mirándonos a los ojos y nuestra conexión empieza a brillar, alimentándose de las cosas que hemos dicho, pero también con las que nos hemos callado.

Nuestras respiraciones se vuelven más pesadas.

El corazón me late como un loco, el motor, el león. Todo. Y todo a la vez.

Sé que ella siente lo mismo.

Y no voy a dejarla escapar.

—Será mejor que vaya a... —murmura separándose.

Pero yo no suelto su mano y, sin arrepentirme ni siquiera un poco, tiro de ella haciéndola girar hasta chocarse de vuelta contra mí, la cojo suavemente del cuello y la beso con fuerza.

En el primer segundo, Daisy se queda muy quieta, sin hacer nada, y cuando estoy a punto de pensar que la he jodido otra vez, tira de mi camisa acercándome más a ella, devolviéndome el beso.

No puedo más. No quiero poder.

La levanto a peso, ella rodea mi cintura con las piernas y camino hasta la cama dejándonos caer en ella.

Me separo un tortuoso centímetro para mirarla a los ojos.

—Voy a hacerte muy feliz. Te lo juro —le prometo.

Daisy sonríe debajo de mí y yo estoy a punto de aullar.

—Más te vale, rey de Nueva York.

Beso su sonrisa con la mía y volvemos a perdernos el uno en el otro.

No sé cuánto tiempo llevamos así cuando mi móvil comienza a sonar. La primera vez lo ignoro. No pienso moverme de aquí ni por nada ni por nadie, pero, cuando tras un instante de silencio vuelve a sonar, me preocupa que sea el CEO de Microingenierías Talbot por algo relacionado con los audífonos.

—Vuelvo enseguida. No te muevas —le digo separándome.

—¿Alguna vez te han dicho que eres un poco mandón? —se burla mirándome como si fuese una científica testando su objeto de estudio.

Yo me humedezco el labio inferior sin levantar los ojos de ella. Daisy asiente reafirmándose en sus palabras. Yo la imito y, tomándola por sorpresa, la pellizco en la cadera justo antes de levantarme e ir de una vez a por el teléfono.

Ella suelta un gemido lastimero que no tiene demasiado valor porque no deja de reír.

Por fin me concentro en la pantalla y frunzo el ceño al ver la palabra «Papá» iluminarse en ella.

—Es mi padre —pronuncio confuso.

¿Por qué me llama? Está en esta misma casa.

Al oírme, Daisy se arrodilla sobre el colchón y se mueve hasta llegar al borde.

—¿Qué pa...?

—¡Caleb se ha despertado! —me interrumpe emocionado.

Yo miro a Daisy con el corazón retumbándome feliz mientras una torpe sonrisa se cuela en mis labios.

Daisy lo entiende perfectamente.

—¿Caleb? —pregunta esperanzada en un susurro.

Yo asiento y ella se levanta de un salto con una sonrisa enorme.

—Pero, papá, espera —lo llamo recuperando el tono serio—, ¿estás seguro?

No quiero que pase como la última vez.

—Sí —responde emocionado—, estoy con él, Christian. Tiene los ojos abiertos.

Vuelvo a recuperar la sonrisa de golpe.

—Vamos para allá.

Cuelgo. Le ofrezco mi mano a Daisy y ella me la estrecha sin dudar. Salimos de la habitación, los dos descalzos, ella con mi pijama y yo con la ropa de ayer, pero ¿a quién le importa?

Atravesamos el salón, el distribuidor y el pasillo prácticamente corriendo y por fin llegamos al cuarto de Caleb.

La puerta está abierta. Mi padre está con Gillian y Coreen, rodeando la cama de Caleb. Al verlo despierto con mis propios ojos, mi sonrisa se hace aún más grande. ¡Ha vuelto! ¡Mi hermano ha vuelto!

Oímos unos pasos acelerados y, un par de segundos después, Noel y Mallory están a nuestro lado.

¡Está despierto! Es que no puedo dejar de sonreír.

—Ya hemos llamado a la ambulancia —me explica Coreen—. Necesitamos llevarlo al hospital para que comiencen con las pruebas lo antes posible.

Yo asiento y mi respuesta es para ella, pero no puedo dejar de mirarlo a él.

Doy un paso más hacia la cama. Nuestras miradas se encuentran.

—Hola —digo, y en ese mismo momento rompo a reír de pura felicidad.

Él no responde, lógicamente no puede, pero en su mirada puedo ver que me ha entendido, el «Hola a ti también» que no es capaz de pronunciar.

Caleb mira a su alrededor con ojos cansados y entonces se quedan fijos en Daisy. Intenta hablar, pero no puede. Una de las máquinas comienza a sonar indicando que su pulso se está acelerando.

67

Christian

Mi hermano cabecea exasperado al no poder comunicarse. El corazón le late aún más rápido. Levanta unos centímetros la mano. Ese simple esfuerzo le está costando muchísimo, pero no se rinde y estira los dedos.

¿Qué coño está pasando?

Pero Daisy sí parece entenderlo. Camina hasta él y estrecha su mano. La mirada de Caleb se relaja por fin, como su corazón, y una lágrima resbala por su mejilla mientras ella le dedica la sonrisa más dulce del mundo.

Yo no sé qué está pasando, pero sí comprendo, como todos nosotros, que la persona a la que buscaba hasta con su último atisbo de fuerza era a ella. Tenía miedo de que él estuviera enfadado con Daisy, pero ahora me doy cuenta de que me equivocaba. Se quieren como hermanos y eso no cambiará jamás.

* * *

Nos cambiamos de ropa y nos vamos al hospital. Gillian y Coreen han ido en la ambulancia.

Después de toda la mañana de pruebas y reconocimientos médicos por distintos especialistas, el jefe de Neurología del Presbyterian nos explica que el estado de salud de Caleb es bastante

bueno teniendo en cuenta que lleva cuatro años en coma, pero que necesitará tiempo para volver a un estado de actividad normal: rehabilitación física y también fonoaudiológica, neuronal y psicológica, ya que ahora mismo ni siquiera es capaz de hablar.

Nos pide paciencia a la vez que nos da la enhorabuena y yo no puedo dejar de sonreír como un idiota cada vez que lo veo interactuar de la manera que sea, incluso una mirada me vale.

Compro algo de comida en la cafetería del hospital y Daisy y yo damos buena cuenta de ella en la escalera de incendios para tener algo de intimidad. Solo son dos sándwiches de ensalada de atún y un par de sodas, pero, gracias al motivo por el que estamos aquí y por la compañía, me sabe un millón de veces mejor que un lujoso almuerzo en un restaurante de tres estrellas Michelin.

Desgraciadamente, también toca trabajar. Meyer se lleva a Daisy al puerto y yo me marcho a la oficina. Hemos quedado en encontrarnos aquí cuando ella termine con el señor Blaine.

—Estás de tan buen humor que hasta Debra te ha mirado raro —me pincha Noel.

Yo me humedezco el labio inferior ocultando una media sonrisa, de pie tras mi escritorio. Hoy ni siquiera me importa que se meta en mi vida.

—¿No deberías estar trabajando?

—Ya trabajo —se queja sentado cómodamente en uno de los sillones al otro lado—. De hecho, soy el mejor. Por eso puedo permitirme pequeños momentos de ocio.

—¿Y tus momentos de ocio significan venir a molestarme a mí?

Él asiente sin ninguna clase de remordimiento.

—Trabajo veinticinco minutos y los cinco siguientes los dedico a venir a incordiarte a ti. Sigo el método Pomodoro.

Yo lo miro mal, teniéndome que aguantar la risa, y finalmente lo echo. Puede que esté de buen humor, pero hay costumbres que no hay que perder.

—Lárgate.

—A mandar.

Se levanta y abre la puerta, pero, cuando está a punto de salir, se gira de nuevo hacia mí.

—¿Una copa después del trabajo? Hay mucho que celebrar. Conozco un sitio...

El móvil de Noel comienza a sonar. Mira la pantalla sin dejar de hablar, pero, al reconocer el número, se centra en la llamada.

—Diga... ¿Desde cuándo? ¿Y por cuánto? —añade molesto. Yo frunzo el ceño, pero lo disimulo rápido—. Eso es inaceptable... Sí, voy para allá.

En cuanto cuelga, lo miro esperando a que se explique.

—Son los putos envíos desde Busán —gruñe pasándose la palma de la mano por la cara—. El puerto de Los Ángeles está poniendo problemas.

Aprieto los dientes.

—Este tema tiene que estar arreglado ya —siseo.

Rodeo mi mesa para salir de mi despacho e ir con Noel al Departamento de Producción. No pienso permitir que este asunto se retrase un solo día más.

Estamos atravesando la planta cuando oigo a alguien llamarme. Me giro y veo a Gillian a unos pasos de los ascensores. Arrugo la frente confuso, aunque, como antes en mi despacho, lo disimulo rápido.

—¿No tendrías que estar con Caleb en el hospital?

Pensábamos hacer turnos para que siempre estuviese acompañado, estar en un hospital ya es lo suficientemente

deprimente como para encima hacerlo sin una cara amiga, pero ella ha insistido en que no quería separarse del lado de Caleb.

—Estaba agotada y he pensado que venir a la oficina a recoger algo de trabajo pendiente me vendría bien. Volveré enseguida.

¿Ya está agotada? Caleb no lleva ni doce horas despierto.

Voy a responder, pero algo me dice que mueva la cabeza en una dirección muy concreta. No me sorprende encontrar a Daisy justo allí. Una sonrisa que no me esfuerzo en disimular se cuela en mis labios, pero no se queda ahí ni un mísero segundo. Daisy no parece cómoda con lo que sea que le está diciendo la recepcionista de planta. Si no fuera una locura, diría que se está atreviendo a echar a mi mujer.

68

Christian

—¿Qué está pasando? —rujo deteniéndome delante del mostrador de la recepcionista de planta.

Daisy es la primera en verme llegar y algo se levanta orgulloso y feliz al comprobar el alivio en su expresión porque yo esté aquí.

La recepcionista, en cambio, no lo hace y puedo ver la sonrisa taimada que le dedica a Daisy justo cuando la está amenazando, teléfono en mano, con llamar a seguridad.

En cuanto repara en mí, su expresión cambia por completo y se cuadra de hombros profesional.

—Señor Hale, esta chica —pronuncia con tono despectivo— pretende entrar a verlo sin ninguna clase de cita previa. Le he pedido amablemente que se marche, pero ella ha seguido insistiendo.

Daisy suelta un resoplido fugaz entremezclado con una sonrisa breve y mordaz, dándome a entender que lo de «amablemente» ha sido solo un añadido narrativo.

—Es mi mujer —digo con la expresión fría, sin un gramo de piedad porque no pienso tenerla por haberle faltado al respeto a Daisy—, puede venir cuando quiera, las veces que quiera y, si quiere verme a mí o a cualquiera de las personas que trabajan en este edificio, va a ser bien recibida, siempre.

La expresión de la recepcionista cambia como si acabara de calibrar el lío en el que se ha metido ella solita.

—Lo... Lo siento, señor Hale.

—A mí no —siseo intimidante—, a ella.

La empleada asiente rápido y se gira para mirar a Daisy.

—Lo siento muchísimo, señora Hale, pero no sabía que usted era, bueno, la señora Hale.

—Quizá estaría bien que no trataras así a nadie —replica Daisy—, independientemente de con quién esté casado.

Mis labios se elevan en el inicio de una media sonrisa, otra vez orgulloso de ella. Tiene razón, todas las personas merecen ser tratadas con respeto, pero, si concretamos un poco más, a ella ni el viento va a rozarle un maldito pelo.

—Recoge tus cosas. Estás despedida.

Daisy va a decir algo e imagino lo que es. Ella tiene un corazón enorme y la adoro por eso, pero no pienso dejar que nadie la trate así.

—Señor Hale —se le adelanta la empleada—, yo no sabía que ella era la señora Hale, ni siquiera sabía que usted se había casado.

—Recibiste un comunicado interno —le recuerdo.

Pero ella empieza a negar frenética. No creo que me esté mintiendo, pero ¿qué coño ha ocurrido entonces? ¿Ha sido un error?

—Debra —la llamo en cuanto descuelga—, ordené que se enviara un comunicado interno a todos los empleados avisándolos de mi boda con Daisy. ¿Se ha hecho?

La oigo teclear unos segundos antes de contestar.

—No, señor.

Aprieto los dientes. ¡Joder!

—Si vuelves a hablarle así —amenazo a la recepcionista apuntándola con el índice, con la voz suave, mil veces peor que un

grito—, ni siquiera me molestaré en decirte que estás despedida, los de seguridad te sacarán a rastras.

Ella vuelve a asentir un número ridículo de veces y vuelve a disculparse con Daisy antes de que agarre la mano que le tiendo y tire de ella para que empecemos a caminar.

—¿Qué ha pasado, Christian? —pregunta confusa.

Las personas con las que nos cruzamos nos observan con una mezcla de confusión y sorpresa de que vayamos abiertamente agarrados de la mano, de que yo vaya con alguien así, maldita sea, confirmándome de nuevo que nadie ha recibido ese puto comunicado.

—Te lo contaré ahora mismo —le prometo—. Dame un minuto.

Enseguida la veo. Sigue hablando con Noel.

—Gillian —la llamo sin ninguna amabilidad—, ¿por qué demonios no se ha enviado el comunicado interno que te ordené anunciando a los empleados que me había casado con Daisy?

Ella la mira, solo una décima de segundo, un par de pasos a mi espalda, antes de centrar su atención en mí con una sonrisa. Los dos gestos me fastidian, aunque no puedo explicar por qué.

—Lo siento, Christian, perdóname, de verdad, pero he tenido otros asuntos muy importantes que atender. Sabes que intento llegar a todo, pero a veces no es posible.

—Tienes a una veintena de personas en tu departamento —le recuerdo molesto—, pero, si aun así no llegas a todo, contrata a más gente, pide ayuda a otro departamento, pero tienes que poder.

—Ya sabes cómo soy, Christian —dice con un aire melancólico adornando su voz, dando un paso hacia mí—, me cuesta pedir ayuda. No quiero decepcionarte.

Otra vez me siento incómodo.

—¿Enviaste el comunicado a la prensa, a las otras grandes empresas?

No contesta y sé que la respuesta es no.

Yo gruño un «Joder» entre dientes, me suelto suavemente de Daisy y camino hasta colocarme en el centro de la planta.

—Escuchadme bien —llamo la atención de los empleados llevándome las manos a la cintura—: coged los móviles, quiero que grabéis esto.

Todos me miran sorprendidos, pero saben que no bromeo. Noel, Gillian y Daisy también me observan confusos. No voy a negar que entienda estas reacciones. No me gusta que la prensa se meta en mis asuntos ni estar en el foco mediático, así que simplemente pago lo que tengo que pagar para, en la medida de lo posible, mantener mi perfil bajo.

Cuando veo que todos los teléfonos me apuntan, empiezo a hablar.

—Quiero que todos sepáis que hace unos días contraje matrimonio con Daisy Messina.

Ella trata de disimular la sonrisa, mirando hacia cualquier otra parte, pero la pillo a tiempo y la calidez se enciende en el centro de mi pecho. Le prometí que no cometería los mismos errores y sería el marido que merece. El primer paso es este: demostrar con hechos que estoy orgulloso de que esté a mi lado.

—Es la señora Hale y debéis tratarla con el mismo respeto que me tratáis a mí; cualquier orden que ella os dé tiene el mismo valor que si os la diera yo.

Estiro la mano. Ella se sonroja hasta las orejas, poniéndome muy complicado que no piense otra cosa que no sea tocarla, y echa a andar. Pasa entre Noel y Gillian y agarra mi mano. En cuanto la tengo cerca, la beso con fuerza, despertando los primeros

murmullos. Me esfuerzo en que sea un gran beso y acabo recibiendo aplausos. Estoy muy orgulloso.

—Se acabó —ordeno cuando nos separamos, pero aún muy cerca de Daisy, disfrutando de sus preciosos ojos azules, de ella entera.

Entrelazo nuestros dedos y me giro de nuevo hacia mis empleados.

—Si el vídeo se hace viral antes de la hora de salir, os doblaré a todos la prima anual.

Los murmullos ya se vuelven una locura y sé que el vídeo ya está circulando.

Sin embargo, yo no he acabado todavía. Me vuelvo hacia Gillian y bajo la voz a un tono que parece calmado y sereno, pero solo es la calma que precede a la tormenta.

—Envía el comunicado a la prensa y a las otras grandes empresas antes de que se enteren por internet y se den cuenta de que no sabes hacer tu puto trabajo.

Ella me mira casi en estado de *shock*, pero no me importa. Nunca he tolerado que nadie haga mal su trabajo. Noel puede ser un incordio, puedo quejarme de él, pero sé, y me lo demuestra cada maldito día, que es el mejor director de departamento que podría encontrar. No voy a empezar a tolerar la mediocridad ahora y mucho menos con algo que afecte a Daisy.

Le hago un gesto a Noel, tiro de la mano de mi mujer suavemente y nos dirigimos a su despacho.

* * *

El siguiente par de semanas se parecen mucho y, joder, qué bien sienta.

Conseguí solucionar el tema de los envíos, que llegaron a tiempo, y mi plan para controlar el tráfico comercial en el Sudeste Asiático cada vez está más cerca de cumplirse.

Liberty fracasó en su intento de comprar todas las acciones de los socios más pequeños, así que sigue sin ser una amenaza en la Hale Corporation. En Queensboro City, no estoy tan seguro. Todo está en relativa calma y tengo a Dallas y a mis hombres controlando la situación al doscientos por cien. Sin embargo, no puedo evitar pensar que Liberty está esperando el momento adecuado para atacar.

Caleb comenzó la rehabilitación y está respondiendo positivamente. Aún no es capaz de levantarse, caminar o hablar, pero cada vez está más presente y, gradualmente, más activo. Su doctor nos explicó que era una carrera de fondo y que debíamos tener paciencia. Por mí puede tomarse todo el tiempo del mundo, lo importante es que pueda correrla.

En cuanto a Daisy, todo va jodidamente bien. Aún no he conseguido que traiga todas sus cosas a Hudson Yards e insiste en conservar su apartamento, algo que tengo que reconocer que me pone de mal humor, pero lo entiendo. Necesita ir a su ritmo, confiando paso a paso, y me parece justo. Lo importante es que dormimos juntos todas las noches y puedo despertarme con ella cada mañana.

Hablamos de todo, nos reímos más y, poco a poco, estamos consiguiendo alejarnos de la sombra de lo que pasó hace cuatro años.

* * *

—Estos putos números no me convencen —murmuro abriendo una nueva tanda de gráficos en el portátil que tengo sobre mis piernas estiradas.

Resoplo.

—En serio, ¿cómo pueden ser tan inútiles? —gruño.

De pronto siento una suave patada en una pierna. Levanto la mirada de la pantalla para ver a Caleb, incorporado sobre sus almohadas al otro lado de la cama.

Sonrío. Sé por qué me lo ha hecho. Esa patada significa «No seas tan gruñón y relájate».

—Vengo aquí para trabajar —me quejo divertido— y tú no me dejas.

Caleb pone los ojos en blanco y yo sonrío. Joder, lo he echado tanto de menos que cualquier momento que comparto con él es un tesoro.

Vuelve a darme con el pie en mi pierna y señala torpemente la mesita con la cabeza. Yo frunzo el ceño observando el libro que hay sobre ella.

—¿Quieres que te lea?

Él suelta algo parecido a un resoplido exasperado.

—Eso siempre lo hace Daisy, ¿no?

Al oír su nombre, abre mucho los ojos y asiente.

—Daisy —repito, y él vuelve a asentir—. ¿Quieres hablar de Daisy?

Caleb articula los labios varias veces, puedo notar cuánto se está esforzando hasta que al final pronuncia:

—Tú.

La palabra suena rara, como si acabara de salir de una profunda gripe y estuviera muy ronco.

Lo pienso un instante.

—¿Quieres que yo te hable de Daisy? —especifico.

Él vuelve a asentir y con trabajo señala mi mano, la izquierda, donde llevo el anillo de casado.

—Sí, estamos casados.

Caleb frunce el ceño y entiendo a qué se refiere. He dicho «Estamos casados», no «Seguimos casados».

Yo, sin darme cuenta, fijo mis ojos en mis dedos jugueteando con mi anillo. No sé cómo demonios explicar esto sin hablarle de cosas que aún no quiero que sepa.

—Hace cuatro años nos divorciamos porque me comporté como un gilipollas y le hice mucho daño —admito. Sigue doliendo y sigo sintiéndome culpable, pero intento compensarla cada día—. Por suerte, volvimos a encontrarnos y...

Pero Caleb parece no escucharme. De pronto está muy agitado. La máquina que controla su pulso comienza a pitar y Coreen se acerca al tiempo que yo me levanto y me acerco a él.

—Caleb —lo llamo preocupado—, ¿qué ocurre?

—¿No te encuentras bien? —le pregunta Coreen con su habitual serenidad, pasando por detrás de la cama, cogiendo la mascarilla de oxígeno y colocándosela a mi hermano—. Esto te ayudará a sentirte mejor.

Pero, tomándonos a los dos por sorpresa, Caleb se la aparta de la boca. Coreen y yo nos miramos, ¿qué le pasa?

Vuelvo a ponerle la mascarilla.

—Necesitas esto —le digo tratando de calmarlo.

—¡No! —grita, un sonido esforzado y rugoso, deteniéndome en seco.

Yo lo miro a los ojos confuso.

—¿Qué te pasa, Caleb? —Y mi tono suena muy diferente. Ahora es serio, lleno de cautela.

Él me mira y traga saliva. Inmediatamente Coreen le ofrece un poco de agua.

—Daisy —repite con voz trabajosa, y mi corazón pierde un latido. ¿Qué coño está pasando?—. Ella... ella no... —necesita coger aire para poder continuar—. ¿Por... por qué le... le hiciste daño?

Yo lo miro sin entender a qué viene esto.

—Caleb, necesitas descansar y...

—Contéstame —me pide desesperado, agarrándose a mi camisa.

Dudo si contestar. No quiero abrir ese camino, hablar del accidente, de lo que pasó con Gillian. No sé si es bueno para él y francamente tampoco sé si es bueno para Daisy y no quiero que ninguno de los dos vuelva a sufrir; pero, por otra parte, necesito saber de una jodida vez lo que pasó.

—¿Recuerdas tu accidente?

Él asiente.

—Daisy me contó que te llevó a aquel bar y yo me enfadé con ella y...

—No... No —me interrumpe Caleb.

Maldita sea, no entiendo nada, aunque algo dentro de mí me dice que en el fondo sí lo hago.

—Ella no me llevó, yo... yo la llamé.

—¿Qué?

69

Christian

Con cada palabra de Caleb la rabia se hace más pesada y el puto desahucio crece y crece, como el arrepentimiento, como la puta tristeza, hasta que no puedo más y salgo disparado.

—¡Gillian! —grito amenazante, intimidante, más cabreado de lo que lo he estado en mi maldita vida.

Irrumpo en el salón como alma que lleva el diablo. Sé que está porque he oído un maldito coche. Mi padre y Noel me miran con una mezcla de confusión y cautela, pero me importa una mierda. Esto se acaba aquí y ahora.

—Christian —me llama toda amabilidad caminando hacia mí—, ¿me buscabas?

Yo aprieto los dientes tratando de controlarme, de pensar un condenado segundo para controlar la situación, pero es que es imposible. ¡No después de lo que hizo!

—¿Por qué discutiste con Daisy hace cuatro años? —siseo, y mi voz suena a advertencia—. ¿De verdad fue porque le estabas recriminando que hubiera llevado a Caleb a un bar?

—Hijo, ¿qué está pasando?

—Dame un momento, papá —le pido, pero no levanto la vista de esta rata miserable.

Ella mira a mi padre y a Noel sin entender nada antes de volver a prestarme atención a mí.

—Sabes que sí.

—Sé que sí —gruño con el inicio de una carcajada mordaz que solo puede frenar la rabia, dando un paso hacia ella—. ¿Y Daisy te empujó?

Quiero ver hasta dónde es capaz de cavar su propia tumba.

—Sí.

—¿Y perdiste al bebé? —la presiono. Otro paso más.

—Sí —responde—. ¿Por qué me estás preguntando esto? Sabes que esto me hace mucho daño —añade con los ojos llenos de lágrimas. Eso tengo que reconocerlo, es una actriz cojonuda.

—Claro que lo sé —estallo—. Tú te has encargado de que no pudiese olvidarlo estos últimos cuatro años.

—¿A qué viene todo esto? —inquiere, y la inquietud en su tono de voz la delata.

—Viene a que acabo de hablar con Caleb y lo sé todo, perra desagradecida, y vas a largarte de mi casa ahora mismo —sentencio.

—¿De qué estás hablando? —pregunta mi padre levantándose—. ¿Qué ha pasado?

—Christian, ¿qué ha ocurrido? —plantea Noel.

Pero yo solo puedo mirar a Gillian, que abre la boca y vuelve a cerrarla como un pez fuera del agua, tratando de hablar.

Solo puedo pensar en Daisy. ¡Joder! ¡Ella no tenía la culpa de nada!

—Caleb me ha contado que Daisy no lo llevó a un bar —empiezo a explicarles a mi padre y a Noel y a la zorra que tengo delante para refrescarle un poco la memoria—. Él la llamó porque necesitaba a alguien y sabía que Daisy le guardaría el secreto.

—¿Qué secreto? —inquiere Noel—. ¿Que estaba bebiendo?

—Y por qué lo estaba haciendo —gruño—. ¿Por qué no les cuentas por qué estaba bebiendo, Gillian? —siseo clavando mis ojos en ella.

—No sé por qué estaba bebiendo —trata de defenderse, con la cara llena de lágrimas que me importan una mierda—. Caleb tenía muchos problemas...

—No vayas por ahí —la amenazo—. El único problema que torturaba a mi hermano eras tú. No estabas enamorada de él, no lo querías, lo único que te interesaba era el título de señora Hale, los lujos y estar cerca de mí —las últimas cuatro palabras las pronuncio con asco— y te importaba bastante poco que él se diese cuenta.

—No es verdad —intenta frenarme.

—Sí, lo es —siseo dando un paso hacia ella—. Cada vez que necesitaba beber era por tu puta culpa.

Gillian, comportándose como la serpiente miserable que es, da un paso hacia atrás.

—¡No!

—Y la noche del accidente estaba en aquel bar porque tú le habías dicho que habías abortado voluntariamente al hijo que estabas esperando porque no querías que tuviera de padre a un fracasado como él —la acorralo.

Una lágrima resbala por mi mejilla, pero me la seco con rabia con el reverso de la mano a la vez que me giro porque ni siquiera soporto mirarla. Caleb estaba hundido, desesperado, destrozado, y todo era culpa suya.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? —interviene mi padre mirándola con una mezcla de decepción y desprecio.

—Las cosas no son así —intenta seguir remando en un barco que ya está hundido—. Solo le dije eso para hacerlo reaccionar y hacerlo salir del hoyo. Estaba embarazada y Daisy me tiró por esas escaleras —dice señalando a su espalda—. Tú mismo lo viste.

—¡Deja de mentir! —rujo—. ¡Daisy nunca te empujó! ¡Tú solo querías tu oportunidad de hacerte la víctima a costa de un niño del

que ya te habías deshecho tú! ¿Por qué coño tuviste que hacerlo?

Me paso las manos por el pelo desesperado. ¿Por qué tuvo que orquestar algo así? ¿Por qué no pude creer a Daisy? ¡No fue una mala decisión! ¡No fue un puto accidente! ¡Ella no hizo nada!

Y yo la eché de mi vida.

—¡¿Por qué?! —grito lleno de rabia.

—¡Porque no soportaba que estuvieras enamorado de ella! —responde escupiendo su veneno.

Al fin se le ha caído la careta.

—Tú tendrías que haberte casado conmigo —continúa demasiado molesta— y preferiste a una don nadie.

De pronto tengo una jodida revelación.

—Tú fuiste quien hizo la denuncia falsa —pronuncio en voz alta sintiendo cómo todas las piezas encajan en su lugar—. Fue tu estúpida manera de presionarme.

—Fue la primera en ofrecerse a casarse contigo —me recuerda Noel fulminándola con la mirada y, hostias, es verdad.

La cara de Gillian se vuelve blanca como el papel y es toda la confirmación que necesito.

—Estuve a punto de perder todo por lo que había luchado tanto.

—Yo no hice nada —trata de defenderse, pero ¿quién la cree?

Niego con la cabeza. Eso es lo que menos me importa.

—¿Te haces una idea de lo que Daisy ha sufrido por tu culpa? —digo caminando de nuevo hacia ella. Estoy a punto de olvidar que es una mujer y mandarla yo mismo al puto infierno—. No la creí, no quise escucharla porque creía que era lo justo, que echarla de mi vida lo era cuando, en realidad, no había hecho nada. Se quedó sorda, su abuelo murió, ¡lo perdió todo!

¡Sufrió! Por Dios, acabó en un albergue, sintiéndose sola cada día.

Gillian me mira y sonríe con maldad.

—No te confundas, Christian. Eso no fue culpa mía, fuiste tú.

Yo aprieto los dientes sintiendo cómo el tiro va directo a mi corazón.

—Yo no te pedí que la echaras de casa, ni que te divorciaras, ni que te preocupases por mí mientras ella lo perdía todo —me recuerda disfrutando de cada palabra—. ¿Daisy lo sabe, que mientras su abuelo agonizaba tú estabas aquí, tratándome entre algodones?

Aprieto los dientes. La rabia que siento se vuelve abismal, como el maldito arrepentimiento. Tiene razón. Yo fui quien la apartó de mí y cuidó de Gillian pensando que era mi responsabilidad para con mi hermano cuando la persona que más me importaba estaba sufriendo.

Nunca me lo voy a perdonar.

—Tú me elegiste a mí. Tú me quieres a mí.

—Tú me das asco, Gillian —pronuncio sin una mísera duda— y voy a llevarle a Daisy tu cabeza en una bandeja porque, sí, yo cometí esos errores, pero tú te aseguraste de ponerme en el camino para hacerlo.

Lleva aprovechándose de la puta culpa desde que éramos unos críos, antes incluso de lo de Caleb. Me salvó de morir ahogado y por ello pilló una pulmonía que acabó desarrollándose en una enfermedad cardiaca que prácticamente le impedía salir de casa. Yo me sentía mal por ella y Gillian lo usaba a su favor en todos los malditos sentidos. Siguió aprovechándose de eso, para después hacerlo de que su padre le diera la espalda por apoyarme a mí y, más tarde, con todo lo del accidente de Caleb.

Pero eso se acabó.

—Señora Jett —la llamo sin levantar los ojos de Gillian—, coja un par de bolsas de basura y meta las pertenencias de esta zorra. Nada

que haya sido pagado con el dinero de los Hale.

Su mirada se llena de pánico.

—Christian, no... —me suplica, pero me importa menos que nada.

—Entonces será rápido, señor —contesta la cocinera poniéndose a ello.

—Después queme todo lo demás en el jardín, las cortinas y los muebles también, no quiero que en esta casa haya nada que le haya pertenecido.

—No hagas esto —me pide frenética, tratando de agarrarme de la camisa, pero yo me suelto molesto—. Soy yo, Gillian. La chica que te salvó de morir ahogado cuando éramos unos niños. Me gané una enfermedad que me arruinó la adolescencia por tu culpa. ¿Cómo puedes tratarme así?

—Porque me salvaste la vida, voy a olvidar que hiciste una denuncia falsa calumniándome a mí y a la Empresa, pero por todo lo demás vas a pagar —mi voz se vuelve más ronca, más peligrosa—. Por cada lágrima de Daisy y por cada puta vez que Caleb acabó en un bar. Así que prepárate porque esto no ha hecho más que empezar.

La señora Jett regresa del piso de arriba y deja caer una única bolsa a los pies de Gillian.

—Ha cabido todo en una —anuncia con desdén.

—¡Meyer! —lo llamo.

—¿Sí, señor? —responde entrando en el salón al cabo de unos segundos.

—Asegúrate de que la *señorita Bolton* —pronuncio haciendo hincapié en esas dos palabras— sale de nuestra propiedad y vétala también en la empresa.

—No puedes hacer eso —replica girándose hacia mí, tratando de hacer gala de una clase que es solo fachada—. Soy una Bolton.

—Anda, si recuerdas tu puto apellido —me burlo—. Me importa una mierda que seas una Bolton —continúo con mi voz aún más dura—. Puedes ir a llorarle a tu padre o tu hermano, pero mañana por la mañana lo primero que haré será citarlos en la Empresa para decirles que no te cubran ni te dejen volver a su casa porque, si lo hacen, los destruiré. Me encargaré de borrar la puta estirpe de los Bolton de la faz de la tierra.

Va a sufrir todo lo que sufrió Daisy multiplicado por un maldito millón.

Gillian aprieta los dientes y gira sobre sus tacones para marcharse. Mira con desprecio a Meyer, recordándole que debe coger sus cosas, pero yo lo freno levantando suavemente la mano.

—No te molestes —le digo a mi hombre para todo—, ella llevará su propia basura.

Gillian me fulmina con la mirada, recoge la bolsa con rabia y por fin se larga de mi casa dando un sonoro portazo.

En cuanto lo oigo, parte de la rabia se relaja, pero no se va. ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¿Cómo he podido cometer tantos errores? Me paso otra vez las manos por el pelo desesperado. Le destrocé la vida a Daisy por un puñado de mentiras que no fui capaz de ver. Gillian tiene razón. Ella fue la perra manipuladora que levantó la trampa, pero yo fui el imbécil que cayó hasta el final.

—No te martirices —me pide mi padre apretándome el hombro con cariño—. Nos engañó a todos.

—Puede ser, pero el que se comportó como un puto desalmado con Daisy fui yo —sentencio con un sabor amargo y desagradable en el fondo de la garganta.

Los dos me miran con empatía porque saben que tengo razón.

Dios, ¡¿cómo pude ser tan estúpido?!

Tengo que arreglarlo. Tengo que hablar con Daisy. Tengo que decirle que lo sé todo, que me equivoqué.

Sin dudarlo salgo disparado de la casa, me meto en mi coche y conduzco como un loco hasta Hudson Yards.

Si hubiese estado en la habitación con Caleb, habría visto cómo, cuando el sonido del portazo de Gillian se ha extendido por toda la mansión, él ha cerrado los ojos y una lágrima ha caído por su mejilla. Está enamorado de Gillian de verdad y, aunque alejarse de ella le ha partido el corazón, no podía permitir que estuviera cerca de Daisy ni de mí y tampoco de sí mismo.

—¡Daisy! —la llamo desesperado en cuanto pongo un pie en la casa—. ¡Daisy! —repito corriendo hacia el salón—. ¡Daisy!

Necesito que esté aquí. Necesito tenerla entre mis brazos, pedirle perdón un millón de veces. Ahora tengo más claro que nunca que no me la merezco, pero también que voy a luchar con todas mis fuerzas para hacerlo. Ser la mejor versión de mí por ella, para ella, solo con ella.

—Christian —me llama confusa mientras yo sigo buscándola, ahora en mi despacho.

Yo me giro y por fin la tengo delante de mí, con uno de sus vestidos de verano, descalza, con la cara lavada y mi corazón en sus manos. Por Dios, por fin siento que puedo volver a respirar.

Camino acelerado y la estrecho entre mis brazos.

Ella no dice nada, solo se deja hacer, devolviéndome el abrazo. Esta es mi paz, ella lo es y nunca tendría que haber permitido que nadie me la arrebatara.

70

Daisy

No sé qué pasa, solo que Christian corre hasta mí demasiado inquieto y me abraza con fuerza. Todas mis preguntas se diluyen en la punta de mi lengua en cuanto sus manos tocan mi piel y me quedo en silencio, disfrutando absolutamente todo de este abrazo.

Christian nos separa suavemente, conservándome entre sus brazos. Sus ojos recorren cada centímetro de mi cara, como si quisiera recordar mi expresión para siempre. Frunzo el ceño. Puedo notarlo. Está agitado, con un enfado demasiado grande, con la tristeza sacudiéndolo de demasiadas maneras.

—Dime que me quieres —me pide.

—Christian, ¿qué pasa...?

—Por favor, dímelo —me interrumpe casi desesperado.

Yo lo miro a los ojos tratando de averiguar qué ocurre, pero todos esos sentimientos brillan en sus iris azules, convirtiendo en imposible la tarea de ver más allá, y lo que sí puedo sentir es cuánto necesita que pronuncie esas palabras ahora mismo.

—Christian, te quiero.

Él da una bocanada de aire como si por fin pudiera volver a respirar mientras sus manos se hacen más posesivas sobre mi piel.

—¿Qué pasa? —pregunto, y estoy empezando a asustarme.

Él baja la cabeza, torciendo los labios para mantener las emociones a raya, pero puedo ver cómo una lágrima cae por su

mejilla.

—Christian... —murmuro levantando la mano, tratando de limpiársela con dulzura con la punta de los dedos.

—Caleb me ha contado lo que ocurrió —dice al fin; su voz se vuelve más ronca, más triste, con cada palabra que pronuncia—. Sé que tú no lo llevaste al bar, Daisy. Sé por qué mi hermano necesitaba beber. —Se muerde la punta de la lengua, negando otra vez con todo ese desahucio—. Tú no empujaste a Gillian por las escaleras.

Traga saliva sin apartar la mirada de la mía mientras yo siento el alivio recorrerme de pies a cabeza curando mis heridas. Yo no lo hice y ahora, por fin, después de cuatro años, la verdad ha salido a la luz.

Sonrío nerviosa, pero también me siento sobrepasada porque ya está, ya ha llegado el momento, sabe lo que sucedió. ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Qué voy a hacer yo? ¿Voy a ser capaz de perdonarlo y seguir adelante? Ante una cosa así, todas las posibilidades que haya podido imaginar se desvanecen frente a la práctica. Me llevo las palmas de las manos a la cara intentando pensar, controlar mi respiración. ¡Dios!

Christian me comprende porque entre nosotros las palabras siempre han sido solo un añadido. Me abraza con más fuerza y me besa dulcemente en el pelo.

Yo me dejo envolver por sus brazos porque, da igual lo que pase, sigue siendo mágico y mi refugio.

—Siento haber sido tan imbécil de no haberlo entendido todo antes y que hayamos perdido cuatro años por mi culpa —yo me agarro desesperada a su camisa—, pero, más que nada, siento haberte hecho daño, Daisy.

—Christian, no... —Niego con la cabeza separándome de él. Es como si la herida hubiera vuelto a abrirse ¡y doliera y quemara!—. ¡¿Por qué no pudiste confiar en mí?! —estallo rompiendo a llorar en el mismo segundo sin poder controlarlo—. Yo solo quería que confiaras en mí... Yo confiaba en ti —sentencio con la voz más triste de la historia.

Él era todo mi mundo y lo hubiese seguido a cualquier parte.

—¿Te crees que no lo sé? —replica triste como yo, desesperado como yo. Estamos en carne viva—, ¿que no duele mucho más por eso? Tenía lo mejor que me había pasado en mi vida justo delante y no solo no fui capaz de verlo, sino que lo estropeé —casi grita odiándose a sí mismo—. Pero te juro que no voy a volver a dudar de ti jamás.

—Eso no me vale —le respondo con el rostro lleno de lágrimas.

Christian deja escapar una bocanada de aire hundiendo los hombros.

—No me vale —repito, y él echa a andar decidido hacia mí—. No me vale.

Me coge de las caderas estrellándome contra su cuerpo.

—Y yo no voy a perderte —dice contra mis labios—. Otra vez no, Daisy.

No lo duda, se inclina sobre mí y me besa con fuerza, expresando todo para lo que las palabras no valen. El arrepentimiento por cada error, la tristeza por las heridas, el amor luchando contra todas esas cosas, contra cualquier obstáculo hasta volvernos libres.

Sus labios contra los míos tienen ese poder. Sus manos sobre mi piel me hacen sentir que nada más importa. Nos movemos en una coreografía perfecta que me dice muy bajito, con palabras pequeñitas llenas de valor, que aquí es donde tengo que estar, que aquí es donde mi corazón pertenece.

Nos separamos con las respiraciones trabajosas sin poder dejar de mirarnos a los ojos.

—Nunca dejaré de confiar en ti en toda mi vida —me promete, y yo lo creo.

Christian me levanta a pulso, yo rodeo su cintura con mis piernas y me lleva contra la pared de su despacho. Es como el maldito círculo perfecto. Hace cuatro años estuvimos aquí, besándonos aquí, deseándonos aquí, pero todo era diferente. El amor estaba prohibido. Ahora cada vez que sus labios tocan los míos es justamente eso lo que siento, lo que quiero, lo que necesito. Necesito a Christian. Necesito que mi cuerpo pueda gemir su nombre y mi corazón susurrarlo como en la película de amor más bonita del mundo.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo mientras su sexo se encuentra con el mío, ambos protestando por la ropa que aún sigue entre los dos. Y sigue besándome, derritiéndome despacio, haciendo de lo salvaje nuestra religión y, de la excitación sin límites, nuestra manera de vivir.

Sus manos se pierden bajo mi vestido. Relía la tela de mis bragas entre sus dedos y me las rompe mientras sus dientes se hincan en mi labio inferior, mientras mis manos se pierden contra sus abdominales.

Esconde la mano entre los dos, se pone un condón en cuestión de segundos y entra triunfal en mí.

Grito encaramándome a sus hombros, sintiendo cómo me llena entera y cómo cada centímetro de mi interior se traduce en una oleada de placer.

Me embiste con fuerza, entrando, saliendo, empujándome al paraíso. Seguimos besándonos, pero nuestras respiraciones aceleradas nos lo ponen complicado y nos separamos solo un par de

centímetros respirando el aire del otro, con nuestras frentes pegadas.

Mis manos rodean su cuello. Las suyas están clavadas a la pared.

—Ya no sé vivir sin ti —dice con voz indomable, sensual, rebosante de deseo— y tampoco quiero aprender.

Una sonrisa llena de gemidos recibe sus palabras mientras su voz me guía y multiplica las ganas como cada maldita vez.

—No quiero que nos separemos jamás —continúa, y, sin quererlo, mis ojos se llenan de lágrimas porque el amor se está mezclando con el deseo, porque me está tocando el alma con la punta de los dedos—. Quiero hacerte reír. Quiero cuidarte. Quiero follarte y quiero hacerte el amor. Todo, todos los días de nuestra vida, nena.

Mi sonrisa se hace más grande y asiento y mis lágrimas se pierden en nuestros labios mientras vuelvo a besarlo de nuevo.

Christian me mantiene entre sus brazos a la vez que nos separa de la pared.

—Joder, Daisy, eres el puto amor de mi vida —dice antes de tumbarnos en el suelo.

Se recoloca entre mis piernas y sus movimientos se vuelven brutales. Arqueo mi cuerpo presa de un placer increíble mientras él sigue avivando un fuego que amenaza con arrasarlo todo.

Lo noto moverse entre mis piernas, rápido, fuerte; cada envite es una prueba de posesión; cada beso, salvaje, sensualidad cruda derramándose sobre nosotros. Cada gemido, una llamada. Cada gruñido, un aullido.

—¡Christian!

Coge mis manos, las lleva por arriba de mi cabeza y las sujeta con fuerza con una de las suyas, obligando a mi cuerpo a estirarse con el movimiento, a hacer que todo sepa aún mejor.

Gimo.

Gimo.

¡Grito!

La mano que le queda libre se pasea por mi pecho aún bajo el vestido, endureciendo mis pezones. Su boca le acompaña. Atrapa mis ojos y sonríe con malicia justo antes de calentar con su aliento mi piel por encima de la ropa.

—Dios —jadeo.

Quiero más. Necesito más. Y él puede leer mis ojos y mi cuerpo como un libro abierto. Me aparta el vestido y el sujetador con la boca, toma mi pecho entre sus labios. Su lengua hace maravillas.

Cierro los ojos tratando de digerir el placer y fracasando estrepitosamente.

Atrapa mi pezón entre sus dientes, tira de él justo cuando hace sus entradas más profundas, cuando una de sus manos aprieta más mis muñecas cuando la otra se pierde en mis caderas.

—Joder, sí —murmuro a punto de perder la conciencia.

Pero entonces se detiene en mi interior, me mira a los ojos y me da igual que suene como una cursilada, porque todo deja de existir. Solo estamos él y yo y lo cerca que nos encontramos en todos los sentidos, cómo nuestra conexión se vuelve invencible.

—Te quiero, nena —dice.

—Te quiero —contesto.

Christian sonríe. No su media sonrisa ni la otra engreída y divertida. Esta no esconde nada, solo felicidad, y puede que sea más pequeña, pero es la mejor sonrisa del mundo y es solo para mí.

Vuelve a moverse, los gemidos se vuelven locura y me corro desesperada, retorciéndome en el suelo, buscando algo a lo que agarrarme mientras el placer me hace ver todas las estrellas.

Él entra, sale y un minuto después se pierde dentro de mí.

Ha sido increíble.

* * *

Christian sale de mi interior con suavidad, se deshace del condón y los dos nos quedamos tumbados en el suelo, tratando de recuperar el ritmo normal de nuestras respiraciones.

De pronto, frunce el ceño y, al contrario de lo que habría hecho si hubiera alguien más, no intenta ocultarlo.

—Nunca hemos tenido una cita —dice girando la cara hacia mí.

Tiene razón. Cuando nos casamos por primera vez apenas nos habíamos visto en una ocasión y, bueno, después no fue un matrimonio al uso. Al reencontrarnos, cada vez que coincidíamos nos decíamos cuánto nos odiábamos... Dejémoslo en que hemos tenido un calendario complicado.

Me muerdo el labio inferior conteniendo una sonrisa antes de girarme hacia él.

—¿Me estás intentando proponer algo?

—Eres tan perspicaz —dice solemne, llevándose la mano al pecho —, por eso me enamoré de ti.

Le hago un mohín conteniendo una nueva sonrisa y acabo dándole un puñetazo en el hombro, que, por supuesto, no le hace ni cosquillas.

—Eres idiota.

Christian sonríe encantado por mi reacción.

Por un momento nos quedamos así, simplemente mirándonos, con el eco de nuestras sonrisas en los labios y en el aire entre los dos.

—¿Quieres tener una cita conmigo, señora Hale?

Me pierdo en sus ojos, disfrutando de cada átomo de verde.

—Por supuesto, señor Hale.

Christian sonríe feliz y, tomándome por sorpresa y haciéndome reír, vuelve a colocarse encima de mí.

—Cerremos el trato —me ordena torturador contra mis labios.

—Me apunto a eso —respondo con una sonrisa.

* * *

Una hora después por fin salimos del despacho. Llevo su camisa y el pelo recogido. Es la primera vez que me atrevo a dar ese paso, pero es lo que quiero hacer. Me apetece y me siento segura para hacerlo.

Estamos cruzando el salón de la mano cuando Christian tira de mí para llevarme contra él y susurrarme algo al oído. Yo sonrío, pero también me sonrojo hasta las orejas. Es un pervertido.

En ese momento, oímos a alguien carraspear junto a la puerta.

Mis mejillas adquieren un color rojo aún más intenso y me escondo tras Christian sin soltarme de su mano. ¡Solo llevo su camisa! De reojo veo al grandullón sonreír, solo un segundo; es un profesional.

—Señor, Dallas está aquí.

—Dame cinco minutos y hazlo pasar.

Reacher se retira.

—Ya no hay moros en la costa —bromea Christian—. ¿Te has sentido incómoda? —me pregunta girándose hacia mí cuando salgo de mi escondrijo—. Si lo prefieres, puedo pedir que me avisen por teléfono.

Yo niego con la cabeza interrumpiéndolo.

—Es solo que llevo tu camisa.

—Y te queda genial —se apresura a decir—. De hecho... —tira de la hilera de botones hasta que vuelvo a estar pegada a él y se inclina

sobre mí— me pones como una puta moto vestida así. Deberíamos volver al despacho.

Mi libido se despierta de golpe, pero la controlo a ella y a Christian y lo empujo suavemente haciéndolo sonreír.

—Además —lo siguiente es un poco más peliagudo de confesar—, llevo el pelo recogido.

Christian me mantiene la mirada un segundo viendo dónde está el problema real y esboza una sonrisa.

—Y eso también te queda genial.

—Christian... —lo interrumpo bajando la cabeza.

Sé que solo lo dice por hacerme sentir mejor.

Él me coge de la barbilla y me obliga a levantarla de nuevo para que pueda mirarlo a los ojos.

—Eres preciosa e increíble y, si alguien te juzga o te trata diferente por llevar audífonos, ese alguien es gilipollas —sentencia sin asomo de dudas— y voy a tener que darle una paliza.

La segunda parte me hace sonreír, casi reír.

Christian me coge del cuello con una mano y se inclina para darme un beso.

—Te dejaré para que puedas hablar con Dallas —le digo cuando nos separamos—. Te esperaré en tu cama.

—Nuestra cama —me corrige—, y no te quites mi camisa.

Me da un azote en el culo cuando echo a andar y yo me giro fingiéndome indignada y fulminándolo con la mirada, disimulando una sonrisa mientras voy hasta las escaleras.

71

Christian

Sonrío como un idiota viéndola alejarse hacia nuestra cama, en nuestra habitación, con mi camisa. No podría sonar mejor. Me recoloco la polla en los pantalones porque de verdad que quería follármela otra vez y me apoyo hasta casi sentarme en el respaldo del sofá.

Un puñado de segundos después aparece Dallas.

—Tío, siento la interrupción —se disculpa con expresión seria—, pero esto es importante.

Inmediatamente pienso en Liberty, pero no digo nada. Nunca es buena idea adelantarse a los acontecimientos.

—Ya sé quién, en tu nombre, avisó al hospital de que dejarías de cubrir los gastos médicos del abuelo de Daisy.

Me incorporo de golpe y la rabia vuelve puntiaguda como una puta navaja.

—No te va a gustar.

Me importa menos que nada. Sea quien sea me las va a pagar.

—¿Quién?

—Gillian.

Pero ¿qué coño...? Aunque, en realidad, no sé de qué me sorprendo después de todo lo que he descubierto hoy.

—Rastreamos la dirección desde la que se usaron tus claves digitales para utilizar tu correo y después la retirada de fondos y el

pago de facturas. —Me entrega un sobre de color manila. Yo lo abro y saco pruebas de todo lo que está diciendo—. Aparecía tu ordenador en Hudson Yards, pero era solo una pantalla. Nuestros *hackers* descubrieron que, tras un intrincado laberinto de IP falsas, al final estaba la de Gillian en la Hale Corporation. Por cierto, muy inteligente que cada jefe de departamento tenga su propia dirección IP.

Yo aprieto los dientes tratando de contener el poderoso enfado que me está dominando ahora mismo. ¿Cómo fue capaz de hacer algo así? Freddo era un buen hombre.

—¿Y si dice que alguien usó su ordenador?

No tengo dudas, pero quiero dejar todos los cabos atados.

—Yo también lo pensé, así que buscamos quién estaba detrás del laberinto de IP. Alguien tuvo que crearlo y ella abrirlo en su ordenador. En esas fechas hizo una transferencia de cincuenta mil dólares desde su cuenta personal y... ¿adivinas a quién?

—A un *hacker* profesional.

Dallas asiente.

—Trabaja desde Silicon Valley. Es bueno —eso hay que reconocérselo—, pero nuestros chicos son mejores. Y hay algo más —añade.

—¿Qué?

—La invitación que le llegó a la rata miserable de Winston Colleman para el cumpleaños de Daisy salió del Departamento de Imagen y Relaciones Públicas de Hale Corporation. —El departamento de Gillian—. Eso o era una copia absolutamente perfecta. Además, el esmoquin, aunque fue entregado en mano y no hemos encontrado al mensajero, es de uno de los atelieres de la Empresa. Se dieron cuenta de que faltaba uno en el inventario varias

semanas después, pero no se había vendido. Creo que está más que claro que también fue cosa de Gillian.

Gruño entre dientes. No me lo puedo creer. ¿Por qué demonios lo hizo? ¿Tanto odia a Daisy como para rebuscar en su pasado a la persona que más daño podía hacerle? Es una zorra rencorosa.

—¿Qué quieres que hagamos con ella?

Quiero que sufra lo que sufrió Daisy multiplicado por un maldito millón. Matarla sería una solución demasiado cómoda para ella, pero, desde luego, va a desear estar muerta.

—La quiero en Rikers —la prisión de la ciudad de Nueva York y un muy mal sitio donde acabar— esta misma noche. Habla con el fiscal, dile que me da igual cómo lo haga, pero que quiero que se le deniegue la fianza y que pase a prisión preventiva ya. Quiero que le caigan treinta putos años como mínimo. ¿Tenemos a alguien dentro?

—Sí, varios guardias y el alcaide nos deben un par de favores.

—Busca la banda más peligrosa que haya dentro y asegúrate de que le hagan la vida imposible a Gillian.

—¿Estás seguro de esto?

—Le hizo daño a Daisy y a Caleb y va a pagar.

Dallas asiente acatando la orden y empieza a caminar hacia atrás.

—Por cierto, muchas gracias por invitarme a tu boda, capullo de mierda. Soy tu mejor amigo.

Yo me aguanto una sonrisa, aunque fracaso un poco. El cambio de tema me ha pillado desprevenido.

—Fue algo íntimo.

—Ni siquiera me lo has contado tú, me he enterado por un puto vídeo de internet.

Seguro que eso es lo que más le ha dolido de todo.

—¿No vas a felicitarme? —lo fastidio.

—Este es mi regalo —contesta enseñándome el dedo corazón antes de girarse y salir definitivamente de mi casa.

—¡¿Seguimos siendo amigos?! —grito para hacerme oír.

—Que te jodan.

Diría que eso es que sí.

Después de este paréntesis miro el sobre en mis manos y vuelvo a resoplar. Hay algo que tengo que hacer.

Voy al piso de arriba y entro en nuestra habitación. Daisy está sentada en uno de los sillones junto a la ventana, trasteando en su móvil.

Al verme aparecer, levanta la cabeza y sonríe. Yo me esfuerzo en devolverle el gesto y camino hasta sentarme en la cama, casi frente a ella.

Daisy es capaz de ver que algo no va bien y frunce el ceño.

—¿Pasa algo? —inquiere.

—Ven aquí —respondo estirando el brazo, ignorando su pregunta.

Ella se levanta y camina hasta mí. En cuanto agarra mi mano, tiro de ella y la siento a horcajadas en mi regazo.

Daisy sonríe y, por Dios, la habitación entera se ilumina.

—Ya sé quién dio el aviso al hospital de que dejaría de cubrir los gastos médicos de tu abuelo.

Odio hacer esto, pero tiene derecho a saberlo.

Su expresión cambia por completo. Vuelve a arrugar la frente, su cuerpo se tensa y cualquier rastro de su sonrisa desaparece.

—¿Quién?

Doy una bocanada de aire.

—Gillian.

Noto la milésima de segundo exacta en la que racionaliza lo que he dicho y la rabia entremezclada con la tristeza y el odio se expande por su cuerpo.

—Ya me he encargado de ella. Esta misma noche van a enviarla a prisión, va a estar allí mucho tiempo y voy a encargarme de que su vida sea un infierno.

—Eso no lo sabes —replica inquieta—. La policía tiene que abrir una investigación, tienen que juzgarla y condenarla. Podrá escapar de esta, los Bolton son una familia muy rica.

—Y yo soy el rey —sentencio sin dudas porque quiero que confíe en mí—. Los Bolton no van a poder impedirlo. Aparte de que la repudiaron hace años, voy a hablar con ellos. Quiero que sepan la clase de ser despreciable que es Gillian y lo que les pasará si le cubren las espaldas.

Daisy me mira a los ojos evaluando mis palabras y finalmente asiente varias veces, bajando la cabeza, soltando el aire que sin darse cuenta había contenido.

—Confía en mí —le pido.

Ella vuelve a mirarme.

—Confío en ti. —Guarda un momento de silencio y sé que la mente le está yendo demasiado rápido—. Solo quiero que la asesina de mi abuelo pague.

—Lo hará.

Daisy no lo piensa ni un segundo y me abraza con fuerza, rodeando mi cuello con sus brazos. Por Dios, adoro que haga eso.

Yo rodeo su cintura con los míos. Solo han pasado unos segundos cuando la oigo sollozar suavemente. Cierro los ojos con pesar. No se merece nada de esto y Freddo tampoco lo merecía.

—Cálmate, por favor —le pido—. Tienes que intentar dejar de pensar.

Aunque soy consciente de que a veces eso es imposible.

Ella se separa despacio.

—Ayúdame a dejar de pensar —me pide con la voz dulce y la cara llena de lágrimas, bajando las manos hasta su regazo.

En ese momento me doy cuenta de que no podría negarme a nada que me pidiese.

Acuno su cara entre mis manos y la beso despacio, solo un roce de mis labios contra los suyos mientras mis pulgares le limpian con mimo las lágrimas. Quiero hacer justo eso, joder, mimarla, ahora y siempre, darle todo lo que quiera, protegerla, hacerla feliz.

Vuelvo a besarla más largo esta vez. La quiero más que a nada y no pienso permitir que nada vuelva a hacerle daño nunca más.

El tercer beso es nuestra perdición, ella me lo devuelve y yo la dejo caer con cuidado sobre la cama, colocándome sobre ella.

Quiere dejar de pensar y yo pienso hacer todo lo que necesite para conseguirlo.

* * *

A la mañana siguiente me levanto bastante temprano para arreglar algunos asuntos antes de que Daisy se despierte y desayunar con ella. Más tarde, cuando vamos a cruzar la puerta principal para marcharnos cada uno a su trabajo, no puedo contenerme, tiro de ella y la llevo contra la pared para besarla como llevo muriéndome de ganas de hacer desde que la he visto aparecer con ese vestidito.

Cuando termino el beso y me separo, Daisy tarda un segundo de más en abrir los ojos y yo me siento como un campeón.

Nos despedimos otra vez junto a los coches. Meyer la lleva al puerto y yo me voy a la oficina.

Una vez allí, lo primero que tengo que hacer está claro como la luz del día.

—¿Los Bolton están ya en mi despacho? —le pregunto a Debra en cuanto viene a mi encuentro a la salida del ascensor.

—Sí, señor. Jim Bolton y Thatcher Bolton, y debo decir que no están nada contentos.

Contaba con ello.

Acelero el paso y entro en mi despacho.

—Maldito malnacido —me espeta el padre de Gillian en cuanto me ve.

—Buenos días a ti también, Jim —respondo pasando a su lado y quedándome, de pie, tras mi escritorio.

—¿En serio vas a venirnos con esas, Christian? —replica Thatcher —. Gillian está en Rikers.

—Y va a quedarse allí —les aseguro sin ninguna compasión.

—Se acabó —estalla el patriarca de los Bolton—. Nos veremos en los tribunales —me amenaza dirigiéndose hacia la puerta seguido de su hijo.

—Gillian es culpable —digo, y no lo hago burlándome o arrogante, tampoco preocupado. Es simplemente un hecho— y por eso os he citado esta mañana.

Los dos se detienen.

—Gillian falsificó mis credenciales digitales para dar aviso al hospital de que no seguiría haciéndome cargo de la cobertura médica del abuelo de Daisy, sabiendo que eso provocaría directamente su fallecimiento. Eso es asesinato en primer grado. Por no hablar de que retiró el dinero que deposité en el hospital y se lo quedó. Además de un delito reiterado de acoso contra Daisy y de maltrato psicológico a mi hermano Caleb. Todo documentado con pruebas y testigos.

A cada palabra que he pronunciado, la mirada de los dos, pero, sobre todo, la de Jim, ha ido cambiando hasta esta mezcla de

negación, ira y decepción.

—Ella no sería capaz de hacer algo así —balbucea.

—¿Te has perdido la parte sobre que hay pruebas y testigos?

—¡Mi hija no es así! —vuelve a explotar.

—Tu hija es un puto monstruo —le dejo claro.

—Mi hija te salvó la vida —masculla caminando hasta encararme desde el otro lado de la mesa.

Yo suelto una risa entremezclada con un suspiro.

—Que quede claro que has sido tú quien ha puesto eso sobre la mesa —respondo intimidante—. Tu hija fue quien hizo la denuncia falsa hace cuatro años acusándome de malversación y apropiación indebida. —Jim empieza a negar con la cabeza—. Si no he llevado ese asunto ante los tribunales ha sido porque me salvó de niño, pero, por todo lo demás, va a pagar.

—¿Por qué iba mi hija a denunciar a su propia empresa?

—Para presionar a Christian para que se casara con ella —me interrumpe Thatcher cuando yo estaba a punto de decir lo mismo.

Lo miro con el ceño fruncido y su padre se gira inmediatamente hacia él.

—Thatcher, no...

—Se acabó, papá —vuelve a interrumpir Thatcher, esta vez a Jim —. Despierta de una vez y date cuenta de cómo es Gillian. Llevas tanto tiempo echándola de menos que la has idealizado. Nunca fue una buena persona, ni siquiera cuando éramos unos críos.

Su padre lo mira queriendo decir algo, pero no es capaz. No soy ningún gilipollas, entiendo que no debe estar siendo fácil para él. Al fin y al cabo, es su padre.

—¿Dices que ha estado acosando a Daisy? —me pregunta Thatcher.

Asiento, controlando la rabia que vuelve como un ciclón al pensar cuánto ha sufrido mi mujer.

Thatcher resopla.

—Y no solo le hizo daño a ella o a Caleb. Tu padre hace mucho tiempo que la perdonó, ¿verdad?

Jim arruga la frente confuso, como su hijo.

—Cuando se puso de mi parte para convertirme en el nuevo CEO, Jim la repudió públicamente en aquella sala de reuniones.

El hombre asiente con la mirada llena de remordimiento.

—Me arrepentí al día siguiente, la llamé y le pedí que volviera a casa, pero ella se negó. Le fallé a mi hija —añade con amargura—. Si hubiera estado a su lado, quizá no habría hecho todas esas cosas horribles.

—Tu hija siempre nos ha dicho a los Hale, y a cualquiera que quisiera escucharla, que tú la desterraste para siempre, que jamás la dejaste volver a pesar de la cantidad de veces que te lo suplicó a lo largo de los años.

Lo he entendido hace dos putos minutos viendo cómo la defendía. Está claro que los Bolton son otra de sus víctimas.

Thatcher farfulla un juramento entre dientes al tiempo que se lleva las manos a las caderas. Jim está muy quieto, tratando de procesarlo todo y siendo absolutamente incapaz.

—Nos mintió —murmura.

—Os utilizó —concreto yo—, para que los Hale la aceptáramos en Catskills. La cosa está muy clara —continúo—. Tiene que pagar por lo que ha hecho y no quiero que vosotros le deis ningún apoyo ni la cubráis. No le importó dejaros como los malos de la película diciendo que la desterrasteis, pues seguid haciéndolo.

—Christian... yo... —pronuncia Jim Bolton llevándose la mano a la frente absolutamente sobrepasado—. Es mi hija, no sé si...

—Es lo justo —interviene Thatcher—. Cuenta con ello, Christian.

Yo asiento agradeciéndoselo y mostrándole el respeto que merece por haber tomado una decisión así.

—Thatcher, es tu hermana —le recuerda su padre— y mi hija.

—Una hija a la que no le importó lo que la gente pudiera opinar de nuestra familia y que ha hecho mucho daño a gente inocente como Daisy o Caleb. ¿De verdad vas a ser tan mezquino como ella?

Su padre lo mira a los ojos, pero tras unos segundos no le queda otra que apartarlos y acabar asintiendo.

—Además, quiero que más cosas cambien —continúa hablando, sorprendiéndonos a Jim y a mí—; en realidad, que vuelvan a ser como siempre deberían haber sido —especifica dando un paso hacia mí—. A partir de ahora te apoyaré en cada junta y, si me dejas, trabajaré contigo para que Hale Corporation prospere aún más. Es lo que nuestros abuelos habrían querido —añade tendiéndome la mano.

—¡No! —interviene su padre enérgico—. Tu abuelo querría que tú fueras el CEO de tu empresa.

—Pero es que no es *mi empresa*. Ramson la fundó y después quiso ser justo y les dio acciones a sus amigos, que siempre lo habían ayudado. Las cosas deberían haber sido siempre así. Tú y Neil tendríais que haber estado al lado de Brayson, no actuando a sus espaldas.

—Lo hice por mi familia.

—Lo hiciste por poder —le recuerda inmisericorde Thatcher—. Lo que yo voy a hacer ahora sí es por la familia. ¿Aceptas mi propuesta, Christian? —Vuelve a tenderme su mano—. Como Ramson habría querido.

Todo habría sido más fácil si los tres socios principales hubiésemos luchado unidos. Habríamos controlado a Liberty mucho antes,

seríamos aún más fuertes de lo que somos ahora y podríamos cubrirnos las espaldas los unos a los otros. Tiene razón. Así es como tendría que ser.

—Como Phillip habría querido —contesto estrechándola y mencionando a su abuelo.

No sé si Jim también piensa que es lo mejor, pero acaba aceptando la decisión de su hijo.

No me esperaba que esta conversación acabara así, pero está claro que es lo que nuestros abuelos habrían querido.

Después de que Thatcher y Jim se vayan de mi despacho y controlar con Dallas que todo está saliendo como quiero respecto a Gillian, me pongo a trabajar.

Apenas paro para comer, pero a las seis decido que ya es suficiente. Quiero irme a Hudson Yards y pasar tiempo con Daisy. La echo de menos.

Unos suaves golpes en la puerta me distraen, doy paso y Debra abre la puerta.

—Señor Hale, un mensajero acaba de traer esto para usted. Ha dicho que es documentación del juzgado.

Frunzo el ceño, aunque lo disimulo rápido, mientras extiendo la mano para coger el sobre y hago memoria sobre los temas que tengo abiertos y cuál de ellos podría tener que ver con que reciba documentación directamente del juzgado y no lo haga el departamento legal.

—Debra, puedes marcharte ya a casa —la despido mientras abro el sobre.

Nada me prepara para lo que veo cuando finalmente saco los documentos. Acelerado, voy a la última página y veo que Daisy ya los ha firmado. Tiene que ser una puta broma.

—Daisy me ha pedido el divorcio —murmuro sin entender absolutamente nada.

72

Daisy

La primera hora en el puerto ha sido una auténtica locura. Dos de los barcos que hemos estado reparando tenían que volver a sus respectivos dueños. Han entrado tres nuevos encargos y encima uno de los compresores se ha roto y hemos tenido que estar haciendo números y decidiendo qué nos sería más rentable, si comprar uno nuevo o arreglarlo.

Ahora los chicos se han marchado con el señor Blaine a hacer una descarga. Corría algo de prisa, así que no han podido dividirse en dos equipos para continuar con las reparaciones como suelen hacer.

Cojo uno de los archivadores y me siento en las escaleras de la oficina, con mi *tablet* y un bolígrafo, dispuesta a seguir trabajando con vistas al puerto. Toca preparar las nóminas.

—Grandullón, ¿tienes sed? —le pregunto a Reacher concentrada en rellenar el cheque de Tim—. No te he visto beber nada en todo el día. Eso no es sano. Tienes que hidratarte. Puedo ir a buscarte una cola.

No hay respuesta.

—Grandullón, ¿me estás oyendo?

Nada.

Levanto la cabeza extrañada y miro hacia el lugar donde siempre está Reacher... pero no hay nadie.

—Reacher —lo llamo levantándome, mirando a mi alrededor.

Y todo se vuelve negro.

73

Daisy

Abro los ojos, pero todo está desenfocado. Los aprieto, tratando de recuperar una visión normal, y vuelvo a abrirlos. Estoy mareada. Me incorporo con mucho trabajo y miro a mi alrededor. Estoy en una cama. No reconozco la habitación.

Trato de mover las manos, pero las tengo sujetas con bridas. ¿Qué demonios está pasando?

Quiero pensar que es cosa de Christian y me obligo a sonreír. Me ha secuestrado como la otra vez, pero, por mucho que me repito esas palabras, soy consciente desde el primer segundo de que no cuadran. La vez anterior tenía un «motivo», aunque fuese una locura; me llevó a Hudson Yards y sé que esto no es Hudson Yards, y, lo más importante, Christian nunca me haría daño apretando las bridas de esta forma.

Trato de liberarme moviendo las manos, pero es imposible.

—Maldita sea —gruño mirándome las muñecas. Están sangrando.

Christian jamás me haría algo así.

Me levanto como puedo y voy hasta la puerta. Trato de abrir, pero está cerrada. Era lógico, pero tenía que intentarlo.

Recorro la estancia en busca de algo con lo que soltarme, pero no encuentro nada que me sirva. Tampoco hay ventanas. Estoy en una especie de sótano, viejo y húmedo, sin ningún otro mueble aparte de la cama.

¿De qué va todo esto? El corazón me late muy deprisa. Estoy asustada, mucho, pero no puedo dejar que ese miedo me gane la partida. Tengo que encontrar una manera de salir de aquí.

La puerta suena. Me giro hacia ella, intentando pensar rápido cuál es la mejor opción. No tengo con qué atacar y sigo de manos atadas, ni siquiera podría correr.

Alguien entra.

—Parece que ya te has despertado —comenta un tipo con voz siniestra.

—¿Quién eres? —pregunto fingiendo que no estoy aterrorizada, dando un paso adelante.

Sin decir nada, el hombre camina rápido hasta mí y me da una bofetada con tanta fuerza que me tira al suelo. Sin poder parar el golpe con las manos, el impacto se lo llevan mi hombro y mi cabeza.

Suelto un gemido de dolor e intento recuperarme, pero entonces oigo de nuevo sus pasos. Me obligo a reaccionar rápido, me arrastro alejándome de él y trato de sentarme en el suelo apoyándome en la pared.

Él se queda quieto, observándome, y sonríe con malicia, disfrutando de mi intento de huida.

Da el primer paso en mi dirección y mi cuerpo se tensa. Con otro más se acuclilla hasta quedar frente a mí. Tiene los ojos negros y demasiado fríos, como si no tuviese un átomo de calidez en su interior.

—Escúchame bien —me advierte—. No preguntes. No hables. No respires demasiado fuerte y, quizá, salgas con vida de aquí.

Yo le mantengo la mirada, no pienso dejarle creer que soy un animalito asustado. Él sonríe como si hubiese sido capaz de ver mis intenciones y le divirtiese. Se levanta y se marcha sin mirar atrás.

Yo me quedo contemplando la puerta, apretando los labios para contener las lágrimas. No pienso llorar.

No sé cuánto tiempo pasa, puede que solo unos minutos, cuando vuelve a abrirse y aparecen dos tipos. Me levantan del suelo sin contemplaciones mientras otros dos, un hombre y una mujer, meten en el cuarto pésimamente iluminado una silla y una mesa. Me sientan en la silla y me tiran de las bridas para que coloque las manos sobre la mesa. Cuando el plástico vuelve a hincarse en las heridas abiertas, una punzada de dolor me atraviesa las muñecas, pero no digo nada. No pienso darles el gusto.

Uno corta las bridas y automáticamente me acaricio las muñecas y las manos en sí, buscando algo de alivio.

—Firma —me ordena la mujer dejando unos papeles sobre la mesa.

Yo frunzo el ceño observando el documento... ¿Qué? Es un acuerdo de divorcio.

Niego con la cabeza.

—No...

Antes de que la palabra salga por completo de mis labios la mujer me abofetea.

Uno de los tipos a mi espalda me coge del pelo y tira de mí obligándome a echar la cabeza hacia atrás.

—Te ha dicho que firmes —gruñe.

Está tirando muy fuerte, duele muchísimo. Intento controlar las lágrimas, pero cada vez me cuesta más trabajo y, entonces, otra bofetada que me tira de la silla.

Vuelven a sentarme. Vuelven a ordenarme firmar, pero yo me quedo quieta. No pienso firmar eso. No pienso ayudarlos en nada.

Pierdo la cuenta de los golpes que me dan. Solo sé que tengo el labio roto y me duelen muchísimo el pómulo y la cabeza. Además,

cada vez que respiro siento como si las costillas se me clavaran en los pulmones.

Esta vez, cuando me levantan, nadie me dice que firme. En lugar de eso, la mujer pone una *tablet* sobre los papeles y la activa. La pantalla se ilumina con una foto de Christian. Está tomada desde lejos y a escondidas. La mujer empieza a deslizar el dedo hacia la derecha y la foto cambia por otra de Debbie en el parque, después Mabel junto a la boca de metro de Union Street, Dave, en el puerto, el señor Hale, Noel, incluso Mallory, el señor Blaine, los chicos y al final los hijos de Halid. El pequeño solo tiene cuatro años.

—¿A quién crees que mataremos primero? —inquiere burlona la mujer—. ¿Quién crees que sufrirá más?

No puedo dejar que le pase nada a ninguno de ellos. No puedo dejar que maten a Christian. No puedo perderlo.

—Firmaré —acepto en un susurro.

La mujer sonríe satisfecha, retira la *tablet* y yo firmo la demanda de divorcio con los ojos llenos de lágrimas que ahora son por un motivo completamente diferente. No quiero renunciar a Christian, pero es que tampoco puedo dejar que le hagan daño a alguien que me importa por mi culpa.

Además, sé que él entenderá lo que está pasando, sabrá que ocurre algo y me buscará. Confío en él.

En cuanto lo hago uno de los hombres me da una patada, lanzándome al suelo. Cogen ambos muebles y los cuatro salen de la habitación.

En el suelo, no puedo evitarlo y rompo a llorar. ¿Qué quiere esta gente? ¿Por qué querían que pidiera el divorcio?

—Dios, ¿qué está pasando? —murmuro entre sollozos.

Ni siquiera me he dado cuenta de que, antes de que la puerta se cerrara, ha entrado otro hombre y ahora está sentado en la cama,

mirándome.

—Yo puedo contestarte a esa pregunta.

Su voz me asusta. A pesar del dolor sobrehumano, me levanto todo lo rápido que soy capaz y me voy hasta la otra punta de la estancia.

—¿Quién eres? —pregunto.

—Tienes razón, ha sido muy desconsiderado por mi parte no presentarme. Me llamo Jared Liberty.

74

Christian

No es verdad. No es verdad. No es verdad.

Y yo no voy a dejar de confiar en Daisy.

Acelerado, cojo el teléfono y la llamo mientras salgo de mi despacho, pero mi llamada va directa al buzón de voz. Vuelvo a intentarlo. Una. Dos. Tres veces. Siempre acaba igual.

Estoy cruzando el vestíbulo cuando cambio de estrategia y llamo a Meyer. Su móvil sí da señal, pero nadie responde.

¿Qué demonios está pasando?

—Al puerto. Ya —rujo en cuanto me monto en el coche.

Estoy tratando de contactar con Daisy de nuevo cuando mi *smartphone* suena en mi mano. No reconozco el número.

—¿Quién coño es?

Hay un segundo de silencio.

—Soy Dave, el amigo de Daisy. ¿Eres Christian?

Frunzo el ceño. ¿A qué viene esto?

—Sí. ¿Por qué me llamas?

—Quería saber si estabas con Daisy. —Mi cuerpo se tensa aún más y a toda la rabia y la confusión por primera vez se une el miedo —. Hemos vuelto de una descarga y ni ella ni su guardaespaldas están. Todo está en su sitio, pero me parece muy raro que Daisy se haya ido así. Las chicas tampoco saben dónde está y no responde a

las llamadas. Cuando se marcha, siempre avisa. Además, hoy es día de pago. Jamás dejaría a los chicos tirados con eso.

Aprieto los dientes.

—Voy para allá —respondo antes de colgar—. Acelera.

Transformamos la media hora de trayecto en diez minutos. No hay rastro de Meyer ni de Daisy. No han rebuscado en la oficina ni robado nada. Se han llevado su bolso.

—Registrad el puto puerto —les ordeno a cuatro de mis hombres —. No dejéis un centímetro sin levantar. Seguid llamando a Meyer hasta que responda.

—Sí, señor.

Me paso la mano por el pelo desesperado. ¿Dónde estás, Daisy? Sé que no se ha ido por voluntad propia igual que no ha tenido nada que ver con esa demanda de divorcio.

¿Y si está en peligro? ¿Y si le han hecho daño? ¿Y si la han secuestrado? Cabeceo. Los «¿Y si...?» no van a ayudarme en nada. Tengo que mantener la cabeza fría. Así es como voy a traerla a casa.

Mi móvil suena. Respondo sin mirar el identificador de llamadas dando por hecho que es uno de mis hombres. Me equivoco.

—Hola, señor Hale, ¿o debería decir King? Siempre me he preguntado cuál de los dos consideras tu apellido de verdad.

Liberty.

—¿Dónde está Daisy, maldito hijo de perra?

Si le ha rozado un solo dedo, no va a ver un nuevo día.

—No hay necesidad de llegar a esos extremos. Está aquí, conmigo.

Aprieto el teléfono con tanta fuerza que estoy a punto de partirlo en dos.

—¿Dónde estáis?

Mi voz nunca ha sonado tan intimidante ni tan amenazante.

—En la iglesia de Queensboro City. Entra solo, Rey —me advierte —, o le pego un tiro en esa cabecita tan bonita.

Cuelgo y me dirijo al coche sintiendo cómo cada célula de mi cuerpo se vuelve un puto escudo, cómo toda mi rabia se redirige a él, a Jared Liberty. Ha puesto en peligro a Daisy y esa es una línea que nadie, jamás, puede cruzar. Voy a matarlo y voy a despedazar su maldito cadáver.

—¡Al coche! ¡Ya!

Queensboro City es mi territorio. Nueva York lo es. Por un lado, me siento cómodo. Sé lo que tengo que hacer, pero, por otro, estamos hablando de Daisy y el miedo hace que el corazón me vaya demasiado rápido.

En cuanto salgo del Maybach, miro a mis hombres para que tomen posiciones alrededor de la iglesia. Solo he avanzado unos pasos cuando Mabel corre hasta mí.

—¿Es verdad? —pregunta demasiado preocupada.

Tardé un tiempo en caer en la cuenta de que esta Mabel era su Mabel, pero, una vez que lo hice, las piezas encajaron a la perfección, entiendo que estén tan unidas.

No digo nada, pero ella capta de inmediato que toda mi atención está focalizada en la iglesia.

—Tráela de vuelta. —Y no sé si es una súplica o una advertencia. Creo que un poco de cada.

Kristov me espera en la puerta con varios tíos de la mafia búlgara. Al verme, sonríe encantado de que me encuentre en esta situación. No me preocupa. Ya ajustaré cuentas con él.

—Las manos a la nuca —me ordena disfrutándolo.

Empieza a registrarme para asegurarse de que no llevo ningún arma.

—Qué poco te queda, King —me susurra al oído.

Yo aprieto los dientes conteniéndome.

—Me las vas a pagar —le dejo claro mirándolo a los ojos—. Esta vez ni el foso va a poder salvarte.

Él sonríe incómodo tratando de aguantar el tipo, pero yo no pierdo un segundo más con esta escoria y entro en la iglesia.

Al hacerlo, me recibe la oscuridad un solo segundo antes de atravesar el pequeño vestíbulo y pasar a la nave principal. Es pequeña y vieja, de principios del siglo pasado, y nadie se ha preocupado demasiado por ella, pero sigue en pie.

La hilera de rosetones en lo alto de la pared va creando halos de luz hasta llegar al altar, donde el hijo de puta de Liberty está sentado en una silla, con una pistola y, junto a él, está Daisy.

La rabia se hace infinita y las manos me arden cuando la veo. El corazón me rebota contra las costillas furioso y triste. Tiene el labio partido, moratones en las mejillas y cortes por toda la cara. Está sentada en un escalón, con los ojos enrojecidos y las manos atadas a la espalda. Muerta de miedo.

—Hola, nena —la llamo caminando despacio hacia ella, esforzándome en sonreír para transmitirle seguridad.

—Hola, Christian —responde con la voz entrecortada.

Voy a matarlo. En cuanto ella esté a salvo, ese cabrón no va a salir vivo de aquí.

—Quieto —me ordena levantando la pistola y amartillándola en dirección a Daisy.

—¿Qué coño quieres, Liberty?

—¿No vamos a charlar un poco antes?

Es un maldito psicópata.

—Si quieres que hablemos tú y yo, deja que ella se marche.

—No puedo —contesta orgulloso—. La señora Hale es mi comodín. ¿Recuerdas cuando te dije que el poder no se ganaba, se pedía y,

cuando se demostraba que eras la persona más capaz, te era dado? Pues bien, esta es mi manera de constatar que soy mucho más capaz que tú. No tengo puntos débiles.

—La empresa, ¿eso quieres? —sintetizo su discurso.

—Y Queensboro City —añade con la voz sombría y una sonrisa.

Podría preguntarme qué me duele más, pero es que ninguna de las dos cosas me importa porque no son Daisy.

—Las tendrás.

—¿Así de fácil? —plantea burlón.

—Así de fácil —respondo sin dudar—, porque Daisy es mi prioridad.

75

Daisy

Mi corazón se hincha contento en el centro de mi pecho al oír esas palabras y, a pesar de todo lo que está sucediendo, son como una manta cálida que me protege de todo a mi alrededor.

Soy su prioridad y está aquí demostrándolo. Esto es lo que se siente cuando eres lo más importante para alguien.

—Sal ahí fuera y da un bonito discurso explicando que a partir de ahora yo soy el rey —le ordena Liberty.

¡No! ¡No es justo! Christian es el verdadero rey. Además, este sitio, todo este poder, no puede caer en manos de alguien como Liberty. Lo convertiría en un caos cruel donde solo él saldría ganando.

—Christian —lo llamo intentando detenerlo de algún modo.

Pero, apenas hago el ademán de moverme, Liberty me chista y Christian levanta suavemente la mano, frenándome.

—Está todo bien, nena —dice con voz segura, tratando de reconfortarme.

Pero, maldita sea, ¡no lo está! ¡No quiero que lo pierda todo por mi culpa!

—Ve —lo apremia Liberty—, Daisy y yo te esperaremos aquí.

Christian lo fulmina con la mirada solo por el hecho de pronunciar mi nombre y echa a andar hacia la puerta principal.

76

Christian

Camino hasta la entrada principal con una sola idea en la cabeza. Tengo que sacar a Daisy de aquí.

—¡Escuchadme bien! —grito desde la puerta.

Al oírme, los que están fuera avisan a los que siguen dentro de los locales y, en cuestión de segundos, la calle principal de Queensboro City se llena de gente que me presta su atención.

—A partir de ahora, Jared Liberty será el nuevo rey de Nueva York.

Cuando pronuncio esas palabras, una ola de murmullos de confusión y sorpresa barre a la multitud que tengo delante. Mi mirada se cruza con la de Dallas. Está furioso, como yo, con las ganas de acabar con esto como sabemos y enfrentarnos a Liberty eclipsando todo lo demás, pero los dos tenemos claro que, desgraciadamente, eso, ahora mismo, no es una opción.

Mabel también me observa preocupada. No es ninguna estúpida y sabe que si he aceptado todo esto es porque Daisy está en peligro.

—Los King renunciamos al trono y todos tendréis que obedecerlo a él como hasta ahora me habéis obedecido a mí.

Más murmullos. Más ganas de destrozarlo todo a golpes.

—¡El rey ha caído! —digo odiando cada puta palabra como he odiado pocas cosas en mi vida—. ¡Larga vida al rey!

Todos me miran y se observan entre ellos sin saber qué hacer. Estas calles jamás han visto a un rey renunciar. Lo eres hasta que mueres.

—¡Larga vida al rey! —grita el desgraciado de Kristov con una sonrisa.

—¡Larga vida al rey! —empiezan a gritar sus hombres.

—¡Larga vida al rey! —al final gritan prácticamente todos.

Pero esto no ha hecho más que empezar.

77

Daisy

Los oigo gritar «¡Larga vida al rey!» y el estómago se me revuelve mientras Liberty sonríe satisfecho. Solo es un cobarde y solo así ha podido destronar a Christian.

—Suéltala —le exige este caminando de vuelta hacia nosotros.

—¿Sabes? Me lo he pensado mejor —responde Liberty.

En ese momento, de la nada, empiezan a salir hombres. Al menos, diez. Reconozco a dos de ellos como los que han venido antes a hacerme firmar los papeles del divorcio. En cuestión de segundos nos tienen rodeados.

De inmediato, dos de ellos se lanzan sobre Christian y lo retienen por los brazos. Él intenta liberarse y les pone las cosas difíciles, pero son mucho más grandes y lo mantienen sujeto.

—Christian, cuidado —le pido.

Me sale sin pensarlo. No quiero que le hagan daño.

—Voy a casarme con Daisy —decide Liberty de pronto—. Así todos verán más claro que ahora yo ocupo tu lugar y tú, bueno, sufrirás un poco más.

¿Qué?

—¿Qué? —susurro atónita—. ¡No! —grito en cuanto racionalizo sus palabras—. ¡Jamás me casaré contigo!

Su respuesta: darme una bofetada con el reverso de la mano que sostiene la pistola. El dolor es brutal.

—¡No! —ruge Christian—. ¡Maldito hijo de puta, no vuelvas a ponerle las manos encima!

Forcejea y consigue soltarse de uno de los matones, pero, cuando se mueve para llegar hasta mí, el otro le retuerce el brazo que aún le sujeta y un tercero le da un puñetazo en la cara que lo hace escupir sangre.

—¡Christian! —chillo con los ojos llenos de lágrimas.

—Dadle una paliza —ordena Liberty a sus hombres como si no estuviera diciendo nada fuera de lo común—. Que ella lo vea. ¡Ah! Y dejadlo medio muerto. Hago énfasis en lo de «medio». Necesito que esté vivo para votar mañana a mi favor en la junta. Que tu perro rabioso lo vigile hasta entonces —se dirige a uno de los hombres en particular, con pinta de estar disfrutando muchísimo viendo caer a Christian.

Lo reconozco. Es el primero que ha venido a verme al sótano.

Dos tipos se acercan a mí. Uno de ellos me levanta sujetándome por los brazos mientras que el otro enrolla su mano en mi pelo y me obliga a levantar la cabeza.

Al menos seis matones de Liberty empiezan a golpear a Christian. Dos lo agarran mientras los demás le dan puñetazos y patadas.

—¡No! —grito desesperada tratando de soltarme para correr a ayudarlo, pero no lo consigo—. ¡Dejadlo en paz!

Al principio, Christian forcejea, lucha, incluso devuelve algún golpe, pero llega un momento en el que a duras penas se mantiene en pie. Tiene la cara completamente magullada y hay sangre en el suelo. A los minutos, su cuerpo cae lánguido; lo único que lo mantiene en pie son esos hombres. Uno de ellos le alza la cabeza tirándole del pelo hacia atrás y le da un puñetazo. Vuelve a levantársela, vuelve a golpearlo, una vez, dos, tres.

—¡Parad! —les exijo sin poder parar de llorar—. ¡No! ¡Dejadlo en paz!

Cuando terminan, cae al suelo como un saco de boxeo. Está inconsciente.

—Christian —lo llamo—, Christian, por favor, escúchame.

Pero no se mueve.

—Rey —llama a Liberty el tipo que más ha disfrutado con la paliza a Christian.

—¿Qué quieres, Kristov? —pregunta Liberty despreocupado, paseándose por el altar.

—Te he traído un regalo.

La mirada de Liberty se ilumina, prestándole toda su atención. Kristov chasquea los dedos y aparecen dos hombres: uno lleva a Dallas y el otro... ¿a Mabel? Me pregunto si estoy sufriendo algún tipo de alucinación, pero sé que no, es ella. ¿Trabaja en Queensboro City? De pronto recuerdo la ropa que me prestó en el ferri cuando salí de Catskills con el pijama de Christian y todo cuadra, debe de currar en uno de estos locales.

—Christian —susurra Dallas asustado y acelerado cuando lo ve tirado en el suelo. Trata de soltarse, pero no lo consigue—. ¡Suéltame, cabrón de mierda!

Kristov le da un puñetazo haciéndolo callar y Liberty sonríe encantado con el espectáculo.

—¿Quiénes son? —pregunta expectante.

—Él es Dallas, la mano derecha de King, y ella —le acaricia la mejilla con el cañón de la pistola y mi amiga se aparta fulminándolo con la mirada— es Mabel. —La coge del pelo y le obliga a echar la cabeza hacia atrás de un tirón, haciéndola gemir de dolor.

—¡Suéltala! —gritamos Dallas y yo a la vez.

Kristov sonríe encantado con lo que ha provocado y la suelta con rudeza.

—Es una zorra de armas tomar. También trabaja para King.

—Y observo que mi querida prometida también los conoce —comenta girándose hacia mí, esperando algún tipo de confirmación, pero yo me limito a mirarlo con odio.

Él me sonríe taimado.

—Serán nuestros testigos de boda —comenta mirándome todavía a mí.

Un par de tipos cogen a Christian por los hombros y se lo llevan bocabajo, aún inconsciente, con sangre goteándole del labio y las piernas arrastrando.

No puedo dejar de mirarlo.

—Por favor —suplico en un susurro con la cara llena de lágrimas —, que esté vivo.

Me levantan del suelo sin ninguna delicadeza y me llevan con Mabel a otra habitación. Nos empujan allí y cierran la puerta, echando inmediatamente la llave.

—¿Estás bien? —le pregunto a mi amiga en cuanto nos quedamos solas.

Ella asiente. Me hace girarme y me desata las manos.

—¿Y tú? —inquiere mientras lo hace.

No puedo aguantarlo más y rompo a llorar.

—Yo estoy bien —respondo otra vez frente a frente—, pero ese malnacido ha pegado a Christian hasta dejarlo inconsciente. Ni siquiera sé si respiraba cuando se lo han llevado, Mabel.

Me obligo a dejar de llorar inmediatamente. Christian va a salir de esta y yo tengo que ser fuerte para pensar en cómo sacarnos a todos de aquí.

—Christian es más fuerte que eso y lo sabes —me recuerda Mabel cogiéndome las manos—. Lo que tenemos que hacer es encontrar una manera de escapar.

Asiento y las dos recorremos la estancia tratando de buscar algo, lo que sea, que nos ayude a huir, pero es que no hay nada. Un par de muebles viejos y una ventana diminuta en lo alto de la pared.

—¿Por qué no me contaste que trabajas para Christian? —pregunto mientras seguimos rebuscando.

—Al principio no sabía que tu Christian y el rey eran la misma persona y, cuando lo descubrí, pensé que era mejor no decírtelo. A ti te dolía cada vez que la conversación se acercaba mínimamente a los Hale y yo tampoco he tenido un contacto directo con él hasta hace poco, cuando Kristov se pasó con una de las chicas y él me ordenó que fuera sus ojos en el local de ese cabrón de mierda.

—Me hubiera gustado saber antes que él era el rey de Nueva York.

—¿Por qué? —me plantea perspicaz—. Si te hubiese dicho que Christian es incluso más peligroso y poderoso de lo que tú pensabas, ¿habría valido para que no te enamoraras otra vez de él?

Yo aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Si tengo que ser sincera, he de decir que no habría cambiado nada. Con toda probabilidad, habría caído más rápido si hubiese descubierto que vestía a chicas como yo para poder fingir que todo seguía igual que hace cuatro años y aún estaba en su vida.

—¿Y tú estás bien trabajando aquí?

Es un cambio de tema, pero también me importa y me preocupa muchísimo.

—Si quieres saber si este era mi trabajo soñado desde cría, la respuesta es no, pero fue el salvavidas al que agarrarme cuando mi vida estaba en su peor momento y lo aproveché. Hay miles de historias como la mía.

En realidad, es la situación de muchísima gente, aquí y en un millón de otros lugares. Una persona desesperada es capaz de cualquier cosa por salir adelante. Yo he estado en su posición y sé lo que significa que un trabajo, por horrible que sea, marque la diferencia entre sobrevivir o no. Así que la entiendo.

—Después me di cuenta de que, quizá, había llegado a Queensboro City con un propósito. Kristov es un animal. Las chicas necesitaban a alguien que las defendiera. Antes lo hacía sola, pero entonces Christian se enteró de lo que pasaba y puso orden. Ahora trabajo para él teniendo controlada a esa escoria... bueno, debería decir «trabajaba» porque ahora el rey es Liberty. —Mi respiración se hace más pesada. Christian va a perderlo todo—. Ese cabrón lo ha amenazado con hacerte daño si no le cedía la corona, ¿eh?

Porque yo soy su prioridad.

Maldita sea, me parece una broma que, cuando por fin siento lo que es saberte la primera opción de otra persona, tenga que ser en unas circunstancias como estas.

Solo puedo asentir. Estoy tan enfadada y me siento tan impotente... Christian ha tenido que renunciar a todo por mí. No quiero que tenga que renunciar a nada por mí.

Y no sé cómo lo voy a hacer, pero voy a arreglarlo. Soy su prioridad y él es la mía. Juntos podemos enfrentarnos a cualquier cosa.

En ese momento la puerta se abre y vuelven a sacarnos a rastras, exactamente igual que como nos han metido.

78

Daisy

La iglesia está llena de gente. No necesito fijarme mucho para darme cuenta de que son los trabajadores y los clientes de Queensboro City. Veo a muchos hombres de Christian; la mayoría de ellos tienen magulladuras y cortes, algunos maniatados. Veo en sus miradas que quieren ayudarme, pero no saben cómo.

El tipo que ha enviado Liberty me empuja hasta el altar, donde ya está su jefe.

Dallas está sentado en el primer banco. Es más que obvio que le han dado una paliza y lleva las manos atadas a la espalda.

Cuando me ve, aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—No tengas miedo, Daisy —trata de reconfortarme—. Todo irá bien.

Intercambia una mirada con Mabel, como si los dos se preguntaran «¿Cómo estás?» y «¿Cómo vamos a salir de esta?».

—Padre, cuando quiera —lo invita Liberty a empezar.

El cura me observa con la cara llena de magulladuras y lágrimas, a Dallas, al resto de invitados y, con ellos, toda la situación.

—Hijo, yo, no... no puedo —responde el sacerdote—. Esto no está bien.

Pero, entonces, Kristov se coloca a mi lado, apunta su pistola contra mi costado a la altura del estómago, haciéndome sentir el frío

del cañón, y amartilla el arma ante la aterrada mirada del pastor.

—Esto es muy sencillo, padre —le explica Liberty—. Ella va a salir de esta iglesia casada o en un ataúd, usted elige.

El cura me mira y tartamudea sin saber qué hacer. Finalmente, suelta un suspiro y comienza a hablar.

—Esta boda no tiene ninguna validez —lo interrumpo remarcando lo obvio, dándole una salida para que la impida—. Sigo casada con Christian. Puede que yo firmara los papeles del divorcio obligada, pero sé que él no lo ha hecho y, aunque hubiera sido así, no ha dado tiempo a que el trámite se ratifique en el juzgado.

Liberty sonríe, su sonrisa se ensancha y empieza a reír.

—Por Dios, ¿siempre eres tan inocente? —se burla—. Esto es Queensboro City y aquí tenemos nuestra propia ley. Yo soy el rey y digo que esta boda es legal. No te puedes hacer una idea de lo poco que me importa que ese papel pase o no por el juzgado de Nueva York —añade con desidia—. Hoy vas a convertirte en la señora Liberty. Te guste o no. Padre. Ahora.

El sacerdote me mira y niega con la cabeza, como si intentara disculparse, después carraspea y comienza a hablar. Supongo que, siendo el cura de esta iglesia, sabe perfectamente cómo funcionan las cosas aquí.

—Hermanos y hermanas, estamos reunidos hoy aquí...

Él sigue hablando, pero yo solo soy capaz de pensar que no puedo dejar que esto suceda. Tengo que salir de aquí. Tengo que buscar a Christian. Puede estar malherido. Puede seguir inconsciente. Tengo que encontrarlo.

—Daisy —me llama el padre y a continuación me mira dándome pie a que diga mi nombre completo.

Yo miro a Liberty y le escupo a la cara:

—Daisy Hale.

Ese es mi apellido y siempre lo va a ser.

Liberty no duda y me da una bofetada fortísima, haciéndome girar la cabeza.

—¡Cabrón! —grita Mabel sujeta por uno de los secuaces de Liberty.

—¡Atrévete conmigo, hijo de puta! —lo desafía Dallas.

Liberty mira hacia uno de sus hombres, que de inmediato le da un puñetazo en la cara al mejor amigo de Christian, tirándolo al suelo.

—¡No! —me revuelvo yo, pero Kristov aprieta más el arma contra mi vestido y mi piel y yo me quedo quieta apretando los dientes.

—Prescindamos de los apellidos, padre —resuelve Liberty—. Daisy y Jared.

El sacerdote asiente.

—Daisy, ¿tomas a Jared como tu legítimo esposo y prometes amarlo y honrarlo en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y serle fiel todos los días de tu vida?

Voy a contestar que no con todas mis fuerzas, creo que incluso voy a disfrutarlo, cuando Kristov me tapa la boca con la mano e, incrustándome más la pistola en el costado, contesta por mí.

—Sí, quiere.

Yo me revuelvo y protesto, pero no vale de nada.

—Jared, ¿tomas a Daisy como tu legítima esposa y prometes amarla y honrarla en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, y serle fiel todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

—Los anillos —pronuncia el padre con pesar.

Liberty me agarra la mano, me quita el anillo y lo lanza sin importarle dónde acaba.

—¡No! ¡¿Qué demonios haces?! —grito desesperada con todas mis fuerzas, tratando de correr a recogerlo; sobra decir que no me lo

permiten.

Liberty lo sustituye por otro que me da igual de dónde ha salido; me quema en el dedo y me da asco.

Él se pone el suyo. El cura dice algo más, ni siquiera lo escucho, y...

—Por el poder que me ha sido otorgado por la Santa Madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Liberty se gira hacia mí con una siniestra sonrisa. Yo me preparo para abofetearlo, morderlo, mandarlo al infierno porque no va a tocarme, pero entonces la puerta suena.

79

Christian

Abro los ojos. Me están arrastrando. Dolor. No sé dónde estoy. No sé dónde me llevan. No recuerdo nada. Me cuesta mantener los ojos abiertos. Duele demasiado. Estoy muy cansado. Los párpados se me cierran. No recuerdo nada...

Daisy.

Los recuerdos llegan como una maldita cascada. Me obligo a mantener los ojos cerrados hasta controlar mi propio cuerpo. Daisy sigue con Liberty y tengo que sacarla de aquí. Los abro despacio, captando todos los detalles que puedo... Giramos. Veo una puerta cerrada. Alguien golpeándola con rabia y fuerza desde dentro. Apuesto todo lo que tengo a que es Meyer.

Antes de que me tiren en otra habitación, me fijo en el perro rabioso de Kristov.

—Dejadlo ahí y largaos —les ordena a los hombres que me llevan —. Yo me encargo de ellos.

Me lanzan al suelo y me deslizo unos metros hasta chocar contra la pared. Me duelen todos los putos huesos del cuerpo.

La puerta se cierra.

Yo resoplo y me pongo en pie. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano, pero me importa una mierda. Debo salvar a Daisy.

Gruño y me llevo la mano a la parte superior del brazo derecho. El hombro me está matando. Está dislocado.

Vuelvo a resoplar. Sé lo que tengo que hacer. Camino hacia la pared y me sujeto el brazo. Anclo la pierna en el suelo y golpeo mi hombro con fuerza contra el muro. Aprieto los dientes conteniendo un grito mientras el dolor me atraviesa como un puto relámpago.

No ha sido suficiente.

Vuelvo a recolocar el pie, vigilo el ángulo del hombro y vuelvo a chocarlo contra la pared. Siento la cabeza del húmero entrar en el omóplato y el dolor brutal se adormece. No se va, pero al menos ahora puedo mover el brazo.

Dejo caer la frente contra la pared para recuperar un poco de aire. Un par de segundos. No me permito más.

Miro a mi alrededor. Podría saltar por la ventana, pero, después, ¿qué? Todo está rodeado de hombres de Liberty. Necesito un plan. El único mueble que hay en este condenado cuarto es una mesa de metal. Piensa rápido. Piensa rápido. Piensa rápido.

Lo tengo.

Muevo la mesa, eso también me cuesta un maldito mundo.

Una media sonrisa se dibuja en mis labios mientras me acerco al pequeño ventanuco sin cristal y con barrotes de la puerta.

—Ey, perro rabioso —lo llamo con burla en la voz—, ¿ya te han echado las sobras en el comedero o aún tienes hambre?

Lo oigo gruñir, pero finge no oírme.

Ese es el matón principal de Kristov. Dicen que lo crio desde niño y lo echaba a pelear con perros para fortalecerle el carácter. Cuando lucha, es un animal que no para de golpear y morder hasta que Kristov le ordena que lo haga. Es algo así como el Bane de Batman con peor carácter y más problemas mentales.

Y yo lo estoy provocando.

—¿Qué pasa?, ¿tu dueño hoy no te deja salir a jugar? —Hago varios chasquidos con los labios, de esos tipo beso que se usan para

llamar a los animales—. Vamos, perrito, ven aquí.

Me falta el aire y tengo que dar un paso atrás y apoyar las dos manos en la puerta para intentar recuperarlo.

—¡Cállate, King! —ruge desde el fondo del pasillo.

Me concentro en que mi voz no revele el puto dolor que siento ahora mismo.

—¿Por qué?, ¿el perrito tiene miedo? —vuelvo a la carga.

—¡Cierra el pico! —grita más furioso.

Suelto un par de ladridos y *¡boom!*

—¡Voy a matarte, King! —lo oigo decir mientras el ruido de una silla estrellándose contra la pared irrumpe en el pasillo.

Viene hacia aquí. Sonrío. Te tengo.

Me coloco detrás de la mesa. Pasos más cerca. Agarro el borde con las dos manos. La llave entra en la maldita cerradura. Tamborileo los dedos sobre el metal una única vez. La puerta se abre y, en cuanto él aparece en mi campo de visión, la empujo con todas mis fuerzas, pillándolo por sorpresa. El canto de acero le da de lleno en el estómago, echándolo hacia delante y haciéndolo chillar de dolor.

En un ágil movimiento me subo a la mesa y la cruzo corriendo antes de lanzarme deslizándome sobre las rodillas para darle un puñetazo en la cara. En cuanto cae al suelo lo hago sobre él y empiezo a golpearlo sin parar en la nariz y el labio superior. Una, dos, tres, diez, hasta que por fin pierde el sentido.

Yo trato de recuperar el aire. Los pulmones me arden. Me duele absolutamente todo.

Pero no puedo permitirme perder el tiempo. Tengo que salvar a Daisy. Cojo la pistola del perro, me aseguro de que esté cargada y me la pongo a la espalda, en la cintura de los vaqueros. Rebusco tratando de encontrar más armas, nada, pero sí doy con las llaves.

—¡Meyer! —grito.

—¡Rey!

Sabía que era él.

Me levanto y, usando las llaves que acabo de robar, abro su puerta. En cuanto lo veo, comprendo cómo consiguieron llevarse a Daisy. Tiene una herida de tiro en el hombro aún abierta y varios golpes, entre ellos, una gruesa brecha en la frente.

—Tienen a Daisy —dice preocupado.

—Lo sé. Voy a por ella. Tú espera aquí, volveré a buscarte. Trata de encontrar algo con lo que taponar esa herida.

—No, Rey —me hace detenerme cuando ya me había girado para salir—. Voy con usted.

—No puedes venir. Estás herido...

—No pienso abandonarlos, ni a Daisy ni a usted. Además, tampoco es que usted esté mucho mejor —añade con una mueca, realzando lo obvio.

Yo lo miro sintiendo una sensación de agradecimiento y lealtad sacudirme de pies a cabeza.

—Está bien —decido.

No tenemos tiempo que perder.

Nos deshacemos de dos hombres de Liberty que custodiaban el pasillo y nos quedamos con sus armas, lo mismo que con los cuatro que controlan la zona de la calle frente a la iglesia.

Me coloco contra la puerta con el jodido odio taladrándome los huesos. Ese hijo de perra se ha atrevido a montar una boda falsa. Daisy tiene que estar asustada, preocupada, llorando, y ese desgraciado me las va a pagar.

—La iglesia está llena de hombres de Liberty —me recuerda Meyer cuando nos preparamos para entrar.

—También está llena de los nuestros.

Sé que lo mejor sería pararme a pensar, incluso largarme, rearmarme y volver a atacar, todo eso de «vive para luchar un día más», pero es que de quien estamos hablando es de Daisy, está en peligro y, así tenga que enfrentarme yo solo a todos los hombres de Liberty, de Kristov, de la puta mafia búlgara, me importa una mierda. Voy a sacarla de ahí.

80

Christian

Abro la puerta despacio, accedo al vestíbulo, accedo a la nave, camino agachado utilizando los últimos bancos para cubrirme. Todos están mirando hacia delante. El muy cabrón ha ordenado a todo Queensboro City que presencie esto.

—Por el poder que me ha sido otorgado por la Santa Madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Aprieto los dientes. Ese malnacido me las va a pagar.

Ya no hay tiempo que esperar. Miro a Meyer. Asiento y nos incorporamos a la vez. Los dos primeros disparos tumban a un par de hombres de Liberty. Todos nos miran. Avanzo por el pasillo principal y me cargo a otros dos antes de que ellos puedan reaccionar.

Empiezan a disparar. Mis hombres me reconocen, se levantan y empiezan a luchar.

El caos está servido en cuestión de segundos, quienes no luchan corren hacia la salida o se esconden tras los bancos. Liberty saca su pistola y comienza a dispararme caminando directamente hacia mí.

Me escondo tras una columna para esquivar las balas. Ya estoy más cerca del altar.

Dallas se levanta y se lanza con todas sus fuerzas contra Kristov, usando su propio cuerpo como una bola de demolición, la pistola sale disparada y Mabel le pega un puñetazo.

Daisy corre a desatarlos.

Vuelvo a disparar. Liberty se oculta tras un banco. Ya no me quedan balas. Mis hombres me cubren. Corro hasta él. Lo agarro tomándolo por sorpresa y lo lanzo al suelo. Otra pistola que se desliza hacia Dios sabe dónde por suelo sagrado.

Me arrodillo sobre su cuerpo y lo cojo del cuello de la camisa levantándole la cabeza del suelo.

—Esto es por ella, maldito hijo de puta.

Un puñetazo. Otro. Otro.

Oigo un grito y alzo la cabeza. Uno de los hombres de esta basura tiene acorralado a Dallas en el suelo, va a dispararle.

—¡No! —grito.

Meyer aparece desde no sé dónde y lo tumba de un golpe. ¡Joder, sí!

Pero Liberty utiliza ese segundo en el que estoy distraído para golpearme, caigo al suelo y él se coloca sobre mí. Forcejeamos, me agarra por el cuello, manteniéndome contra el suelo. Se mete la mano en el bolsillo y, con un movimiento de muñeca, abre una navaja.

—¿No es poético? —se burla—. Vas a morir con tu propia navaja.

Pero justo cuando va a rebanarme el cuello con ella, se oye el silbido de un disparo que le da en el hombro a Liberty, casi de refilón. Sigo la trayectoria de la bala y encuentro a Daisy muerta de miedo, con la cara llena de lágrimas, empuñando la pistola con las dos manos.

No necesito preguntar para saber que ha sido la primera vez que ha disparado en toda su vida y ha sido para salvarme a mí.

No pienso desperdiciar la oportunidad. Le suelto un puñetazo a Liberty y me libero de su agarre. Los dos quedamos de rodillas en el

suelo. Forcejeamos. Recupero mi navaja y, agarrándolo de la nuca con una de mis manos, se la clavo en el corazón.

Gime de dolor.

—Nadie toca a mi mujer —rujo con la voz ronca en su oído mientras aprieto la navaja hasta el puto fondo.

Unos segundos después cae al suelo sin vida.

Miro a mi alrededor.

—¡Parad! —grito.

No sé cómo consigo que mi voz se abra paso por encima de la locura, supongo que es porque es la palabra que de una manera u otra todos están deseando oír.

—Esto se ha acabado. Liberty ha muerto —digo señalando su cadáver.

Una oleada de murmullos toma la iglesia.

—Ya conocéis la ley. Si un jefe muere, la pelea termina y su bando se rinde.

—No aceptamos esa ley —gruñe Kristov con la camisa salpicada de sangre.

Aprieto los dientes. No lo dudo. Me agacho, arranco la navaja de las entrañas de Liberty y, con la mirada clavada en Kristov, camino decidido hasta él. Piensa que voy a hablar, que voy a gritar «foso». Se equivoca.

Antes de que pueda verlo venir, le pego un puñetazo, otro y le clavo la navaja en el estómago.

—A ti no voy a matarte todavía —le advierto—. Pienso dejar que todas las chicas a las que has tratado como una basura en tu local de mierda vengan y te maltraten a ti. Ojo por ojo, Kristov. Prepárate para sufrir.

Me separo de él y se derrumba en el suelo gritando de dolor.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —vocifero en un claro desafío, pero también en una clara amenaza a cualquiera que tenga que replicar algo acerca de cómo van a acabar las cosas aquí.

Los miro dominando la iglesia. Nadie me mantiene la mirada.

Mis hombres toman posiciones. Los de Liberty tiran las armas.

—¡Soy el puto rey de Nueva York! —grito sin dejar de mirarlos, enmudeciendo el ambiente— y ella —continúo señalando a Daisy— es mi única reina. Es una King. Y si alguien se atreve a volver a ponerla en peligro, de la manera que sea, quemaré Queensboro City hasta los cimientos —sentencio mientras mi voz se vuelve más ronca, más amenazante, más salvaje y oscura.

Quiero que el mensaje se les quede grabado a fuego.

Todos me miran. Todos obedecen. Y uno a uno todos bajan la cabeza ante mí y ante mi mujer.

—¡Larga vida al rey! ¡Larga vida a la reina! —grita Dallas con una sonrisa orgullosa en los labios.

—¡Larga vida al rey! ¡Larga vida a la reina! —chillan los demás—. ¡Larga vida al rey! ¡Larga vida a la reina!

Mientras los gritos se multiplican, cada vez más alto, camino decidido hasta Daisy. Mi expresión cambia por completo en cuanto mis ojos se posan en ella. La abrazo con fuerza y ella se acurruca contra mi pecho, temblando, asustada, sin poder dejar de llorar, pero también feliz de que los dos estemos sanos y salvos, de que volvamos a estar juntos.

No he dicho nada que no fuese verdad. Pienso protegerla. Me da igual ante qué, ante quién, por qué.

Soy el rey de Nueva York y lo que más me importa es mi reina.

Epílogo

Christian

Estoy tranquilamente apoyado en una de las columnas repartidas por la habitación, la misma donde Liberty mandó que me encerraran después de darme una paliza. Hace tres semanas de aquello y estamos ajustando cuentas.

Por supuesto, cualquier persona, independientemente del bando en el que luchara, puede quedarse en Queensboro City siempre que agache la cabeza ante el rey. Sin embargo, lo que no voy a permitir es que una escoria como este malnacido, que utilizó su cargo público en el ayuntamiento para pasarle a Liberty información sobre Daisy, siga aquí.

Mi hombre me mira, yo asiento y vuelve a darle una ronda de puñetazos.

—Hasta que le cueste trabajo respirar —le ordeno—. Dejadlo unas horas para que se recupere y después volved a empezar. Que sufra. Después de un par de días así, matadlo.

—Sí, señor.

Ese es el precio que se paga por hacerle daño a Daisy.

Me incorporo y echo a andar hacia la puerta. Una a una, han ido cayendo todas las ratas miserables que estuvieron involucradas en el secuestro de Daisy.

—¿Cómo puedes dormir por las noches, King? —me pregunta con voz trabajosa cuando estoy a punto de alcanzar la puerta.

Una media sonrisa se cuela en mis labios mientras la abro y giro la cabeza para mirarlo por encima de mi hombro.

—Abrazado a mi mujer —contesto sin arrepentirme.

Y voy a seguir protegiéndola siempre.

* * *

Estoy andando por la calle principal de Queensboro City camino del Sin House. Las personas con las que me cruzo bajan la cabeza cuando me ven, a modo de saludo y respeto.

—Ey, Rey —me saluda Mabel acercándose a mí—. ¿Sigo teniendo que bajar la cabeza ante ti como si estuviéramos en la Edad Media? Al fin y al cabo, eres el *maridito* de mi mejor amiga —pregunta burlona.

Yo me giro hacia ella con una mirada condescendiente y desdeñosa y ella esboza una sonrisa, cruzándose de brazos frente a mí.

—¿Habéis terminado con Kristov? —le pregunto.

—Dallas aún se está divirtiendo un poco —contesta.

Kristov fue el principal instigador de todo lo que pasó. Es obvio que no iba a irse de rositas. El muy gilipollas fue quien mandó atrapar a Dallas y a Mabel y el primero en golpearlos, así que es justo que él se tome su venganza.

La de Mabel fue un poco más elaborada: siguiendo lo que dije en la iglesia, llamó a las chicas que trabajaban en el local de Kristov y les anunció que, para la que tuviera que ajustar algún tipo de cuentas con él, era su día de suerte. Obviamente todas tenían algo pendiente, así que una tras otra fueron entrando en el sótano, echándole en cara todo lo que necesitaban y golpeándolo si querían. Juro que la cola fue tan larga que salía del local.

—Me habría gustado que Amery —la chica a la que Kristov tuvo encerrada en su despacho para que trabajara solo para él como pago de un préstamo— hubiese estado aquí —comenta Mabel pensativa.

—Podemos comprarle un billete de avión —propongo mirando mi reloj de pulsera.

—Sería capaz de venir andando si la recompensa es esta —comenta con una sonrisa—. ¿Lo tienes todo preparado? —prácticamente me increpa.

—Te estás tomando demasiadas confianzas —le recuerdo cortante —. Ocúpate de tus asuntos.

Mabel pone los ojos en blanco y por un momento tengo la sensación de estar delante de Dallas o Noel. Tengo que acabar con esta situación de raíz o tendré una pesadilla más de la que ocuparme.

—Me largo. Controla que todo esté funcionando como debe —le ordeno.

—Sí, señor —contesta haciendo un ademán de saludo militar. Por Dios, es una tocapelotas. Va a llevarse de cine con Dallas.

Me monto en el Maybach y el conductor se incorpora al tráfico. Veinte minutos de trayecto después estoy pisando el suelo frío y húmedo del puerto. Hay quien podría pensar que, después de todo lo que ha pasado, Daisy dejó de trabajar aquí, pero eso es porque no la conoce ni siquiera un poco. El empleo de mi mujer no tiene nada que ver con el dinero o con la realización personal. Para Daisy, el señor Blaine, los chicos, Mei, son su familia y jamás podría separarse de ellos.

—Hola, señor Hale —me saluda cuando me ve acercarme.

Está sentada en lo alto de las escaleras que dan acceso a su oficina, con las botas de agua y el chubasquero bajo el cual puede

verse el final de su vestidito de verano. No la veo desde esta mañana y, francamente, quiero hacerle de todo.

Siempre he pensado que soy un hombre capaz de mantener el control, de decidir cómo y cuándo pasan las cosas, y lo sigo pensando, siempre que no hablemos de Daisy. En ese caso, todo lo que creía saber sobre mí se va al mismísimo infierno para quedar solo yo, Christian, completa y absolutamente enamorado de su chica, cuya única misión en esta vida es follársela hasta que no pueda dejar de gemir y hacerla feliz.

—Hola, señora Hale —respondo caminando hasta los pies de las escaleras.

Me doy cuenta de que tiene el pelo recogido y mi sonrisa se vuelve más pequeña, pero, joder, está llena de amor y orgullo. Es preciosa y perfecta exactamente como es y el hecho de que ya no sienta que tiene que esconder una parte de ella me hace pensar que poco a poco las heridas se están cerrando, sé que lo están haciendo, y eso provoca que el corazón me lata como un loco en el centro del pecho.

Daisy no lo duda. Deja su *tablet* en el suelo y empieza a bajar las escaleras; cuando todavía le faltan tres peldaños, se lanza en mi dirección, confiando en que la cogeré. Siempre lo haré.

—El camino se me estaba haciendo demasiado largo —dice con sus manos rodeando mi cuello, adoro que haga eso, y su cara muy cerca de la mía.

Una media sonrisa se cuela en mis labios.

—Ha durado una puta eternidad —sentencio antes de estrellar mi boca contra la suya.

* * *

—¿A dónde vamos? —me pregunta Daisy con el ceño fruncido cuando, en vez de seguir recto por la Décima hacia Hudson Yards, giramos por la avenida Dyer.

Sonrío haciéndome el interesante.

—Tendrás que esperar un poco más para averiguarlo.

Ella tuerce los labios conteniendo una sonrisa, tratando de mirarme mal pero fracasando un poquito porque le encantan las sorpresas.

No puedo evitar fijarme en la pequeña herida que tiene en la mejilla, casi al lado de la oreja y mi humor se ensombrece. Hace tres semanas que el miserable de Liberty la secuestró. De inmediato recuerdo cómo me sentí cuando entré en la iglesia y la vi sentada en el suelo, llorando, asustada. Renuncié a todo por ella sin ni siquiera pensarlo y volvería a hacerlo un millón de veces, todas las que hicieran falta, porque Daisy es lo primero de mi lista.

El coche se detiene en Catskills. Meyer abre la puerta. Salgo del Maybach y le tiendo la mano a Daisy para que haga lo mismo. Empezamos a caminar, pero, cuando estamos a punto de entrar en la mansión, tiro de ella desviándonos hacia el jardín. Daisy vuelve a sonreír.

—Parece que lo tienes todo pensado —me tienta.

Yo me humedezco el labio inferior con una media sonrisa.

—Ni que lo digas.

Catskills ha vuelto a ser un hogar. Han regresado las partidas de ajedrez y Daisy y mi padre volvieron a plantar las flores que fui tan estúpido de mandar arrancar porque me recordaban demasiado a ella.

—En serio, tienes que decirme a dónde vamos —se queja divertida cuando llevamos varios minutos caminando por el jardín.

Pero entonces las ve. Todas las lucecitas blancas que decoran los árboles junto al lago y las cadenas de pequeños farolillos del mismo color que van de unos a otros.

Su sonrisa se ensancha y tira de mi mano para que aceleremos el paso. Yo sonrío encantado por su reacción y camino más rápido.

—Christian —susurra deteniéndose, llevándose las palmas de las manos a la boca.

Hay una mantita en medio de todos esos árboles y, sobre ella, una cesta de pícnic de la que sobresale una botella de vino. Las vistas al lago desde aquí son espectaculares.

—Te pedí una cita y, si mal no recuerdo —finjo hacer memoria entrecerrando los ojos, haciéndola sonreír otra vez. Tiro de su cintura para que estemos frente a frente, muy cerca—, dijiste que sí.

—En honor a la verdad, me lo preguntaste cuando no estaba en pleno uso de mis facultades mentales por haber hecho... mucho ejercicio físico —resuelve a trompicones con una sonrisita y sonrojándose mientras rodea mi cuello con sus brazos.

—Follar —articulo yo sin emitir ningún sonido, logrando que rompa a reír definitivamente mientras esconde su cara en mi pecho.

Yo también sonrío, casi río. Con ella es así de fácil.

—En cualquier caso —recupera el hilo de la conversación alzando la cabeza de nuevo—, viendo este despliegue, me alegro de haber aceptado.

Asiento.

—Lo he encontrado por casualidad, pero gracias por otorgarme el mérito —bromeo.

Ella me mira mal justo antes de llamarme «idiota» y un segundo después los dos rompemos a reír.

—Vamos —digo tirando de ella para que nos acomodemos en la mantita.

Me he pasado toda la mañana preparando el jardín con Noel y Caleb. Mi hermano aún no puede caminar, pero ha mejorado mucho respecto a la motricidad de las manos y ya casi tiene dominado lo de hablar. Está mejorando en todos los sentidos y muy pronto va a volver a ser el que era y va a ser feliz, de verdad.

Mientras yo sirvo el vino, Daisy empieza a sacar los contenedores de comida, todos, de su cafetería favorita.

No dejamos de hablar, de reírnos, y mis esfuerzos por mantener las manos quietas y comportarme como un caballero se van al infierno cuando ella se sienta a horcajadas sobre mí y me besa. Yo lo subo de intensidad, la desnudo despacio y acabo follándomela en la mantita. Supongo que no se me da tan bien como pensaba hacer de caballero.

—Está empezando a refrescar —le digo recuperando mi chaqueta y poniéndosela.

Ella sonríe envuelta en la prenda, como si estuviera en el mejor lugar del mundo, y asiente, haciéndome sonreír a mí.

Nos levantamos, le paso el brazo por los hombros, ella rodea mi cintura y empezamos a caminar.

—La casa está muy tranquila —comenta Daisy en el vestíbulo.

Tiene razón. Noel está con Mallory en la ciudad y mi padre se ha llevado a Caleb al teatro. El doctor Forde nos dijo que los estímulos artísticos son muy positivos.

La sonrisa de Daisy se ensancha mientras nos dirigimos al salón.

—Caleb se está recuperando muy rápido —comenta emocionada —. No puedo esperar a verlo caminar de nuevo, haciendo todas las cosas que hacía antes.

La miro y no puedo evitar que otra vez ese deje de orgullo me sacuda de pies a cabeza. Quiere a mi hermano, a mi familia, como si fueran la suya y no hay una mísera duda al respecto. Asumió la

culpa de lo que pasó aquella noche solo por proteger a Caleb, por lealtad. Joder, a veces ni siquiera entiendo la suerte que tuve al encontrarla.

Daisy va a dirigirse al sofá, pero yo deslizo mi mano hasta la suya, entrelazo nuestros dedos y vuelvo a tirar de ella, esta vez hacia las escaleras.

—¿Otra sorpresa? —pregunta divertida.

—Tendrás que esperar para verlo.

Subimos hasta el primer piso y, delante de nuestra habitación, abro para que ella pueda pasar primero. Daisy tuerce los labios conteniendo una sonrisa emocionada, expectante por lo que encontrará.

Yo me inclino sobre ella; su olor, a flores y a vainilla, me sacude y una mecha se prende por todo mi cuerpo.

—No deberías esperar —susurro provocador calentando la piel bajo su oreja.

Daisy deja escapar una bocanada de aire para controlarse y eso es lo puto mejor de todo, que ella siente lo mismo que yo, lo desea tanto como yo. Estamos juntos en esta locura.

Finalmente da un paso hacia el interior, enciende la luz y un suspiro, mezclando sorpresa e incredulidad, sale de su increíble boca.

Gira sobre sí misma sin perder un solo detalle y una sonrisa preciosa poco a poco va formándose en sus labios al tiempo que los ojos se le llenan de lágrimas, pero sé que no son de tristeza. Esas lágrimas se acabaron para siempre.

Camina hacia uno de ellos y pasea sus dedos por el papel verde chillón. Lo lee en silencio y su sonrisa se hace un poco más grande a la vez que una lágrima se pierde en ella. Es un pósit, uno del centenar que están colgados por las paredes de nuestra habitación.

Todos los que ella me escribió y yo conservé, pero también nuevos, escritos por mí. Le digo que estoy muy orgulloso de ella, que puede conseguir lo que se proponga, que está preciosa cuando se recoge el pelo, que me parece la cosa más dulce del mundo, algunos un poco más emocionantes y, por supuesto, también le digo que la quiero.

—Christian —susurra.

Yo camino hasta ella y la cojo de las manos.

—Tú te pasaste seis meses escribiéndomelas a mí, me pareció que era hora de igualar un poco el marcador —le explico con una sonrisa.

Ella vuelve a sonreír, otra vez haciendo su magia, porque ya no solo nuestra habitación, todo Catskills se ilumina.

Y sé que ha llegado el momento.

Me saco una cajita roja del bolsillo de los pantalones e hinco la rodilla delante de ella. Un suspiro sorprendido y entrecortado se mezcla con una sonrisa en sus labios sin poder dejar de mirarme.

—Nos hemos casado dos veces —empiezo a decir—, pero nunca he hecho esto como se debe. —Los dos sonreímos—. Eres la mujer más increíble que he conocido nunca. Eres inteligente y divertida e intuitiva. Eres dulce y preciosa. Me encanta que estés revoloteando a mi alrededor, oírte tararear canciones de los ochenta, acostarme contigo y levantarme contigo. Una vez me dijiste que querías saber qué se sentía siendo la prioridad de alguien y te prometo que voy a esforzarme cada día para que te sientas así, porque tú eres eso para mí, Daisy. Eres mi prioridad y voy a protegerte, a quererte y a luchar por ti durante toda nuestra vida.

Abro la cajita y Daisy vuelve a suspirar porque no hay un solitario o un anillo de pedida, está su anillo, el que Liberty le quitó aquel día. Tuve a diez hombres buscando en cada centímetro de la iglesia durante más de tres horas, pero al fin lo encontraron.

Podría haberle comprado cualquier otro anillo, pero sé que ninguno significaría tanto para ella como este.

—¿Qué me dices, nena? ¿Aceptas?

Ella sonríe y, antes incluso de que termine de pronunciar la última palabra, se lanza a mis brazos, con el «sí» más bonito imaginable. Yo la abrazo con fuerza y giramos por el suelo sin dejar de reír.

La dejo debajo de mí y la beso con fuerza disfrutando de ella, de este momento, de estar aprendiendo por fin a ser feliz, de verdad.

—Gracias —digo contra sus labios—. Gracias por darme una segunda oportunidad.

—Yo también tengo que darte las gracias —responde sorprendiéndome.

Frunzo el ceño confuso, atrapando sus maravillosos ojos azules y esperando a que continúe.

—Hace cuatro años tuve que dejar de ser yo para sobrevivir y, aunque supe que era lo que tenía que hacer, también lo odié. Ahora ya no lo necesito, contigo... yo... —Daisy suelta un suspiro que acaba transformándose en una sonrisa—, puedo ser yo, como soy, como quiero ser, no como tengo que ser.

Sus palabras hacen que el puto motor del centro de mi pecho se active como un maldito cohete, que el león ruja, joder, que yo sienta que mis treinta años de vida han merecido la pena si he conseguido que ella se sienta así.

No puedo más y vuelvo a besarla con fuerza.

—Te quiero, nena.

—Te quiero, Christian.

* * *

No sé cuántas horas pasamos en ese suelo hasta que por fin decidimos bajar a por algo de comer para reponer fuerzas.

—Tengo otro regalo para ti —pronuncio cuando estamos a punto de salir.

—Esta noche estás que te sales, Hale —se burla de mí.

Yo tuerzo los labios conteniendo una sonrisa mientras ella me mira haciéndose la inocente, y no siéndolo en absoluto, como si no hubiese dicho nada fuera de lugar.

—Eres idiota —replico divertido, aunque disimulándolo, por supuesto.

—Le dijo la sartén al cazo —contraataca.

Yo vuelvo a mirarla mal, ella no soporta la presión y acaba rompiendo a reír, haciéndome sonreír.

Voy hasta la cómoda, abro el primer cajón y saco una cajita cuadrada, un poco más grande que la anterior, azul con un lazo blanco, el inconfundible sello de Tiffany.

Daisy sonríe y la coge encantada. Cuando la abre, su mirada se ilumina al ver el colgante con una pequeña luciérnaga plateada, pero un segundo después es como si su sentido común le recordara algo, y la sonrisa desaparece de sus labios.

—Sé que dices que no te gustan las luciérnagas, pero siempre te quedas embobada con ellas cada vez que las ves, como si estuvieses a punto de pedirme que las metamos en un bote de cristal para poder mirarlas siempre. A veces incluso las garabateas.

Ella suelta un largo suspiro.

—Me encantan —confiesa al fin.

—¿Entonces? —planteo tratando de comprender toda la historia.

—Siempre me han encantado las luciérnagas, desde que tengo uso de razón. Mi madre y yo vivíamos en la ciudad, así que era difícil verlas, pero, cuando lo hacía, me parecía alucinante. Y, sí, señor

Hale, alguna vez las metí en botes —añade levantando la barbilla, haciéndome sonreír—, pero después me daba pena que estuviesen encerradas y acababa liberándolas.

—¿Y por qué dices que no te gustan?

—Por culpa de mi padre.

Mi mirada se oscurece. Neil es despreciable.

—Cuando tenía ocho años me llevó de vacaciones con él y con su familia a una casa enorme que los Hale habíais alquilado en las montañas Adirondack. Yo estaba muy emocionada, iba a pasar tiempo con él y encima iba a ir a un sitio chulísimo que solo había visto en televisión.

Sonrío con dulzura, es imposible no hacerlo con ella. Siempre ha tenido el corazón más bonito del mundo.

—Pero, cuando estábamos a un par de kilómetros, montados en el coche con Evangeline y la mujer de Neil, él me advirtió que no podía decirle a nadie que era su hija. No lo vio claro, así que directamente me prohibió que hablara con cualquiera de las otras personas que había en la casa. Me presentó como la hija de una de las criadas.

—¿Qué?

Ese desgraciado me las va a pagar. ¿Cómo pudo hacer algo así? ¿A su propia hija?

Daisy parece intuir cómo me siento, porque da un paso hacia mí.

—No pasa nada —me asegura mirándome a los ojos—. Enterré a Neil hace mucho tiempo; francamente, para mí está muerto en todos los sentidos. Tuve a la mejor madre que se puede tener y al mejor abuelo que se puede tener, y ahora estoy rodeada de gente que me quiere y a la que yo quiero: las chicas y Dave, el señor Blaine y los chicos, los Hale, tú.

Sus preciosos ojos me dicen que eso es lo importante, lo que tenemos, nuestra conexión, y las cosas que duelen, empezando por

Neil Moore, pueden irse al infierno.

—El caso es que una noche estaba en una de las habitaciones de la planta baja y las vi, un montón de luciérnagas. Mi padre me había prohibido salir, pero yo no pude resistirme. Me escabullí como pude por la ventana y, en pijama, las seguí hacia el interior del bosque. No sé qué pasó, debí caerme y golpearme en la cabeza porque lo siguiente que recuerdo es que uno de los guardias de la casa me estaba llevando de vuelta. Estaba empapada. Mi padre se puso hecho una furia, me dijo que no valía para nada, que solo era una molestia y que se había arrepentido de llevarme con él. A primera hora del día siguiente me mandó con otro de los guardias hasta una gasolinera a las afueras del pueblo, donde esperé a que mi madre viniese a recogerme. Esa fue la última vez que lo vi hasta que vino a buscarme para que me casara contigo.

Resoplo y acabo apretando los dientes. Moore es un imbécil de mierda.

—Así que, sí, me encantan las luciérnagas, pero al mismo tiempo, no sé, me hacen sentir culpable. —Se encoge de hombros, pero puedo ver el segundo exacto en el que sus ojos se llenan de determinación—. Pero ¿sabes qué? —añade decidida—. No voy a dejar que Neil me quite eso.

Con una sonrisa enorme coge el collar, lo saca de la cajita y me lo tiende.

—¿Me lo pones? —me pregunta.

—¿Estás segura? —planteo—. Podemos cambiarlo por otra cosa.

No quiero que nada la haga sentir mal.

Ella niega enérgica.

—Me gusta este —sentencia.

Yo sonrío, sintiendo otra vez ese deje de orgullo porque mi chica es fuerte y valiente y no piensa dejar que nadie, nunca más, decida

por ella.

Le pongo el colgante y Daisy me sonríe encantada, sosteniendo la pequeña luciérnaga entre sus dedos.

—Es perfecto —susurra justo antes de ponerse de puntillas, colocar las palmas de sus manos en mi pecho con dulzura y darme un suave beso en los labios—. Gracias.

Lo compré la noche del accidente de Daisy y Caleb y nunca pude dárselo, pero siempre fue suyo.

Yo no soy capaz de aguantar más, la estrecho contra mí y vuelvo a besarla.

—No tienes que dármelas —digo dejando mi frente contra la suya —. Haría cualquier cosa por ti.

Cuando al fin bajamos, ya han regresado todos. Me despisto hablando con mi padre y, cuando entro en la cocina, Noel, Mallory y mi mujercita están sentados en la mesa de la cocina, viendo la tele y cenando helado, muertos de risa.

—No nos estropees la tradición —me advierte mi hermano observando cómo me acerco.

Yo le pongo los ojos en blanco y me siento junto a Daisy. Ella sonríe encantada y me tiende una cucharada de helado de chocolate y *brownie*.

—Joder, esto está muy bueno —digo antes de que pueda controlarlo.

Daisy, sin perder la sonrisa, entrecierra los ojos y se inclina hacia mí.

—Has estado perdiéndote algo increíble.

La observo, a ella, un segundo más.

—Ni que lo digas.

* * *

Terminamos de ver la película que están pasando en la NBC y Daisy se levanta para ir a ver a Caleb antes de que se duerma.

—¿Qué tal la cita? —me pregunta Noel enarcando las cejas—. Aunque, a juzgar por todo lo que has sonreído esta noche, diría que francamente bien.

Yo lo miro mal, pero la verdad es que tiene razón.

—Cuando lo he visto todo preparado, he tenido la tentación de sacar fotos, imprimirlas y enviarlas en un sobre a la prisión de Rikers, a la atención de Gillian —concreta Mallory cerrando su bote de helado de masa de galletas.

Noel y yo sonreímos. Mallory no tiene ningún tipo de filtro.

—Se lo merecería —continúa ella— y lo que no podré entender jamás es por qué la tuvisteis tanto tiempo aquí como una especie de parásito, incluso antes de que fingiera que se había enamorado de Caleb.

—Es complicado —contesta Noel—. Gillian sabe cómo jugar con el rollo de la culpa de maravilla.

Mallory frunce el ceño.

—Estoy hablando de antes de lo de Caleb —nos recuerda.

—Gillian salvó a Christian —le cuenta Noel.

—Ya he oído eso otras veces —replica rápido ella—, pero ¿a qué os referís exactamente?, ¿te donó un riñón o algo así? Esa mujer no me daría ni la hora, pero estoy segura de que por ti lo haría, o —cae en la cuenta pensativa— compraría un órgano en el mercado negro y fingiría haberse operado y que el riñón era suyo.

El último comentario me pilla por sorpresa y no puedo evitar volver a sonreír.

—Estábamos de vacaciones con los Bolton, los Moore, un par de directivos más y sus familias. Una noche yo me caí al lago y ella me

salvó —explico escueto.

Mallory me mira como si me hubiesen salido dos cabezas.

—Esa no fue Gillian.

—¿Qué estás diciendo? —indago extrañado.

—Que lo siento mucho por ti porque vas a cabrearte muchísimo, pero *no fue Gillian* —asegura sin asomo de duda, haciendo hincapié en cada una de las últimas tres palabras.

¿Qué?

—Ahora lo del riñón me parece premonitorio —afirma antes de enderezarse en la silla y empezar a contarnos—. No sé si recordáis que yo también fui a ese viaje.

Mallory es la hija de Ellis Malone, uno de los accionistas de la Hale Corporation y el mejor director de contabilidad que hemos tenido jamás. Noel y ella se conocieron en una fiesta de la Empresa.

—Aunque supongo que no, porque en aquella época pasabais bastante de mí. —Noel curva los labios en un puchero, pero ahora ella pasa de él—. Sé que no fue Gillian porque esa noche nos escapamos a la ciudad. Había un concierto alucinante. A Gillian le daba vergüenza que os enterarais de que le gustaba el K-Pop porque Evangeline y sus otras amigas la consideraban música de frikis. Sabía que a mí me gustaba y fuimos juntas. Nunca lo olvidaré, porque lo pasé genial; fue mi primer concierto, una nunca olvida esas cosas... —añade con una sonrisa— y porque por primera vez pensé que Gillian no era una capulla total. Lógicamente me equivoqué, fue el calor del momento —se disculpa moviendo las manos—. El caso es que estábamos a punto de colarnos por la ventana para entrar de nuevo en la casa cuando tú apareciste y te desmayaste a unos metros de la entrada del bosque. Estabas empapado. Gillian me miró y me dijo «Friki, si dices algo de esto, me

aseguraré de que te metan en un internado. No me hables en público jamás».

—¿Y por qué no dijiste nada? —planteo tratando de controlar la puta rabia que me está inundando de pies a cabeza.

—¿Cuándo? Mi padre me pilló y una hora después estaba en un autobús hacia Little Rock para pasar el resto del verano con mi abuela. Ese mismo verano mis padres se divorciaron y me fui a vivir con mi madre. No regresé a Nueva York hasta el año pasado y obviamente no sabía cómo Gillian te había estado torturando con este tema.

—Entonces, ¿quién coño lo salvó? —plantea Noel sin poder entenderlo.

Mallory se encoge de hombros.

—No lo sé, pero puedo asegurarte que, Gillian, no.

—¿Y su enfermedad cardiaca? —planteo furioso y alucinando.

—Casualidad y la aprovechó —teoriza Noel—, o la exageró y se aprovechó, o directamente se la inventó para sacar tajada. Ni idea.

¡Se pasó años torturándome con esa mierda! Ahora mismo lo único en lo que puedo pensar es en presentarme en Rikers y hacer que confiese la puta verdad. ¡Nada fue real con ella, nunca!

—¿Qué recuerdas de esa noche? —me pregunta Noel.

—Nada —contesto a punto de estallar. ¡Jugó conmigo desde el principio!—. Hace más de quince años de aquello. Solo sé que estábamos en el bosque —trato de hacer memoria—. Había hecho una estúpida apuesta con Thatcher para llegar a uno de los riscos sin usar la linterna. —Todo estaba jodidamente oscuro y, cuando las ramas de los árboles tapaban la luz de la luna, era imposible ver nada. Me caí al lago y mi pierna se quedó enredada con una rama.

Fue angustioso, agobiante. Luchaba con todas mis fuerzas, pero no conseguía sacar el pie. Cuanto más lo intentaba, más parecía

enredarme. Con el movimiento, me golpeé la cabeza, ni siquiera sé con qué, y los ojos empezaron a cerrárseme. Recuerdo que vi unas luces justo antes de que se me cerraran del todo... algo brillante.

—Luciérnagas... —murmuro.

Ya sé quién me salvó. ¡Fue Daisy! ¡Fue Daisy, joder!

En ese momento mi mujer entra en la cocina. Yo me quedo mirándola, sin poder creerme que fue la suerte de mi vida desde que éramos unos críos, pero sintiendo también que todo encaja en su lugar. Sin decir una palabra, camino acelerado hasta ella, acuno su cara entre mis manos y la beso con fuerza.

Me salvó.

Siempre fue ella.

* * *

—Así que Daisy fue quien te salvó —recapitula Caleb con una sonrisa.

Es de madrugada. Estoy sentado en el último peldaño de las escaleras mientras él está frente a mí, en su silla de ruedas. Me he levantado muerto de sed y he bajado a por un poco de agua, él estaba en la cocina haciendo lo mismo.

Yo asiento, la verdad, todavía alucinando.

—Gillian siempre contó que me sacó del agua inconsciente y fue a buscar ayuda, pero se perdió y por eso llegamos a la casa a la vez. Ahora imagino que, cuando me vio, se zambulló en el abrevadero o yo qué coño sé y lo fingió todo. Mientras, Daisy, que sí estaba corriendo a por ayuda, se cayó y se golpeó con algo, perdiendo la conciencia. Menos mal que aquel guardia la encontró cuando estaban peinando el bosque para dar con Thatcher y los demás.

Me tomo un momento de silencio para intentar ver el cuadro completo.

—Tenía solo ocho años, salvó a un chico de catorce de morir ahogado y su padre no solo no se preocupó de averiguar qué había pasado para que acabara inconsciente en el bosque, sino que encima la castigó por ello.

—Neil siempre ha luchado muy duro por ganarse el título de peor padre del mundo.

Yo asiento dejando escapar el inicio de un resoplido.

Lo que más me molesta es que otra vez Gillian se aprovechó de la situación a costa de Daisy. Es jodidamente injusto.

Esta noche me alegro un poco más de que esté sufriendo en el agujero donde está.

—¿Tú qué tal estás? —cambio de tema.

Caleb sonríe.

—El hermano mayor soy yo, no cambies las tornas.

Yo le devuelvo el gesto, pero sé lo que hay debajo. Puede que Gillian lo hiciese pasar por un infierno, pero él la quería; desgraciadamente, a veces el amor funciona así, y sé que todavía le duele, aunque también que tiene claro que echarla de nuestras vidas no solo era lo que había que hacer, sino lo mejor para él.

Lo miro recordándole que puede ser mi hermano mayor y todo lo que quiera, pero sé que justo ahora necesita a alguien.

—Me siento liberado —dice, y realmente puedo notar su alivio— y muchas veces soy tan estúpido de sentirme culpable por ello.

Yo lo miro con empatía.

—No eres ningún estúpido.

—Dejé que me engañara.

—Nos engañó a todos.

—Pero yo sabía que lo estaba haciendo —replica con tristeza—. Pensé que podría cambiarla, hacer que se enamorara de mí... —Niega con la cabeza a la vez que sonríe, pero no es un gesto entero y acaba llevándose la palma de una mano a los ojos—. ¿Soy o no soy increíblemente patético?

—Ella lo es —contesto sin dudar—, porque pudo haber sido feliz contigo y eligió comportarse como una zorra resentida.

Caleb me mantiene la mirada y acaba asintiendo.

—Siento todo lo que pasó.

—No fue culpa tuya —le aseguro.

Puso en peligro a Daisy en aquel accidente y, joder, por un momento, estuve muy enfadado con él, pero fue precisamente ella quien me hizo ver que no hay que quedarse en la superficie, que hay que saber leer hasta el final, y Caleb, en aquel momento, estaba sufriendo demasiado.

—Hablando de cosas más gratificantes... —cambia ahora él de tema—. El doctor me aconsejó que leyera, que me vendría bien para mi actividad cerebral. Le dije que solía escribir un diario...

¿Un diario? Me aguanto una sonrisa y decido no hacer leña del árbol caído. Mi hermano me mira mal, sabiendo perfectamente lo que estoy pensando, y yo rompo a reír.

—No he dicho nada —me defiendo.

—Pero lo has pensado —se queja.

Cuando mis carcajadas se calman, se transforman en una sonrisa que ya está en los labios de Caleb.

—El caso es que aproveché para revisar los viejos y encontré algo alucinante.

—¿El qué? —inquiero con curiosidad.

—Sabes que Freddo, el abuelo de Daisy, fue a pedirle ayuda al rey de Nueva York.

Yo entrecierro los ojos con una sonrisa.

—Ella me contó que su abuelo había estado en Queensboro City, pero nunca le contó por qué.

—Le pidió ayuda para encontrar a Daisy en el sistema de acogida. Yo lo apunté en el diario porque estaba con el abuelo, ya había cumplido los dieciocho y a él le gustaba que lo acompañara, y Freddo me pareció un hombre muy fuerte de espíritu. Cuando agachó la cabeza delante de nuestro abuelo fue algo digno de ver, como estar delante de Ned Stark.

Los dos volvemos a sonreír.

—Le habló de Daisy. También escribí que me pareció increíble cómo la describía. La quería de verdad y de verdad estaba desesperado por encontrarla. El abuelo prometió ayudarlo y supongo que cumplió su palabra, porque Freddo encontró a Daisy.

Francamente, esta noche ha estado llena de sorpresas.

No me sorprende que Caleb tenga un diario ni que hace años ya fuese capaz de leer tan bien en Freddo. Ese ha sido siempre uno de los superpoderes de mi hermano, ser capaz de ver en las personas los detalles que las hacen más humanas, cómo cuidarlas y ayudarlas.

—Freddo era un hombre fantástico —digo.

—Seguro que sigue cuidando de Daisy incluso ahora.

Una nueva ronda de sonrisas.

—Y también de ti, hermanito —sentencia—, porque tú la haces feliz.

* * *

Charlamos un poco más y regreso a la habitación. Entro y cierro despacio, pero, cuando solo he dado un par de pasos, Daisy se

despierta.

—Tengo mucha sed —murmura adormilada.

Sonrío. Me lo imaginaba y por eso le he traído una botellita de agua.

Se la abro y se la tiendo y Daisy da buena cuenta de ella antes de dejarla sobre la mesita mientras yo rodeo la cama y me tumbo en ella.

Nos acomodamos conmigo abrazándola, con su espalda descansando contra mi pecho, uno de mis brazos sirviéndole de almohada y el otro rodeando su cintura; así nos dormimos cada noche.

—¿Sabes que no soy capaz de dormir de verdad si tú no estás? —digo, y Daisy suelta una risita.

—Sabía que no habías podido dormir en cuatro años cuando te lo dije —recuerda insolente una de las discusiones que tuvimos cuando nos reencontramos—. Soy alucinante.

Yo me muerdo la punta de la lengua, pensando qué hacer con ella.

—No te preocupes. No voy a irme a ninguna parte —me promete haciéndome olvidar cualquier otra cosa.

—Ni yo —le aseguro.

—Me parece un plan genial, señor Hale.

—El mejor del mundo, nena.

Porque la quiero.

Porque me vuelve loco.

Porque ella es mi hogar.

Banda sonora

Armageddon (álbum), ℗ 1998 Aerodisc Partnership, interpretado por Aerosmith.

«Ordinary», ℗ 2025 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Alex Warren.

«Tighter to You», ℗ 2025 1009890 Records DK, interpretada por Katie Garfield.

«Where the Streets Have No Name», ℗ 1987 Universal-Island Records Ltd. bajo licencia exclusiva de Mercury Records Limited, interpretada por U2.

«Shameless», ℗ 2019 Simco Ltd. bajo licencia exclusiva de Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello.

«I Love You, I'm Sorry», ℗ 2024 Gracie Abrams, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por Gracie Abrams.

«Starburster», ℗ 2024 32 County Love Train Ltd. bajo licencia exclusiva de XL Recordings Ltd., interpretada por Fontaines D.C.

«I See Red», ℗ 2018 Extreme Music, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Everybody Loves An Outlaw.

«In the Air Tonight», ℗ 2016 Natalie Taylor, interpretada por Natalie Taylor.

«Wild Love», ℗ 2018 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por James Bay.

«I Got You (I Feel Good)», esta compilación ℗ 2018 Universal Studios and Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Jessie J.

«I Wanna Be Yours», ℗ 2013 Domino Recording Co Ltd, interpretada por Arctic Monkeys.

«Hurts Like Hell», ℗ 2016 Fleurieland Records, interpretada por Fleurie y Tommee Profitt.
«An Act of Kindness», ℗ 2016 Virgin Records Limited, interpretada por Bastille.
«Unholy», A Capitol Records UK / EMI release; ℗ 2022 Universal Music Operations Limited, interpretada por Sam Smith y Kim Petras.
«Sex With Me», ℗ 2016 Westbury Road Entertainment. Distribuida por Roc Nation Records, interpretada por Rihanna.
«Set Fire to the Rain», ℗ 2011 XL Recordings Ltd, interpretada por Adele.
«Just the Way You Are», ℗ 2010 Elektra Entertainment Group Inc. para Estados Unidos y WEA International Inc. para el resto del mundo, interpretada por Bruno Mars.
«DNA», ℗ Domino Recording Co Ltd., interpretada por The Kills.
«I Like Me Better», ℗ 2018 Lauv, interpretada por Lauv.
«Express Yourself», ℗ 1989 Sire Records Company, interpretada por Madonna.
«I'm So Excited», ℗ 1982 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por The Pointer Sisters.
«Your Love», ℗ 1985 Sony Music Entertainment, interpretada or The Outfield.
«Jessie's Girl», ℗ 2006 Carman Productions, Inc., 1981, 2006 BMG Music, interpretada por Rick Springfield.

Biografía

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con tres hijos, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todas las historias que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura, la música y el cine. Es autora de más de treinta libros, entre los que destacan las series «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Tú eres mi millón de fuegos artificiales», o las novelas *Somos invencibles*, *#nosotros #juntos #siempre*, *Forbidden Love*, *End game*, *Manual de tácticas amorosas para grinches y elfos* y *Bound by love*.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

Facebook: @cristinapradaescritora

Instagram y TikTok: @cristinaprada_escritora

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

King
Cristina Prada

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Agustín Escudero
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

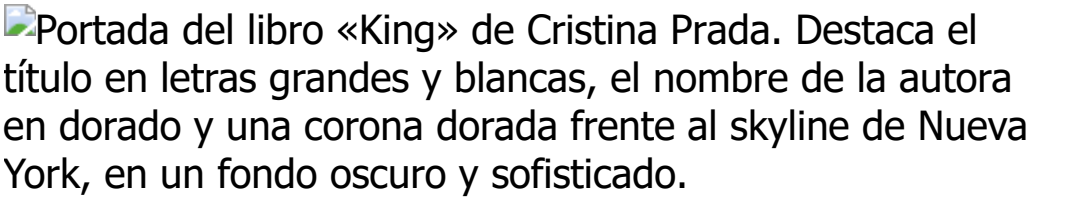
© Cristina Prada, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2026

ISBN: 978-84-08-31244-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «King» de Cristina Prada. Destaca el título en letras grandes y blancas, el nombre de la autora en dorado y una corona dorada frente al skyline de Nueva York, en un fondo oscuro y sofisticado.